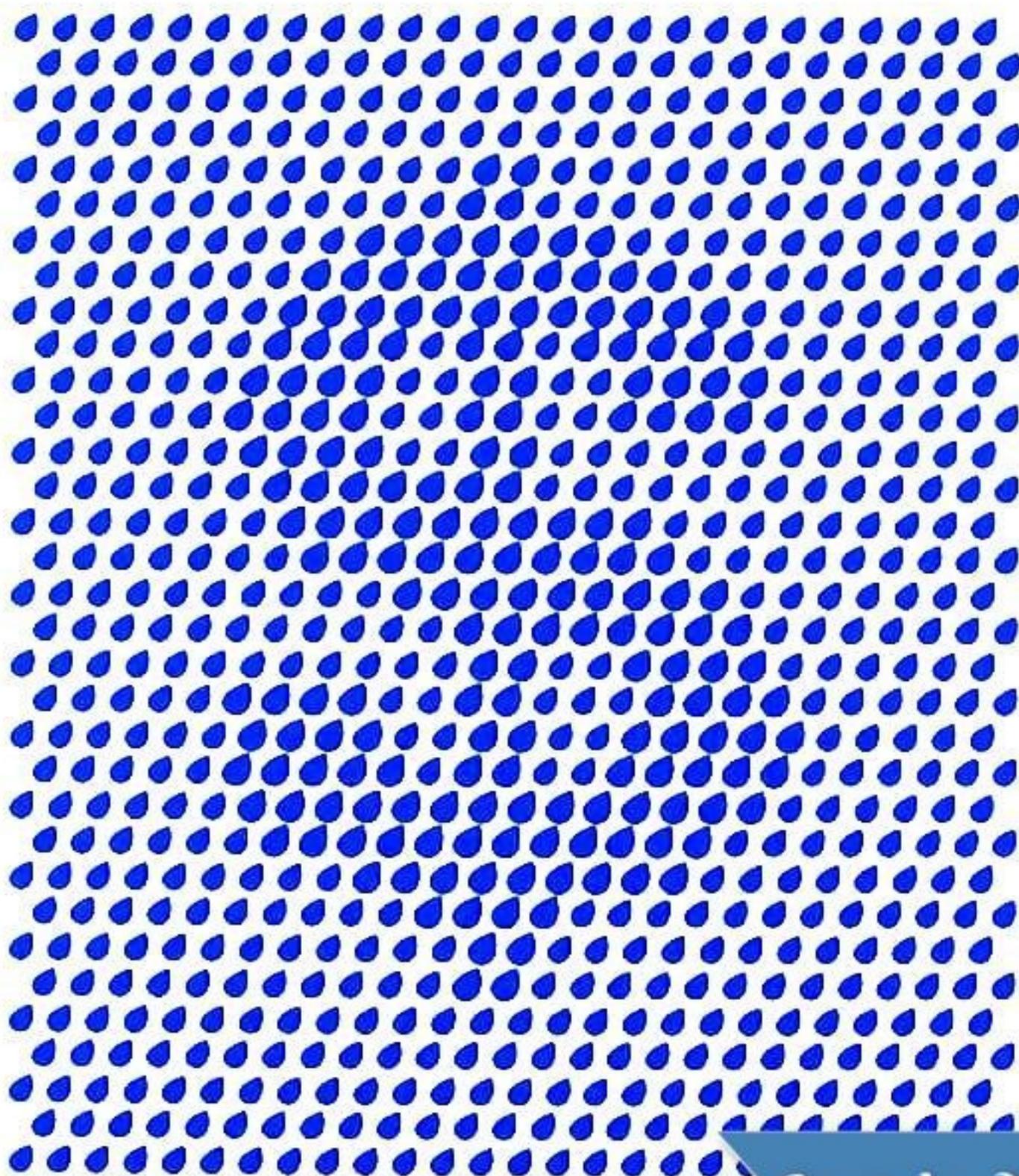


Monzón
Un viaje por
el futuro del
océano Índico

Robert
D. Kaplan



Lectulandia

El desplazamiento del poder geopolítico hacia Oriente en el arranque del presente siglo ha convertido al océano Índico en una región clave. Si bien hay innumerables libros escritos sobre Oriente Próximo y cada vez más sobre China y el Pacífico, existen pocos que se atrevan a anticipar el futuro en el Índico, donde se sitúan varios de los países más poblados del planeta y con mayor crecimiento económico entre ellos, India, Indonesia y Pakistán. El Índico es, además, la ruta que une los países del Golfo Pérsico y su petróleo con China, un país que pese a no tener acceso directo a este océano jugará un papel clave en la región en el futuro.

A través de un viaje que conjuga análisis político, entrevistas con algunas de las personalidades más influyentes de la región y un estudio del contexto histórico, Kaplan expone los efectos del crecimiento demográfico, el cambio climático y el extremismo político sobre esta inestable zona del planeta y ofrece una visión apasionante de una región poco conocida pero clave para el futuro de la política y economía internacional en el siglo XXI.

Robert D. Kaplan

Monzon: Un viaje por el futuro del Océano Índico

ePub r1.0

Titivillus 21.06.2023

Título original: *Monsoon. The Indian Ocean and the Future of American Power*
Robert D. Kaplan, 2011
Traducción: Inga Pellisa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Monzon: Un viaje por el futuro del Océano Índico](#)

[Cita](#)

[PREFACIO](#)

[La frontera de Eurasia](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[1 China se expande verticalmente; la India, horizontalmente](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[2 Omán está en todas partes](#)

[3 Las fronteras de Curzon](#)

[4 «Las tierras de la India»](#)

[5 Baluchistán y Sind](#)

[6 El turbulento ascenso de Guyarat](#)

[7 El panorama desde Delhi](#)

[8 Bangladés: el desafío existencial](#)

[9 Kolkata: la futura ciudad global](#)

[10 De estrategia y belleza](#)

[11 Sri Lanka: la nueva geopolítica](#)

[12 Birmania: donde la India y China colisionan](#)

[13 El islam tropical de Indonesia](#)

[14 El corazón del Asia marítima](#)

[TERCERA PARTE](#)

[15 ¿Una estrategia bioceánica de China?](#)

[16 Unidad y anarquía](#)

[17 Zanzíbar: la última frontera](#)

[Epílogo a la edición de bolsillo:\[t1\]](#)

[El orden posimperial y el Océano Índico](#)

[Agradecimientos](#)

[Glosario](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

A Grenville Byford

Se están produciendo cambios graduales, inexorables, fundamentales en los equilibrios de poder entre civilizaciones; y el poder de Occidente en relación con el de otras civilizaciones continuará decayendo.

*El choque de civilizaciones y la reconfiguración
del orden mundial*

Samuel R Huntington (1996)

PREFACIO

La frontera de Eurasia

El mapa de Europa definió el siglo XX: de las llanuras de Flandes a la playa de Omaha, el Muro de Berlín y las aldeas calcinadas de Kosovo; de la Larga Guerra Europea, que se prolongó desde 1914 hasta 1989, a sus sangrientos sismos posteriores, Europa fue el centro de la historia universal. Sin duda alguna, otros lugares presenciaron movimientos y sucesos capitales, pero la política de las grandes potencias, desde el hundimiento de los imperios del Viejo Mundo hasta la pugna bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética, estaba más vinculada a Europa que a ningún otro sitio.

Tengo la convicción de que un Gran Océano Índico —extendiéndose hacia el este desde el Cuerno de África, cruzando la península Arábiga, la meseta iraní y el subcontinente indio, hasta más allá del archipiélago indonesio— constituirá en el nuevo siglo un mapa tan icónico como lo fue el de Europa para el siglo pasado. Con un poco de suerte, el siglo XXI no será tan violento como el XX, pero podría tener, de modo similar, una geografía reconocible. En este extremo de Eurasia —la ecúmene marítima del mundo islámico medieval, que no estuvo nunca demasiado lejos de la atenta mirada de China— podemos situar el tenso diálogo entre la civilización occidental y la musulmana, el centro neurálgico de las rutas energéticas globales, y el pausado y en apariencia inexorable auge de la India y China por tierra y por mar. Y es que el efecto resultante de la fijación estadounidense en torno a Irak y Afganistán ha sido el de acelerar el advenimiento del Siglo Asiático, no solo en los términos económicos que todos conocemos, sino también en los militares.

En los últimos tiempos, las caóticas guerras terrestres nos han impedido ver la importancia de los mares y litorales, donde se lleva a cabo la mayor parte del comercio y vive la mayor parte de la humanidad; y donde, en consecuencia, es previsible que se desarrolle en el futuro la actividad militar y

económica, como ya lo hizo en el pasado. Es en las costas donde toman un aspecto vívidamente geográfico cuestiones tales como el crecimiento demográfico, el cambio climático, el ascenso del nivel del mar, la escasez de agua dulce y el extremismo político; factor este último influenciado por todos los anteriores. Aquello que el desaparecido historiador británico C. R. Boxer denominó el Asia monzónica, en la encrucijada del océano Índico y el Pacífico occidental, será el núcleo, demográfico y estratégico, del mundo del siglo XXI.^[1]

Quinientos años atrás, Vasco de Gama desafió las tormentas y el escorbuto para rodear África, cruzar el océano Índico y alcanzar el subcontinente indio. Acerca de ese hito, escribía en el siglo XVI el poeta portugués Luís Vaz de Camões:

Esa tierra que allí la atención llama,
es la que vuestro afán tanto apetece. [...]
No puede entonces contenerse Gama
de gozo, en ver que la India le aparece.^[2]

La llegada de De Gama a la India marcó el inicio del poder occidental en Asia. El dominio marítimo portugués acabó dando paso al de otras potencias: Holanda, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, sucesivamente. Ahora, con China y la India compitiendo por los puertos y las rutas de acceso a lo largo del extremo meridional eurasiático, y con el futuro poderío de la Marina estadounidense rodeado de incertidumbre —a causa de las propias dificultades económicas del país y de la concentración de recursos que le han exigido sus guerras terrestres— es posible que el capítulo de quinientos años de preponderancia occidental esté empezando a cerrarse lentamente.

Este desplazamiento gradual del poder no podría haber llegado en un momento de mayor turbulencia para los territorios que bordean las dos mitades del océano Índico, el mar Arábigo y la bahía de Bengala: en lo alto del primero está Pakistán, en lo alto de la segunda, Birmania; ambos estados clave altamente inestables y muy poblados. Por lo común, los analistas no incluyen a estos dos países en la misma categoría, pero deberían. Y luego, por supuesto, hay que tener en cuenta todo el futuro político del mundo islámico, de Somalia a Indonesia. Además de su proximidad al océano Índico, muchas de estas regiones se caracterizan por instituciones débiles, infraestructuras

tambaleantes y unas poblaciones jóvenes y descontentas tentadas por el extremismo. Y sin embargo, ellas son el futuro, mucho más que las encanecidas sociedades occidentales.

Como señaló en su día el desaparecido estudioso belga Charles Verlinden, el océano Índico «está rodeado por no menos de 37 países, que representan un tercio de la población mundial», y se extiende a lo largo de más de 80 grados de latitud y más de 100 de longitud.^[3] Solo puedo visitar unos pocos puntos a lo largo de la costa del Índico y ver qué está pasando actualmente con el fin de iluminar un lienzo más amplio y mostrar qué aspecto tiene sobre el terreno un mundo sin una superpotencia.

La región índica no es tan solo una geografía estimulante. Es una *idea*, porque proporciona una reveladora impresión visual del islam y combina la centralidad de este con las políticas energéticas globales y la importancia de las armadas mundiales, de tal modo que nos muestra un mundo multipolarizado y multiestratificado que va mucho más allá de los titulares sobre Irak y Afganistán. Y es también una idea porque nos permite ver el mundo al completo, dentro de un marco nuevo y no obstante muy antiguo, con sus propias tradiciones y características, sin tener que derivar hacia insulsas panaceas sobre la globalización.

El libro empieza con una amplia perspectiva estratégica de la región, y después me traslado a localizaciones concretas situadas a lo largo de su extenso litoral. Mi principal punto de referencia es Omán, donde analizo la historia oceánica medieval así como el legado de la primera potencia occidental, la portuguesa; también allí examino la sempiterna relación entre el mar y el desierto, y cómo uno y otro conducen a distintos caminos políticos. Tras esto, me centro en los gigantescos proyectos portuarios chinos, en el mismísimo corazón de zonas de regionalismo separatista, en el caso de Pakistán, y de rivalidad étnica, en el caso de Sri Lanka. En Bangladés, escribo acerca de la interrelación entre cambio climático, pobreza extrema y radicalismo islamista; mientras que en la India me concentro en el extremismo hindú, que está siendo superado gracias al dinamismo social y político. En Birmania, informo de la colisión entre la India y China sobre un escenario devastado y rico en recursos, y del reto que supone para potencias occidentales como Estados Unidos. En Indonesia, exploro la relación entre la democracia y un islam vibrante y sincrético, bien distinto del de Pakistán y Bangladés: porque el islam, como entendí en muchos de estos lugares, se analiza de un modo más inteligente sobre el trasfondo de una historia y un paisaje específicos. Por último, me detengo en la expansión naval china que

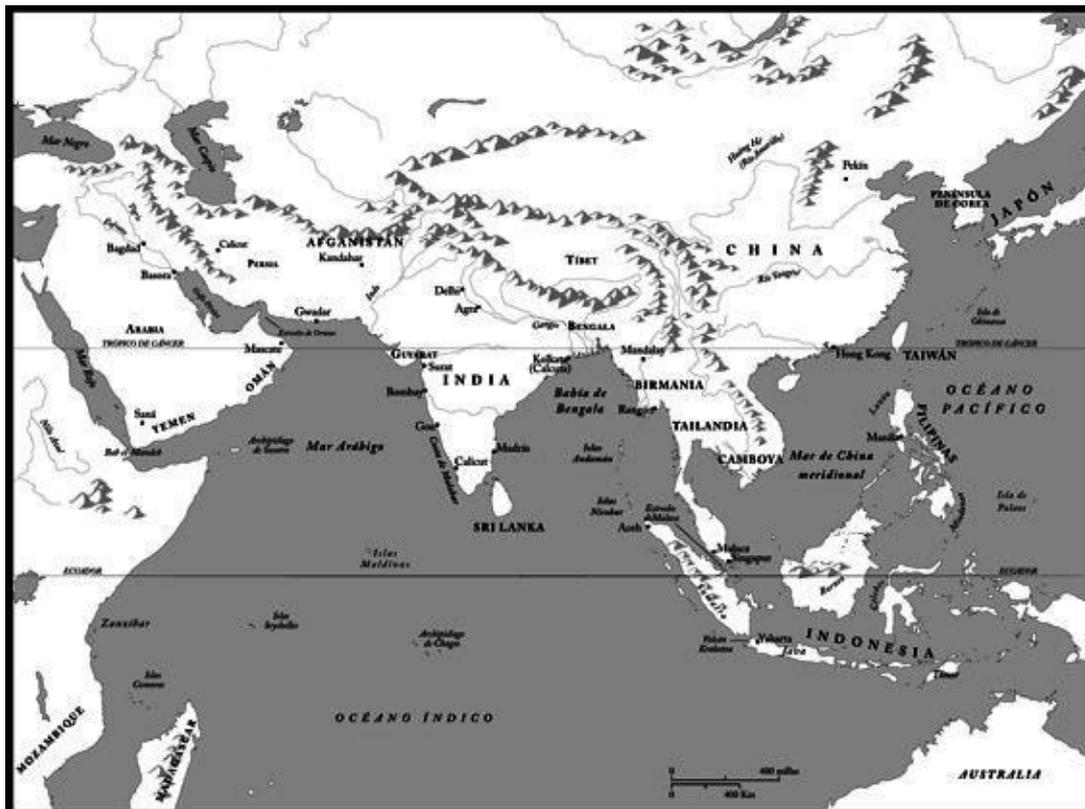
se está produciendo en el extremo oriental del Gran Océano Índico y, en el extremo occidental, echo un vistazo a la renovación africana a través del prisma zanzibareño. En todo momento, trato de describir cómo las corrientes incesantes de cambio histórico están modelando los contornos del nuevo siglo: es el entrecruzamiento de frentes —religiosos, económicos, políticos, medioambientales— en cada uno de estos lugares, y no cada frente aislado, el que configura semejante conflicto.

El «monzón» del que hablo es más que un simple sistema tormentoso (como da la impresión a veces en el lexicón de la lengua inglesa); es también un fenómeno climático de afirmación de la vida, beneficioso y muy necesario para el comercio, la globalización, la unidad y el progreso a lo largo de los siglos. El monzón es la naturaleza en mayúsculas, un espectáculo de turbulencia que nos lleva a pensar en el efecto del medio ambiente sobre los seres humanos que viven en condiciones de hacinamiento y precariedad crecientes en lugares como Bangladés o Indonesia. En un mundo densamente interconectado, la habilidad de Estados Unidos para aprehender lo que el monzón representa en un sentido más amplio y para identificar sus múltiples implicaciones ayudará a determinar su propio futuro y el de Occidente en conjunto. Por ello, el océano Índico puede ser el lugar esencial para plantearse el futuro del poder estadounidense.

PRIMERA PARTE

1

China se expande verticalmente; la India, horizontalmente



Bahr al-Hind es como llamaban los árabes al océano en sus antiguos tratados de navegación. El Índico y sus mares tributarios conservan la impronta de aquella gran ola proselitista del islam que se propagó desde su base del mar Rojo y cruzó los meridianos hasta llegar a la India e incluso tan lejos como Indonesia y Malasia; de modo que el mapa de estas aguas es fundamental para la comprensión histórica de la fe. Se trata de una geografía que engloba, de oeste a este, el mar Rojo, el mar Arábigo, la bahía de Bengala, el mar de Java y el mar de China meridional. Aquí, en nuestros días, se encuentran las naciones asoladas por la violencia y el hambre del Cuerno de África, los desafíos geopolíticos de Irak e Irán, la resquebrajada olla a presión

fundamentalista de Pakistán, la pujante economía de la India y sus vacilantes vecinos Sri Lanka y Bangladés, la despótica Birmania (sobre la que se cierne una contienda entre China y la India) y Tailandia, en la que los chinos, y también los japoneses, podrían financiar en algún momento de este siglo la construcción de un canal que inclinará a su favor el equilibrio de poder asiático. De hecho, ese canal es solo uno de los varios proyectos que hay sobre la mesa —incluyendo puentes terrestres y conductos energéticos (oleoductos y gasoductos)— con el fin de unir el océano Índico y el Pacífico occidental.

En las orillas occidentales del océano Índico tenemos las democracias emergentes y precarias del África oriental, así como la anárquica Somalia; y a más de 6000 kilómetros de distancia, en las costas orientales, el reverso posfundamentalista de una Indonesia en plena evolución, el país musulmán con mayor número de habitantes en todo el mundo. Ninguna imagen encarna mejor el espíritu de nuestro mundo sin fronteras —con su competencia entre civilizaciones por un lado, y un intenso e inarticulado anhelo de unidad por el otro— que el mapa del océano Índico.

El agua, a diferencia de la tierra, no conserva las huellas de la historia, ningún mensaje tangible; pero el propio hecho de surcarlo y resurcarlo hace de este océano, en palabras del catedrático de Historia de Harvard Sugata Bose, un «símbolo de humanidad universal».^[1] Hay sistemas de comercio indios y chinos, árabes y persas, tejiendo una enorme red de vínculos comunales transoceánicos estrechados aún más a lo largo de los siglos por los vientos monzónicos y, en el caso de los árabes, persas y demás musulmanes, por el *hach*,^[2] el peregrinaje a La Meca. Es verdaderamente un océano global; sus orillas son el hogar de una aglomeración de pueblos del antiguo Tercer Mundo, ahora en desarrollo acelerado, pero no lo es de ninguna superpotencia, a diferencia del Atlántico y el Pacífico.^[3] Tenemos aquí el cuadrante más útil del mundo para plantearnos, con el permiso de Fareed Zakaria, un mundo postestadounidense consecuencia de la Guerra Fría y los conflictos en Afganistán e Irak.^[4] Aquella expresión de Rudyard Kipling, «al este de Suez» —de su poema «Mandalay» (1890), que arranca en la ciudad birmana de Moulmein, en la bahía de Bengala— está ahora más vigente que nunca, aunque puede que pocos reparen en ello.

Los mapas militares de la Guerra Fría prestaban especial atención al Ártico, debido a la geografía de la Unión Soviética y a sus puertos principales. La denominada guerra contra el terrorismo del expresidente George W. Bush puso el acento en el Gran Oriente Medio, pero el mapa

geopolítico del mundo sigue evolucionando. El arco de crisis se extiende por todas partes; el Ártico, cada vez más cálido, podría convertirse incluso en un escenario de contienda. Dado que el globo terráqueo es, sencillamente, un instrumento demasiado amplio para contemplarlo en detalle, lo más útil es tener en mente una imagen cartográfica específica que incluya la mayoría de los puntos conflictivos del planeta, al tiempo que nos centramos en los nexos del terrorismo, los flujos energéticos y las emergencias medioambientales como el *tsunami* de 2004. Del mismo modo que el lenguaje es importante, para bien o para mal —«la Guerra Fría», «el choque de civilizaciones»— también lo son los mapas. El mapa correcto nos proporciona una perspectiva espacial de la política mundial de la que se pueden deducir las tendencias futuras. Aunque los avances en el campo de las finanzas y la tecnología inviten al pensamiento global, todavía estamos a merced de la geografía, como lo atestiguan la artificialidad de Irak o de Pakistán.

Los estadounidenses en particular apenas tienen presente el océano Índico, concentrados como están, por su situación geográfica, en el Atlántico y el Pacífico. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría reforzaron esa predisposición, ya que tanto la Alemania nazi como el Japón Imperial, la Unión Soviética, Corea y la China comunista tenían una orientación atlántica o pacífica. Esta predisposición está integrada en la convención cartográfica: la proyección de Mercator tiende a situar el hemisferio occidental en el centro, de forma que el océano Índico queda dividido entre ambos extremos del mapa. Aun así, este es el océano al que Marco Polo dedicó prácticamente un libro entero de sus viajes hacia finales del siglo XIII desde Java y Sumatra hasta Adén y Dhofar. Aquí yace completo el arco de influencia del islam, desde el margen oriental del desierto del Sáhara hasta el archipiélago indonesio; de lo que se sigue que la lucha contra el terrorismo y la anarquía (incluyendo la piratería) se centra habitualmente en estas aguas tropicales, entre el canal de Suez y el sudeste asiático. El litoral del océano Índico, que comprende Somalia, Yemen, Arabia Saudí, Irak, Irán y Pakistán, constituye un verdadero mapa de interconexiones de Al Qaeda, así como de los grupos dispares que se dedican al contrabando de hachís y demás mercancías. De hecho, Irán ha provisto a Hamás de una ruta marítima que va del golfo Pérsico a Sudán, y desde allí, por tierra, recorre Egipto.

Aquí están también los más importantes corredores marítimos del transporte de petróleo, además de los principales cuellos de botella del comercio mundial: los estrechos de Bab el-Mandeb, Ormuz y Malaca. El 40 % del crudo que se transporta por mar atraviesa el estrecho de Ormuz, a

un lado del océano, mientras que en el otro, el estrecho de Malaca acoge el 50 % de la capacidad de carga de la flota mercante mundial, lo que hace del océano Índico el centro interestatal más activo e importante del globo.

A lo largo de la historia, las rutas marítimas han sido más importantes que las terrestres, de acuerdo con el estudioso de la Universidad de Tufts Felipe Fernández-Armesto, porque permiten transportar más mercancía de un modo más económico.^[5] La ruta marítima de la seda que unía Venecia y Japón cruzando el océano Índico era tan importante en la época medieval y moderna como la ruta de la seda propiamente dicha, que recorría Asia central. «Quienquiera que sea el señor de Malaca tiene entre sus manos la garganta de Venecia», decía el dicho;^[6] y un proverbio aseguraba que, si el mundo era un huevo, Ormuz era su yema.^[7]

Hoy en día, según algunos informes, el 90 % del comercio intercontinental y los dos tercios de todo el suministro petrolero viajan por mar. En último término, la globalización depende de contenedores de carga, y el océano Índico responde de la mitad del tráfico mundial. Es más, el rimland Índico que va de Oriente Medio al Pacífico concentra el 70 % del tráfico total de derivados del petróleo.^[8] Las rutas oceánicas de los buques petroleros que unen el golfo Pérsico con el sur y el este de Asia están empezando a saturarse, pues cientos de millones de indios y chinos se han incorporado a la clase media global y ello supone un enorme consumo de petróleo. Las necesidades energéticas globales habrán aumentado en un 50 % en el año 2030, y casi la mitad de la demanda provendrá de China y la India.^[9] Esta última —que en breve se convertirá en el cuarto consumidor energético mundial, por detrás de Estados Unidos, China y Japón— depende del petróleo para responder a más del 90 % de sus necesidades de energía, y el 90 % de ese petróleo, procedente del golfo Pérsico, pronto llegará a través del mar Arábigo.^[11] Es más, antes de 2025, la India ocupará el lugar de Japón como tercer importador neto de petróleo, por detrás de Estados Unidos y China.^[10] Y puesto que el país debe satisfacer a una población que será la más numerosa del mundo antes de mediados de siglo, sus importaciones de carbón desde Mozambique, al sudoeste del océano Índico, están llamadas a incrementarse drásticamente, sumándose al que la India importa ya de países índicos como Sudáfrica, Indonesia y Australia. En el futuro, los barcos con destino a la India cargarán también con enormes cantidades de gas natural licuado, que recorrerán la mitad oeste del océano Índico en su camino desde África del sur, al tiempo que proseguirán las importaciones de gas desde Catar, Malasia e Indonesia. Así es como la pobreza africana será parcialmente mitigada: no tanto por la

ayuda exterior de Occidente, como por un sólido comercio con las zonas más ricas del antiguo Tercer Mundo.

Y luego tenemos a China, cuya demanda de crudo se duplicó entre 1995 y 2005 y volverá a hacerlo a lo largo de los próximos diez o veinte años, ya que para el 2020 estará importando 7,3 millones de barriles de crudo al día, la mitad de la producción estimada de Arabia Saudí.^[12] Más del 85 % de ese petróleo rumbo a China abandonará el océano Índico a través del estrecho de Malaca: esa es la razón por la que China está desesperada por encontrar rutas energéticas alternativas hacia el Pacífico, así como rutas terrestres vía Asia central, Pakistán y Birmania.^[11] La sed combinada de petróleo procedente del golfo Pérsico por parte de China, Japón y Corea del Sur ya ha convertido el estrecho de Malaca en el punto de encuentro de la mitad de los flujos de petróleo y de cerca de una cuarta parte del comercio mundial.^[12]

«Ningún océano está más necesitado de una estabilidad estratégica que el Índico, que tal vez sea el que más armamento nuclear posee de los siete mares», apunta el analista de defensa Thomas P. M. Barnett. «Entre las potencias nucleares cuyas armadas navegan por este océano están Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Rusia, China, la India, Pakistán e Israel.»^[13]

El océano Índico es donde la rivalidad entre Estados Unidos y China en el Pacífico se entrelaza con la rivalidad regional entre China y la India, y también con la lucha de Estados Unidos contra el terrorismo islamista en Oriente Medio, que incluye la tentativa estadounidense de contener a Irán. A menudo, cuando la Marina estadounidense ha bombardeado Irak o Afganistán, lo ha hecho desde el océano Índico. Las fuerzas aéreas de Estados Unidos controlan Irak y Afganistán desde bases situadas en el golfo Pérsico, y desde la isla de Diego García, en pleno centro del océano. Cualquier ataque estadounidense sobre Irán —y las sacudidas posteriores en relación al flujo de petróleo— llevarán el matasellos del océano Índico; y lo mismo para las respuestas ante cualquier agitación en Arabia Saudí o en el atestado y árido polvorín del Yemen, que aloja a 22 millones de habitantes y 80 millones de armas de fuego.

La nueva estrategia marítima de la Marina estadounidense, revelada en octubre de 2007 en la Escuela de Guerra Naval de Newport, Rhode Island, afirma tácita y explícitamente que, en adelante, la Marina procurará establecer una presencia sostenida y proactiva en el océano Índico y el Pacífico occidental adyacente, pero mucho menos en el Atlántico. El comunicado del Cuerpo de Marines presentado en junio del 2008, que lleva por título «Visión y estrategia» y cubre el periodo hasta el 2025, también concluye en lenguaje

cristalino que el océano Índico y sus aguas colindantes serán un escenario central de conflictos y disputas. Junto con su continuado dominio sobre el Pacífico, Estados Unidos busca de manera manifiesta ser la potencia preeminente de Asia meridional. Esto marca un giro de trascendencia histórica que se aleja del Atlántico norte y Europa. Puede que Estados Unidos no controle los acontecimientos dentro de la gran «caja de arena» de Oriente Medio pero, como sugiere el analista militar Ralph Peters, lo compensarán tratando de controlar las puertas de entrada y de salida de esa caja de arena: los estrechos de Ormuz y Bab el-Mandeb, cuellos de botella donde la presencia naval de la India y de China se expandirá junto con la estadounidense.

Las aspiraciones de China y la India de alcanzar el estatus de gran potencia, así como su deseo de una seguridad energética, las han obligado a «redirigir su mirada de la tierra a los mares», escriben James R. Holmes y Toshi Yoshihara, profesores asociados de la Escuela de Guerra Naval estadounidense. Mientras tanto, como señalan también Holmes y Yoshihara, quedan «dudas persistentes acerca de la sostenibilidad de la primacía estadounidense en alta mar», algo que ha garantizado durante décadas la estabilidad marítima del comercio y que, por consiguiente, se ha dado por hecho y de lo que ha dependido la propia globalización.^[14] Si estamos adentrándonos en una etapa de la historia en la que varias naciones compartirán el dominio de alta mar —en lugar de una sola, como en el pasado reciente—, entonces el océano Índico será el escenario central de esta configuración más dinámica e inestable.

Mientras que China busca expandir su influencia verticalmente, es decir, extendiéndola hacia las cálidas aguas índicas del sur, la India trata de hacerlo horizontalmente, expandiéndose a este y oeste, hasta las fronteras de la India victoriana, en paralelo al océano Índico. Según cierta información, el presidente chino Hu Jintao se lamentaba de la vulnerabilidad de sus corredores marítimos y se refirió a este asunto como «el dilema de Malaca»: la dependencia del angosto y vulnerable estrecho de Malaca para las importaciones de petróleo de la que China debe escapar de algún modo.^[15] Es un miedo antiguo, ya que el mundo de la dinastía Ming quedó desbaratado en 1511, cuando los portugueses conquistaron Malaca. En el siglo XXI, escapar del dilema Malaca supone, entre otras cosas, acabar usando los puertos indios para transportar petróleo y otras mercancías energéticas por carretera y por oleoductos que condujeran al norte, al corazón de China, de modo que los buques petroleros no tuvieran que atravesar el estrecho de Malaca para llegar

a su destino. Este es solo uno de los motivos por los que China desea tan desesperadamente integrar a Taiwán en sus dominios, porque desde allí podría redirigir sus fuerzas navales hacia el océano Índico.^[16]

Esta estrategia militar china en el océano Índico, conocida como el «collar de perlas», incluye la construcción de un gran puerto y un puesto de escucha en la ciudad pakistaní de Gwadar, en el mar Arábigo, donde los chinos podrían monitorizar el tráfico naval del estrecho de Ormuz. También podrían utilizar otro puerto en Pakistán, en la ciudad de Pasni, a unos 120 kilómetros al este de Gwadar y unida a esta por una nueva autopista. En Hambantota, en la costa sur de Sri Lanka, los chinos parecen estar construyendo para sus barcos el equivalente a una estación carbonífera en la era del petróleo. En el puerto bangladésí de Chittagong, en la bahía de Bengala, algunas compañías chinas han participado activamente en el desarrollo de la terminal para contenedores de carga, a la que China podría querer tener también acceso naval. En Birmania, donde los chinos han entregado miles de millones de dólares en ayuda militar a la junta gobernante, Pekín está construyendo y modernizando bases navales y comerciales; construyendo carreteras, canales navegables, oleoductos y gasoductos que enlazan la bahía de Bengala con la provincia china de Yunnan, y operando desde instalaciones de vigilancia situadas en las islas Coco, en plena bahía de Bengala.^[17] Varios de estos puertos se encuentran más cerca de ciudades del centro y el oeste de China de lo que estas se encuentran de Pekín o Shanghái, y podrían, mediante carreteras norte-sur y conexiones ferroviarias, ayudar a liberar la economía de China central, sin salida al mar. China se está moviendo hacia el sur y hacia el oeste, como lo prueba el deseo de construir una vía ferroviaria aparentemente improbable que uniría —a través de algunos de los terrenos más elevados del planeta— sus provincias más occidentales con la región productora de cobre al sur de Kabul, en Afganistán.

Por descontado, hay que ser extremadamente cuidadosos a la hora de juzgar las acciones de China en esta región. Lo que los chinos tienen verdaderamente planeado para el océano Índico está todavía poco claro y abierto a debate. En Washington algunos se muestran escépticos ante la misma noción de la estrategia del collar de perlas. La creación declarada de bases no concuerda con la visión antihegemónica y benevolente que China tiene de sí misma. Los chinos raramente buscan el control directo, sino que se mantienen al margen, como en el caso de Gwadar, donde la Autoridad Portuaria de Singapur se prepara para dirigir las instalaciones a lo largo de las próximas décadas. (Aunque, como me dijo un funcionario singapurense, su

país es pequeño y, por tanto, no representa ninguna amenaza para China en Gwadar.) Muchos de los oleoductos y gasoductos que partirían de estos puertos atravesarían zonas en la actualidad políticamente inestables, por lo que China no tiene ninguna prisa por llevar adelante algunos de estos proyectos. Es más, debido en parte a preocupaciones en torno a su seguridad, los chinos han dejado aparcada una refinería costera de miles de millones de dólares en Gwadar. En cualquier caso, a la vista de las limitaciones geográficas y de los lazos históricos que unen a China con la región índica, en los cuales profundizaré más adelante, es evidente que algo está pasando. Lo crucial no son los proyectos de construcción de puertos *per se*, porque todos ellos están motivados por la realidad del desarrollo local y solo de un modo secundario atañen a China. Lo que es verdaderamente interesante y merece atención es el deseo de China de acceder a los modernos puertos de aguas profundas de los países amigos situados a lo largo de toda la franja sur de la frontera eurasiática, donde se ha hecho una inversión considerable en ayudas económicas y acercamientos diplomáticos, lo que ha reforzado la presencia de Pekín en las líneas marítimas de comunicación del océano Índico. La custodia de estas rutas constituye en los círculos de poder chinos un argumento de persuasión burocrático a favor de una armada de alta mar en el océano.^[18] La auténtica lección aquí es la sutileza del mundo en el que estamos entrando, del cual el océano Índico proporciona un testimonio de primer orden. En lugar de las bases militares fortificadas de la Guerra Fría y épocas anteriores, habrá instalaciones de doble uso, civil y militar, en las que los acuerdos serán más implícitos que explícitos y por completo determinados por la salud de la relación bilateral en cuestión.

El objetivo a largo plazo de China de estar presente en el océano Índico con el fin de proyectar su poder y de proteger su flota mercante y energética queda patente en la fastuosa y públicísima conmemoración de la figura histórica del siglo XV Zheng He, el explorador y almirante de la dinastía Ming que surcó los mares entre China y las Indias Orientales, Ceilán, el golfo Pérsico y el Cuerno de África. Zheng He, un eunuco musulmán de origen mongol —que había sido capturado y castrado de niño para servir en la Ciudad Prohibida y fue escalando rangos— llevó su Flota del Tesoro, —formada por centenares de barcos y nada menos que treinta mil hombres (incluyendo médicos, intérpretes y astrólogos)— hasta las orillas de Oriente Medio para comerciar, reclamar tributos y exhibir la bandera.^[19] El renovado énfasis de China sobre la figura y la vida de este explorador del Índico afirma,

en efecto, que estos mares han formado siempre parte de su zona de influencia.

Al mismo tiempo que China se reafirma, la India está tratando de aumentar su influencia regional desde Oriente Medio al sudeste asiático. La primera visita oficial que realizó el almirante indio Sureesh Mehta, antiguo jefe del Estado Mayor naval, fue al oeste, a los países del golfo, donde está floreciendo el comercio con la India. Y al tiempo que el país vive un *boom*, también lo hace el comercio con Irán y con un Irak en proceso de recuperación. Pensemos en la India e Irán, dos estados costeros, uno dominando el Asia meridional y el otro Oriente Medio. Los estadounidenses no están acostumbrados a verlos en la misma categoría pero, en un nivel crucial, lo están. Irán, como Afganistán, se ha convertido para la India en una estratégica base de retaguardia contra Pakistán, así como en un futuro socio energético. En 2005, la India e Irán firmaron un contrato billonario por el cual el segundo suministrará anualmente a la India 7,5 millones de toneladas de gas natural licuado durante 25 años.^[20] Aunque nunca ha sido plenamente ratificado, el acuerdo está sobre la mesa y es probable que salga adelante en un futuro cercano. De igual modo, ha habido conversaciones en torno a un conducto energético que uniría Irán y la India a través de Pakistán, un proyecto que supondría un gran paso para la estabilización de las relaciones indo-pakistaníes y también para unir estrechamente Oriente Medio y Asia meridional. La India también ha estado ayudando a Irán en el desarrollo del puerto de Chah Bahar, en el mar Arábigo. Esta es otra de las razones por las que el propósito estadounidense de aislar Irán es inalcanzable. En el pasado, el poder estadounidense se apoyaba en las divisiones en Eurasia, por lo que no pocos países tenían que recurrir a Washington para ver satisfechos sus intereses. Pero la tendencia a largo plazo ahora es la de una mayor integración, lo cual dejará a Estados Unidos hasta cierto punto fuera de juego.

A menudo se olvida que durante cientos de años la India ha disfrutado de estrechos vínculos económicos y culturales con las costas persas y árabes del golfo. Aproximadamente 3,5 millones de indios trabajan en países pertenecientes al Consejo de Cooperación del Golfo, y envían anualmente a sus hogares 4000 millones de dólares. Uno de los estímulos principales para el refuerzo marítimo que está llevando a cabo la India en el océano Índico es la humillación que supuso la incapacidad de su armada a la hora de evacuar a los ciudadanos indios de Irak y Kuwait durante la crisis del golfo en 1990-1991.^[21]

Paralelamente, la India está ampliando sus lazos militares y económicos con Birmania, al este. La India democrática no se puede permitir el lujo de desdeñar a la autoritaria Birmania, pues este vecino es rico en recursos naturales y amenaza con caer bajo el control absoluto de China si la India se mantiene al margen sin hacer nada. De hecho, la India espera que un entramado de carreteras este-oeste y conductos energéticos le permita ejercer cierto poder blando sobre el antiguo territorio del Raj, que comprendía Pakistán, Bangladés y Birmania. Pero la competencia entre China y la India, provocada por la expansión y el solapamiento de sus áreas de influencia política y comercial, se disputará más en la esfera naval que en la terrestre. Cuando era el director del Departamento de Logística del Estado Mayor Naval chino, Zhao Nanqi declaró: «No podemos seguir asumiendo que el océano Índico sea un océano solo para los indios».^[22] Esta postura se aplica particularmente a la bahía de Bengala, donde ambas naciones tendrán una presencia marítima considerable, debido a su proximidad a Birmania y a las islas Andamán y Nicobar, cerca de la entrada del estrecho de Malaca y pertenecientes a la India. Por contra, la dependencia mutua de China y la India en los mismos corredores marítimos también podría conducir a una alianza entre ellas que, en ciertas circunstancias, podría ser implícitamente hostil hacia Estados Unidos. En otras palabras, será en el océano Índico donde se revelarán las dinámicas globales de poder. Junto con el contiguo Oriente Próximo y Asia central, constituye el nuevo Gran Juego geopolítico.

La Guerra Fría impuso una dicotomía artificial en los estudios de área en los que Oriente Medio, el subcontinente indio y el cinturón del Pacífico aparecían como entidades separadas. Pero a medida que la India y China devienen más integralmente conectadas con el sudeste asiático y Oriente Medio a través del comercio, la energía y los acuerdos de seguridad, el mapa de Asia está resurgiendo como una única entidad orgánica, tal y como lo era en épocas anteriores de la historia y como queda ahora de manifiesto en un mapa del océano Índico.

Un mapa tal, en el que las regiones artificiales se disuelven, incluye también el territorio sin salida al mar de Asia central. Mientras los chinos llevan adelante un puerto de aguas profundas en Gwadar, en el Baluchistán pakistaní, a apenas 150 kilómetros al oeste, en el golfo de Omán —como ya he mencionado—, los indios hacen lo propio junto a rusos e iraníes en el de Chah Bahar, situado en el Baluchistán iraní, que es ya una base de avanzada de la armada de Irán. (Los indios también han impulsado una nueva carretera entre Chah Bahar y la provincia afgana sudoccidental de Nimruz.) Tanto

Gwadar como Chah Bahar, emplazados en las más importantes rutas marítimas cercanas al golfo —y entre los cuales podría esperarse una fiera competencia— tal vez estén unidos algún día por redes secundarias y conductos energéticos con las regiones ricas en petróleo y gas natural de Azerbaiyán, Turkmenistán y demás repúblicas exsoviéticas ubicadas en el corazón de la masa continental eurasiática. Y la India, con su ayuda a la construcción de una autopista que conecta la principal carretera de circunvalación afgana y los puertos iraníes, muy posiblemente haya puesto fin a la dependencia afgana de Pakistán para acceder al mar. Es el acceso al océano Índico lo que determinará la política futura de Asia central, de acuerdo con S. Frederick Starr, un experto en la zona de Asia central de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad Johns Hopkins, en Washington D. C. Sin duda alguna, parte del atractivo de Irán para la India se debe a que es un estado de paso factible hacia el gas de Asia central. Además, los puertos indios y pakistaníes han sido promocionados como «centros de evacuación» para el petróleo del mar Caspio.^[23] Así, el destino de países tan alejados del Índico como Kazajistán o Georgia —bien ricos en hidrocarburos, bien zonas de paso para estos— está ligado al océano.

Un país particularmente crucial a este respecto es Afganistán, por el que tal vez circule algún día el gas natural del yacimiento de Dauletabad, en Turkmenistán, en dirección a las ciudades y puertos de la India y Pakistán. Eso sin tener en cuenta el resto de rutas energéticas entre Asia Central y el subcontinente que tienen a Afganistán justo en su centro. En consecuencia, estabilizar Afganistán es un asunto que va mucho más allá de las guerras antiterroristas contra Al Qaeda y los talibanes; se trata de asegurar la prosperidad futura de todo el sur de Eurasia, como lo es encaminar a la India y Pakistán hacia una coexistencia pacífica mediante unas rutas energéticas compartidas.

La clave es que, dado que no solo la población asiática sino también la africana continúan aumentando y prosperando gracias al crecimiento de la clase media, las rutas comerciales y energéticas brotarán en todas direcciones, tanto por tierra como por mar, y darán lugar a una multiplicidad de organizaciones y alianzas. Este es el motivo por el que el mapa del océano Índico en el siglo XXI se diferencia de manera tan radical del de Europa y el Atlántico norte en el siglo XX. Este ilustra al mismo tiempo una amenaza particular y un concepto: la Unión Soviética. El objetivo era simple: defender

Europa Occidental del Ejército Rojo y mantener confinada a la armada soviética cerca del casquete polar. Puesto que la amenaza era unívoca y Estados Unidos, la potencia suprema, su Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN) se convirtió en la que podría considerarse la alianza más exitosa de la historia. Por supuesto, uno podría concebir una OTAN para el océano Índico, incluyendo Sudáfrica, Omán, la India, Pakistán, Singapur y Australia, con las mismas riñas entre la India y Pakistán que tenían en la OTAN Grecia y Turquía. Pero semejante idea encarna un modelo antiguo que no acaba de aprehender el significado de todo lo que representa la imagen cartográfica del océano Índico.

Aunque pueda formar una unidad histórica y cultural, en términos estratégicos el océano Índico no tiene un único punto central —como tampoco lo tiene el resto del mundo que vamos a heredar— sino muchos. El Cuerno de África, el golfo Pérsico, la bahía de Bengala, etcétera, están sometidos a amenazas particulares, con contrincantes distintos en cada ruedo. Y están además las amenazas transnacionales del terrorismo, las catástrofes naturales, la proliferación nuclear y la anarquía. Cualquier alianza futura en el océano Índico será como la alianza de la OTAN actual: más laxa y menos unidireccional que durante los años de la Guerra Fría. Pero, teniendo en cuenta el tamaño de este océano —que se extiende a lo largo de siete husos horarios y casi la mitad de las latitudes del globo— y la relativa lentitud con la que se mueve un barco, puede resultar complicado que una armada internacional logre siquiera llegar a una zona de conflicto en un lapso adecuado. Olvidamos fácilmente que la razón principal por la que Estados Unidos tuvo un papel tan destacado en las labores de socorro de 2004 y 2005 tras el *tsunami* en las costas indonesias de la bahía de Bengala fue que tenía allí cerca un grupo de combate de la armada equipado con portaaviones. Si ese grupo, el *Abraham Lincoln*, hubiese estado en la península de Corea, adonde se dirigía, la respuesta estadounidense ante el *tsunami* no habría sido tan idónea. Esto es por lo que un modelo de alianza única es una forma desfasada de ver el mundo.

En su lugar, es más productivo pensar en una multiplicidad de alianzas regionales e ideológicas en diferentes áreas del océano y sus estados litorales. Ya existen muestras de ello. Las armadas de Tailandia, Singapur e Indonesia, con la ayuda de la Marina estadounidense, se han aliado para prevenir la piratería en el estrecho de Malaca. Las de la India, Japón, Australia, Singapur y Estados Unidos —todos ellos democracias— han realizado maniobras conjuntas en la costa Malabar, al sudoeste de la India: un reproche implícito

hacia los planes de China para el océano; aunque las armadas de la India y China también han realizado maniobras conjuntas cerca de la ciudad china de Kunming, al sur del país. Un destacamento naval combinado, formado por estadounidenses, canadienses, franceses, holandeses, británicos, pakistaníes y australianos, patrulla permanentemente frente al Cuerno de África en un esfuerzo por contener la piratería.

El sistema estratégico del océano Índico ha sido comparado por el vicealmirante John Morgan, antiguo Jefe Adjunto de Operaciones Navales, con el sistema de taxis de la ciudad de Nueva York: no existe un controlador central —ni unas Naciones Unidas ni una OTAN—, y son las fuerzas del mercado las que dirigen la seguridad marítima; las coaliciones surgirán allí donde los corredores marítimos necesiten ser protegidos, del mismo modo que se presentan más taxis cerca de los teatros antes y después de las representaciones.

Ninguna región domina, si bien la Marina de Estados Unidos sigue siendo la hegemónica en los mares. Como me dijo un comodoro australiano: imaginemos un mundo con un sistema de bases marítimas descentralizadas y en red, sustentado por Estados Unidos, que establece diferentes alianzas para diferentes escenarios; bases que a menudo parecen plataformas petrolíferas, desperdigadas desde el Cuerno de África hasta Indonesia, a las que las fragatas y destructores de diversos países pueden conectarse como dispositivos enchufables.

Las fuerzas armadas estadounidenses, por su mero tamaño y su capacidad de desplegarse rápidamente, seguirían siendo indispensables, aun si el propio Estados Unidos tiene un rol político más modesto y otras naciones, antes pobres, crecen y se apoyan mutuamente. A fin de cuentas, este es un mundo en el que materias primas de Indonesia se manufacturan como componentes en Vietnam y son provistas de *software* de Singapur, con la financiación de los Emiratos Árabes Unidos: un proceso que depende de la seguridad de las rutas marítimas que defienden Estados Unidos y diversas coaliciones navales. Puede que el océano Índico no tenga un enfoque unitario, como lo tenía la amenaza soviética en el Atlántico, o el desafío de una pujante China en el Pacífico, pero ciertamente constituye una reproducción a escala del sistema global.

Y no obstante, irónicamente, dentro de este microcosmos con un sistema global interconectado de forma radical, el nacionalismo seguirá prosperando. «Nadie en Asia quiere compartir soberanía», escribe Greg Sheridan, redactor jefe de internacional de *The Australian*: «Los políticos asiáticos se han criado

en escuelas inflexibles y rodeados de vecinos inflexibles. Valoran el poder inflexible; la posición de Estados Unidos es mucho más fuerte en Asia que en ninguna otra parte del mundo».[24]

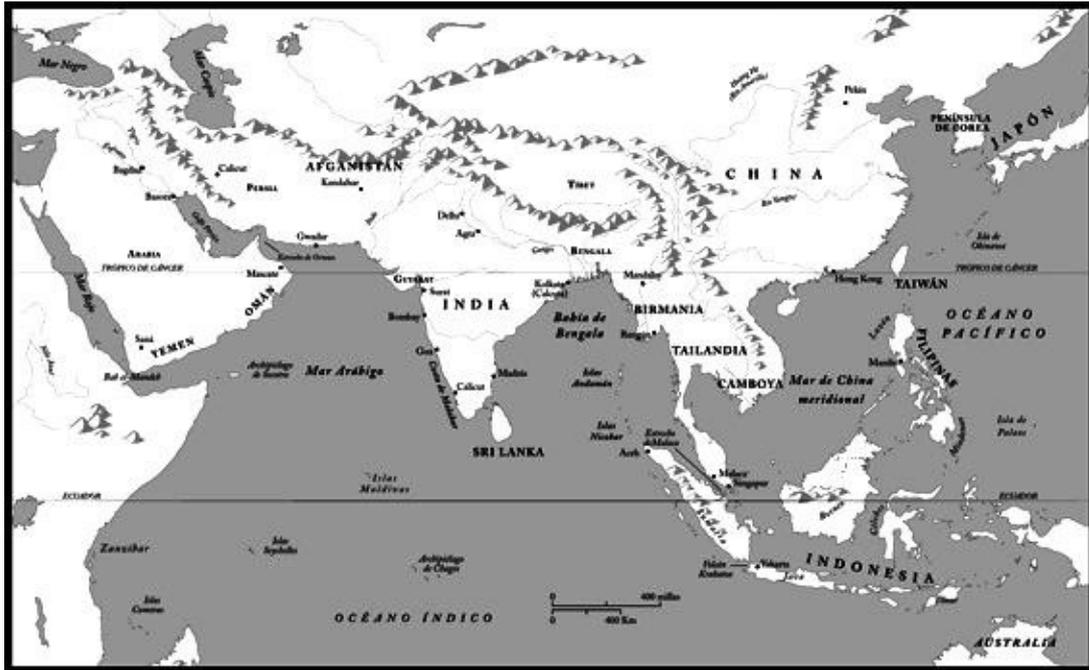
En otras palabras, no confundamos este mundo con el de las Naciones Unidas, que en cualquier caso es, en parte, un viejo constructo en el que hay un asiento para Francia en el Consejo de Seguridad pero no para la India. La India, Japón, Estados Unidos y Australia enviaron barcos a toda máquina hacia las zonas afectadas por el *tsunami* de diciembre de 2004 en Indonesia y Sri Lanka sin informar previamente a la ONU.[25] La configuración superpuesta de conductos energéticos y rutas terrestres y marítimas conducirá más bien a una política de equilibrio de poderes al estilo de Metternich que a un posnacionalismo kantiano. Un mundo no occidental con una asombrosa interdependencia, y no obstante ferozmente celoso de su soberanía, con ejércitos que crecen a la par que las economías, se está tejiendo con tensos hilos en el Gran Océano Índico. Martin Walker, director sénior del Consejo de Política Comercial Global de A. T. Kearney, escribe:

La combinación de la energía y la financiación de Oriente Medio; las materias primas y los recursos alimenticios aún por explotar de África, y las mercancías, servicios, inversiones y mercados de China y la India parece ser algo más que una mera asociación a tres bandas recíprocamente provechosa. El comercio genera riqueza, y con la riqueza vienen los medios para comprar influencia y poder. Las grandes potencias de Europa surgieron en un primer momento en torno al Mediterráneo; un comercio mayor a través del Atlántico, y del Pacífico después, produjo estados nuevos más ricos y poderosos; del mismo modo existen sólidas perspectivas de que las potencias del océano Índico crezcan a su vez en influencia y ambición.[26]

Así que este océano está una vez más en el corazón del mundo, como lo estaba en los tiempos antiguos y medievales. Para reflexionar sobre su historia, y explorar el océano parte por parte, empecemos con Omán.

SEGUNDA PARTE

Omán está en todas partes



La costa sur de la península Arábiga está cerca de un páramo de colores ígneos, con llanuras empuqueñecedoras y vertiginosas formaciones afiladas de dolomía, caliza y esquisto. Playas amplias y desiertas se suceden en toda su grandeza inmaculada a lo largo de cientos de kilómetros. La mano del hombre parece verdaderamente ausente. El mar, aun cautivador, no muestra ningún rasgo que estimule la memoria histórica, así que el intenso turquesa de las aguas sugiere poco más que una latitud tropical. Pero los vientos sí cuentan una historia. Los vientos del monzón que atraviesan el Índico, generalmente al norte del ecuador, son tan predecibles como un reloj: soplan de nordeste a sudoeste y de norte a sur, y se invierten en periodos regulares de seis meses, en abril y en octubre. Así han hecho posible desde la antigüedad que los barcos cubrieran relativamente rápido grandes distancias, con la certeza, tal vez tras una larga ausencia, de que volverían a sus hogares casi tan rápido.^[t1] Por supuesto, no siempre es tan sencillo. Mientras que el monzón

del nordeste, en palabras del avezado marino australiano e infatigable viajero del Índico Alan Villiers, «es tan amable, claro y templado como los vientos alisios [...], el del sudoeste es una estación mucho más adversa». Así que en ocasiones, en ciertas zonas del océano, los barcos tenían que utilizar el monzón del nordeste para sus trayectos en *ambas* direcciones. Pero los *dhow*s^[t2] árabes, persas e indios podían lidiar con ello, gracias a sus enormes velas latinas, tendidas a barlovento en un ángulo de entre apenas 55 y 60 grados respecto al suave viento nordeste contrario; navegando justo contra él, en otras palabras.^[t3] Esto casi los iguala a los yates modernos, y constituyó un logro técnico considerable. Su importancia radicaba en que permitía alcanzar la costa Malabar del sudoeste indio desde el sur de Arabia navegando en línea recta, aunque esto implicase la incomodidad de lo que los marinos llaman «hurtar el viento».

A pesar de la violencia ocasional del viento del sudoeste, el descubrimiento del sistema monzónico —que tan fácilmente favoreció la planificación de los viajes— liberó a los navegantes de tener que navegar demasiado a menudo en contra de los elementos.^[1] Así que el océano Índico no tuvo que esperar a la era del vapor para quedar unido, al menos no tanto como otras grandes masas de agua. Desde el punto de vista de un navegante, la inversión absoluta en la dirección de los vientos dos veces al año en un área tan vasta es un fenómeno bastante único. En cualquier otro lugar, los vientos cambian de fuerza y ligeramente de dirección con las estaciones, pero no hasta el punto de los monzones del océano Índico. Y en cuanto a otros vientos globales oceánicos —como los vientos alisios del nordeste y el sudeste, en los trópicos, o los vientos del oeste, en las latitudes medias— se mantienen estables a lo largo del año, al igual que ocurre con las calmas ecuatoriales.

Por consiguiente, podría haber sido aquí, frente a las costas del sur de Arabia, con sus noches despejadas salpicadas de estrellas, sus rebosantes lonjas de pescado y una ausencia prácticamente absoluta de ríos, donde se desarrollara el arte de navegar en mar abierto.^[2] África oriental y la India estaban extraordinariamente cerca en términos de tiempo de navegación. En efecto, los vientos han permitido que el océano Índico —desde el Cuerno de África hasta el archipiélago indonesio, a más de 6000 kilómetros de distancia—, así como todas las inhóspitas extensiones de desierto y los litorales que hay en él, haya formado una pequeña e íntima comunidad a lo largo de gran parte de la historia.

Y eso significa que entró pronto en el mundo del comercio.

Me encontraba en la región de Omán conocida como Dhofar, cerca de la frontera yemení, casi en el centro de la costa sur de Arabia. Es un lienzo abstracto de océano y rocas, un desierto absoluto en los meses secos del invierno, salvo por los resistentes árboles de olíbano que se alzan solitarios sobre la tierra. Hice una muesca en la corteza, recogí la resina e inspiré el aroma del interior de las iglesias ortodoxas de Oriente. Pero mucho antes de la aparición del cristianismo, el olíbano o incienso (*lubán*, en árabe) se usaba para perfumar la ropa, bendecir a la gente, mantener alejados a los insectos y tratar muchas enfermedades. Los grumos de resina se añadían al agua para vigorizar el cuerpo, en especial los riñones, y se creía que curaba las enfermedades activando el sistema inmunitario y protegiendo de los malos espíritus. El olíbano aromatizaba todas las piras funerarias del mundo antiguo y se utilizaba para embalsamar a los faraones. Se encontró resina en la tumba de Tutankamón en Lúxor, y sabemos que en el templo hebreo de Jerusalén se almacenaba en salas especiales custodiadas por sacerdotes.

Intrínseco al estilo de vida de romanos, egipcios, persas y sirios, el olíbano era en la antigüedad lo que el petróleo en la edad moderna: la base de la vida económica y de las rutas navales. Dhofar y el cercano Yemen exportaban anualmente 3000 toneladas de resina al Imperio romano del Mediterráneo.^[3] Enviaban barcos y barcos cargados de olíbano que, ayudados por los seguros y regulares vientos monzónicos, navegaban al sudoeste hasta las puertas del mar Rojo, rumbo a Egipto y Roma, y al este, camino de Persia y la India. Meses más tarde, cuando los vientos se invertían, los barcos regresaban a sus puertos de origen, ahora cargados de marfil y plumas de avestruz de África, y de diamantes, zafiros, lapislázuli y pimienta de la India. Los reinos marítimos tribales del sur y el sudoeste de Arabia —como los de Saba, Hadhramaut o Himyar— se hicieron ricos gracias a sus respectivas plazas comerciales en esta autopista del incienso. Hasta aproximadamente el año 100 a. C. el eje del comercio entre Oriente y Occidente estaba aquí, en este aparente páramo en el sur de la península. Árabes, griegos, persas, africanos y muchos otros se mezclaban para hacer negocios en este lugar de paso y transbordo de mercancías en los tiempos anteriores a las rutas directas entre Egipto y la India.^[4]

El monzón de verano procedente del sur, conocido localmente como el *kharif*, trae consigo lluvias que teñirán estas ahora desoladas colinas del oeste de Omán en las que me encuentro de un milagroso verde jungla. Pero en la antigüedad, un clima más húmedo permitía disponer de más agua dulce y, con ella, de una civilización urbana culturalmente sofisticada gracias al tráfico

oceánico. Mientras conducía a lo largo de la costa, encontré una caseta de piedra en la que un árabe vestido con una larga *dishdasha* y un gorro bordado me sirvió un té masala, a la manera india, con leche, especias y una abundante dosis de azúcar. Antes, en un pequeño restaurante, había tomado coco con *curry* y la sopa local, aderezada con cayena y salsa de soja: de nuevo las influencias cotidianas de la India y de China en Arabia; pues me encontraba más cerca por mar de la desembocadura del Indo que de la del Éufrates.

Visité las ruinas desmoronadas de Sumhuram, un opulento puerto de Dhofar en el corazón de la ruta del incienso, uno de los más ricos del mundo entre el siglo IV a. C. y el IV d. C. Unas inscripciones en el templo de la reina Hapshetsut en Lúxor mencionan la variedad Al-Hojari de olíbano blanco, típica de aquí, considerada la mejor del mundo y mencionada también por Marco Polo en sus *Viajes*.^[5] Este olíbano era famoso incluso en China.

El puerto chino de Quanzhou llegó a importar en su día casi 200 kilos de olíbano al año desde Al-Balid, otra ciudad costera de Dhofar, cerca de Sumhuram, cuya muralla rodea los restos de más de cincuenta mezquitas medievales. Las ruinas de Al-Balid son más extensas que las de Sumhuram, lo que me permitió reconstruir mentalmente la gran ciudad que fue. Un importante asentamiento que se remonta al 2000 a. C., visitado por Marco Polo en 1285 y por el viajero marroquí Ibn Battuta —en dos ocasiones, 1329 y 1349—, los cuales llegaron y partieron por mar. El almirante chino Zheng He condujo sus «barcos del Tesoro», cruzando todo el océano Índico, hasta Al-Balid en 1421, y de nuevo en 1431, donde fue recibido con los brazos abiertos.^[4] Mucho antes que ellos, a finales del siglo X, el geógrafo árabe nacido en Jerusalén Al-Muqaddasi llamó a los puertos de Omán y el Yemen el «vestíbulo» de China, e incluso se conocía al mar Rojo como el mar de China.^[6] En el sentido contrario, los árabes de Omán, Dhofar y otras regiones de sur habían estado viajando a China desde mediados del siglo VIII d. C. En los siglos posteriores, una población de árabes procedentes de la península haría del puerto de Aceh —en el noroeste de Sumatra, en las alejadas Indias Orientales del otro extremo del océano— el «portal a la Meca».^[7]

Era, en efecto, un océano pequeño.

«Omán está en todas partes, en China, la India, Singapur, Zanzíbar...», me dijo Abdulrahman Al-Salimi, un funcionario del gobierno omaní, durante una ceremonia de bienvenida en la capital del país, Mascate, en la que se ofrecían agua de rosas, dátiles, untuosa *halwa* y un café amargo y aromatizado con

cardamomo servido de jarras de latón. Vestía una *dishdasha* y un turbante blanco. El ministro de Bienes Habices, al que también conocí, llevaba una daga (*janyar*) incrustada de joyas colgada de la cintura. Esta es una tierra con una tradición conscientemente reafirmada; una tradición que no está aislada sino, al contrario, vinculada a una identidad nacional marítima, forjada a lo largo de milenios, producto de la interacción —y no del retraimiento— con el mundo exterior. Omán es una muestra de que la mejor de las globalizaciones es aquella cimentada en firmes localismos que pueden sobrevivir a las embestidas de las destructivas fuerzas del mercado. Lo que podría resultar medieval para un asombrado viajero que llegue por primera vez aquí encaja bien, en realidad, con el mundo moderno.

El viaje hacia el nordeste entre Dhofar y Mascate dura doce horas, a través del desierto invariablemente plano, sembrado de grava y piedras volcánicas, que bordea el Cuarto Vacío en paralelo al mar.^[t5] A lo largo de la mayor parte del pasado, este trayecto se habría cubierto por mar. Como marinos, los omaníes son en muchos aspectos la quintaesencia árabe. Han sido tan influyentes a lo largo de la historia que el mar Arábigo —el sector noroeste del océano Índico— se conocía anteriormente como el mar de Omán. El legendario Simbad el Marino podría haber sido un omaní de Sobar, aunque tenía su base en Basora, Irak. Los viajes homéricos de Simbad entre los siglos VIII y X atestiguan también la pequeñez de este gran océano, debida a los vientos y a la destreza de los navegantes árabes y persas de la Edad Media. El reino de Mihraj que aparece en el primer viaje de Simbad ha sido comparado con la isla de Borneo, en el mar de China meridional; y el ave monstruosa de su segundo viaje, con los pájaros de Madagascar; de acuerdo con el geógrafo árabe del siglo XII Al-Idrisi, la isla de los Monos del tercer viaje podría ser Socotra, entre el Yemen y Somalia; y algunos piensan que las tierras de caníbales del cuarto viaje son las islas Andamán, en la bahía de Bengala, o incluso la lejana Sumatra.

Otro gran marino omaní, Ahmed Ibn Majid, podría haber conducido en 1498 el barco de Vasco de Gama desde Kenia hasta la India (volveremos a él más adelante).^[t6] Los omaníes controlaban el comercio de esclavos, y a principios del siglo XIX dirigían un imperio en la costa suajili del este de África. Ocuparon el puerto arábigo de Gwadar, en Baluchistán (suroeste de Pakistán), hasta 1958. En Indonesia hay comunidades omaníes cuyos antepasados ayudaron a difundir el islam en el Lejano Oriente.

Del mismo modo, uno puede encontrar huellas de todos estos lugares en Omán. Los zocos de Mascate están llenos de la comunidad hindú que llegó de

Hyderabad y Rayastán en el siglo XIX. Los estilos de las ropas de las mujeres y los gorros bordados de los hombres tienen influencias de Zanzíbar y de Baluchistán. La música y el baile son típicamente zanzibareños. La porcelana china es omnipresente. Los panaderos son yemeníes e iraníes. Muchos de los hombres de negocios vienen de Guyarat, al noroeste de la India. Los escudos y las armaduras de los soldados omaníes de antaño muestran la influencia de la India y de los zulúes de Sudáfrica. Préstamos léxicos de todos estos lugares impregnan el árabe de Omán, y muchos omaníes lo hablan con acento suajili. La globalización llegó a Omán y al resto del océano Índico en la antigüedad y en los inicios de la era medieval, mucho antes que en otros lugares, y condujo a un extraordinario nivel de sofisticación.

Los árabes son conocidos en Occidente como un pueblo del desierto, susceptible a los extremismos de pensamiento que origina el desierto. Pero también han sido una gran raza de navegantes, como lo prueban el comercio del olíbano y la trayectoria histórica de Omán; los precursores del cosmopolitismo, que habían surcado estas aguas durante miles de años antes que Vasco de Gama. Cuando observamos el periodo completo de la expansión islámica, «un hecho llama la atención», escribe el estudioso americano-holandés André Wink en su serie enciclopédica *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World*, «el crecimiento y el desarrollo de una economía mundial en y en torno al océano Índico —con la India en su centro y Oriente Medio y China como sus dos polos dinámicos— se llevó a cabo mediante una sostenida integración económica, social y cultural en [...] patrones cada vez más complejos bajo la égida del Islam».^[8] Los «sarracenos» —como se refería a los árabes el geógrafo británico sir Halford Mackinder un siglo atrás— «crearon un gran imperio aprovechando los dos tipos de movilidad que les permitía su tierra: la del caballo y el camello por un lado, y la del barco por el otro. En diferentes momentos, sus flotas dominaron tanto el Mediterráneo hasta tan lejos como España, como el océano Índico hasta el archipiélago malayo».^[9] La geografía trapezoidal de la península Arábiga favoreció este desarrollo. Largas costas rodean Arabia por tres de sus lados: desde el golfo de Suez, recorriendo todo el mar Rojo hasta el estrecho de Bab el-Mandeb («el Portal de las Lágrimas»); luego, hacia el noreste, 2000 kilómetros de costa en los que en épocas anteriores se encontraban las áreas más fértiles y pobladas de la península (el Yemen, Hadhramaut y Dhofar); y, finalmente, de nuevo hacia el norte, desde el golfo

de Omán hasta el golfo Pérsico y el río Shatt al-Arab, en Irak. El Shatt al-Arab conduce al Tigris y, por tanto, a Bagdad, por lo que a lo largo del califato abasí (siglos VIII-XIII), y hasta la devastación mongola, Bagdad estaba conectado a China por medio del océano Índico, dado que durante gran parte de la historia las comunicaciones eran más fáciles por mar que a través de inhóspitos desiertos.

Además, las costas cercanas de África, en el oeste, y la meseta iraní, al este, impulsaban el comercio árabe, ya que en las aguas cercadas y protegidas del mar Rojo y el golfo Pérsico la navegación constante hizo que los árabes establecieran un estrecho contacto con dos antiguas civilizaciones urbanas: las de Egipto y Persia. Los persas, en particular, fueron los que primero dominaron el comercio marítimo de larga distancia con Oriente. En el siglo VI a. C. Darío I «encargó un reconocimiento de los mares desde Suez al Indo», pues había un gran tráfico naval entre la dinastía aqueménida persa y la igualmente próspera dinastía maurya de la India.^[10] Más tarde, durante la dinastía sasánida, justo antes de la llegada del islam a Persia, es posible que hubiera barcos persas en los puertos de China. De hecho, los persas, que fueron una potencia índica bajo los sasánidas, aparecen en documentos chinos de finales del siglo VII y el siglo VIII como propietarios de barcos en Cantón.^[11] En esta época, bajo la unidad cultural arabo-persa traída por el ecléctico califato abasí medieval de Bagdad, los árabes y persas que surcaban el océano Índico desde África hasta el Lejano Oriente se volvieron casi indistinguibles y cayeron bajo el sello general del comercio y la exploración musulmana.

El bien llamado golfo Pérsico era la ruta marítima más antigua de la humanidad, y desde él era posible navegar a lo largo de la costa de Sind (al sudeste de Pakistán) y la de al-Hind (India) sin perder la tierra de vista; esto es, si uno prefería no usar la ruta por mar abierto de Omán a la India, ayudándose del monzón semestral. Y es que la India meridional servía de «gozne» entre las dos grandes cuencas del océano Índico: el mar Arábigo y la bahía de Bengala.^[12] Con los vientos monzónicos, el trayecto desde el sur de la India o Ceilán hasta el Lejano Oriente era una línea recta, navegando en ceñida y amurados a babor. El viaje desde el golfo Pérsico a Sumatra, en el archipiélago indonesio, era relativamente rápido, setenta días: gracias de nuevo al monzón, una velocidad dos veces superior a la de la navegación en el Mediterráneo.^[13] Y en la otra dirección, desde el Yemen y Omán hasta África oriental, el viaje era en comparación corto y sencillo. En efecto, la costa suajili de África oriental estuvo íntimamente ligada a la esfera marítima islámica desde el 1200 d. C., y para finales del siglo XV al menos treinta

pueblos costeros africanos acogían inmigrantes musulmanes del sur de Arabia.^[14] Era como si cada grupo estuviera presente en cualquier lugar de este océano.

Como se ha hecho notar, en los tiempos clásicos los pueblos del sur de Arabia, por citar al fallecido estudioso George F. Hourani, eran «los *entrepôts* de todo intercambio» entre África, Egipto y la India. Los embajadores que Tolomeo II de Egipto intercambió con los emperadores mauryos Chandragupta y Aśoka de la India, y «las mujeres indias, los bueyes y mármoles que exhibió en su desfile triunfal» en el año 271 o 270 a. C. seguramente fueron transbordados en puertos de Saba, esto es, el Yemen.^[15] De acuerdo con *El periplo de la mar Eritrea* (el mar Rojo), un texto griego de mediados del siglo I d. C. compilado por el equivalente a un capitán de la marina mercante, en la antigüedad los comerciantes árabes eran muy activos en Somalilandia, África oriental y cerca de la desembocadura del Indo (hoy Pakistán). La aparentemente desolada y remota Arabia estaba en el centro de los contactos civilizadores, y todo ello se debía a la navegación.

La llegada del islam en el siglo VII impulsó el comercio marítimo. El islam es una fe ética que provee de un marco completo para la interacción social y económica. Lo que es más, en palabras de la estudiosa Patricia Risso el islam es «portátil», «no se identifica con una cierta localización en la que moran los espíritus animistas o en la que se encuentran los templos dedicados a deidades particulares» como ocurre en el hinduismo. De este modo, el islam resultaba particularmente «idóneo para los mercaderes que necesitaban llevar a cabo transacciones complejas y viajar». El islam propició la creación de una red de contactos porque es una cultura unificadora que se centra en elementos como el Corán, el rezo en comunidad, las regulaciones de la vida familiar y restricciones dietéticas sobre el alcohol y la carne de cerdo. Elementos tales unían a los fieles en grupos sociales. Es más, en los primeros siglos del islam, el peregrinaje *hach* funcionaba en parte como una feria comercial, ya que los mercaderes árabes se reunían en La Meca para cerrar sus tratos. La «interacción y coexistencia» del islam con el hinduismo y el budismo, escribe la estudiosa Janet L. Abu-Lughod, proveyó al mundo Índico una «cohesión» de la que a menudo carecía el Mediterráneo, mucho más pequeño y dividido, más que unido, por los vientos.^[16] Esta comunidad mercantil, que se adaptó particularmente bien a las nuevas normas y tradiciones, impelió el islam hacia Oriente, cruzando los mares del sur, y lo llevó a la hegemonía en gran parte de la masa continental de Afro-Eurasia.^[17]

Los musulmanes trataban con esclavos y marfil en África oriental, con perlas y oro en el golfo Pérsico, con arroz y algodón en la India, y con seda, té y porcelana en China.^[18] El islam no solo sostenía a las comunidades comerciales musulmanas diseminadas por todo el océano Índico, sino que también atrajo a conversos en el proceso. Esto tenía un lado pragmático, pues convirtiéndose al islam los comerciantes africanos o asiáticos podían aumentar su crédito entre los árabes. En Birmania, cuya costa occidental acabaría siendo tomada por los árabes, los arakaneses étnicos de la región a menudo adoptaban nombres árabes por intereses comerciales. Los mercaderes árabes convirtieron a indios, también, y juntos, a través de sus movimientos itinerantes alrededor del océano, establecieron comunidades islámicas desde Mogadiscio hasta Malaca, es decir, desde Somalia hasta Malasia. (En marcado contraste con muchas comunidades misioneras cristianas de la región india, que no tenían mucho que ver con el comercio y cuyos intereses eran a menudo antagónicos a los de las compañías comerciales europeas.)^[19]

Contribuyendo a la expansión del comercio árabe en el océano Índico no estaba únicamente la eclosión del islam, sino también la de China. El estado mahometano de Medina se instauró en el 622; el de la dinastía Tang, en el 618. El régimen tang reforzó la burocracia, trajo un sólido gobierno central a China y se lanzó a un agresivo desarrollo de vínculos comerciales marítimos con el océano Índico. La situación era análoga a la de ese momento de la antigüedad en el que el Imperio romano gobernaba en el Índico occidental y la dinastía Han en el oriental. Hasta la llegada del islam, los mercaderes chinos habían comerciado sin problemas con indios hindúes y budistas; después, bajo la tutela de la dinastía Tang, empezaron a sentirse más cómodos con los musulmanes indios, árabes y persas.^[20] Así se inició un modelo de fuertes relaciones comerciales entre las diversas dinastías musulmanas medievales (los omeyas, radicados en Damasco, y especialmente los abasíes de Bagdad) y la dinastía Tang y sus sucesoras, la Song y la Yuan; modelo que se prolongaría durante centenares de años. Solo más tarde, en el siglo XV, cuando China se replegó en sí misma y las oportunidades de comercio se redujeron, fue cuando el poderío comercial musulmán empezó a declinar. Pero con aquellos enormes imperios a un extremo y otro del océano Índico, comercialmente interdependientes, la paz reinó de modo generalizado, junto con el libre comercio.

Aparte del afán por hacerse con el ubicuo olíbano, la demanda de artículos de lujo y hierbas medicinales espoleó el comercio con lejanas zonas de Asia. Además, la India vendía arroz y algodón a China, y esta, a cambio, le vendía

té. Cuando De Gama llegó a Calicut, en la India, quedó deslumbrado ante el tráfico naval que llegaba «de China al Nilo».^[21] La estructura comercial musulmana era clave en este proceso medieval de globalización, tal y como lo ha sido el capitalismo estadounidense para la globalización posmoderna.

Los musulmanes estaban verdaderamente en todas partes. A los pocos años del advenimiento del islam, en el siglo VII, el explorador Sa'd ibn Abi Waqqas, que había partido de Etiopía, construyó una mezquita en la ciudad china de Quanzhou. Y a principios del siglo XV un indio musulmán pilotó la Flota del Tesoro del almirante Zheng He de la India a Dhofar y al Yemen, desde donde el almirante, también musulmán, partió hacia La Meca y se convirtió en el primer oficial chino de alto rango en realizar el peregrinaje.^[22]

No obstante, a pesar de que los musulmanes —árabes, persas e indios— dominaban, el océano Índico no era solo suyo. Comerciantes de todos los países y religiones se beneficiaron del entorno único del océano. Incluso antes de la llegada del islam, los malayos de los mares orientales, en las actuales Malasia e Indonesia, navegaban hasta Madagascar y África oriental, al otro lado del Índico, llevando canela y otras especias.^[t7] Conocidos como *waqwaqs* por el tipo de canoas con batanga que utilizaban, estos paganos cubrían una distancia de casi 6000 kilómetros en aproximadamente un mes gracias a los vientos.^[23] Los hindúes también difundieron sus rituales, iconos y lengua en estos litorales. Un próspero comercio llevó a los mercaderes indios, principalmente hindúes, por todos los mares del Sur, dando lugar a principios de la Edad Media a una «cosmópolis sánscrita» que englobaba el sur y el sudeste asiático.^[24] De hecho, a lo largo de la historia medieval y principios de la moderna, la costa de Coromandel, al sudeste de la India, estaba en estrecho contacto con Birmania y el archipiélago indonesio, así como con Persia, en la dirección opuesta.

El océano constituía un entramado de rutas comerciales. Se parecía vagamente a la imagen de eso en lo que se está convirtiendo nuestro mundo hoy día, con sus interrelaciones comerciales y culturales. Dado que el océano Índico es la suma de sus partes —dividido como está en subunidades: el mar Arábigo, la bahía de Bengala y demás—, su «estado natural» era el de una «coexistencia entre varias potencias localmente hegemónicas», escribe Abu-Lughod.^[25] El océano era neutral, en otras palabras. Ninguna potencia estatal dominaba, y tampoco, ciertamente, ningún reino de Europa.

En la Edad Media, la hegemonía occidental aún residía en el futuro; del mismo modo que la hegemonía naval estadounidense, en el punto en el que se encuentra hoy —la última fase de dominio occidental de estos mares—,

puede, con el paso de los años y las décadas, residir cada vez más en el pasado.

Las fronteras de Curzon



En 1907, poco después de su regreso a Inglaterra como virrey de la India, lord George Nathaniel Curzon dio la *Romanes Lecture* anual de Oxford. El tema que escogió fueron las «fronteras», de las cuales tenía la experiencia de toda una vida, primero como un joven recorriendo los límites del Imperio británico en Asia, y luego como diplomático implicado en el trazado de las fronteras del Imperio en Turquestán.^[1] Curzon habló sobre todos los tipos de fronteras naturales: los mares, desiertos, montañas, ríos y bosques; y también de todos los construidos por el hombre: muros y murallas, proyecciones de líneas astronómicas sobre el mapa, marcas fronterizas, estados tapón, protectorados, hinterlands y esferas de influencia. Nombró a los mares y, en segundo lugar, a los desiertos como las más «inflexibles» y «efectivas» de las fronteras, y señaló que Inglaterra había perdido América; España, Cuba y las Filipinas; Napoleón, Egipto, y los holandeses y portugueses, sus imperios costeros de Asia a causa, en último término, de la «interposición» de los mares. En cuanto a los desiertos, destacó que el de Gobi protegía a China por el noroeste, que Bujará y Samarcanda estaban «escudadas tras las dunas del Karakum», que Oriente Medio quedaba relativamente aislado de la India durante largos periodos por los «extensos yermos» de Persia y Turquestán, y el África negra, del resto de la civilización por el Sáhara, en el norte.^[2]

Por descontado, los mares podían ser surcados y los desiertos podían cruzarse en ferrocarril y en caravanas de camellos, y Curzon enumeró múltiples ejemplos de ello. En efecto, el modo en que los mares separan a la humanidad es obvio. Lo que es crucialmente relevante es el modo en que conectan civilizaciones, en particular cuando juzgamos una plaza tan estratégica y concurrida como el océano Índico. Y esto también se aplica a los desiertos, que son mucho más que fronteras infranqueables, incluso sin ferrocarriles, a pesar de los argumentos de Curzon en contra. La influencia de los desiertos sobre el destino de las naciones es más sutil que la de los océanos; a fin de cuentas, la existencia de un desierto al este de Mesopotamia no era lo único que formaba una barrera entre Oriente Medio y el subcontinente indio, era también una cuestión de diferencia de culturas y de lenguas o dialectos, surgida debido a múltiples factores, no todos ellos geográficos. Además, no deberíamos exagerar el papel de este tipo de barreras, pues la historia está llena de migraciones árabes y persas a través de los desiertos. El que se extiende al sur desde Siria y se adentra en la península Arábiga podría haber tenido poco de divisor de pueblos, ya que en él se habla árabe de una punta a otra. Este desierto de Arabia que la recorre de norte a sur

ha sido atravesado por tribus y pueblos nómadas que han influido profundamente en los destinos de todas las zonas por las que han pasado.

De ahí que tengamos una historia como la de Omán, un microcosmos del mundo Índico occidental; porque este país, como otros lugares en o cerca del mar Árabe —Somalia, los emiratos del golfo, las provincias pakistaníes de Baluchistán y Sind, y la provincia de Guyarat, en el noroeste de la India— constituye una vibrante si bien estrecha franja de humanidad entre el mar y el desierto, sujeta a las influencias de uno y otro.

Omán es en cierto modo una isla, aunque no literalmente. Invirtiendo en este caso el orden por grado de interposición de Curzon, el desierto ha ejercido más de frontera en la historia de Omán que el mar. Gracias a la predictibilidad de los vientos, miles de kilómetros de mar abierto no solo no separaban a Omán de los caminos de la humanidad sino que, de hecho, lo acercaban a sus vecinos, al tiempo que los más de mil quinientos kilómetros de desierto que tenía al norte lo dejaban aislado por tierra. Del mar llegó el cosmopolitismo; del desierto, el aislamiento y los conflictos tribales. Puesto que hace más de dos mil años que existen aquí comunidades marítimes, Omán, a la manera del Yemen, Egipto y Mesopotamia, constituye un antiquísimo núcleo de civilización. Omán no es un invento relativamente reciente de la historia como lo son los emiratos del golfo, que surgieron principalmente porque se extendían a lo largo de la ruta india de comercio y comunicaciones de Gran Bretaña, la mayor potencia marítima del siglo XIX: «Insignificantes jefaturas árabes», como los llamaba Curzon, «establecidas con el fin de impedir las capturas de esclavos en los mares colindantes».^[3] Tampoco es Omán producto de una familia en el siglo XX, como Arabia Saudí: la dinastía gobernante de Omán, los Al Said, han estado en el poder más tiempo del que lleva Estados Unidos siendo un país. No obstante, pese a su longevidad, la animosidad de las tribus desérticas ha debilitado o imposibilitado el estado omaní durante largos periodos, lo que a menudo ha resultado en la dominación de la potencia más próxima, Irán. El mar, sus vientos y sus buenos puertos le han proporcionado los cimientos para un venerable estado, mientras que el desierto ha estado muchas veces a punto de destruirlo.

Omán, se dice, es la cuna de quinientos puertos. De hecho, me topé con un *qasr* (fortaleza) tras otro en el desierto que acecha justo detrás de los puertos de aguas profundas, un paisaje amasado a lo largo de eones por el viento y las perturbaciones sísmicas hasta darle esas formas bellas y

desgarradoras. Cada fortaleza hace alarde de una singularidad neta y matemática, con sus torres alzándose en lo alto de tortuosas colinas y desnudos precipicios. Pero la repetición es reveladora: por mucho que los restauradores de museos intenten hacerlos atractivos —decorando las estancias con alfombras, porcelana, joyería autóctona, viejas pinturas y encantadoras celosías—, la mera abundancia de este tipo de edificios de piedra y barro ya da muestra de la anarquía de este páramo a lo largo de los siglos. Cada fortaleza evidencia una sociedad separada y autónoma, donde vivían desde el gobernante hasta los niños, y había sirope de dátiles al fuego, hirviente y pegajoso, literalmente a punto para ser lanzado sobre los invasores por las estrechas rendijas de la muralla. En definitiva, el desierto no era simplemente un terreno vacío e impenetrable que solo podía ser conquistado por ferrocarril, como sugería Curzon, sino que estaba poblado por tribus nómadas, escasas pero decisivas. Aun así, a falta de un centro urbano en el que pudiera asentarse una civilización y proporcionar de este modo estabilidad política, el desierto era también un paisaje de anarquía.

La influencia liberalizadora del océano nunca penetró de forma real en esta caótica zona fronteriza: cuanto más profundo y extenso el desierto, más potencialmente inestable el estado. Los del Sahel africano han sido el ejemplo más patente de ello en todo el mundo, y durante largas épocas esta fue también la situación de Omán.^[t1]

Así pues, ¿qué es lo que ha permitido que Omán dejara atrás décadas y siglos de inestabilidad —aportación de su frontera violenta y desértica— y se convirtiera en una nación estable, duradera y pro-occidental con su propia armada, altamente entrenada, desplegada de punta a punta del importantísimo estrecho de Ormuz? ¿Y qué podemos extraer de esto que sea aplicable a la región índica en conjunto?

Diversos factores coadyuvaron a la actual cohesión estatal de Omán. Tiene una población inferior a los tres millones de habitantes. Eso, combinado con unas reservas significativas de petróleo y gas natural, ha hecho posible la construcción de carreteras y demás infraestructuras con las que se ha reforzado el rol del gobierno central. En este aspecto, existe un contraste radical con el Yemen, que tiene una población de 22 millones de habitantes en una extensión similar y es mucho más montañoso. El estado del Yemen es bastante más débil políticamente, su gobierno central tiene dificultades para acceder a vastos sectores del país y debe mantener la paz a través de un frágil

equilibrio de relaciones tribales, puesto que ninguna tribu ni ninguna secta ha sido capaz de establecer una identidad para el estado yemení. Lo preocupante en el Yemen es la dispersión del poder, no la concentración de este. Desde la antigüedad, Wadi Hadhramaut, un oasis de más de 150 kilómetros en el sudeste del Yemen, rodeado por grandes extensiones de desierto y mesetas pedregosas, ha mantenido, a través de rutas de caravanas y puertos arábigos, unas relaciones más estrechas con la India e Indonesia que con otras zonas del país.^[t2] A diferencia de Omán, el Yemen ha continuado siendo una vasta y rebelde ensambladura de reinos tribales.

Por otra parte, la feliz situación de Omán le debe menos a los preceptos democráticos y tecnológicos occidentales que a la revitalización de ciertas prácticas feudales y, en relación con estas, a las inusuales cualidades personales de su gobernante absoluto, el sultán Qabus bin Said. Este constituye en y por sí mismo una desaprobación de las ideas de Washington de cómo deberían evolucionar Oriente Medio y el mundo. Omán muestra cómo los caminos del progreso en el mundo no occidental son diversos y están en desacuerdo con algunos de los ideales del Occidente liberal y la Ilustración. Y demuestra también que ciertas personas, cómo entendí en mis viajes alrededor del Índico, determinan la historia en la misma medida en que lo hacen los mares y desiertos, para bien y para mal. El logro singular del sultán Qabus ha sido el de unir los dos mundos de Omán: el del océano Índico y el del desierto de Arabia. Es el momento adecuado para ver algo de su trasfondo histórico.

Omán fue inestable durante largos periodos porque, aunque sus fronteras oficiales se encuentran a apenas 300 kilómetros de la costa, tales fronteras, en gran medida, no significaban nada. En realidad, el hinterland desértico se extendía mucho más adentro, internándose en la actual Arabia Saudi y más allá. Después de la propia Arabia Saudi de nuestros días, Omán fue probablemente la primera región del mundo árabe cuyo pueblo se convirtió al islam. Pero dado que Omán estaba situado en los límites del desierto de Arabia, junto al océano Índico, se convirtió en refugio de disidentes, sobre todo de ibadíes, los seguidores de Abdulá bin Ibad, un maestro jariyita de Basora del siglo VII.

Los jariyitas (de una palabra árabe que significa «los que salen») repudiaban la naturaleza religiosamente impura de la primera dinastía del mundo islámico, la de los califas omeyas de Damasco, que confiaban en no musulmanes para su administración. Los jariyitas, que abogaban por la yihad contra sus enemigos —tanto musulmanes como no musulmanes—

representaban la «forma más extrema de independencia tribal», escribe el estudioso Bernard Lewis: «se negaban a aceptar toda autoridad que no derivara de su propio y libre consentimiento, siempre revocable».^[4] Los ibadíes jariyitas de Omán rechazaban a los califas omeyas hereditarios a favor de imanes elegidos democráticamente. Y aun así, estos ibadíes eran menos fanáticos que otros jariyitas: prohibieron el asesinato de otros musulmanes y eran tolerantes hacia los no ibadíes.^[5] Omán se convirtió en un caldo de cultivo para los misioneros ibadíes, en particular tras el colapso del califato omeya en el 750 d. C. En cualquier caso, el problema era que, aunque el ibadismo unió el interior de Omán dotándolo de una identidad sectaria, lo dividió en otro sentido: el carácter democrático del imanato ibadí condujo a muchas disputas sangrientas. Desgarradas por conflictos sucesorios y político-religiosos, las doscientas tribus omaníes luchaban continuamente entre ellas en el desierto al tiempo que la costa prosperaba gracias al comercio del océano Índico.

En consecuencia, mientras las mercancías se apilaban en los puertos, las tribus del interior sufrían incursiones desde el desierto más al norte.^[6] Irán, la gran potencia del golfo, sacaba provecho de esta inestabilidad y debilidad, e intervenía para acordar treguas entre las tribus.^[7] En 1749, Ahmed bin Said Al-Busaidi, fundador de la actual dinastía omaní, unió a las facciones beligerantes y fue así capaz de expulsar a los persas. Pero a partir de entonces Omán entró en declive. En 1829, el propio sultán Said bin Sultan abandonó Mascate por su imperio en Zanzíbar, cruzando el Índico hacia el sur, en la costa de África oriental: un imperio que los omaníes habían establecido gradualmente a lo largo de los años favorecidos por la velocidad y fiabilidad de los vientos monzónicos. La dominación británica subsiguiente sobre los asuntos omaníes se aprovechó de la debilidad de los gobernantes omaníes de la costa, los cuales, mientras que eran capaces de gobernar Zanzíbar a más de tres mil kilómetros de distancia —así como de plantar su bandera en los puertos orientales africanos de Lamu y Mombasa y en puntos muy al interior— no podían hacer frente a los ataques tribales procedentes de su propio y cercano desierto.

Había además otros problemas en Omán. La Armada Real británica impuso la abolición del tráfico de esclavos, cuyos beneficios procedentes de África oriental habían estado bajo el control de Omán.^[8] La era del vapor haría que los navíos omaníes, denominados colectivamente *dhow*s por los europeos, resultaran obsoletos,^[9] y la apertura del canal de Suez acortó las distancias entre Europa y la India, por lo que la importancia de Mascate y

demás puertos omaníes como puntos de transbordo en el Índico quedó menoscabada.

Entonces, en 1913, los clérigos y líderes tribales del interior organizaron un alzamiento contra Mascate, decididos a restaurar el imanato ibadí, que representaría mejor los valores islámicos del desierto. Con la ayuda británica, el sultanato costero repelió en 1915 un ataque emprendido por 3000 hombres de las tribus del desierto. Las negociaciones se hicieron interminables, cruzadas por luchas intermitentes, y se llevó a cabo un bloqueo económico del interior. Por último, en 1920 ambas partes firmaron un tratado por el cual el sultán y el imán acordaban no interferir en los asuntos del otro, lo cual en la práctica convertía a Mascate y Omán —la costa y el interior— en dos países independientes. La paz reinó durante 35 años, hasta que la tentación de los pozos de petróleo del interior provocó nuevas batallas entre las fuerzas del imán y las del sultán, en las que las tribus del desierto contaban con el apoyo de Arabia Saudí, y el sultán con el de Gran Bretaña.^[7] Aunque fue el sultán Said bin Taymur quien finalmente prevaleció, aquella resultó ser una victoria pírrica. En los sesenta estalló una rebelión separatista en Dhofar de la que se acabarían apropiando los radicales marxistas. Esto sucedía justo cuando el sultán se estaba retirando de la política, lo que mantenía al país aislado del resto del mundo e impedía su desarrollo. Las viejas divisiones entre la costa y el interior, entre el sultanato y el imanato, persistían: a todos los efectos, en la segunda mitad del siglo XX, Omán no era tanto un estado como una denominación geográfica.

La vía hacia un auténtico estado no llegaría hasta el mes de julio de 1970, cuando, con ayuda británica, el reaccionario sultán Said bin Taymur fue derrocado por su hijo Qabus en un golpe casi sin sangre: apenas un breve enfrentamiento con pistolas en el que el viejo sultán fue herido en el pie, tras el cual fue enviado al exilio en Londres. Qabus, que tenía 29 años, ofreció una amnistía general a las tribus de Dhofar. Construyó pozos, carreteras y puentes en su región desértica. Las guerrillas tribales que se rendían eran entrenadas por los británicos y convertidas en unidades irregulares de las fuerzas armadas del país.^[8] El nuevo sultán también emprendió una campaña intensiva de encuentros con el fin de ganarse tanto a su clan familiar y a su tribu como al pueblo de Dhofar. Se trataba de una especie de estrategia contrainsurgente clásica, y con el tiempo dio resultado. Para 1975, la rebeldía en el desierto había quedado atrás y Omán estaba listo para desarrollarse como estado moderno.

Ciertamente, para acabar con la anarquía es preciso empezar con los clanes y las tribus, y edificar hacia arriba sobre esos elementos granulares, tal y como hizo Qabus. En el desierto, en particular, todo gira en torno a las tribus. A lo largo de la historia, en sus esfuerzos por reconstruir la sociedad siguiendo el modelo soviético o el occidental, tanto los marxistas como los intelectuales liberales han infravalorado fatalmente estos lazos tradicionales de lealtad que existen por debajo del estado. Un realista como san Agustín, en su *Ciudad de Dios*, entendió que las tribus —fundamentadas en estrechos vínculos étnicos y de parentesco más que en ningún anhelo universalista— podían no ser el mayor bien, pero que por su contribución a la cohesión social, constituían no obstante un bien en sí mismo. Qabus lo intuyó, e improvisó una nación a partir de elementos tribales dispares —asolados por la división entre el mar y el desierto— mediante el poder inspirador de la tradición medieval.

El sultán Qabus ideó un sistema neomedieval que comprende elementos democráticos, ya que se elaboró sobre la base de consultas regulares con los ancianos de las tribus; de este modo, aun cuando el sultán mantuvo el poder absoluto, pocas decisiones fueron arbitrarias. Este acercamiento restauró el vínculo entre el antiguo imanato del interior y el sultanato de la costa, fracturado durante gran parte de la historia. Qabus fue también muy astuto: en los años setenta, la *dishdasha*, la túnica blanca tradicional con la que visten los hombres en todo el país, estaba quedando en desuso a favor del traje de poliéster occidental, y justo entonces él la hizo más o menos obligatoria. Este paso, junto con la celebración de la arquitectura tradicional, honraba los rudimentos de una unidad cultural entre el desierto y la costa que ayudó en la construcción de la nación.

Realmente, no hay otro gobernante como el sultán Qabus en Oriente Medio. Hoy día es un esbelto septuagenario que vive solo y sin esposa, casi recluso. Hay una estudiada distancia en torno a él. Toca el laúd y el órgano y es un amante de la música clásica occidental, que también compone. (Ha fundado la primera orquesta sinfónica de Oriente Medio formada por músicos autóctonos.) Ha institucionalizado su gobierno mediante la creación de ministerios eficaces, elevado el estatus de las mujeres, construido escuelas en todo el interior, trabajado en defensa del medio ambiente y prohibido la caza. Un experto occidental en el mundo árabe dijo que, en las audiencias privadas, el sultán, un licenciado de la Real Academia Militar de Sandhurst, es el «líder

mejor informado, más reflexivo, culto y elocuente —tanto en árabe como en inglés— de Oriente Medio; el único en toda la región que podemos considerar verdaderamente un hombre del Renacimiento», la personificación del cosmopolitismo que ha acompañado a las sociedades del océano Índico.

Un antiguo oficial estadounidense de alto rango señaló que el sultán Qabus tiene una amplitud de miras estratégicas comparable a la del singapurense Lee Kuan Yew. Sin duda, el mundo ha sido afortunado de tener a lo largo de las décadas a dos gobernantes tan inteligentes y capaces al frente de los dos cuellos de botella más decisivos del océano Índico: el estrecho de Ormuz, al oeste, y el estrecho de Malaca, en el este. Es como si, al igual que en el caso de Singapur para Lee, Omán fuera un país demasiado pequeño para el talento de un líder como Qabus. De él se dice que puede debatir en detalle sobre el conflicto palestino-israelí desde ambos puntos de vista; además, ha trabajado duramente para establecer una buena relación de trabajo con los iraníes, al tiempo que proporcionaba a Estados Unidos un acuerdo de acceso militar que ayudó a liberar Afganistán de los soviéticos y a Kuwait del ejército iraquí, y que más tarde permitió que permanecieran temporalmente en Omán 20 000 soldados estadounidenses antes de las invasiones de Afganistán e Irak. En 1979 fue el único estado árabe que reconoció el acuerdo de paz de Anwar el-Sadat con Israel. Dado que los tramos profundos del estrecho de Ormuz, esenciales para los petroleros, están todos ellos en territorio omaní —con lo que los propios intereses estratégicos del país son idénticos a los del resto del mundo— el sultán Qabus podría parecer, con todos sus talentos, el intermediario perfecto entre estadounidenses e iraníes y también, de hecho, entre estadounidenses y árabes en el conflicto palestino-israelí. Sin embargo, el sultán, manteniéndose en ese estado de casi reclusión, ha evitado asumir ese rol y se ha retirado junto a sus libros y su música como un anciano caballero Victoriano para el que buscar publicidad sería un signo de debilidad de carácter.

Concede pocas entrevistas. Sus apariciones públicas son contadas. No lo encontramos cada día en los periódicos cortando cintas, como a otros dictadores, y tampoco hay fotos suyas por todas partes hasta límites obscenos, como en el caso de Sadam Husein en Irak o incluso de Hosni Mubarak en Egipto. No existe propiamente un culto a su persona. En su lugar, el Omán de hoy en día tiene un carácter irreal, una excesiva perfección a la manera de la novela *The Stepford Wives*. Se ve muy poca presencia del ejército, o de cualquier otra fuerza, en el país; en contraste con los guardias de seguridad y de las barreras y muros de cemento que custodian las entradas de los hoteles y

otros edificios en Arabia Saudi. Casi todos los adultos visten de la manera tradicional, sonríen y hablan invariablemente bien del gobernante, aunque solo cuando se les pregunta; y, como me dijo un amigo omaní, cuando se les pregunta sobre democracia y libertad responden: «¿Qué libertad es esa de la que habla y que nosotros no tenemos?». Y ante la exhibición que ha ofrecido Estados Unidos en Irak, con toda la violencia que la ha acompañado, no podemos culpar a los omaníes por su incredulidad ante la pregunta, pues la guerra de Irak seguía causando estragos en el momento de mi visita.^[16]

En efecto, los estadounidenses tienden a interpretar la democracia en una clave demasiado legislativa, en términos estrictos de leyes y elecciones. Ponen tal vez demasiado énfasis en el propio acto de votar, una forma de entender la democracia que puede inhibir el poder estadounidense más que proyectarlo. En algunas sociedades, particularmente en Oriente Medio, la democracia no es tanto un proceso oficial como un asunto de consultas informales entre el gobernante y los gobernados. ¿Cuál sería la posición de Washington en Oriente Medio de no ser por monarcas como los de Omán, Jordania o Marruecos, por no hablar de otros líderes no democráticos que no obstante combaten a los extremistas antioccidentales? El futuro del poder de Estados Unidos demanda una comprensión de la experiencia histórica de otros pueblos, no solo del suyo propio. Los estadounidenses creen, a causa de su, en general, feliz historia, en una «unidad de la virtud», que todo lo bueno fluye de la misma fuente: la democracia, el desarrollo económico o la reforma social.^[19] Pero Omán prueba que algo que los estadounidenses consideran malo —una monarquía absolutista— puede producir buenos resultados.

Mientras que en Occidente la democracia es un fin en sí misma, Omán demuestra que, en Oriente Medio, el objetivo es alcanzar la justicia mediante la autoridad tribal y la autoridad religiosa, que se aúnan en la persona del sultán. Y, además, está esa toma de conciencia de: gracias a Dios que no estamos en Arabia Saudi, con su modelo monárquico represivo y poco atractivo; gracias a Dios que no estamos en el Yemen, con su anarquía tribal, a lo Salvaje Oeste y parcialmente democrática; gracias a Dios que todavía estamos en un lugar real, no como Dubái.

Curiosamente, la serenidad de Omán está favorecida por el islam ibadí, que no es ni sunita ni chiita, y que se practica también en reductos del norte y el este de África. Los ibadíes acabaron enfrentados entre sí en épocas anteriores a causa de sus tendencias anarco-democráticas pero, sin embargo, el ibadismo, como una joya poliédrica, también puede resaltar el lado de la conciliación, la evitación de conflictos y la importancia del ahorro. Hay un

aspecto budista, sosegador, en el ibadismo. Representa lo opuesto al yihadismo. Aquí en Omán, los pocos disidentes han sido asimilados por el sistema y trabajan para el gobierno. El ibadismo es otro de los elementos, como las *dishdashas*, los turbantes, las dagas incrustadas de joyas y la arquitectura, que han ayudado a construir una unidad nacional.

Unas cantidades moderadas de petróleo y los nuevos hallazgos de gas natural también han ayudado a proveer a Omán de una tranquilidad política y social. El sultán la ha reforzado con una planificación fiscal conservadora, en la que los presupuestos se calculan en base a unos precios del petróleo mucho más bajos que los del resto del mundo, lo que genera cuantiosos superávits. Él mismo lleva un estilo de vida por debajo del de muchos directivos estadounidenses. En sus palacios hay una elegancia a pequeña escala, y ninguna flota de limusinas o de aviones acompaña a los altos funcionarios omaníes. Los excesos de otros países del golfo ricos en petróleo no se encuentran aquí.

La propia sutileza del sultán, evidenciada en su modesto estilo de gobierno y su timidez a la hora de convertirse en una figura mayor en el escenario internacional —casi a la manera minimalista de los primeros ministros escandinavos, y en directo contraste con la grandilocuencia de gobernantes como el iraní Mahmud Ahmadineyad o el venezolano Hugo Chávez— tal vez atestigüe la vulnerabilidad que siente: la inquietante perfección de Omán quizá funcione precisamente porque no atrae ninguna atención sobre la región.

Pero el sultán se enfrenta ahora a una amenaza más vaga hacia su régimen: una aceleración del cambio que podría acabar con el relativo aislamiento de Omán. La mitad de la población es menor de 21 años, y cada vez más gente joven viste con ropa occidental y gorras de béisbol. A causa del incremento de las primas de seguros en el golfo Pérsico, y del peligro que corren los suministros de petróleo en el angosto estrecho de Ormuz, se están creando conexiones de transporte adicionales entre los puertos de Dubái y Omán además de la del estrecho, con lo que el impetuoso modelo de desarrollo de Dubái se está propagando más rápidamente en Omán. Y aunque el modelo de Dubái se critica a menudo en la región por ir demasiado lejos en el camino de la occidentalización, es también, como la propia globalización, insidiosamente atractivo. En parte para crear puestos de trabajo para toda esta gente joven y en parte para diversificar la economía, el sultanato se está viendo obligado a moverse en la dirección del turismo de masas y a llenar sus

costas vírgenes de complejos vacacionales para europeos que, a su vez, afectan a la cultura tradicional de Omán, tan cuidadosamente preservada.

Este radical cambio se hará palpable mientras el sultán, del que dicen que sufre de diabetes, entra en los setenta sin herederos al trono. Queda la esperanza de que la familia y la élite tribal, a través de una serie de *shura* (consejos), se pongan de acuerdo en un candidato cualificado. Nadie en Omán ha propuesto que se celebren elecciones nacionales, pese a que el proceso de selección del nuevo sultán será intrínsecamente consultivo y, por tanto, democrático. Omán no encaja con facilidad en los constreñidos debates políticos de Washington, cuyo telón de fondo es el poder del individuo en la democracia de masas. Aun así, la democracia no puede ser desestimada sin más. La extrema centralización de la autoridad que caracteriza a Omán solo funciona en las manos de un líder enérgico e inteligente. Pero ¿qué pasará si el poder recae —o cuando recaiga— en uno menos enérgico y menos inteligente? Entonces, esa extrema centralización podría significar el desastre. Los países no democráticos como Omán a menudo se muestran eficientes solo mientras las cosas van bien, pero cuando surgen problemas la población, en especial si es joven, puede impacientarse mucho. Mientras estaba allí como invitado del gobierno, y quedaba impresionado, como todos los expertos en Oriente Medio que conocí, con los logros de este gobernante benévolo y relativamente poco conocido, me sentía no obstante preocupado. Omán era un poco demasiado perfecto. Seguía atentamente los despuntes de la democracia en Irán y Birmania, y el retorno de esta en Bangladés; y a pesar del descorazonador historial del mundo árabe en este aspecto, tuve la impresión de que un progreso económico sostenido podría finalmente dar lugar a sociedades más libres en todas partes. Las tecnologías de la información y una emergente cultura global así lo exigen. ¿Cómo reaccionará Omán ante la presión en los años venideros? Aquí las próximas décadas podrían ser mucho menos serenas que la actual.

Sin embargo, desde el punto de vista del Gobierno, como me explicó el ministro de Bienes Habices, Abdullah bin Mohammed al Salmi, la cuestión fundamental es la relación entre la autoridad tribal y la estatal. Así, al unir el imanato del interior con el sultanato de la costa, su país está llevando a cabo un gran experimento democrático.

Nada representa mejor el maridaje entre la tradición local y la sofisticación índica que la Gran Mezquita del sultán Qabus en Mascate, terminada en 2001.

En otros países con gobernantes absolutistas, un proyecto como este podría haber degenerado fácilmente en un monumento, no a la cultura y a la religión, sino al poder opresivo del dictador, irradiando no eclecticismo sino gigantismo.

Estoy pensando en la mezquita de Sadam Husein en el distrito de Al-Mansur, en Bagdad, y en la Casa de la República del dictador Nicolae Ceausescu en Bucarest, ambas a media construcción en el momento en que los respectivos gobernantes fueron derrocados, ambas monstruosidades arquitectónicas que parecían aplastar todo a su alrededor con sus dimensiones inhumanas y, por lo tanto, esencialmente fascistas. La mezquita de Qabus es otra cosa. Pese a que es bastante grande —ocupa una superficie de 1000 por 850 metros y tiene un minarete de 100 metros de altura— posee unas proporciones cercanas y manejables desde todos los ángulos y, al mismo tiempo, exuda una elegante monumentalidad. Pasear por sus patios, a lo largo de los soportales, bajo los arcos apuntados de arenisca, tan gráciles como los ligeros trazos de lápiz sobre un papel, es como realizar un onírico viaje estético de un extremo del mundo islámico al otro, del norte de África al subcontinente indio, con un pequeño rodeo por Asia central y un marcado acento en la meseta iraní. Aquí encontramos los afilados y elevados arcos de reminiscencias iraquíes, los minaretes escalonados y con balcones de la zona antigua de El Cairo, las deslumbrantes filigranas de las celosías y las coloridas vidrieras que evocan a Iberia y al Magreb, los techos de madera tallada de Siria, los azulejos de cerámica de las mezquitas de Uzbekistán y de la región del Hiyaz (en el oeste de Arabia Saudi), la alternancia de piedra blanca y gris de los soportales del Egipto mameluco, las paredes de arenisca de la India (de donde procede la piedra) y, por supuesto, las alfombras tejidas a mano y los mosaicos de motivos florales de Irán. Las imágenes de la Grecia bizantina, el Irán safávida y la India mogola se mezclan aquí, en torno a una bóveda cubierta por una dorada greca en relieve que evoca el atrevido modernismo abstracto del golfo del siglo XXI. La mezquita no es tanto una celebración de Omán como del lugar que este ocupa en un *continuum* artístico y cultural que se extiende miles de kilómetros de lado a lado. La proporcionalidad y la belleza son los propósitos esenciales, más que la legitimación del gobernante-constructor, del cual se ven muy pocas fotos en el complejo. Y aunque se trata de un complejo religioso, el tono es claramente inclusivo. El mundo es bienvenido. El espíritu, del océano más que el del desierto.

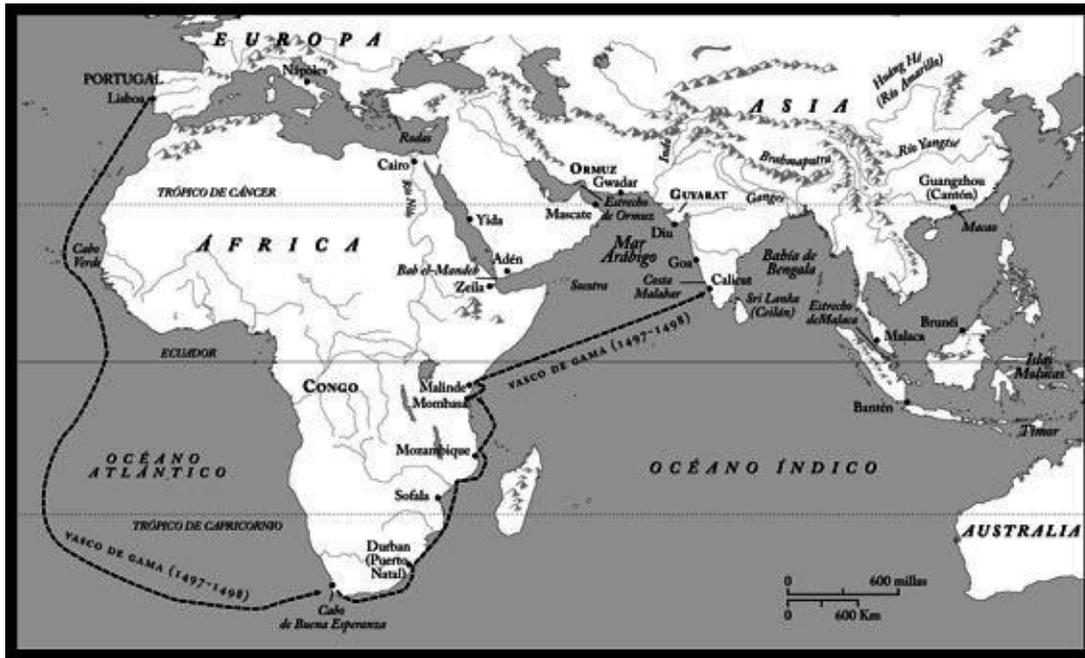
Pero, por supuesto, este espíritu benigno, producto del comercio y de otros contactos civilizadores del islam medieval —curiosamente cristalizados en el siglo XXI en la persona del propio sultán Qabus— no impide que el océano se transforme en una zona de conflicto y competición entre grandes potencias, para las cuales la importancia de Omán solo puede aumentar.

Aunque la influencia de Omán declinó en la era del vapor, se está recuperando con la reciente ampliación de sus puertos de contenedores. Desde el desierto de Dhofar, a kilómetros de distancia, puede verse una masa de titánicas grúas pórtico en el puerto de Salalah; una ciudad cuyo centro, con sus enormes mercados al aire libre y sus restaurantes, exuda la misma cercanía sudorosa, típica de África, de los pueblos yemenís del otro lado de la frontera, y que se está convirtiendo en uno de los puntos clave de transbordo global para A.P. Moller-Maersk, una de las mayores compañías de contenedores del mundo.^[7] Una expansión similar se ha producido en Sohar, en la otra punta de Omán, hogar de Simbad el Marino y de Ahmed Ibn Majid. Hoy día constituye uno de los proyectos de ampliación portuaria y también uno de los centros neurálgicos marítimos e industriales más grandes del mundo, con inversiones de más de 12 000 millones de dólares. Sohar es capaz de manejar portacontenedores con un calado con carga de 18 metros y dispone de complejos petroquímicos, metalúrgicos y logísticos.

Un vistazo al mapa nos muestra por qué está ocurriendo todo esto. El núcleo petrolífero del mundo, el golfo Pérsico, está cada vez más atestado y es más peligroso. No solo existe la amenaza de una guerra entre Estados Unidos e Irán, sino también de una plétora de posibles atentados terroristas que podrían afectar a uno o varios portacontenedores o petroleros. Además, con el despegue de la India y de China, el golfo no es solo una cuerda de salvamento para Occidente, sino también para Oriente. Si algún día el golfo quedara cerrado al tráfico marítimo, los puertos cercanos y conectados a él por ferrocarril y oleoductos resultarían aún más vitales: puertos como el de Sohar, que se encuentra justo a la entrada del estrecho de Ormuz. Omán, un faro de estabilidad, se está configurando como la alternativa de enlace entre los países del golfo y el resto del mundo. Aunque el Dubái del siglo XXI podría ser el auténtico sucesor del Adén del XIX —la gran estación carbonífera del Imperio británico en el Índico— lo cierto es que, por su posición dentro del golfo, es geográficamente vulnerable. Y puesto que acceder a Dubái supone un desvío para los portacontenedores transoceánicos, es más un centro neurálgico de trasbordo aéreo que marítimo.^[10] Por su parte, Salalah, en Dhofar, tiene la ventaja añadida de estar en un punto casi en el

centro de la costa sur de la península arábiga, y casi equidistante del subcontinente indio y el mar Rojo: el lugar de transbordo perfecto tanto en la antigüedad como en el siglo XXI. A diferencia de Dubai, no implica ningún desvío de las rutas navales y, en consecuencia, Salalah —con sus instalaciones de reparación, *bunkering*, almacenaje y carga— acoge más de 1500 barcos al año, con un porcentaje de crecimiento sostenido de los beneficios de dos dígitos a lo largo de la última década. Las líneas de ferrocarril, los conductos energéticos y los gigantescos complejos portuarios en los que desembocan, han ganado finalmente la batalla a la anarquía del desierto, y han hecho del mar —ya conquistado desde tiempos inmemoriales por los vientos monzónicos— el vencedor último.

«Las tierras de la India»



Mascate, la capital de Omán, es una sucesión de bahías susurrantes sacadas de un cuento de hadas. Los espigones se abren paso entre las aguas, que se tornan de un hipnótico azul plateado al atardecer. Los blancos paisajes del puerto, compuestos de arquitectura mogola y persa, con cúpulas verdes y doradas, se apiñan contra abruptas y dentadas montañas de un introspectivo color gris. No hay edificios modernos con feos letreros que arruinen el espectáculo. La India se siente cerca, pero la vecina Dubái, con su globalización disneylándica, parece a un mundo de distancia.

En la bahía principal en torno a la que ha crecido Mascate, sobre un par de peñas rocosas que parecen las escamas espinosas del dorso de un reptil, están los moteados muros de dos fuertes portugueses, Al-Jalali y Al-Mirani, construidos en 1587 y 1588, respectivamente, para reforzar el dominio portugués sobre el golfo frente a los turcos otomanos. Juntos flanquean el palacio Al-Alam del sultán Qabus. Dominando el puerto con su aleccionadora

simetría, estos dos fuertes parecen cargados de significado. Hacen pensar en los baluartes y en las «ciclópeas» dimensiones de los puertos portugueses en Ormuz, Malaca, Macao, Mozambique y, en particular, en la ciudad india de Diu, situada en la península de Kathiawar, en la región noroccidental de Guyarat.^[1] Con sus muros exteriores de un metro de grosor, sus almenas redondeadas, sus torreones circulares y sus escaleras de caracol, sus estancias cavernosas y sus laberintos, son piezas de una soberbia ingeniería arquitectónica que evoca al completo la fantástica historia de los portugueses. Y no solo las costas de Omán han sido engalanadas con herencias portuguesas, sino gran parte del litoral del océano Índico.

El Índico entró en su historia moderna como un lago imperial portugués. Dos décadas después del viaje de Vasco de Gama, en 1498, los portugueses ya dominaban las rutas marítimas y las redes comerciales más importantes entre África oriental y la actual Indonesia.^[2] Esto no quiere decir que Portugal fuera la primera potencia de tierras lejanas que estuvo presente en el océano Índico —nada más lejos—, sino simplemente que fue la primera en hacer algo en él de modo global.

De hecho, las relaciones de Europa con el océano Índico tienen unas raíces profundas en la antigüedad. Los antiguos griegos llegaron por mar hasta Rhapta, situado en algún punto de la costa oriental de África, cerca de Zanzíbar. Los griegos también conocían Ceilán, de la que Tolomeo dio una descripción en su *Geographia*, y navegaron por la bahía de Bengala hasta la desembocadura del Ganges, no muy lejos de la actual Kolkata (Calcuta).^[3] En el siglo I a. C. el navegante griego Hípalo trazó una ruta directa entre el mar Rojo y la India examinando la mecánica de los vientos monzónicos, conocimientos que legó a los romanos.^[4]

Todos los años, «en la época del solsticio de verano», escribe Edward Gibbon, una flota comercial romana, ayudada por el monzón, navegaba desde Egipto hasta la costa Malabar del sudoeste de la India, pasando por Arabia, y regresaba en invierno, cuando los vientos se habían invertido, cargada de sedas, piedras preciosas, madera, marfil, animales exóticos y plantas aromáticas como el olíbano.^[4] El cristianismo pudo haber sido introducido en la costa Malabar (que describe Tolomeo) al final de la época romana;^[5] y a lo largo de la más alejada costa de Coromandel, en el sudeste de la India, los arqueólogos han encontrado ánforas y monedas romanas.^[6]

Quince años más tarde, los turcos otomanos se hicieron con el mar Rojo en el Yemen y con el golfo Pérsico en Basora (Irak). Apoderándose del Yemen podían cerrar el mar Rojo a sus rivales portugueses. Los turcos lanzaron asaltos contra ellos incluso tan lejos como en África oriental. Aun así, sus intentos por consolidar una presencia firme en Arabia, en y alrededor del golfo Pérsico, y de establecerse en la India quedaron finalmente en nada, si bien controlaron las rutas navales del norte del mar Arábigo durante significativos periodos de tiempo en el siglo XVI. Son los portugueses los que pueden reclamar para sí el mérito de haber conseguido trincar las aspiraciones de los turcos musulmanes.^[7] Pero aunque es evidente que los otomanos supieron ver la importancia del océano Índico —de hecho, estaban obsesionados con competir de manera global contra los portugueses— eran un imperio demasiado asentado en la tierra como para mantener operaciones en sus aguas tropicales. Estaban combatiendo contra los venecianos en el Mediterráneo y contra los Habsburgo en Europa central, y con sus recursos ubicados en Constantinopla, tan lejos del Índico, se veían muy limitados. El océano Índico acabó convertido, a su debido tiempo, en un escenario secundario para ellos.^[8]

Comparemos todos estos esfuerzos con los de los portugueses, cuyos soldados y marineros ocuparon Goa, en la costa occidental de la India, en 1510; Malaca, en el estrecho malayo, en 1511; Ormuz, cerca de Mascate, en el golfo Pérsico, en 1515, y Colombo, en Ceilán, en 1518. Apenas 23 años después de haber rodeado el cabo de Buena Esperanza, los portugueses alcanzaron Java. El diseño de los fuertes europeos en Asia era de origen portugués. En 1571 había ya alrededor de cuarenta fuertes y destacamentos portugueses como Al Jalali y Al Mirani en el Gran Océano Índico, disputando —y a menudo controlando— las rutas hacia el Levante mediterráneo, el golfo Pérsico, el mar Arábigo, la bahía de Bengala y Asia oriental.^[9] Las carracas y galeones portugueses podrían parecer precarios en comparación con los barcos que aparecerían en el Mediterráneo en el siglo XVII, pero la combinación de vela latina y vela cuadra y la artillería que instalaban a bordo los hacían muy superiores a las galeras a remo y las fustas de un solo mástil de los corsarios turcos, egipcios y malayos —así como a los juncos chinos y los *dhows* árabes— con los que se topaban en el océano Índico del siglo XVI.
[t2]

Este imperio marítimo mundial era la recompensa de aventureros obsesivos: hombres a la caza inexorable de riquezas, heroicos hasta el punto del fanatismo, cargados con el cruel bagaje mental de la Edad Media y ebrios

de una conmovedora adoración por la virgen María. La fe y la codicia iban de la mano. Los portugueses robaban, pero solo a aquellos que consideraban corrompidos a los ojos de Dios. Esta fe de hierro los ayudó a atravesar más de una tormenta, así como meses y meses recibiendo el azote de los mares; las tropas bajo cubierta, acuciadas por la malaria y el escorbuto, los hombres apiñados a centenares. Entre 1629 y 1634, de los 5228 soldados que abandonaron Lisboa, solo 2495 llegaron vivos a la India; la mayoría morían de enfermedad, por la exposición a climas extremos o en naufragios.^[t3] La historia de la navegación portuguesa hacia y desde la India alcanzó unas cotas de sufrimiento de proporciones bíblicas.

El estudioso y político indio K. M. Panikkar describe la expansión marítima portuguesa en el golfo Pérsico y Sudasia como un intento de «esquivar el aplastante poder territorial del islam en Oriente Medio» y, de este modo, escapar de «su “prisión del Mediterráneo”». ^[10] Acompañando a esta lógica puramente estratégica había una fervorosa exaltación católica. Panikkar nos recuerda que el espíritu de las cruzadas perduró mucho más en Iberia que en el resto de Europa. Allí, el islam no representaba una mera «amenaza lejana» sino un peligro cercano, debido a la existencia de reinos musulmanes aún florecientes en el umbral de Portugal. «El islam era el enemigo y tenía que ser combatido en todas partes.»^[11] Este hecho, más que cualquier otro, explica la crueldad y la ferocidad del comportamiento de tantos portugueses en el Gran Océano Índico. Pues, en efecto, como escribe un historiador de la época, João de Barros, para justificar las terribles muertes dispensadas a las poblaciones locales:

Los moros [...] viven fuera de la ley de Jesucristo, que es la ley auténtica que todo el mundo debe respetar bajo pena de castigo en el fuego eterno. Si el alma está pues condenada, ¿qué derecho tiene el cuerpo a los privilegios de nuestras leyes?^[12]

Podría decirse que los esfuerzos de Portugal en el océano Índico constituyeron nada menos que una Octava Cruzada. Mientras que las siete anteriores se habían centrado en el Levante Mediterráneo (las tierras musulmanas de la orilla oriental), esta buscaba conquistas mucho más al este, donde de los cuatro grandes imperios de la región —la Turquía otomana, el Irán safávida, la India mogola y la China ming— tres eran musulmanes.^[13]

Estos factores confluyeron en el mito del Infante Dom Henrique o Enrique el Navegante, el cual «desde niño se imbuyó», escribe Panikkar, de un espíritu de «misticismo cristiano militante» combinado con un «odio

implacable» hacia el islam. De joven, en 1415, el infante organizó una exitosa campaña contra Ceuta, Marruecos: el primer ataque portugués contra la base africana del islam. Este hecho tuvo gran significación, porque Ceuta era el punto por el que el islam había entrado en Iberia en el año 711. De ahí en adelante, al menos según la leyenda, Enrique perdió el interés por las campañas militares modestas y empezó a planear una gran estrategia para rodear el flanco del mundo islámico desde bases en el océano Índico. Ello conllevaba el beneficio añadido de socavar el rol de intermediarios que tenían los árabes en el comercio de especias con Oriente. De este modo, el infante Enrique —continúa la leyenda— desarrolló una obsesión con la India que condujo, a su vez, a un interés por la náutica y la navegación. Se decía que había invitado a «matemáticos, cartógrafos, astrónomos y prisioneros moros con conocimientos sobre islas lejanas» a su castillo fortificado del cabo de Sagres, en la punta más al sudoeste de Portugal y de Europa, rodeado por tres de sus lados del embravecido Atlántico.^[14] En el centro del proceloso retablo de un océano se trazaban planes para conquistar otro.

Pero en realidad, como afirma el estudioso de Oxford Peter Russell en *Prince Henry «the Navigator»: A Life*, contradiciendo a Panikkar y a otros, gran parte de esto simplemente no es cierto. Enrique concebía la India solo hasta el actual Cuerno de África, y no más allá. Por mucho que fuera un cruzado, Enrique probablemente no tenía una idea elaborada para rodear el flanco del mundo musulmán, ni tampoco se retiró a Sagres para estudiar cartografía y navegación.^[15] Pero el mito del infante Enrique que creció tras su muerte es cierto en el sentido en el que suelen serlo los mitos: en el de revelar los auténticos motivos y anhelos de la gente, en este caso de los portugueses.

Además de conseguir cereales, oro y especias, los portugueses verdaderamente deseaban acorrallar al islam, aún con mayor intensidad tras la conquista de la cristiana Constantinopla por parte de los turcos otomanos en 1453.^[14] Así que es irónico que el infante Enrique nos haya llegado a través de la historia, no como un personaje de los relatos de las cruzadas —que es lo que fue realmente— sino como una benevolente figura de la era de los descubrimientos, cuya escuela de navegación (que tal vez no llegó a existir) preparó el terreno para los viajes pioneros de los marineros portugueses alrededor del mundo.

El infante Enrique murió en 1460. Sirviéndose de los conocimientos acumulados por este en cuanto a la organización de campañas en las costas de Marruecos y Mauritania, en 1483 Diego Cão consiguió navegar desde

Portugal hasta el río Congo, en África. Y, finalmente, cinco años después, un marinero desconocido hasta la fecha, Bartolomé Díaz, rodeó el continente africano y llevó a Portugal hasta el océano Índico por primera vez. Según cierto relato, fue Díaz quien bautizó así al cabo de Buena Esperanza, pues esperaba volver algún día allí y alcanzar la India en un próximo viaje. Pero Díaz murió en otro viaje, cuando su barco se hizo pedazos en el Atlántico sur. Sería Vasco de Gama, en 1497, quien sobrepasaría el cabo con cuatro barcos de vela cuadra y navegaría por la costa este de África hasta Melinde, la actual Kenia.

Allí, siglos de conocimiento árabe del océano Índico —sus vientos, corrientes y paradores— confluían en la mente de un hombre: un navegante de origen omaní, Ahmed Ibn Majid, que accedió a ayudar a De Gama. Majid había estado navegando por el Índico a lo largo de medio siglo y era un auténtico pozo de sabiduría árabe sobre los mares.^[t5] Conocía los mejores puntos de acceso a las desembocaduras del Tigris y el Indo, cómo sortear los bancos de arena frente a Mozambique y los mejores lugares para recalar en la India y a ambos lados del mar Rojo.^[16] El mundo árabe era tan flexible y estaba tan diversificado que en África oriental, tan lejos de Iberia y de Oriente Medio, los portugueses podían colaborar con un árabe como Majid aunque planearan rodear el flanco de los árabes en otro rincón del mapa.

Tanto si se trató del propio Majid o de otro quizás recomendado por él, fue un piloto árabe el que ayudó a De Gama a cruzar el océano Índico desde Kenia hasta Calicut, en la costa Malabar de la India, tras un viaje de apenas 23 días en la primavera de 1498, un trayecto espectacularmente rápido que fue posible gracias los vientos del monzón del sudoeste.^[t6] (Comparemos esto con el Mediterráneo a finales del siglo XVI, donde se necesitaban dos meses para recorrer solo el tramo entre Venecia y Tierra Santa.) Más que «descubrir» la India, que era algo que ya habían hecho griegos, romanos y árabes mucho tiempo antes, los portugueses pusieron a Europa de nuevo en contacto directo con ella, pues lo más importante que descubrió De Gama para Europa no fue Asia, sino el sistema de vientos que lo llevó hasta allí.

No podría haber un ejemplo más claro que este «descubrimiento» de cómo una civilización se sirve de los conocimientos y aptitudes de otra. A fin de cuentas, los portugueses no solo se beneficiaron de la ayuda específica de Majid: en un sentido más amplio, habían sido los árabes y los judíos los que habían legado a los portugueses sus mapas y astrolabios (precursores de los sextantes), de modo que la cartografía medieval alcanzó su cénit con estos marineros ibéricos.^[t7]

Con la apertura de la ruta marítima entre Europa y Oriente, los marineros portugueses dieron un gran paso para acabar con el aislamiento de las diferentes ramas de la humanidad. Por supuesto, este proceso contó con la ayuda de la ruta de la seda y otras vías terrestres a través de Asia; pero con el desmoronamiento general del poder mongol en el siglo XIV, que precedió al más específico declive del Imperio timúrida —por no mencionar el auge de la Persia safávida y las tensiones que provocó con el Imperio otomano a principios del XVI—, estas rutas terrestres transasiáticas se volvieron cada vez menos seguras, y su ulterior debilitamiento quedó sellado con la habilidad de los portugueses para alcanzar Oriente de un modo más fácil por mar.^[17] Con el establecimiento de esta ruta marítima, Oriente entró en el escenario de las rivalidades europeas hasta un punto nunca visto. Por primera vez, había una auténtica y efervescente historia mundial, en lugar de una historia estrictamente europea o india o china.^[18] Ya no se podía escribir sobre una región sin hacer referencia a otra.

El efecto más concreto que tuvo el viaje de De Gama más allá del cabo de Buena Esperanza fue que mermó la importancia del Mediterráneo a favor del mucho más vasto océano Índico, con vínculos civilizadores aún más ricos.^[19] Pero por grande que fuera el logro de De Gama, se trataba estrictamente de un logro de disciplina y resistencia: sin duda, un grado de resistencia que es casi inconcebible en nuestros días, ya que la idea de pasar meses y años seguidos en una bodega infestada de escorbuto pertenece al ámbito de lo fantasmagórico. Fue verdaderamente un logro del carácter, aunque el Imperio portugués en el océano Índico no surgió en absoluto como consecuencia del viaje de De Gama, sino gracias a la visión, esto es, al intelecto —y a la resistencia— de otro marinero: Afonso de Albuquerque.

Albuquerque había viajado hasta la India rodeando África poco después de De Gama, y allí tomó la decisión estratégica de apoyar a los gobernantes afines de la costa Malabar. Vio de inmediato que un área tan enorme como la del océano Índico no podría ser controlada permanentemente desde un pueblo pequeño y lejano como Portugal, a no ser que Portugal estableciese no solo bases en él, sino una civilización de ultramar. No era suficiente con controlar las principales vías de acceso: el cabo de Buena Esperanza y los estrechos de Bab el-Mandeb, Ormuz y Malaca. Era necesaria una capital propia en la India, que Albuquerque estableció en Goa —al sur de la actual Mumbai, nuevo nombre oficial de Bombay, en la costa occidental de Konkan—, y que se convertiría en un gran puesto de avanzada con catedrales y fortalezas. Con el fin de mantener y desarrollar Goa, creó una estratégica alianza con el

imperio hindú de Vijayanagara, cimentada en su odio implacable hacia los musulmanes. Albuquerque pasó a todos los moros de Goa por la espada: aunque era un hombre de grandes logros, no deberíamos idealizarlo.

Este virrey, el «César del Oriente», tomó Ormuz y conquistó Malaca, desde donde lanzó campañas de exploración y control sobre las Indias Orientales, tan lejos como era posible. Construyó una fortaleza en la isla de Socotra para bloquear parcialmente el estrecho de Bab el-Mandeb e impedir a los comerciantes árabes el acceso a la India vía el mar Rojo.^[20] Su aspiración de negar a los musulmanes el uso del océano en su totalidad acabó absorbiendo hasta el máximo posible todos los recursos de los portugueses. Albuquerque operaba a miles de kilómetros de cualquier base portuguesa, nunca tuvo bajo su mando más de 4000 soldados y una pequeña flota naval, y todo esto lo llevó a cabo cuando era ya un hombre relativamente viejo de más de cincuenta años.^[21] Arrancó un endeble imperio de la terrible extensión de los mares; lo mismo que hoy día, en términos estratégicos, tiene que tratar de conseguir forzosamente un sistema marítimo global con el liderazgo flexible de los estadounidenses, la ayuda de los indios y, con suerte, la de los chinos.

No obstante, a pesar de las proezas de Albuquerque, mucho se quedó como estaba. Los cambios en el litoral Índico, incluso en pleno apogeo del imperialismo portugués, fueron graduales. «Los imperios indígenas y los estados comerciales conservaron su dominio y se vieron poco afectados por los correteos de los europeos [...] en torno a sus márgenes», escribe el estudioso Felipe Fernández-Armesto.^[22] Había unos pocos fuertes portugueses en la costa de Omán, pero ninguno en el desierto del interior. Al mismo tiempo, sin embargo, los portugueses fueron capaces de bloquear el mar Rojo a la navegación árabe, siguiendo con su estrategia de acorralar a las fuerzas del islam. Y derrotaron a la flota mameluca (egipcia) en el mar Arábigo.^[23] Pero aunque los mares tal vez fuesen cristianos, los litorales y el interior no lo eran.

Siendo como era el primero de los imperios modernos, el portugués no solo fue el más débil sino también el más medieval. Sus navegantes forzaron las puertas de un mundo más ancho, pero a un precio brutal. Los portugueses, más que descubrir Oriente, lo que hicieron fue lanzar un «embestida pirata» sobre él, con la que destrozaron, si bien poco a poco, la pacífica red de comercio marítimo mutuamente provechosa que había mantenido unidos durante siglos los mundos árabe y persa con el Lejano Oriente. Ciertamente, el proceso que condujo a China y a Japón a un hostil aislamiento nació de su amarga experiencia con los portugueses; aun cuando a través de ellos, en

realidad, los pueblos de Oriente no entraron en contacto con el Occidente de la Edad Moderna, sino con la Europa de la Alta Edad Media.

El carácter portugués se había brutalizado aún más tras casi un siglo de feroces enfrentamientos por el control de Marruecos, lo que había convertido a sus soldados en una verdadera compañía fronteriza.^[24] Con los portugueses, la planificación moderna de las misiones iba acoplada a una visión del mundo que a menudo representaba lo peor de la Inquisición. En las mentes de estos marineros, puesto que los orientales eran paganos, no había vergüenza alguna al relatar sus pillajes. En palabras del desaparecido estudioso británico J. H. Plumb:

Masacraban a las tripulaciones de los *dhow*s musulmanes capturados, a algunos los colgaban de los penoles para sus prácticas de tiro, a otros les cortaban las manos y los pies y mandaban una barcada de restos al gobernante local, diciéndole que los preparara al *curry*. No perdonaron ni a las mujeres ni a los niños. En los inicios, robaban tanto como comerciaban [...], los hijos de Cristo iban detrás del gremio de la sangre, levantado sus iglesias, misiones y seminarios, pues, al fin y al cabo, aquella rapiña era una cruzada: no importaba cuán grande la recompensa de De Gama [...] y los demás pudiera ser en este mundo, el siguiente los recibiría con una gloria mayor.^[25]

De Gama quería «cristianos y especias», así que en el viaje de regreso llenó su barco de pimienta y al mismo tiempo hundió un barco frente a las costas de la India cargado con 700 peregrinos musulmanes que volvían de La Meca.^[26] Mascate fue saqueada e incendiada por Albuquerque en 1507. Filibusteros portugueses ocuparon zonas de Ceilán y Birmania, y vendieron a decenas de miles de sus habitantes como esclavos. Hazañas semejantes, unidas a una conquista de la magnitud que lograron alcanzar los portugueses, requerían una seguridad sin fisuras en sus creencias. Si «la duda», como decía T. E. Lawrence en *Los siete pilares de la sabiduría*, es «nuestra moderna corona de espinas», entonces los portugueses estaban muy lejos de ser modernos.^[27] El desaparecido estudioso C. R. Boxer señala que, a pesar de sus titubeos momentáneos, «la certeza de que Dios estaba de su lado, y de que Él intervendría, como sin duda hacía, directamente en su favor» fue un factor fundamental no solo en la conquista de Ceuta, en Marruecos, en 1415, sino a lo largo de todo el siglo XV y el XVI, mientras los portugueses avanzaban a tientas por la costa occidental de África y más allá.^[t8]

Creyéndose un pueblo elegido y destinado a ser la espada de la fe, los portugueses mostraron un nacionalismo religioso tan arrojado y a menudo tan extremo como pocos en la historia.^[28] La espectacular y drástica conquista portuguesa del litoral del océano Índico entra en la misma categoría que la que habían llevado a cabo los árabes en el norte de África nueve siglos antes. En nuestro Occidente posnacional haríamos bien en recordar que la moral es todavía la clave para la victoria militar: en particular, una moral fortificada por una convicción obcecada e inquebrantable, que es a menudo resultado de la religión y el nacionalismo. Aquello que una vez encarnaron los árabes medievales y los portugueses tardomedievales continúa desafiándonos hoy en día. Hasta un grado significativo, el poder estadounidense dependerá de cómo haga frente a unos enemigos fanáticos con unas creencias más firmes que las suyas.

Portugal era a la vez un imperio esclavista y militar. A diferencia de los españoles en el Nuevo Mundo, quienes tras la conquista de México y Perú pusieron al frente de sus propiedades a administradores civiles (al menos al principio), la gran mayoría de los hombres portugueses que navegaron de Lisboa a la costa occidental de la India lo hicieron como soldados. «Esta es una tierra fronteriza de conquista», escribía un misionero franciscano desde la atalaya que era la Goa de finales del XVI.^[29]

Esa frontera —todo lo que estuviera más allá del cabo de Buena Esperanza, desde la costa suajili de África oriental hasta la isla de Timor del archipiélago indonesio— era llamada la India por los portugueses, o el Estado da India. De hecho, toda la extensión de Oriente recibía el nombre de «las Indias» o de «las tierras de la India», ya que, como hemos visto, los comerciantes árabes, persas, hindúes y demás la habían transformado en una entidad cultural reconocible, unificada y, de un modo palpable, estrechada por la predictibilidad de los vientos monzónicos.

Para entender mejor cómo fueron capaces los portugueses de asentarse tan rápidamente a lo largo y ancho de este cuadrante de la Tierra, necesitamos tener en cuenta que mientras que un sistema climático, cultural y comercial en efecto unía las orillas del océano Índico, en términos políticos esta vasta región estaba en un estado de falta de cohesión e incluso de semicaos, con muchos estados pequeños y débiles, que la hacía vulnerable a la conquista o la influencia de un forastero emprendedor. Como vimos en el caso de Omán, mientras que el mar une, los hinterlands a menudo traen el caos.

Ningún mapa en ningún momento de la historia puede superar en variedad cultural y política al del océano Índico de principios del siglo XVI. Era un mapa de controlada anarquía. Empezando por el oeste, estaban las ciudades-estado suajilis de la costa de África oriental; a destacar Kilwa, Mombasa, Melinde y Pate. El árabe era, por así decirlo, su *lingua franca*, mezclado con un toque de persa. Trasladándose hacia el norte a lo largo de la costa y virando en dirección a Arabia, los portugueses encontraron Omán y otros estados y tribus, algunos independientes pero en su mayoría bajo el dominio de los mamelucos (esclavos convertidos al islam que gobernaron Egipto, Siria y el Hiyaz entre los siglos XIII y XV). Girando al este, en dirección al golfo Pérsico, la nueva dinastía safávida chiita de Irán se estaba expandiendo hacia el interior, a punto de colisionar con los turcos otomanos, sunitas, lo que pronto dejaría exhaustas a ambas potencias. La India propiamente dicha estaba en vísperas de la conquista mogola que llegaría del Asia central túrquica, y por tanto aún dividida entre hindúes y musulmanes. En el norte, estaban los principados musulmanes de Guyarat, Delhi y Bengala. En el sur, en la región del Decán, otros sultanatos musulmanes luchaban entre ellos y con el imperio hindú de Vijayanagara (con el que Albuquerque había pactado su alianza para el establecimiento de Goa). Los mercaderes árabes y persas estaban desplegados por todas las regiones costeras de la India y Ceilán, el cual, a su vez, estaba dividido entre cingaleses budistas y tamiles hindúes.

En cuanto a la región que correspondería al actual sudeste asiático, estaba, en palabras de Boxer, «ocupada por un número de estados belicosos cuyos caleidoscópicos giros de la fortuna no podrían seguirse ni aun expuestos en líneas generales». Bajando por la península malaya en dirección a Indonesia, estaban los reinos de Patani, Singora y Ligor, bajo el influjo político de Siam (Tailandia), «pero también influenciados por los contactos culturales y comerciales con China». Malaca era el sultanato más rico de la península; sus gobernantes se habían convertido al islam en el siglo XIV, aunque los comerciantes hindúes eran bienvenidos en su puerto. Las islas principales del archipiélago indonesio estaban también disgregadas en diminutos estados beligerantes. Por lo que respecta a China, sometida a la presión de los piratas japoneses y de los nómadas mongoles, se había retirado a todos los efectos de ese océano Índico en el que en su día había tenido, gracias al almirante eunuco Zheng He, una gran presencia.^[30]

Si el lector se siente confuso, esa era por completo la intención. Del mismo modo que la conquista islámica del siglo VII se había desarrollado gracias al vacío de poder en Arabia y el norte de África —por aquel entonces

una franja de débiles territorios bizantinos y bereberes—, la embestida portuguesa sobre el Índico tuvo lugar durante un periodo de principados debilitados e imperios distraídos, como los de la China ming, la Persia safávida y la Turquía otomana. Además, durante la era de la navegación, una hegemonía política sobre el océano Índico era poco viable a causa del monzón, que hacía que las comunicaciones en un solo sentido fueran muy rápidas pero ralentizaba excesivamente las de doble sentido, puesto que los vientos no cambiaban durante meses.^[31] Ergo, los portugueses no conquistaron Oriente, sino que más bien llenaron el enorme vacío de autoridad que había en él —especialmente el dejado por una China en retirada— e hicieron entrar al océano en una nueva fase de la historia.

Por muy intolerantes y reaccionarios que fueran, los portugueses también podían ser abiertos de mente, y fue este rasgo de su personalidad colectiva el responsable de sus más exitosas técnicas imperiales.^[t9] Al final, los diplomáticos, comerciantes, naturalistas y artesanos se acabaron uniendo a las filas de soldados que iban y venían de Lisboa, el golfo Pérsico y la India. Muchos de los viajeros eran personas instruidas y curiosas para las que el trayecto no era un último recurso. «La profundidad, amplitud y riqueza de la inteligencia reunida por los portugueses fue una característica notable de su mundo», escribe A. J. R. Russell-Wood, historiador de la Universidad Johns Hopkins. Como muestra el caso de Majid, recurrían a pilotos árabes para cubrir los tramos más largos del océano Índico, y en pilotos de Arabia, Guyarat, Java y Malasia para los viajes hacia el este, desde la costa Malabar hasta Ceilán, Tailandia y el archipiélago del sudeste asiático. Contrataban tropas indígenas, y otorgaban un gran reconocimiento a las destrezas y a las tradiciones locales. Se convirtieron en expertos conocedores de los artículos indios, en especial del mobiliario. «Aparentemente no había faceta alguna de la experiencia humana que escapara a los ojos de lince y al fino oído de los portugueses en sus peregrinaciones», escribe Russell-Wood.^[32] Y por crueles que pudieran llegar a ser, hubo otras ocasiones, en particular en África, en las que los portugueses usaron la fuerza como último recurso, y solo tras largas negociaciones establecieron sus fuertes y sus bases comerciales.^[33] Verdaderamente, los estadounidenses podrían aprender mucho de los aspectos positivos del carácter imperial portugués, el cual dejó una profunda huella cultural en el Asia monzónica, como lo muestran los católicos conversos o la persistencia de la lengua portuguesa en lugares como Sri Lanka o las islas Molucas.

Ebrios de esa riqueza recién conseguida, los portugueses dejaron que el oro se les escurriera entre los dedos. El botín imperial no se invirtió en una modernización del país. Portugal continuó siendo una pequeña y anticuada joya que se caía a pedazos, y no tuvo una auténtica burguesía hasta el siglo XX. Como esa pobreza de la vejez que podría seguir a una disipada juventud llena de lujos y remotas aventuras. Como esa Lisboa en invierno, de «majestad irregular», en palabras de Fernando Pessoa, su poeta y filósofo de principios del siglo XX.^[34] El Renacimiento no floreció más que brevemente en Portugal, a causa del natural conservadurismo de su pueblo, la Contrarreforma europea y el auge de los jesuitas y la Inquisición, todo lo cual se afanó por sofocar la Ilustración en esta tierra tan alejada de los Pirineos. En el Imperio portugués del Índico, las únicas instituciones de enseñanza superior eran las de la Compañía de Jesús y otras órdenes religiosas, que formaban parte de la Contrarreforma. Mientras tanto, los musulmanes resistían, seguros en las remotas diásporas que los llevaban por los mares tropicales desde el Levante mediterráneo hasta el Lejano Oriente. Simplemente, sobrevivieron a los portugueses, cuyo imperio sería más tarde «reducido» por los holandeses y los ingleses.^[35] En último término, la Octava Cruzada fracasó: resultado de la realidad indígena del Estado da India y de las guerras religiosas allá en Europa, que dividieron a la cristiandad y la enfrentaron a sí misma.

Lo que griegos y romanos lograron para el Mediterráneo, los portugueses lo lograron para el océano Índico: le dieron una unidad literaria e histórica, al menos en el pensamiento occidental. De hecho, mientras que la *Odisea* de Homero y la *Eneida* de Virgilio constituyen mitos basados en las memorias de un borroso y lejano pasado, *Los Lusíadas*, el poema épico sobre la conquista naval portuguesa del Índico escrito por Luís Vaz de Camões, se apoya en un acontecimiento histórico específico —el viaje de Vasco de Gama a la India— que se produjo apenas unas décadas antes de que Camões escribiera sobre él.

El Vasco de Gama de Camões, a diferencia de Odiseo o Eneas, es más un hombre real que un artefacto representativo. De ahí que no sea romántico, ni trágico, ni siquiera demasiado interesante. Como ya se ha señalado, la característica principal de De Gama es su pura resistencia: su capacidad para soportar años de incertidumbre, soledad y privaciones físicas —alimentos podridos y el «cruel, sucio» escorbuto en un océano revuelto, las balas de cañón desgarrando miembros en batallas frente a las costas— mientras sus semejantes, allá en Lisboa, disfrutaban de los agradables lujos del hogar.^[36]

«Del mal que amaga lo que a cargo tiene», como dice el poema, «todo lo trama, y piensa, y lo previene».^[37] En mitad de una tormenta, con «el mar [...] hasta el infierno abierto», De Gama, «de dudas y temores [...] lleno» no tiene a nadie a quien recurrir salvo a Dios. Exclama:

¡Oh celestial Autor de cuanto existe, [...]
¿Por qué somos de Ti desamparados,
Cuando esta empresa nuestra no te ofende,
Sino que solo a tu servicio tiende? [...]

Esto al decir los vientos, que luchaban
Como toros indómitos mugiendo,
Más y más la tormenta acrecentaban,
Por las menudas jarcias recrugiendo:
Los relámpagos vivos no cesaban [...]^[38]

Sobrevivieron a la tormenta y alcanzaron la India. Dado que las aventuras que relata Camões son en gran medida literalmente ciertas, la historia de los hijos de Luso (el fundador mítico de Portugal) en las vastas e ignotas inmensidades del océano es en última instancia más extraordinaria que las épicas «pegadas a la orilla» de la antigüedad griega y romana.^[39] Como el propio Camões pregunta en su poema, ¿acaso Odiseo o Eneas «tanto [...] por el mundo se estendiesen»? ¿«A ver lanzóse alguno mar [más] profundo» que el que De Gama vio?^[40] Es difícil pensar en alguna otra odisea en la que las penurias duraran tantos meses y tantos años como en el caso de los portugueses en el océano Índico. Solo cuando el hombre viajó a otros planetas y vio la Tierra girando, es probable que tuviera un sentimiento tan doloroso y palpable de lejanía y soledad como el de estos marineros portugueses.

En el poema, el gigantesco ogro Adamastor, que monta guardia sobre el cabo de Buena Esperanza (el «cabo de las tormentas»), despierta en estos marineros el miedo y la duda de si no se habrán aventurado demasiado lejos. Y aun así, no vuelven atrás. Sin duda alguna, *Los Lusíadas* condensa la esencia del gran logro portugués de finales del siglo XV y del siglo XVI: empujar a Occidente de una «limitada perspectiva mediterránea», en palabras del desaparecido estudioso Maurice Bowra, «a una visión que abarcaba la mitad del globo».^[41]

Camões fue el primer gran artista europeo en cruzar el ecuador y visitar los trópicos y Oriente. «Por vías nunca usadas», solo lo protegía del «inconstante mar» una «tabla leve».^[42] Sus intensas y elaboradas descripciones del océano Índico y de sus temibles efectos sobre los hombres dan muestra de lo bien que lo conocía:

Las súbitas borrascas temerosas,
Relámpagos que el agua en fuego encienden,
Negras lloviznas, noches tenebrosas,
Los silbos de Aquilón que el aire hienden [...]^[43]

Hay también vividas descripciones de Oriente —esto es, del litoral del océano Índico, o de lo que Camões llama simplemente «las tierras de la India». Ahí están las velas hechas de hojas de palma de Mozambique, y los torsos desnudos y las dagas de sus habitantes; los caftanes púrpuras de los hombres de Melinde y los collares dorados y las sandalias de terciopelo de su rey. Luego viene Dhofar, «preciada porque manda para el altar aromas deliciosas» (el incienso); la isla de Bahrein, en el golfo Pérsico, «que el fondo ornado lleva de ricas perlas, imitantes del alba en la color», y los «amplios pabellones y agradables arboledas» del palacio de la India, las aromáticas nueces de areca, los perfumes y los granos de pimienta, el cardamomo y la cayena y las piedras preciosas, y las «monstruosas deidades hindúes, con su violento colorido y sus muchos miembros». Describe las plantas submarinas de las Maldivas, los árboles de sándalo de Timor y a los hombres de Birmania, que llevan «tintineantes campanillas» colgadas de sus genitales.^[44] Puesto que el propio poeta hizo el mismo viaje que De Gama, su épica está plagada de realismo. La narración que hace Camões de un banquete en el palacio de Calicut evoca las fantásticas descripciones del México azteca tal como lo vio Bernal Díaz del Castillo, el cronista de la expedición de Hernán Cortés.

Camões, de origen gallego, nació en 1524. Creció en Coimbra, en el centro de Portugal, y asistió a su gran universidad medieval, donde, gracias a la penetración global del espíritu clásico del Renacimiento, tuvo la oportunidad de sumergirse en la literatura griega y romana. «La rigurosidad de su aprendizaje queda patente cuando recordamos que escribió su épica

[repleta de referencias clásicas y literarias] en las fortalezas de África y Asia, muy alejado de los libros», subraya el estudioso británico Edgar Prestage.^[45]

En el Viernes Santo de 1544, en una iglesia lisboeta, Camões se enamoró a primera vista de una chica de trece años, Caterina de Ataíde, que finalmente lo rechazó. El poeta atravesó periodos depresivos y pensó en suicidarse, incluso podría haberse batido en duelo en esta época. En cualquier caso, sus imprudencias lo llevaron a ser vetado en la corte. En 1547 se alistó en el ejército y sirvió dos años en Ceuta, donde perdió el ojo izquierdo en una escaramuza con los nativos marroquíes. De vuelta a Lisboa, donde las damas se reían de su desfiguración, se unió a una banda de jóvenes rufianes y bohemios, al tiempo que tenía la esperanza de que el gobierno le concediera algún cargo, pero el palacio lo rechazó. Entonces, durante una pelea callejera hirió a un sirviente de palacio y lo metieron en la cárcel. A cambio del perdón, se alistó en el ejército cinco años más y fue enviado a la India. Esto pretendía ser una condena a muerte, puesto que el suyo fue el único de los cuatro barcos con rumbo a la India que llegó a puerto aquel año.

En 1553, seis meses después de abandonar Lisboa, su barco atracó en Goa, el bastión militar de 100 000 hombres fundado por Albuquerque. Desde allí, Camões participó en misiones de combate a lo largo de toda la costa para disciplinar a los pequeños gobernantes hindúes y musulmanes. Formó parte de la armada que navegó por el mar Árabe, el mar Rojo y el golfo Pérsico para frenar la piratería, que ha sido el azote de estas aguas a lo largo de toda la historia. La siguiente cacería de piratas lo llevó al Cuerno de África, el golfo de Adén y el puerto de Mombasa, en África oriental. En cuanto regresó a la India, embarcó de nuevo, esta vez con destino al este, a las Molucas y Macao. Su vida puede leerse como una crónica de los esfuerzos portugueses por mantener el orden en su recién descubierto imperio Índico. Todas estas experiencias se entretajan en el último canto de *Los Lusíadas*, en el que consigue transmitir a un tiempo el espíritu de exótica aventura y el de una profunda añoranza del hogar; esto es, esa tristeza única de los marineros portugueses que ellos llaman *saudade*.

Camões tuvo que reescribir gran parte de su épica, que se perdió en 1559 en la desembocadura del río Mekong, en la actual Camboya, después de que el bote en el que viajaba como prisionero se hundiera en el camino entre China y la India. Tuvo que nadar hasta la orilla, aferrándose a los restos de su manuscrito en lugar de a sus posesiones.

El motivo por el que fue encarcelado no está claro, aunque lo más probable es que se debiera a alguna intriga o imprudencia en la sociedad

fronteriza, violenta y tumultuosa en la que vivía. Fue capaz de regresar a Goa cruzando el estrecho de Malaca. Cuando finalmente fue puesto en libertad, pidió prestado algo de dinero y se puso en camino hacia Mozambique, donde fue retenido dos años más, incapaz de pagar sus deudas. Tuvo que suplicar ropa y comida a sus amigos, y también el pasaje de vuelta. Lo único que tenía cuando regresó a Portugal en 1570, después de una ausencia de 17 años, era el manuscrito terminado de *Los Lusíadas*. Inmediatamente después de desembarcar en Lisboa, fue a visitar la tumba de su amada Caterina. Fue, hasta el final, un hombre obsesionado.

La publicación de su poema épico en 1572 le valió a Camões una pensión real, pero los problemas y su dolor aún no habían terminado. El poema instaba a un rejuvenecimiento del espíritu imperial, y justo entonces la invasión de Marruecos liderada por el rey Sebastián acabó en desastre y el ejército portugués, masacrado. Pocos años después, en 1580, Camões murió en Lisboa a causa de la peste, solo y sin esposa, sin tan siquiera una manta con la que taparse. Fue enterrado en una fosa común con una mortaja donada. Tres siglos más tarde, sus supuestos restos fueron trasladados al panteón nacional de Portugal: el elaborado monasterio de los Jerónimos de Belém, coronado de agujas, que se encuentra en el oeste de Lisboa. Allí reposa, en una tumba con una figura yacente esculpida en piedra, bañada por la luz amarilla procedente de las vidrieras, justo al lado de la de Vasco de Gama, al que Camões había inmortalizado.

Las reservas de energía que alimentaban a *Los Lusíadas* recuerdan a las de esa otra gran obra épica de Iberia, *El Quijote*, que se publicó unas tres décadas más tarde, en 1605 y 1615. Ambas se fraguaron a partir de un crisol de extremas aventuras personales y tragedia. A la manera de Camões, Miguel de Cervantes se alistó en el ejército y combatió en la batalla naval de Lepanto, que tuvo lugar frente a la costa occidental de Grecia en 1571 y en la que perdió el movimiento del brazo izquierdo por una herida. De camino a España cuatro años después, fue capturado por piratas bereberes y vendido como esclavo, pasando finalmente a la propiedad del virrey de Argel. Tras cinco años de cautiverio y varios intentos fallidos de huida, fue obligado a pagar un rescate que dejó a su familia en la ruina. Aunque las sensibilidades de ambas épicas no podrían ser más diferentes —la una, un apasionado homenaje a la conquista imperial; la otra, una humorística parodia de un caballero errante— las dos constituyen un magnífico y audaz viaje cinematográfico a través del mapamundi.

Al principio de su poema, Camões proclama cuán superiores a los antiguos griegos y romanos son los portugueses, a quienes «Neptuno y Marte obedecieron».^[46] Aun así, el poeta les rinde homenaje a lo largo de toda su épica a través del propio uso de los clásicos. Son los dioses antiguos —llenos de bellos, hechizantes y vivos contrastes— los que ayudan a decidir el destino del viaje: Baco quiere hacer fracasar a los marineros portugueses; Venus y Marte los ayudan. Esta profunda relación con la mitología mediterránea, de acuerdo con el estudioso de Oxford Maurice Bowra, es la que contribuye a incluir a Camões en el Romanticismo secular, aunque su poema también podría leerse como una reafirmación de la cristiandad después de un largo periodo de ascendencia musulmana sobre el Mediterráneo y su Levante.

Camões, como el propio Imperio portugués, está lleno de contradicciones. Es el primer moderno y el último hombre medieval. Y aunque Bowra salga en su defensa y lo presente como un humanista por su condena de los excesos de algunos conquistadores portugueses, su retrato de los musulmanes —el «falso Moro»— es a menudo oscuro y despiadado.^[47] Para Camões, el islam es sencillamente corrupto y bárbaro, una combinación de «maña y falsedad».^[48] Los únicos musulmanes virtuosos son aquellos que ayudan a los portugueses, pues el enfrentamiento que describe es nada menos que la lucha entre la luz y las tinieblas.^[49] Camões ataca a la Reforma por dividir a los cristianos en un momento en el que tendrían que haberse centrado en la amenaza musulmana: en lugar de combatir contra el papa, da a entender, tendrían que estar combatiendo contra los turcos.

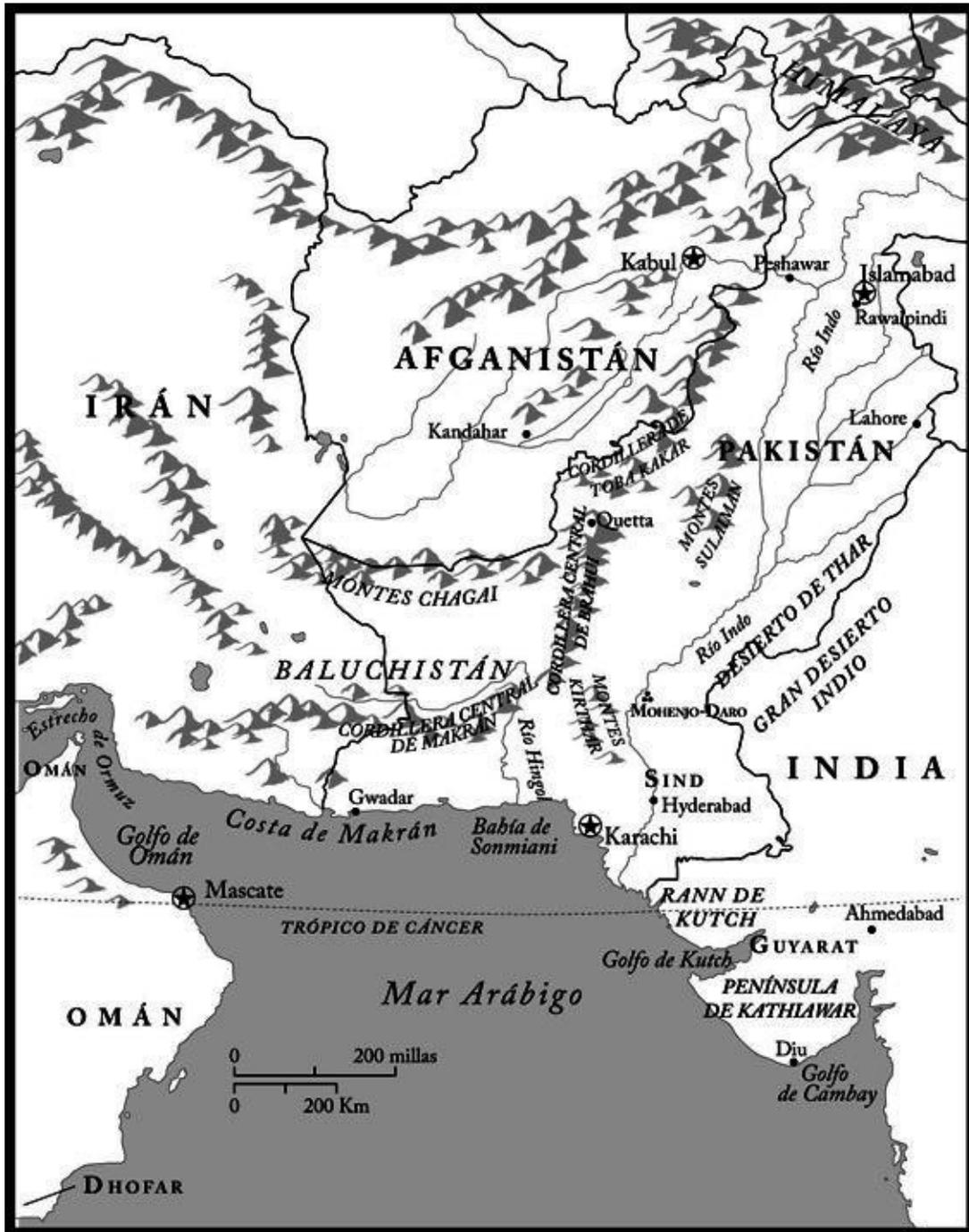
El poema celebra la conquista imperial portuguesa al mismo tiempo que Camões se muestra ambivalente hacia la propia empresa, pues está en contra de la vanidad y la gloria, y admite que la difusión del cristianismo puede conducir a nuevos horrores:

Ya que en estas gustosas vanidades
Alzas tanto la leve fantasía:
Ya que a torpes fierezas y crueldades
Diste existencia, y nombre, y valía [...]^[50]

Había muy poco de bello o de romántico en el modo en el que Portugal puso abruptamente al Índico en contacto con Europa y Occidente. Fue un asunto truculento y agotador, lleno de sufrimiento, estupor y salvajismo. La

obra de Camões arroja luz sobre todo ello. El poema es un recordatorio de cómo las conquistas provocan siempre desengaño. Cuanta más tierra conquistaban los portugueses, menos era la que podían controlar. El océano Índico es pequeño desde un punto de vista cultural, pero demasiado grande, incluso en la era de los aviones, para que una potencia consiga un dominio real sobre él. La conquista portuguesa, como la de los holandeses y la de los británicos que la siguieron, refleja tanto el dinamismo como la imprudencia a los que todo imperio es vulnerable. Y esa es una lección que Estados Unidos haría bien en aprender.

5
Baluchistán y Sind



Los mapas son por naturaleza cautivadores, y uno de los muchos encantos del poema de Camões es la forma en que nos atrae hacia ellos. A menudo, cuando he necesitado encontrar inspiración —o una idea— he consultado un mapa. Miremos el mapa de la costa de Makrán, en Pakistán, desde la frontera con Irán hasta, recorriendo el mar Arábigo, la ciudad de Karachi, próxima a la frontera con la India. La palabra «Pakistán» nos hace pensar en el subcontinente indio, aunque desde el punto de vista geográfico y cultural se podría replicar que el subcontinente indio no empieza realmente hasta el río Hub, a unos pocos kilómetros al oeste de Karachi, cerca del delta del Indo. Por ello, estos más de 600 kilómetros de la costa de Makrán constituyen una vasta zona de transición geográfica y cultural con una profunda herencia de Oriente Medio, en particular de Arabia, pues está justo enfrente de Mascate, al otro lado del golfo de Omán. (La primera invasión árabe de Makrán fue en el 644 d. C., tan solo 22 años después de la Hégira.)^[1] Esta zona de transición, la frontera de al-Hind, que incluye tanto la costa de Makrán como el interior adyacente, se conoce en conjunto como Baluchistán. Fue a través de este páramo alcalino azotado por las olas por donde marcharon hacia occidente los 18 000 soldados de Alejandro Magno, desde el Indo hasta Persia, en el curso de una desastrosa retirada de la India en el 325 a. C.

Baluchistán, particularmente en la zona costera del sur, es un hijastro de Oriente Medio —salvaje y rebelde, túrquico-iraní y tribal— que ha soportado durante décadas el dominio de los punyabíes, de piel más oscura, urbanizados y, según se dice, con más mundo. Estos viven en el populoso nordeste de Pakistán, cerca de la frontera con la India, y son básicamente quienes dirigen el estado.

Sin embargo, esos bulliciosos hormigueros de gente que caracterizan el pobladísimo subcontinente indio dan la impresión de estar muy lejos, aquí en el «Pakistán árabe». Conduciendo junto a la costa de Makrán, experimentamos la misma sensación liberadora que en las llanuras barridas por el viento del Yemen y Omán, con sus altísimos y aserrados promontorios color papel de lija alzándose a pico sobre un suelo desértico salpicado de espinos. Aquí, en esta costa tan vacía que casi podemos oír el eco de las pezuñas de los camellos del ejército macedonio, uno se queda ensimismado con la geología. Un mar estruendoso golpea contra la superficie tallada y color albaricoque de un paisaje lunar cubierto de altas dunas, el cual, a su vez, da paso a un páramo desolado recorrido por negros montículos de escoria volcánica. Este es un litoral mucho más barroco que el de Dhofar, y el

registro de los vientos y los seísmos toma la forma de tortuosos pliegues y elevaciones, de profundas brechas e incrustaciones cónicas.

Durante horas sin fin, el único signo de civilización es alguna que otra tetería, casetas de piedra medio achicharradas con *charpoys* (camas) de yute y galletas rancias de envoltorio iraní servidas con un té fortísimo. Históricamente, esta es una costa más salvaje y menos visitada que la de Omán, y, en consecuencia, menos tocada por las influencias cosmopolitas del resto del océano Índico. En estos apeaderos de la carretera, subidos a viejos automóviles y motocicletas, se detienen con un chirrido de frenos los hombres de las tribus baluchis, tocados con turbantes árabes, hablando con sonidos fuertemente guturales y escuchando una música cuyos ritmos resonantes están más cercanos al espíritu de Arabia que a los introspectivos raga del subcontinente.

Pero no nos llevemos a engaño: Pakistán está presente aquí. La autopista que va de Karachi a la frontera iraní es moderna, y solo quedan unos pocos tramos por asfaltar. Es frecuente encontrar puntos de control del gobierno, y se está desarrollando una gran base aérea y otra marítima en Pasni y Ormara, respectivamente, desde las que Pakistán puede contrarrestar la proyección de poder de la India sobre el océano Índico. Puede que el gobierno de Pakistán no controle los inmensos reductos desérticos y montañosos de Baluchistán —poblados de tribus y *dacoits* (bandidos), rebeldes y dedicados al contrabando—, pero el gobierno puede estar donde quiera y cuando quiera: para extraer minerales, apropiarse de tierras o construir autopistas y bases.

De hecho, a medida que se construyen carreteras e instalaciones militares, los baluchis y las minorías hindúes son obligados a desplazarse, ya que ambos grupos son sospechosos de albergar simpatías hacia la India; lo cual, la verdad sea dicha, es para ellos un contrapeso necesario frente al opresivo estado pakistaní.

Estudiando el mapa del «escarpado y mohoso» Baluchistán, como lo describieron los primeros aventureros de la Compañía Británica de las Indias Orientales, nada estimuló tanto mi imaginación como lo hizo Gwadar: una ciudad portuaria de 70 000 habitantes situada en un extremo de la costa de Makrán, cerca de la frontera iraní.^[2] Igual que hay grandes nombres del pasado —Cartago, Tebas, Troya, Samarcanda, Angkor Wat— y del presente —Dubái, Singapur, Teherán, Pekín, Washington—, Gwadar podría reunir las condiciones para ser uno de los grandes nombres del futuro.

Llegar a Gwadar no fue fácil. Se requería un permiso especial, un «certificado de no objeción», del Ministerio del Interior pakistaní. Esperé durante cerca de dos semanas hasta que me dijeron que había sido rechazado. Completamente descorazonado, al final fui capaz de localizar, gracias a un viejo amigo, a un servicial burócrata que obró el aparente milagro de conseguirme el permiso en dos días. Y así, a causa de la propia dificultad de llegar hasta él, Gwadar quedó investido de gran importancia en mi mente incluso antes de viajar allí.

Gwadar formó parte de Omán hasta 1958, cuando este sector occidental de la costa de Makrán fue cedido al nuevo estado de Pakistán. Gwadar se apoderó inmediatamente de la imaginación de los estrategas pakistaníes durante el gobierno militar de Ayub Khan, en los sesenta. Lo veían como un núcleo aéreo y naval que sería la alternativa a Karachi y que, junto con Pasni y Ormara, constituiría un cordón de bases en el mar Arábigo que haría de Pakistán una gran potencia del océano Índico, plantando cara tanto al subcontinente indio como a todo Oriente Próximo. La localización ultraestratégica de Gwadar ayudaría a Pakistán a liberarse de su artificial geografía y le daría, en la práctica, un nuevo destino. Pero el estado pakistaní era joven, pobre, inseguro y sus infraestructuras e instituciones eran muy débiles, así que el desarrollo de Gwadar tendría que esperar.

Los siguientes que soñaron con Gwadar, o al menos con su litoral, fueron los rusos. La costa de Makrán fue el premio por excelencia que les fue negado durante la década de ocupación de Afganistán en los ochenta: una legendaria vía de aguas cálidas que les daría acceso al mar y que constituía la estratégica *raison d'être* de su aventura afgana. Desde Gwadar, la Unión Soviética podría haber exportado las reservas de hidrocarburos de Asia central, al tiempo que habría liberado la porción más aislada del Imperio del Kremlin. Pero Afganistán se reveló como el cementerio de las aspiraciones imperiales soviéticas: en vez de ayudar a expandirlo, lo destruyó. Gwadar, por entonces solo un punto en el mapa —un racimo de casas de pescadores construidas en piedra sobre una lengua de arena— era como un cáliz envenenado.

La historia continúa. Los noventa en Pakistán fueron una época de sucesivos gobiernos democráticos que se esforzaban por lidiar con la intensa agitación económica y social del país, agravada por la proliferación de miserables barriadas urbanas y la progresiva escasez de agua. La violencia era endémica en Karachi y otras ciudades. Pero al tiempo que la élite política pakistaní se centraba en el país, continuó obsesionada por los problemas en relación con Afganistán y las rutas energéticas. La anarquía que provocó en

Afganistán la retirada de las tropas soviéticas impedía a Pakistán la construcción de carreteras y conductos energéticos hacia los nuevos estados ricos en petróleo de Asia central; rutas que ayudarían a Islamabad a consolidar una retaguardia musulmana con la que contener a la India. La principal desembocadura de esta red energética sería Gwadar. Tan obcecado estaba el gobierno de la primera ministra Benazir Bhutto por aplacar el caos afgano, que su ministro del Interior, el general retirado Naseerullah Babar, consideró a los recién formados talibanes una solución al problema de Pakistán. El gobierno de Bhutto les suministró dinero, armas, vehículos, combustible, subvenciones de comida y voluntarios de las madrasas islámicas de Pakistán, todo lo cual allanó el camino del movimiento extremista hacia el poder de Kabul en 1996. Los talibanes trajeron una cierta tranquilidad, pero era la tranquilidad de una tumba, como comprobaron consternadas Unocal (compañía petrolera de California) y otras empresas interesadas en construir un conducto energético que cruzara el país para unir el mar Caspio y el yacimiento de gas natural de Dauletabad (Turkmenistán) con puertos pakistaníes en el Índico, puertos como el de Gwadar.

Entonces, en octubre de 1999, el general del ejército Pervez Musharraf se hizo con el poder en Pakistán tras un golpe de estado sin derramamiento de sangre precipitado por años de craso desgobierno civil. En el 2000 pidió a los chinos que consideraran invertir en el desarrollo de un puerto de aguas profundas en Gwadar. Pocas semanas después del 11-S, China finalmente accedió. De este modo, sin apenas alardes, Gwadar se convirtió en un ejemplo de cómo empezó a cambiar el mundo a raíz de los atentados del World Trade Center, de forma muy diferente a la que imaginaron jamás los estadounidenses y la administración de George W. Bush. China invirtió 200 millones de dólares en el proyecto portuario, cuya primera fase se completó, como estaba previsto, en 2006. En 2007, la PSA, la Autoridad Portuaria de Singapur, firmó un contrato para dirigir el puerto durante cuarenta años. Parecía que Gwadar estaba abandonando por fin el ámbito de las fantasías para convertirse en una realidad del siglo XXI.

Imaginémoslo: un bullicioso puerto de aguas profundas con instalaciones de repostaje y transbordo situado en el extremo más al sudoeste de Pakistán, más integrado en Oriente Medio que en el subcontinente, equipado con autopistas, oleoductos y gasoductos que se extienden al noreste cruzando todo el país y atraviesan algunas de las montañas más altas del mundo —en la cordillera del Karakórum— hasta llegar a China, donde más carreteras y conductos energéticos parten hacia el este y conectan el flujo de mercancías y

de hidrocarburos con los vergeles consumistas de la clase media china.^[3] Estos conductos energéticos también se emplearían para desarrollar las zonas descontentas y musulmanas del occidente de China; en efecto, Gwadar parecía estar posicionado para consolidar los intereses estratégicos de China y Pakistán.^[4] Mientras tanto, otra de las ramificaciones de esta red de carreteras y conductos energéticos se dirigiría al norte desde Gwadar hasta un futuro Afganistán estabilizado, y llegaría a Irán y Asia Central. En realidad, las vías procedentes de Gwadar darían paso a una red que se extendería desde el mar Caspio hasta el océano Pacífico, de modo que este puerto se convertiría en el palpitante centro neurálgico de una nueva ruta de la seda, tanto marítima como terrestre: un megaproyecto y un portal para Asia Central, aislada y rica en hidrocarburos, y un exótico nombre que marcaría el siglo XXI.

Pero la historia consiste más en una serie de accidentes y de planes frustrados que en grandes proyectos, y cuando llegué a Gwadar los peligros insospechados me impresionaron tanto como las fantasías. Lo que resultaba fantástico de Gwadar no era tanto la imagen futurista planeada para él sino más bien la propia realidad presente del lugar. Era, hasta el mínimo detalle, el majestuoso pueblo fronterizo que yo había imaginado, ocupando una amplia península extremadamente árida, entre largas hileras de vertiginosos acantilados cenicientos y un mar del color del agua de un grifo oxidado. Los acantilados, con sus oteros y mesas y sus crestas semejantes a campanarios son de una complejidad impresionante. El pueblo a sus pies podría confundirse con las ruinas desparramadas y rectilíneas de una antigua ciudad de Oriente Próximo: muros bajos de piedra blanca y llenos de costras que asoman por entre los cúmulos de arena y escombros. Hay gente sentada aquí y allá en sillas de cocina con el respaldo roto, sorbiendo té bajo los toldos de bambú y arpillera. Todos visten ropas tradicionales, nada de poliéster occidental. Recuerda a una de esas litografías de David Roberts de Jaffa, en Palestina, o de Tiro, en el Líbano, en el siglo XIX; con *dhow*s emergiendo de un blanco acuoso, cargados de peces plateados que vuelcan en la orilla unos pescadores vestidos con mugrientos turbantes y *shalwar kameez* y con cuentas de rezo escurriéndose de sus bolsillos.^[t1]

Había verdaderamente un aura de ensueño en torno a Gwadar, producto de la neblina que fusionaba el mar y el cielo en un solo velo. Si Gwadar se desarrolla como se ha anunciado, los pocos visitantes occidentales que llegan de vez en cuando podrán considerarse afortunados de verlo en sus últimos días de existencia como pueblo pesquero inmemorial, a la manera de Abu Dabi, Dubái y otros puertos ilustres del golfo Pérsico tal y como los conoció

el explorador británico Wilfred Thesiger en los cuarenta y cincuenta, justo antes de que el oro negro lo transformara todo. «Aquí la vida avanza al son del pasado», escribía Thesiger de Dubái, junto con descripciones de niños desnudos jugueteando entre los *dhow*s, beduinos armados, «esclavos negros», hombres kashgai con gorros de fieltro y somalíes recién desembarcados de pequeños botes procedentes de Adén. En Dubái, Thesiger se sentía fuera de lugar con sus ropas occidentales.^[5] Su descripción es una lección de lo rápido que pueden cambiar las cosas.

Mientras tanto, el puerto de aguas profundas construido por China —con sus ángulos rectos, sus flamantes y nuevas grúas pórtico y demás equipamientos de carga— luce lleno de expectación, preparado para proveer de alojamiento a los más grandes petroleros; si bien el complejo se alza silencioso y vacío frente al horizonte, esperando decisiones que deben tomarse en la lejana capital pakistaní de Islamabad. Me mostraron una maqueta a escala de un vasto plan urbanístico con bulevares arbolados y un complejo turístico de la compañía Marriott. «Vuelva dentro de diez o veinte años y esto será igual que Dubái. No lo reconocerá», me aseguró un hombre de negocios de Karachi que estaba de visita. Aun así, el aeropuerto de Gwadar era tan pequeño que ni siquiera tenía cinta de equipajes.

No parecía que estuviera pasando gran cosa aquí, excepto en lugares como el muelle de pescadores. Los contemplé mientras lanzaban montones de salmón, trucha, pargo, langostino, perca, lubina, sardina y raya en cestas de mimbre que subían a la orilla con un ingenioso sistema de poleas. Un gran tiburón muerto y un pez espada igual de grande eran arrastrados con cuerdas hasta un enorme mercado maloliente lleno de pescado, brillantes y resbaladizos, chasqueando entre pilas de peces manta contra el suelo de cemento cubierto de sangre. Los burros esperaban pacientemente junto a las carretas, listos para tirar de las montañas de pescado hasta mercados más pequeños, en el pueblo. Hasta que empezó la siguiente fase de construcción del puerto y arrancó el proyecto del conducto energético la pesca tradicional lo era todo en Gwadar. Y el embarcadero era solo una parte del espectáculo.

En una playa cercana observé cómo se construían y reparaban los *dhow*s. Usando los dedos, algunos hombres embadurnaban con resina las juntas de los cascos de madera, mientras otros, acurrucados entre escuálidos perros y gatos, daban largas caladas a la sombra. Pese a todo el discurso acerca de un centro neurálgico geopolítico, aquí no había ni generadores ni taladradoras eléctricas, solo artesanos que hacían los agujeros con taladros manuales que giraban mediante un dispositivo en forma de arco, como si tocaran un

instrumento de cuerda. En un par de meses, unos pocos hombres pueden construir un bote pesquero de doce metros de largo que durará unos veinte años. La madera de teca se importa de Birmania e Indonesia y el exterior se barniza con aceite de hígado de bacalao para hacerlo resistente al agua. Los nuevos barcos se botan en el primer o el decimoquinto día del ciclo lunar para aprovechar las altas mareas. Así era Arabia antes de la era moderna.

As-Salem Musa, un baluchi con turbante y barba gris, me contó que su padre y su abuelo también construían botes. Recordaba con cariño los días, «más libres», del dominio omaní de Gwadar, porque «podíamos navegar sin restricciones por todo el golfo», y albergaba a la vez miedo y esperanza respecto al futuro: los cambios podían suponer aún menos libertad para Baluchistán, porque los punyabíes y otros pakistaníes urbanos se abalanzarían hasta aquí para apoderarse de la ciudad. «No tienen ninguna posibilidad», me dijo un funcionario pakistaní en Islamabad, «la modernidad va a borrar del mapa su vida tradicional».

En el bazar, entre las más ruinosas teterías y tiendas de telas y especias, todas con tarros polvorientos repletos de dulces rancios, conocí a más ancianos con turbante y barba que hablaban llenos de nostalgia del sultán de Omán (el padre de Qabus, Said ibn Taymur) y de cómo Gwadar había prosperado bajo su gobierno, por muy atrasado que este fuera para Omán. Muchos de estos hombres tienen doble nacionalidad omaní-pakistaní. Me condujeron por calles somnolientas y cubiertas de arpillera, pasando entre fachadas despedazadas de ladrillos de barro, vacas medio muertas de hambre y cabras pegadas a la sombra de muros derruidos, hasta que llegamos al antiguo palacio estucado, pequeño y circular, con balcones voladizos de madera, que utilizaba el sultán en sus infrecuentes visitas. Como todo en Gwadar, estaba en algún estadio avanzado de desintegración. El mar asomaba en cada esquina; ahora, a media tarde, de un verde clorado y embotellado.

En otra playa contemplé la extraña escena de unos burros —los burros más pequeños que he visto nunca— que salían correteando del agua y arrastraban hasta la arena chirriantes carretas conducidas por niños. Allí descargaban el pescado que acababan de recoger de unos botes que se balanceaban entre las olas y que llevaban la bandera negra, blanca, amarilla y verde de Baluchistán. ¡Burros en miniatura emergiendo del mar! Gwadar era un lugar lleno de maravillas que se escurrían por un reloj de arena.

En contraste, a unos pocos kilómetros, en las inmensas extensiones de desierto más allá del pueblo, se habían levantado las vallas de una nueva zona industrial y de otras construcciones, rodeadas de campamentos de trabajadores inmigrantes a la espera del comienzo de las obras. «Espere a ver el nuevo aeropuerto», me dijo otro hombre de negocios de Karachi. «En la siguiente fase de construcción del complejo portuario verá cómo toma forma el milagro de Dubái.» Pero todo el que me hablaba en los términos de un centro de negocios que rivalizaría con Dubái olvidaba un factor clave: los emiratos del golfo, el de Dubái en particular, poseían gobiernos prudentes, eficaces y totalmente legitimados; y dado que solo gobernaban sobre ciudades-estado sin hinterlands, no tenían las debilidades y desventajas de los múltiples regímenes pakistaníes, civiles y militares, los cuales, a lo largo de las décadas, no solo rara vez se habían mostrado eficaces sino que a menudo eran considerados ¡legítimos. Además, los gobiernos pakistaníes tenían que gobernar sobre un territorio desperdigado de montañas y desiertos baldíos acuciado por constantes guerras y rebeliones.

Los estados del golfo no salieron de la nada, no fue cosa del destino. Fueron el resultado de un buen gobierno bajo condiciones ideales, que es algo de lo que Pakistán carece por completo.

Que Gwadar se convierta o no en el centro de una nueva ruta de la seda depende de la misma lucha de Pakistán por no fracasar como estado. El país, con su bomba «islamista», su frontera noroeste infestada de talibanes y militantes de Al Qaeda, sus ciudades disfuncionales y unos grupos étnicos de carácter territorial —los baluchis, los sindis, los punyabíes, los pastunes— para los que el islam nunca podrá ejercer como cohesionador de una identidad común, es tachado habitualmente de ser el país más peligroso del mundo, una Yugoslavia nuclearizada en gestación. Así que Gwadar era la prueba de fuego para algo más que para las carreteras y las rutas energéticas; era un indicador de la estabilidad de toda la región del mar Arábigo, esto es, de la mitad del océano Índico. Si Gwadar languidciera y continuara siendo lo que para un visitante occidental como yo mismo era un encantador pueblo pesquero, eso apuntaría a tendencias aún más intranquilizadoras en Pakistán que afectarían a los países vecinos.

Como era de esperar, nadie pidió ver mi certificado de no objeción; podría haber venido sin él. Pero después de unos días en Gwadar, acabé llamando la atención de la policía local, que en adelante insistió en acompañarme a todas partes con un cargamento de comandos enfundados en negro y armados con AK-47. Hablar con la gente se hizo casi imposible, pues mi escolta policial

rodeaba inmediatamente a cualquiera a quien me acercara. Los policías decían que estaban ahí para mi propia seguridad, pero no había terroristas en Gwadar, solo los míseros pescadores baluchis y sus familias. Si bien era un poco difícil llegar hasta allí, Gwadar era uno de los lugares más seguros en los que había estado en mis nueve largas visitas al país.

Saltaba a la vista que a los lugareños no les gustaba la policía: «Nosotros los baluchis solo queremos ser libres», me decían siempre que quedaban fuera del radio de escucha de mi cuadrilla de seguridad. Podríamos pensar que la misma promesa de desarrollo económico de Gwadar otorgaría a los baluchis la libertad que anhelan; pero más desarrollo, me dijeron, suponía más chinos, singapurenses, punyabíes y demás extranjeros que convertirían el lugar en un auténtico centro portuario y de tránsito internacional. De hecho, había indicios de que los baluchis no solo no podrían beneficiarse del alza de los precios del suelo, sino que en muchos casos serían privados por completo de su tierra.

La respetada revista de investigación *The Herald*, con sede en Karachi, publicó un reportaje central, «El gran saqueo de tierras», en el que se denunciaba que el megaproyecto de Gwadar había «conducido a uno de los mayores chanchullos territoriales en la historia de Pakistán».^[6] La revista detallaba el sistema por el cual los funcionarios de hacienda habían sido sobornados por personas influyentes de Karachi, Lahore y otras ciudades importantes para que registraran a su nombre terrenos de Gwadar a precios bajísimos y poder revenderlos a promotores para fines residenciales e industriales. De hecho, afirmaban que se habían asignado ilegalmente cientos de kilómetros cuadrados de tierra a burócratas civiles y militares que residían en otros lugares. De este modo, la población pobre y sin educación de Baluchistán había sido expulsada de la futura prosperidad del pueblo, y Gwadar se había convertido en el pararrayos de todo el odio baluchi hacía un Pakistán gobernado por los punyabíes. La misma promesa de Gwadar de convertirse en un megacentro neurálgico del eje océano Índico-Asia central amenazaba con dividir todavía más al país.

En la costa pakistaní del mar Arábigo han sido siempre frecuentes las rebeliones separatistas por parte de Baluchistán y de Sind, ambas con una rica y venerable historia como entidades étnico-geográficas y con menos contradicciones que el estado creado aquí en 1947. Para los baluchis y los sindis, la independencia de la Gran Bretaña dio lugar a una cruel ironía:

después de siglos de resistencia frente a la supremacía punyabí se encontraron sometidos a su gobierno en el nuevo estado de Pakistán. Mientras que los punyabíes veneraban la memoria histórica de los reyes mogoles de antaño, para los baluchis y los sindis eran símbolos de opresión, pues —al margen de los periodos de gobierno mogol, de los árabes medievales y de un breve interludio bajo el poder de Mahmud de Gazni en el siglo XI— los sindis, por ejemplo, habían sido siempre independientes y habían estado gobernados por sus propias dinastías locales en la tierra que ellos llamaban Sindhu Desh.^[7]

De hecho, se había reactivado el discurso de una futura confederación sindi-baluchi respaldada por la India. Las dos regiones son complementarias, con Baluchistán aportando los recursos naturales y Sind la base industrial. En las décadas recientes, los seis millones de baluchis han organizado cuatro levantamientos contra el ejército pakistaní para denunciar la discriminación económica y política. En la más violenta de ellas, entre 1973 y 1977, participaron en la lucha unos 80 000 soldados pakistaníes y unos 55 000 guerreros baluchis. Sus recuerdos de esos años son amargos. En 1974, escribe el experto en Sudasia Selig S. Harrison, las fuerzas pakistaníes, «frustradas por su incapacidad de encontrar a las unidades de la guerrilla baluchi que se ocultaban en las montañas, bombardearon, ametrallaron e incendiaron los campamentos de unas 15 000 familias baluchis [...] hasta que forzaron a las guerrillas a salir de sus escondites para defender a sus mujeres e hijos».^[8]

Eso que Harrison denomina un «genocidio a cámara lenta» ha continuado en los últimos años; en 2006 miles de baluchis tuvieron que huir de las aldeas atacadas por F-16 pakistaníes y helicópteros de combate Cobra. A esto le siguió una acción a gran escala organizada por el gobierno de secuestros y desapariciones entre la juventud baluchi. Recientemente, al menos 84 000 personas han sido desplazadas a causa del conflicto.^[9] También en 2006, el ejército pakistaní asesinó al líder baluchi Nawab Akbar Khan Bugti. Pero al tiempo que las tácticas del gobierno se han vuelto más brutales, los guerreros baluchis se han consolidado como un auténtico movimiento nacional, dado que una nueva generación mejor armada —surgida de la alfabetizada clase media baluchi de Quetta y otros lugares y financiada por compatriotas baluchis del golfo Pérsico— ha permitido dejar considerablemente atrás la antigua lacra de su pueblo: las disputas entre las tribus, que han permitido que forasteros como los punyabíes del ejército pakistaní las enfrentasen unas con otras. Según informa la organización International Crisis Group, la insurgencia ahora ha cruzado las barreras regionales, tribales y de clase.^[10] Los pakistaníes afirman que los servicios de inteligencia indios han estado

ayudando a los baluchis, dado que salen beneficiados del hecho de que las fuerzas armadas pakistaníes tengan las manos atadas a causa de las rebeliones separatistas.^[11] El ejército pakistaní ha respondido lanzando a los partidos islamistas radicales contra los baluchis laicos y nacionalistas. En un área que se ha convertido en una olla a presión de rebeliones fundamentalistas, «Baluchistán es», en palabras de un activista baluchi, «la única región laica entre Afganistán, Irán y Pakistán y no tiene historial alguno de extremismo religioso».^[12]

Los baluchis representan solo el 3,57 % de los 172 millones de habitantes que tiene Pakistán, pero la mayoría de los recursos del país, incluyendo el cobre, el uranio, las reservas potenciales de petróleo y las de gas, se encuentran en Baluchistán. Y aunque más de una tercera parte del gas natural del país se produce aquí, la región, a causa de su pobreza, consume únicamente una pequeña porción; a pesar de que la economía de Pakistán es una de las más dependientes del gas natural en todo el mundo.^[13] Es más, como explica Selig Harrison, el gobierno central ha pagado una cantidad ínfima por la explotación al tiempo que ha negado ayudas para el desarrollo de la provincia.

Por consiguiente, el escándalo inmobiliario en Gwadar y el miedo a una toma de poder por parte de los punyabíes llegan como culminaciones de una historia de sometimiento. Para pulsar los ánimos en relación con todo esto, me reuní con algunos líderes nacionalistas baluchis en la otra punta de la costa de Makrán, en Karachi.

El escenario para el primer encuentro fue una franquicia de Kentucky Fried Chicken del barrio de Clifton, cuya entrada estaba custodiada por un guarda de seguridad privada armado con porra y escopeta. Estos restaurantes de comida rápida, con su manifiesta simbología estadounidense, han sido el objetivo de las bombas terroristas. Dentro había gente joven vestida tanto con ropa occidental como con planchados *shalwar kameez* de color blanco, con perillas recién afeitadas y con largas barbas a la moda musulmana. Pero a pesar de este choque de estilos, todos ellos lucían un porte lustrosamente aburguesado. Todos tenían su bandeja de pollo y su Pepsi, y entre bocado y bocado enviaban mensajes de texto y hablaban por el móvil. Una música de tambores sonaba a todo volumen por los altavoces: *bhangra* punyabí indopakistaní. Y en mitad de este opulento panorama, irrumpieron cinco baluchis vestidos con *shalwar kameez* sucios y arrugados, turbantes o topis, y pilas de

papeles bajo los brazos, incluyendo una copia de *The Herald* con el reportaje sobre Gwadar.

Nisar Baluch, el secretario general de la Sociedad de Asistencia Baluchi, era el líder del grupo. Tenía el pelo oscuro, rebelde, y un espeso bigote. Las puntas de sus dedos repiqueteaban en la mesa mientras me aleccionaba: «El ejército pakistaní es el mayor ladrón de tierras que existe. Está vendiendo la costa de Baluchistán a los punyabíes por cuatro perras».

«El ejército punyabí viste uniforme pero los soldados son en realidad terroristas», continuó. «En Gwadar, el ejército opera como una mafia y falsifica las escrituras de las tierras. Dicen que no tenemos papeles que demuestren que somos los propietarios, aunque hayamos estado allí durante siglos.» Me dijo que no estaba en contra del desarrollo y que apoyaba el diálogo con las autoridades pakistaníes: «Pero cuando hablamos de nuestros derechos nos acusan de ser talibanes».

«Somos una nación oprimida», siguió diciéndome, sin alzar en ningún momento la voz, aunque el repiqueteo de sus dedos creció en intensidad. «No tenemos más opción que la lucha. El mundo entero habla de Gwadar ahora. Toda la élite política del país está involucrada en el crimen que se está perpetrando allí.»

Entonces lanzó esta advertencia: «No importa cuánto se esfuercen por transformar Gwadar en Dubái, no funcionará. Habrá resistencia. Los futuros conductos energéticos hacia China no serán seguros; tendrán que cruzar territorio baluchi, y si se violan nuestros derechos, nada estará seguro».

Esta no era una amenaza aislada. Otros nacionalistas habían declarado que con el tiempo los insurgentes baluchis lanzarían más emboscadas contra trabajadores chinos y los asesinarían, y eso sería el fin de Gwadar.^[14]

Nisar Baluch fue mi calentamiento previo a Nawab Khair Baksh Marri, el jefe de la tribu baluchi de los marris, que llevan sesenta años combatiendo de forma intermitente contra las fuerzas del gobierno. Su propio hijo había sido asesinado recientemente por soldados pakistaníes.^[t2] Marri me recibió en su lujoso chalet de Karachi, con sólidos muros exteriores, gigantescas plantas, ornamentados muebles y criados y guardaespaldas descansando sobre alfombras en el jardín. Estaba viejo y arrugado, llevaba bastón, túnica y un topi color *beige* con amplias hendiduras que lo distinguían del tipo que llevan los sindis. Ante nosotros había un enorme despliegue de manjares locales. Nawab Marri hablaba en un inglés preciso, dubitativo y susurrante que, combinado con sus ropas y el escenario, le confería un cierto carisma.

«Si seguimos luchando», me dijo suavemente, «haremos que estalle una intifada como la de los palestinos. El motivo de mi optimismo es que espero que la joven generación baluchi mantenga una guerra de guerrillas. Pakistán no es eterno. No es probable que dure. El Imperio británico, Pakistán, Birmania, todos han sido creaciones temporales. Después de que Bangladés se separara de Pakistán en 1971», continuó, en tono afable y aleccionador, «la única dinámica que ha quedado en este país es la del poder imperialista del ejército punyabí. Bengala Oriental [Bangladés] era el componente más importante de Pakistán. Los bengalíes eran lo bastante numerosos como para imponerse a los punyabíes, pero prefirieron independizarse. Ahora la única opción que nos queda a los baluchis es luchar».

No le gustaba nadie ni confiaba en nadie en Pakistán que no fuese baluchi, me dijo. No tenía en demasiada consideración a la desaparecida líder sindi del Partido Popular de Pakistán, Benazir Bhutto. A fin de cuentas, me explicó, fue bajo el gobierno de su padre, Zulfikar Ali Bhutto, en los setenta, cuando «nuestro pueblo fue lanzado desde helicópteros, asesinado en fosas comunes, quemado, sus uñas arrancadas y sus huesos rotos [...] Así que no estaba encantado de saludarla».

«¿Y qué me dice de los acercamientos de los punyabíes para enmendar las cosas con los baluchis?», le pregunté. Me contestó sin perder su dulce y majestuoso tono: «A esos punyabíes les decimos: “Dejadnos en paz, perdeos, no necesitamos vuestra supervisión ni vuestra fraternidad”. Si Punyab continúa ocupándonos con la ayuda de los imperialistas americanos, al final nuestro nombre desaparecerá de la faz de la tierra».

Me explicó que Baluchistán se extendía por tres países —Pakistán, Irán y Afganistán— y que finalmente triunfaría gracias al debilitamiento de sus gobiernos centrales. En su opinión, Gwadar era simplemente otra conspiración punyabí que se revelaría transitoria; los baluchis no tenían más que bombardear las nuevas carreteras y los futuros conductos energéticos que partieran de allí.

Era un hombre lleno de contundentes injurias, que abjuraba del toma y daca de la política y que parecía haber renunciado a ella. Mientras abandonaba el chalet, comprendí que el desarrollo de Gwadar dependía notablemente de cómo se comportara el gobierno de Islamabad. Si no llegaba a un gran acuerdo con los baluchis, de un alcance tal que dejara aislados a hombres tan resentidos como Marri o Nisar Baluch, entonces, sin duda, ese megaproyecto junto a la frontera iraní se convertiría en otra ciudad perdida entre la arena, asediada por las rebeliones locales. Sin embargo, si el acuerdo

se producía, permitiendo que Baluchistán se alzase como un estado regional bajo la larga sombra de un Pakistán democrático y descentralizado, el tradicional pueblo pesquero que yo había conocido bien podría dar paso a una palpitante Rotterdam del mar Árabe, con tentáculos extendiéndose hacia el norte y que llegarían hasta Samarcanda.

Pero nada era cosa del destino.

Mientras que Baluchistán constituye el extremo más al este de Oriente Medio, una evocación de la Arabia peninsular, Sind y el valle del serpenteante río Indo, que lo define territorialmente, marcan el auténtico límite del subcontinente indio; aunque, por supuesto, la historia y la geografía son todavía más sutiles. Sind también es —si bien a un nivel inferior al de Makrán— una zona de transición con un largo historial de invasiones. En especial las conquistas árabes de los siglos VIII y IX y la consiguiente actividad comercial árabe en las zonas urbanas.^[15] Tal vez sea mejor pensar en los límites del subcontinente no como una barrera rígida sino como una serie de gradaciones.

Tanto la palabra «India» como «hindú» provienen de *Sindhu*, que en persa se convirtió en *Hind* y en griego y romano en *Ind*. El Indus (como lo llamaban estos imperios del mundo clásico occidental) y el interior de Sind avanzaban juntos, siempre hacia el norte, a lo largo de cientos de kilómetros, desde la extensa ciudad-estado de Karachi, en el mar Árabe, hasta el fértil Punjab y el Karakórum —el «pedregal negro», en turco—, una cordillera vertiginosamente escarpada que enlaza con el Himalaya.^[13]

Karachi era un lugar de estética chirriante, poco atractivo, al menos para el gusto occidental. Mientras que en Europa la verticalidad es un signo de vida urbana —de un respetable asentamiento humano creciendo hacia arriba en un espacio íntimo y reducido—, Karachi era una ciudad horizontal del futuro, con numerosos y pequeños barrios residenciales y un centro relativamente pequeño. Desde una brasería situada en una azotea, contemplé largamente las inmensas vetas de aguas residuales que desembocaban en el puerto, salpicado de titánicas grúas pórtico; y en la otra dirección, hileras de aberrantes y precarios bloques de apartamentos de cemento, engalanados con ropa tendida en medio de una neblina aceitosa y cargada de ceniza. Las maltrechas palmeras y los barrizales estaban rodeados de cúmulos de bloques de cemento. La ciudad carecía de cualquier punto central o de un relieve reconocible. Montículos de basura, rocas, suciedad, neumáticos, ladrillos y mustios tocones de árboles ayudaban a definir el espacio urbano. Los guardias privados de seguridad estaban por todas partes, al igual que las licorerías y las

madradas islámicas, las cuales había visitado en mis anteriores viajes. En realidad, las propias contradicciones de la ciudad eran una de sus tablas de salvación. Sin el ancla de un pasado sustancial, en comparación con el de otras ciudades del subcontinente, Karachi tiene más posibilidades de transformarse radicalmente con el paso de las décadas y de sacar partido de las tendencias urbanísticas y arquitectónicas globales. Todos conocemos el Karachi del terrorismo, el cual es indudablemente una realidad, pero una ciudad de su tamaño tiene muchas caras. Me sentía más intrigado que desalentado.

Karachi era el emplazamiento de colosales proyectos de construcción financiados con dinero del golfo, pero ninguno de ellos parecía guardar coherencia arquitectónica con el resto. Altas fortalezas de mármol con alarmas y guardas armados evidenciaban que esta era una ciudad de riquezas ocultas. Las glamurosas tiendas y las cadenas de restaurantes occidentales asomaban entre los caóticos barrios pobres por los que vagabundeaban ejércitos de perros callejeros y cuervos de pecho gris. Mujeres con joyas de oro y finas sedas de colores chillones compartían las aceras con jorobados y tullidos. Debido a este batiburrillo de pobreza y riqueza, no había vecindarios buenos o malos, sino solo mejores o peores. Y los mejores tenían nombres vacíos, como Clifton o Defense, que no evocaban literalmente nada.

Habiendo tan pocos impedimentos verticales, la llamada a la oración recorría como una marea los vastos espacios abiertos de la ciudad. Al carecer de una tradición como la de Lahore, y con una significativa violencia interétnica entre sindis y mohajires (inmigrantes musulmanes de la India) y entre pastunes y baluchis, el futuro de este puerto árabe parecía abierto a dos fuerzas sanadoras y dinámicas: la de la ortodoxia radical islámica y la del materialismo desalmado, ofrenda de Arabia Saudí y de Dubái, respectivamente. Sin duda, Karachi representaba la otra cara de la moneda de la cercana Mascate, la cual, con su deliciosa atmósfera mogola de un blanco resplandeciente y su tremenda compartimentación, indicaba —gracias a una gran tradición arquitectónica— la presencia de un estado robusto e inteligente que protegía sus ciudades del lado oscuro de la globalización, mientras que Karachi parecía haber sido devorado por ella. El Estado, a diferencia de Omán, era aquí difícil de encontrar. En este sentido, Karachi era el paradigma de la ciudad pakistaní. Al contrario de Lahore y de otras grandes metrópolis mogolas de la India, Karachi era un asentamiento litoral aislado de 400 000 habitantes en el momento de la separación, y creció hasta convertirse en una

megaciudad de 16 millones sin una identidad o un pasado de los que enorgullecerse.

La mitad de la población de Karachi vivía en asentamientos ilegales llamados *katchi abadis*. La ciudad apenas cubría el 50 % de las necesidades de agua, y había constantes apagones eléctricos programados, conocidos localmente con el pintoresco nombre de «desconexiones de carga».^[16] Y aun así, pensé, el propio pluralismo de Karachi podría salvarla. Era un puerto, a fin de cuentas, con una dinámica población hindú y una comunidad de zoroástricos que ofrecían sus muertos a los buitres en las colinas conocidas como «torres del silencio». Ningún tipo de fundamentalismo religioso llegaría muy lejos aquí antes de ser acorralado por otras creencias. El mismo mar, que fue el que trajo las diversas influencias contradictorias del océano Índico, podría ser, en último término, el que protegiera a Karachi de sus aspectos más negativos.

A pesar de su bagaje de violencia interétnica, la ciudad habitualmente se veía tranquila. Un día conduje más allá de las bahías interiores y las salinas, de los viejos escaparates en ruinas con letreros desconchados y paredes de cemento —la misma esencia de la languidez y la pobreza—, y encontré una multitud de familias de picnic en la playa del cabo Manora, disfrutando del fiero embate de las olas del mar Arábigo en todo su esplendor espumeante, sin espigones que quebraran el oleaje. Acababa de terminar la oración de los viernes. La playa estaba limpia, a diferencia de la mayoría de lugares en Karachi, y los niños recorrían la playa montados sobre camellos engalanados con sillas de montar de coloridos bordados. Las familias se arremolinaban formando grupos junto a la orilla, sonriendo y haciéndose fotos unos a otros. Los adolescentes se reunían en los puestos oxidados de bebidas y pescado. Algunas de las mujeres vestían modernos y estilizados *shalwar kameez* y llevaban maquillaje; otras iban cubiertas de negro de pies a cabeza.

La escena me hizo pensar en otra que había presenciado algunos años antes en el puerto yemení de Al-Mukalla, a algo más de 500 kilómetros al oeste de Dhofar. El frente de playa estaba dividido en dos partes: una para los hombres y los chicos adolescentes; otra para las mujeres y los niños pequeños. Las mujeres llevaban velo y la mayoría de los hombres lucían barba. Se trataba de un sereno espacio comunal, con una muchedumbre de proletarios disfrutando religiosamente de las primeras brisas marinas del atardecer.^[17] Occidente, y Estados Unidos en particular, no tenía otra opción que hacer las paces con multitudes como estas. Aquí, de modo bastante

subestimado, estaba el poder global, reposando en unas creencias profundas y afianzadoras.

Las dos escenas playeras indican una sencilla intimidad; esta de Karachi algo más cosmopolita. Un templo hindú —de color ocre, enrevesado y destartalado— montaba guardia desde el fondo. Esta era la cara de la Karachi pesquera, multiconfesional y de dimensiones modestas: un satélite de Bombay y de otras ciudades de la costa occidental de la India, que era lo que estaba destinada a ser antes de la expoliación arquitectónica. Era evidente que, tan pronto como Karachi fue separada de la India propiamente dicha debido a la creación del Pakistán musulmán, había perdido su conexión orgánica con esos otros centros urbanos y, por tanto, se había desarrollado como una aislada ciudad-estado islámica, privada de la ventaja enriquecedora de poseer un alma más diversificada y parcialmente hindú. Por eso, por enorme que hubiera llegado a ser, Karachi carecía en cierto modo de sustancia. Quizás una globalización vía Dubái y el resto de países del golfo fuera la respuesta después de todo. Karachi había perdido a la India, pero se ganaría al golfo como vecino de al lado.

Su joven alcalde, Syed Mustafa Kamal, hablaba de un centro de tecnologías de la información que convertiría la ciudad en un punto de trasvase de ideas entre el golfo y Asia.^[18] Sin embargo, había otras visiones de Karachi, no por entero contradictorias con la del joven alcalde, pero sí más en sintonía con lo que los baluchis tenían en mente para su provincia. Estas visiones, en las que Karachi era la capital de un Sind independiente o, al menos, autónomo, no consideraban que Pakistán o la India tuvieran la última palabra respecto a la organización humana y política del subcontinente.

Alguien me recordó que Sind estaba poblada desde hacía 6000 años, y que en virtud de la mezcla racial de árabes, persas y otros conquistadores que pasaron por ella, conservaba una poderosa identidad cultural e histórica. Sind había formado parte de la Presidencia de Bombay, una provincia de la India británica, hasta 1936, cuando se transformó en provincia por derecho propio y vinculada a Nueva Delhi. Sind no se unió a Pakistán porque este fuera musulmán, sino más bien porque le prometió una autonomía que nunca recibió. «En lugar de eso, nos convertimos en una colonia punyabí», era el estribillo habitual. Según los nacionalistas sindis, el mar Árabe todavía podría volver a su pasado medieval preportugués: un conjunto de regiones y principados en el que Kabul y Karachi estarían tan unidas a Lahore y Delhi como lo estaba esta última a Bangalore y al resto del sur de la India. Y en este firmamento, con ayuda de la globalización, según me dijeron, los sunitas y

chiitas de Sind podrían tratar con Arabia Saudi e Irán, respectivamente, sin la intermediación de Islamabad.

Por implacables que fueran algunas de estas voces, su rabia tenía un objetivo razonable, pues apuntaba contra la excesiva centralización de la vida política en torno a un populoso centro punyabí que había desposeído a Pakistán de su vitalidad.

Me reuní con Ali Hassan Chandio, vicepresidente del Partido Progresista de Sind, en una sala vacía con geckos por las paredes. El viento del monzón soplaba a través de las ventanas abiertas. Estábamos a unas pocas manzanas del emplazamiento de un nuevo centro comercial y un complejo de apartamentos que iban a ser construidos por una compañía de Dubái. Lo que fuera que quedara del pasado de Karachi estaba siendo borrado del mapa. Chandio me habló de Muhammad Ali Jinnah, el fundador de Pakistán, que había concebido un estado que otorgaría sus derechos a los diversos pueblos nacionales. Pero Jinnah murió poco después del nacimiento de Pakistán, y en lugar de eso, el ejército centralizó el poder. «En la India no ha habido golpes de estado, mientras que en Pakistán se ha implantado frecuentemente la ley marcial. Queremos que el ejército punyabí vuelva a sus barracones. Los sindis solo podrían formar parte de Pakistán si este fuera una democracia como la India. La India», insistió, «a pesar de todas sus guerras, crímenes y otros tipos de violencia, es todavía un modelo de gobierno para Sudasia». Como todos los nacionalistas baluchis y sindis con los que me reuní en la costa arábica de Pakistán, hablaba de la India en unos términos positivos y sin reservas, pues todos ellos la veían como una aliada contra ese estado del que se sentían prisioneros. De hecho, todos me hablaron de la necesidad de abrir la frontera con el colindante estado de Gujarat, la región de la India con una economía más dinámica, destino de una cuarta parte de las inversiones del país. La mera proximidad y fortaleza de Gujarat los hacía ser conscientes de su propio fracaso.

Bashir Khan Qureshi, el líder del Frente Progresista del Pueblo Sindi, me recibió en su casa, en las afueras al este de Karachi. Bolsas de plástico volaban por el aire. Había una multitud de gente por todas partes. Los ceniceros de la sala rebosaban. Un ventilador giraba ruidosamente. Corpulento y atractivo, Qureshi hablaba con soltura entre todo esto.

«Pakistán es en sí mismo un incumplimiento de contrato», me dijo. Repitió la historia completa del estado desde el punto de vista de las minorías

baluchi y sindi, haciendo especial hincapié en la secesión de Bangladés en 1971 y a la inspiración que los bengalíes de allí transmitieron a los sueños de otras minorías. Un golpe más en Pakistán, dijo Qureshi, y habría una guerra civil en Baluchistán y en Sind.

Tal vez fuera por lo inhóspito del entorno de la estancia, que parecía a punto de sumergirse en el árido desierto, pero no di mucho crédito a su visión. Era demasiado tajante. Servía siempre y cuando consideráramos que Sind era una entidad cohesionada y definible que podía ser cercenada limpiamente de Pakistán. Pero esto no era posible, porque los sindis eran una minoría en la propia Karachi. Después de la partición, millones de indios musulmanes (mohajires) se habían refugiado aquí y formado sus propias agrupaciones políticas. Y luego estaban los pastunes, los punyabíes, los hindúes y otras minorías. Como había mostrado la violencia en el pasado, los sindis solo podrían salirse con la suya mediante una guerra urbana. Y eso por no mencionar las divisiones entre sunitas y chiitas dentro de la comunidad sindi, que también habían conducido periódicamente a la violencia. A causa de las vicisitudes de la migración en las décadas recientes, Sind, al menos en Karachi, se había convertido en una suerte de abstracción (como lo era el concepto de Baluchistán en Quetta, debido a la afluencia de pastunes). Igual que Gwadar, Karachi podría erigirse como una ciudad-estado autónoma del futuro; y Sind y Baluchistán podrían aumentar su autonomía en un Pakistán democrático que ejerciera un control mucho más laxo. Pero tuve la impresión de que Pakistán, en su forma actual, no pasaría a la historia de un modo tan sosegado. Y los principados mogoles y medievales del pasado eran pálidas comparaciones para lo que podría avecinarse, principalmente a causa de la mezcla de poblaciones en las áreas urbanas. Las décadas futuras tendrían que ser testigos de unas estructuras políticas extremadamente sutiles.

Muhammad Ali Jinnah, el Baba-e-Qaum (padre de la nación), creador del estado que muchos han tachado de ser el más peligroso y explosivo del mundo, está enterrado en mitad de un enorme e impecable jardín del centro de Karachi. El jardín es tan bello y perfecto que una vez dentro uno se da cuenta de lo pobre y caótica que es la mayor parte del resto de la ciudad. El mausoleo en sí es una cúpula en forma de bala encajada entre unas paredes de mármol inclinadas hacia ella. El diseño geométrico es tan austero y cubista que nos trae a la mente todas las abstracciones simplistas de la ideología política. Por su parte, el ostentoso interior de mármol nos recuerda a un centro comercial o

a la zona de compras libres de impuestos de uno de los nuevos aeropuertos del golfo. Hay algo a un tiempo atrevido y curiosamente vacío en todo ello. Del mismo modo que la tumba parecía fuera de lugar en medio del andrajoso batiburrillo que era Karachi, el modelo de estado de Jinnah se había mostrado hasta entonces inadecuado para la realidad a pie de calle de un mundo complejo.

En Pakistán detecté tres escuelas de pensamiento en torno a Jinnah. La primera era la oficial, que lo proclamaba un gran héroe de los derechos musulmanes del siglo XX, al estilo del turco Mustafa Kemal Atatürk. La segunda, que compartían unos pocos pakistaníes osados y bastantes personas en Occidente, pensaba que Jinnah era un hombre vanidoso y un fracasado que dio a luz sin querer a una monstruosidad de nación que estaba a su vez conectada con gran parte de la violencia de las últimas décadas en Afganistán. La tercera era no obstante la más interesante y, a su manera, la más subversiva, así como la mejor informada.

Según esta, Jinnah era un complejo hombre de la India, un intelectual entre Londres y Bombay, hijo de un mercader de Guyarat y una parsi de Karachi. Como Atatürk, que había crecido rodeado de las enriquecedoras influencias cosmopolitas de Salónica (y no en ese mundo islámico más cerrado de Anatolia, que acabaría gobernando), Jinnah era el producto de un entorno cultural sofisticado, el de la Gran India, y en consecuencia era laicista por naturaleza. Aun así, creía que su estado musulmán era necesario para proteger a una minoría del gobierno incierto de la mayoría. Por equivocado y políticamente oportunista que pudiera resultar, dio lugar a un estado que, si bien estaba compuesto mayoritariamente de musulmanes, podría seguir manteniendo un espíritu secular, de manera muy parecida a la Turquía de Atatürk. Estaría imbuido de los valores musulmanes, pero no necesariamente gobernado por leyes islámicas. Además, podría ser un estado con un alto grado de autonomía provincial, con el fin de reconocer los nacionalismos territoriales de los pastunes, baluchis y sindis.

Como he dicho, esta tercera visión era la más subversiva, porque se enfrentaba de plano a eso en lo que había convertido el país la clase dirigente de Islamabad, tanto los generales como los políticos. Como Jinnah murió en 1948, poco después de la fundación de Pakistán, es imposible saber hacia dónde podría haber evolucionado el país de haber vivido más tiempo. Pero cabe argumentar que los principios fundamentales del Baba-e-Qaum han sido transgredidos. En lugar de ser un estado de temperamento moderado, Pakistán mantenía un asfixiante entorno islámico en el que el extremismo era

recompensado con concesiones políticas, mientras que los partidos políticos y militares se disputaban el primer puesto el uno al otro. Se prohibió el alcohol, y las escuelas para niñas de las zonas rurales fueron incendiadas. Y en cuanto a la autonomía, como había quedado claro tras mis encuentros en Baluchistán y Sind, era un mito.

La tumba de Jinnah era una escenografía bidimensional, de la misma forma que el propio Pakistán, a pesar de toda la parafernalia artificial de un estado y de los edificios públicos mogol-estalinistas de Islamabad, carecía de legitimidad política a ojos de muchos de sus pueblos étnicos.

«El subcontinente indio solo ha producido un político liberal y laico, Mohammed Ali Jinnah. [Mahatma] Gandhi no era más que un agente británico de Sudáfrica, un reaccionario con un pico de oro. Sin embargo, desde Jinnah, hemos sido gobernados por estos gánsteres al servicio de los punyabíes, unos títeres de América. ¿Sabe por qué el Indo está tan seco? Porque los punyabíes nos están robando el agua más arriba. Sind es el único estado antiguo y legítimo en Pakistán.»

El que habla es Rasool Baksh Paleejo, un nacionalista sindi de izquierdas que había sido encarcelado tanto por los gobiernos democráticos de Pakistán como por los militares. Antes de que me reuniera con él, en el 2000, varias personas me dijeron que era la persona más inteligente con la que tratar de política en la ciudad de Hyderabad (junto al Indo, al nordeste de Karachi). En 2008 volví a Hyderabad para verlo de nuevo y comprobar si sus opiniones habían evolucionado o se habían hecho más complejas. No era así. Su casa se alzaba tras unos altos muros al final de una carretera próxima al desierto y, como en mi primera visita, tuve una sensación de extremo aislamiento. Su rostro aún se veía delgado y bien esculpido y conservaba una espesa melena blanca. Su casa era un desastre y estaba a punto de desplomarse, con los muebles rotos y alfombras cubiertas de suciedad. Un rincón de la sala de estar estaba ocupado por retratos de Karl Marx, Friedrich Engels, Lenin, Ho Chi Minh y Najibulá, el líder prosoviético de Afganistán en los ochenta. Una década antes, Paleejo me había hablado de sus voluminosas lecturas de todas las grandes obras del marxismo. Esta vez, cuando le pregunté qué había estado leyendo últimamente, mencionó el libro de los profesores Stephen Walt y John Mearsheimer, *The Israel Lobby and the U. S. Foreign Policy*, un controvertido ensayo publicado en 2007 en el que se afirma que la excesiva influencia proisraelí ha puesto a la política exterior estadounidense en una

posición comprometida. A continuación me dio un sermón sobre las «bandas de gánsteres», los «parásitos punyabíes», los «pigmeos imperialistas», los «fascistas de Bush» y los «judíos-capitalistas-talibanes», todos los cuales estaban explotando al pueblo sindi. Los mohajires, pastunes y baluchis eran «instrumentos de América», me dijo. Luego su tono se calmó y me habló de la edad de oro del gobierno mogol en la era moderna: «Los mogoles no eran intolerantes. Se casaban con hindúes. Tenían generales hindúes. No tenían un hogar, pero en el fondo eran nómadas túrquicos». Parecía insinuar que esa era la época a la que quería regresar: ¡si Pakistán pudiera desaparecer y disolverse en una India aún más plural!, exclamaba extasiado.

Paleejo era para mí un símbolo del fin del camino del nacionalismo étnico. Había reducido el mundo entero a una teoría conspiratoria resentida y esquemática. Él y los demás nacionalistas baluchis y sindis que conocí eran, en último término, producto de un estado bajo un gobierno militar tan prolongado que había dejado un espacio demasiado pequeño para el intercambio de ideas y, en consecuencia, para que arraigara una política normalizada. Así, en lugar del habitual tira y afloja político, llegaron las severas divisiones ideológicas y las irracionalidades del «nosotros contra ellos».

Para ser justos, el gobierno militar no había sido un hecho accidental en Pakistán. El país ocupa la frontera desértica del subcontinente. La administración británica se extendía solo hasta Lahore, en el fértil Punyab, cerca de la frontera oriental con la India. Pero el resto de Pakistán —las escarpadas regiones fronterizas de Baluchistán y la Provincia del Noroeste; los páramos alcalinos de Sind, alejados del Indo, y las montañas del Hindu Kush y del Karakórum que rodean Cachemira— nunca ha estado realmente sometido ni a los británicos ni a ningún otro. Gran parte de la zona estaba extremadamente subdesarrollada en comparación con el resto de la India británica, así que cuando siete millones de refugiados musulmanes huyeron de la India para establecerse en este nuevo estado fronterizo, el rol de los militares se volvió forzosamente primordial. De hecho, las identidades tribales y étnicas eran tan poderosas en esta tierra baldía que la política civil, en cuanto tenía oportunidad, se convertía en un foro burocrático de venganzas y desagradables trueques. Pero en lugar de canjear pozos de agua y extensiones desérticas como en el pasado, en el nuevo estado los políticos civiles canjearan molinos de harina, redes de suministro eléctrico y sistemas de transporte. Así, la clase militar estaba obligada a hacer limpieza periódicamente, algo en lo que fracasó de modo deliberado, pues ella misma

se había erigido en un corrupto estado dentro del estado que la opinión popular identificaba con un grupo étnico, el punyabí, lo que alimentó diversos nacionalismos secesionistas.

Pakistán no tenía otra salida que dejar atrás el gobierno militar, incluso si ello conllevaba —y probablemente así fue— años y años de gobiernos civiles corruptos, ineficaces y precarios. Porque era la propia certeza de un gobierno civil, por insatisfactorio que fuera, lo que había permitido el gradual encumbramiento de la India como un coloso regional y estabilizador. Pakistán, por tanto —a diferencia de los estados del golfo, con sus dictaduras familiares, inteligentes y eficaces, y de la India, con su venerable democracia— tenía por delante un futuro político particularmente arduo; y, como ocurría con el turbulento estado de Birmania en el norte de la bahía de Bengala, Pakistán —en mitad del litoral entre el golfo Pérsico y la India— era la clave para la estabilidad de la región del mar Árabe.

Sin embargo, como en la historia de Omán, la costa no existía de forma aislada, había que viajar al interior para comprenderlo mejor. El mapa me llamaba hacia el norte, remontando el Indo hasta el corazón de Sind.

Thatta, al este de Karachi, es uno de los últimos puntos en los que podemos ver el Indo antes de que se descomponga en un enorme delta a lo largo de la frontera entre Pakistán y la India. Se dice que fue aquí donde podría haber descansado el ejército de Alejandro antes de marchar hacia occidente por la costa de Makrán. Justo antes del monzón, encontré el Indo como un paisaje agrietado y blanqueado: un amplio mar grisáceo formando remolinos en torno a los bancos de arena, de un color mortecino incluso para los estándares del rescoldo y la ceniza. Era un portador de vida tan sombrío que el calor era el único olor. Más allá de Thatta, el Indo tuerce al norte a lo largo de cientos de kilómetros, generando una civilización fluvial densamente poblada y comparable a las del Nilo, el Tigris y el Éufrates.

En Egipto, las rutas migratorias iban arriba y abajo del Nilo, lo que garantizaba la estabilidad y longevidad de sus unidades políticas. Pero los ríos de Mesopotamia, en palabras de la escritora de viajes británica Freya Stark (principios y mediados del siglo XX), en lugar de avanzar «paralelos y pacíficos junto a las rutas del tráfico humano», como el Nilo, «eran perniciosos para los caminos predestinados del hombre»; esto es, las rutas migratorias cruzaban en ángulo recto el Tigris y el Éufrates, lo que hacía a Mesopotamia vulnerable a las guerras e invasiones.^[19] Eso mismo ocurre con

el Indo, que ha sido testigo de muchas invasiones. El río delimita el margen occidental del subcontinente, por el cual entraban frecuentemente invasores llegados de las mesetas y desiertos de Afganistán, Irán y Baluchistán que ponían en peligro su unidad política. Es un ejemplo, por tanto, de la debilidad de las fronteras.

La mezquita de Shah Jahan en Thatta da buena fe de ello. En 1586 el emperador mogol Akbar el Grande volvió su atención hacia Sind, y se impuso a las fuerzas locales tras una durísima batalla en el río Indo. En 1593, después de sucesivas derrotas, el gobernador sindi de Thatta, Jani Bek, rindió respeto a Akbar en la corte del emperador en Lahore. De hecho, fue la toma de Sind la que reforzó a Akbar en su determinación de reconquistar la región afgana de Kandahar.^[20] La naturaleza ecléctica del Imperio mogol, que cruzaba las fronteras modernas desde Irán a la India, está profundamente presente en esta mezquita, que fue construida entre 1644 y 1647 por el nieto de Akbar, Shah Jahan, quien también construyó el Taj Mahal en Agrá. En los salones de oración uno se imagina en Isfahán, en Shiraz, o incluso en Herat o Bujará, tan patentes son las influencias persas y túrquicas, con su vasta variedad de fayenza azul y turquesa y sus arabescos de brillante amarillo. También encontramos los trabajos austeros y matemáticos de ladrillo y argamasa, con sus vertiginosas conchas y sus bóvedas de cuarto de esfera, reminiscentes del Próximo Oriente y de Asia central. En esta mezquita comprendemos que Sind es el producto de todos esos desiertos y mesetas del oeste, desde los cuales llegaban las invasiones que configuraron su identidad única. Pakistán pudo crearse como una reacción frente a la India pero, como región fronteriza del subcontinente, su cultura es un crisol del Gran Oriente Medio.

A pocos minutos de la mezquita de Shah Jahan está la necrópolis de la colina de Makli, con tumbas de los periodos samma, arghun, tarjan y mogol hechas de arenisca y azulejos. Estas dinastías también tenían sangre túrquica y mongola. Y aun así, las tumbas recuerdan a una de tantas construcciones indias similares, lo que demuestra que nuestra concepción de la India es en sí misma una mezcla de culturas de Oriente Próximo.^[4] Por todas partes vemos pedestales de ladrillo, pilares rectangulares, muros imponentes y protuberantes bóvedas agrietadas. Los maltrechos azulejos están descascarillados, como una vieja máscara, con pálidos toques de azul lechoso. Estos monumentos solitarios parecen alzarse hasta las nubes, cada uno desde su pequeña colina. Algunos, por sus intrincadas grecas, tienen casi una grandeza bizantina. Otros tienen las proporciones y la complejidad de los edificios faraónicos de Karnak. Se yerguen a una majestuosa distancia unos

de otros sobre la mísera tierra baldía, rodeados de basuras, como tantos lugares históricos y culturales en Pakistán. Es como si en los últimos sesenta años —al contrario que durante esas dinastías de las que dan cuenta las tumbas— no hubiera habido ningún estado aquí, solo maleantes.

El Indo torcía al norte y lo seguí a través de un pálido paisaje cubierto de un polvo —surgido, a su vez, del barro agrietado— que hacía que todo pareciera moverse a cámara lenta. Aquí había una civilización ribereña verdaderamente antigua: campos de trigo y arroz, bananos y mangos, y extensas junglas de palmeras datileras, todos ellos separados por canales. También se veían los omnipresentes e imprescindibles búfalos de agua, parcialmente sumergidos en el barro; burros de una flacura que rompía el corazón arrastrando las más inmensas carretas cargadas de madera mientras los dromedarios, cerca de ellos, remolcaban carretas de ladrillos. Enormes campamentos estacionales de gitanos de Baluchistán y del sur de Punyab bordeaban la carretera. Habían llegado por la cosecha del dátíl, para hacer mermeladas, aceites y otros productos derivados. Recubiertos de barro, no parecían más pobres que los demás. Los arrozales contenían diversos matices de color lima y verde, y las mujeres, con saris chillones y resplandecientes, se movían en escultural formación a lo largo de los diques. Y sin embargo la escena carecía en general de color a causa de los cielos cenizos que rara vez descargaban lluvias.

Cuanto más me alejaba del mar Arábigo, más calor hacía y menos viento soplaba. La temperatura oscilaba en torno a los 38°. Las casas y los hostales en los que entré tenían siempre aire acondicionado, pero no funcionaba a causa de las «desconexiones de carga». Las tiendas y los coches estaban empapelados con fotografías de Benazir y de Zulfikar Ali Bhutto. Sind era el bastión de los dos antiguos primeros ministros asesinados: la hija, por el explosivo y los disparos de un asesino en 2007; el padre, ahorcado en 1979 por el dictador militar Zia-ul-Haq. De todos modos, estas imágenes no denotaban necesariamente lealtad: se decía que muchos exhibían las fotografías y adhesivos por miedo a que sus propiedades fueran destruidas si no lo hacían. Las fotografías eran un seguro contra asaltantes, me dijeron.

Llegué a Khairpur de noche. No había nada al este más que el desierto de Thar, que atraviesa la frontera con la India. Antes de la partición, Khairpur tenía una numerosa población hindú. Descubrí que los musulmanes habían conservado aquí la costumbre hindú de tocar el pie de los mayores a modo de saludo. Era un pequeño gesto que contribuía mucho a la sensación de civilización de esta populosa y pequeña ciudad. Encontré a la gente afable y

cercana, a pesar de un calor denso y pesado como el agua y de la aparente ausencia de la mano del estado, apenas una indiferente fuerza de la naturaleza. Había enemistades entre las tribus y clanes de la región, que desembocaban en intercambios de sangrientas venganzas en las que los beligerantes iban armados con rifles de asalto, mientras por otro lado el agua corriente era allí una rareza. Los motivos de estos conflictos eran numerosos, pero la causa última era la ausencia de desarrollo. Me acordé de Gwadar, una cultura tradicional en idílico aislamiento respecto de un estado rapaz, viviendo cómodamente del comercio del océano. Mientras que Gwadar se sentía amenazada por la modernidad y la sombra amenazante del estado, el Sind del interior, por el contrario, representaba la decadencia de toda una civilización a causa de la sobreexplotación de los recursos y precisaba desesperadamente de la mano del estado para que lo ayudara a luchar contra la naturaleza.

A los ojos, más avezados, de William Dalrymple, un periodista, historiador y autor especializado en el subcontinente que visitó Sind poco después que yo, la región estaba en realidad «más tranquila y segura de lo que lo había estado en algún tiempo».^[21] De hecho, según escribe, la moderada cultura sufí de Sind lo provee de un mecanismo con el que combatir los extremismos religiosos de otras regiones pakistaníes. El estudioso André Wink coincide, a la vez que señala que Sind fue históricamente refugio de «“disidentes” y “librepensadores”» como los ismailíes.^[22] Y como los líderes separatistas baluchis y sindis no se cansaban de repetirme, los suyos eran movimientos de esencia secular que no le debían nada a la ortodoxia musulmana.

Todo esto es cierto, pero no obstante, mi impresión general de Pakistán a lo largo de este viaje, que realicé hacia el fin de la presidencia de George W. Bush, fue la de la negligencia y el amenazante fracaso del estado. Había estado aquí ocho años antes, poco después de la elección de Bush, y apenas podía detectar algún progreso en el tiempo transcurrido. Puesto que Pakistán y su estabilidad habían figurado en un lugar tan prominente en la política exterior de Bush, la ausencia de mejora constituía una recusación a su estrategia, y una recusación al desvío de recursos hacia Irak, una guerra que yo había apoyado en un primer momento. Por supuesto, no me hacía falta venir a Pakistán para darme cuenta de algo tan obvio. Después de todo, ya había visitado periódicamente Irak y Afganistán a lo largo de los años y había informado del caos en ambos lugares. Pero ver un fracaso semejante cara a

cara, ver cuán vulnerable a un alzamiento era Pakistán tras un paréntesis de ocho años, me enfrentó a argumentos más irrefutables.

Viajando por Pakistán, uno tomaba conciencia, en un sentido visual y muy palpable, de hasta qué punto era imposible que Estados Unidos controlara procesos históricos tan importantes como el del futuro de una sociedad urbanizada de 172 millones de habitantes a medio planeta de distancia. Aun así, como potencia global preponderante, Estados Unidos tenía al menos la responsabilidad de ayudar donde fuera posible. De hecho, Estados Unidos estaba poderosamente implicado en Afganistán y Pakistán por su puro interés, a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Pero si en los años venideros Washington prestara ayuda suficiente para estabilizar Afganistán, eso solo permitiría la integración de las zonas del océano Índico y Asia central a través de conductos energéticos, lo que en último término beneficiaría a China mucho más que a Estados Unidos. En otras palabras, el proyecto portuario de Gwadar podría ser un mejor ejemplo del mundo que nos espera en términos geopolíticos que la caza de Osama bin Laden.

Las ruinas próximas a la ciudad de la Edad de Bronce de Mohenjo-Daro («montículo de la muerte») representan al tiempo un reproche y una recapitulación de cuanto las rodea. Que, en su época, Mohenjo-Daro fuera un símbolo de riqueza y perfección era un nuevo recordatorio del carácter lúgubre y mísero de la civilización del Indo hoy día, si bien las ruinas realzan la propia intemporalidad de este valle y, por tanto, su potencial regenerativo. Las formas cuadradas y ovales grabadas en los ladrillos por todo el lugar manifiestan una asombrosa impecabilidad geométrica. Mohenjo-Daro y Harappa, algo más arriba siguiendo el curso del río, eran las dos mayores ciudades de la civilización del valle del Indo. Joseph A. Tainter, antropólogo e historiador estadounidense, describió esta civilización como una «sociedad altamente centralizada en la que el estado controlaba muchas de las facetas de la vida cotidiana: la molienda del grano, la manufactura de ladrillos, la producción a gran escala de cerámica, la obtención de leña y la construcción de viviendas».^[23] Con una interpretación ligeramente distinta, el historiador de Sudasia Burton Stein postula que ciudades del valle como la de Mohenjo-Daro eran el núcleo de «complejas jefaturas, más que de estados unificados», y que cada ciudad era el «portal» de una región agrícola.^[24] Sea como fuere, aunque probablemente no existían unos límites tan marcados como los de hoy

en día, una vasta región entre Baluchistán y Guyarat —esto es, desde el sur de Afganistán hasta el noroeste de la India— estaba unida.

Una serie de excavaciones en Mohenjo-Daro llevadas a cabo a lo largo del siglo XX desenterraron aproximadamente diez hectáreas de un intrincado laberinto pardo y rosado construido con finísimos ladrillos cocidos, formando casas, calles y canales, de una antigüedad cercana a los 5000 años. Esta superficie representa solo un 10 % de la antigua ciudad a las orillas del Indo, posiblemente la más grande del mundo en su época, dos veces el área del Londres romano.^[25] En el oscuro y modesto museo, donde me refugié momentáneamente del calor, los rostros de las figuritas tenían un aspecto marcadamente sumerio, con barbas recortadas y ojos rasgados. Un sector del pueblo sumerio había emigrado aquí desde Mesopotamia, a través de la meseta iraní y el desierto de Baluchistán, en torno al 4500 a. C.^[26]

Volví de nuevo afuera atraído por un estupa budista del periodo Kushán del siglo II d. C.; es decir, dieciséis siglos después de la caída de Mohenjo-Daro. El estupa se erige en el emplazamiento como si fuera el edificio más alto del mundo. ¿Quién querría un Empire State o un Burj Khalifa si puede contemplar este inspirador estupa?, pensé. Aunque no tenía ninguna conexión con el Mohenjo-Daro de la Edad de Bronce, el estupa encajaba perfectamente con el resto de las ruinas, como si fuera una escultura de Henry Moore: acentuaba toda la simetría y los limpios ángulos del lugar, al tiempo que resultaba electrizante por su directa y penetrante humanidad. El estupa era producto de la dinastía Kushán, el más oriental de los pueblos indoeuropeos, que gobernó gran parte del norte de la India, Pakistán, Afganistán y zonas de Asia central en los primeros siglos de la era cristiana. Destacó como una fuerza en favor de la tolerancia y el sincretismo, e incorporó en su cosmovisión los panteones de dioses griegos, romanos, persas e hindúes. Fue un ejemplo de cómo el cosmopolitanismo, aunque se identificara con el océano Índico, necesitaba sin duda no recluirse en él.

Al norte de Mohenjo-Daro están Larkana y Garhi Khuda Baksh, el mausoleo familiar de los Bhutto. Esta es una de las zonas de Pakistán más acerbamente feudales. Un lugar donde, en palabras de la periodista Mary Anne Weaver, «las familias viven en recintos amurallados, cercados por miras de rifles; donde los señores son a menudo despiadados y los campesinos son siervos; donde las mujeres están sometidas al *pardah* y los hombres disfrutan de su *whisky* y de la caza del faisán».^[27] Las blancas cúpulas del mausoleo lo hacen visible desde muy lejos a través del desierto intermitente y las granjas, con sus tenaces burros y búfalos de agua. Una

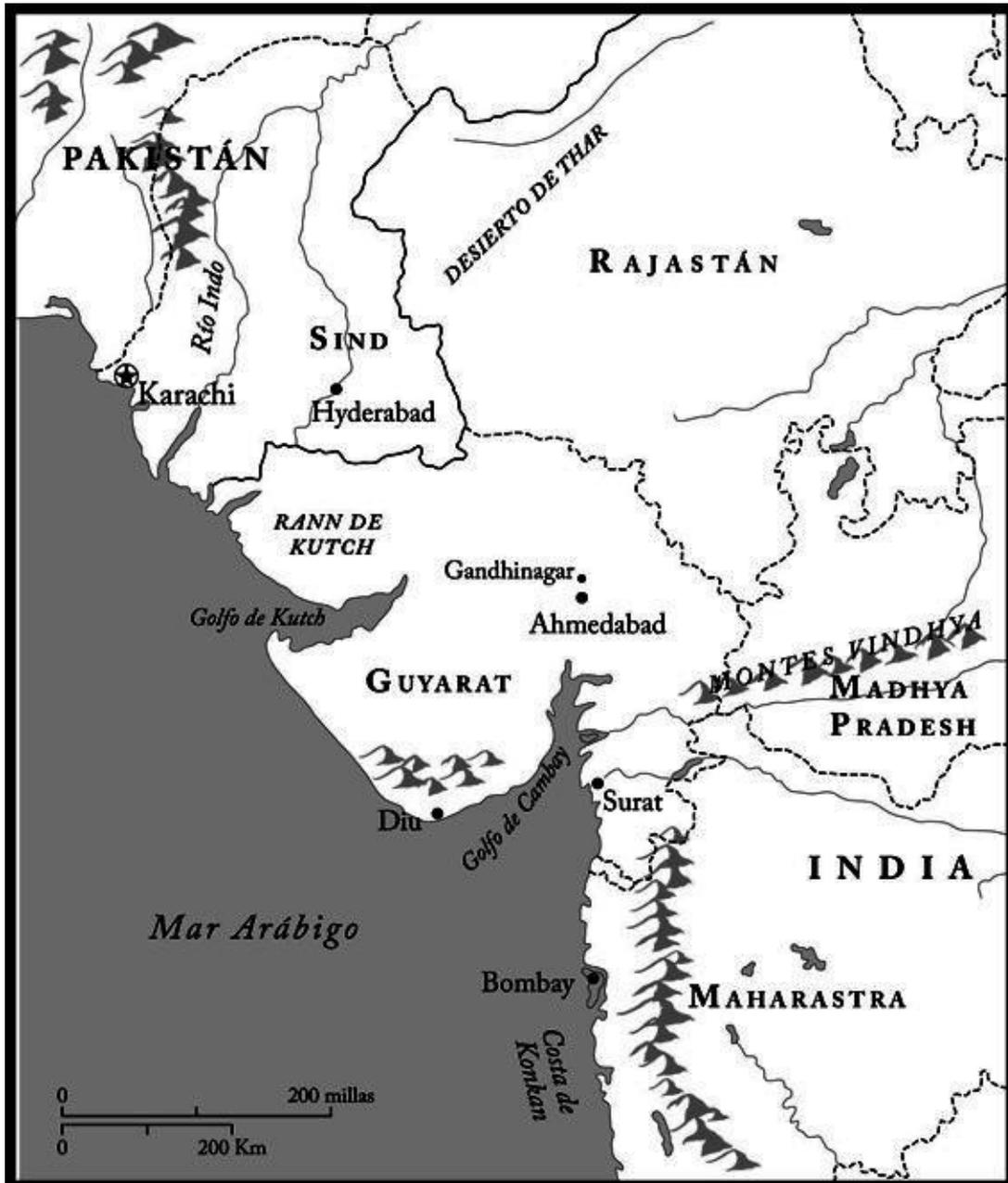
inspección más de cerca mostraba que las líneas turquesas del enorme sepulcro blanco estaban torcidas, y la agrietada fayenza azul, embadurnada torpemente de pintura y yeso. Las paredes estaban forradas con viejos carteles hechos trizas del padre y la hija, Zulfikar y Benazir —los de ella especialmente grandes—, por lo que este lugar sagrado musulmán estaba repleto de ídolos. De hecho, había un aire entre sufí y chiita nada desdeñable en todo él, y el sepulcro de Zulfikar Ali Bhutto, rodeado de pilares, me recordó al del ayatolá Jomeini en el sur de Teherán, en el que los fieles se quedaban a comer y a pasar el día sentados en las alfombras bordadas. No había paisajismo aquí, ningún cuidado por el detalle. Hileras de ataúdes que yacían desperdigados por el suelo. El salón de rezos era humilde, tribal. Benazir Bhutto había sido educada en Harvard y en Oxford, pero no había ninguna afectación en el mausoleo. Aquí la gente sencilla imperaba y era bienvenida. Ancianos con barba se sentaban alrededor y lanzaban pétalos de rosa sobre su ataúd, envuelto en un par de alfombras; el sepulcro propiamente dicho se construiría más tarde. Había colgantes con su retrato y fotografías a la venta, y los recién casados venían a visitar su tumba y prometer fidelidad.

Benazir Bhutto —hija del Sind feudal a pesar de su educación occidental— era una pensadora y una argumentadora brillante, pero no tenía la habilidad administrativa necesaria para llevar nada a cabo. Sus dos mandatos como primera ministra de Pakistán, a finales de los ochenta y en los noventa, fueron meros altos en el camino hacia un caos y una corrupción a escala nacional aún mayores, lo que provocó finalmente la restitución del gobierno militar. Aun así, a causa de su retórica y sus promesas, fue asesinada por los islamistas, que la veían como un peligroso símbolo de democracia y moderación. Pero hacía falta algo más que símbolos para rescatar a Pakistán, que necesitaba con urgencia justamente esa habilidad rectora de la que Bhutto carecía. En cualquier caso, si a Pakistán le espera un brillante futuro, será el de un estado más descentralizado de lo que ha sido jamás.

Las civilizaciones son «cosas frágiles, transitorias», escribe el antropólogo Joseph Tainter.^[28] En la Edad de Bronce, Mohenjo-Daro sobrevivió como una ciudad-estado altamente centralizada dentro de lo que tal vez fuera una extensa y flexible confederación agrícola. Ese podría ser perfectamente el futuro de lo que llamamos Pakistán, que o bien se coloca a la altura de la visión descentralizada y cosmopolita de su fundador, Mohammed Ali Jinnah, o bien continúa su declive. Eso significa que, de una forma u otra, Baluchistán y Sind deben crecer en importancia y dotar de identidades locales enriquecidas a los puertos arábigos de la costa de Makrán, cuyos destinos

determinaran los de las lejanas ciudades del interior. El lingüista y viajero del siglo XIX Richard Francis Burton, que pasó cinco años en Sind, escribió que la línea de puertos a lo largo de la costa de Makrán, extendiéndose hasta Irán, haría posible «concentrar fácilmente todo el comercio de Asia central», y que Bombay sería «el punto hacia el que tenderían todos estos rayos divergentes». [29] Una visión como esta —aunque en su momento fuera una visión imperial— podría tener todavía posibilidades a medida que las fronteras actuales se vuelvan cada vez más frágiles.

El turbulento ascenso de Guyarat



Si el espíritu de la India moderna tiene un centro vital geográfico, este es Gujarat, estado del noroeste que hace frontera con Sind, en Pakistán. Mohandas Karamchand Gandhi, el Mahatma («alma grande», en sánscrito) era un gujaratí nacido en Porbandar, junto al mar Arábigo, en 1869. El acontecimiento decisivo del movimiento de independencia indio, que ha alcanzado un estatus de mito fundacional, fue la Marcha de la Sal que encabezó Gandhi, acompañado de miles de personas, en marzo de 1930: recorrieron 387 kilómetros cruzando Gujarat hacia el sur, desde el Sabarmati Áshram hasta Dandi, en el golfo de Cambay. Ahí, desafiando las leyes británicas, Gandhi cogió un puñado de sal de la playa, lo que contravenía la prohibición contra la recogida o la venta de sal por nadie que no fueran las autoridades coloniales. «Después del aire y del agua, la sal es quizás la mayor necesidad de la vida. Es el único condimento de los pobres», escribió Gandhi, de modo que «considero este impuesto el más inmoral de todos desde el punto de vista del hombre pobre. Dado que el movimiento de independencia es fundamentalmente en favor de los más pobres de esta tierra, comenzaremos por este mal».

La identificación de Gandhi con los pobres era intrínseca a su filosofía universalista, que quedó óptimamente condensada en la siguiente afirmación, tal vez la más relevante en términos políticos que hizo nunca: «No creo en la doctrina del mayor bien para el mayor número. Eso significa, en esencia, que con el fin de conseguir el supuesto bien de un 51 %, los intereses del otro 49 % podrían —o mejor dicho, deberían— ser sacrificados. Es una doctrina despiadada que ha perjudicado a la humanidad. La única doctrina humana verdadera y digna es la del bien mayor para todos».

De modo que para proteger a los pobres de los estragos del capitalismo, que beneficia solo a la mayoría, y no a todos, la India adoptaría el socialismo tras la independencia. Lo que es más: aunque los hindúes seguirían dominando numéricamente, los derechos de decenas de millones de musulmanes no serían y no debían ser pisoteados. Si bien la India está envuelta en un aura de religiosidad y misticismo, ese «bien mayor» precisaba que la conciencia de la nueva nación y el partido gobernante, el Congreso Nacional Indio, fuesen declaradamente seculares. A pesar de su apariencia rústica y semidesnuda, Gandhi es un símbolo del espíritu universalista del océano Índico, el cual transfirió en gran medida al partido independentista.

El espíritu de la India, sin embargo, ha sido sometido a un turbulento cambio en esta nueva era de capitalismo galopante y de tensiones étnicas y religiosas, las cuales se manifiestan parcialmente en forma de reacciones

violentas en contra de la homogeneización de las sociedades que genera la globalización. Gujarat, que se cuenta entre el puñado de estados indios más identificados con la larga historia comercial y las tradiciones del océano Índico, se encuentra de nuevo en el centro de aquello que perturba al país; en esta ocasión, aquello que amenaza con impedir que alcance el estatus de gran potencia global.

Quiero dejar en claro que soy muy optimista respecto a la India, pues creo que su democracia ha demostrado la suficiente elasticidad como para hacer frente a futuros brotes localizados de insurrección y anarquía, hasta un punto que el sistema autoritario de China tal vez no sea capaz de igualar. La democracia india es, en último término, una fuerza moderadora. Además, la India es la cuna de varias religiones: el hinduismo, el budismo, el jainismo y el sijismo. Judíos, zoroástricos y cristianos viven aquí desde hace cientos y miles de años. El Dalai Lama ha residido en la India durante décadas. El país ha tenido tres presidentes musulmanes. La India no puede considerarse más que libre y ecléctica. En consecuencia, consideremos lo siguiente un largo y aleccionador relato; no una predicción de la futura desaparición de la India, sino más bien un análisis de todo lo que podría salir mal en la historia, por otro lado extraordinariamente esperanzadora, del país.

La India es el hogar de 154 millones de musulmanes; después de Indonesia y Pakistán, la tercera población musulmana más numerosa del mundo. Unas relaciones llevaderas entre las comunidades son condición *sine qua non* para la estabilidad y la prevalencia de la India, pues a lo largo y ancho del país, y en particular en el estado mercantil de Gujarat, hindúes y musulmanes deben interactuar a diario en operaciones comerciales. Es posible que la India tenga más que perder por culpa del extremismo islamista que ningún otro país del mundo. Sin embargo, en Gujarat, así como en otros lugares de la India, los hindúes y musulmanes últimamente han empezado a segregarse. Los niños han abandonado las escuelas que caían en el lado equivocado de las fronteras intercomunitarias, y por primera vez están creciendo sin amigos de otras religiones. Un número significativo de musulmanes han dado la espalda a la rica tradición subcontinental del sincretismo religioso y han empezado a llevar barba, gorros y burkas. «La división entre hindúes y musulmanes aquí es la más grave que ha habido desde la partición», se lamenta el historiador Dwijendra Tripathi, que reside en Gujarat. No es accidental que esto esté ocurriendo justo cuando Gujarat vive un *boom* económico —con flamantes centros comerciales, multicines,

puertos privados y autopistas— y se posiciona como un palpitante estado-región en el que confluyen las rutas comerciales índicas.

Pero las tensiones religiosas de Guyarat tienen una causa más concreta que los simples rigores del desarrollo económico: los hechos del «2002», como se conocen sencillamente en Guyarat y en el resto de la India. En el vocabulario local, ese año se ha cargado de un simbolismo tan persistente, quizá, como el que tiene la expresión «11-S» en Occidente. Alude a una atrocidad que no morirá, que ha quedado profundamente grabada en la memoria colectiva y se ha convertido en un mito con todas las de la ley, una espantosa antítesis de la Marcha de la Sal de Gandhi. La notoriedad de estos acontecimientos es todavía más chocante si tenemos en cuenta que la India lidia regularmente con una espectacular violencia entre grupos religiosos, castas y tribus; pero, de algún modo, estos sucesos se disuelven en ese torbellino más grande y confuso que es la admirada democracia del país.

Eso que aquí los grupos pro derechos humanos etiquetan como el «pogromo», tiene su origen en el incendio de un tren que provocó la muerte de 58 pasajeros hindúes el 27 de febrero de 2002 en Godhra, una localidad con una importante población musulmana y que es parada habitual en el trayecto ferroviario que une Guyarat con Uttar Pradesh, en el centronorte de la India. Al parecer, los musulmanes que iniciaron el fuego habían sido víctimas de las burlas de otros guyaratíes hindúes que habían pasado previamente por la estación de camino a Ayodhya (Uttar Pradesh), adonde acudían para manifestarse por la construcción de un templo en el lugar dejado por una mezquita mogola que había sido demolida. Ante esta coyuntura, el recién nombrado jefe del gobierno regional de Guyarat, el nacionalista hindú Narendra Modi, decretó inmediatamente el 28 de febrero como un día de duelo, de modo que los funerales por los pasajeros pudieran realizarse en las calles de Ahmedabad, la ciudad más grande de la provincia. «Era una clara invitación a la violencia», afirma el corresponsal del *Financial Times* en la India, Edward Luce, en su libro *In Spite of the Gods: The Strange Rise of Modern India*.^[1] «Los barrios musulmanes de Ahmedabad y de otras ciudades guyaratíes se convirtieron consecuentemente en trampas mortales cuando millares de militantes hindúes confluyeron en ellos.» En mitad de las revueltas, el gobernador Modi citó la tercera ley de Newton: «Toda acción genera una reacción opuesta de igual magnitud». Esta declaración liberó de restricciones a los asesinos. Las turbas se unieron y violaron a mujeres musulmanas, para después verter queroseno en sus gargantas y en las gargantas de sus hijos y prenderles fuego. Los hombres fueron obligados a

presenciar las muertes rituales antes de ser, ellos también, asesinados. Las cifras y algunos de los detalles de lo que ocurrió están sujetos a una gran controversia. Algunos informes afirman que 400 mujeres fueron violadas, 2000 musulmanes asesinados y 200 000 más privados de su hogar en todo el estado.

Los asesinos —de nuevo según algunos informes— vestían con pañuelos color azafrán y pantalones cortos caquis, el uniforme de la RSS, la Rashtriya Swayamsevak Sangh (la Organización de Voluntarios Nacionales), que aglutina el movimiento nacionalista hindú. Los agitadores iban armados con espadas y bombonas de gas, y disponían de censos electorales y listados impresos con los que identificar los hogares musulmanes. Incluso tenían las direcciones de negocios de propiedad musulmana que se ocultaban tras el nombre de socios hindúes. Luce, el influyente escritor Pankaj Mishra y muchos otros han señalado que el alto grado de planificación y eficiencia de los asesinatos evidencia la culpabilidad del gobierno. «Las inspecciones que indicaban dónde vivían musulmanes se habían realizado unas semanas antes», explicaba Prasad Chacko, que dirige una ONG pro derechos humanos en Ahmedabad. «La policía fue cómplice. La postura consistía en esperar a cualquier pretexto para permitir que la gente diese rienda suelta a sus emociones. La calidad de los asesinatos, si no la cantidad, indica que se trató de un genocidio alentado por el Estado.»

De hecho, la policía se mantuvo al margen mientras presenciaba los asesinatos, y en algunos casos, según la ONG Human Rights Watch, ayudaron a los rebeldes a localizar las direcciones de musulmanes. En cuanto a los 200 000 que perdieron sus hogares, el gobierno de Gujarat hizo poco o nada por aliviar su situación o por compensarlos por la pérdida de vidas y negocios. Muchas ONG laicas se mantuvieron en segundo plano, por miedo a incurrir en la ira de las autoridades centrales. Las organizaciones benéficas musulmanas —Jamaat-e-Islami, Tabliq Jamaat y Jamiat Ulema-e-Hind— les proporcionaron refugio, y se convirtieron en un vehículo para la radicalización entre los jóvenes musulmanes generada por la matanza. Modi, cuyo nombre se había hecho conocido en toda la India a causa de las revueltas, se refirió más tarde a los campamentos de socorro musulmanes como «fábricas de bebés».^[2]

«Los sucesos del 2002 siguen resonando años después a causa de la implicación de las autoridades del estado de Gujarat en los asesinatos, y por el hecho de que hasta el día de hoy no ha habido ningún arrepentimiento público», me dijo Sophia Khan, al frente de una ONG musulmana local. «No

ha habido ningún juicio moral», manifestaba Ramesh Mehta, juez retirado. Según la fría racionalización que me transmitió un activista hindú: «Si el tren de Godhra no hubiese sido incendiado, las revueltas no habrían tenido lugar», una actitud que encontré, en particular, entre los hindúes cultos de todo Gujarat. Si bien es cierto que los partidos políticos indios han jugado durante décadas con la carta comunitaria —podría decirse que el Congreso Nacional avivó la violencia antisij después de que Indira Gandhi fuera asesinada por sus guardaespaldas sijes en 1984—, hubo un especial descaro y transparencia en el modo en que las autoridades guyaratíes ayudaron a orquestar la violencia contra los musulmanes. Y después de ella, como me explicó Johanna Lokhande, una activista que presta apoyo a las víctimas de la masacre, el gobierno local fue «totalmente reacio a la idea de impartir justicia».

Lo que es más significativo, los ecos del 2002 continúan presentes a causa, precisamente, del éxito que cosechó como político el propio jefe de gobierno Modi en los años siguientes. Modi nunca se ha disculpado, nunca ha mostrado ningún tipo de remordimiento por el 2002 y, en consecuencia, se ha convertido en un héroe para el movimiento nacionalista hindú y ha sido reelegido varias veces en su cargo. Últimamente, además, su aparente incorruptibilidad, su eficiencia robótica y su inclinación por un liderazgo dinámico de la burocracia gubernamental han hecho de Gujarat una meca del desarrollo, pues en ella se concentran más inversiones nacionales que en cualquier otro estado de la India. Viajando primero a Sind y luego a Gujarat, uno aprecia de modo tangible que Pakistán es un estado fallido y la India, uno logrado y con capacidad para proyectar su poder económico y militar por toda la región índica. Y esta impresión, por incompleta que sea, se debe en grado significativo a la forma de gobierno de Modi.

Los emigrantes, hindúes y musulmanes, procedentes de toda la India han ido llegando en tropel a Gujarat en los últimos años para buscar trabajo en sus fábricas en expansión. Hay algo del Singapur de Lee Kuan Yew en el Gujarat de Modi. Es más, su hipnótica oratoria, ayudada por su pasado teatral, han llevado a algunos a compararlo con Hitler. Modi no solo es el líder más peligrosamente carismático de la India actual, sino que tal vez sea el único con carisma, el primero que ha surgido en décadas después de Indira Gandhi en los setenta.

Por supuesto, Narendra Modi no es ni Lee Kuan Yew ni Hitler. Él es quien es, una nueva especie de político híbrido —mitad dirigente empresarial con unas dotes organizativas increíbles, mitad agitador con un acérrimo grupo

de adeptos ideológicos—, a la vez sensacional y perturbador. Los avances en la comunicación de masas han dado lugar a una evolución en los estilos de liderazgo, y del mismo modo que Barack Obama da esperanza a millones de personas en este nuevo siglo, un líder como Modi muestra cómo este siglo podría también torcerse: debido a diferencias psicológicas irreconciliables entre grupos religiosos, enmascaradas bajo el barniz de una fría eficiencia burocrática. Y es por eso por lo que Modi es tan decisivo; al encarnar un espíritu muy diferente al de Gandhi, es parte importante en la trama del océano Índico.

Los políticos a menudo son un compendio de los escenarios geográficos, políticos y sociales de los que ellos mismos proceden, por lo que antes de seguir profundizando en el carácter de Narendra Modi y de relatar mi larga conversación con él, me interesa ofrecer un retrato de Guyarat, que es en sí mismo un microcosmos concentrado de la India del siglo XXI y del mundo del océano Índico.

Guyarat tiene una «tremenda ventaja geográfica», explica el historiador Dwijendra Tripathi: está próximo al centro del océano Índico, pero al mismo tiempo lo bastante cerca de Irán y de la península Arábiga como para refinar el petróleo que llega de allí y reexportarlo. Con sus dos grandes golfos —el de Kutch y el del Cambay—, Guyarat dispone de la costa más larga y de los mejores puertos naturales de la India. Este inmenso litoral está encarado a occidente, hacia Oriente Medio y África, por lo que Guyarat ha sido a lo largo de toda su historia una tierra de comercio y de un vasto movimiento de pueblos.^[3] Camões escribía en *Los Lusíadas*:

Ve la tierra de Ulcinde [Sind] fertilísima,
Y de Jaquete [Kutch] la íntima ensenada:
La pleamar, de súbito grandísima,
Y la que baja huyendo apresurada.
La tierra de Cambaya ve riquísima,
Donde el seno del mar hace una entrada;
Aquí ciudades mil, que voy pasando,
Para vosotros hoy se están guardando.^[4]

Ciertamente, los guyaratíes, que eran excelentes marineros, convirtieron el golfo de Cambay en el punto situado más al este para el comercio con el

Índico occidental y en el situado más al oeste para el comercio con las Indias Orientales.^[5] Aquí, y a lo largo de toda la costa occidental de la India, podían encontrarse desde veleros del Levante mediterráneo hasta juncos chinos,^[6] de modo que Guyarat estaba en la confluencia de varias zonas de comercio.^[7] Además, la prodigiosa producción textil de la región le ha proporcionado un mercado que va desde la península Arábiga hasta el sudeste asiático, por lo que sus puertos han sido desde la época medieval centros neurálgicos del comercio internacional. Durante los tiempos del imperialismo británico, los hombres de negocios de Guyarat vendían sus telas al Yemen, que les pagaba en plata, y luego prestaban esa plata a los comerciantes ingleses para que compraran café yemení, lo que reportaba a los guyaratíes un doble beneficio una vez recuperado el préstamo.^[8] Esta sagacidad para los negocios y tendencia a la innovación fueron sustituidas por un espíritu aventurero y aficionado a correr riesgos. A principios del siglo XIX, surgieron extensas comunidades guyaratíes —compuestas en gran parte por chiitas ismailíes— en Mascate, Adén, África oriental y Java, con una concentración particularmente elevada en Malaca y Zanzíbar.^[9] El hecho de que Gandhi emprendiera su carrera como abogado y activista político en Sudáfrica, y no en la propia India, se debió en gran parte a esta tradición guyaratí de echar raíces a lo largo de todo el océano Índico. Más tarde, cuando Estados Unidos los llamó desde el horizonte y se flexibilizaron las restricciones para la concesión de visados, los guyaratíes afluyeron a sus costas y se convirtieron, entre otras cosas, en propietarios de hoteles y en magnates del *software* en Silicon Valley. Se calcula que el 40 % de los inmigrantes indios en Nueva York proceden de Guyarat. Entre ellos, destacan los Patel, funcionarios locales que, en el siglo XIX, amasaron propiedades y entraron en la nobleza terrateniente para a continuación viajar a África y, poco después, a Estados Unidos en busca de oportunidades comerciales.

La fe, tanto la hindú como la musulmana, se transformó en un instrumento de esta red de negocios, proporcionando un marco social y cultural para interacciones ventajosas. Por consiguiente, las comunidades étnicas y religiosas, devotas y altamente diferenciadas, han estado operando cómodamente en Guyarat gracias a ese marco cosmopolita. Pero al mismo tiempo que es la región líder en el uso de tecnología y en los índices de libertad económica, es también la que impone las restricciones alimentarias más estrictas: el alcohol está prohibido aquí, en la tierra de Gandhi, y el vegetarianismo (en parte como resultado de la influencia religiosa de los jainas) está más extendido aquí que en ninguna otra parte de la India, pues los

hindúes de Guyarat asocian negativamente el consumo de carne con la tradición de los mogoles tardomedievales, los conquistadores musulmanes llegados de Asia central.

La experiencia histórica de Guyarat ha sido moldeada tanto por el mar Árabe y el resto del océano Índico, como por su condición de zona fronteriza del subcontinente. Por este motivo, ha sufrido repetidas invasiones musulmanas desde el norte y el noroeste, que han sido aquí, según está documentado, más lacerantes que en otros estados indios. La peor de las depredaciones vino de manos del gobernante turco-persa Mahmud de Gazni, que se abalanzó sobre Guyarat desde el este de Afganistán y, en 1026, destruyó por completo el templo hindú de Somnath, junto a la costa. Siempre que mencionaba los sucesos del 2002 a los nacionalistas hindúes, me aleccionaban acerca de los crímenes de Mahmud de Gazni y de los mogoles. Para estos hindúes se trata de historia viva, como si hubiera ocurrido ayer. De hecho, el talento arquitectónico islámico que ideó el Taj Mahal y que trajo consigo una lujosa civilización, fusionando las culturas materiales de Persia y Asia central con las del norte de la India, es considerado un episodio histórico lamentable en las mentes de los nacionalistas hindúes, uno de los cuales, Vijay Chauthaiwale, biólogo molecular, me dijo: «Los musulmanes de la India tendrían que desvincularse a sí mismos de la memoria de [los reyes mogoles] Babur y Akbar, y del terrorismo, y deberían volverse puramente de la India».

«Puramente de la India.» Es una expresión significativa que delata una revisión deliberada de la historia de cuya propagación son parcialmente responsables los medios de comunicación indios y los libros de texto. Las mismas migraciones islámicas que dieron lugar a la asombrosa multiculturalidad de la India actual —con todos sus préstamos léxicos árabes y persas incrustados en el hindi y el gujaratí— son totalmente repudiadas por culpa de los innegables y terribles sufrimientos y de los saqueos de ciudades y lugares sagrados que atrajeron sobre los hindúes (pese a que seguramente hubo más conflictos armados entre gobernantes musulmanes que entre musulmanes e hindúes en la historia de la India).^[10] Incluso el emperador mogol Akbar el Grande, así llamado por el pluralismo religioso que practicaba (aunque era musulmán, toleraba el hinduismo y dedicó el final de su vida a la búsqueda de una deidad cósmica que superara las divisiones religiosas), es considerado por parte de los nacionalistas hindúes un tirano musulmán más.

En esta cosmovisión ha desaparecido de manera significativa esa versión india de la historia, integradora y secular, que suscribió el Congreso Nacional en los tiempos de Nehru (los años cincuenta y sesenta); que emanaba en último término de la postura moderada y humanista de Gandhi —que afirmaba que no había que excluir a nadie del proyecto nacional—, y que buscaba conciliar las diferencias históricas entre los grupos religiosos. El aura de legitimidad y romanticismo de la que estaba investido el Congreso Nacional —el partido de la independencia, después de todo— se fue al traste con los decretos de emergencia dictatoriales promulgados por Indira Gandhi a mediados de los setenta. Después de eso, se necesitaba una nueva lógica para movilizar a las masas indias, y particularmente a la emergente clase media, un segmento de población que surgió en Guyarat antes que en otros muchos estados indios gracias a su próspera tradición comercial.

Esta lógica fue suministrada perversamente por las tecnologías de la información y la educación superior. Las tecnologías de la información han permitido que emerjan versiones ideologizadas y estandarizadas del hinduismo y del islam sobre la base de una multiplicidad de variantes locales: al igual que los chiitas se unieron de un extremo a otro de Oriente Medio, los hindúes se unieron de un extremo a otro de la India, y lo mismo ocurrió con los musulmanes sunitas. Pero esto fue particularmente notable entre los hindúes, para los cuales, antes de la era de la comunicación de masas, su religión existía como una serie de cultos locales, por lo que el hinduismo unido como tal era más una expresión que una realidad.^[11] Por su parte, la educación ha hecho que la gente tome conciencia de su propia historia por primera vez y, en consecuencia, le ha proporcionado motivos para el agravio que nunca antes había tenido. «Los hindúes pobres ignoran felizmente quién fue Mahmud de Gazni. Es la clase media la que conoce su historia», me explicó un trabajador local pro derechos humanos. Ese es el motivo por el que el nacionalismo hindú no está tan extendido entre las clases pobres e incultas como entre los profesionales liberales: científicos, informáticos, abogados y demás. El mismo fenómeno se puede observar entre los extremistas islamistas, desde AI Qaeda hasta los Hermanos Musulmanes. A los ojos de estas nuevas clases altas y medias-altas de derechas, la India fue una civilización antes de convertirse en estado, y aunque el Estado haya tenido que alcanzar compromisos con las minorías, la civilización era en su origen impoluta —e hindú, por supuesto—, tanto da que la verdad sea más compleja.

Esta búsqueda de una reinención de la grandeza nacional entre las clases medias hindúes de la India se aplica también a las nuevas clases medias

musulmanas de Pakistán e Irán, lo que explica que los tres países estén obsesionados por las armas nucleares. Tanto si se trata del Imperio maurya de la India, como del Imperio aqueménida de Persia, para millones de personas arrancadas de la pobreza y recién educadas, la *bomba* convoca ahora esos grandes reinados de la antigüedad.

En la India, ese anhelo se avivó aún más por las reformas económicas de los noventa, que pusieron verdaderamente al país a la vanguardia de la globalización. Dado que aquella nación-estado socialista de hindúes y musulmanes es cada vez más una cosa del pasado, ambos grupos necesitan una identidad comunitaria reforzada que los afirme dentro de la insípida civilización mundial. Su recién adquirida prosperidad ha generado entre los hindúes un repentino nerviosismo acerca de su situación y, por tanto, los ha hecho vulnerables a una ideología exclusivista. Esto ha sido especialmente palpable entre los gujaratíes de ultramar que, al tiempo que se han convertido en exitosos inmigrantes en Occidente, se han embarcado en una búsqueda de sus raíces que han transmitido a los parientes que tienen en su tierra natal. De nuevo, es el propio encuentro con un mundo más grande el que ha provocado un cierto estrechamiento de horizontes. De este crisol surgió poderosamente la *Hindutva* (la hinduidad), y como reacción a ella, el extremismo islamista.

El término *Hindutva* apareció por primera vez en un panfleto del año 1923, «¿Quién es hindú?», escrito por el activista independentista Vinayak Damodar Savarkar; pero ha alcanzado una verdadera prominencia en la última década con la apertura económica de la India, cuyos efectos sociales han permitido el florecimiento de las denominadas *Sangh* (la familia de organizaciones hindúes). Estas incluyen la RSS (antes mencionada), el BJP (Bharatiya Janata Party, o Partido Popular Indio) y el VHP (Vishvá Hindú Parishad, o Consejo Mundial Hindú). La RSS, fundada en 1925, es la organización matriz, un enorme cuerpo de autoayuda, en cierto modo informal, y llevado por voluntarios. Chauthaiwale, el biólogo molecular, me explicó que la RSS proporcionó una «auténtica voz hindú, que se perdió a causa de la inclinación promusulmana del Congreso Nacional». «Los musulmanes nos invadieron en siglos pasados. Ellos conquistaron. Nosotros perdimos. Los británicos conquistaron. Nosotros perdimos. Somos una sociedad derrotada. Necesitamos unirnos como hindúes.»

En las mentes de sus seguidores, la RSS llevó a cabo la heroica tarea de salvar a numerosos hindúes de Pakistán tras la partición de 1947. La organización fue prohibida al año siguiente, tras el asesinato de Gandhi a manos de un nacionalista hindú, Nathuram Godse, vinculado con la RSS.

Pero en los sesenta comenzó a escenificar un resurgimiento, tomando parte en movimientos estudiantiles y, en particular, implicándose en programas de mejora social, de modo similar a los Hermanos Musulmanes en Oriente Medio. Puso en marcha proyectos humanitarios en las áreas tribales hindúes y se esforzó por eliminar el sistema de intocabilidad con el objetivo de hacer a los hindúes más iguales entre sí. En los setenta, mientras el prestigio del Congreso Nacional languidecía, creció el de la RSS. El BJP fue creado para promover los ideales de la RSS a un nivel político nacional. Todos los grupos pro derechos humanos con los que me entrevisté en Guyarat, tanto hindúes como musulmanes, tachaban a la RSS de organización fascista, la cual, tras la fachada de la asistencia humanitaria a sus semejantes hindúes, tenía un programa de «nacionalismo cultural». Después del terremoto que hubo aquí en 2001, se dice que la RSS solo prestó socorro a las familias hindúes.

El corazón palpitante de la RSS son los *pracharaks* (propagadores, o propagandistas), que difunden su palabra. Por lo general están solteros, y abandonan sus vidas por la organización; viven de forma austera, inspirando a cientos de trabajadores mientras ellos mismos tratan de permanecer anónimos, en un intento deliberado de suprimir sus propios egos. Forman una especie de sacerdocio, salvo que un *pracharak* común presta servicio solo dos o tres años antes de casarse y retomar una vida normal. Narendra Modi no es común. Nacido en 1950 en una casta de nivel medio, fue *pracharak* durante casi una década antes de convertirse en jefe del gobierno regional a finales de 2001. Modi no está casado y vive solo. Ha consagrado su vida a la RSS.

Modi, ideólogo hindú e innovador consejero delegado de Guyarat S. A., es la culminación de la historia y la geografía locales en la presente coyuntura temporal, el testimonio de la férrea identificación comunitaria de Guyarat y de un innovador espíritu empresarial que cumple perfectamente con los estándares cosmopolitas occidentales. Es tan honrado que los regalos que recibe son depositados regularmente en la tesorería del estado, lo que dista mucho de la corrupción y el nepotismo que tan integrados están en la política india. Cuando visita una aldea, las mujeres embarazadas le tocan los pies para que los recién nacidos sean como él.

El despacho de Modi se encuentra en el último piso de un enorme edificio ministerial, construido hace cuarenta años con piedra barata y con una fachada que se cae a pedazos. Está rodeado de otros edificios ministeriales igualmente feos y enormes en Gandhinagar, una ciudad planificada para

acoger a los funcionarios del gobierno al norte de Ahmedabad que es un monumento a algunos de los despropósitos arquitectónicos de la antigua India socialista. Guyarat constituye solo un 5 % de la población, pero eso siguen siendo 50 millones de personas, más que la población de Corea del Sur, por lo que necesita una burocracia gubernamental considerable.

Había un notable alboroto a las puertas de su despacho; hombres de negocios e inversores occidentales vestidos con trajes caros se apiñaban después de sus reuniones con el jefe del estado. A las cinco de la tarde en punto, me hicieron pasar al despacho de Modi. Estaba sentado tras un escritorio que presidía una larga mesa de reuniones con las sillas vacías. Vestía los pantalones tradicionales y una larga y elegante korta marrón —con bolígrafos sujetos al bolsillo—, la vestimenta tradicional de la India que habían traído consigo los mogoles musulmanes. Llevaba unas gafas con montura de metal y una distinguida barba grisácea y recortada, y su rostro era agradable y cordial. Frente a él había una pequeña pila de documentos, que empujó hacia mí antes siquiera de que le hubiera hecho la primera pregunta. Claramente, no tenía tiempo para chácharas. «He sabido que estaba usted interesado en el desarrollo, así que aquí tiene sus respuestas.» Lo que me había dado no eran los típicos folletos promocionales, sino largos listados de estadísticas —acompañadas de sus respectivas fuentes— que un ayudante había recopilado. Desde 2002, Guyarat había tenido un crecimiento anual del 10,2 % de su PIB. Tenía ocho nuevas universidades. Más de la mitad de los empleos que se creaban en la India correspondían a Guyarat. Era el primero en medidas contra la pobreza, el primero en producción eléctrica. Como ya había notado, Guyarat estaba a años luz de la vecina Sind, en Pakistán, donde solo tenían unas pocas horas de suministro eléctrico al día. Y luego estaban los nuevos proyectos de presa y los sistemas de microrregadío; de nuevo, nada que ver con Sind, con su grave escasez de agua y unas presas que no habían sido mejoradas desde los tiempos británicos.

Chile y China cruzaron por mi mente. Augusto Pinochet torturó y asesinó a unos cuantos miles de personas en sus primeros meses como líder en 1973 y 1974, y luego emprendió la creación de una dinamo económica que benefició a todo el país. Deng Xiaoping masacró a varios cientos de estudiantes en la Plaza de Tian'anmen en 1989, y luego emprendió una mejora de la calidad de vida que afectó a más gente en un periodo más corto de lo que tal vez se haya visto jamás en los anales de la historia económica. En ambos casos, las deliberadas y planificadas atrocidades habían generado una atmósfera de conmoción y miedo que los líderes habían manipulado para sacar adelante sin

oposición un conjunto de reformas. Aunque era repugnante, había funcionado. Y era un hecho que casi costaba admitir, pero desde el 2002 no había habido un solo acto de violencia entre comunidades en Guyarat.

¿Estaba Modi intentando crear en Guyarat un nuevo Singapur, o una Dubái; un lugar diferenciado, en un sentido positivo, de la marca matriz de la India?, le pregunté.

«No», me respondió, «Singapur y Dubái son ciudades-estado. Aquí puede haber muchos singapures y muchos dubáis. Tendremos un Singapur en Kutch», me dijo, agitando la mano con displicencia, «y la GIFT (la Ciudad Financiero Tecnológica Internacional de Guyarat, un proyecto de construcción cercano) puede ser como Dubái. Guyarat en conjunto será como Corea del Sur. Llevamos el comercio global en la sangre», añadió, alzando enfáticamente las cejas. Había una ensayada teatralidad en su modo de hablar. Uno entendía que fuera capaz de conmover a una multitud o de conquistar una sala de reuniones. En cuanto abría la boca, adquiría una presencia real e hipnótica.

Su ambición era abrumadora, a pesar de sus orígenes como anónimo *pracharak*. Corea del Sur era la decimotercera economía más grande del mundo, pero pude entender no obstante la comparación: es una vasta península abierta a las principales rutas navales, como Guyarat. Se había afirmado como una dinamo industrializada de clase media, no bajo un gobierno democrático, sino bajo el autoritarismo benévolo de Park Chung-hee en los sesenta y los setenta. Se lo mencioné a Modi. Me respondió que no le interesaba hablar de política, solo de desarrollo. Por supuesto, la política implica libertad, y su momentáneo desinterés por hablar de ella no era accidental. Todo el estilo de gobierno de Modi era antidemocrático, si bien bastante efectivo: consistía en enfatizar la confianza en una magra y desmantelada burocracia sobre la que él había tomado un completo control personal, al tiempo que dejaba a su propio partido político en un segundo plano, casi mostrando un cierto desdén.

Era también revelador que se hubiera referido a la GIFT como un elemento más en una estrategia de juego más amplia. La GIFT era la *pièce de résistance* en los esfuerzos de Guyarat por convertirse en un centro neurálgico de la economía india. Modi había sentado las bases de este centro de servicios financieros en junio de 2007. La ciudad de alta tecnología ocuparía dos kilómetros cuadrados, dos veces más grande que los Docklands londinenses, un 25 % más grande que La Défense parisina, y más grande incluso que los inmensos centros financieros de Shanghái y Tokio. La GIFT

dispondría de once rascacielos futuristas, zonas verdes ajardinadas, lo último en transporte público, gestión de residuos de acuerdo con los estándares medioambientales occidentales, «edificios inteligentes» con una conexión de ancho de banda puntera e integración de datos, carreteras internas con sistema de drenaje de cara al monzón y un plan de «a pie al trabajo» para sus 50 000 residentes y una población trabajadora diaria de 400 000 personas. La GIFT iba a ser una ciudad del futuro que competiría con cualquier otra en el mundo y, sin embargo, ahora se refería a ella como una simple Dubái dentro de un todo surcoreano más grande.

Modi me habló, con frases precisas y tono didáctico, de la tradición de comercio cosmopolita de Guyarat, que se remontaba a 5000 años atrás, y de cómo los parsis y otros pueblos habían llegado a sus costas y habían sido asimilados en la cultura hindú. Le pregunté acerca de la contribución de los musulmanes, que son el 11 % de la población del estado. «Somos gente espiritual y temerosa de Dios», me respondió, «somos en general vegetarianos. El jainismo y el budismo nos influyeron positivamente. Queremos construir aquí un templo budista para honrar los restos de Buda». Y entonces me urgió a pasar a la siguiente pregunta. No tenía nada que añadir. Por supuesto, los musulmanes comen carne.

Le pregunté si se arrepentía de haber hecho o de haber dejado de hacer algo desde que se había convertido en jefe del estado siete años antes. Mi pregunta iba claramente dirigida a darle pie para mostrar algún remordimiento, por tangencial que fuese, en relación con los sucesos del 2002. De nuevo, no tenía nada que decir. Entonces le pregunté específicamente si se arrepentía del 2002. Su respuesta: «Hay tantos puntos de vista al respecto. ¿Quién soy yo para juzgar?». Me dijo que un comité opinaría sobre su papel en las revueltas. De hecho, un comité de funcionarios de su propio estado ya lo había absuelto de cualquier maleficencia.

«No había ningún efecto Kalinga en Modi», me dijo Hanif Lakdawala, un musulmán que dirige una ONG pro derechos humanos. Lakdawala se refería a la guerra que tuvo lugar en el siglo III a. C., en la que el Imperio maurya del rey Aśoka se enfrentó al estado de Kalinga, en la costa oriental de la India. Las tropas de Aśoka masacraron a 100 000 civiles. La matanza dejó al rey tan sumido en la culpa que renunció a continuar con la expansión militar y dedicó el resto de su vida a la no violencia y al desarrollo pacífico de su imperio.

De todos modos, para darle a Modi el beneficio de la duda, me pregunté si no estaría, siquiera parcialmente, íntimamente arrepentido. Admitir la culpa perjudicaría su posición en el movimiento nacionalista hindú. En cualquier

caso, en el contexto político de la India pocos admitían sus errores. Pero todo indica que, después de las revueltas, se encerró y se dedicó de forma maniaca al desarrollo; según me dijo, duerme menos de cuatro horas al día, y se levanta a las cinco de la mañana para revisar su correo electrónico y leer la prensa local. Llegó a visitar cerca de 3000 de las 7000 aldeas que hay en el estado, desarrolló sus propias redes de base para controlar el funcionamiento de la burocracia del estado a nivel local, y reforzó los peldaños más bajos del sistema —el de los funcionarios más cercanos a la ciudadanía— siguiendo el eslogan «Menos gobierno, más gobernanza». Como me explicaba el director del Instituto de Comunicaciones Mudra de Ahmedabad, Atul Tandan, «uno tiene que separar la ideología política de Modi de sus dotes administrativas. No hay ni un atisbo de corrupción en él, y Modi es efectivo porque la gente confía en que sus decisiones solo están orientadas a los resultados». En efecto, incluso los musulmanes han acabado respetando a Modi por sus logros, como las enérgicas medidas tomadas contra las bandas criminales y de apuestas que infestan algunas de sus propias comunidades.

En cualquier caso, yo seguía obsesionado con el hecho de que, habiendo tantos medios inteligentes, directos e indirectos, de admitir sus remordimientos por los crímenes del 2002 sin admitir explícitamente su culpa, Modi no hubiera mostrado interés por hacerlo en ninguna ocasión. ¿O acaso era algo maquiavélico? Primero, hacer poco por detener a las fuerzas de la RSS en lo que muchos observadores neutrales calificaron de matanza metódica en el 2002; y luego, volverse hacia el desarrollo, después de que la violencia haya sido utilizada para consolidar el poder y centrar la atención de los enemigos. Pero Maquiavelo, cuyos escritos o bien no se leen detenidamente o bien se malinterpretan, no habría dado su aprobación. Él creía que debía usarse solo la mínima dosis de crueldad para alcanzar un resultado positivo colectivo y que, por tanto, cualquier crueldad mayor de la que era absolutamente necesaria no podía, en sus palabras, ser calificada de virtud.

«Yo vengo de una familia pobre», me dijo Modi. «Los habría hecho felices si me hubiera convertido en maestro, pero me introduje en el movimiento patriótico nacional, la RSS, donde uno debe sacrificarse. Cuando era *pracharak*, era como un monje hindú vestido de blanco. Mi filosofía hindú: el terrorismo es el enemigo del humanismo.» Asumí que se refería al terrorismo islamista, responsable de la mayoría de ataques violentos a gran escala en la India. Se comparó con Gandhi: «Cuando los británicos gobernaban, muchos luchaban por la independencia, y Gandhi convirtió eso

en un movimiento de masas. Yo he convertido el desarrollo económico en una psicología de masas». Sus palabras resonaron en la habitación vacía. «Tengo una línea gratuita en la que responde una grabación con mi voz; se pueden dejar quejas sobre el gobierno a las que el departamento correspondiente debe responder antes de una semana.»

Me recitó su colección de logros: carreteras modernas, vías férreas privadas con contenedores de dos pisos, 50 000 kilómetros de red de fibra óptica, 2200 kilómetros de gasoductos, 1400 kilómetros de tuberías de agua potable que abastecían a 7000 pueblos, 24 horas de suministro eléctrico ininterrumpido en las zonas rurales, el primer estado indio con puertos privados, un plan totalmente integrado de desarrollo litoral, dos estaciones de gas natural licuado y dos más en camino. Las estadísticas y listados tenían un efecto rítmico y embelesador sobre él. Todo lo cuantificaba.

También mencionó la planta que iba a construir Tata Motors en Guyarat, que daría trabajo a varios miles de trabajadores y en la que se produciría el Nano, el coche más barato del mundo, con un precio de 2500 dólares. Atraer a Tata, tal vez la compañía india de mayor prestigio, había sido un golpe maestro de Modi, y había carteles en Ahmedabad que proclamaban su éxito y daban testimonio del culto que se está formando en torno a su persona. «La zona costera ha estado subyugada a Bombay durante mucho tiempo», me dijo, «pero ahora la riqueza está volviendo a su hogar de Guyarat. Guyarat será el núcleo de la conectividad este-oeste desde África hasta Indonesia».

Era un hombre tenaz, sin vida personal, por lo que pude ver. Transpiraba poder y control. ¿Cómo podría no haber estado implicado en el pogromo del 2002?, me pregunté.

Varios hindúes, todos ellos de la clase culta y cosmopolita, así como musulmanes y algunos escritores extranjeros, me dijeron que había rasgos fascistas en la personalidad de Modi. Sophia Khan, la trabajadora pro derechos humanos, lo expuso sin rodeos: «Es un fascista. Los musulmanes no existimos para él. Nuestros barrios son conocidos como mini-Pakistanes, mientras que los hindúes viven en las zonas donde están los centros comerciales y los multicines».

¿Es Modi un fascista? La respuesta, creo, es que no. En este punto estamos demasiado influenciados por modelos de liderazgo que pertenecen a periodos históricos pasados. Pero el hecho de plantearse lo sirve para evidenciar el peligro que Modi podría representar. El fascismo, afirma el

estudioso Walter Laqueur, se puede presentar con diferentes pelajes, aunque el fascismo clásico del tipo que emergió en Europa en la primera mitad del siglo XX tiene su origen en la derrota bélica, o al menos en una victoria muy insatisfactoria.^[12] El fascismo es un «antimovimiento, se define a sí mismo en relación con aquello a lo que se opone», y es su odio por la élite y por los cosmopolitas lo que lo hace hipernacionalista, escribe Juan J. Linz, profesor emérito de Ciencias Políticas en Yale. Modi muestra poca aversión hacia la élite, y el mensaje de su gobierno —desarrollar las infraestructuras para atraer a las empresas— muestra una perspectiva positiva. Existe también un estilo característico del fascismo en sus «cánticos, ceremonias y uniformes» que sedujo a mucha gente joven entre las dos guerras mundiales. Hay una atracción romántica hacia el fascismo que no puede ser entendida simplemente en relación con su ideología. Su culto obsesivo a la brutalidad y la hombría, combinado con la exaltación de las virtudes militares, pone el acento en la acción más que en la razón. La clave es *actuar*, y al diablo las consecuencias. En el periodo de entreguerras, los uniformes, los desfiles, los mítines y las canciones, todo indicaba un amor casi orgiástico a lo colectivo —al grupo— y, por tanto, un odio hacia lo individual.^[13] Dado que la democracia protege los derechos de los individuos, el fascismo debe ser antidemocrático. De hecho, el fascismo llega habitualmente armado con un líder autoritario que es a un tiempo despiadado y carismático. Las consecuencias pueden ser verdaderamente terroríficas. La Guardia de Hierro rumana, la Cruz Flechada húngara y la Ustacha croata exhibían un catolicismo y un cristianismo ortodoxo profundamente reaccionarios que dieron lugar a las atrocidades más espeluznantes e histriónicas cometidas contra los judíos y los serbios. A causa del control social que promete la tecnología, la herencia del fascismo no ha desaparecido a pesar de la derrota de las potencias del Eje.^[14] El fenómeno de Modi es un indicio de que, independientemente de la afirmación de Francis Fukuyama en su brillante ensayo del 1989, *El fin de la historia*, la batalla ideológica continúa y la geografía influye en la forma en que se disputa.

Darí la impresión, en definitiva, de que en febrero de 2002 Modi pudo haber sido momentáneamente un fascista hecho y derecho, y que luego declinó de pronto para ser uno más descafeinado. «Lo que diferencia a Modi de Hitler», explicaba Prasad Chacko, «es que mientras que Hitler consideraba el fascismo el resultado final de una evolución política, Modi sabe que la *Hindutva* es una fase que no puede durar, por eso ahora está centrado en el desarrollo y no en las divisiones entre comunidades». De hecho, últimamente

Modi ha ido tras los mismos nacionalistas hindúes que lo pusieron en el poder y ha detenido a miembros del VHP. Así, aunque no pueda o no tenga pensado disculparse por el 2002, demostrar que no es tan extremista como otros que ponen los intereses hindúes por delante de todo se ha convertido en su manera de resultar aceptable en el escenario nacional, como paso previo, tal vez, a presentarse algún día a candidato a primer ministro, afirma el periodista e historiador Achyut Yagnik.^[15]

En los primeros años del nuevo siglo, Modi se vio ayudado en sus ambiciones por la atmósfera general de tensión entre civilizaciones que había en todo el mundo y en esta región. Ya fueran las guerras en Irak y Afganistán, la amenaza de Irán, el posible caos en Pakistán o el terrorismo islamista en Cachemira y en la propia India, lo cierto es que Modi y otros como él se beneficiaron temporalmente de todo ello. La situación global recordó a los hindúes —la apabullante mayoría de votantes— cuánto debían temer el radicalismo islamista, y hasta qué punto Modi representaba un baluarte contra él; no mediante ninguna acción específica, sino por toda el aura de su gobierno sin disparates. La pregunta principal en torno a la India en los años por venir es si una época de terrorismo islamista a escala mundial conducirá a más personas de entre su mayoría hindú al odio y la desesperación. De acuerdo con los resultados de las elecciones nacionales de 2009, la respuesta parece ser que no.

Y no obstante, en el panorama inmediatamente posterior al 2002, Modi no tuvo que hacer nada más. Él ya había dejado clara su postura. La India teme a Pakistán, pero teme aún más que se desmorone. La amenaza de una anarquía islamista en la región contribuye a la causa del nacionalismo hindú, pese a que podría decirse que la tensión entre comunidades representa un peligro aún más profundo para el país que la drástica y creciente escasez de agua. Lo que encontré en mis entrevistas con las víctimas musulmanas de la violencia del 2002 no fue tanto radicalismo como el sentimiento de que ya no formaban parte de la India. Se habían retirado a sus propias comunidades, temerosos de aventurarse entre los hindúes.

El temor contrario, el de los hindúes hacia el islam, avanza paralelo a un deseo, más subestimado pero palpable, de orden. El propio despegue de la India como potencia naval y económica ha invitado a las comparaciones con China, y eso, a su vez, ha generado frustración, en particular entre las élites. Mientras que el gobierno autoritario de China puede impulsar cambios, el desarrollo de la India se consigue a pesar del gobierno, y rara vez gracias a él. El trabajador pro derechos humanos Hanif Lakdawala me dijo que, en

especial debido al caos de pesadilla de las ciudades indias, había «al menos unos pocos en este país listos para recibir a un dictador, o al menos a un líder muy poderoso».

El historial de Modi desde el 2002 dista mucho de ser perfecto. Precisamente a causa del 2002, se le ha negado el visado en Estados Unidos, y este estigma ha tenido consecuencias en las inversiones extranjeras, en las que Guyarat ocupa el tercer lugar del país (aunque es el destino prioritario de las inversiones domésticas). A pesar de los proyectos de infraestructuras, Guyarat aún está muy por detrás en cuanto a desarrollo humano en la India: casi la mitad de los niños menores de cinco años sufren malnutrición, tres cuartas partes de las mujeres tienen anemia, y solo el 67 % de la población está alfabetizada, una proporción que no supera la media del país. Existen rumores de que el proyecto de la GIFT no se está implementando de forma adecuada, y que la inversión extranjera necesaria para su puesta en marcha no llegará como se esperaba a causa de la recesión económica global.

De hecho, lo que verdaderamente impide que Modi dé el gran salto con el que fantasea —esto es, convertir Guyarat en uno de esos asépticos *entrepôts* globales, como Singapur, Dubái y muchos puntos de Corea del Sur, donde uno siente que podría estar literalmente en cualquier lugar del mundo— es la restrictiva realidad del propio paisaje indio. Tomemos Gandhinagar, la capital administrativa de Guyarat, diseñada para convertirse en un modelo de ciudad altamente regulada, liberada de la atmósfera local. Y sin embargo crecen matorrales por todas partes, imposibles de controlar, las vacas y los búfalos de agua deambulan de aquí para allá, y las barracas han proliferado a lo largo de las carreteras principales. Solo en un pequeño sector de la ciudad, conformado por compañías de tecnologías de la información, me sentí como si hubiera abandonado la India, o al menos como si estuviera en un parque de oficinas de Bangalore.

Luego tenemos Ahmedabad, envuelta en una bruma contaminada y lacrimógena, plagada de ruidosas motocicletas y *rickshaws* motorizados, con traicioneras aceras resquebrajadas, y salpicada de vacas callejeras y mendigos, aunque constituye una experiencia menos irritante que la épica aglomeración de Bombay o Calcuta. La ciudad, fundada en 1411 por Ahmed Shah, del sultanato de Guyarat, fue una especie de campo de juegos para algunos arquitectos de renombre internacional en los cincuenta, cuando la élite occidental plantó sobre un pedestal a una India recién independizada

como si fuera la esperanza de la humanidad. Le Corbusier diseñó el edificio de la Asociación de Industrias Textiles; Louis Kahn, el Instituto Indio de Estudios Empresariales, y Buckminster Fuller, una cúpula geodésica. Pero con la excepción de unas pocas perlas, Ahmedabad, con una población de 4,5 millones de habitantes, está lastrada por la misma aflicción de la que adolecen otras ciudades indias: una minoría de apuntes arquitectónicos y de belleza entre un puñado de monumentos musulmanes medievales verdaderamente soberbios y el batiburrillo de vidrio y acero de las viviendas, al estilo de Dubái, que se han construido los nuevos ricos, producto de la liberalización económica de los noventa. Dado que Ahmedabad no era un centro político para los británicos, no existe aquí una arquitectura colonial que aligere la carga de un modernismo barato y anodino de inspiración soviética, más afeado si cabe por el amasijo de señales oxidadas que constituyen el legado estético del primer ministro Jawaharlal Nehru, que gobernó durante largo tiempo tras la independencia y que fue, no obstante, un líder inspirador en otros terrenos. Por descontado, Gandhinagar es la peor muestra de este modernismo lúgubre y deteriorado.

El 37 % de la población de la India es urbana. En los próximos veinte años llegará a serlo un 50 %. Bimal Patel, arquitecto local, me explicó que el auténtico reto de gobierno para los líderes indios será hacer que ciudades como Ahmedabad resulten más habitables y estéticamente atractivas. Aquí es donde Modi, por dinámico que se haya mostrado, aún tiene que vencer o intentarlo con más ahínco. La GIFT es, hasta cierto punto, una forma de escapar de lo que se tiene que hacer; un escape comprensible, no obstante, dado que en todo el mundo los viejos centros de las ciudades están degenerando al tiempo que brotan nuevos barrios en las afueras.

Bajo el gobierno de Modi, se están construyendo un parque y un paseo marítimo, diseñados por Patel, que se extenderán a lo largo de casi 10 kilómetros junto al río Sabarmati, que cruza Ahmedabad. Pero, por lo general, el jefe de estado ha evitado entrar en la política local de Ahmedabad y otras ciudades gujaratíes en lugar de confrontarlas para lograr cambios. Los políticos urbanos de la India son normalmente incorregibles por un lado, y débiles por el otro —ya que la mayor parte del poder está en manos de los estados regionales— así que apenas se hace nada en las ciudades. Ni Modi ni apenas ningún otro líder estatal se ha involucrado realmente para conseguir un consenso a nivel municipal que resuelva el caos urbano. Aunque, en algún momento, es posible que la nueva élite urbana de la India reclame que una

verdadera política local se implique en ello, por complicado e insatisfactorio que resulte: un auténtico signo de libertad.

Y esto por no hablar de los informales cantones comunitarios que han proliferado o se han visto reforzados bajo el gobierno de Modi, lo que ha dejado a la vieja ciudad amurallada de Ahmedabad como una de las pocas áreas en las que hindúes y musulmanes —que representan un 9 % de la población— pueden mezclarse. Sin embargo, la escena más conmovedora con la que me topé en mis más de dos semanas dando vueltas por Ahmedabad fue en Sarkhej Roza, un complejo arquitectónico del siglo XV formado por tumbas y una mezquita y dedicado al jeque Ahmed Khattu, guía espiritual de Ahmed Shah. Entre las cúpulas medievales y los balcones con vistas al lago, había familias de picnic, parejas hablando en susurros, niños jugando a la pelota y grupos de oración. La arquitectura, con sus elegantes estucados y rejas, combinaba el estilo hindú y el islámico, una mezcla conocida como indo-sarracena. Al menos hasta que se complete el proyecto del parque y el paseo marítimo, no hay otro lugar en Ahmedabad en el que se encuentre esta mezcla de culturas, porque el gentío de Sarkhej Roza, por supuesto, estaba compuesto exclusivamente de musulmanes.

Para ver más de Guyarat, viajé durante diez horas en autobús y en coche desde Ahmedabad hasta la costa de Diu, en el extremo más al sur de la península guyaratí de Kathiawar, donde se encuentran algunos monumentos portugueses de especial relevancia para el resto de esa historia de la India que deseo relatar.

Pasé por entre una sucesión interminable de casuchas a lo largo de carreteras agrietadas, crucé al lado de chirriantes y polvorientas carretas, barracas y cobertizos hechos de arpillera y chapas oxidadas de hierro ondulado que distinguen a la India rural. Aunque el paisaje del país, especialmente tal como aparece en las páginas de los libros ilustrados, posee una gran riqueza de colores primarios, la realidad es a menudo un lúgubre retablo de grises y marrones. En muchos lugares, sin embargo, encontré carreteras pavimentadas, y había agua corriente y electricidad en todas partes. Por primitiva que pareciera la escena, sabía por mis viajes a otros estados indios más pobres, como Bihar y Bengala Occidental, que se habían hecho muchos progresos. Pero, aun así, ¿Corea del Sur? No, no hasta dentro de unas cuantas décadas como muy pronto. La India podía ser una gran potencia regional y un estado clave, pero no era probable que alcanzara el nivel de

desarrollo económico de los Tigres Asiáticos. «Modi es muy bueno dándose bombo», me dijo un periodista, «pero no puede cumplirlo todo».

Diu había sido una base estratégica crucial para el Imperio portugués del océano Índico desde 1509, cuando, tras una batalla naval decisiva, fue arrebatada a los turcos otomanos por Francisco de Almeida. Este había convencido al gobernante local musulmán para que cambiara de bando y no ayudara a sus correligionarios. Fue esta victoria la que acabó de consolidar la pretensión portuguesa de controlar la navegación en estas aguas. El poeta Camões celebra tal conquista y traición en *Los Lusíadas*:

El Héctor portugués, de quien se anota
Que, en la costa Cambáica [de Cambay] con su armada,
Será a los guzarates [guyaratíes] tan insano,
Cuanto ha sido a los griegos el Troyano. [...]
Darale el Rey Cambáico soberbioso
Fortaleza en la noble y rica Dio [Diu],
Porque contra el Mogor [mogol] tan poderoso
Le ayude a defender su señorío. [...]^[16]

El mar golpeaba suavemente las murallas de la ciudadela portuguesa, los colores teñidos de mostaza y plomo por el paso de los siglos. La ciudadela es un triunfo de la arquitectura de fortalezas: con un largo embarcadero, un portón de doble hoja, un foso defensivo excavado en la roca y una doble hilera de siete bastiones, cada uno con el nombre de un santo cristiano. Las hierbas asomaban entre las piedras; los jabalíes deambulaban aquí y allá; y grupos de jóvenes indios, herméticos a las descripciones históricas en hindi y guyaratí, paseaban ruidosamente a lo largo de los caminos de piedra, en apariencia ignorantes del significado de esta inmensa curiosidad, coronada en su punto más alto con una solitaria cruz blanca. No tenían guías a la venta en ningún idioma, la entrada era gratuita y no había vigilante. Las imponentes iglesias portuguesas del lugar, con sus colosales fachadas góticas, se alzaban igualmente desoladas, sus muros descoloridos y costosos. Uno podía ver y oír, en realidad, como se desprendía el yeso por el aleteo cercano de las palomas. Dentro de estas iglesias, una vez cruzada la maraña de desperdicios y los abandonados rosales blancos y laureles, el interior era fresco, oscuro, aromático, muy adecuado para rezar por que los seres queridos escaparan a

salvo de los peligros del mar. Después de unos pocos siglos, estos monumentos desvencijados parecen reliquias de la antigüedad, tan ajenos resultan al entorno local.

Los imperios tienen su auge y su caída. Solo sus ideas pueden permanecer, adaptadas a las necesidades de ese pueblo que un día gobernaron. Los portugueses trajeron pocas, a excepción de la religión católica, que echó pocas raíces entre los hindúes y los musulmanes, así que estas ruinas son simplemente tristes y, de algún modo, bellas. En cambio, los británicos trajeron un desarrollo tangible, puertos y ferrocarriles, que pusieron las bases de un estado moderno. Aún más importante, trajeron el marco para una democracia parlamentaria que los indios, que ya poseían tradiciones locales de heterodoxia y pluralismo, fueron capaces de encajar con éxito para responder a sus propias necesidades.^[17] En realidad, el mismo panteón hindú, con sus múltiples dioses en lugar de solo uno, está orientado hacia un entendimiento de verdades opuestas que permita alcanzar la libertad. De este modo, los británicos, al margen de sus defectos, fomentaron un ideal de grandeza india. Y esa grandeza, como nos dirán los indios instruidos, es imposible de consumir sin un componente moral.

Dado que la influencia de una India en pleno florecimiento económico se filtra ahora tanto hacia occidente como hacia oriente, solo puede seguir adelante como una fuerza de coexistencia comunitaria, posibilitada, como afirma el tópico, por ser la democracia más grande del mundo. En otras palabras, a pesar de su deslumbrante crecimiento económico, la India no es más que otra nación en desarrollo, profundamente agitada y sin un mínimo de armonía doméstica. Por fortuna, las fuerzas democráticas de la India ya han sobrevivido a más de sesenta años de turbulencias, como lo atestigua la estabilidad de las coaliciones políticas posteriores a los tiempos del gobierno del Congreso Nacional. Estas fuerzas parecen estar lo bastante afianzadas como para repeler a un Modi de escala nacional, o para neutralizar sus peores impulsos en algún punto del camino entre Gandhinagar y Nueva Delhi. A fin de cuentas, las iglesias y bastiones de Diu son ruinas no porque representen una idea que fracasó, sino porque no representan ninguna idea en absoluto, mientras que la India ha sido una idea desde la Marcha de la Sal de Gandhi en 1930. El don administrativo de Modi tendrá que encajar al servicio de esa idea o él se quedará donde está. Los hindúes en otros lugares de la India no tienen una mente tan comunitaria como los de Guyarat, y ese será el dilema de Modi. El modo en que se unieron hindúes y musulmanes tras el ataque

terrorista en un hotel y demás puntos de Bombay en noviembre de 2008 —llegado por mar desde Pakistán— debería haberle servido de aviso.

Y si no recibió el mensaje entonces, ciertamente debió de recibirlo en mayo de 2009, cuando las elecciones nacionales de la India otorgaron una victoria decisiva a la coalición liderada por el Congreso Nacional ante el BJP de Modi. De hecho, el declive de Modi que esos resultados podrían sugerir es un signo tan claro como cualquier otro de la triunfal entrada de la India en el siglo XXI. Al fin y al cabo, a pesar de todas las tendencias que he señalado, y a pesar de la amenaza musulmana, creo que habrá suficientes hindúes que no sucumbirán finalmente al odio. Podemos dar las gracias por ello al espíritu democrático de la India, un espíritu que es verdaderamente asombroso si tenemos en cuenta lo que ha tenido que superar. Esa es la fortaleza última de la India.

Pero al menos en Gujarat, la paz no llegará con facilidad. En Diu alquilé un coche y conduje hacia el oeste durante dos horas, siguiendo la costa hasta Somnath, emplazamiento de un templo hindú destruido por Mahmud de Gazni, así como por otros invasores, y cuya séptima reconstrucción empezó en 1947.

Adornado por una enorme *shikhara* (torre) de un pálido ocre y por una colección de cúpulas, el templo se ubica en el borde de un gran paisaje marítimo velado por el calor. Las retorcidas y contorsionadas escenas cósmicas de su fachada son tan complejas que conforman el equivalente escultural de la infinitud. La oración retumbaba en los altavoces. Aquello era una casa de locos a causa de la luna llena. Cientos de devotos depositaban sus bolsas en un desastrado guardarropa y colocaban sus zapatos en montones desordenados. Los mendigos se aferraban a mí, y había vendedores ambulantes por doquier, como en tantos lugares de peregrinación. Las señales advertían de que no estaban permitidos los teléfonos móviles ni otros dispositivos electrónicos en el interior. Yo era más listo, me dije. Guardé la BlackBerry en un bolsillo, ya que no me fiaba de dejarla en el leve caos del guardarropa y esperaba el típico registro desganao del Tercer Mundo. Me sumé entonces a la larga fila para entrar en el templo. En la puerta, fui cacheado atrozmente y descubrieron mi BlackBerry. Me lanzaron unos merecidos gritos y me enviaron de vuelta al guardarropa. «Terrorismo musulmán», me advirtió un devoto. Después del guardarropa, volví a la fila y entré en el templo.

Una penumbra me envolvió mientras los devotos besaban la efigie de una vaca engalanada de flores. Los cuerpos apretujados dirigiéndose a la cámara central hacían el ambiente asfixiante. Me sentía como si estuviera accediendo a un misterio. Aunque los no creyentes eran oficialmente bienvenidos, yo sabía que estaba fuera de los límites de ese organismo unificado que formaba la masa, como llamó el filósofo Elias Canetti a un gran grupo de gente que ha abandonado su individualidad en favor de un embriagador símbolo colectivo. [18] El santuario era un palpitante vórtice de fe. Algunos se dejaban caer sobre sus manos y rodillas y rezaban en el suelo de piedra. No se intentaba seducir a los extraños como en el Vaticano, un lugar diluido por el turismo global; y tampoco era este el templo de Kali en Calcuta, donde se da la bienvenida a los extranjeros y estos son acosados por «guías» pidiendo dinero. Ese tipo de universalismo que había experimentado en la Gran Mezquita del sultán Qabus en Omán, que celebraba la civilización material a lo largo del océano Índico, no es que aquí faltara, era sencillamente irrelevante. Había tenido esa misma sensación de enclaustramiento extremo en el santuario de la Virgen Negra de Czestochowa, en Polonia, y en la mezquita del imán Alí de Nayaf, en Irak, dos de los lugares más sagrados del catolicismo y el chiismo, respectivamente (en el segundo, los no creyentes tienen expresamente prohibida la entrada, y tuve que colarme con un grupo de hombres de negocios turcos).

Estando aquí uno no puede evitar entender los sentimientos de los hindúes en torno a las devastaciones musulmanas de este templo, uno de sus doce *miotir lingas* (lugares con pilares de luz que simbolizan al dios Shivé). Las emociones chisporrotean como electricidad, y aun así pensé en aquella pregunta que me hizo en tono suplicante el trabajador pro derechos humanos Hanif Lakdawala: «¿Qué podemos hacer los pobres musulmanes de hoy con Mahmud de Gazni?».

El panorama desde Delhi



De todos los periodos de la historia del océano Índico que tienen que ver con Guyarat y que interesan al resto de nuestro debate estratégico, uno de los más importantes es el del Imperio mogol. El emperador Akbar el Grande marchó sobre Ahmedabad en 1572 y completó la conquista de la provincia dos años después. Por primera vez, los mogoles controlaban un auténtico estado costero con una posición bastante firme en el mar Arábigo. Guyarat ofrecía a los mogoles, no solo la posesión de los puertos más transitados del subcontinente en aquella época, sino también un reino marítimo que incluía tierras de cultivo vastas y fértiles y que era, además, una potencia textil. Al unir Guyarat con la llanura indo-gangética, y con una Bengala a punto de ser conquistada, Akbar afianzó un imperio subcontinental que abarcaba las dos grandes bahías del océano Índico: el mar Arábigo y la bahía de Bengala. Con la conquista de Guyarat, Akbar rescató a la India de la desintegración y de caer aún más en las manos de los portugueses, cuyo dominio en Goa amenazaba a los otros puertos arábigos.

Pocos imperios pueden vanagloriarse de un eclecticismo artístico, religioso y cultural como el de los mogoles. Gobernaron la India y algunas zonas de Asia central desde principios del siglo XVI hasta 1720 (tras lo cual el imperio entro en un rápido declive). Como el mundo Índico del que formaba parte, el Imperio mogol era un ejemplo impresionante de globalización temprana. Tomemos el Taj Mahal, el mausoleo de mármol blanco construido a orillas del río Yamuna, en Agrá, por el emperador mogol Shah Jahan, que quería honrar a su esposa Mumtaz Mahal después de que esta muriera dando a luz (a su decimocuarto hijo) el 17 de junio de 1631. La tumba fusiona toda la liberadora elegancia y simetría de lo mejor de la arquitectura persa y túrquico-mongola, con un toque indio añadido de ligereza y gracilidad. Con su cúpula globular y sus cuatro esbeltos minaretes, parece como si fuera capaz de desafiar la gravedad y flotar sobre el suelo. Hay un aura de romanticismo en torno a la tumba y a la historia que la rodea que hace olvidar que Shah Jahan era un musulmán extremadamente ortodoxo cuyo gobierno, según el catedrático de Historia de la Universidad de Duke John F.

Richards, supuso un «endurecimiento» de las relaciones entre los musulmanes dominantes y los seguidores de otros credos en el subcontinente. [1]

Mogol es la forma árabe y persa de mongol, y se aplicó a todos los musulmanes extranjeros del norte y el noroeste de la India. El Imperio mogol fue fundado por Zahir-ud-din Mohammad Babur, un túrquico chagatai nacido en 1483 en el valle de Fergana, en el actual Uzbekistán, y que había pasado los primeros años de la edad adulta tratando de arrebatarse a Tamerlán (o

Timur) la antigua capital de Samarcanda. Después de una derrota decisiva frente a Muhammad Shaybani Khan, descendiente de Gengis Khan, Babur y sus seguidores se encaminaron al sur y conquistaron Kabul. Desde allí, Babur descendió arrollador la elevada meseta afgana y llegó hasta Punjab, donde le fue posible empezar su conquista del subcontinente indio. El Imperio mogol, o timúrida, que tomó forma bajo Akbar el Grande, nieto de Babur, contaba con una nobleza compuesta de rashputs, afganos, árabes, persas, uzbekos y túrquicos chagatais, así como indios sunitas, chiitas e hindúes, por no mencionar otros grupos. También en lo religioso, el reinado de Akbar, que duró 49 años (1556-1605), demostró un universalismo similar. Akbar, que era analfabeto a causa, posiblemente, de una dislexia, pasó su vida adulta dedicado al estudio de la religión comparada; y a medida que crecía su respeto por el hinduismo y el cristianismo, más se desencantaba con su propia religión, el islam sunita ortodoxo. Según afirma Richards en su completa pero concisa historia del Imperio mogol, Akbar, en sus últimos años, se deslizó hacia una «forma de culto ecléctico concebida por él mismo y centrada en la luz y en el sol».^[2] Además, promovió un «estilo político extraordinariamente conciliador, casi sincrético», al tiempo que gobernaba con el estilo ceremonioso de un maharajá tradicional indio, como lo muestran sus retratos en miniatura.^[3]

Todo eso cambió con sus sucesores Jehangir, Shah Jahan y, en especial, Aurangzeb, que devolvieron el imperio a una férrea teocracia sunita que, aun así, toleraba otras sectas y religiones. Esta dinámica religiosa influyó en las tensas relaciones entre la India mogola y la Persia safávida. Aunque los administradores persas formaban uno de los grupos étnicos más numerosos de la nobleza mogola, los persas safávidas, fervientes chiitas, desdeñaban a los timúridas sunitas que gobernaban la India. Esta extrema antipatía se intensificó por la incómoda similitud cultural entre los dos imperios, que compartían frontera a lo largo del actual oeste de Afganistán, pues el Imperio mogol conectaba la India y Oriente Medio.

Esto es lo que hace que el Imperio mogol tenga una relevancia tan crucial para la comprensión de los destinos de la India, Pakistán y Afganistán en el siglo XXI. El mismo término «subcontinente indio» infunde en nosotros la lógica geográfica y la inevitabilidad de un estado indio en forma de entidad separada, pura y enmarcada por la propia naturaleza, cercada como está por el océano Índico en tres de sus lados y por el Himalaya en el norte. Al mismo tiempo, tendemos a pensar en Pakistán y Afganistán como entidades más o menos separadas, con su propia legitimidad histórica y natural, si bien no

tanto como la India. Sin embargo, los mogoles gobernaron en lo que es hoy Pakistán y en gran parte de Afganistán desde su región vital al norte de la India, a pesar de los problemas que tenían para someter a las tribus marathas de la meseta del Decán, en el sur de la propia India.

Los mogoles estaban en todas partes, al parecer. Combatieron a los uzbekos en el extremo norte de Afganistán. Tenían bases importantes en Baluchistán, Sind y Guyarat en el mar Arábigo, en las dos provincias indias orientales de Orissa y Bengala, y en una pequeña extensión de Arakán en el oeste de Birmania.^[1] En otras palabras, los mogoles unían el Asia central con el océano Índico, tanto por el lado del mar Arábigo como por el de la bahía de Bengala, extendiéndose hasta el sudeste asiático. El islam era el cemento que mantenía unido este dilatado imperio.

Kabul y Kandahar eran una prolongación natural de esta venerable dinastía con base en Delhi; sin embargo, las áreas vigorosamente hindúes del sur de la India en torno a la actual Bangalore —la capital de la alta tecnología— no lo eran tanto. Aurangzeb, el «conquistador del mundo» —bajo cuyo gobierno, a finales del siglo XVII, el Imperio mogol alcanzó el cénit de su expansión— era ya un hombre de ochenta años cuando seguía luchando contra los insurgentes marathas del sur de la India. Murió en 1707 en su campamento de la meseta del Decán, incapaz de subyugarlos. De hecho, fue esta rebelión tan prolongada y tenaz en el sur la que socavó la cohesión y la moral de la élite mogola. La obsesión de Aurangzeb por los guerreros marathas —olvidándose de los problemas del imperio en otros lugares— allanó el camino para que las compañías holandesas, francesas y británicas de las Indias Orientales se afianzaran en las costas, lo que condujo finalmente al dominio británico de la India.^[4]

Los británicos unirían el subcontinente mediante un sistema ferroviario y otros instrumentos modernizadores, haciendo que una India estable y unida pareciera inevitable, incluso si esto, por numerosos motivos culturales e históricos —como mostró la experiencia de Aurangzeb— no fuera necesariamente así. Como tampoco es inevitable que las fronteras entre Afganistán y Pakistán, y entre Pakistán y la India, sigan teniendo en el futuro el mismo significado que tienen hoy. El historiador de Harvard Sugata Bose señala que eso a lo que tanto los británicos como nosotros mismos nos hemos referido como la Frontera del Noroeste —la provincia pakistaní que sirve actualmente de refugio a Al Qaeda y los talibanes— «no es una frontera en absoluto», sino el «corazón» de un *continuum* indo-persa e indo-islámico que tuvo un pie sobre la alta meseta de Asia central y el otro en las húmedas

tierras bajas del subcontinente durante milenios.^[5] De ahí que nuestro esfuerzo por separar Afganistán de Pakistán pueda resultar vano si damos algún crédito a la geografía, la historia y la cultura. El éxito en Afganistán consiste en estabilizar ambos países, no solo uno. De hecho, por circunstancias negativas como los ataques terroristas transfronterizos, o positivas como la construcción de carreteras y conductos energéticos, esta vasta región del Imperio mogol podría alcanzar una nueva forma de unidad que, en último término, reuniría de nuevo Sind y Guyarat, así como Asia central y el subcontinente, y enlazaría, por tanto, Sudasia con el Gran Oriente Medio.

El recuerdo del Imperio mogol evoca un mundo nuevo y sin fronteras que se encuentra en proceso de eclosión y en el que se están disolviendo en toda Asia las viejas divisiones de los estudios regionales de la Guerra Fría. No hubo ningún lugar en la India que sintiera más las tensiones de lo que esto implicaba que la capital, Nueva Delhi. Bajo los emperadores mogoles Shah Jahan y su hijo Aurangzeb, Delhi era la ciudad más rica y poblada desde Estambul hasta Tokio, y los edificios existentes construidos por los británicos recrean ese talante dominador. Caminar por el centro administrativo de Nueva Delhi puede resultar complicado; algunas zonas están construidas a una escala demasiado grande, con muchos espacios abiertos y, a menudo, pocas sombras, a pesar de la abundancia de árboles. Erigido en los años veinte, tras el traslado de la capital desde Calcuta, el efecto visual de sus principales edificios gubernamentales, tan elegantes y a la vez tan abrumadores, recuerda a la propia arquitectura de fortalezas del Imperio mogol. Cada edificio exhibe la misma serenidad monumental y las mismas proporciones aplastantes que los 2,5 kilómetros del Fuerte Rojo de Shah Jahan, construido a mediados del siglo XVII en el casco antiguo de la ciudad. Los edificios gubernamentales de arenisca de Nueva Delhi, con sus diversas tonalidades de rojo y ocre, sus largos muros, sus pórticos solitarios poblados de palomas y sus lejanas cúpulas orientales de todos los anchos y alturas —como planetas alineados en el cielo— transmiten un poderío político tan cierto y tan seguro de sí mismo que se eleva por encima de la mera ambición.

El estudioso y experto en la India William Dalrymple ve en el paisaje arquitectónico de Nueva Delhi ligeras evocaciones a la Alemania nazi y a la Italia fascista, ambas contemporáneas del autoritarismo británico de fabricación propia en la India, y ambas con la misma ilusión de permanencia

que el Imperio británico.^[6] Se cuenta que el arquitecto británico sir Edwin Lutyens hizo tallar unas campanas en las columnas de la Casa del Virrey, hoy día la residencia oficial del presidente de la India, porque, como no podrían tañer jamás, el dominio británico no tendría fin. De hecho, algunos años antes lord Curzon había proclamado: «El Imperio nos llama, más alto que nunca [...] Las fronteras del Imperio siguen haciéndonos señas».^[7] Y sin embargo, apenas dos décadas después de este frenesí arquitectónico, los británicos abandonaron la India, y estas construcciones titánicas —y todo el poderío y la presunción que manifiestan— acogen ahora las oficinas de las fuerzas armadas indias y los ministerios estatales.

Los actuales ocupantes parecen haber asimilado esta lección de fragilidad de la autoridad central. A lo largo de varios días de entrevistas individuales con altos funcionarios indios del ejército y de la administración me quedó claro que, aunque tenían planes para proyectar el poder de la India sobre el mundo del océano Índico, también estaban profundamente preocupados acerca de la debilidad de las fronteras del país, por no hablar de los propios conflictos internos. Sus voces combinaban una ambición decidida con un prudente sentido de la tragedia. Mientras que los británicos habían presupuesto muchas cosas, los actuales ocupantes presuponían algunas menos.

Es importante situar geográficamente estos edificios. Desde un punto de vista arquitectónico, cultural e histórico, Delhi es donde se encuentran el Asia central túrquico-persa y la llanura indo-gangética, el Asia del interior con la periferia del mundo Índico. Como tal, ha sido el asiento de grandes poderes asiáticos desde la Edad Media. En el siglo XXI, según la CIA, la India se alzará como el estado más crucial, el más decisivo en la política internacional. Como escribía lord Curzon un siglo atrás:

La posición central de la India, sus espléndidos recursos, su ingente multitud de hombres, sus grandes puertos comerciales, sus reservas de fuerza militar [...] todos ellos son activos de un valor precioso. En el oeste, la India debe ejercer una influencia predominante sobre los destinos de Persia y Afganistán; en el norte, puede vetar a cualquier rival en el Tibet; en el nordeste [...] puede imponer gran presión sobre China, y es uno de los guardianes de la existencia autónoma de Siam [Tailandia].^[8]

Puede que ni los británicos ni los emperadores mogoles que sucedieron a Babur estén ya aquí, pero los actuales gobernantes de la India ocupan la

misma posición geográfica que ellos, y en nuestras conversaciones, por consiguiente, me di cuenta de que miraban hacia el mundo de modo similar.

Los mogoles eran un imperio terrestre originario de Asia central, y los británicos, un imperio marítimo. Por el momento, la India emerge más bien a la manera de los británicos. Del mismo modo que la Armada Real británica dominaba los mares, posibilitando la protección de las colonias de la corona, en especial la India, el ascenso de esta, al menos en términos militares, va ligado a su armada. Cercada por tierra por una combinación de picos del Himalaya y estados débiles, desde Pakistán y Nepal, hasta Bangladés y Birmania, la India puede proyectar mejor su poder en el mar. El país es un centinela de los principales corredores marítimos desde el estrecho de Ormuz hasta el de Malaca, donde la amenaza del terrorismo naval o transportado en contenedores es muy real. Y aunque países como Malasia o China «tienen reservas ante un avance de los objetivos geoestratégicos de Estados Unidos en nombre de la seguridad», lo cierto es que la India puede ocupar, tácitamente, el rol de principal equilibrador con respecto a China.^[9] El reconocido analista de la política india Stephen P. Cohen sostiene que, desde los tiempos de la Guerra Fría, los funcionarios de Nueva Delhi han inculcado los preceptos del «Discurso de despedida» (1796) de George Washington: que la India, como Estados Unidos, habita en una esfera geográfica propia —en el caso de esta, el Himalaya y el ancho océano Índico—, y está por tanto en una posición de dominancia y al mismo tiempo desapego.^[10] Durante la Guerra Fría esto supuso una ausencia de vinculación, ahora supone que la India se ve a sí misma como una potencia en auge con un estatus aparte.

Los analistas políticos chinos están cada vez más preocupados ante el surgimiento de una armada india poderosa.^[11] Un analista teme incluso que las 244 islas que conforman el archipiélago Andamán-Nicobar de la India puedan ser utilizadas como un «cierre metálico» con el que bloquear la entrada occidental del estrecho de Malaca, del que China depende de forma vital para sus importaciones de petróleo. Este analista, Zhang Ming, prevé que «una vez la India controle el océano Índico, no se conformará con su posición y seguirá tratando de expandir su influencia, y su estrategia en el este tendrá especial impacto sobre China». Ming concluye afirmando que «la India es tal vez el adversario estratégico más real que tiene China».^[12] Por descontado, esto puede sonar como la afirmación de un aprensivo profesional, el equivalente chino de cierto gremio teórico de Washington; pero las élites políticas tienen claros motivos de preocupación, e incluso si Ming exagera de algún modo la dimensión de la amenaza india, su inquietud demuestra hasta

qué punto Pekín se toma en serio la posición de Nueva Delhi como una gran potencia marítima con todas las de la ley.

No es posible advertir lo suficiente de la sutileza con la que se jugará esta partida, pues la India nunca se unirá oficialmente a Estados Unidos en ninguna alianza contra China como lo hizo Japón contra los soviéticos durante la Guerra Fría. Japón era una nación derrotada tras la Segunda Guerra Mundial y muy próxima a los puertos soviéticos, mientras que la India es una nación fuerte con una vena independiente que se «traduce en un código político de no alineamiento» y está alejada de los principales puertos de la armada china.^[13] No solo la arquitectura, sino la misma localización geopolítica de Nueva Delhi nos hacen doblemente conscientes de la capacidad de la India para convertirse en una potencia posmogola y posbritánica por méritos propios.

Aunque sus modales eran tranquilos y anodinos, el almirante Sureesh Mehta, jefe de la Armada india en el momento de mi visita, era el más optimista de todos los funcionarios que conocí, liberado como se sentía de las conflictivas fronteras terrestres, resultantes de la partición, que bloqueaban a la India y en particular a su ejército. El futuro de la armada india no podía ser más halagüeño, pues estaba escrito que, próximamente, se convertiría en la tercera o tal vez la cuarta más importante del mundo.^[14]

Según me dijeron el almirante Mehta y más personas, la economía de la India había estado creciendo a un 9 % anual, con un 10 % de crecimiento en su producción industrial. Su clase media pasaría de los 200 millones de miembros a quizá 500 millones para el 2020, y la crisis económica global ralentizaría pero no detendría esa tendencia.^[12] Hacia 2050, la India sería la tercera economía más grande del mundo, por detrás de Estados Unidos y China. Eso había permitido que el presupuesto de defensa de la India se incrementara en un 10 %, si bien en términos relativos cayó por debajo de un 2 % del PIB. El 20 % de ese presupuesto se destinaba a la armada, y de este, la mitad se capitalizaba mediante la compra de nuevos barcos.^[13] Los funcionarios navales afirmaban que el país planeaba disponer de dos grupos de combate equipados con portaaviones para 2015, y de tres para 2022, y que se construirían o adquirirían seis nuevos submarinos y 31 nuevos buques de guerra. Se estaba discutiendo acerca de equipar siete de sus fragatas con el sistema de combate integrado Aegis, utilizado por estadounidenses, australianos, japoneses, surcoreanos y unas pocas armadas europeas. Toda

esta actividad daría lugar a diversos astilleros nuevos, y había también una nueva academia de entrenamiento naval en la costa Malabar, al norte de Cochin. En una especie de fiesta de puesta de largo para su floreciente poderío naval, la India acogió en 2008 un simposio en el que participaron 27 países ribereños del océano Índico, siguiendo el modelo de las coaliciones navales lideradas por Estados Unidos. Era parte de un proceso más amplio, en el que la India invertiría nada menos que 40 000 millones de dólares en la compra de armamento, con lo que se convertiría en uno de los mercados militares más importantes del mundo.^[15] Tal vez China sí tenía motivos para estar seriamente preocupada después de todo.

Cada año, un millón de barcos atraviesan los diversos estrechos del océano Índico. El futuro giraba siempre en torno a la seguridad de los suministros energéticos. Por su parte, la denominada estrategia del collar de perlas de China formaba parte de una evolución histórica en marcha mediante la cual, desde el punto de vista indio, los chinos estaban intentando encajonar a la India en su subregión. La invasión china del Tibet en 1950, una región tradicionalmente amortiguadora entre China y la India, había establecido esta tendencia. Había, además, una disputa en torno a la frontera de 4000 kilómetros surgida de la guerra sino-india de 1962; tras la cual la victoria de China —la Humillación, a ojos de los indios— sigue grabada en la psique local. China ocupaba todavía la región de Aksai Chin del Himalaya occidental y reclamaba al Estado indio la de Arunachal Pradesh, a la que Pekín denomina el Bajo Tibet. En tierra, la India se enfrentaba a una estrategia de confinamiento, pues los principales beneficiarios de las exportaciones chinas de armamento eran Pakistán, Bangladés y Birmania.^[16] Además, cuando el rey Gyanendra del Nepal se convirtió brevemente en dictador en 2005 y suspendió los partidos políticos y la constitución, las naciones occidentales, incluyendo Estados Unidos, cortaron o redujeron los vínculos militares, mientras por su parte China los reforzó drásticamente sin otro propósito, al parecer, que el de inclinar la balanza en contra de la India.^[17]

Los chinos poseían un puerto y una red de carreteras en Birmania. Estaban construyendo instalaciones de repostaje en Sri Lanka. Tenían bases fijas en las Seychelles y en Madagascar, dos repúblicas en las que invertían cantidades cada vez mayores de ayuda. Esperaban que Gwadar, en Pakistán, fuera un puerto amigo. Pero los indios no se habían quedado esperando a ver si Gwadar salía adelante o no. El puerto ocupa una península unida a tierra firme por un istmo y, por el momento, para los chinos era difícil defenderlo.^[18] No obstante, la respuesta india frente a la colaboración sino-pakistaní en

Gwadar consistía en una base naval de 8000 millones de dólares en Karwar, al sur de Goa, en la costa india del mar Arábigo, cuya primera fase se había iniciado en 2005.

Bautizada como INS (base naval india) Kadamba, sería la tercera base naval de operaciones, después de Bombay, más al norte, y Visakhapatnam, en la bahía de Bengala. Karwar había sido diseñado para llegar a alojar la flota de 42 barcos, incluyendo submarinos. Con él se descongestionaría Bombay y se maniobraría la flota india con la suficiente rapidez y sin que se viera bloqueada por buques mercantes.^[19] La India no iba a permitir que China y Pakistán custodiaran, o de hecho, bloquearan, su paso al golfo de Omán desde Gwadar, pues esto originaría para el país un «dilema de Ormuz» similar al «dilema de Malaca» de China.^[20] Dejando atrás la hegemonía estadounidense, el triángulo China-Pakistán-la India estaba emergiendo como la relación geoestratégica decisiva en el mar Arábigo.^[21]

En cuanto al sur del mar Arábigo, en el océano Índico occidental, próximo a África, la India estaba estableciendo puntos de escala, puestos de escucha y relaciones armamentistas en y con las naciones insulares de Madagascar, Mauricio y las Seychelles. China, por su parte, replicaba con una cooperación militar activa con estas repúblicas.

Del mismo modo que los barcos de guerra chinos operaban en el Índico occidental, los barcos de guerra indios estaban ahora en el mar de China meridional. La India estaba incrementando su cooperación naval con Indonesia y Vietnam para cubrirse frente a los chinos en las intersecciones del Índico oriental, y en el sudoeste hacía contrapeso a través de su control *de facto* sobre Mauricio. Básicamente, eran oficiales indios los que dirigían a los guardacostas tanto de Mauricio como de las Seychelles.

A finales del 2007, cuando cinco naciones democráticas —la India, Estados Unidos, Japón, Australia y Singapur— realizaron maniobras conjuntas frente a la costa Malabar, los funcionarios indios negaron que fuera un intento de desairar a China. Sin embargo, mientras que en esas maniobras participaron cinco armadas del oeste —un «concierto de democracias», como lo llamó un funcionario indio—, con 20 000 oficiales y marineros cooperando a un nivel operacional complejo, la India y la China solo colaboraban en las maniobras militares más básicas —búsqueda y salvamento terrestre—, en las que ambos bandos trataban de ocultar sus sistemas avanzados.

«La India nunca ha esperado la autorización de Estados Unidos para ejercer un contrapeso frente a China», afirmaba el estratega indio C. Raja

Mohan, confirmando así los temores de los analistas chinos, y añadiendo que venían haciéndolo desde el día en el que China invadió el Tíbet.^[t4]

Las preocupaciones en torno a China eran fruto del éxito. China era el tabú por antonomasia que había acercado a la India y Estados Unidos.^[t5] Sin embargo, «ningún otro país ha vigilado tan de cerca y con tanto celo el despegue absolutamente espectacular de China», escriben los analistas Mohan y Parag Khanna.^[22] La India, según el periodista británico Edward Luce, «quiere mantener una posición equidistante entre China y Estados Unidos [...] En la práctica, esto seguiría encajando con los objetivos de Washington», pues por el mero hecho de crecer económicamente y de volverse más «asertiva en sus relaciones con el mundo», la India «actuaría de forma natural como un contrapeso frente a China».^[23] Como he dicho antes, la India continuará sin alinearse, pero mientras que durante la Guerra Fría se inclinó hacia la Unión Soviética, ahora se inclinará hacia Estados Unidos.

Aun así, China seguía siendo un problema que concernía solo a los estrategas indios, y mucho menos a sus servicios de seguridad o a nadie más en la India. Las explosiones en suelo indio no eran obra de grupos terroristas con base en China, sino con base en Pakistán. Después de Estados Unidos, China era el mayor socio comercial de la India, pues sus respectivas economías eran altamente complementarias. A causa de su demografía, algún día ambos países establecerán la relación comercial más importante del mundo.^[24] Daba la impresión de que los dos titanes demográficos asiáticos estaban destinados a cooperar a un nivel básico y crucial, lo que añadiría complejidad a sus relaciones y, por consiguiente, plantearía dudas acerca de si China será en algún momento tan provocadora como para establecer palmariamente bases navales en el océano Índico.

Pero al margen de China, en términos navales la India ya era una importante potencia regional y tenía la posibilidad de convertirse, más adelante en este siglo, en una gran potencia. La mayoría de los problemas de la India se daban en tierra, no en el mar. El general Deepak Kapoor, Jefe del Estado Mayor del Ejército indio en el momento de mi visita, me dijo que «aunque no ponemos negar el potencial de China, es nuestra vecina y tenemos que llevarnos bien». De todos modos, el ejército indio ha tomado nota de los tres aeródromos construidos en el Tíbet, cuyo radio de operaciones incluye a la India, y de las carreteras y las líneas ferroviarias de alta montaña que discurren desde el corazón de China hacia la meseta tibetana que linda con el subcontinente indio. Además de las 39 rutas de transporte recién construidas entre el interior del país y su disputada frontera con la India.^[25]

Pero como he dicho, China era una amenaza en el horizonte lejano; a los ojos del general, no era nada comparada con la amenaza real que representaba la Dirección de los Servicios de Interinteligencia pakistaní (ISI). En Nueva Delhi, las discusiones sobre China pertenecían todavía al ámbito abstracto de las grandes estrategias, mientras que las que giraban en torno a Pakistán eran próximas y personales. La gente de Nueva Delhi quería compararse con China desesperadamente, si bien la categoría de preocupaciones que los mantenía en vela por las noches tenía que ver con Pakistán. El ISI «sigue sus propias leyes», me había dicho otro funcionario del ejército indio, y en Nueva Delhi lo veían como una organización estatal que era casi como un grupo terrorista y, por tanto, una entidad con pocos equivalentes en el resto del mundo, aparte de la Hezbolá chiita libanesa. El ISI era el principal apoyo para los levantamientos de los talibanes y de Al Qaeda en Afganistán y prestaba ayuda a los terroristas en Cachemira, región bajo control indio. Pero, por encima de todo, el ISI estaba llevando a cabo la infiltración de yihadistas en la India. «Las fuerzas radicales se están trasladando al este del Indo, y las cosas se pondrán peor», me dijo un funcionario de inteligencia indio. Y lo dijo antes del espectacular ataque terrorista de 2008 en Bombay. De hecho, este ataque se cometió mediante una infiltración por mar, lo que suponía que las fronteras marítimas del estado también eran inseguras y que la armada india, en consecuencia, tenía mucho que hacer en casa además de preocuparse por China.

Todo esto ocurría al tiempo que el ejército pakistaní se redesplegaba, alejándose de la frontera india y situándose en Baluchistán y en la provincia de la Frontera del Noroeste, junto a Afganistán, con el fin de hacer frente a los insurgentes y terroristas que había dentro de sus propias fronteras. Había una tendencia evidente: la amenaza pakistaní sobre la India no era tanto la típica proveniente del ejército, como en los años y las décadas anteriores, sino más bien una atípica en forma de terroristas musulmanes infiltrados. Aun así, los indios hablaban del ejército pakistaní, al que habían derrotado en la guerra, con profundo sarcasmo. Este, como lo expresó un alto funcionario indio, «no es un ejército profesional porque ha estado involucrado en política durante demasiado tiempo». Además, continuó, la estructura política de Pakistán no podía «plantar cara o manejar sus grupos terroristas», por lo que se había generado una situación en la que los yihadistas se mezclaban sin problemas con la propia burocracia. Como hemos dicho, todo esto se plasmaría en el atentado de Bombay. El hecho de que los votantes indios, a pesar de esta grave amenaza, hubieran rechazado a Modi y a otros nacionalistas hindúes en

las elecciones de 2009 era una señal más de la altura que había alcanzado la India. Los resultados anunciaban una nación lo bastante fuerte como para no sucumbir al extremismo.

A causa de la necesidad que tenía de una base de retaguardia desde la que oponerse a Pakistán, para el ejército indio era imprescindible un Afganistán pro-occidental y libre de talibanes. Desde el punto de vista indio, me dijo el general Kapoor, era más importante que Estados Unidos mantuviera un compromiso a largo plazo en Afganistán que en Irak. «Para la India la supervivencia del régimen de [Hamid] Karzai es crucial», me dijo en otro encuentro el asesor de seguridad nacional M. K. Narayanan. La guerra afgana era tan india como estadounidense. Sin duda alguna, Afganistán era un trofeo que Pakistán y la India se habían disputado indirectamente durante décadas. Para Pakistán, Afganistán constituía un territorio con un valor estratégico vital que, junto con las naciones islámicas exsoviéticas de Asia central, haría posible un frente religioso unido contra una India controlada por los hindúes y bloquearía el acceso de su rival a las regiones ricas en recursos energéticos. En cuanto a la India, con Afganistán de su parte podría presionar a Pakistán a través de su frontera oriental y asestarle así una especie de derrota estratégica.

En los ochenta, la India respaldó el régimen secular prosoviético de Mohammad Najibulá en Kabul; y Pakistán, a los insurgentes islámicos que trataban de derrocarlo. Dado que en aquel momento los intereses estadounidenses coincidían con los de Pakistán, Estados Unidos animó al ISI pakistaní a que apoyara a los insurgentes, muchos de los cuales se aliarían después con los talibanes y Al Qaeda. Pero en 1991 llegó la desintegración de la Unión Soviética, y una década más tarde el 11-S, y aunque el mundo cambió para Washington, la importancia de Afganistán para la India y Pakistán siguió siendo la misma. La India todavía necesitaba un régimen relativamente secular en Kabul, del mismo modo que Pakistán seguía considerando que necesitaba secundar a los insurgentes islámicos que querían derrocarlo.^[t6] Así, en la actualidad los intereses estadounidenses coincidían más o menos con los de los soviéticos una generación atrás.

Además de Pakistán, al general Kapoor también le preocupaba el polvorín de Jammu y Cachemira, el único estado de la India de mayoría musulmana, cuya pérdida o estallido podía prender la mecha de una «reacción en cadena de separatismos» por todas las caleidoscópicas regiones de la India, con su miríada de razas, lenguas y religiones.^[26] También existía una inestabilidad de inspiración maoísta en Nepal, donde la mitad de la población vivía cerca de la frontera india, y que estaba sometida, en opinión de los indios, a una

creciente influencia tanto del ISI como de China. Incluso si esto era exagerado, su insistencia en ello reflejaba su propia inseguridad y la de su país en este frente concreto, en especial debido a que el reforzado movimiento maoísta en Nepal podría haber promovido atentados terroristas a manos de naxalitas maoístas en centro y el este de la India.

Obsesionados, justificadamente, con las fronteras terrestres de la India, los funcionarios del ejército estaban preocupados por muchas cosas. Hablaban de un floreciente fundamentalismo islamista sunita en las islas Maldivas, al sudoeste de la India; de grupos étnicos insurgentes antiindios en el extremo nororiental del país, que operaban desde Birmania, donde China estaba fuertemente involucrada; de la inmigración ilegal de entre 10 y 15 millones de personas procedentes de Bangladés, y de la guerra en Sri Lanka, frente a la costa sudeste de la India, que no terminó hasta 2009. Como dijo un funcionario del ejército: «No podemos permitirnos el lujo de desplegar a toda máquina fuerzas de reacción rápida al estilo estadounidense, porque no tenemos fronteras asentadas y, por lo tanto, necesitamos un número significativo de soldados sobre el terreno».

Entonces el tono de la conversación se volvía más ligero, y los funcionarios hablaban de los futuros conductos energéticos que conectarían a la India con Turkmenistán y otros países de Asia central, una región que la India —temiendo quedar enclaustrada— no tiene intención de ceder a China y Pakistán, como lo atestigua el reciente establecimiento de una base militar en Tayikistán. Hablamos también de la importancia del golfo Pérsico y del sudeste asiático para la seguridad de la India.

En otras palabras, para resumir esta y otras reuniones, la India, aunque podía flexionar ampliamente sus músculos, era débil en su entorno cercano. «Pakistán, Afganistán, Birmania, Sri Lanka», me decía un funcionario indio, «agitación, agitación y agitación [...] Todo el mundo espera que la India adopte una política firme hacia Birmania y el Tíbet porque somos una democracia, pero tenemos fronteras terrestres con esos países y no podemos tolerar un vacío». No correspondía a la India adoptar una postura ceremoniosa y emitir juicios morales maniqueos a la manera de Estados Unidos, que estaba protegido por dos océanos, me dijo Shivshankar Menon, el secretario de Asuntos Exteriores en aquel momento. «Lo último que queremos es que se pongan de nuevo en marcha dieciocho revueltas a la vez en Birmania», me dijo otro funcionario. La fuerza de la India se concentraba en la región peninsular del sur, junto al mar, pero en el norte, el este y el oriente era más débil.

«Tenemos 155 millones de musulmanes en la India. Lo que nos preocupa realmente es el fundamentalismo. ¿Cómo nos aseguramos de que las cosas no se nos escapen de las manos?», me dijo aun otro funcionario, «Al Qaeda como mentalidad es más peligrosa que Al Qaeda como organización». Había un miedo real a que la inestabilidad en los países vecinos se convirtiera en norma. «Nuestra tranquilidad y nuestra paz están en peligro.» Realmente, después de Irak, la India es donde se produce un mayor número de incidentes terroristas al año, de acuerdo con el Departamento de Estado estadounidense.^[27] Narayanan mencionó los atentados de julio de 2006 en los trenes de Bombay, en los que siete explosiones mataron a más de 200 personas e hirieron a unas 700, y afirmó que «fueron planeados desde varios países». Aun así, como él mismo añadió, «no había un adecuado uso compartido de la inteligencia en la región». La India, vulnerable al terrorismo como pocos países en el mundo, era una aliada natural de Estados Unidos en su lucha contra el extremismo islamista, cuyo centro neurálgico era la frontera afgano-pakistaní, justo en su patio trasero.^[27]

Entre los soportales y las miniaturas mogolas de la casa de invitados del Ministerio de Asuntos Exteriores, Menon, el secretario del departamento, usando las palabras del estudioso Sunil Khilnani, se refirió a la India como una «potencia de transición»: algo a medio camino entre Estados Unidos y China, entre una potencia global y una potencia regional, entre el poder duro y el poder blando, entre el floreciente poder de su economía y su armada y la pobreza de muchos de sus habitantes y la debilidad de sus fronteras.^[28] La influencia cultural de la India ha sido siempre más amplia y profunda de lo que los cálculos de poder convencionales sugerirían.

Era un bonito concepto, pero ¿cómo ayudaba a la toma de decisiones? En un entorno de seguridad aún menos favorable, la India podría verse obligada a tomar decisiones que la situarían firmemente en una categoría u otra. Además, la nación había mostrado a menudo una cierta ambivalencia a la hora de afirmar su poder. La incorporación de una armada y unas fuerzas aéreas mucho más poderosas en los cálculos de su política exterior era algo que la India aún estaba aprendiendo a manejar.^[29]

La India era la paradoja por antonomasia. Dominaba el subcontinente más de lo que lo habían dominado los británicos, pero a diferencia de los virreyes estaba acosada por unas fronteras terrestres en torno a las cuales el único estado del subcontinente que no era disfuncional era la propia India. Todos los demás países —Pakistán, Nepal, Sri Lanka, Bangladés y Birmania— eran un caos supremo. Pakistán y Bangladés no tenían ningún sentido geográfico.

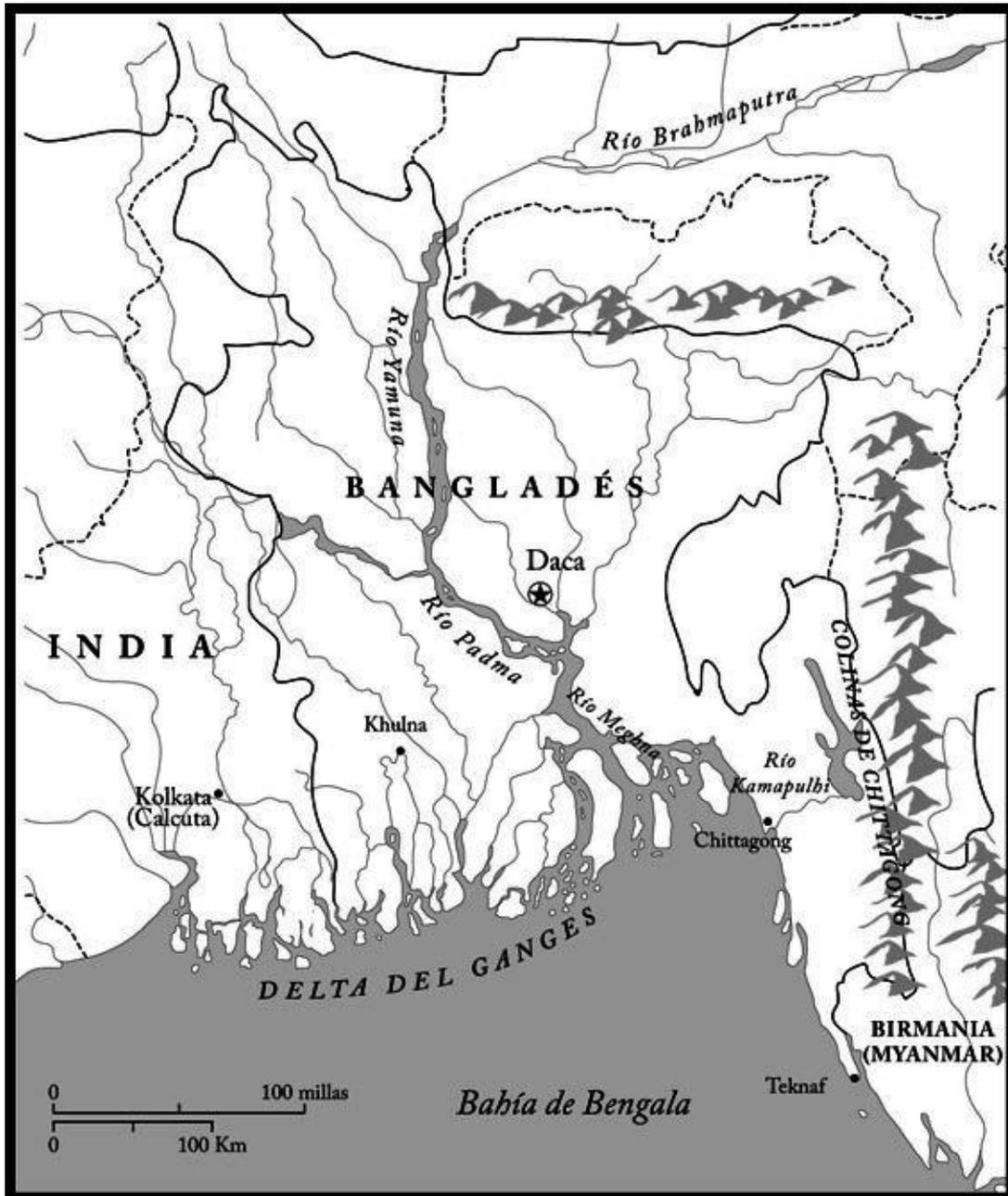
Eran constructos artificiales en los que el mapa político se había transformado radicalmente a lo largo de las décadas y los siglos. El Nepal y sus doce grupos étnicos habían sido unificados por una monarquía hindú dilacerada por atroces asesinatos y reemplazada finalmente por una frágil democracia. Los grupos étnicos rivales de Sri Lanka se habían embarcado en una guerra que se había prolongado a lo largo de una generación y cuyas brasas aún estaban calientes. Y en Birmania, lo diseminado y accidentado de su topografía la convertían en la cuna de diversas revueltas étnicas que habían proporcionado la *raison d'être* del desgobierno militar. Solo la India, a pesar de sus lenguas, religiones y etnias, dominaba el subcontinente desde el Himalaya hasta el océano Índico, dotándolo de lógica geográfica. La democracia contribuía inconmensurablemente dando a todos estos grupos una participación en el sistema. Dejando a un lado a los naxalitas, la India era inherentemente estable; en otras palabras, no podría romperse en pedazos aunque quisiera.

No obstante —y por mucho que el jefe de la Armada contemplara su poder marítimo extendiéndose hasta Mozambique e Indonesia—, tener que lidiar con estos problemas a diario dotaba a los habitantes de estos espléndidos edificios gubernamentales de un sentido de la modestia del que los británicos, con toda su *realpolitik*, carecían.

Así, los indios podrían ocupar este magnífico puntal en la confluencia de Asia central y la llanura hindú durante más tiempo y, en última instancia, de forma más fructífera que sus predecesores. El verdadero arte de gobernar consistía en pensar trágicamente para evitar la tragedia.

La India se alza espectacular en el centro de mando del océano Índico, adonde se dirigen Estados Unidos y China para asistir a su cita con el destino. Del mismo modo que Estados Unidos está evolucionando hacia una nueva clase de armada bioceánica —el Pacífico y el Índico, en lugar del Pacífico y el Atlántico—, China, como veremos en un capítulo posterior, podría estar haciendo lo mismo, también en el Pacífico y el Índico. El océano Índico, unido al Pacífico occidental, estará verdaderamente en el corazón estratégico del mundo. Pero antes de que completemos este cuadro, es necesario echar un vistazo más de cerca a otros países situados a lo largo del litoral Índico, en particular los de la bahía de Bengala. Empecemos con el vecino de la India, Bangladés, que también fue parte del Imperio mogol.

Bangladés: el desafío existencial



De entre todas las grandes masas de agua del mundo, solo el Índico es, en palabras de Alan Villiers, un océano «embahiado». Mientras que el resto de océanos se extienden desde el norte hasta el sur, del casquete del Ártico al del Antártico, el Índico está bloqueado por el continente asiático, con el triángulo invertido de la India peninsular formando dos grandes bahías, el mar Arábigo y la bahía de Bengala.^[1] El mar Arábigo mira hacia Oriente Medio; la bahía de Bengala, hacia el sudeste asiático. Los mogoles tenían un firme asiento en ambos lados, pero es el monzón el que los une realmente, pues su vasto alcance geográfico no atiende a fronteras. Los pakistaníes de Karachi vigilan de cerca el progreso del tormentoso monzón del sudoeste, que recorre la costa Malabar india, en el mar Arábigo, en dirección al norte. Los bangladesíes hacen lo mismo cuando el monzón sube agitando el mar de Andamán, frente a Birmania, y culmina en lo alto de la bahía de Bengala. Mis visitas a esta casi siempre tenían lugar durante las lluvias monzónicas de primavera y verano, por lo que sus costas conservan en mi mente una apariencia más oscura, aunque no desagradable, que los litorales del lado oeste, los del mar Arábigo.

El monzón del sudoeste que llega a la bahía de Bengala a principios de verano otorga a la lluvia una nueva dimensión. Esta es la época de los ciclones tropicales, y es como si el océano estuviera vaciándose continuamente sobre nosotros. Durante días seguidos, el cielo es una bóveda baja y claustrofóbica de nubes furiosas. Sin la luz del sol, el paisaje —a pesar de su inherente riqueza de colores, con sus montañas de hibiscos y de mangos de un brillante tono naranja, y los vaporosos saris de las mujeres— queda borrado por una bruma granulada. El barro es el color primario, pero no resulta deprimente. Es la frescura lo que primero nos llega, no la oscuridad plomiza. Nos llena de energía. La ropa ya no se nos empapa de sudor ni nos flojean las rodillas por el calor. El aire ya no es algo denso y opresivo contra lo que nuestro cuerpo debe abrirse paso.

El monzón —del árabe, *mausim*, «estación»— es uno de los «mayores sistemas atmosféricos» del planeta, y tiene su origen en la rotación de la Tierra y también en el clima. En verano, a medida que se calienta la masa de tierra de la costa norte del Índico, próxima al Trópico de Cáncer, y se alcanzan temperaturas espectacularmente elevadas, se forma una zona de baja presión cerca de la superficie, que se compensa con el aire, más fresco, que empieza a afluir desde el mar. Cuando este aire fresco y húmedo se topa con el aire seco y caliente del continente asiático se eleva en corrientes verticales

que dan lugar a nubes y lluvias.^[1] Hay algo ciertamente matemático en todo ello, pues las dos ramas del monzón alcanzan el cabo Comorin y Bangladés alrededor del 1 de junio, Goa y Kolkata cinco días después, Bombay y Bihar otros cinco días más tarde, Delhi a mediados de junio y Karachi en torno al 1 de julio. Es esta fiabilidad del monzón la que genera tanta fascinación, y de ella dependen las agriculturas y economías locales. Un buen monzón significa prosperidad, de modo que una alteración en las pautas atmosféricas, debida a un posible cambio climático, podría suponer un desastre para los países del litoral. Existen ya indicios estadísticos de que el calentamiento global ha hecho que el monzón siga un patrón más errático.^[2]

El monzón del sudoeste llegó a Bangladés mientras me encontraba en un bote de poco calado navegando sobre un pueblo que estaba ahora sumergido. En su lugar, había un canal de kilómetro y medio de ancho, creado por la erosión a lo largo de los años, que separaba la tierra firme de un *char*, una isla temporal del delta, formada por sedimentos, que algún día se disolvería con la misma facilidad. Cuando las formaciones nubosas, verticales y negras como la tinta, se deslizaron desde la bahía de Bengala, el pequeño bote de madera podrida empezó a chocar con fuerza contra las olas.

Después de días de un denso calor bochornoso, la lluvia cayó en picado sobre nosotros. El barquero, que era mi intérprete, y yo nos dirigimos al *char* antes de que las aguas cargadas de sedimentos del canal que se colaban dentro del caso pusieran en peligro la flotabilidad del bote. Empezamos a achicar. Era muy difícil ver apenas algo mientras todo desaparecía ante nuestros ojos.

Algunos días después, con el fin de ver una serie de derrumbamientos de diques que había ido avanzando tierra adentro, y que había forzado a evacuar más de una docena de pueblos, me monté de paquete en una motocicleta y atravesé el interminable laberinto de diques que rodeaba un mosaico de arrozales brillando como espejos entre la brumosa lluvia. Una vez más, la escena al final de mi viaje —unos pocos diques desterronados— no resultaba espectacular, a menos que uno tuviera una imagen del «antes» con la que compararla.

El cambio climático y las consecuentes subidas del nivel del mar proporcionan pocas imágenes rotundas. Las fotografías de los témpanos del Ártico deshaciéndose eran espectaculares solo porque el propio Ártico era espectacular. Por precipitados que puedan ser los cambios en tiempo geológico, para nosotros todavía tienen lugar a cámara lenta. Los ríos podían alterar su curso de la noche a la mañana, y los diques podían desmoronarse en

instantes a causa de un ligero pero determinante aumento en la presión hidráulica, pero en estos casos uno tenía que estar allí cuando ocurría.

Sin embargo, en aquellas primeras semanas del monzón, vi muchas imágenes espectaculares de un extremo a otro de Bangladés que se pueden agrupar bajo este hecho singular: la reconditez y la fragilidad del terreno ni una sola vez iban aparejadas con una escasez de población. Incluso en los *chars*, era imposible no ver gente cultivando hasta el último centímetro de suelo aluvial. Había seres humanos en todos los lugares de este paisaje similar a una esponja sucia y húmeda atravesado por carreteras estrechas y llenas de baches y por mugrientos ferris atestados, en los que los mendigos y los vendedores ambulantes parecían moverse como sonámbulos entre los coches, bajo una lluvia torrencial.

Pasé por pueblos que tenían una existencia formal como nombres sobre el mapa, pero que eran poco más que sarpullidos de planchas oxidadas de hierro ondulado y casetas de bambú bajo las copas de los árboles de yaca, mango y lichi. Estos pueblos estaban plagados de hombres con el tradicional *lungui*, similar a una falda, y gorras de béisbol, y de mujeres que, con el paso de los años, era más habitual ver vestidas con burkas musulmanes que lo ocultaban todo excepto su nariz y ojos. Entre pueblo y pueblo había largas líneas de fosos llenos de agua y cubiertos por una capa verde de algas y jacintos; la tierra excavada se había utilizado para elevar la carretera unos pocos palmos por encima de la inexorable llanura al nivel del mar.

En Bangladés el suelo es tanpreciado que en la estación seca se dragan los lechos de los ríos para hacerse con un poco más. Es una materia prima en constante movimiento. Cuando se desmantelan las casas, el suelo en el que estaban construidas es transportado a través de húmedos «canales de lodo» hacía un nuevo emplazamiento. «Este es un paisaje muy efímero, lo que un año es agua, al otro puede ser tierra, y viceversa», me explicó un funcionario de la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional en Daca, la capital. «Un hombre puede cavar un foso, vender la tierra y luego criar peces en su nueva charca.»

La gente exprimía hasta la última gota de utilidad de la tierra en todos los aspectos. Un día vi a un hombre llevado en camilla momentos después de que un tigre de Bengala le magullara la cara y la oreja. No es un suceso excepcional, pues las comunidades de pescadores se instalan cada vez más cerca del último refugio de los tigres, en los manglares de la zona fronteriza indo-bangladesí, aun cuando la salinidad originada por la subida del nivel del

mar ha provocado una brusca reducción en la población de venados, de los que se alimentan los tigres. Ni el hombre ni el tigre tienen otro lugar al que ir.

La tierra siempre ha sido inestable. A lo largo de toda la historia geológica, las inundaciones y la erosión, los ciclones y los *tsunamis* han sido más la norma que la excepción. Pero nunca antes habían estado tan pobladas las zonas con el entorno medioambiental más frágil del planeta. Y en estos países más amenazados, a pesar de que el ritmo de crecimiento de la población mundial sigue cayendo, la enorme base poblacional existente garantiza el mayor aumento absoluto que hayan tenido nunca en el número de seres humanos. Esto significa que en las décadas venideras habrá más personas que nunca —en ningún periodo comparable, salvo unos pocos como el de la Peste Negra en el siglo XIV— que probablemente morirán o perderán sus hogares a manos de la Madre Naturaleza. El *tsunami* del océano Índico en diciembre de 2004 fue un prólogo de los desastres que se avecinan.

A veces la gente bromea sobre cómo miles de personas desplazadas a causa de las inundaciones en Bangladés equivalen, en términos de actualidad informativa, a un puñado de gente asesinada o desplazada si esto ocurre más cerca de casa. Pero esa equiparación, además de ser cruel, ignora hacia dónde podrían encaminarse estos desastres. Es posible que la marina de Estados Unidos esté destinada a participar en una gran partida de equilibrio de poderes con China y la India en el océano Índico, pero es más probable que sea desplegada con motivo de una emergencia medioambiental, y eso hace que Bangladés y sus problemas sean tan urgentes.

Con 150 millones de habitantes viviendo amontonados al nivel del mar, la existencia de millones de personas en Bangladés se ve afectada por la más mínima alteración climática, no digamos ya por la espectacular amenaza del calentamiento global. La posibilidad de que el nivel del mar en la bahía de Bengala suba veinte centímetros de aquí a 2030 significaría la devastación para más de 10 millones de personas, señala Atiq Rahman, director ejecutivo del Centro de Estudios Avanzados de Bangladés. Con solo un deshielo parcial de Groenlandia a lo largo del siglo XXI, la mitad de Bangladés podría quedar inundada bajo agua salada. Aunque estadísticas y panoramas como estos son un candente tema de debate entre estudiosos, una cosa es cierta: Bangladés es el punto del mapa con la probabilidad más alta de sufrir la mayor catástrofe humanitaria de la historia. Y, por lo que vi, afectaría casi en exclusiva a los más pobres de entre los pobres.

No obstante, como evidencia el caso de Bangladés, el futuro no gira estrictamente en torno a subidas del nivel del mar, gira en torno a las interrelaciones entre estas y fenómenos políticos como el extremismo religioso y las deficiencias de la democracia.

En lo alto de la bahía de Bengala, las innumerables vetas de los ríos Ganges, Brahmaputra y Meghna han formado el delta estuarial más grande, joven y dinámico del mundo. Comprimido en un territorio del tamaño de Iowa, unos 150 000 kilómetros cuadrados —de los cuales, entre un 20 y un 60 % se inunda cada año— vive una población que es la mitad de la de Estados Unidos y más grande que la de Rusia. Solo la población musulmana de Bangladés (un 83 % del total) es casi el doble que la de Egipto o Irán. Bangladés se considera un país pequeño únicamente porque la India lo rodea por tres de sus lados. En realidad, es inmenso: una verdadera cultura acuática donde desplazarse en barco o en coche, como descubrí, puede llevar muchos días.

Primero, desde el norte, llegan las inundaciones primaverales originadas en el Himalaya, que hacen crecer los tres grandes ríos. Luego, en junio, llega el monzón subiendo desde el sur por la bahía de Bengala, que dura tres meses. Las calamidades amenazan cuando la masa de agua llegada por el río, el mar o el cielo se manipula sin acierto, ya sea por la mano de Dios o por la del hombre. La deforestación provocada por el hombre ha arrasado el Nepal, la India y China, y el resultado es el cieno o terrenos sueltos que retienen el agua; de ahí los anegamientos que impiden que el agua fluya hasta llegar a los grandes ríos. Además, China y la India se están apropiando del agua del Brahmaputra y del Ganges para sus sistemas de riego, con lo que restringen aún más el flujo de agua dulce hacia Bangladés desde el norte y dan lugar a sequías. Mientras, en el sur, en la bahía de Bengala, el calentamiento global parece estar provocando una subida del nivel del mar que empuja el agua salada y los ciclones más tierra adentro. La salinidad —el rostro del calentamiento global en Bangladés— acaba con los árboles y las cosechas y contamina los pozos. Dado que la entrada de agua fluvial desde la India y China es insuficiente, este vacío hidrológico no hace sino acelerar la penetración de agua salada en los campos del norte.

Pero Bangladés no es tan interesante como caso perdido que como un ejemplo del modo en que la humanidad se enfrenta a un entorno natural extremo, ya que aquí, históricamente, el clima y la geografía se han encargado

de aislar un pueblo de otro. El primer gobierno central creíble lo trajeron los mogoles desde Asia central en el siglo XVI, pero ni ellos ni sus sucesores fueron realmente capaces de introducirse en la zona rural. Todas las carreteras principales se construyeron después de la independencia. Por todo ello, esta es una sociedad que nunca ha esperado que una autoridad superior le proporcione nada. El mismo aislamiento provocado por las inundaciones y las lluvias monzónicas ha impulsado el desarrollo institucional en los peldaños más bajos. La cultura política en el Bangladés rural es más comunitaria que jerárquica, y las mujeres tienen un papel particularmente significativo en ella.

A unas cuatro horas en coche al noroeste de Daca, encontré un pueblo en un área de mezcla hindú-musulmana en el que las mujeres se habían organizado en comités independientes para producir cestos y telas e invertir los beneficios en nuevos pozos y letrinas. Me mostraron un mapa de cartón en el que habían marcado los lugares en los que los instalarían. Recibían ayuda de una ONG local que, a su vez, estaba vinculada a la organización humanitaria CARE. El dinero para la inversión inicial había llegado de fuera, pero el grueso organizativo era trabajo local.

En un manglar del sudoeste infestado de tigres, me topé con un pueblo pesquero donde la gente vivía en cabañas cubiertas de bambú a lo largo del río. Aquí asistí a una obra representada por una ONG local que instruía acerca del cambio climático, la necesidad de conservar el agua de lluvia mediante sistemas de captación y la importancia de plantar árboles para prevenir la erosión. Cientos de vecinos estaban presentes; yo era el único extranjero. Al terminar, me enseñaron los sistemas de captación que habían construido para conducir el agua hacia los pozos.

A través de medios similares, desde la base y puramente voluntarios, el ritmo de crecimiento de la población de Bangladés se ha reducido de un 7 % anual, después de la independencia, al actual 1,5 %: un logro sin precedentes, dado el valor que tienen los niños como trabajadores en la sociedad agraria tradicional. La polio ha estado a punto de ser erradicada en varias ocasiones, y no se ha logrado únicamente por la perpetua reinfección procedente de la India. A pesar de todas las dificultades, Bangladés ha pasado de ser un estado de hambrunas a mediados de los setenta a una nación que se alimenta a sí misma.

El mérito de haber salido adelante en estas circunstancias lo tienen en último término las ONG, que se han convertido en un acrónimo familiar gracias al trabajo de organizaciones de ayuda como Save the Children, Médicos Sin Fronteras y muchas más. Pero en Bangladés la palabra también

va unida a una nueva forma de vida organizativa en la que miles de ONG locales ayudan a llenar el vacío entre un gobierno central remoto e ineficiente y los comités de los pueblos.

Dado que son empresas sin ánimo de lucro con características lucrativas, se han generado algunas dudas éticas en torno a ellas. Tomemos el caso de Muhammad Yunus, que junto con su Banco Grameen, ganó el premio Nobel de la Paz en 2006 por emprender un plan de microcréditos para mujeres pobres; también dirige un servicio de telefonía móvil e Internet. O el BRAC (Comité de Desarrollo Rural de Bangladés), el cual, además de sus generosas labores de ayuda, posee también negocios lácteos, avícolas y textiles. Sus oficinas centrales, igual que las de Grameen, ocupan un rascacielos que es uno de los edificios más caros de Daca. Aun así, concentrarse en las impurezas de estas ONG es ignorar su función transformadora.

«Una cosa llevó a la otra», me explicaba Mushtaque Chowdhury, el Director Ejecutivo Adjunto de BRAC. «Con el fin de no depender de entidades benéficas occidentales, pusimos en marcha nuestra propia imprenta comercial en los setenta. Luego construimos una planta para pasteurizar la leche del ganado que las mujeres pobres compraron con los préstamos que les habíamos proporcionado. Ahora nos hemos convertido en una especie de gobierno paralelo, con presencia en 60 000 pueblos.»

Del mismo modo que los teléfonos móviles han permitido a los países del Tercer Mundo sortear la necesidad de una infraestructura de tendido de comunicaciones, Bangladés nos muestra cómo las ONG pueden sortear los gobiernos, demasiado a menudo disfuncionales, del Tercer Mundo. Y dado que están respaldadas por donaciones extranjeras, han sido adoctrinadas en las normas internacionales hasta un grado superior incluso al del sector privado de Bangladés.

La vinculación entre, por un lado, una comunidad global y, por el otro, una comunidad local, ha hecho que las ONG bangladesíes sean profundamente conscientes de la relevancia a escala mundial de la precaria situación medioambiental de su país. «Venga, venga, le mostraré el cambio climático», me dijo Mohan Mondai, trabajador de una ONG local del sudoeste, refiriéndose a un puente que se había derrumbado parcialmente a causa de la crecida del agua del mar. Hasta cierto punto, todo esto es un escándalo en el que cada dique erosionado se convierte en parte de una acusación contra Estados Unidos por no ratificar el Protocolo de Kioto. Pero en casi todos los aspectos los bangladesíes musulmanes son proestadounidenses como resultado de una aversión histórica a la Gran

Bretaña colonial, de las frecuentes intimidaciones por parte de la India y China y de la persistente hostilidad hacia Pakistán, originada en la guerra de liberación de 1971.

Sin embargo, aquí no basta con que Estados Unidos se limite a defender la validez de sus argumentos. Puesto que es la mayor potencia mundial, Estados Unidos debería tomar la iniciativa en la lucha contra el calentamiento global o sufrir el destino de ser culpado de él. Bangladés es la prueba de cómo la miseria del Tercer Mundo ha adquirido —en la forma del «cambio climático»— una nueva y poderosa dimensión política ligada a las demandas más esenciales de justicia y dignidad. El futuro del poder estadounidense está directamente relacionado con el modo en el que comunique sus preocupaciones acerca de asuntos como el cambio climático a los bangladesíes y a muchos otros. Y esto tiene tanta importancia como el número de buques de guerra que posea, tal vez incluso más.

Las ONG no tendrían la influencia que tienen en los pueblos de Bangladés de no ser por un islam moderado y sincrético. El islam llegó tarde a Bengala, a principios del siglo XIII, de manos de invasores turcos con base en Delhi. Otro elemento más en un rico caldo de cultivo profundamente hinduizado. En los pueblos musulmanes de Bangladés, los *matbors* (los jefes del pueblo) no ostentan la misma autoridad que los jeques de los pueblos árabes. Y por debajo de estos líderes simbólicos, el resto de eslabones de la organización social pueden estar dominados por mujeres, al frente de comités cuya mentalidad ha sido a un tiempo receptiva a y potenciada por cooperantes occidentalizados.

Pero esta versión atenuada del islam está dando paso ahora a una cepa wahabita más dura y enérgica. Al tratarse de un país pobre que no puede decir no al dinero, con una costa desbaratada de islas y ensenadas y sin reglamentación, Bangladés se ha convertido en el lugar perfecto para los partidarios de Al Qaeda, los cuales, como las ONG occidentalizadas, son otro subfenómeno que viene a llenar el vacío generado por la debilidad del gobierno central. Los orfanatos, madrasas y refugios islámicos, que operan de modo similar a CARE o Save the Children, están brotando como setas por todo el país, gracias en gran parte a las donaciones de Arabia Saudí, así como de trabajadores bangladesíes que regresan a casa desde una península arábiga rica en petróleo.

Pero más que un hecho único en la historia bengalí, esta radicalización del islam sirve para mostrar cómo Bengala forma parte de un sistema cultural Índico profundamente islamizado. Al igual que el gran viajero marroquí Ibn Battuta se desplazó de Arabia a Bengala en el siglo XIV para obtener la bendición de un renombrado santón, Shah Jalal, los conceptos y textos saudís penetran ahora en Bengala, en el siglo XXI, y los trabajadores bangladesíes, unidos por mar y aire a la península Arábiga, vuelven a su tierra de origen con nuevas ideas.^[3]

En la capital, Daca, en la ciudad portuaria de Chittagong y por toda la zona rural, las mujeres están abandonando los vaqueros y camisetas de la década anterior y tienden cada vez más a cubrirse con burkas y *shalwar kameez*. Las madrasas superan en número a las escuelas secundarias, de acuerdo con Anupam Sen, rector de una universidad privada de Chittagong, el cual me explicó que está surgiendo una nueva clase de sociedad que es más «globalmente islámica» que «específicamente bengalí». El islam está adquiriendo un perfil ideológico, en especial en las áreas urbanas, donde la migración rural es de un 3-4 % anual, ya que la gente huye de la situación cada vez más desesperada del campo, arrasado por la salinidad en el sur y por la sequía en el noroeste. En el camino, pierden los vínculos con las tribus y con sus extensas familias y son engullidos en la inmensa anonimidad de los campamentos de chabolas. Aquí es donde el calentamiento global y el cambio climático provocado por el hombre alimentan indirectamente el extremismo islamista.

«No tendremos anarquía a un nivel local, donde la sociedad es sana; pero podemos tenerla en las zonas urbanas en constante expansión», advertía Atiq Rahman. Tal es el lamentable fracaso de la autoridad central en Bangladés tras quince años de gobiernos electos.

Acercándose a la segunda década del siglo XXI, Bangladés es un microcosmos perfecto de los peligros de la democracia en el mundo en vías de desarrollo, porque no es un fracaso espectacular como el Irak posterior a la invasión, sino el típico de muchos otros lugares. Como en más de un país del Tercer Mundo oficialmente suscrito a la democracia, los intelectuales de la sociedad civil apenas tienen ningún papel en el proceso político, se tiene más confianza en el ejército que en ninguno de los partidos y, aunque muchos abogaban por el liberalismo histórico, todo el mundo con quien hablé tenía también terror a las elecciones, pues temían que condujeran a la violencia de

bandas. «Tenemos la mejor constitución, las mejores leyes, pero nadie las obedece», se lamentaba un hombre de negocios. «La mejor forma de gobierno para un país como el nuestro», añadió, «es un régimen militar en su primer año en el poder. Después de eso, también los militares fracasan».

El poder militar estuvo detrás de un gobierno civil en funciones en otoño de 2006, cuando el sistema político parecía al borde del caos: había huelgas, manifestaciones, rachas de asesinatos y una economía que no iba a ninguna parte. El grupo gobernante estaba preparando unas próximas elecciones, al tiempo que la oposición planeaba una serie de ataques de bandas armadas en respuesta. Hasta ese momento, la democracia había aportado dos partidos feudales y dinásticos: la Liga Awami de Sheikh Hasina Wazed, hija de Sheikh Mujibur Rahman, el padre fundador de Bangladés, asesinado en 1975 en un golpe militar, y el Partido Nacionalista de Bangladés (BNP), encabezado por Jaleda Zia, la viuda de otro de los fundadores del país, el general Ziaur Rahman, asesinado en otro golpe en 1981. La animosidad personal entre las dos mujeres tiene su origen en el perdón otorgado por el marido de begum Zia a los asesinos del padre de begum Hasina: una política oscuramente shakesperiana guiada por el revanchismo personal y que, como tal, recuerda a la de Pakistán.

Dado que ambos partidos son débiles, necesitan aliarse con diversos grupos islámicos y, en consecuencia, hacen la vista gorda ante partidarios de Al Qaeda como la Jemaah Islamiya, que usan Bangladés como lugar de paso y base de adiestramiento. Cuando a principios de 2007 el gobierno en funciones respaldado por los militares ahorcó a seis militantes de la Jama'atul Muyahidín —una organización islámica local responsable de, literalmente, miles de ataques terroristas a lo largo de 2005—, la creencia popular afirmaba que ninguno de los partidos políticos podría haber llevado a cabo la sentencia, comprometidos como estaban por sus socios de coalición islámicos. En la inquietante calma que caracterizaba la época la en que visité el país, con más orden del que había habido en años —sin ataques terroristas, sin huelgas en los puertos, con puestos de control del ejército por todas partes, cientos de arrestos de políticos bajo cargos de corrupción y el ascenso de tecnócratas por delante de mercenarios del partido— no conocí a nadie que se mostrara entusiasta ante la vuelta del viejo sistema bipartidista, si bien nadie quería tampoco que los militares siguieran teniendo un papel tan prominente en los asuntos de la nación. El ejército se retiró finalmente del poder y Sheikh Hasina fue escogida primera ministra, aunque poco después de su elección

tuvo que hacer frente a un violento motín entre los guardas fronterizos paramilitares.

Bangladés nos muestra que el tipo de gobierno que tenga un país no es tan importante como el grado hasta el cual ese país está gobernado; es decir, una democracia que no pueda controlar a su propia población puede ser peor para los derechos humanos que una dictadura que sí sea capaz de hacerlo. De nuevo, no necesitamos recurrir al ejemplo extremo de Irak para demostrar este punto; el ejemplo menos extremo de Bangladés es suficiente. Unas instituciones eficaces —más que unas simples elecciones— son la clave, en particular en sociedades complejas, pues cuanto más rápido progresa una sociedad, más diferentes y numerosas son las instituciones que requiere.^[4] La intervención militar en Bangladés es, en último término, una respuesta a la ausencia de instituciones competentes.

Por otra parte, aunque la democracia puede proporcionar la única cura para el radicalismo islamista a largo plazo, a corto plazo fue el miedo a que ese radicalismo se aprovechara del vacío político lo que disuadió inicialmente a los militares de volver a los barracones. Este es un país en el que el 80 % de la población subsiste con menos de 2 dólares al día, mientras que el presupuesto por miembro de la Jama'atul Muyahidín es 1250 dólares al mes. Además del incentivo económico de convertirse en militante, Bangladés tiene unas fronteras porosas con una zona de la India apenas gobernable y en la que hay en marcha más de una docena de revueltas regionales. Lejos de ser eliminada por las enérgicas medidas del ejército, se pensaba que la Jama'atul Muyahidín había mutado provisionalmente en grupos más pequeños que operaban en las zonas fronterizas.

Puede que Bangladés esté destinado a ser dirigido por un anticuado régimen de seguridad nacional al estilo turco, compuesto tanto por funcionarios civiles como militares, y en el que los primeros imperen en público y los segundos tracen las líneas rojas de puertas adentro. «A la larga, somos rehenes de la democracia», me dijo Mahmudul Islam Chowdhury, antiguo alcalde de Chittagong. «Su sistema Westminster-Capitolio no funcionará aquí, pero somos pobres y necesitamos ayuda, así que estamos obligados a convocar elecciones». Me explicó que en la India la democracia funciona porque tiene muchos estados y en ellos dominan diferentes partidos políticos, de modo que los gobiernos estatales y municipales prosperan junto al federal en un sistema multiescalonado. Pero en Bangladés el gobierno no se puede arriesgar a que un partido rival se haga con el control de ninguna de las grandes ciudades, de modo que Daca acapara todo el poder. El resultado es

ese vacío que los comités del pueblo han ocupado en el nivel inferior de gobierno, y que se disputan las ONG y los islamistas en el enorme y decisivo nivel medio.

Barisal, un importante puerto fluvial en el sur de Bangladés, es un triste y paradigmático ejemplo de este vacío de poder: una ciudad de tamaño medio que apesta a basura y aguas residuales debido a la ausencia de plantas de tratamiento y a la desecación de los canales. Esto, a su vez, está relacionado con la construcción no autorizada de altos edificios que atraen a más gente al núcleo urbano. Ahmed Kaisea, el director medioambiental del distrito, fue uno de los funcionarios que me dijo que «las leyes están bien, pero no se hacen cumplir». Había ido a verlo sin cita previa. No parecía ocupado. Su teléfono no sonó en ningún momento y no había ni rastro de un ordenador. Aquí, los cortes de electricidad a lo largo del día limitan enormemente el uso de Internet. Era como muchos de los burócratas que había conocido: con un despacho, pero con poco control efectivo.

Los núcleos urbanos requieren una infraestructura mayor que los pueblos (alcantarillado, alumbrado público, señales de tráfico, etcétera), por lo que el crecimiento incontrolado de ciudades como Barisal —en parte resultado de la depredación medioambiental del campo— hace que estas instituciones gubernamentales, en su forma actual, lo tengan cada vez más difícil para dar abasto.

Mientras que los pueblos bangladesíes se caracterizan por la lucha en busca de suelo seco, lo que caracteriza a las ciudades es la economía del *rickshaw*. Hay varios cientos de miles de *rickshaws* a pedal solo en Daca, una ciudad de más de 10 millones de habitantes. Muchos de los chóferes son emigrantes procedentes de un campo propenso a las inundaciones, que pagan a los *mustans* (cabecillas de estilo mafioso a menudo asociados con los partidos políticos) el equivalente a 1,35 dólares diarios por el alquiler del *rickshaw*. Por cada pasajero, el chófer recibe una media de 30 céntimos, y acaba consiguiendo unos beneficios de un dólar al día. Su esposa a menudo cobra un sueldo similar por romper ladrillos para producir conglomerado mientras sus hijos rebuscan en la basura. Esta sería una típica familia bangladesí. Es un marco económico ideal para el desarrollo del radicalismo islamista, el cual ofrece ante su sufrimiento unas respuestas y unas recompensas espirituales que la mera convicción de unas elecciones periódicas no les puede ofrecer. El milagro no es lo radicales que son Bangladés y gran parte del Tercer Mundo, sino que sigan siendo tan moderados.

La cohesión social que en efecto existe a nivel nacional es resultado del nacionalismo lingüístico, y no de la democracia. Este es un país étnicamente homogéneo en el que —a diferencia de Pakistán o Irak— el islam no es necesario como cohesionador que mantenga unidos grupos sectarios o étnicos dispares; es más, la identidad nacional está cimentada en la lucha violenta. En 1947, los bengalíes musulmanes se alzaron contra los británicos y contra la India para formar Pakistán Oriental. Luego vino la guerra de liberación de 1971 contra Pakistán Occidental, musulmán, que trajo sobre Daca una ola generalizada de violaciones y ejecuciones a manos del ejército de Pakistán Occidental, empeñado en imponer la lengua urdu a los bengalíes. De Pakistán (la «tierra de pureza [islámica]») Oriental surgió Bangladés (la «tierra de los bengalíes»). Así, la lengua sustituyó a la religión como principio estructurante de la sociedad.

Pero ese principio estructurante no está libre de mácula.

Puesto que ocupa la mayor parte del subcontinente, la India goza de una lógica geográfica demostrable, no así Bangladés. De nuevo, por pequeño que parezca el país, es enorme en sí mismo. «Llegue quien llegue al poder en Daca —democrático o militar— siempre se olvida de nosotros, los de Chittagong», se quejaba Emdadul Islam, un abogado local, dando voz a un sentimiento compartido en la ciudad portuaria del sudeste. «Tenemos nuestro propio dialecto de Chittagong, una mezcla de portugués, árabe, arakanés, birmano, bengalí, etcétera. Históricamente estamos tan vinculados a algunas zonas de Birmania y la India como lo estamos con el resto de Bangladés. Quién sabe qué pasará cuando Birmania se abra algún día y tengamos nuevos enlaces de carreteras y vías ferroviarias con la India y el sudoeste de China. Dadme mis derechos fundamentales y dignidad y amaré esta tierra; si no, no lo sé.»

No estaba llamando a la secesión, pero sí señalaba cómo este borrón artificial de territorio en el subcontinente indio —conocido sucesivamente como Bengala, Bengala Oriental, Pakistán Oriental y Bangladés— podría metamorfosearse aún una vez más bajo los vendavales de la política regional, el extremismo religioso y la propia naturaleza. Al fin y al cabo, tengamos en cuenta todos los reinos a los que ha pertenecido alguna vez Chittagong: Samatata, Harikela, Tripura, Arakán, etcétera. A lo largo de los tiempos, Chittagong y el sudeste de Bangladés habían estado conectados de un modo tan orgánico a la historia de Birmania como a la de la India.

Emdadul Islam me habló de un nuevo miniestado formado por Chittagong y los Trechos de Colinas de Chittagong, que se asientan entre Birmania y la Gran India; y también de una fusión de las regiones de Barisal y Khulna con Kolkata, en la India. Mencionó los miles de habitantes de Chittagong que trabajan en estados cercanos como parte de una rica minidiáspora. No era un instigador, era simplemente un hombre pensando en voz alta entrada la noche, mientras la lluvia martilleaba en un callejón cercano, sobre cosas en las que la propia inestabilidad crónica de este país llevaba a pensar de forma natural.

Fui obsequiado con una historia tan voluminosa como los archivadores que se apilaban hasta tocar el techo en la oficina del abogado. Resulta que la identidad de Chittagong está más definida por la bahía de Bengala y por el mundo Índico que por Bangladés. Aunque a principios del siglo XV —y, esporádicamente, en el XVI— Chittagong formó parte brevemente del sultanato musulmán independiente de Bengala, durante la mayor parte del tiempo entre los siglos XV y XVII, «la ciudad y su región estuvieron dominados por los reyes de Arakán», un reino predominantemente budista ligado de forma más estrecha a Birmania que a Bengala. Chittagong era un puerto importante en el sur y el sudeste de Asia para los peregrinos musulmanes que viajaban hacia y desde La Meca, así como una base para los portugueses renegados que dirigían sus propias empresas comerciales y militares al margen de las autoridades portuguesas de Goa, en la costa Malabar de la India.^[5] «Ve a Cathigon, ciudad de las mejores del Bengalés», escribió Camões.^[6]

En algún punto de la Edad Media, del otro lado del océano Índico, llegaron doce santos sufíes, los *auliyas* (protectores), que predicaban el islam y ayudaron a establecer la ciudad. El más destacado era Pir Badr Shah, el cual, según la leyenda, llegó desde Arabia flotando sobre una losa de piedra para librar a la ciudad de los espíritus malignos. Símbolo de la ola tras ola de comerciantes árabes que surcaron el océano Índico desde Arabia al sudeste asiático llevando especias, telas de algodón, piedras preciosas y minerales, Badr Shah trajo consigo una lámpara de barro que dispersaba luz «en todas direcciones, cerca y lejos», mantenía alejada la oscuridad del mal y ayudaba a los marineros.^[7] Esta lámpara podría haber sido confundida con una almenara que Badr Shah encendió en lo alto de una colina cercana para guiar a sus compañeros hacia el puerto; en cualquier caso, los marineros le rinden culto a lo largo de toda la costa este de la bahía de Bengala, hasta tan al sur como Malasia.

La lámpara de barro y la losa de piedra reposan ahora a la luz de los fluorescentes en una vitrina de cristal enmohecido, al lado del sarcófago del santo, que se encuentra en una jaula de latón, bajo una bóveda también enmohecida, en la zona del antiguo fuerte de Chittagong. A su alrededor hay alfombras tejidas a máquina, esteras sencillas y azulejos verdes del tipo que se puede encontrar en muchas cocinas y lavabos. En otras palabras, no hay nada particularmente estético en esta tumba, y no obstante al atardecer rebosaba de devotos. Hombres con el torso desnudo y vestidos con sucios *lunguis*, bañados en sudor y agua de lluvia, bailaron en torno a ella. Mujeres ataviadas con saris se tendieron en el suelo de piedra, apelando silenciosamente al santo. Por todas partes vi velas y flores. Era como si me encontrara dentro de un templo hindú. Pir Badr Shah es sagrado tanto para los hindúes como para los musulmanes. Su propia figura podría confundirse con la de las deidades hindúes. Los budistas y los chinos lo veneran como a un dios menor. La misma deliciosa confusión de cultos sirve para las tumbas del resto de santos sufíes que hay en la ciudad. Chittagong es una ventana a un mundo mucho más grande y más cosmopolita que el de Bangladés.

Sin embargo, no hay apenas indicios arquitectónicos de ello. Húmeda, fría y mohosa, Chittagong está compuesta por kilómetros y kilómetros de señalización de mala calidad carcomida por el óxido. Aparte de un puñado de mezquitas, no hay ningún otro edificio que uno pueda identificar con un estilo histórico particular. Más que una arquitectura, lo único que vi fue una acumulación provisional de estructuras de primera necesidad: el mínimo de construcción requerido para responder a las necesidades del momento. Las personas que construyeron esas edificaciones obviamente carecían de una opulencia que les permitiera dejar un legado perdurable, no digamos ya algo bonito. Para ellos, estas construcciones chapuceras representaban un paso adelante respecto del pueblo del que habían emigrado. Como la tumba de Badr Shah, Chittagong era fea pero también dinámica. Su historia y su folclore abrazaban una vasta extensión, si bien en otros aspectos estaba tan vacía de tradición que, aquí, pocas cosas podían darse por sentadas.

Desde una azotea, parecía que Chittagong hubiese sido emborronada con alquitrán y polvo de carbón, y la bruma del monzón tapaba las vistas de los cercanos y pintorescos Trechos de las Colinas, «las montañas que parecen tocar el cielo», en palabras de un viajero portugués del siglo XVII. Me acompañaba Tanbir ul Islam Siddiqui, el fundador de una ONG llamada Change Makers. Esta tenía el objetivo primordial de hacer que los bangladesíes fueran conscientes de su constitución. Bangladés tenía una

constitución perfectamente correcta, pero había sido transgredida tantas veces a lo largo de los años, tanto por gobernantes militares como civiles, que su propia existencia era motivo de vergüenza para aquellos en el poder, de modo que la trataban casi como si fuera un secreto de estado. Para la gente corriente era complicado obtener una copia, así que Change Makers se dedicaba a distribuirla entre los bangladesíes. Tanbir no se hacía ilusiones respecto a lo que se enfrentaba.

Mirando hacia el retablo granulado de Chittagong, me dijo: «Los debates sobre la democracia, el gobierno militar, son para nosotros. Para la élite. De lo único que se preocupa la gente ahí abajo es de su arroz de cada día, mientras se amparan en sus santos. Si los militares hacen que el puerto funcione, si hacen que los autobuses y las fábricas funcionen, ellos están contentos. La auténtica batalla no es quién gobierne, sino hacer que a la gente le preocupe quién lo haga».

Aunque Chittagong se encuentra en la bahía de Bengala, el puerto en sí, del cual ha surgido la ciudad, está a unos 15 kilómetros subiendo por el río Karnaphuli. A causa de los sistemas de regadío y de los desbordamientos río arriba, la corriente no llevaba bastante agua como para diluir la sal que penetraba desde la bahía con la crecida del nivel del mar: la misma historia que en otros puntos de la costa bangladesí. El resultado era una acumulación de sedimentos que hacían que la profundidad del río no fuese la suficiente para un número de barcos cada vez mayor. Es más, el puerto necesitaba desesperadamente una nueva red de carreteras para que los camiones pudieran llegar hasta los barcos atracados en el muelle. Así, a pesar del perfecto emplazamiento del puerto —a medio camino de Oriente Medio y el Lejano Oriente, lo que había hecho de Chittagong un *entrepôt* tan atractivo durante siglos—, este tenía un futuro incierto.

Y dado que China estaba construyendo instalaciones de aguas profundas en la vecina Birmania, en el futuro esta parte de Bangladés podría ser abastecida desde allí mediante el tráfico de camiones. Los quince años de gobiernos electos en Daca no tenían mucho que mostrar en Chittagong. Sin un dragado a fondo del río y una nueva red de carreteras, la historia podía trasladarse al sudeste, a Birmania. Daca solo era el lugar más reciente del que había emanado el control sobre esta ciudad, y había defraudado a Chittagong.

El puerto también podría ser dragado y modernizado por empresas privadas. Los chinos en particular tenían puesto el ojo en Chittagong, y estaban ayudando a construir un puerto de contenedores. Una mañana vi cómo los trabajadores locales entraban en tropel en el recinto de una empresa

surcoreana que tenía la soberanía efectiva de un largo tramo de tierra junto al puerto, en el cual se mantenían los estándares surcoreanos de eficiencia, construcción precisa y demás. Desde aquí se exportaba yute, tela, piel, té y pescado congelado a Corea del Sur, mientras que los obreros bangladesíes, por un sueldo bajo en comparación al de los coreanos, confeccionaban ropa de deporte que se exportaba a todo el mundo. El fracaso del gobierno no tiene que conducir necesariamente a un cambio de las fronteras, sino a una cesión de responsabilidades a las empresas privadas.

La India y China siguen con nerviosismo el destino de Bangladés, pues el país es clave para el restablecimiento de una histórica ruta comercial, inactiva desde hace largo tiempo, entre los dos gigantes en ascenso del siglo XXI. Como apuntaba el abogado de Chittagong, esta ruta pasaría por Birmania y el este de la India antes de atravesar Bangladés camino de Kolkata, y ofrecería así al bloqueado sudoeste de China el acceso a la bahía de Bengala y al océano Índico que tanto tiempo lleva buscando.

Pero que esto ocurra depende de la interrelación entre entorno y política en Daca. Se necesita un Bangladés estable para esta ruta comercial, si bien esta podría conducir con el paso del tiempo a un debilitamiento de la identidad nacional. Es la propia mezcla de lenguas y culturas —fuerzas de una unidad global que ignora las fronteras— la que hace que muchas líneas sobre el mapa sean en última instancia provisionales.

De hecho, mientras me dirigía al sur desde Chittagong a lo largo de una estrecha franja de territorio bangladesí situada entre la bahía de Bengala y las fronteras con la India y Birmania, no se hablaba más que de los refugiados birmanos y de los problemas que estaban causando. El extremo más al sudeste de Bangladés estaba metido hasta el cuello en la terrible realidad de Birmania, a la que le esperaba no muy lejos su día del Juicio Final como estado militar represivo y acuciado, además, por conflictos étnicos. Esta zona remota de Bangladés prácticamente marcaba el límite de la civilización indoeuropea, el bastión más oriental de Asia en el que todavía quedaban préstamos léxicos del persa integrados en la lengua. Aquí, más que un caso perdido, Bangladés era el refugio donde huir de ese caos mucho peor que había al otro lado.

Con un enrevesamiento de arrozales de ángulos rectos, picudas marañas de vegetación y rígidas hojas de banano acuchillando la cortina de nubes del

cielo, el paisaje, medio sumergido en el agua, parecía más propio del sudeste asiático que del subcontinente indio. Unas yacas como globos colgaban obscenas de los árboles. Había una cualidad tiznada, vaporosa, en todo, tamizado como estaba por el agua y el barro. Muchos arrozales estaban vacíos, víctimas de la salinidad.

Los ríos, el mar y los bosques convergían en el pueblo fronterizo de Teknaf. En sendas salas mugrientas iluminadas por fluorescentes, un jefe de policía y un oficial de inteligencia se quejaron ante mí de los «criminales y apátridas, todos de Birmania», que estaban cometiendo violaciones, saqueos y mendigando. Los bangladesíes del lugar no tenían empleo porque los rohingyas étnicos —refugiados musulmanes del estado birmano occidental de Arakán— estaban dispuestos a hacer los mismos trabajos por menos dinero. Aquí, la solidaridad con los musulmanes se estaba agotando. «Los rohingyas trafican con armas, drogas, cualquier tipo de delito. Si atrapas a tres criminales, habrá al menos un rohingya entre ellos», me dijo un político local.

Había 250 000 rohingyas en el sudeste de Bangladés, miles de ellos en campos de refugiados. Corrían rumores de que las ONG saudíes los reclutaban para planes terroristas. «Puedes contratar a un rohingya para matar a quien quieras por un precio muy bajo», afirmaba un vecino. Lo que me contaban estas historias no era que los refugiados fueran criminales, solo que eran odiados.

Los rohingyas eran parte de una bella civilización híbrida budista-hindú-musulmana de Arakán, donde las influencias de Persia y la India se entrecruzan con las de Siam y el resto del sudeste asiático. El actual aislamiento de Arakán, y la pérdida de ese cosmopolitismo Índico que había florecido gracias a las antiguas rutas comerciales, son «parte de la pobreza de la Birmania de hoy día», escribe el intelectual birmano y funcionario de la ONU Thant Myint-U.^[8] Los arakaneses ocuparon en su día Chittagong, en el noroeste, y Pegu, en el sudeste, si bien en otras ocasiones fueron oprimidos y brutalmente derrotados por el sultanato de Bengala y por los reyes birmanos de Mandalay. La suya era una historia rica, con una cultura repleta de enseñanzas sánscritas e islámicas.

El poblado rohingya que visité cerca de Teknaf era uno de los peores campos de refugiados que yo haya visto en cualquier lugar del mundo, y he visto muchos en algunas de las zonas más míseras de África. Albergaba a alrededor de 10 000 personas, y estaba literalmente plagado de niños pequeños. Las casas provisionales de bambú y envoltorio plástico estaban construidas las unas pegadas a las otras. Una reciente tormenta tropical había

arrancado el 10 % de los tejados. Las diarreas, las dolencias cutáneas y las infecciones respiratorias eran las enfermedades predominantes, según me dijo un cooperante de la división holandesa de Médicos sin Fronteras. Me encontraba rodeado de refugiados, asediado con historias sobre las violaciones y los trabajos forzados en Birmania, como si estuviéramos a finales del siglo XVIII y el reino de Ava (cerca de Mandalay) estuviera apresando a miles de arakaneses para proyectos de construcción y regadío.^[9] Los rohingyas tienen unos rasgos levemente asiáticos, aunque su complexión se parece a la de los bangladesíes. Encarnan el vínculo racial y cultural entre el subcontinente indio y el sudeste asiático, y en consecuencia se los desprecia tanto aquí y como en Birmania. Solo un mundo de fronteras más flexibles los liberará.

Viajando hacia el norte, de vuelta a Chittagong, el autobús avanzaba trabajosamente a través de las ciénagas recién formadas, una tras otra. Hacía apenas una semana que había empezado el monzón: nada de ciclones ni de tormentas tropicales, solo lluvias de la fuerza habitual y avalanchas de lodo que habían matado en 48 horas a más de 120 personas en las inmediaciones. A los lados de la carretera elevada por la que circulaba el autobús, la oscura agua marrón había alcanzado la base de los tejados de acero ondulado. En otros lugares, los hombres se agarraban los *lunguis* con el agua a la altura de la cintura. Troncos enteros de árboles eran arrastrados por la corriente, pues el agua de los ríos fluía a solo dos o tres palmos por debajo de los puentes. En estos, hordas de hombres jóvenes se habían reunido llevando cuerdas, y pescaban leña gratis a medida que pasaba. Pronto se apilaron altos montículos de madera que se pondrían luego a secar. Como he dicho, esto era el principio del monzón, y se esperaban lluvias más fuertes en julio y agosto.

La sociedad se las arreglaba lo mejor que podía, a menudo ingeniosamente. Una cascada de mensajes de texto alertaba de los peligros próximos vía teléfono móvil. Se habían plantado banderas señalizadoras en las playas para prevenir de la crecida del agua. En algunos lugares, se habían previsto suministros para casos de desastre, como parte de un sistema cada vez más sofisticado de alerta precoz. El ejército y la armada de Bangladés estarían disponibles si tenía lugar una catástrofe importante. Si no, en muchos aspectos estaba en manos de los pueblos y de las ONG lidiar con el mundo natural.

Kolkata: la futura ciudad global



Las nubes bajas del monzón confinaban el cielo como en un atardecer de noviembre. Estaba de nuevo en una carretera elevada bordeada de fosos llenos de un agua verde, fría y espumosa. Por todas partes en aquella llanura al nivel de mar había *rickshaws* a pedal, arrozales, pilas de troncos, bambú y yaca. La repetición hablaba por sí sola: era una economía agrícola de subsistencia, donde la mayoría de la gente vivía en chozas de bambú y la tierra estaba siendo deforestada. Y sin embargo —uno tenía que recordar—, este era el paisaje que, junto con el de China, constituía la base de capital de la Compañía Británica de las Indias Orientales, sucesora del poder portugués y holandés en el océano Índico. Las riquezas de Bengala —su población enorme, densa y trabajadora, y las inmensas reservas y producción de productos de primera necesidad como el arroz, el azúcar, las especias o el aceite vegetal— estaban detrás de un 50 % del comercio total de la Compañía.

[1] Debido también a sus telas, Bengala había sido un cofre del tesoro para los imperios precedentes. Bengala, «a quien en lo feraz ninguna iguala», escribía Camões en *Los Lusíadas*.^[2] Aquí era donde las redes de comercio del mar Árabe y la bahía de Bengala se solapaban. El islam se difundió aquí en la Edad Media con la primera tala de bosques y la expansión agraria que la siguió, al igual que hoy en día la deforestación y la urbanización de baja calidad están conduciendo a una intensificación ideológica de la religiosidad. Las mezquitas de ladrillo eran habituales: cuadradas, con una sola cúpula y, ocasionalmente, decoración de terracota; inspiradas, nos informa el estudioso Richard M. Eaton, en la forma curvada de las chozas de bambú y en los templos budistas preislámicos. Incluso rodeados de las más bellas de estas mezquitas, se apreciaba una cierta fiereza desaliñada en Bengala Occidental, algo que tiene que ver, históricamente, con la severidad del monzón en esta región a causa de la proximidad del delta del Ganges.^[3]

Tras siete horas de viaje desde Daca, en dirección al sudoeste, el autocar llegó al pueblo de Benapole, en la frontera indo-bangladesí. Un enjambre de mendigos, portadores y conductores de *rickshaw* aguardaban a los pasajeros. Comenzó el regateo. Me acomodé en un *rickshaw* a pedal que me llevó hasta la frontera en sí, a unos 800 metros, por el equivalente a 50 centavos. Un segundo hombre transportó mi equipaje en una chirriante carreta de bueyes. Un tercero cogió mi pasaporte. La clave era emplear a tanta gente como fuera posible. Repartí propinas entre una docena de personas, algunas de las cuales me entregaron —me vendieron, más bien— formularios que rellenar. Al otro lado de la opaca confusión había un sistema, no obstante. Mi pasaporte, una vez sellado, reapareció más tarde en una mugrienta caseta. Una sucesión de

funcionarios revisó cuidadosamente mi pasaporte y mi equipaje. Parecía que debía haber algo sospechoso en un extranjero que viajaba en autobús a Kolkata (antes Calcuta) en lugar de en avión.

Una hora más tarde crucé un puente de hierro oxidado, entre un repiqueteo metálico, y llegué a la India, donde me esperaba la misma estación sembrada de basura, con sus chozas provisionales y sus perros huesudos martirizados por las moscas, a los que intentaba no pisar. Rellené los formularios de entrada en un callejón, agachado junto al joven que me los había entregado y que también me cambió el dinero. En ambos lados de la frontera no vi una sola mujer por ninguna parte.

Las fronteras terrestres exponen la verdad al desnudo de un país. Una vez, cruzando de México a Estados Unidos, en el espacio de unos pocos metros viajé de un mundo de mendigos, aceras hechas pedazos y señales oxidadas a una burbuja alienante y protectora con unos precisos estándares de construcción; esto es, de una sociedad del Tercer Mundo a una nerviosa sociedad del primero. Lo que esta frontera me mostró acerca de Bangladés no sorprendía: era un país carcomido por la pobreza y con instituciones débiles; lo que me mostró acerca de la India fue cuánto camino le quedaba para convertirse en una auténtica potencia global. Era la propia similitud entre ambos lados de la frontera lo que resultaba chocante, teniendo en cuenta el optimismo con el que los medios informaban sobre la economía india.

Sin embargo, tan pronto como subí de nuevo al autobús y nos pusimos en marcha hacia Kolkata, se produjo un cambio radical en el campo. El paisaje asfixiado de vegetación de Bengala continuó como hasta entonces, con las mismas pilas de troncos por todas partes. Pero en lugar de acero ondulado, vi tejas de arcilla en los tejados. Había tendederos, macetas con flores, un elegante si bien mohoso balcón aquí y allá, ventanas de gablete y teterías de verdad: signos de domesticidad que hacen que la desastrada dispersión de pueblos de Bangladés parezca indómita a su lado. Vi mujeres con vaqueros y camisetas de tirantes: no, ya no estaba en un país de predominio musulmán. Había cajeros automáticos y muchas señales en inglés. En Bangladés todo el mundo hablaba bengalí, así que no necesitaban la *lingua franca* del inglés como en la India, con sus diversas lenguas y dialectos.

Tres horas después el autobús llegó a las afueras de Kolkata.

«Hay mendicidad por toda la India, pero en ninguna parte al nivel de Calcuta», observaba el escritor de viajes británico Geoffrey Moorhouse,

mientras describía las figuras bruegelianas, a menudo amputadas, que apelan a nuestra caridad por doquier en esta ciudad de más de 14 millones de habitantes, una ciudad cuyo mero nombre evoca desesperación.^[4] La palabra «Calcuta» viene de Kali (Kalikata), la diosa hindú de la enfermedad, la muerte y la destrucción. Robert Clive, que consolidó el dominio británico sobre Bengala a mediados del siglo XVIII, la etiquetó como «el lugar más pérfido del Universo».^[5] Rudyard Kipling la llamó «la ciudad de la noche espantosa». Lord Curzon, el virrey de la India cien años atrás, dijo que sus «enormes y palpitantes barrios marginales» eran una desgracia para el dominio británico.^[6] La pobreza de Kolkata en nuestros días está célebremente retratada en *La ciudad de la alegría* de Dominique Lapierre.^[7] Fue en Kolkata donde la madre Teresa dedicó toda una vida a cuidar de los pobres, lo que confirma el estatus infernal de la ciudad.

Pero a la hora de juzgar un lugar, todo depende de la procedencia del viajero. Llegar a Kolkata en autobús desde Daca, la capital de la vecina Bangladés, es como llegar a Berlín Occidental desde Berlín Oriental durante la Guerra Fría; un viaje que realicé varias veces. La grisura ha desaparecido. En lugar de las señales oxidadas de Daca, hay una profusión de gigantescas y ostentosas vallas publicitarias que anuncian productos globales, brillando en la noche como pantallas de ordenador retroiluminadas. En Daca, el tráfico está dominado por chirriantes *rickshaws* a pedal; en Kolkata, por coches último modelo. Y están también los robustos taxis Ambassador amarillos, los veloces coches familiares Maruti fabricados en la India y equipados con catalizador, y una cantidad de coches de lujo.

Aun así, los *rickshaws* que vemos en Kolkata proporcionan una imagen distintiva de explotación peor que cualquiera que pudiéramos ver en Daca: no se trata simplemente de que un ser humano sea transportado por otro que pedalea furiosamente cuesta arriba, sino que este en realidad corre cuesta arriba, tirando del *rickshaw* como un animal y con los pies descalzos.

Kolkata puede ser obscena. Un día salía de una elegante cafetería —sus cristales abarrotados de adhesivos de tarjetas de crédito— que ofrecía una ecléctica *cuisine* indo-globalizada compuesta de extravagantes cócteles de café moca y sándwiches de *paneer tikka*. Mientras abandonaba el aire acondicionado por la calle abrasadora, tuve cuidado de no pisar a las familias enteras que dormían sobre cartones a lo largo de una acera en la que orinaban hombres y mujeres. Un joven empezó a seguirme. Después de varias manzanas aún no había podido quitármelo de encima. Me plantó en la cara su currículum como productor de documentales y me rogó desesperadamente

que lo contratara. «Soy consciente de que estoy invadiendo su privacidad, señor», me dijo, «pero ¿qué puedo hacer? Tal vez esté enfadado conmigo, dejaré de molestarle, pero solo si me da un trabajo». Iba pulcra aunque pobremente vestido, preparado para dar buena impresión. En Estados Unidos tenemos el lujo del correo comercial y las llamadas de televentas, que nos permiten romper el folleto o colgar el teléfono. En Kolkata, esos ruegos no solicitados toman un carácter muy personal. Las peticiones en la calle son aquí una forma de llamada no solicitada. Es imposible escapar.

Kolkata es la prueba que la pobreza no es ni exótica ni fascinante, sino anodina, entumecida, desprovista de significado y monótona. Los pobres, como los muertos, son invisibles salvo cuando nos enfrentan cara a cara con su «repugnancia», entonces son como «tumbas abiertas», escribe William T. Vollmann en *Los pobres*, un libro que, mediante una calculada repetición, muestra cuán miserable y falta de interés es la pobreza. La pobreza no es exótica, no posee ninguna cualidad que la redima, es simplemente terrible.^[8]

A su manera perversa, el sistema de castas garantiza algunos derechos al individuo y alivia así una pizca la desgracia de la pobreza. «El individuo indio no existe más que en y a través de su casta; fuera de ella está perdido, no es ya un hombre sino un marginado de la sociedad, un ser insignificante», escribe Madeleine Biardeau, indóloga francesa de mediados del siglo XX. En la India tradicional, explica, «el hombre no significa nada en sí mismo». Incluso entre aquellos que poseen casas grandes, las familias tienden a apiñarse en la misma habitación, mientras el resto permanecen vacías. «El miedo tiene un papel importante en este modo de aferrarse los unos a los otros [...], un miedo indefinido, sin nombre; el miedo, sencillamente, a estar solo.»

Aunque Biardeau escribió estas palabras hace casi cincuenta años, fue capaz de prever que, puesto que el sistema de castas está ligado a los pueblos, a la larga no sobreviviría a la migración hacia las áreas urbanas, donde, debido a la falta de espacio habitable, la familia patriarcal sería «diluida».^[9] Y con esta disolución del sistema de castas, cuando no se ha alcanzado por completo una identidad individual plenamente desarrollada, vienen décadas tumultuosas en las que formas nuevas y más radicales de identidad grupal ayudan a cubrir el vacío; por ejemplo, el nacionalismo hindú y el radicalismo islamista.

La invasiva pobreza de Kolkata detuvo en seco a los *hippies* de los sesenta y los setenta, cuya senda asiática seguía el Ganges hacia el este en dirección a Benarés, ciudad sagrada del hinduismo, y luego torcía hacia el norte, a Katmandú (Nepal), en lugar de continuar hasta Calcuta. «Un primer contacto»

con la ciudad, escribe Moorhouse en *Calcutta: the City Revealed*, «basta para destruir cualquier ilusión romántica en torno a la bondad y el amor fraternal». [10]

Es posible que los barrios de chabolas sean peores en Bombay (en los que vive cuatro veces más gente), pero mientras que allí están algo segregados de las zonas más ricas, en Kolkata, debido a su geografía urbana —con mendigos y gente de la calle diseminados uniformemente a lo largo y ancho de la ciudad—, es mucho más difícil escapar de los pobres.

Los primeros días del monzón en junio —una sucesión de calor sofocante y violentas lluvias— son la época óptima para experimentar los dos universos disociados y desiguales de la ciudad: el mundo con y el mundo sin aire acondicionado. El mundo con aire acondicionado es el de la civilización internacional y deseosa de ascender en la escala social, mientras que el mundo sin él constituye la miserable realidad de la calle, en la que 1,5 millones de kolkatenses viven a unos palmos del aire acondicionado, pero no lo experimentarán jamás en sus vidas. La puerta de entrada a esa cafetería o la de esa encantadora librería que vende libros de bolsillo de Penguin conforman una frontera tan difícil de cruzar como cualquiera de las trazadas sobre el mapa.

En el norte de Kolkata, el pavimento está ocupado por miles de cobertizos hechos de arpillera y lona, dentro de los cuales habitan familias enteras en las que los hijos mayores cuidan de los pequeños mientras las madres trabajan como sirvientas y los padres como obreros de la construcción. Pero por dolorosa que resulte la escena, si uno esquivo a la gente de la calle y cruza esa puerta medio abierta, o por debajo de esa cadena, encuentra otra Kolkata: un laberinto de bellas y ruinosas mansiones del siglo XVIII y XIX construidas por los antiguos rajás y mercaderes, con los muros ennegrecidos y sucios por la intemperie; intrincados trabajos de albañilería al estilo musulmán, hindú o neoclásico, y patios de columnas asfixiados por las enredaderas y demás vegetación. La mayor de estas construcciones es el Palacio de Mármol, cuyas oscuras salas —que, durante el monzón, parecen una sucesión de mugrientos baños turcos— están repletas de polvorientos espejos belgas, esculturas clásicas, jarrones chinos, arañas de cristal, cuatro cuadros de Rubens, narguiles y litografías. Como este palacio laberíntico en el que todo parece sudar, Kolkata es una masa confusa, excéntrica y en descomposición de la que la pobreza no es más que la capa exterior.

A pesar del horror inquietante de la vida en las aceras, la verdadera historia de Kolkata consiste en su transformación en una ciudad global, a la que regresan los emigrantes del extranjero para invertir en centros comerciales y restaurantes, imponiendo en el proceso los estándares de servicio que han aprendido en Occidente. A principios de 2008, se inauguró en el sur de la ciudad un centro comercial de 80 000 metros cuadrados —uno de los más grandes de la India— que se cuenta entre los cuarenta establecimientos comerciales, grandes y pequeños, que está previsto que abran en la Gran Kolkata antes de 2011. Esto además de los veinte nuevos multicines en la expansión de la ciudad hacia el este. Y luego tenemos los complejos residenciales de lujo, con nombres como Highland Park o Silver Spring, que se alzan cada vez más cerca del centro. «Si consideramos el Imperio británico como la primera tentativa globalizadora», me explicaba Santosh Ghosh, planificador urbano, «entonces Kolkata, como capital de la India británica, con sus museos y jardines botánicos, era ya una ciudad global cuando Singapur y Kuala Lumpur eran todavía pueblos. Ahora, por fin, Kolkata se está poniendo de nuevo al día».

En otra visita durante el invierno, vi el espíritu de la globalización representado en el entusiasmo con el que se celebra la Navidad —otra herencia de los británicos— en esta ciudad hindú-musulmana: las calles ensartadas de luces de colores, decoración a la venta en todas partes, y un Papá Noel de tamaño real hecho de barro y paja esculpido en los mismos talleres que producen la miríada de dioses hindúes. En Nochebuena, miles de kolkatenses de diversas religiones convergen en la catedral gótica de San Pablo, construida por los británicos en el siglo XIX, cuyas innumerables placas conmemorativas hacen referencia a las diversas campañas y escaramuzas libradas a lo largo de los varios siglos de dominio imperial en el subcontinente indio. La secularización de la Navidad, combinada con una ligera nostalgia por todo lo británico, dota aquí a la festividad de una atmósfera cosmopolita.

El ritmo de transformación en Kolkata no está aún al nivel del de China, pero la ciudad se encamina en la misma dirección. Junto a los omnipresentes pobres, aquí siempre existió una clase media, pero ahora esta es más visible debido a su consumismo desatado. De acuerdo con un estudio reciente realizado por la consultora McKinsey & Company, el gasto discrecional de los compradores indios supuso en 2005 el 52 % del consumo medio de los hogares (pasando de un 39 % en 1995); y para 2025 podría aumentar hasta el 70 %. Shikha Mukerjee, que dirige una ONG y ha vivido siempre en Kolkata,

me señaló que el mundo de los ricos acomodados y sus criados residentes se ha esfumado, pues las clases altas llevan una existencia más insegura y frenética. Al mismo tiempo, se está produciendo también una eclosión de los coches familiares, que provocan los atascos más colosales que yo haya presenciado en ningún lugar del mundo en vías de desarrollo, tan graves como en Yakarta, y peores que los de Teherán, Bangkok o El Cairo.

«No son los lujosos centros comerciales los que están en el corazón del cambio, sino los centros que ofrecen los precios más baratos», continuó Mukerjee, «la gente que ha creado sus propios trabajos, arreglando ropa, reparando aparatos y cosas así. Conozco a un sastre que recorre cada día el camino desde una retirada zona de chabolas y se coloca con su máquina de coser en un lugar concreto de la acera donde van a verlo sus clientes. Me dijo que estaba ahorrando dinero. Esto es lo realmente fundamental en Kolkata hoy en día». En efecto, hay puestos en las aceras que venden platos de fideos y de *curry*. La mera proliferación de estos en los últimos años señala el surgimiento de una clase media-baja, salida de una pobreza abyecta, que necesita comida barata durante la jornada laboral.

«Sealdah fue mi pesadilla infantil particular», me dijo el profesor Sukanta Chaudhuri, refiriéndose a la estación de tren en la que, a finales de los cuarenta, después de la independencia de la India, se alojaron miles de refugiados hindúes de la Bengala Oriental musulmana, que llegaron a Kolkata en la indigencia, sin lugar al que ir. Incluso hoy en día, Sealdah es enervante: la estación terminal para todos los trenes procedentes del nordeste subdesarrollado de la India, donde hordas de gente son expulsadas hacia los andenes y se filtran a través de otras hordas sentadas en cuclillas en el suelo de la estación junto a sus maletas.

«Pero ¿sabe qué?», me dijo el canoso profesor de inglés, «la mayor parte de aquella gente, sin ayuda alguna del gobierno, se asentó en alguna parte. No se limitaron a morir, o a pedir limosna. Y ese proceso continúa hoy». Las calles de Kolkata, como me explicaron el profesor Chaudhuri y otras personas, no son un callejón sin salida, sino un apeadero para las clases trabajadoras, como lo son los asentamientos de chabolas en un país como Turquía. Pero dado que la India es mucho más pobre que Turquía, la vida en su apeadero es mucho más dura. «Si uno viene de década en década», señaló Chaudhuri, «la pobreza parece la misma, de modo que uno piensa que nada ha cambiado. Pero las personas que hay en la calle son otras. Llegan de Uttar

Pradesh, Bihar, Orissa y Bangladés, sin un sitio donde vivir, porque en las calles se puede ganar algo de dinero, ahorrar, y seguir adelante». Es la oportunidad, tanto como la pobreza, la que da lugar a los barrios marginales. De hecho, si hay alguna tendencia en los de Kolkata, es la transición a trompicones —una forma propia de aburguesamiento— entre viviendas temporales de *kutchra* (barro) y *jhupri* (arpillera y cartón), a otras más permanentes de *pucca* (cemento y planchas de acero ondulado). Zonas enteras están cambiando de apariencia, mientras Kolkata va dejando de recordar a una especie de pesadilla dickensiana subcontinental y pareciéndose más a, simplemente, cualquier otra ciudad dinámica con grandes desigualdades en el reparto de la riqueza.

De todos modos, yo seguía inseguro e incómodo. Me parecía demasiado simplista y fácil despachar las calles de Kolkata como un propicio apeadero de camino a clases más altas. Estoy convencido de que era así en muchos casos, pero también de que no lo era en muchos otros. Esa calle era un símbolo de cómo la India, mientras se alzaba como una gran potencia, o al menos como una potencia regional, con todos los méritos, era también una nación acuciada por problemas que escondía montones de miseria.

Hasta cierto punto, Kolkata ha sido siempre así: un lugar de interacción social ruda y sin sentimentalismos, ensombrecido a mis ojos por una comprensible fijación occidental con los brutales efectos visuales de su pobreza. En *Those Days*, un detallista estudio proustiano de la Calcuta del siglo XIX, Sunil Gangopadhyay escribe:

Casas, grandes, pequeñas y medianas, han brotado como setas por todas partes para acomodar a la nueva generación de *babus* trabajadores, recién emigrados de los pueblos. Tejedores, barberos, lavanderas y moledores de aceite partieron tras ellos para atender sus necesidades. El Asentamiento Permanente había desprovisto a muchos campesinos pobres de sus tierras, no solo en Bengala, sino en Orissa, Bihar e incluso en la lejana Uttar Pradesh. Estos labriegos desposeídos llegaron por millares a los márgenes de la ciudad, preparados para aceptar cualquier tipo de trabajo servil [...] ^[11]

En una ciudad donde era imposible esquivar a los más pobres entre los pobres, la balcanización urbana —la estratificación de las clases económicas que ha hecho aparecer pueblos satélites y comunidades cercadas— lo está haciendo finalmente posible. No es tanto la criminalidad lo que desean evadir estas clases emergentes, ya que Kolkata, a pesar de su pobreza, es una ciudad

bastante segura, sino algo más profundo que eso. Mientras que antes la riqueza era algo secreto, ahora los nuevos ricos quieren alardear de ella; y esto, a su vez, genera un problema de seguridad donde no había ninguno. Como resultado, los más acomodados necesitan huir a vecindarios protegidos donde puedan exhibir su fortuna. Junto con el nacimiento de estas comunidades cercadas ha llegado una explosión en el número de guardias de seguridad privada, que confieren por sí mismos un estatus a los nuevos ricos.

Y aún hay otra motivación tras estas comunidades. Como me explicó el profesor Chaudhuri, «las nuevas clases altas tienen miedo de ver fealdad», quieren «desinfectarse» del espectáculo de las calles. No quieren ver más que a otros ricos. Los indios acomodados han actuado siempre como si los pobres fueran invisibles, pero ahora han encontrado un modo de conseguir que lo sean literalmente.

Esa calle de Kolkata de cuya vista quieren huir los nuevos ricos es una representación de la vida rural en plena metrópolis. Las mujeres hacen cola frente a los surtidores de agua como lo harían en el pozo del pueblo. Allí, en el pueblo, la vida doméstica se vive de puertas afuera, sin noción alguna de privacidad, sin baños, así que todo se hace en público. Y debido al calor durante la mayor parte del año, la gente que vive en la calle a menudo va semidesnuda, y se asea sin atisbo de vergüenza.

En suma, a medida que la indianidad de los nuevos ricos de Kolkata se va diluyendo, menos y menos toleran esta vida campestre tal y como se exhibe en las calles de la ciudad. Pero siempre y cuando aquellos obligados a vivir en la calle tengan la posibilidad de escalar socialmente seguirán afluyendo en manadas desde las provincias cercanas de Bihar y Orissa, arrasadas por la pobreza, en particular mientras las nuevas construcciones sigan atrayendo mano de obra barata.

De todos modos, por el hecho de seguir viviendo en la calle o en *bastees* (barrios de chabolas), los pobres se interponen en los planes del gobierno para construir nuevos pueblos satélites, comunidades cercadas y zonas económicas especiales diseñadas para atraer la inversión extranjera de países del sudeste asiático como Indonesia y Singapur. Tras tres décadas en el poder, la administración de Bengala Occidental constituye el gobierno comunista democráticamente elegido más duradero del mundo. Aun así, para ganarse a los votantes descontentos con su política inmovilista, los comunistas bengalíes se han visto obligados a seguir con todas sus fuerzas el camino chino de las privatizaciones. La expropiación de tierras para proyectos de desarrollo en otros lugares de Bengala Occidental ha provocado violentas

protestas en Kolkata. En uno de los incidentes —en el que se quemaron coches, se rompieron parabrisas y se arrojaron piedras— se hizo venir al ejército para que patrullase las calles; una de las poquísimas veces en años en la que se ha necesitado recurrir a los militares para llevar la paz a una ciudad india de primer orden.

Por descontado, en China habría sido mucho más sencillo expropiar las tierras. Allí, el régimen comunista puede actuar de un modo desenfadadamente capitalista y se acepta como algo natural; pero no así en la India democrática y, particularmente, no así en Kolkata. Mientras que Delhi tenía una larga y espléndida tradición de dominio mogol, Calcuta no fue fundada hasta finales del siglo XVII. Lo hicieron los británicos, que establecieron un destacamento comercial en este pantano tropical, y ha sido desde entonces un lugar de conflictos sociales: una tendencia exacerbada por la Revolución Industrial, que empezó con una profusión de fábricas de yute y otras telas y finalmente convirtió Bengala Occidental en el Ruhr de la India, concentrando la mayoría de las industrias del hierro y el acero del país. Como resultado, en las décadas recientes Kolkata ha estado en el centro del sindicalismo y el comunismo de la India. «La exclusión prolongada de los pobres en Kolkata solo dará como resultado brotes de revueltas y violencia destructiva», me dijo V. Ramaswamy, ejecutivo de una empresa con sede en la ciudad y organizador comunitario. Y es que a pesar de todas las aspiraciones de Kolkata de convertirse en una ciudad global, su historia sugiere que la transición no será por completo pacífica. Cuando en diciembre de 2006 el gobierno de Bengala Occidental trató de ilegalizar los *rickshaws* por ser «una práctica vergonzosa», por ejemplo, los 18 000 tiradores de *rickshaws* de la ciudad organizaron vigorosas protestas. Es probable que Kolkata siga siendo un lugar de conflicto.

En 2001, Calcuta pasó a llamarse oficialmente Kolkata para reflejar la pronunciación bengalí nativa. Entre las generaciones criadas con «Calcuta» el nuevo nombre resulta desafortunado. No transmite evocación alguna, ni del dominio británico ni de la infame pobreza de la ciudad. Tal vez sea lo mejor. Puesto que la globalización, irónicamente, ha conducido a un fortalecimiento de los localismos, «Kolkata» podría llegar a arraigar como nombre de un nuevo crisol global y bengalí para la India oriental, Bangladés, Birmania y el sudoeste de China. Las rutas comerciales antiguas y medievales se están reafirmando, y Kolkata está recuperando lentamente la región circundante que

perdió tras la partición del subcontinente indio en 1947, de la que surgió Pakistán Oriental (más tarde Bangladés). Como se ha señalado, el sudoeste de China, en particular, no tiene acceso al océano Pacífico. Su salida más cercana al mar es la bahía de Bengala. En la Edad Media, a lo largo de este racimo de filiales de la ruta de la seda, se comerciaba con té, caballos y porcelana; ahora Bangladés y Birmania tienen gas natural que exportar a China y la India. Esta última tiene mineral de hierro que exportar a China, y China tiene todo tipo de productos manufacturados que exportar a la India. A pesar de las crecientes tensiones navales entre estos dos países, en otro nivel podría producirse una alianza para el suministro de gas natural que incluiría a la India, China, Bangladés y Birmania.

«Kolkata podría convertirse una vez más en el portal de la India hacia el sudeste asiático y, en particular, hacia China», me dijo Monideep Chattopadhyay, otro planificador urbanístico. Es la única ciudad del país con un genuino barrio chino. En 2007, China abrió un consulado en la ciudad. Un nuevo aeropuerto permitirá a los peregrinos budistas chinos llegar desde Kolkata al lugar sagrado de Bodh Gaya, en la provincia de Bihar, donde Buda accedió a la iluminación. Estos lazos renovados, en especial los terrestres, podrían llevar finalmente a una apertura del noroeste de la India, un territorio sacudido por las insurgencias, y cuya violencia y subdesarrollo han tenido un peso significativo en la propia pobreza de Kolkata, pues le han impedido disponer de una próspera zona rural que retuviera a sus habitantes, en lugar de obligar a muchos de ellos a emigrar sin un céntimo a la gran ciudad más próxima.

«Kolkata también podría ser la Harvard de la India», afirmaba Kingshuk Chatterjee, becario de investigación en el Instituto de Estudios Asiáticos Maulana Abul Kalam Azad, y explicaba que la educación primaria y secundaria en Kolkata son las mejores del país, y que los bengalíes ocupaban muchos puestos en las mejores universidades de Bombay y Delhi. Lo único que hace falta, aseguraba, es que la alianza de izquierdas comunista que gobierna Bengala Occidental deje de decidir los nombramientos en las universidades locales en base a su propia política. El alto nivel educativo también haría posible que Kolkata se convirtiera en un nuevo centro indio de tecnologías de la información. «Olvidémonos de la madre Teresa, pensemos en las TIC y en jóvenes con rentas disponibles», exclamaba un periodista local hablando de la ciudad.

En Kolkata son factibles las más extravagantes visiones porque, por el momento, la ciudad tiene algo de lo que otras ciudades indias —y muchas otras en el mundo en vías de desarrollo— carecen hasta un punto peligroso: reservas suficientes de agua dulce. Al igual que Daca, Kolkata reposa sobre el inmenso delta estuarial de Bengala. Y saber esto a un nivel abstracto no es lo mismo que experimentarlo a un nivel palpable. Del mismo modo que había llegado a Kolkata en autobús desde Bangladés, tuve también la oportunidad de abandonar y regresar a la ciudad en barco por el río Hugli, un importante afluente del Ganges. Llegar en barco a cualquier lugar nos da una perspectiva única, y esto es particularmente cierto en el caso de Kolkata, cuya mera existencia se asienta en un río al que da la espalda. Al margen de los *ghats* (escalinatas), no hay aquí paseos marítimos como en otras ciudades fluviales, ni tampoco el aroma cautivador y envolvente del cálido mar, como en Bombay, encarada al mar Arábigo. Y, sin embargo, sin el Hugli no existiría Kolkata.

Por el equivalente a 340 dólares, y con la ayuda de Gautam Chakraborti, un gran conocedor del río, fleté un bote de madera de catorce metros de eslora con una pequeña tripulación en los muelles de Outram, cerca del centro. Fue un viaje en el tiempo. Como Kolkata se encuentra a casi cien kilómetros río arriba de la bahía de Bengala, a medida que la ciudad fue creciendo y la Revolución Industrial se afianzó, hubo que acercar el puerto sucesivamente al mar, a la búsqueda de aguas de mayor calado en las que acomodar cargueros cada vez más grandes. En consecuencia, un aura de abandono caracteriza hoy el frente fluvial de la ciudad, mientras que en épocas anteriores solía rebosar actividad. Una cortina ininterrumpida y enmarañada de palmeras y bananos se alza con tajante nitidez a ambas orillas, ocultando el más distante e impreciso perfil de la ciudad. Aquí al nivel del agua, uno puede imaginar el destacamento comercial que fue Kolkata en su día, cuando Bengala era la mayor productora de seda del mundo, por delante de Persia y China. Cientos de barcos, incluyendo goletas llegadas de América y otros navíos de lugares como China, surcaban el Hugli en este punto. Aquí, en este frente fluvial se construyeron en los siglos XVIII y XIX un gran número de clíperes de altos mástiles y amplias vergas, que se utilizaban para transportar el opio traído desde Patna y Benarés, situadas Ganges arriba, hasta el río Perla y Hong Kong vía Singapur.^[12]

Los primeros navíos portugueses remontaron el Hugli en 1530 para hacer negocios con el algodón y las telas, y acabaron estableciendo un tendido de asentamientos a lo largo del río, principalmente en los puertos de Hugli y

Hijli. En 1628, un centenar de barcos portugueses navegaban ya entre estos puertos, llevando arroz, mantequilla, aceite y cera. Los portugueses disfrutaron de un dominio precario sobre la Bengala marítima, con su administración en Chittagong, en el sector oriental de la provincia. Pronto, para hacer frente a los portugueses, los emperadores mogoles en Delhi autorizaron a holandeses, daneses, flamencos y franceses para comerciar a lo largo del Hugli. Aquí es donde los ingleses entran en escena, en concreto en la persona de Job Charnock, el administrador sénior de la Compañía Británica de las Indias Orientales en la región, un veterano que se había vuelto parcialmente nativo: había adoptado la cultura india y se había casado con una viuda a la que había rescatado de la pira funeraria de su marido momentos antes de que fuera inmolada siguiendo la práctica tradicional del *satí*.^[13] Después de un encadenamiento de fracasos y frustraciones en una punta y otra del río en su intento por establecer una base de la compañía en Bengala —que algún día podría ser el equivalente a Madrás o Bombay—, en 1690 Charnock logró al fin fundar un pequeño destacamento comercial en un recodo del Hugli, donde se alza hoy día Kolkata: en la orilla este, sobre un terreno lo bastante elevado como para evitar las inundaciones.

De hecho, la ciudad de Kolkata sigue siendo una joven *start up*; más reciente que la fundación de la Norteamérica europea en Quebec, Jamestown y Santa Fe. Es una iniciativa comercial, simple y llanamente. Le han faltado esos fortalecedores siglos medievales, cuya mera acumulación arquitectónica y cultural dota a las ciudades europeas, y también a las de Asia y el subcontinente, de un porte sólido y elegante. Las propias distorsiones de pobreza y riqueza en Kolkata tienen un matiz crudo, típico del Nuevo Mundo, que uno no encuentra del todo en otras ciudades más grandes y antiguas de la India.

La historia de la ciudad está escrita a lo largo de las orillas del Hugli: en un lado, Kolkata; en el otro, el suburbio industrial de Howrah. Asomando por entre los arbustos de ambas orillas están las desiertas casas ajardinadas de los británicos. Aquí y allá encontramos una escena pastoral de gente bañándose y lavando ropa en los *ghats*. El muelle de Surinam, un espacio vacío en la orilla de Kolkata, constituye un turbador recordatorio de la servidumbre. Desde aquí, en el siglo XIX, los trabajadores con contratos de cumplimiento forzoso —esclavos, a todos los efectos— eran enviados a las Guayanas, en la costa norte de Sudamérica, lo que dio lugar a una diáspora india en la cuenca del Caribe. Los amarraderos, con forma de turbante, se balancean y ondulan en el reflejo del agua: gigantescos, oxidados, abandonados. Ahí está el almacén

ennegrecido, derrumbado y desierto del embarcadero de Garden Reach, una de tantas ruinas maltrechas del antiguo complejo portuario del centro. Donde solía haber molinos de yute ahora se entremete el bosque, pues la industria del yute se trasladó a Bangladés. El río parecía en calma, una brumosa naturaleza muerta, aunque es todo menos eso. Durante casi todo el camino a la bahía de Bengala es necesario un piloto: las mareas de dos metros de altura que suben por la bahía y los bancos de arena hacen al río traicionero. Y aunque en parte de su paso por Kolkata el Hugli alcanza los 1200 metros de ancho, la zona navegable es mucho más estrecha y está dificultada por los restos de buques naufragados.

Nos cruzamos con barcos cargados de troncos de Birmania y Malasia, y luego con buques de enlace, con las habituales grúas hidráulicas rozando la orilla de Howrah, para evitar que su casco encalle con los bancos de arena. Los cargueros más grandes con grúas pórtico no pueden llegar tan lejos río arriba porque no hay suficiente calado, así que transfieren los contenedores a buques de enlace a unos pocos kilómetros al sur de aquí. Aunque el puerto del centro todavía existe, se ha visto enormemente reducido debido a los otros puertos que se han abierto más cerca de la bahía de Bengala. Estos están a kilómetros de distancia unos de otros, así que Kolkata es considerada un puerto multicalado. El más grande y profundo de ellos está en Haldia, junto a la bahía. Pero como la metrópolis no deja de expandirse, hay rumores de que se va a transformar Diamond Harbour en un complejo portuario aún más grande.

A unos pocos kilómetros al sur de la ciudad, el Hugli se ensancha hasta convertirse en un vasto mar interior de dimensiones amazónicas. Aquí, entre esta «nauseabunda verdura», en palabras del historiador británico John Keay, la civilización se reduce a su mínima expresión: nada más que pueblos pesqueros y pequeños botes de madera varados en la arena junto a junglas de palmeras.^[14] El único signo de una civilización mayor es la procesión de hornos altísimos donde se fabrican ladrillos, que se extiende a lo largo de ambas orillas hasta llegar casi a la bahía de Bengala, tal es la urgencia de materiales de construcción en esta Kolkata que se expande día a día. La disponibilidad de agua alimenta esta expansión, si bien las crecidas del nivel del mar debidas al calentamiento global ponen en peligro la supervivencia de la megaciudad. En la Conferencia sobre Cambio Climático de Bali de 2007, se incluyó a Kolkata entre las diez ciudades más amenazadas por la inundación de las costas y las marejadas ciclónicas, todo ello causado por el ascenso del nivel del mar asociado al calentamiento global. Y para finales del

siglo XXI, Kolkata, dado el vertiginoso aumento de su población, está destinada a encabezar la lista.

Hasta la expansión del sistema ferroviario británico en la India, en la segunda mitad del siglo XIX, seguramente habríamos llegado a Kolkata en barco, subiendo por el Hugli desde la bahía de Bengala. Salvo por los hornos, el escenario —el agua y el paisaje selvático— habría sido similar al de hoy. Por eso, mientras mi barco seguía avanzando hacia el sur a lo largo de este río que no dejaba de ensancharse, giraba cerca de Diamond Harbour y se encaminaba al norte, de vuelta a Kolkata, no pude evitar pensar en la trayectoria del personaje más decisivo y tal vez el más pintoresco de la historia de Kolkata, un personaje que llegó por primera vez a la ciudad navegando por este mismo río: Robert Clive.

No fue solo que él hubiera conocido este mismo río lo que me hizo pensar en Clive, sino también que era el contrapunto perfecto para el rumbo de mis pensamientos. El viaje en barco era una lección muy gráfica sobre lo importante que es la geografía. De hecho, la posición central del océano Índico en el siglo XXI es una lección de determinismo geográfico y demográfico; pero por otra parte necesitamos preguntarnos: ¿Es la historia el resultado únicamente de vastas fuerzas *impersonales* —geográficas, culturales, económicas y tecnológicas— respecto a las que poco podemos hacer?, ¿o es también el registro de los actos de individuos, corrientes o extraordinarios, que consiguieron, muchas veces venciendo grandes obstáculos, imponerse a estas fuerzas? ¿Es también la historia un inventario de meras fortunas e infortunios? Como señaló Maquiavelo, él solo podía guiar a su «príncipe» en el camino de la *virtù*, pero no en el de la *fortuna*, que era igualmente importante. La trayectoria de lord Robert Clive constituye un magnífico ejemplo de la teoría del individuo, con toda la buena suerte, la mala suerte y los dilemas morales que la acompañan, y por tanto una refutación de la creencia de que son esas vastas fuerzas impersonales las que *determinan* el futuro.^[15]

En retrospectiva, el dominio británico de la India parece inevitable, dado el auge del poder marítimo de Gran Bretaña en el Índico durante los siglos XVIII y XIX. Aun así, de no contar con lord Clive, es sin duda alguna discutible que los británicos pudieran haberse impuesto en la India del modo y hasta el grado en que lo hicieron. Se podría incluso afirmar que, sin la magnética personalidad de Clive, Gran Bretaña no habría podido alcanzar

ningún control sobre la India. Clive, por su mera excepcionalidad, es la prueba de que nada debe dejarse en manos del destino, de que nada es inevitable.

La biblia de la trayectoria de Clive es el largo ensayo sobre su figura que escribió el historiador inglés y especialista en la India Thomas Babington Macaulay en 1840, casi un siglo después de que el joven Clive tomara Calcuta.^[t1] El ensayo de Macaulay es sumamente ágil, como un reportaje de una revista de nuestros días; no parece en absoluto antiguo, no solo en relación con su tema central, sino por su ritmo resuelto y audaz.

Según nos informa Macaulay, cuando Clive se embarcó hacia la India en 1743 a la edad de dieciocho años, al servicio de la Compañía Británica de las Indias Orientales, el país se encontraba en un estado de confusión política. En aquel inmenso continente que se extendía a lo largo de más de 3000 kilómetros de norte a sur (una distancia mayor que la que hay entre la bahía de Hudson y el golfo de México), y casi 2500 de este a oeste (prácticamente la misma distancia que entre Nueva York y Denver), la dinastía mogola estaba sumida en una completa desorganización, convirtiéndose en una caterva de principados hereditarios independientes, muchos de los cuales fueron sitiados por los marathas, una casta de guerreros que ocupaba las montañas al este de Bombay y que arrasó toda la meseta del Decán y —con su propia flota pirata— la costa occidental de la India. Esta caótica masa de tierra, escribe Macaulay, estaba habitada por una población diez veces mayor que la de los aztecas y los incas, que habían sido derrotados por los españoles, si bien esta población era tan civilizada como la de los propios españoles^[16]. Por ello, la idea de que una única potencia extranjera a medio mundo de distancia pudiera algún día ostentar un dominio burocrático decisivo sobre este pueblo altamente desarrollado era simplemente inimaginable.^[t2] Y sin embargo, eso es lo que el carismático, dinámico, temperamental, suicida, corrupto e intrépido Clive fue capaz de poner en movimiento.

El triunfo de Clive en Calcuta es un relato que arranca en Madrás, donde a los 21 años empezó a trabajar como «escribiente», la categoría más baja de burócratas de la Compañía. Fue llamado a filas a raíz del inicio de las hostilidades entre la Compañía británica, la francesa y los príncipes indígenas rivales en el sudeste de la India, un área conocida como el Carnatic.^[t3] Fueron estas guerras de Carnatic las que elevaron a las compañías comerciales europeas a auténticas potencias territoriales. Hasta entonces, el único hombre que había imaginado un imperio europeo construido sobre las ruinas de la dinastía mogola no era un británico sino un francés, Joseph-François Dupleix,

el cual, mediante ardidés militares y manipulaciones políticas, había hecho de sí mismo y de sus aliados nativos los amos del sur de la India. En unos pocos años, Dupleix ya había pasado de ganarse el favor de los poderes locales a usurparlos.^[17] Fue en este periodo en particular cuando la superioridad de las armas europeas frente a la población nativa quedó patente, pues en Europa la guerra ya se había convertido en una ciencia, mientras que en lugares como la India era todavía una actividad recreativa.^[18]

El único obstáculo que quedaba para el dominio francés era la fortaleza de Trichinopoly, a cien kilómetros tierra adentro de la bahía de Bengala, controlada por el factótum de los británicos Mohammed Ali. En el verano de 1751, un aliado de Dupleix, Chunda Sahib, la sitió con ayuda francesa. La situación era desesperada. Y, como escribió Macaulay, «en este momento, el valor y el talento de un desconocido joven británico [Clive] invirtió repentinamente el curso de la fortuna».^[19]

Clive se puso al mando de 200 soldados británicos y de 300 cipayos (soldados indios al servicio de Gran Bretaña), pero no se dirigió a Trichinopoly. En lugar de eso, en mitad de una tormenta arrolló Arcot, la capital de la provincia, lo que obligó a Chunda Sahib a enviar refuerzos desde Trichinopoly y liberó a las tropas británicas sitiadas. Pero los franceses cercaron inmediatamente Arcot, en cuyo fuerte se refugiaban Clive y sus seguidores. Sus defensas eran escasas. Como relataba Macaulay, las murallas eran «ruinosas», los fosos estaban «secos» y los bastiones eran demasiado «estrechos» para sus cañones. Mientras cundían la muerte y el hambre, «la devoción del pequeño grupo hacia su jefe [Clive] sobrepasó todo lo que se cuenta de la Legio X del César o la Guardia Imperial de Napoleón».^[20]

Aunque apenas tenía adiestramiento, Clive se reveló como un militar nato, dado que la esencia de la soldadesca es el liderazgo, o la «resolución imperturbable»; es decir, la habilidad para mantener a los hombres de tu lado, especialmente en la adversidad. En realidad, en guerras y enfrentamientos tan pequeños e inciertos como este, inclinar la balanza dependía mucho de la improvisación y de la pura suerte.^[21] Tras resistir con éxito un sitio de 53 días en Arcot gracias al ingenio, la fortaleza y una aparente ubicuidad en la batalla, Clive, con 26 años y sin ayuda de nadie, volvió la fortuna en contra de los franceses. Gran Bretaña estaba a punto de asegurarse Madrás y su región.

En 1753, Clive regresó triunfante a Inglaterra, mientras que Dupleix —igualmente brillante y psicológicamente complejo—, que le doblaba de sobras la edad, volvió a Francia en desgracia el año siguiente, fue desprovisto de su considerable fortuna y murió en el olvido.

En 1755, Clive se embarcó una vez más en dirección a Madrás. Llegó allí al cabo de un año y se puso al frente de Fort Saint David, donde su misión consistía en completar la expulsión de los franceses. Sin embargo, se enredó en los asuntos de Bengala, al norte, la zona más rica de la India y la principal fuente de ganancias con la que los mogoles habían financiado sus guerras en la meseta del Decán. En la inigualable prosa de Macaulay:

De las provincias que habían estado sometidas a la Casa de Tamerlán, la más rica era Bengala [...] El Ganges, precipitándose a través de cien canales hacia el mar, ha formado una vasta planicie de fértil humus que, incluso bajo el cielo tropical, compite con la verdura de un abril inglés. Los arrozales generan un rendimiento jamás visto en lugar alguno. Las especias, el azúcar, los aceites vegetales se producen con maravillosa exuberancia. Los ríos brindan un suministro de pescado inagotable [...] La gran corriente que enriquece el suelo es, al mismo tiempo, la vía principal del comercio oriental. En sus riberas, y en las de sus afluentes, se encuentran los más opulentos mercados, las más espléndidas capitales, los más sagrados santuarios de la India. Durante siglos, la tiranía del hombre ha luchado en vano contra la desbordante magnificencia de la naturaleza. A pesar del déspota musulmán y del filibustero maratha, Bengala se conoce en todo Oriente como el Jardín del Edén [...] [22]

Pero también era un pantano mugriento y anegado a lo largo del trópico de Cáncer, formado por «lodo nuevo, lodo viejo y marismas», en palabras de un geógrafo citado por el escritor de viajes británico Geoffrey Moorhouse.^[23] El corazón comercial de esta inmensidad fecunda y en descomposición era Calcuta, un puerto del Hugli, río que desembocaba en la bahía de Bengala. Aquí, la Compañía Británica de las Indias Orientales operaba bajo la protección de un nabab (virrey) que gobernaba los territorios de Bengala, Orissa y Bihar en nombre un simbólico cabecilla mogol. En 1756, este nabab, Aliverdy Khan, murió y fue sucedido por su nieto, Surajah Dowlah, un joven que no llegaba a los veinte años. Macaulay lo describe como cruel, egoísta, borracho, depravado y lleno de odio hacia los ingleses. Además, se rodeó de «una escoria [...] que no servía más que para la bufonada y el servilismo».^[24]

Y así fue que el nabab, tras buscar algún pretexto, marchó con su ejército hacia Fort William, la plaza fuerte de los británicos en Calcuta. Si el espectro de Dupleix y su ejército habían forzado a los británicos de Madrás a ser, además de comerciantes, soldados y políticos, en Calcuta los ingleses

pertenecían solo a la primera categoría y, en consecuencia, estaban aterrorizados. Fort William cayó sin demasiada batalla. Y entonces tuvo lugar lo que Macaulay llama «el gran crimen», como quedó inmortalizado en la tradición popular, con sus probables exageraciones.^[25]

En 1756 las lluvias del monzón no llegaron hasta el 21 de junio, por lo que la noche del día 20 fue la más horrible y bochornosa de todo el año, con una humedad que desintegraba los cuerpos. Esa noche los guardias del nabab lanzaron a docenas de hombres y mujeres ingleses al «Agujero Negro de Calcuta», un cubo de 5,5 metros sin ventilación en el que la mayoría murieron antes de que los guardias abrieran las puertas a la mañana siguiente; después de que el nabab «hubiera dormido la mona de sus orgías», según relata Macaulay, y «permitiera que se abriera la puerta».^[26] Aunque se afirmó que 146 personas habían sido lanzadas al agujero, lo más probable es que el número real fuera 64, de las cuales sobrevivieron 21.^[24]

Cuando las noticias del suceso de Calcuta llegaron a Madrás aquel agosto, el clamor de venganza se generalizó. Clive fue puesto al frente de 900 soldados de infantería británicos y de 1500 cipayos para castigar a un nabab que, como señala Macaulay, «tenía más súbditos que Luis XV o la emperatriz María Teresa de Austria».^[27] Partieron al norte por la bahía de Bengala en octubre. Sin embargo, debido a unos vientos adversos que los desviaron a las costas de Ceilán y Birmania, no llegaron a Bengala hasta diciembre. Clive se puso manos a la obra inmediatamente, envió a la guarnición nativa a Fort William y reconquistó Calcuta. El nabab demandó la paz, pero Clive estaba en contra de tratar con él de forma pacífica, dado el carácter del nabab y sus acciones previas. No obstante, la Compañía Británica de las Indias Orientales en Calcuta estaba impaciente por reemprender sus negocios; y en Madrás, ansiosa por que regresaran sus soldados y sus armas. Así pues, Clive accedió a negociar. Explica Macaulay:

Con esta negociación se abre un nuevo capítulo en la vida de Clive. Hasta ese momento, había sido simplemente un soldado, llevando a cabo, con eminente habilidad y valor, los planes de otros. En adelante, iba a ser considerado principalmente un hombre de estado [...] Que en esta nueva posición demostró una gran habilidad y obtuvo un gran éxito es incuestionable. Pero es también incuestionable que las transacciones en las que empezó a tomar parte dejaron una tacha en su moral.^[28]

En realidad, Clive carecía de astucia y de malicia. Según Macaulay, era, «por naturaleza, todo lo contrario a un truhán». El dinamismo de Clive —la

capacidad para resolver las cosas dentro y fuera del campo de batalla— no provenía de un fondo inmoral, sino simplemente de una energía y un entusiasmo absolutamente desbordantes, en especial cuando se trataba de correr riesgos. De hecho, apenas hay evidencias de que actuara alguna vez de forma inapropiada con un compatriota inglés. Resultó que esta «tacha en su moral» se concentraba en su trato con los indios: «consideraba la política oriental un juego en el que todo estaba permitido».^[29] En otras palabras, su inmoralidad no provenía naturalmente de su carácter, sino que constituía una calculada —y podríamos incluso decir estratégica— decisión

a la impresión de que creyó, bien erróneamente, en nuestra opinión, que no podría hacer nada contra tales adversarios [los indios] si se conformaba con seguir sujeto a unas restricciones mientras ellos estaban libres de ellas; si continuaba diciendo la verdad y no oyendo ninguna; si cumplía, en su propio perjuicio, todos los compromisos con unos aliados que no respetaban jamás un compromiso que no fuera a su favor. En consecuencia, este hombre, en el resto de aspectos de su vida un honorable *gentleman* y soldado inglés, no bien se midió con un intrigante indio se convirtió él mismo en un intrigante indio [...]»^[30]

Por su parte, el nabab, Surajah Dowlah, era ante todo un calculador. Llegó a un acuerdo con Clive mientras conspiraba silenciosamente con los franceses de la cercana Chandernagor para expulsar a las fuerzas de Clive de Calcuta. Los británicos, a los que les llegaron rumores de los planes del nabab, atacaron con éxito Chandernagor antes de que los franceses pudieran enviar refuerzos desde sus bases en Carnatic, en el sudeste de la India. «Arrebatando a los franceses su centro de operaciones más rentable», escribe Keay, «y la base desde la que se abastecían tanto Pondicherry [en el Carnatic] como su asentamiento en Mauricio, quedó socavada» la posición general de Francia en todo el océano Índico.^[31]

A continuación, Clive decidió —en contra de las recomendaciones de algunos de sus compatriotas británicos— apoyar un golpe contra Surajah Dowlah, que llevaría a cabo Meer Jaffier, el primer comandante de las tropas del nabab. Cuando uno de los bengalíes implicados en la planificación del golpe amenazó con revelarlo si no se le garantizaba una suma de dinero, Clive redactó dos acuerdos: uno real, en el que no se hacía mención a ninguna recompensa para su aliado, y otro falso en el que sí aparecía. Y cuando un oficial británico, llevado por su conciencia, se negó a firmar el acuerdo falso, Clive se limitó a falsificar su firma. Solo tenía escrúpulos cuando trataba con

los de su raza, lo que, según sus críticos más severos, lo convierte, en suma, en alguien reprochable.^[t5]

Aun taciturno y suicida *a posteriori*, en el transcurso de una operación Clive no era dado a preocuparse o reflexionar. Su bravuconería estaba en el punto álgido antes de esa batalla que iba a determinar —quizá más que ningún otro hecho— el destino del subcontinente indio. Los ejércitos de Surajah Dowlah y de Clive se habían aproximado a unos pocos kilómetros uno de otro, aunque estaba acordado que, tan pronto comenzaran las hostilidades, Meer Jaffier desertaría con sus fuerzas al bando británico. Pero su miedo sobrepasó a su ambición y vaciló arrepentido.

En este momento, para Clive no era nada fácil tomar la decisión de cruzar el río y enfrentarse a un ejército veinte veces mayor que el suyo, por lo que convocó un consejo de guerra. La mayoría de sus oficiales le aconsejaron no embarcarse en la batalla, y Clive estuvo de acuerdo momentáneamente. «Tiempo después», escribe Macaulay, Clive dijo «que nunca había convocado más que un consejo de guerra, y [...] que si hubiera seguido la recomendación de ese consejo, los británicos jamás habrían sido los dueños de Bengala» ni, a la postre, de la India. De acuerdo con el relato de Macaulay, Clive se retiró bajo la sombra de unos árboles y pasó una hora pensando. «Volvió determinado a arriesgarlo todo, y dio órdenes de que se pusiera todo a punto para cruzar el río a la mañana siguiente».^[32] Decidió que en adelante asumiría toda la responsabilidad de lo que ocurriera.

El día siguiente al atardecer, después de vadear el río, el ejército de Clive plantó el campamento en un bosque de mangos cerca de Palashi, al norte de Calcuta, a poco más de un kilómetro del enemigo. Clive pasó la noche en vela, escuchando los tambores y platillos del campamento enemigo. Es difícil imaginar a una persona sometida a una presión mayor y a su consecuente ansiedad.

Por la mañana, el día 23 de junio de 1757, los dos ejércitos se encontraron en Palashi. Solo la caballería del nabab contaba con 15 000 hombres. Y luego estaban los 40 000 soldados de infantería, armados con picas y espadas, arcos y flechas. Pero solo 12 000 participarían en la batalla. Las tropas lideradas por los británicos ascendían a apenas 3000 hombres, de los cuales 1000 eran ingleses. Ambos bandos descargaron sus cañones. Pero mientras que la artillería de Surajah Dowlah no lograba disparar correctamente, la de los británicos «produjo un gran resultado», y mató a algunos de los oficiales más distinguidos en las filas del nabab. Las tropas de este empezaron a retirarse, y uno de los oficiales de Clive, tomando la iniciativa, ordenó un avance a gran

escala. La batalla duró apenas una hora. Como relata Macaulay, «con una pérdida de 22 soldados muertos y 50 heridos, Clive había ahuyentado a un ejército de casi 60 000 hombres y sometido a un imperio más grande y populoso que la Gran Bretaña».^[t6]

Tras la victoria británica, Meer Jaffier reemplazó a Surajah Dowlah en el trono. Dowlah fue ejecutado por sus crímenes, un acto truculento, por más que la víctima lo mereciera. Aunque los británicos no intervinieron directamente, fueron ellos los que establecieron el contexto político para que se produjera el asesinato.

Más turbadora para la sensibilidad británica fue la cantidad de dinero que cambió de manos: Meer Jaffier envió 800 000 libras esterlinas en plata río abajo, a Calcuta, de las cuales Clive se sirvió entre 200 000 y 300 000. Clive «se paseaba entre montañas de plata y oro, coronado de rubíes y diamantes», literalmente. No había nada estrictamente ilegal en ello. Clive no era un general de la corona, sino de la Compañía, y la Compañía había indicado que sus agentes podían enriquecerse a sí mismos por medio de la generosidad de los príncipes nativos. Macaulay sugiere incluso que es un milagro que Clive no se quedara con más, aunque añade:

No podemos absolverlo de hacer algo que, si bien no era vil en sí mismo, era no obstante un vil ejemplo [...] De ello se sigue que cualquier recompensa que reciba por sus servicios debe ser entregada por su propio gobierno, o bien con total conocimiento y aprobación de su propio gobierno.^[33]

El problema con Clive es que, al tratarse de un temerario absolutamente excepcional que operaba en un entorno fronterizo salvaje —en el que, por consiguiente, había creado sus propias reglas—, las cualidades que le permitieron colocar los cimientos de un imperio británico en la India son las mismas que nos incomodan. Pero, ciertamente, como señala Macaulay, había un componente de hipocresía en el oprobio con el que se lo recibió de vuelta en Inglaterra. «Era un ejercicio de virtud muy fácil el de declamar en Inglaterra contra la avaricia de Clive; pero ni uno solo de entre un centenar de sus detractores habría mostrado tanto autocontrol ante al tesoro de Murshidabad».^[34]

Y ni uno solo de entre cien habría mostrado tanta audacia, ni habría estado dispuesto a arriesgar repetidamente toda su reputación en una nueva tirada de dados. Cuando en 1759 llegaron siete barcos holandeses al Hugli, procedentes de Java, Clive habría estado en su derecho si hubiera permitido su presencia.

Meer Jaffier apoyaba a los holandeses como un contrapeso frente a los británicos, y Clive detestaba alterar su relación con el nabab que él mismo había escogido. Además, Londres ya estaba metido en una guerra con los franceses y no podían permitirse siquiera mínimamente otro enemigo. Aun así, sabiendo que la presencia holandesa amenazaría el creciente dominio británico sobre la India, Clive ordenó un ataque totalmente por su cuenta, y, como resultado, los holandeses fueron derrotados de forma aplastante.

De hecho, fue a Clive a quien las autoridades británicas enviaron de regreso a la India en 1765 para eliminar la corrupción y la desorganización en el gobierno de Bengala que habían seguido a su ausencia, y que eran el resultado de un sistema de cuya fundación él era parcialmente responsable. Aunque solo permaneció en la India 18 meses, en ese plazo llevó a cabo una reforma exhaustiva en la Compañía Británica de las Indias Orientales, incluyendo el modo en el que esta trataba con la población indígena. La base de las reformas de Clive estaba en su comprensión de que dar poder a los hombres y al mismo tiempo mantenerlos en la pobreza era como invitarlos a una corrupción galopante. Por tanto, el núcleo central de su reforma fue el aumento de los salarios de los empleados de la Compañía, lo que consiguió ofreciéndoles una participación en los beneficios del comercio de la sal proporcional a su rango; un movimiento que, en ciertos ámbitos, causó un daño mayor a la reputación de Clive que muchas de las otras cosas que hizo. La tragedia última de Clive es que a menudo sabía lo que se tenía que hacer y no le asustaba hacerlo, incluso si lo que se tenía que hacer no era apto para los puros de corazón. Por supuesto, esto también es cierto para otros muchos hombres, pero lo es particularmente en el caso de Clive, cuyas decisiones y tentaciones —y sus consecuencias— tenían un alcance trascendental. De nuevo Macaulay:

Si un hombre vende cerveza un domingo por la mañana, no sirve de defensa que le haya salvado la vida a un semejante poniendo en riesgo la suya [...] Pero no es así como tenemos que juzgar a los hombres que, elevados muy por encima de las restricciones comunes, y acosados por tentaciones muy por encima de lo común, tienen derecho a recibir una cuota de indulgencia superior a la común.^[35]

Por así decirlo, Clive entregó la India a Gran Bretaña, y Gran Bretaña no fue del todo agradecida debido al modo en que Clive lo había logrado. Por consiguiente, en su madurez sería acosado por sus detractores hasta tal punto que su naturaleza maniaco-depresiva se apoderó de él. Se volvió adicto al

opio y, a la edad de 49 años, se suicidó (aunque hay sospechas de que podría haber sido asesinado).^[36]

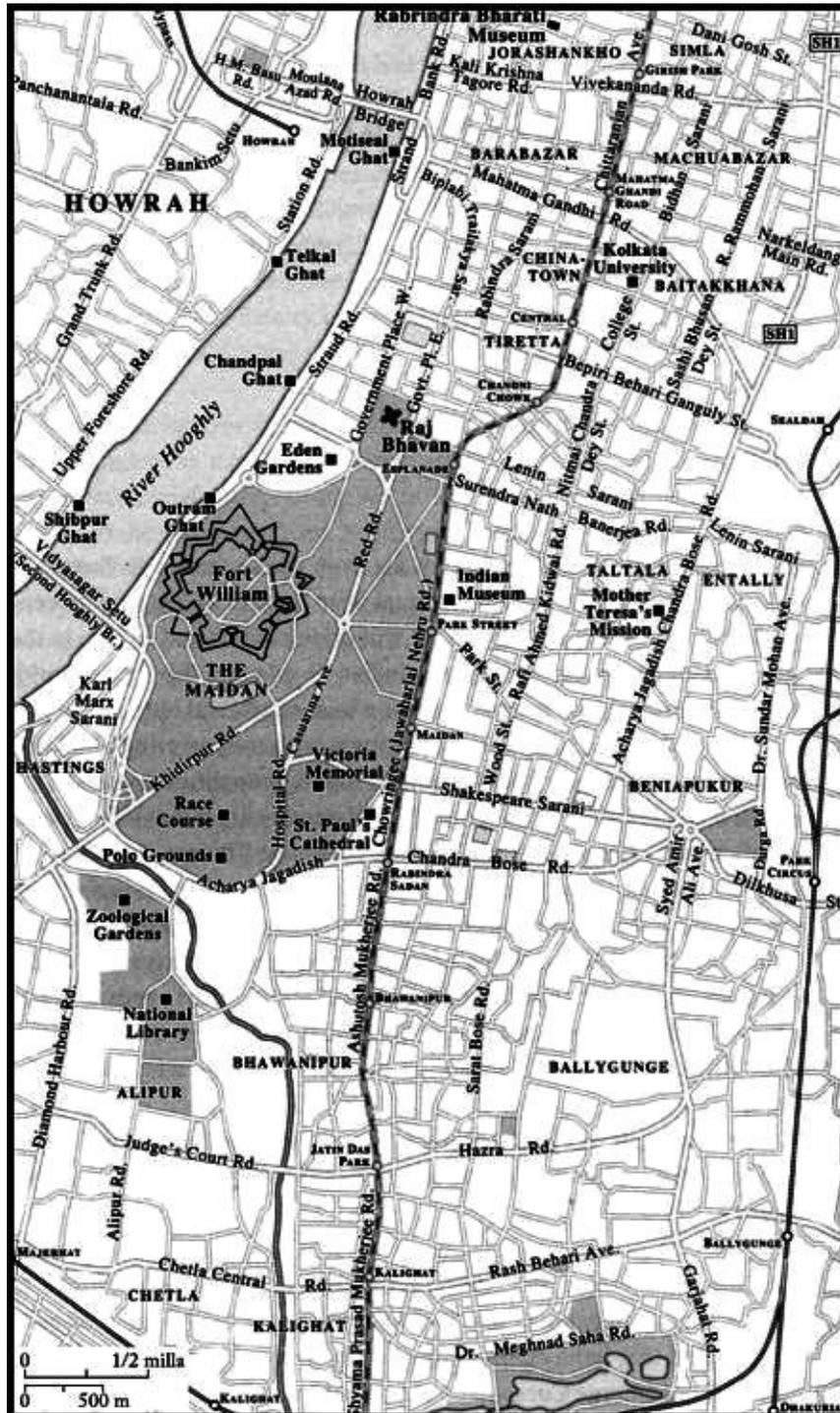
A su muerte en 1774, Clive era el mayor general británico desde que James Wolfe muriera en la victoriosa batalla de Quebec quince años antes (si bien «su corrupción sería igualmente condenada como, en cierto modo, impropia de un británico»).^[37] Prácticamente solo entre líderes militares occidentales, Clive no contaba con generales experimentados a su lado a los que recurrir en busca de consejo. Era un militar autodidacta que, a diferencia de otros agentes de la Compañía Británica de las Indias Orientales, imaginó, más allá de objetivos comerciales, una supremacía política y geográfica. En palabras de Macaulay: «El único hombre, hasta donde podemos recordar, que mostró un talento militar semejante a una edad igualmente temprana fue Napoleón Bonaparte».^[38]

Macaulay llega a sugerir que si Clive no hubiera sucumbido a la enfermedad y la depresión y no se hubiera vuelto adicto al opio cuando todavía era un hombre de mediana edad —si Clive hubiera seguido siendo el que era cuando derrotó a los holandeses cerca de Calcuta—, podría haber comandado a las tropas británicas en Norteamérica, y la historia de la descolonización americana habría sido diferente, pues la independencia se habría pospuesto algunos años. Verdaderamente, es imposible saber qué habría ocurrido si George Washington se hubiera visto obligado a enfrentarse a Robert Clive en el campo de batalla,^[t7] ya que la historia consiste en algo más que en geografía y fuerzas impersonales.

Mientras navegábamos río arriba y entrábamos de nuevo en Kolkata, mi barco pasó bajo el voladizo de Howrah Bridge, el icono urbano de la ciudad. El puente se construyó durante la Segunda Guerra Mundial para proporcionar a las divisiones británicas un acceso al frente birmano. Desde cualquier ángulo, parece un gigantesco mecano, izándose hasta la mitad del cielo, sus colgaduras de metal haciendo empequeñecer todo cuanto las rodea. Tanto el tráfico de las personas como el de los vehículos avanzan lentamente y en fila india, pegados unos a otros a lo largo de todo su arco, pues masas de gente cruzan este río del color de un cartón descolorido a causa del cieno que arrastra con él. Incluso desde abajo, desde el agua, el ruido de la multitud y los coches parece el estruendo de una locomotora cruzándolo sin fin. Lujosas motocicletas nuevas avanzan al ralentí al lado de los *rickshaws*. La gente lleva de todo, desde maletines hasta jaulas de pájaros, cajas y cestas reposan sobre

sus cabezas. Justo debajo de la entrada al puente por la ribera de Kolkata hay un bullicioso mercado de flores con montañas de caléndula y pétalos de rosa. Los vendedores ambulantes ofrecen de todo, desde hojas de afeitar hasta telas. Los ruegos de los mendigos y las peticiones a bocajarro son constantes. Nadie se rinde aquí.

De estrategia y belleza



En Kolkata, no muy lejos el uno del otro, hay dos lugares emblemáticos asociados a dos grandes figuras del pasado de la ciudad, figuras centrales en las ideas y los ideales que guiarán la política y la cultura del siglo XXI en todo el océano Índico y en el resto del mundo. Uno es un hombre de estado imperial; el otro, un hombre de las artes y las letras. Uno era un profesional de la *realpolitik*, interesado en maniobrar entre fuerzas político-militares diferentes y otros puros intereses geopolíticos; el otro estaba interesado en la estética, alguien que comprendía que el fin último de la conciencia es la apreciación de la belleza. Uno encarna el legado británico en la Gran India; el otro, ese legado de la India que constituye los sueños de muchos más allá de sus fronteras. Uno nos lleva a un debate sobre la política exterior de la India; el otro, a uno sobre la búsqueda de la justicia y la dignidad que Estados Unidos necesita comprender mejor. Los dos hombres son totémicos en Kolkata: en Calcuta, la capital imperial de la India británica; y en Kolkata, el hogar de millones de personas que quieren ser escuchadas.

El primer lugar de referencia es la Casa del Gobierno (*Raj Bhavan*, en hindi), el hogar, hace poco más de cien años, de lord George Nathaniel Curzon.

Hasta principios del siglo XX, cuando la capital de la India se trasladó a Delhi, Calcuta constituía el núcleo palpitante del imperialismo británico en Eurasia. Y no hay un hombre más vinculado a ese imperialismo con capital en la India que lord George Curzon, virrey del país entre 1899 y 1905. Decir que Curzon se sentía como en su casa en la India y en Calcuta es literalmente cierto. En una muestra de coincidencia simbólica suprema, la magnífica construcción de ladrillo de la Casa del Gobierno —el cuartel general del virrey, de estilo georgiano y completado en 1803— estaba basada en los planos de Kedleston Hall, el hogar ancestral de Curzon en Derbyshire, construido en el siglo XII.

A pesar de su aversión por el gobierno británico, los indios han conservado un lugar especial en su corazón para Curzon, que se esforzó por rescatar de las ruinas la arquitectura y las antigüedades del país. «Después de que cualquier otro virrey haya sido olvidado», afirmó en una ocasión Jawaharlal Nehru, el primer ministro de la India, «Curzon seguirá siendo recordado porque recuperó todo lo que era bello en la India».^[1]

En particular desde el fin de la Guerra Fría, la consideración hacia Curzon ha ido creciendo en algunos círculos de la ciudad, a pesar de que, como

virrey, dividió Bengala en dos mitades, la oriental y la occidental: una táctica de «divide y vencerás» que arrebató a Calcuta una región circundante muy lucrativa y predominantemente musulmana, y que estableció el precedente para la secesión de Pakistán Oriental de la India y, más tarde, para el nacimiento de Bangladés. De hecho, J.N. Dixit, secretario de Asuntos Exteriores indio a principios de los noventa, se refirió a Curzon como «uno de los mayores nacionalistas indios». C. Raja Mohán, profesor de la Universidad Nehru de Nueva Delhi, explica que todos aquellos de sus conciudadanos que sueñan hoy día con una Gran India —una zona de influencia serena e informal sobre gran parte del sudeste asiático y del océano Índico— encuentran en Curzon «una fuente de inspiración estratégica».^[2]

En 1909, Curzon escribía:

Los amos de la India, deben ser, en un contexto moderno, el poder más importante del continente asiático y, por extensión, podría añadirse, de todo el mundo.^[3]

La India de la que habla Curzon (y sobre la que él gobernaba) comprende ahora cuatro estados: la India, Pakistán, Bangladés y Birmania; esto es, toda la tierra firme desde la frontera iraní hasta el golfo de Tailandia. Esta Gran India requería naturalmente, en opinión de Curzon, de estados tapón al oeste y al norte para protegerla de Rusia y de China. Por consiguiente, en 1901, bajo la dirección de Curzon, se creó la provincia de la Frontera del Noroeste, habitada por la etnia pastún, con el fin de que la India británica pudiera ejercer presión sobre Afganistán mediante el control de las áreas tribales colindantes. Hoy día, la Frontera del Noroeste sigue perdurando, en el fondo y en la forma, para servir a Pakistán con la misma finalidad.

Pero Curzon no solo aspiraba a un Asia central dócil, sino también a una dócil Persia, como indica David Gilmour en su exhaustiva biografía *Curzon: Imperial Statesman*. Durante el virreinato de Curzon, la India británica fue la potencia principal en el golfo Pérsico y tenía unos vínculos comerciales excepcionalmente sólidos con Persia, Mesopotamia y los emiratos del golfo; unos vínculos que, a su vez, propiciaban el influjo económico de la India tan lejos como en África oriental. Por ejemplo, los Emiratos Árabes Unidos (Dubái, Abu Dabi y Sharjah) están formados por los antiguos Estados de la Tregua, así llamados porque firmaron una «tregua» con los británicos para que estos frenaran la piratería en el golfo, asegurando así las rutas comerciales entre Europa y la India a través de Oriente Medio. Mientras, en la frontera oriental de la India británica, en Birmania, un estamento de comerciantes e

inversores indios financió préstamos y otros servicios a los campesinos birmanos, lo que ayudó a reforzar la influencia imperial del virrey. Así, en tanto que Persia y Afganistán ejercían de estados tapón frente a Rusia en el oeste y el noroeste, el estado Shan de Birmania hacía lo propio frente a Francia y su imperio oriental en el sudeste asiático.

El virrey de Calcuta no se limitaba a recibir órdenes de Londres, pues la «arquitectura» del Imperio británico estaba construida en torno a la India.^[4] El virrey era un poder en sí mismo, y su influencia iba desde Adén hasta Malaca, el arco completo del océano Índico. Ese poder derivaba en último término de las propias dimensiones y riqueza de la India, y estaba afianzado por su vínculo con Londres. En nuestros días, si uno sustituye Londres por Washington —o, quizá, lo sustituye por una relación triangular con Washington y Pekín— obtiene lo que algunos indios definen como un marco «neocurzoniano».

El neocurzonismo es la tendencia entre los estrategas indios que prevén un crecimiento económico sostenido en el país, y también la política exterior que se deriva de ello. Resulta tentador compararlo con el neoconservadurismo estadounidense; a fin de cuentas, se trata de una visión imperialista que anhela una grandeza nacional basada en la grandeza de sus ideas. Pero mientras que los neoconservadores buscan imponer los ideales del sistema de gobierno estadounidense más allá de sus fronteras, los neocurzonianos se contentan con establecer alianzas con otros sistemas no democráticos. Los neocurzonianos comprenden los límites. Aspiran a recuperar la preeminencia principalmente dentro de la esfera de influencia geográfica de la India.

Esta es una visión más refinada en espíritu que la de esa Gran India (*Akhand Bharat*) que desean los nacionalistas hindúes, y no debería confundirse con ella. Los neocurzonianos miran más hacia la frontera occidental del subcontinente, pues quieren extender la influencia india sobre Oriente Medio; los nacionalistas hindúes, en cambio, miran más hacia el este —al sudeste asiático e Indonesia—, que está profundamente influenciado por la cultura sánscrita india. Aun así, Curzon gozó de un particular prestigio durante el gobierno de los nacionalistas hindúes del Partido Popular Indio en los noventa, cuando se le citaba frecuentemente.

Citarlo servía como un rechazo hacia la política exterior de la India durante la Guerra Fría, una época en la que —según Jaswant Singh, ministro de Asuntos Exteriores entre 1998 y 2002— el país había perdido gran parte de su influencia sobre las zonas de sombra del subcontinente a causa de la obsesión de Nehru por la no alineación y la liberación del Tercer Mundo. El

resultado fue que naciones como Omán, al oeste, o Malasia, en el este, dejaron de considerar a la India una fuente de seguridad. Pero desde el fin de la Guerra Fría, y tras la eclosión del capitalismo indio en un marco globalizado, los neocurzonianos han tratado de definir una nueva estrategia «de avance» para la India, centrada más específicamente en Asia y el océano Índico, y no tanto en el mundo en sí.

Para ser justos con Nehru, hay que tener en cuenta que su política exterior emanaba del contexto interior de la India, que en los cincuenta y los sesenta era el de una reciente independencia de los británicos, y con las heridas del imperialismo aún abiertas. La consecuencia fue, explica Shashi Tharoor, biógrafo de Nehru, una política exterior que tal vez fuera más apropiada para un movimiento de liberación que para un estado.^[5] Pero a medida que el recuerdo del dominio británico va remitiendo, sus rasgos más positivos pueden empezar a apreciarse. De ahí que la postura neocurzoniana represente en menor medida una variante india del neoconservadurismo estadounidense que un retorno a la *realpolitik* de los virreyes que, a pesar de ser británicos, maniobraban desde la misma posición en el mapa que los actuales gobernantes de la India. Jayanta K. Ray, del Instituto de Estudios Asiáticos Maulana Abul Kalam Azad, me explicó que los virreyes «tenían un gran sentido geopolítico a la hora de proyectar un poder blando por toda Asia, simplemente; un sentido en ocasiones mejor que el de nuestros propios gobiernos desde 1947».

Una política neocurzoniana trataría de debilitar las fronteras nacionales de Pakistán, Bangladés y Birmania, pero no a través de la conquista, sino revitalizando la cooperación comercial con estos países, incitándola con el desarrollo de carreteras y de conductos energéticos regionales. Birmania, en concreto, podría convertirse en una zona de disputa entre China y la India. Desde finales de los noventa, los lazos comerciales y de transporte cada vez más sólidos entre China y Birmania han apresurado a la India a impulsar proyectos de desarrollo allí, entrenar a las tropas birmanas y quejarse menos de la preocupante situación de los disidentes birmanos, a pesar de la detestable naturaleza del régimen militar del país. Si acaso algún día Birmania liberalizara y abriera realmente sus fronteras, los vínculos históricos y geográficos favorecerían a la India por delante de China (a pesar de la hostilidad local contra la comunidad de comerciantes indios de principios del siglo XX).

Una «mayor conectividad» con los vecinos de la India, declaró el primer ministro Manmohan Singh, puede transformar «cada subregión del

subcontinente» en una red de «dependencias mutuas para un beneficio mutuo». Traducción: la economía india es tanto más importante que la de cualquiera de los estados próximos por lo que una hegemonía blanda sería la consecuencia natural de una mayor cooperación económica. Afirmar la propia primacía política no solo no sería necesario, sería también contraproducente.

El problema de esta visión es que precisa de una sociedad lo suficientemente estable dentro de sus fronteras como para poder concentrarse activamente en el exterior. Y eso define a la India solo de forma sesgada: mientras que los medios de comunicación estadounidenses han insistido en el fenómeno tecnológico de «Bangalore», la realidad más inmediata del país es la de una turbulenta sociedad tercermundista en la que una tercera parte de la población sobrevive con un dólar al día. Como se señaló en el capítulo 7, la India vive acuciada por la violencia política entre el gobierno y los diversos grupos y castas desafectos, así como por estallidos periódicos de terrorismo islamista. Sus ocho estados del nordeste son la cuna de no menos de quince movimientos insurgentes impulsados por tribus locales que aspiran al autogobierno. El país, sencillamente, carece de estabilidad interna para abrir sus fronteras a sus vecinos a cambio de una mayor influencia en su entorno inmediato.

Pensemos en las relaciones con el Bangladés musulmán, rodeado por la India por tres de sus lados. Las personas y las mercancías podrían viajar más fácilmente de un lado al otro de la India atravesando Bangladés. Esto impulsaría el desarrollo económico de un nordeste inestable y le reportaría a Bangladés unos ingresos aduaneros significativos. De hecho, va a construirse un gasoducto que llevará el gas desde Birmania hasta la India cruzando Bangladés. Dado que el sistema político de este último está en ruinas, su única esperanza consiste en un mayor compromiso económico con la India, pero eso es precisamente a lo que le tiene miedo Kolkata. Mientras que las viejas generaciones —que incluyen refugiados de la partición de 1947— albergan cierta nostalgia por su hinterland perdido, muchas otras, especialmente las más jóvenes, ven a Bangladés del mismo modo que los estadounidenses ven a México: como un lugar que debería ser literalmente rodeado con un muro. «Que mantengan a todos esos mulás radicales encerrados al otro lado de la frontera», me dijo un periodista de Kolkata. Tienen ya a 10 millones de bangladesíes viviendo en su país como refugiados económicos, así que los indios no quieren más. Por otra parte, hay una tradicional comodidad respecto a la frontera actual cerca de Kolkata, ya que desde muy atrás en el siglo XIX la élite hindú de Calcuta y Bengala

Occidental miraba por encima del hombro a los campesinos musulmanes de Bengala Oriental. Algo distinto de lo que ocurre en Punjab, donde existe una especie de ecumenismo hacia los punyabíes que viven al otro lado de la frontera india con Pakistán. En general, no obstante, la India todavía está bregando con las fronteras de la partición.

Para que una Gran India proyecte su dinamismo económico al este, en el sudeste asiático; al norte, en China, y al oeste, en Oriente Medio, primero debe hacer lo propio en su patio trasero subcontinental; y eso requiere unas reservas de coraje y amplitud de miras de las que la India carece en la actualidad.

Pero más allá de la Gran India como potencia terrestre, hay que considerar el litoral del océano Índico. Curzon estaba concentrado en el poder territorial porque en sus tiempos el control británico de los mares se daba por sentado. Pero ahora, como hemos visto, la India debe plantearse su papel en el mar y en la tierra desde otra perspectiva. Como escribe Raja Mohan, el país está desprendiéndose del sentimentalismo y el tercermundismo con el que en su día contemplaba el este y el sur de África. Ahora ve a esta en términos estratégicos y de materias primas. La armada india patrulla hoy día el canal de Mozambique, en el sur del continente, por el que se transporta el carbón hasta una India cada vez más necesitada de energía y con una población de más mil millones de habitantes. Si tenemos en cuenta que en alguna ocasión la armada india ha escoltado a los buques de guerra estadounidenses a través del estrecho de Malaca, el cuadro resultante es el de una potencia en ascenso, con presencia de una punta a otra del tercer océano más grande del planeta.

Por descontado, sigue siendo la marina de Estados Unidos la que domina el océano Índico, pero dado que la armada india tiene una presencia significativa en la región, si bien no comparable a la estadounidense, los neocurzonianos demandan una alianza militar *de facto* con Estados Unidos. La expresión «*de facto*» es fundamental: como escuché una vez y otra en Kolkata y en Nueva Delhi, la India debe mantener en el futuro la postura de no alineamiento que tuvo durante la Guerra Fría. Aunque necesita inclinarse del lado de Estados Unidos para proyectar su propio poder, no se puede permitir excluir explícitamente a China, con la que ambos competirán por la influencia y comerciarán cuantiosamente.

En última instancia, por encima de cualquier visión estratégica concreta, es posible que sea la misma democracia de masas de la India la que la alinee con Estados Unidos y también la que atraiga gradualmente a su órbita a las naciones cercanas, dado que estas se están esforzando por copiar la autoridad

gobernante de la India, no coercitiva y, sin embargo, modestamente eficaz. Y eso es algo que el paternalista lord Curzon, que nunca concibió una India autogobernada, jamás habría imaginado.

De todos modos, no cabe duda de que el espíritu de Curzon servirá de guía para la política exterior de la India en el océano Índico y más allá de este. Los requisitos estratégicos del imperialismo de su época son los mismos que los del nacionalismo indio de la nuestra.

«El nacionalismo es un falso dios. Es antiestético», dijo el poeta, cuentista, novelista y artista bengalí Rabindranath Tagore, premio Nobel de Literatura de 1913.^[1] Esta afirmación aparece destacada entre los objetos que se exponen en la laberíntica casa familiar del poeta en el norte de Kolkata. Los patios comunicantes, endulzados por hileras de macetas con flores, y las paredes de la casa, devolviendo el eco de la evocadora cadencia de sus versos musicados y adornadas con pinturas modernistas, dotan a la mansión de Tagore de una cualidad humana modesta y casi mágica que se contrapone a las dimensiones frías e imponentes de la Casa del Gobierno en la que trabajaba Curzon.

Ciertamente, hay una calidad mística en Tagore, con su larga barba blanca; si bien definirlo como un místico —el mesías de Oriente, como dicen algunos— es quitarle mérito, parece sugerir que hay algo volátil e indisciplinado en su obra.^[6] El estudioso de Harvard Amartya Sen señala que ver a Tagore como una especie de «gurú espiritual aleccionador» —como lo ven muchos en Occidente— es aplicar sobre él una mirada de una estrechez pasmosa.^[7] En realidad, lo que tal vez otorgue a la obra de Tagore esa calidad mística sea su estudiado y a la vez natural universalismo, anclado en un suelo específicamente indio y bengalí. Del mismo modo que Curzon es el ejemplo por antonomasia del pragmatismo para una época con una política centrada en Asia y un equilibrio de poderes multipolarizado, la eterna lucha de Tagore por superar el nacionalismo lo sitúa entre los escritores más relevantes para una época de globalización, a pesar de que muriera hace siete décadas.

De hecho, expresar nuestra profunda admiración por la obra de Tagore es semejante a hacerlo respecto a la obra del desaparecido filósofo de Oxford Isaiah Berlín: es un modo de afirmar al individuo libre y sagrado como la fuerza soberana de la historia. Los poemas de Tagore, sus más de noventa relatos y sus novelas son el equivalente artístico a la filosofía humanista de Berlín. La producción literaria de Tagore es la de un coloso. Las lágrimas de

los hombres fluyen a lo largo de sus hipnóticos relatos como la lluvia del monzón. Al igual que Berlín, nunca sermonea: no hay «ni teoría ni filosofía» aquí.^[8] Los escritos que dejó tras toda una vida están dominados por conmovedores relatos de nostalgia, a menudo ambientados en un entorno rural idílico, y profundamente perturbadores: un joven que no realizó su ambición y anhela el amor de una mujer que un día pudo ser suya; el esqueleto de una escuela de medicina que perteneció a una hermosa mujer con sus propias esperanzas y sueños; un humilde empleado que pasa las tardes en la estación de Sealdah para ahorrarse el gasto de luz; un adolescente desgarrado que cae gravemente enfermo en Calcuta y añora a su madre, que está en el campo; un vendedor ambulante que se hace amigo de una niña porque le recuerda a la hija que ha dejado en Afganistán; una novia de nueve años que se refugia de la soledad escribiendo en su cuaderno de ejercicios; una mujer que se enamora de un joven vagabundo que aparece en el portal de su casa; un chico desnudo, tosiendo en mitad del frío, al que su madre abofetea y que carga por tanto, en la visión de Tagore, con todo el dolor del universo.

Y así muchas más, cada una rebosante de compasión. El humanismo de Tagore deslumbra por su observación de individuos humildes, aparentemente insignificantes, cuyas esperanzas y sueños y miedos conforman un mundo entero. No hay grandilocuencia en su obra, sino que más bien está siempre caracterizada por la intimidad. Bengalí hasta la médula, Tagore escribe a menudo sobre el monzón («El Padma empezó a tragarse los jardines, las villas y los campos con grandes y hambrientos tragos») y los *ghats*, las escalinatas que bajan hasta el río, donde la gente se baña, lava, chismorreaba; y que son también, tanto de un modo concreto como simbólico en su literatura, lugares de llegada y partida.^[9]

Además de con Berlín, Tagore puede compararse también con León Tolstói por su misticismo y su preocupación por la enseñanza en el medio rural. Al igual que Tagore, Tolstói era hijo de una familia de la nobleza terrateniente que, insatisfecho con la educación formal, creó una escuela en Yásnaia Poliana, lo mismo que hizo Tagore en Santiniketan, en Bengala Occidental, al norte de Calcuta. Ambos eran miembros de la aristocracia que glorificaban a los campesinos, pero veían con peores ojos a la floreciente clase media de las ciudades.

Por encima de todo, como sugiere Amartya Sen, por el modo en que armoniza la cultura hindú, la islámica, la persa y la británica (esto es, la occidental), Tagore se alza como un contrapunto frente a aquellos que ven el

mundo contemporáneo como un choque de «civilizaciones».^[10] En unos versos de su poemario *Gitanjali* («Ofrenda lírica»), Tagore afirma que quiere un mundo

Donde el saber es libre;

Donde no está roto el mundo en pedazos por las paredes caseras [...]

[11]

Esas «paredes caseras» de Tagore representan la estrechez de miras del nacionalismo. Aunque era un amante de la cultura japonesa, estas palabras sobre Japón están inscritas en la pared de su casa de Calcuta:

Japón había derrotado a China en la batalla naval, pero debería haber comprendido que era bárbaro y antiestético exhibir las reliquias de la victoria por todo el país como afiladas espinas. El hombre es a menudo empujado por las circunstancias a emprender actos crueles, pero la verdadera humanidad consiste en olvidarlos. Lo que permanece eterno gracias al hombre, para aquello para lo que construye templos y santuarios, sin duda no es la violencia.

Aquí está lo esencial de Tagore. La guerra puede ser necesaria, pero es tan lamentable que no debería construirse ningún monumento en su honor. La guerra, la gloria militar y demás son peor que incorrectas: son, como el nacionalismo, «antiestéticas». Es decir, la belleza es moral y universal, y nada que no sea moral y universal puede ser bello.

Tagore era verdaderamente un visionario, pues aunque su vida (1861-1941) coincide con la era del nacionalismo, fue más allá de este y vio una solidaridad mayor por encima del estado, la de la humanidad. No se oponía al nacionalismo o al patriotismo, solo al nacionalismo o al patriotismo como el mayor de los bienes. Comprendía el anhelo que conducía al patriotismo, del mismo modo que san Agustín comprendió el anhelo que conducía al tribalismo, que a finales de la Edad Antigua servía para mantener unidos a grandes grupos humanos de forma pacífica. Pero ambos sabían que estos anhelos eran piedras en el camino hacia una unión mayor.

Tagore fue el sincretista por excelencia, un fusionador constante de culturas y pueblos en su obra y en sus pensamientos: no hay un bello paisaje bengalí en su mente, solo una «Tierra» gloriosa.^[12] Como tal, escribe el estudioso de Harvard Sugata Bose, fue un viajero y un peregrino impenitente: Irán, Irak, el sudeste asiático, Japón, etcétera. Igual que Curzon, Tagore

imaginaba una Gran India; pero mientras que el primero y los nacionalistas indios de nuestros días tienen una visión política y estratégica monolítica, la de Tagore era la un entrelazamiento cultural, viendo, por ejemplo, los «lineamientos de una hermandad universal de poetas sufíes tendiendo un puente sobre el mar Arábigo».^[13] El mapa mental de Asia que concebía Tagore era un tapiz sin costuras en el que las nacionalidades y culturas se superponían y, por ejemplo, una gran India se disolvía en una gran Persia y en una gran cultura malaya o balinesa, del mismo modo que el hinduismo y el islam se disolvían el uno en el otro en la Bengala rural del este que él tan bien conocía. No había fronteras en la visión del mundo de Tagore, solo zonas de transición. Sonreiría con complicidad frente a los debates en torno a un futuro Kurdistán, Sunistán, Pastunistán, un Gran Azerbaiyán y demás alteraciones sobre la cartografía actual de Oriente Próximo, pues contemplaba el mundo a través de un mapa holístico y multidimensional. Para él, un lugar como Kurdistán había existido siempre, superpuesto a Turquía, Irak e Irán, más que en contradicción con estos estados. Es por ello que Tagore podía decir que tenía, como inodoro, un «vínculo de sangre» con los iraníes sin parecer racista o etnocéntrico.^[14] Los vínculos de sangre se aceptan fácilmente si uno tiene, como la tenía él, una visión del mundo que celebra todos los vínculos de sangre, así como los culturales y los espirituales.

De todos modos, Tagore no era un «globalista», si eso implica renunciar a la propia identidad nacional o étnica. Comprendió intuitivamente que para apreciar otras culturas uno tenía que estar fuertemente arraigado a la suya. Comprendió que lo «universal» solo podía asentarse sobre unos localismos ricos y vibrantes. Era, en otras palabras, un hombre perfectamente ilustrado para el siglo XX en el que, como sugiere Sugata Bose, se condensaba el espíritu del mundo Índico.

En un poema ilustrado con la firma «Bagdad, 24 de mayo de 1932» y compuesto durante un viaje a Irak, Tagore escribe:

La noche ha terminado:
En el oscuro rincón del cuarto
Husmea la claridad grisácea.
En el cielo de oriente
De este día festivo
El faro del mundo resplandece brillante.
Que todos aquellos que avancen
Por el mismo camino

Se vean el uno al otro perfectamente.^[15]

Lo irónico es que para que la visión neocurzoniana se imponga, debe hacerlo también la de Tagore, pues solo dejando atrás la estrechez de perspectivas de la nacionalidad puede la India ganarse la confianza de sus vecinos y extender así orgánicamente su ámbito de influencia. A este respecto, la política debe guiarse por la geografía y la cultura. Como lo expresó Raja Mohan en nuestra conversación: «Kolkata será siempre la salida al mar más cercana para Lhasa. El objetivo, pues, es convertir en realidad ese hecho geográfico uniendo el Tibet y la India, pensando lo bastante a lo grande como para superar las fronteras». Una *realpolitik* con conciencia moral es lo que la India, y también Occidente, necesitan, puesto que en una competición que incluya también a China, será la potencia con la visión más cosmopolita y benigna la que llevará la delantera.

Sri Lanka: la nueva geopolítica



Me encontraba en un inmenso yermo de tierra removida que se extendía kilómetros hasta el horizonte. Largos convoyes de camiones llevaban la tierra

colina arriba por caminos serpenteantes, de un lugar de la zona de obras a otro, mientras los capataces chinos, cubiertos con cascos, dirigían la operación en medio del polvo y un calor tremendo. Estaban tomando forma un profundo cañón con un valle plano y abismal, así como un par de embarcaderos, uno de los cuales era tan largo como diez campos de fútbol. Este inmenso proyecto de dragado —la creación, literalmente, de un nuevo frente marítimo tierra adentro— pronto se convertiría en el dique interior del puerto costero de Hambantota, casi en el cabo sur de Sri Lanka y próximo a los corredores marítimos más importantes del mundo, por los que cada año pasan más de 30 000 barcos transportando petróleo y materias primas procedentes de Oriente Medio en dirección a Asia meridional.

Para 2023, está previsto que Hambantota disponga de una refinería de gas natural licuado, instalaciones para almacenar combustible de aviación, tres dársenas independientes que permitirán el transbordo de carga en el puerto costero, y diques secos para la reparación y construcción de barcos, por no mencionar las instalaciones de *bunkering* y repostaje.^[1]

Se trataba de un proyecto de construcción de quince años que hacía que los esrilanqueses se mostrasen a la vez orgullosos y ofendidos: orgullosos de que su país pudiera finalmente dejar de ser famoso por sus conflictos étnicos y alzarse como un nodo del comercio marítimo global; ofendidos porque no eran ellos, sino los chinos, los que estaban construyendo y financiando el puerto. Por este motivo, el acceso al recinto estaba estrictamente regulado. Para contemplar la enormidad del proyecto, había tenido que introducirme en una zona restringida y había acabado arrestado: me retuvieron siete horas en la comisaría de policía de Hambantota hasta que se retiraron los cargos.^[1]

Al igual que la región pakistaní de Gwadar, la de Hambantota constituye un asombroso paisaje marítimo de olas atronadoras, preparada para convertirse en uno de los nombres del siglo XXL. Esto concordaría con el estatus de la ciudad en la antigüedad cuando, como parte del reino de Ruhuna, formaba un ramal de la ruta marítima de la seda. En la actualidad, con sus 20 000 habitantes, la ciudad la componen unas pocas calles con escaparates bulliciosos y los botes pesqueros de madera amontonados en filas de cuatro en el pequeño embarcadero, o en la playa, con la marea baja. (En muchos casos los botes son propiedad de musulmanes de origen malayo.)^[2]

Con solo dos huéspedes más, el hotel en primera línea de playa en el que me alojaba tenía un ambiente desértico, como de los confines del mundo. Lo habían alzado sobre las ruinas del hotel destruido por el *tsunami* del 2004, que también había borrado todos los botes de la playa hasta que se construyeron

botes nuevos con la ayuda de la comunidad internacional. El *tsunami* mató a 35 000 personas en Sri Lanka y dejó a 400 000 sin hogar. De hecho, Hambantota constituye un resumen taquigráfico y visual del océano Índico en la actual etapa de la historia: una víctima del *tsunami* y una beneficiaria del ascenso de China como gran potencia.

Antes del inicio del proyecto portuario, Hambantota había sido un lugar olvidado de Sri Lanka, conocido solo por el periodo, a principios del siglo XX, en que el gran hombre de las letras inglesas Leonard Woolf estuvo destinado aquí como agente auxiliar del gobierno. Woolf, que más tarde sería el marido de Virginia Woolf y director de la célebre Hogarth Press, aprovechó su estancia en Hambantota para recopilar material para una brillante novela acerca de las crueldades de la vida rural en este rincón de Ceilán, *Una villa en la jungla*, publicada en 1913. De hecho, justo detrás del pueblo aún se oculta un bosque de palmeras esmirriadas, con el suelo seco y rojizo, que recuerda al del libro.

Azmi Thassim, director de la cámara de comercio local, que me contó lleno de orgullo la relación de Leonard Woolf con Hambantota, insistió en que el puerto era un proyecto de Sri Lanka, y no de China. Me señaló que la estratégica posición marítima de la ciudad y la profundidad de sus aguas en las proximidades de la costa habían hecho de ella la localización ideal para un nuevo puerto durante décadas; de hecho, los canadienses habían participado durante algún tiempo en la fase de planteamiento, antes de que chinos y esrilanqueses pusieran en marcha su acuerdo de largo alcance en 2007. «Carecemos de los fondos y de la experiencia, y, por lo tanto, buscamos apoyo extranjero.» Hambantota, me dijo, tenía también planes para un centro de conferencias y un nuevo aeropuerto en los cuales los chinos probablemente no estarían involucrados, del mismo modo que tan pronto se completara el puerto, los chinos probablemente no serían los únicos que operarían en él.

El director de la cámara tiene razón en un aspecto importante: el movimiento de China hacia el océano Índico no es tanto una muestra agresiva de expansión imperial como una sutil y magna estrategia con la que sacar provecho de las oportunidades comerciales legítimas que puedan surgir en las áreas relevantes para sus intereses económicos y militares. Más que urdirla de antemano, China se sube hábilmente a la ola de la historia económica. Como en Gwadar, donde la Autoridad Portuaria de Singapur dirigirá el puerto construido por los chinos, habrá al menos una capa de separación entre los objetivos de China y la realidad sobre el terreno. China no necesita dirigir ningún puerto, solo precisa un puerto de última generación e instalaciones de

bunkering para su flota mercante, y posiblemente sus barcos de guerra, en lugares en los que Pekín se esfuerza por mantener excelentes relaciones diplomáticas y militares. Hambantota y otros puertos similares se convertirán en centros de libre circulación en los que podrán almacenarse temporalmente enormes cantidades de productos manufacturados chinos con destino a los mercados de Oriente Medio, Asia meridional y el sudeste asiático. Por consiguiente, Hambantota es un ejemplo emblemático del imperio en ciernes pero exquisitamente escurridizo de China, construido sobre la base de un poder blando.^[2]

En el mundo de finales de la antigüedad, Ceilán —estratégicamente situada en el gozne de la bahía de Bengala y el mar Arábigo— era el *entrepôt* entre China y Oriente Medio. Como explica George Hourani, los barcos chinos navegaban hasta Ceilán, y a partir de ahí, el comercio hacia el oeste quedaba en las manos de persas y aksumitas (originarios de la actual Etiopía).^[3] El almirante chino Zheng He rompió esa pauta al convertir Ceilán en una base desde la que navegar hasta el mismo Cuerno de África, para lo que viajó a la isla en dos ocasiones. Aquí, en 1410, levantó una placa conmemorativa triangular que se desenterró exactamente 500 años más tarde cerca de Galle, próxima al extremo más meridional de Sri Lanka y del subcontinente indio. El mensaje, inscrito en chino, persa y tamil, invocaba a las deidades hindúes para que bendijeran un mundo en paz cimentado en el comercio. El año anterior, los chinos habían invadido Ceilán y habían llegado hasta las colinas de la capital budista de Kandy, donde capturaron al rey y la reina cingaleses y a los miembros de su corte como castigo por no haber entregado una reliquia sagrada —un diente de Buda— unos años antes.^[4]

Los chinos ocuparon Ceilán durante treinta años en el siglo XV. Eso fue antes de la arremetida europea, que incluiría ocupaciones por parte de los portugueses, holandeses y británicos; una época histórica que no concluiría hasta mediados del siglo XX. El hecho de que los chinos llegaran aquí antes de que la isla cayera bajo la tutela occidental hace que la política actual de China respecto a Sri Lanka y al océano Índico sea compatible con la historia local, y las ostentosas conmemoraciones de los viajes de Zheng He que se realizaron en Pekín demuestran que es así como lo ven los propios chinos.

Las actividades de su país en Sri Lanka revelan que China, en palabras de un oficial naval indio, está preparada para «echar el ancla en el umbral meridional de la India». China participa en la construcción de una zona de

desarrollo en Hambantota que incluye el puerto de aguas profundas cuyas obras visité y, además, una instalación de *bunkering*, una refinería de petróleo y otras infraestructuras que el director de la cámara no mencionó.^[5] El complejo podría usarse algún día como una estación de repostaje y atraque para la armada china, mientras esta patrulla el océano Índico y protege los suministros de petróleo saudí con destino a China. Situada en el centro de las líneas de comunicación claves del Índico, Hambantota está en el mismo flanco de la isla al que arribó la flota de Zheng He hace 600 años. Dado que la India tiene las manos atadas a la hora de proveer asistencia militar al gobierno cingalés budista de Colombo, la capital, debido a las susceptibilidades políticas de su propia población de tamiles hindúes, China y Pakistán han cubierto ese vacío. La primera ha proporcionado a Sri Lanka aviones de combate, vehículos blindados para el transporte de tropas, cañones antiaéreos, radares de vigilancia aérea, misiles y lanzacohetes. La ayuda china a Sri Lanka se elevó de unos pocos millones de dólares en 2005 a 1000 millones en 2008; por su parte, Estados Unidos aportó únicamente 7,4 millones. La ayuda militar estadounidense fue interrumpida en 2007 a causa de las transgresiones de los derechos humanos cometidas por el gobierno cingalés en su guerra civil contra los tamiles étnicos; China, que también participa en las exploraciones de gas aquí, así como en la construcción de una central eléctrica de carbón con un coste de 455 millones de dólares, no tiene esos reparos morales.^[6]

Dado que el colonialismo europeo terminó hace sesenta años, y Estados Unidos anda ocupado en otros lugares, China ha regresado a esta isla situada en el núcleo de las rutas comerciales del océano Índico. Su apoyo militar, que incluía seis cazas F-7 sin cargo alguno, fue crucial para salir del punto muerto en el que se encontraba el enfrentamiento militar con los rebeldes tamiles y decidirlo a favor del gobierno de Sri Lanka.^[7] Aunque Estados Unidos ha venido ignorando relativamente la isla, pues está en una órbita geográfica índica alejada de Oriente Medio, los chinos la ven, acertadamente, como un punto clave para las líneas de comunicación marítimas del siglo XXI a lo largo del rimland asiático. De modo que mientras los estadounidenses están atareados en Afganistán, los chinos construyen puertos discretamente por todo el litoral Índico. Y si el trabajo de los estadounidenses llega a buen fin, eso solo conllevará un Asia central conectada al océano Índico por conductos energéticos, lo que dará lugar a un nuevo y dinámico orden mundial en el que China estará preparada para sacar un mayor provecho.

Y, sin embargo, en última instancia el reto de los chinos será el mismo que el de los estadounidenses, pues por mucho que China haya ayudado a Sri Lanka (o a Pakistán, para lo que nos atañe) no tiene ninguna garantía de que podrá disponer de acceso directo a las instalaciones portuarias que ella misma está construyendo. Todo dependerá de las circunstancias políticas entre China y el país anfitrión en cada momento. China podría acabar encontrándose en la misma frustrante posición que Estados Unidos, que tiene puertos y bases que no puede utilizar en momentos de necesidad debido a tensiones políticas imprevistas. Esta, de nuevo, es la verdadera lección del mundo Índico: relaciones llenas de matices en lugar de alianzas manifiestas y acuerdos para el establecimiento de bases militares. Hago hincapié en la profunda implicación de China en Sri Lanka porque eso es lo que vi sobre el terreno, pero hay escasos motivos para que Occidente se muestre paranoico al respecto.

A lo largo de los 26 años de la guerra civil que hubo aquí, los estrategas occidentales se encontraron en un profundo dilema moral en relación con Sri Lanka, un lugar que para toda una generación constituyó una catástrofe de los derechos humanos, aun cuando ahora figure en un lugar prominente dentro de los nuevos cálculos geopolíticos. Por consiguiente, a medida que Sri Lanka crece en importancia en este mundo centrado en el Índico, llega el momento de rescatar a la isla del olvido relativo que ha padecido a manos de los medios de comunicación estadounidenses.^[8]

El propio nombre de «Ceilán», tan formal y elegante —aunque se trata de una pronunciación deformada de un nombre portugués— evoca el más exclusivo de los paraísos. Y el paisaje, con su extenso litoral, sus bosques prístinos y sus brillantes plantaciones de té, así como la blancura de sus colosales estupas budistas, sin duda alguna no decepciona. Los marineros árabes medievales llamaron a esta isla que cuelga como una lágrima en forma de pera del extremo sudeste de la India «Serendip», o «isla de las joyas», nombre que sirvió a un escritor inglés del siglo XVIII para acuñar el término *serendipity* (serendipia). Sri Lanka, el nombre cingalés por el que se conoce la isla desde 1971, significa «tierra resplendente».

Pero Sri Lanka es uno de esos lugares sumidos en la oscuridad —pensamos en Chipre, Kosovo, Nagorno Karabaj—, no del todo inusuales en el mundo en vías de desarrollo, en los que la tierra es espléndida al tiempo que las acciones de sus habitantes humanos han sido demasiado a menudo

mezquinas y horribles. Y en cada uno de estos lugares, unas complejidades históricas absolutamente vigentes impregnan el panorama político, haciendo que la posibilidad de ingeniar una solución sea tan difícil como encontrar la salida de un laberinto. Hay una perversidad en torno a la historia local de las décadas recientes que sugiere que son el propio aislamiento impuesto por su insularidad, así como su paisaje atravesado de colinas y montañas —esas mismas cualidades que hacen que Sri Lanka sea tan hermosa—, los que contribuyen a la paranoia y la estrechez de miras que han sido el sello distintivo de su política.

La mayoría cingalesa budista, que representa más de las tres cuartas partes de una población de veinte millones, ha vivido siempre con el miedo de ser aplastada por los tamiles hindúes, los cuales, aunque constituyen únicamente un 18 % de la población, podrían en teoría llamar a filas a los 60 millones de compatriotas étnicos y religiosos que viven justo al otro lado del estrecho de Palk, en el sudeste de la India. El historial de invasiones tamiles sobre el único hogar que poseen los cingaleses no es solo un asunto del pasado antiguo, sino una realidad palpable reafirmada en la época actual por el terrorismo tamil. Como escribe el estudioso esrilanqués K. M. de Silva:

La posición de Sri Lanka frente a la costa de la India meridional, y específicamente su gran proximidad a [el estado indio de] Tamil Nadu, del que la separa una estrecha franja de mar poco profundo, sirve para acentuar este sentimiento de estatus minoritario entre los cingaleses. Su propio sentimiento de diferenciación étnica se identifica con la religión —el budismo theravada— y la lengua —el cingalés—. Se enorgullecen del hecho de que el budismo crezca con fuerza en Sri Lanka mientras que prácticamente ha desaparecido en su tierra natal, la India. Su lengua, el cingalés, tiene sus raíces en lenguas indias clásicas, pero es hoy día una lengua decididamente esrilanquesa, una lengua que no se habla en ningún otro lugar.^[9]

De hecho, existe un sentimiento de destino manifiesto entre los cingaleses, afirma De Silva: el de preservar el budismo theravada frente a las arremetidas revitalizadoras del hinduismo, siendo el sudeste de la India el origen de multitud de estas invasiones. Es como si los cingaleses budistas fueran un pueblo aislado, sin apenas compatriotas étnicos en ninguna parte, que ha sido arrinconado por la inmensidad demográfica de una India mayormente hindú hasta su último bastión, los dos tercios meridionales de Sri Lanka. Por este motivo, los cingaleses deben pelear por cada kilómetro de la

tierra natal de su etnia, me explicó Bradman Weerakoon, asesor de varios expresidentes y ex primeros ministros de Sri Lanka. Además de este sentimiento que tiene la mayoría cingalesa budista de estar perpetuamente sitiada por una minoría tamil hindú más emprendedora y dinámica, existe también el sentimiento de represión religiosa que sufrieron bajo el dominio de las diversas potencias coloniales europeas, empezando por los portugueses cristianos y siguiendo con los holandeses y británicos hasta mediados del siglo XX.^[10]

El resultado es que, como los serbios en la antigua Yugoslavia o los chiitas en Irán, los cingaleses son una mayoría demográfica con una peligrosa manía persecutoria propia de una minoría. Si es posible generalizar, los cingaleses budistas son menos ascéticos y contemplativos que los de otras ramas; son exaltados militantes con una identidad de sangre y tierra. Esta identidad se cimenta en los impresionantes vestigios arquitectónicos y escultóricos de 2300 años de culto budista, con su artesanía de latón, sus coloridas vestiduras, objetos de plata y oro y relucientes estatuas de rojo y dorado; tradiciones artísticas que llegaron aquí desde la India como parte de la actividad misionera del gran emperador mauryo Aśoka en el siglo III a. C. El budismo —al igual que el cristianismo, el islam, el judaísmo y otras religiones, tanto occidentales como orientales—, si bien tiene una vocación espiritual y, por lo tanto, no violenta, puede convertirse en un instigador de odio y violencia en circunstancias específicas: si entran en juego componentes étnicos, luchas por el territorio e ideologías políticas. (Repito: este defecto no es exclusivo de las religiones orientales, pues las de Occidente han sido igual de culpables a lo largo de la historia. Y hay que recordar que, aunque me refiera todo el tiempo a los cingaleses budistas y a los tameses hindúes, porque conforman las líneas generales de la guerra, lo cierto es que gran parte de la violencia en ambos bandos ha sido perpetrada por cristianos, en concreto católicos. De hecho, hay cristianos entre los cabecillas terroristas y entre los que cometen atentados suicidas.)

Por su parte, los tameses hindúes han sido etiquetados como una minoría con complejo de mayoría, debido al triunfo del hinduismo sobre el budismo en el sur de la India en los siglos V y VI d. C. Las invasiones subsiguientes desde la India meridional sobre la rica y próspera ciudad-estado budista de Anuradhapura, en el centronorte de Sri Lanka, dieron lugar a la creación, hacia el siglo XIII, de un reino tamil propio que, a su vez, puso la semilla para las mayorías tameses que ocupan hoy día el norte y el este de la isla.^[11]

La experiencia posemancipación del país, que incluye un cuarto de siglo de guerra civil entre cingaleses y tamiles, ha confirmado los peores temores de ambas comunidades. Los cingaleses han tenido que lidiar con la insurgencia de una guerrilla tamil en todo respecto tan sanguinaria y suicida como las de Irak o Afganistán, más conocidas. Por su parte, los tamiles han tenido que lidiar con las coacciones, las discriminaciones y el absoluto fracaso de instituciones gubernamentales mayoritariamente cingaleses a la hora de proteger sus derechos comunitarios. Como explican Weerakoon y otros, Sri Lanka es un ejemplo de cómo la democracia puede usarse, a lo largo de décadas, para expresar los derechos de una mayoría étnica represiva en lugar de los derechos del individuo, tal y como la entendemos en Occidente.

Ya en los primeros años posteriores a la independencia de 1948, los cingaleses y tamiles estaban atacándose los unos a los otros. En los cincuenta, los cingaleses se manifestaron contra el gobierno cuando este concedió derechos a la minoría tamil, lo que solo sirvió para que estos se manifestaran a su vez cuando el gobierno dio marcha atrás en su promesa. Las turbas y bandas tamiles asaltaron los hogares y comercios cingaleses en el norte del país, y los cingaleses hicieron lo mismo en los barrios tamiles del sudoeste. Mientras, las fuerzas de seguridad del estado se fueron desprofesionalizando, y en los sesenta su mentalidad se fue acercando más al nacionalismo cingalés. El gobierno convirtió a los tamiles en los cabezas de turco de sus propios fracasos, al tiempo que fomentaba el cingalés como única lengua oficial. Se dispensaba un trato preferencial a la comunidad cingalesa en todas las esferas públicas: no solo las fuerzas de seguridad, también el funcionariado civil acabó dominado por la etnia mayoritaria. Los distritos electorales se trazaron para otorgar un dominio avasallador a los cingaleses del entorno rural.^[12]

Para mediados de los sesenta, el modelo de un estado secular y multiétnico había sido ya descartado en favor de un estado cingalés, donde el budismo ostentaba la categoría de religión oficial y los tamiles hindúes carecían de derecho al voto. Irónicamente, esto ocurría con la connivencia de un sistema democrático que nunca degeneró en dictadura. Los políticos cingaleses, incluyendo a Sirimavo Bandaranaike, que en 1960 fue la primera mujer en el mundo en acceder al cargo de primera ministra, permanecieron atados al clima impuesto por la mayoría, en lugar de trabajar para alzarse sobre él. Respaldando esta caída en la intolerancia entre comunidades estaban la mayoría de los monjes budistas, los cuales, a la manera de un clero medieval, han sacado todo el partido del poder político y tienen la mirada

puesta en un pasado en el que ellos eran la atizadora fuerza nacionalista tras los reyes de Ceilán.

De todos modos, las pésimas circunstancias económicas, incluyendo un aumento del precio del petróleo, dejaron a una masa de jóvenes bien sin empleo bien con unas oportunidades limitadas, lo que dio lugar a un movimiento guerrillero que a finales de los sesenta y en los setenta propugnó una ideología que combinaba el nacionalismo budista con el marxismo. Las huelgas y manifestaciones dieron paso a los asesinatos entre comunidades. En 1971 una insurrección marxista-leninista dejó 15 000 muertos, y otra, en 1989, que podría compararse a la insurgencia de Sendero Luminoso en Perú, arrojó un total de 55 000 víctimas. Había un elevadísimo número de mujeres, niños e inválidos entre ellas. Fue verdaderamente indescriptible. La capacidad de las fuerzas de seguridad para ponerle fin de forma contundente fue lo que dotaría dos décadas después a los militares de la autoconfianza necesaria para derrotar a los insurgentes tamiles.

En los setenta las fuerzas de seguridad se habían curtido hasta convertirse en una despiadada organización criminal de pleno derecho. El estudioso estadounidense John Richardson relata en su libro sobre Sri Lanka *Paradise Poisoned* el caso emblemático de una joven, Premawathi Menamperi, de un distrito cingalés en el extremo sur de la isla, que fue detenida en 1970 por sus presuntos vínculos con una organización marxista radical. La despojaron de su ropa, la violaron, se afirma, repetidas veces y luego la condujeron desnuda por todo el pueblo, en el que había sido la reina de las celebraciones de Año Nuevo, antes de ser asesinada por el subfusil de un policía. Sri Lanka tal vez fuese una democracia, pero apenas dos décadas después de haber alcanzado la categoría de estado ya había dejado de ser una sociedad civil.

Era una época en la que el propio gobierno electo estaba derivando hacia el titoísmo y otras variantes moderadas del comunismo soviético. Mientras, en 1972, un tal Vellupilai Prabhakaran fundó los Nuevos Tigres de Tamil, que se conocerían posteriormente entre los periodistas de todo el mundo como los Tigres de Liberación del Eelam Tamil o, abreviando, los Tigres de Tamil. Prabhakaran —que era cristiano, de hecho— es otro ejemplo de fuerza histórica individual, porque a pesar del trágico historial de conflictos entre cingaleses y tamiles, es posible que la guerra civil no hubiese llegado a producirse, o que se hubiera desarrollado de otro modo, si un hombre, Prabhakaran, no hubiese existido. Este, que se convertiría en uno de los terroristas más buscados del mundo, así como en uno de los más temidos y eficientes líderes guerrilleros, era el producto de dos factores primordiales: la

discriminación flagrante hacia los tamiles y su propia juventud de clase media, especialmente díscola. Su mente fecunda devoraba libros sobre las campañas de Napoleón, al mismo tiempo que se enfrascaba en la lectura de cómics y escuchaba, sentado junto a su padre, las discusiones sobre política en torno al maltrato que dispensaba el gobierno cingalés a sus compatriotas tamiles. Sus héroes eran Clint Eastwood, el legendario guerrero tamil Veerapandia Kattabomman y Subash Chandra Bose, el nacionalista indio bengalí que había rechazado el pacifismo de Gandhi y había sumado fuerzas con los nazis alemanes y los fascistas japoneses para enfrentarse a los británicos en la India.

El joven Prabakharan mataba animales con tirachinas y pistolas de aire comprimido, y ensayaba la fabricación de bombas caseras. Se clavaba agujas bajo las uñas para aumentar su resistencia al dolor, y mataba insectos con alfileres como preparación para torturar al enemigo. Empezó liderando a los Tigres de Tamil en robos en los que conseguir dinero para campos de adiestramiento situados en puntos remotos de la jungla, donde la selección de los candidatos era concienzuda. «Vosotros los intelectuales tenéis miedo a la sangre», reprendió a la comunidad académica de la ciudad tamil de Jaffna, al norte de Sri Lanka, «no habrá lucha sin muertes». Irónicamente, las fuerzas de seguridad controladas por los cingaleses cumplieron sus deseos. Los asesinatos a pequeña escala llevados a cabo por los Tigres provocaron unas enormes represalias contra los refugiados tamiles por parte de la policía, ayudada por matones cingaleses. En los ochenta, décadas de odio entre comunidades y desgobierno democrático condujeron a Sri Lanka al borde de la catástrofe.^[13]

El mismo Prabakharan, como he mencionado, era cristiano, como lo eran otros miembros clave de los Tigres de Tamil. La religión fue un elemento menos importante que la etnia en esta tragedia: los Tigres, cabría no olvidarlo jamás, oprimieron tanto a hindúes como a budistas.

La guerra civil empezó en serio el 23 de julio de 1983, cuando Prabakharan orquestó y dirigió personalmente un ataque contra una patrulla del ejército esrilanqués cerca de la Universidad de Jaffna que incluyó la explosión de una mina terrestre y fuego automático. Murieron trece de los quince soldados cingaleses que formaban parte de la patrulla. A esto le siguió una semana de disturbios en la capital, Colombo y en otras regiones cingalesas, en las que tamiles étnicos que habían vivido en paz con sus vecinos cingaleses durante décadas vieron cómo ardían sus hogares y sus comercios y sufrieron palizas, violaciones en grupo y asesinatos, incluso

quemándolos vivos. Como ocurriría en Gujarat en 2002, se afirmaba que el estado había estado implicado, pues se usaron listados electorales para localizar a las familias tamiles.

La primera ministra india Indira Gandhi trató de atribuirse un rol pacificador, al tiempo, sin embargo, que el Ala de Investigación y Análisis de la Oficina de Inteligencia India —la organización de espionaje conocida como RAW— establecía campos de adiestramiento en los que preparar a los jóvenes tamiles militantes para luchar contra los cingaleses. A finales de los ochenta, el ejército indio fue destinado a Sri Lanka con fines pacificadores, pero acabaron combatiendo contra los Tigres de Tamil, ese mismo grupo al que en un principio habían ayudado a prepararse. Los indios acabaron retirándose de la isla en medio de un absoluto fracaso. En 1991, una terrorista suicida de los Tigres asesinó al hijo de Indira Gandhi, el primer ministro indio Rajiv Gandhi.

A lo largo de más de un cuarto de siglo desde 1983, en el curso de una guerra civil que mató a más de 70 000 personas, Sri Lanka ocupó una posición lamentable en las noticias: una tragedia persistente de enormes consecuencias humanitarias que, sin embargo, podía ser relegada perpetuamente a las páginas interiores. En particular en Estados Unidos, parecía que cuanto más dura se volvía la guerra, tanto menos se sabía de ella, o importaba, incluso, pues en aquel entonces pocos consideraban que la isla fuera estratégica.

A medida que la guerra avanzaba, Prabakharan fue convirtiendo a los Tigres de Tamil en un pseudoculto terrorista en el que era venerado como un semidiós. «Para comprender a los Tigres de Tamil», escribió el desaparecido estudioso estadounidense Michael Radu, «imaginemos el Templo del Pueblo de Jim Jones en Guyana en posesión de una “armada” y una “fuerza aérea”, así como de (en su punto álgido) 20 000 zombis fanáticos y armados».^[14] De hecho, los Tigres de Prabakharan fueron la primera guerrilla del mundo con su propia fuerza aérea (aviones Zlin Z 143 de factura checa) y, más importante, su propia armada (barcos pesqueros cargados de explosivos y una pequeña fuerza de submarinos). Implantó un impuesto de sangre en la población que estaba bajo su control en el norte y el este por el que cada familia tenía que entregar a uno de sus hijos a los Tigres. Existía un brazo en la organización, los Tigres Negros, que estaba centrado en los asesinatos y magnicidios. Hasta principios de los noventa los Tigres fueron los líderes mundiales en número de atentados suicidas, una táctica de la que habían sido en gran medida pioneros. Usaban a decenas de miles de civiles como escudos

humanos y a los niños como porteadores en el campo de batalla.^[15] La misma historia de los Tigres de Tamil demuestra que la violencia retorcida, el ocultamiento de guerreros entre las multitudes de civiles y el uso desenfrenado de terroristas suicidas no son crímenes exclusivos de los musulmanes o del mundo arabo-persa.

Los Tigres también simbolizaban otro fenómeno profundamente conflictivo: la idea de una insurgencia en apariencia permanente y el poder consiguiente de los apátridas. A principios del siglo XXI, los medios de comunicación de masas y la tecnología armamentística habían conspirado para envalentonar a aquellos grupos que no tenían representación en la ONU, pocas instituciones y, en muchos casos, un territorio poco o nada seguro. Debido, precisamente, a que no disponen de un gobierno, estos grupos están exentos de compromisos y pueden subsistir a base de abstracciones y absolutos morales.^[16] La práctica permanencia y la mortandad de tales grupos, como Hezbolá, AI Qaeda, los talibanes o los Tigres de Tamil, beben directamente de la ausencia de responsabilidades oficiales propias de la soberanía. Del mismo modo que combatir contra AI Qaeda deshumanizó de algún modo al gobierno de Estados Unidos —a juzgar por las torturas que fueron reveladas— combatir contra los Tigres de Tamil degradó a las autoridades de Sri Lanka, cuyas instituciones de gobierno democrático son mucho más endebles que las de Estados Unidos.

A finales de 2008, los miembros con un entrenamiento más profesional del ejército de Sri Lanka, unos 50 000, emprendieron una ofensiva metódica en el norte y el oeste del país, después de que las deserciones hubieran liberado el este del control de los Tigres. De un área de 18 000 kilómetros cuadrados, los Tigres pasaron a controlar un territorio de unos 80, rodeado por tierra y mar por el ejército esrilanqués. Entre bando y bando, había 200 000 civiles tamiles que, según algunas informaciones, los Tigres estaban usando como escudos humanos. Los Tigres llevaron así hasta un límite exponencial la técnica de los talibanes, AI Qaeda y Hamás de esconderse entre no combatientes. Las fuerzas del gobierno cingalés no se acobardaron frente a este aprieto moral, no obstante: bombardeaban a los civiles con morteros y lanzamisiles multicañón, y luego dejaban que se murieran de hambre mientras despejaban de enemigos un nuevo territorio. Se afirma que de las 70 000 personas que murieron en la guerra desde 1983, el 10 %, en su mayoría civiles, fueron asesinadas en los últimos meses de enfrentamiento en 2009.^[17] Además, la

victoria gradual del gobierno sobre los Tigres de Tamil —una de las organizaciones más despiadadas y sangrientas del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial—, aunque era un bien en sí misma, condujo a un endurecimiento aún más severo de la política en Colombo. El gobierno no solo violaba brutalmente los derechos de los civiles tamiles (ellos mismos en contra de los Tigres), sino que incluso los cingaleses con un pensamiento independiente —sobre todo periodistas— fueron también perseguidos y asesinados.

«El asesinato se ha convertido en la herramienta fundamental mediante la que el estado quiere controlar los instrumentos de la libertad», escribió el periodista Lasantha Wickramatunga en un obituario de su puño y letra que anticipó su propia muerte a principios de 2009.^[18] Las fuentes me informaron de que había sido asesinado atravesándole el cráneo con unas afiladas varas de hierro. «Si Lasantha, con todos sus contactos, pudo ser asesinado a plena luz del día, entonces pueden hacerle lo mismo a cualquiera», me dijo un periodista local que sabía de muchos compañeros de profesión a los que habían dejado cubiertos de moratones; la atmósfera en Colombo era de una extrema censura, «de la peor y más insidiosa especie». Otro periodista me dijo: «El final de Lasantha nos asustó verdaderamente. Gente como yo decidimos que era más importante seguir con vida que informar». Pocos de los periodistas con los que hablé estaban dispuestos a cruzar la línea y atacar públicamente al gobierno. Los estadounidenses tuvieron que esforzarse en relación al modo de lidiar con los medios internacionales independientes mientras llevaban a cabo una contrainsurgencia en Irak. El gobierno de Sri Lanka no había sufrido ese tipo de frustraciones en su camino a la victoria.

Sri Lanka, cuando la visité en los principios del monzón del sudoeste de la primavera de 2009, era un lugar a punto de alcanzar una gran victoria frente a las fuerzas semiconvencionales de los fascistas Tigres de Tamil, a los que solo les quedaban entre 3 y 5 kilómetros cuadrados de territorio en el distrito noroeste de Mullaitivu, donde mantenían a varias decenas de miles de civiles como rehenes. Pero Sri Lanka era también un lugar atenazado por el miedo. Los medios de comunicación, habitualmente los guardianes de las sociedades libres, habían sido psicológicamente escindidos del público por el gobierno, cuyas violaciones de los derechos humanos eran cada vez más toleradas por la población, a medida que la victoria en el campo de batalla se hacía inminente. La división entre la civilización budista y la hindú en esta isla, en el punto de encuentro entre el mar Arábigo y la bahía de Bengala, nunca había sido tan marcada, aun cuando no se trataba originariamente de una disputa religiosa.

«Desde que los Rajapaksa llegaron al poder en 2005, los secuestros y las desapariciones se han disparado», me informó un experto extranjero. Se refería a los tres hermanos cingaleses que controlaban el país durante mi visita en 2009: el presidente electo, Mahinda Rajapaksa; el secretario de Defensa, Gotabhaya Rajapaksa, y el asesor de mayor confianza del presidente, Basil Rajapaksa. Juntos, marcaron un antes y un después respecto a los gobiernos precedentes. Mientras que los gobiernos de las dinastías Senanayake y Bandaranaike provenían de una élite con sede en Colombo, los Rajapaksa era más representativos del sector rural, algo xenófobo, semianalfabeto y colectivista de la población cingalesa budista. Había desde rumores hasta informes fehacientes de las embajadas extranjeras que informaban de profundas conexiones con los bajos fondos y con el tráfico de narcóticos y personas. La consolidación del poder de los hermanos representaba el equivalente democrático a un golpe militar.

A pesar de que en 2003, al margen de la guerra en sí, había habido relativamente pocos problemas en torno a los derechos humanos, en 2009 se estaban produciendo aproximadamente un millar de ejecuciones extrajudiciales y desapariciones al año. Estos crímenes y secuestros, principalmente de jóvenes tamiles, pero también de periodistas, abogados y otros miembros de la élite de Colombo, los estaban llevando a cabo misteriosas organizaciones criminales controladas por la inteligencia militar, la cual, a su vez, obedecía a los principales líderes del gobierno.

Había también casos más conocidos, como el de los dieciséis tamiles étnicos y el musulmán que cooperaban con una ONG francesa y que en 2006 fueron ejecutados uno a uno de un tiro en la nuca cerca del puerto de Trincomalee, en el este. Y en una plétora de controles policiales y militares en las carreteras del centro de Colombo y del campo, jóvenes tamiles eran secuestrados y enviados a masificados campos de concentración. Teniendo en cuenta la procedencia, poco sofisticada, de los miembros del régimen, la ayuda amoral de China y las actividades ilícitas del gobierno —a las que se sumaba la brutalidad de sus operaciones militares y de seguridad—, los diplomáticos y trabajadores por los derechos humanos temían que la presión de la guerra hubiera dado lugar a un régimen de la misma categoría que el de Birmania o Zimbabue, con desapariciones que recordaban a las de Argentina en los setenta y principios de los ochenta, en un momento en el que el gobierno estaba a punto de lograr una victoria sin precedentes. Los hermanos Rajapaksa constituían ahora, con un respaldo absoluto del clero y la población

cingalesa, un retorno al pasado: una dinastía real y arraigada en la etnia, con una envoltura similar a la de los reinos budistas de Kandy de antaño, centrada en la supervivencia étnico-nacional y eximida de dar explicaciones ante el gabinete y el parlamento. La democracia había cedido el paso a un negocio familiar. Se veían coloridas banderas por todas partes, al tiempo que los héroes de la gran guerra contra los Tigres de Tamil eran aclamados y festejados.

Pero ocurría que lo que habían forjado los Rajapaksa era una perversión del antiguo reino budista de Kandy, el cual, más que puramente budista era verdaderamente sincrético. Asediado por los intentos de conquista de portugueses, holandeses y británicos, Kandy, protegida por sus bosques montañosos en el centro de la isla, se mantuvo independiente hasta 1815, cuando fue tomada finalmente por los británicos. Los Nayakkar, la dinastía gobernante, procedían del sur de la India y tenían orígenes hindúes, si bien favorecieron el budismo theravada y buscaban esposas hindúes para sus herederos budistas. Al poner fin a esta dinastía y, por tanto, romper el vínculo que existía entre el budismo y el hinduismo, los británicos ayudaron a crear el marco idóneo para una polarización étnica de la política en la era poscolonial. Lo cierto era que el budismo theravada, tan interesado en la ética y en liberarse de la experiencia terrena, era demasiado ascético para los campesinos de Ceilán, y por ello precisaba del panteón hindú para dotarse del color y la magia necesarios. A unos pocos kilómetros de Kandy, en lo profundo del bosque, rodeadas de resplandecientes plantaciones de té, vi bajo el mismo techo estatuas de Buda y de las deidades hindúes, unidas en su penumbrosa magnificencia en las oscuras antesalas de piedra de los templos medievales de Gadaladeniya, Lankatilaka y Embeka.

En el templo de Embeka, corrí a un lado un tapiz hindú para contemplar el Buda que estaba oculto tras él. En Lankatilaka, el Buda estaba rodeado por sus cuatro lados de *devalas* (centros de oración) dedicados a las deidades Upulvan, Saman, Vibhishana y Skanda: una mezcla de origen hindú, budista y persa. En el santuario budista de Gadaladeniya, vi grabados en piedra basados en el estilo del imperio hindú de Vijayanagara, de Andhra Pradesh, en el sur de la India. La lluvia torrencial del monzón del sudoeste llenaba de vida el espectáculo espiritual y artístico, aullando y chasqueando contra las hojas como cortinas de bruma desplazándose a través del reino frondoso. Este era el auténtico legado de Sri Lanka, pensé, el que los Tigres de Tamil primero, y los Rajapaksa después, habían violentado.

Un diplomático me dijo que Occidente debería, simplemente, condenar el régimen de Rajapaksa al ostracismo y no preocuparse por si se convierte en el eje de la estrategia de China para convertirse en una gran potencia. En su opinión, los cientos de miles de millones de dinero chino invertidos en la economía estadounidense eran más importantes para los intereses estadounidenses que el hecho de que China construyera un puerto más en el océano Índico, lo cual, en todo caso, era un mayor motivo de preocupación para la armada india o la japonesa que para la estadounidense. El régimen al estilo birmano del país era demasiado corrupto y demasiado incompetente en otros ámbitos como para durar, a pesar de sus logros en el campo de batalla.

Por su parte, los Rajapaksa se mostraban despreciativos hacia Occidente y Estados Unidos y desbordaban una rectitud sin fisuras. A fin de cuentas, consideremos la siguiente historia:

En 2006, cuando el nuevo gobierno de Rajapaksa se retiró de un absurdo alto al fuego con los Tigres de Tamil (ambos bandos seguían disparándose entre ellos), los Tigres controlaban un tercio de Sri Lanka. Hasta ese momento, Estados Unidos había incrementado su apoyo al gobierno como parte de la estrategia post 11-S, por la cual los Tigres de Tamil eran considerados una organización terrorista de categoría similar a la de Al Qaeda. Pero Mahinda Rajapaksa había sido elegido para ganar por fin la guerra, y en 2006 tuvo un golpe de suerte: el este del país, controlado por los Tigres, se vino abajo debido a la desertión de un aliado clave de Prabakharan: Vinayagamoorthy Muralitharan, conocido por su *nom de guerre* coronel Karuna Amman. Era el momento de lanzarse a por la victoria final. Sin embargo, rematar la guerra suponía romper oficialmente el alto al fuego, lo que unido al incremento de las violaciones de los derechos humanos bajo los Rajapaksa, puso fin al apoyo militar estadounidense. Así pues, no se recibieron más piezas de recambio para el radar antifuego del país ni para sus helicópteros Huey o sus C-130. La armada de Sri Lanka estaba especialmente satisfecha con su radar para el control del espacio marítimo, pero los estadounidenses pronto recortaron la asistencia y los recambios para él. Además, también habían confiado en sus cañones Bushmaster de 30 milímetros, proporcionados por Estados Unidos como un medio de mantener alejados a los lancheros suicidas, pero el agua salada dañaba los equipos y, de nuevo, no llegaban más piezas. Los esrilanqueses sentían que los estadounidenses les estaban dando con la puerta en las narices justo cuando estaban enfrentándose de manera eficiente a una insurgencia nihilista. «A un

paso de su momento de gloria les mordía los tobillos la “comunidad internacional”», fue como lo describió un diplomático de Colombo.

Entonces, oliendo la oportunidad, China empezó a proporcionar a Sri Lanka más y más armamento y municiones. El radar antifuego chino era poca cosa en comparación con el de Estados Unidos, pero al menos tenían piezas de recambio disponibles. La ayuda militar de Pekín pronto alcanzó todos los niveles: los fusiles de asalto que se veían en los controles militares de carretera eran T-56 chinos, una imitación de los AK-47 rusos. Además, China respaldaba a Sri Lanka en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas siempre que los poderes occidentales querían condenarla, y ofrecía plazas en sus academias de guerra o de personal militar a oficiales esrilanqueses. Al igual que en Uzbekistán y en el Nepal, donde la restricción de libertades políticas había hecho que Occidente recortara las relaciones, los chinos estaban potenciando seriamente las suyas.

También había ayuda militar y económica procedente de Pakistán, Irán, las repúblicas exsoviéticas, Libia e incluso Israel, que había suministrado patrulleros Dvora a la armada de Sri Lanka. Sostenido por esa mitad no occidental del mundo, menos obsesionada con los derechos humanos, el avance militar contra los Tigres de Tamil se aceleró en 2008 al tiempo que el ejército ponía en pie nuevas divisiones y fuerzas especiales. Sintiendo seguro al saber que contaba con el firme respaldo de China, el ejército de Sri Lanka avanzó de forma metódica y paciente, sin tener que seguir ningún calendario político, delegando el poder en los oficiales que estaban en el frente. Mientras tanto, la armada de Sri Lanka hundió las naves nodrizas, o almacenes flotantes, de los Tigres de Tamil en el sudeste del Índico. Fue un espectáculo impresionante, salvo por la falta absoluta de cualquier intención de ganarse los corazones de los tamiles étnicos por parte de un ejército reclutado entre los pueblos más pobres del territorio cingalés. Se preocuparon muy poco de construir escuelas o de cavar pozos para los tamiles. Aquello fue una guerra total con decenas y centenares de miles de civiles atrapados entre bando y bando. La victoria y la muerte de más de un millar de soldados cingaleses en la lucha de 2008 y 2009 no dejaron al gobierno de humor para compromisos. El secretario de Defensa Gotabhaya Rajapaksa realizó visitas oficiales a China, Rusia e Israel. Con un préstamo de Libia, petróleo de Irán y China construyendo y financiando el puerto de última generación de Hambantota, la capacidad de influencia occidental era, simplemente, cada vez más reducida.

En parte gracias a los intereses estratégicos de China, Sri Lanka fue capaz de ganar una guerra volviendo la espalda a Occidente. Y aunque la derrota de un grupo como los Tigres de Tamil es ciertamente bienvenida, se consiguió de una forma que evidencia que el ascenso de China en Asia y en África trae consigo repercusiones preocupantes para los estados y regímenes en cuestión. El declive de Occidente en el Asia marítima, si bien es un acontecimiento por completo natural y en cierto modo positivo dentro del conjunto de la historia —dado todo el trauma que siguió al viaje de De Gama— no será enteramente beneficioso. Como hemos visto, la ayuda militar de China no viene acompañada de lecciones sobre los derechos humanos, como ocurre con la de Occidente. China no interfiere en la política interna de otros estados y no tolera que interfieran en la suya. Su política extranjera, sin ser en ningún aspecto extrema o belicosa, representa no obstante la más sombría forma de realismo. Marca una nueva bipolaridad en el mundo: entre aquellos estados que incluyen los derechos humanos en sus cálculos políticos y los que no.

Aun así, y a pesar de resultar crucial para la destrucción de los Tigres de Tamil, China no puede conseguir aquí un triunfo absoluto por el simple motivo de que la geografía política ubica a Sri Lanka bajo la sombra de la India. Sí, hubo una desastrosa intervención del ejército indio en 1987 en la que, básicamente, la India invadió Sri Lanka con el fin de defender a los tamiles étnicos y acabó metida en combate contra los propios Tigres de Tamil, que no toleraban ningún poder que no fuese el suyo. Sin embargo, hoy día la India mantiene unas mejores relaciones con Sri Lanka que con otros vecinos grandes y cercanos como Pakistán y Bangladés.^[t3] Gracias a un tratado de libre comercio firmado en 1998, las operaciones comerciales entre ambos países son sustanciales: para Sri Lanka, la India es el mercado desde el que más importa y el tercero al que más exporta.^[t4] El influjo natural de la India sobre la isla es tan evidente que, en los tiempos de la independencia, Sri Lanka firmó un acuerdo de defensa con Gran Bretaña por miedo a una invasión india (como ocurriría en el caso de Hyderabad y Goa en tierra firme). Como hemos visto, puede que la India se sienta acosada por los problemas de los estados semifallidos que la rodean pero, al mismo tiempo, estos estados, por irascibles que sean, también deben tener en cuenta a la India a la hora de hacer sus cálculos geopolíticos. Por ejemplo, el apoyo de Pakistán al extremismo islamista de Afganistán queda perfectamente explicado por su deseo de erigir en el corazón de Asia central una especie de «Islamistán» con el que hacer frente a la India. Así pues, esta reciente aproximación de Sri Lanka hacia China es, a fin de cuentas, solo relativa; y,

en particular cuando la rivalidad marítima entre China y la India empiece a caldearse, Sri Lanka tendrá que maniobrar cuidadosamente entre los dos gigantes para alcanzar una especie de no alineamiento funcional. La isla, con una minoría musulmana cada vez más numerosa e influyente, su deuda político-bélica con China y su proximidad a la India, es el indicador emblemático del rumbo geopolítico de la región del océano Índico.

En cualquier caso, como apuntaba Paikiasothy Saravanamuttu, director ejecutivo del Centro de Alternativas Políticas de Colombo, la India también se encuentra empeñada en sus relaciones con Sri Lanka, no tanto a causa de su nefasta intervención de 1987 como por el hecho notorio de que Tamil Nadu, el estado indio prácticamente contiguo a Sri Lanka, es la patria étnica de la asediada minoría tamil de Sri Lanka. En respuesta a la presión que ejerce Tamil Nadu sobre los políticos de Nueva Delhi, la India tiene que afanarse por respaldar a los tamiles esrilanqueses al tiempo que compite con China y Pakistán por la amistad de las autoridades cingaleses de Colombo. Pero como añadía Saravanamuttu, el propio hecho de que las relaciones con Sri Lanka sean tan confusas y problemáticas es lo que hace que para la India resulte crucial solucionar el conflicto entre cingaleses y tamiles. La verdadera reconciliación étnica en Sri Lanka es un objetivo indio mucho más que un objetivo chino.

En la primavera de 2009, la metódica ofensiva del gobierno se intensificó con la consigna de no tomar prisioneros. El 18 de mayo se declaró el fin de la guerra con la captura de los últimos metros que quedaban bajo el control de los Tigres de Tamil y se mostró el cuerpo de Prabakharan en la televisión. A la mañana siguiente, ya puesto en libertad tras mi birria de intrusión, conduje por la costa meridional de la región de los cingaleses. Por todas partes había desfiles y convoyes de *rickshaws* engalanados con banderas y haciendo sonar las bocinas; hombres jóvenes, la mayoría sin trabajo, lanzando gritos y toneladas de petardos. Estaba lleno de carteles del presidente Rajapaksa. Los vecinos ofrecían a los que pasaban comida gratis, servida en hojas de palma. Una efigie de Prabakharan fue arrastrada y quemada. En el caso de los jóvenes, percibí un tedio caprichoso y espeluznante en sus actos, como si esa misma muchedumbre, en otras circunstancias, pudiera estar quemando hogares tamiles igual que en décadas pasadas. También resultaba significativo que las manifestaciones se fueran diluyendo a medida que me acercaba a la población del centro de Colombo, étnicamente mixta.

Sin embargo, era verdaderamente un acontecimiento digno de celebración. Prabakharan había provocado más muerte y más destrucción

durante un periodo de tiempo mucho más largo que Osama bin Laden en el caso de Estados Unidos. Este era el tipo de victoria tajante y demostrable con la que un gobierno estadounidense no podía más que soñar, si bien los métodos que había usado Sri Lanka para alcanzarla jamás podrían —ni deberían— ser aplicados por Estados Unidos.

Aquella misma mañana me detuve en el pueblo de Tangalle para ver la retransmisión por la televisión nacional del discurso triunfal de Rajapaksa ante el parlamento. Reunidos frente a una gran pantalla dispuesta especialmente para la ocasión, había centenares de personas ondeando la inconfundible bandera de Sri Lanka: un león sobre un fondo granate simbolizando a los cingaleses, y dos bandas más pequeñas, una naranja y otra verde, en representación de las comunidades tamil y musulmana. Al principio parecía una brillante representación maquiavélica: despiadado en la guerra y generoso en la victoria. Tras dismantelar durante años los derechos de los tameses étnicos y los de los medios de comunicación, Rajapaksa habló repetidamente de la reconciliación nacional. Empezó su discurso, no en cingalés, sino en tamil. Habló de un país étnicamente unido: «Debemos vivir como uno». Además, mencionó el desarrollo, la educación y la asistencia médica para la minoría tamil. En el pasado se había expresado así en los foros internacionales, pero nunca de modo tan humano y exhaustivo frente a la audiencia nacional. Aunque no se anunció ningún programa concreto, parecía haber más esperanza de la que había habido en años de que Sri Lanka se encontraba en el camino de la recuperación nacional.

Por otro lado, no tenía ni disculpas ni mostraba remordimientos ante las víctimas de la guerra. Días después prometería a los monjes budistas de Kandy que «nuestra patria no volverá a ser dividida [de nuevo]». Les dijo, además, que solo había dos tipos de esrilanqueses, aquellos que amaban a su patria y los que no. Y sin embargo la democracia, por imperfecta que sea, tiene una forma de obrar milagros: meses después, para poder ganar las elecciones, Rajapaksa no tuvo más remedio que cortejar a la minoría tamil; y esta, a cambio, permitió que el líder budista hiciera cosas como organizar una oración pública en un templo hindú. La división religiosa de Sri Lanka nunca fue tan profunda como la étnica, y resultaba que la étnica podía superarse. Con el cristiano Prabakharan muerto, parecía que Sri Lanka estaba ahora preparada para entrar en una nueva y productiva etapa de la historia. Los diplomáticos y los trabajadores de las ONG con los que hablé durante mi visita se mostraban generalmente escépticos acerca de la capacidad de Rajapaksa para reformarse a sí mismo, pero uno esperaba que su pesimismo

no estuviese justificado. Y si no lo estaba, podíamos dar gracias por ello a la democracia.

Como hemos visto, fueron los chinos los que, en parte, permitieron que esta victoria tuviera lugar, pues para Occidente, hay que decir a su favor, ni siquiera el más deseable de los fines justifica ciertos medios. Y aun así, por incómodo que nos resulte aprobarlo moralmente, el modelo de ayuda chino tiene su lógica. En su clásica obra de 1968 *Political Order in Changing Societies*, el desaparecido catedrático de Harvard Samuel P. Huntington señalaba algo que Thomas Hobbes y Walter Lippmann también habían observado antes: que la autoridad, incluso la de naturaleza brutal, es preferible a la ausencia de ella. *Ay, ¡cómo hemos aprendido esa lección en Irak!* Mientras que nosotros, desde Occidente, examinamos el mundo en vías de desarrollo en busca de pureza moral y condenamos la corrupción en las sociedades atrasadas, los chinos se contentan con la estabilidad, sin importar cuán ilegítimo sea su origen. El énfasis de nuestra ayuda extranjera está en la democracia, los derechos humanos, la sociedad civil; el de la suya está en colosales proyectos de infraestructuras y en la autoridad, sea civil o no.

Deberíamos tener en cuenta que nuestros objetivos han sido determinados por una experiencia histórica única, la cual, como apunta Huntington, ha consistido en limitar el poder de la autoridad; pues nuestras prácticas institucionales fueron importadas sin más de la Inglaterra del siglo XVII, mientras que en gran parte del resto del mundo se ha tenido que construir una autoridad legítima desde la nada.^[19] Es por esto que la experiencia histórica de Estados Unidos no siempre es relevante para muchos de los países que estarán en el escenario central del nuevo siglo. Grandes franjas geográficas están marcadas por instituciones gubernamentales débiles, apáticas o inexistentes, dado que estamos viviendo —y seguiremos haciéndolo algunas décadas— las secuelas del desmantelamiento de los imperios europeos, que han expuesto a los regímenes de Eurasia y África a los rigores de la modernidad.

La competencia entre los modelos de desarrollo de Estados Unidos y de China es, por supuesto, más acentuada en África —en el extremo occidental del océano Índico—, pero ahora quiero dirigirme a Birmania, un lugar donde no solo Estados Unidos, sino China y también la India están profundamente involucrados. Birmania será tan crucial para la región de la bahía de Bengala como lo será Pakistán en el mar Arábigo. Y mientras que Pakistán es

comparable a los Balcanes por su tendencia a la disolución, Birmania es como la Bélgica de principios del siglo XX, pues tiende a ser invadida por las grandes potencias colindantes.^[20]

Birmaniam: donde la India y China colisionan



Las nubes del monzón aplastaban el paisaje oscuro y verde alga del este de Birmania. Las empinadas colinas brillaban con las tecas y cocoteros, el barro negro y ocre traído por las fuertes lluvias y una hierba alta y caótica. Cuando cayó la noche, el zumbido ruidoso de las cigarras y el croar insistente de los geocos competían con el chaparrón. Tras cruzar un veloz riachuelo a través de tres tablones de bambú, me encontré de pronto en Birmania, guiado por un soldado de la etnia kayin que llevaba una linterna conectada por cables pelados a una antigua batería de seis voltios que le colgaba en torno al cuello. El peligro no eran tanto los soldados del gobierno de Birmania como el ejército tailandés. A causa de la tala forestal y de otros intereses comerciales, el gobierno democráticamente elegido de Tailandia era en aquel momento un amigo íntimo del régimen militar birmano. El primer ministro tailandés Samak Sundaravej había afirmado que los generales birmanos en el gobierno eran «buenos budistas» que gustaban de meditar, y que Birmania era un país que vivía «en paz». Por este motivo, el ejército tailandés estaba al acecho de soldados de la etnia kayin, una tribu minoritaria de las colinas que había estado combatiendo a los sucesivos regímenes birmanos desde 1948.

«Se acabó en Vietnam, se acabó en Camboya. ¿Cuándo se acabará en Birmania?», le pregunté a Saw Roe Key, un kayin que conocí tan pronto crucé la frontera y que había perdido una pierna debido a una mina antipersonal «rompepatas». Ese era el tipo de minas que el régimen militar había desparramado por todos los pueblos de las colinas de Birmania, que cubren un 40 % del país y en las que más de media docena de grupos étnicos, incluyendo el kayin, hace mucho que se encuentran en un punto u otro de insurrección. De los más de veinte kayin que conocí en un puesto de avanzada al borde de la frontera, cuatro habían perdido una pierna por culpa de una mina. Por lo demás, eran una mezcla variopinta. Algunos llevaban ropa verde de camuflaje e iban armados con M-16 y AK-47; la mayoría llevaban camisetas y *lunguis* (faldas tradicionales). El puesto era un revoltijo de chozas hechas de tablones de madera y plantadas sobre pilotes, con el techo de hojas secas de teca, y estaba construido en una ladera, cubierto por un manto de copas de árboles. Era devorado continuamente por los escarabajos, los mosquitos de la malaria y otros insectos, pero estaba equipado con un panel solar y un ingenioso sistema de canalización. Allá enfrente, nos saludaba un país guerrillero perfectamente escarpado en una intersección estratégica del mundo Índico. En esta jungla no solo colisionaban el gobierno birmano y las guerrillas étnicas en contra del régimen: también lo hacían una India con la mirada vuelta al este y una China con la mirada vuelta al sur.

Sawbawh Pah, de cincuenta años, un hombre pequeño y robusto con apenas un mechón de pelo en la cabeza, dirigía una clínica para soldados heridos y personas que habían sido arrancadas de sus hogares, que eran un millón y medio en Birmania. Con 3000 pueblos arrasados solo en el estado de Kayin, el *Washington Post* llamó a Birmania una «Darfur a cámara lenta».^[1] Con expresión sencilla y resignada, Pah me contó: «Mi padre fue asesinado por el SPDC [el Consejo Estatal para la Paz y el Desarrollo]. Mi tío fue asesinado por el SPDC. Mi primo fue asesinado por el SPDC. Dispararon a mi tío en la cabeza y le cortaron una pierna mientras buscaba comida después de que el pueblo hubiera sido arrasado». Durante la comida a base de fideos fritos y huevos, en la que un rollo de papel sustituía a las servilletas, me inundaron de historias como la de Pah, cuyo poder residía en la extenuante repetición.

El mayor Kea Htoo, comandante del batallón local de guerrillas kayin, tenía los labios enrojecidos y la mejilla izquierda hundida después de masticar nueces de areca durante toda su vida. Vio cómo su pueblo ardía, junto con el arrozal de su familia. «Ellos violaron a las mujeres, mataron a los búfalos.» Ellos eran el SPDC o, si el suceso ocurrió antes de 1997, el SLORC [Consejo Estatal para el Restablecimiento de la Ley y el Orden], el amenazante acrónimo por el que era conocida anteriormente la Junta Militar Birmana. Él y otros con los que hablé, incluidos los cuatro que habían perdido la pierna, me dijeron que no veían el fin de la guerra. No estaban combatiendo estrictamente por un régimen mejor en Birmania, compuesto por oficiales militares más ilustrados, ni tampoco por un gobierno democrático que seguramente dirigirían bamar étnicos como Aung San Suu Kyi, sino por la independencia kayin. Tu Lu, al que le faltaba una pierna, llevaba veinte años en el ejército kayin. Kyi Aung, que con 55 años era el mayor de todos, llevaba luchando 34 años. Estas guerrillas no percibían ningún salario. Recibían únicamente comida y medicamentos básicos. La vida para ellos había quedado condensada a un objetivo independentista en apariencia poco realista, principalmente porque desde que Birmania había caído por primera vez bajo el desgobierno militar, en 1962, nadie les había ofrecido jamás algo que se pareciera a un compromiso.

Por el momento, la guerra en Birmania avanzaba a un paso extremadamente lento. La Junta Militar tenía atrapados a los kayin, los shan y otras etnias en pequeños reductos de territorio junto a la frontera tailandesa; sin embargo, el régimen, acuciado por sus propios problemas —unas fuerzas armadas corruptas y plagadas de deserciones— carecía al parecer de la fuerza

para dar la última estocada. Y las etnias eran duras y tenían una noción muy fuerte de su identidad histórica, sin apenas conexiones con el estado birmano. Así que intentaban seguir luchando.

La agonía de Birmania se puede reducir al hecho singular e irrelevante de que, a causa de un conflicto interminable y a un subdesarrollo deplorable achacable al régimen, es aún lo bastante primitiva como para conservar un aura de romanticismo. Por ello, se suma al Tíbet y a Darfur en este trío de *causas*, cuya respectiva urgencia moral está apuntalada por la fascinación estética que sienten sus defensores en el Occidente posindustrial. En 1952, el escritor británico Norman Lewis publicó un libro de sus viajes por Birmania, *Golden Earth*, una obra escueta y cautivadora en la que las rebeliones de los kayin, los shan y otras tribus de las colinas revolotean por el fondo, contribuyendo a hacer que los viajes del autor sean más peligrosos y, por lo tanto, extremadamente incómodos. Solo una región en el norte, habitada mayormente por kachin, estaba «libre por completo de bandidos o de ejércitos insurrectos». Pasó una noche atormentado por las ratas, las cucarachas y un escorpión, pero despertó no obstante sin daño alguno a la mañana siguiente con los «formidables aleteos de los cálaos que volaban en lo alto». De hecho, los padecimientos del cuerpo eran el pequeño precio que había que pagar por la belleza monocromática e insólita de un país de carreteras destrozadas que no disponía de hoteles adecuados y en el que «la situación del alma reemplaza a la de los mercados bursátiles como tema de una educada conversación».^[2] Lo que resulta chocante de este libro, escrito hace más de cincuenta años es lo contemporáneo que resulta. Pensemos en todos los lugares en los que, a causa de la globalización, incluso un libro de viajes de hace diez años ha quedado ya obsoleto.

Pero Birmania es más que un lugar por el que sentir lástima. Y las luchas de sus etnias son dignas de algo más que un interés oscurantista. Para empezar, dado que una tercera parte de la población del país está compuesta por minorías étnicas que habitan en sus desmoronadizas fronteras —y que constituyen siete de los catorce estados birmanos—, las exigencias de los kayin y otras minorías podrían pasar verdaderamente a un primer plano tras el colapso del régimen. La democracia no resolverá en Birmania el dilema de ser un minimperio de nacionalidades, ni siquiera si abre realmente la puerta a un compromiso. De todos modos, por encima de esto, las tribus de las colinas de Birmania forman parte de un nuevo lienzo geopolítico más amplio. El país se asoma al océano Índico en la bahía de Bengala y está rodeado por la India y China, que codician las abundantes reservas naturales de petróleo, gas natural,

uranio, carbón, zinc, cobre, piedras preciosas, madera y potencial hidroeléctrico del país. China desea en particular a Birmania como un estado vasallo en el que construir puertos de aguas profundas, autopistas y conductos energéticos que proveerán al sur y al oeste del país, cercados por tierra, de un acceso al mar desde el que la clase media en constante crecimiento de China podrá recibir los suministros de petróleo del golfo Pérsico. Y en su camino hacia el norte desde el Índico, estas rutas deben atravesar los territorios birmanos tradicionalmente infestados de insurrecciones étnicas.

En resumen, Birmania nos proporciona un código con el que comprender el mundo que se avecina. Es un trofeo digno de disputa, una disputa que China y la India no están llevando de un modo demasiado sutil. Consciente de la importancia de lo que Birmania y sus vecinos representan en la era de las nuevas rutas energéticas, la inestabilidad del precio del petróleo y los desastres litorales —como el ciclón de Birmania de 2008 o el *tsunami* Índico de 2004—, la Marina de Estados Unidos ha dado a entender que ya no estará permanentemente desplegada en el Atlántico, sino que en los próximos años y décadas se concentrará en el océano Índico y el Pacífico occidental. Para la Marina, y también para el Cuerpo de Marines, los estados índicos como Birmania ocupan ahora, o deberían ocupar, un lugar central en sus cálculos.

Birmania, una catástrofe estratégica, romántica y moral, es un lugar que tiende a atrapar por completo a la gente. Y un interesante grupo de estadounidenses han sido absolutamente absorbidos. En algunos casos no puedo dar su nombre a causa de lo delicado de su situación en la vecina Tailandia, que utilizan como base (y donde los entrevisté); en otros, a causa de lo delicado de su labor o de la gente para la que trabajan. Pero su historia es digna de ser contada por el conocimiento que aportan y por lo que nos transmiten sus propias metas acerca de los desafíos geopolíticos de Birmania.

Últimamente, se ha puesto de moda ensalzar las virtudes del conocimiento cultural especializado, visto como la ausencia de este contribuyó al desastre en Irak, si bien se tiende a olvidar que los mayores expertos estadounidenses en la zona han sido los misioneros cristianos. La historia de Estados Unidos ha contado con dos ramas de expertos misioneros: los veteranos de Arabia, y los especializados en Asia, o China. Los de Arabia eran misioneros protestantes que viajaron al Líbano a principios del siglo XIX y acabaron fundando lo que se conocería como la Universidad Americana de Beirut. De este linaje descendían los arabistas del Departamento de Estado en la época

de la Guerra Fría. Los expertos asiáticos tienen una procedencia igualmente distinguida que se remonta también al siglo XIX y que proporcionó al gobierno de Estados Unidos la mayor parte de sus conocimientos sobre el área en los inicios de la Guerra Fría, cuando un gran número de ellos fue injustamente expulsado de China en las audiencias que tuvieron lugar durante la era McCarthy. Mi asesor estadounidense en Birmania era el descendiente de varias generaciones de misioneros baptistas procedentes del Medio Oeste que empezaron a servir como pastores a las tribus de las colinas a finales del siglo XIX, particularmente en el estado de Shan y en Yunnan, al otro lado de la frontera con China. Su padre era conocido como el Shan de Ojos Azules. Tras escapar de Birmania con los invasores japoneses pisándole los talones, su padre fue reclutado por el ejército de la India británica, en el cual comandó un batallón shan durante la Segunda Guerra Mundial. Así pues, mi enlace había crecido en la India y en la Birmania de la posguerra. Entre sus primeros recuerdos estaba la imagen de unos soldados punyabíes ordenando a los grupos de trabajos forzados compuestos por prisioneros de guerra japoneses que recogieran los escombros en la capital birmana de Rangún. Carecía de una educación formal, pero hablaba shan, birmano, hindi, laosiano, tailandés y los dialectos yunnan y mandarín del chino. Había dedicado su vida a estudiar a Birmania, aunque en los sesenta estuvo recorriendo Indochina para ayudar en la campaña estadounidense en Vietnam.

Durante nuestra primera conversación, en su casa, se sentó erguido y con las piernas cruzadas sobre una tarima, vestido con un *lungui* tradicional birmano. Tenía el pelo gris, unos rasgos esculpidos y una voz autoritaria a lo Fred Thompson que lo dotaba de un porte ceremonioso: como el de un venerable y sabio hombre de estado con una cierta placidez oriental. A su alrededor había unos cuantos libros y fotografías: de alas de mariposas, del rey y la reina de Tailandia, de él cuando era un joven atlético, con una bandolera y un machete, en Vietnam.

«La inteligencia china está empezando a trabajar con las tribus étnicas de las colinas contrarias al régimen», me dijo, «los chinos quieren que se mantenga la dictadura en Birmania pero, siendo pragmáticos, también tienen planes alternativos para el país. La advertencia que hacen llegar a los kayin, los shan y otras etnias los oficiales de inteligencia veteranos de China es “pedidnos ayuda a nosotros —y no a los americanos— porque estamos aquí al lado y nunca abandonaremos la zona”».

Al mismo tiempo, me explicó, los chinos estaban empezando a tender su mano a los jóvenes oficiales de Tailandia. En los últimos años, la familia real

y el ejército tailandés, en particular las fuerzas especiales y la caballería, se habían mostrado comprensivos hacia las tribus de las colinas que combatían contra la Junta Militar pro-China de Birmania; mientras por su parte los políticos civiles tailandeses, influenciados por diversos *lobbies* deseosos de hacer negocios con una Birmania rica en recursos, habían sido los mejores aliados de la Junta. En suma, la democracia tailandesa ha sido en algunas ocasiones la enemiga de la democracia en Birmania.

Pero los chinos, dio a entender, aún no están satisfechos: quieren tener de su lado a los demócratas tailandeses y a los oficiales militares *al mismo tiempo*, aun cuando *al mismo tiempo* colaboren con la Junta birmana y sus oponentes étnicos. «Un nuevo Telón de Bambú podría caer sobre el sudeste asiático», se inquietaba. Si sucediera tal cosa, no sería un muro sólido y rápido como el Telón de Acero, ni tampoco formaría parte de una reelaboración de la teoría del dominio asiática, como se creía en la época de Vietnam. En su lugar, se trataría de una zona con una discreta influencia política y económica de China, propiciada, entre otros factores, por la dejadez relativa de los estadounidenses, como ocurrió en cierto modo durante el mandato de George W. Bush. Mientras que los chinos están trabajando a todos los niveles en Birmania y Tailandia, los altos funcionarios de la administración Bush han faltado periódicamente a las cumbres de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático). Y mientras que los chinos pusieron en marcha 27 mecanismos ASEAN-China diferentes a lo largo de la pasada década, Estados Unidos solo ha impulsado siete en treinta años.^[3] Mi amigo quería que Estados Unidos volviera a escena, y por el momento la administración de Obama lo estaba complaciendo.^[t1]

«Para derrocar el régimen birmano», afirmaba, «las etnias necesitan una dotación asesora a tiempo completo, no soldados de fortuna que vienen y se van. Esto incluiría un centro de coordinación en Tailandia. Es necesario que exista una plataforma a la que puedan desertar todos los oficiales desafectos del ejército birmano». De nuevo, más que de un retorno a los primeros tiempos de Vietnam, hablaba de una versión más sutil y clandestina del tipo de apoyo que prestó Estados Unidos en los ochenta a los muyahidines afganos contrarios a los soviéticos desde bases instaladas en Pakistán. El ejército tailandés prokayin aún podía regresar al poder en Bangkok, e incluso en caso de que no lo hiciera, si Estados Unidos mostrara la determinación de apoyar seriamente a las tribus de las colinas birmanas contra un régimen que era odiado en todo el mundo, el aparato de seguridad tailandés encontraría un modo de ayudar.

«Los shan y los kachin, cerca de la frontera con China, han recibido un trato muy injusto por parte de la Junta birmana», añadió, «pero también les inquieta una China dominante. Se sienten estrujados. Y una unión entre las tribus birmanas es casi imposible. Alguien de fuera tiene que proporcionar un mecanismo del que todas puedan depender».

No debería confundirse a Birmania con los Balcanes, o con Irak, donde las diferencias étnicas y sectarias que se estuvieron cocinando durante décadas bajo el caparazón del autoritarismo explotaron en cuanto se disolvió la autoridad central. Las tribus de las colinas han estado en guerra contra los sucesivos regímenes birmanos durante décadas. El agotamiento de la guerra se ha instalado entre ellas, y las tribus muestran muy poca inclinación a pelear entre sí en caso de que el régimen se deshiciera. Están más desunidas que enfrentadas. Incluso entre ellos mismos, me contó, los shan habían estado históricamente subdivididos en estados liderados por reyes menores. Por este motivo, extranjeros como él podrían tener un discreto rol organizativo.

Mencionó la advertencia del líder singapurense Lee Kuan Yew de que Estados Unidos tenía que permanecer involucrado en la región como un «contrapeso frente al gigante chino», siendo como es la única potencia extranjera con capacidad para refrenar el avance de Pekín, aunque no tengan intereses territoriales propios en Asia. Las naciones del sudeste asiático en general, y Vietnam en particular, por su propio miedo eterno a China, querían que Washington contrarrestara a Pekín en Birmania. Tailandia, con una sucesión monárquica por delante que podría conducir a una era de inestabilidad política, teme caer aún más bajo la influencia de China. Ni siquiera la Junta birmana, dijo mi amigo, quería formar parte de una Gran China. Todavía quedan recuerdos de la prolongada, penosa y sangrienta invasión manchú del siglo XVIII. Es simplemente que los generales birmanos no tuvieron otro remedio, si querían continuar en el poder.

De cualquier modo, Birmania está destinada a ser un conducto energético para China. Pero no es necesario que se convierta en una provincia china *de facto* y sea eternamente gobernada por uno de los regímenes más brutales del mundo: desvalijada de sus recursos naturales mientras los generales se llenan los bolsillos y una mano de obra verdaderamente esclava construye los gasoductos y oleoductos, financiados en parte por multinacionales, lo que es un ejemplo del lado oscuro y falta de escrúpulos de la globalización. Mucho de lo que ocurra todavía depende de cómo actúe Estados Unidos. Y mi anciano amigo, que cree en el trabajo discreto y en la sombra, armado con conocimientos especializados y no tanto con pistolas, necesita personas para

llevar a delante el proyecto de su vida; más específicamente, personas a las que traspasar sus contactos en lo más profundo de Birmania.

Otro estadounidense que trabajaba en Birmania era Tha-U-Wa-A-Pa, «el Padre de la Mona Blanca» en birmano: un apodo cariñoso que viene del simpático mote con el que se refería a su hija. También él era hijo de misioneros cristianos de la región, procedentes de Texas. Salvo por los nueve años que estuvo en el ejército de Estados Unidos —incluyendo el tiempo que pasó en las Fuerzas Especiales, de las que se retiró con el rango de mayor—, al igual que sus padres, había sido misionero de un modo u otro toda su vida adulta. También hablaba un buen número de lenguas locales. Era bastante más joven que mi otro enlace y, a diferencia de este, era muy animado, con un físico fibroso y atlético, como una bala, en constante movimiento, como si su organismo estuviera funcionando con un exceso de barritas de chocolate. Mientras que mi otro contacto había centrado el trabajo de su vida en las tribus shan cercanas a la frontera con China, el Padre de la Mona Blanca trabajaba mayormente con los kayin y otras tribus del este de Birmania, tocando a Tailandia, aunque las redes con las que operaba llegaban tan lejos como a la frontera india del otro lado del país.

En 1996 había conocido en Rangún a la líder de la democracia birmana Aung San Suu Kyi, durante un breve periodo en el que no estaba en arresto domiciliario. El encuentro le inspiró a instaurar un «día de oración» por Birmania y a trabajar por la unidad étnica en el país. Durante la ofensiva del ejército birmano de 1997 que obligó a desplazarse a cientos de miles de personas, él estuvo en el corazón de Birmania, solo, yendo a los «peores lugares», de un pueblo incendiado a otro, para repartir las medicinas que llevaba en la mochila. Me contó acerca de esta y otras ofensivas que había presenciado, en las que se prendía fuego a las iglesias, se destripaba a los niños y se asesinaba a familias enteras. «Estas historias no me dejan impasible», me dijo, con los ojos bien abiertos y los músculos de la cara tensos por la emoción, «Cada una de ellas es como la primera. Siempre rezo por que haya y se haga justicia».

En 1997, tras ese viaje al interior de Birmania, puso en marcha los Free Burma Rangers, que tienen a más de 300 voluntarios trabajando en 43 pequeños equipos médicos entre los kayin, los karenni, los shan, los chin, los kachin y los arakaneses: la práctica totalidad de las tierras altas de Birmania que rodean por tres de sus lados el valle del río Irawadi, en el centro, hogar de

la etnia mayoritaria de los bamar. Los Free Burma Rangers son una especie única de grupo de socorro, o de ONG.

«Estamos junto a los aldeanos, no por encima de ellos. Si ellos no escapan de los soldados del gobierno, nosotros tampoco. En cada equipo tenemos un médico, un fotógrafo y un tipo encargado de labores de reportero e inteligencia que marca la posición GPS de las tropas del gobierno birmano, traza los mapas de los campamentos y saca fotografías con teleobjetivo, todo lo cual se cuelga en nuestra web. Tratamos con el Pentágono, con los grupos pro derechos humanos [...] En el bando del bien hay un mayor deber moral de intervenir, porque el silencio es una forma de consentimiento.»

«A las ONG les gusta decir que están por encima de la política», continuó hablando a toda velocidad, «no es cierto. El mismo acto de proporcionar ayuda es una contribución a un bando u otro, siquiera de forma indirecta. Las ONG están siempre posicionándose». Había sobrada prueba de ello en la historia reciente. En los ochenta, las ONG que trabajaban entre los refugiados afganos en la Frontera del Noroeste pakistaní básicamente ayudaron a los muyahidines en su lucha contra el gobierno afgano prosoviético, del mismo modo que los cooperantes en Sudán durante esa misma época ayudaron a los tigre y eritreos étnicos en su lucha militar contra el gobierno marxista de Etiopía. Y aquí en la frontera tailandesa, un transporte subterráneo de armas se mezclaba con los suministros de ayuda.

El Padre de la Mona Blanca había llevado esta cruda verdad unos pasos más allá: mientras que los tailandeses albergaban campamentos de refugiados birmanos en su lado de la frontera y las etnias insurgentes dirigían campamentos en Birmania para la gente desplazada dentro de sus fronteras —y mientras, incluso, que los kayin y otras etnias tenían clínicas móviles en posiciones avanzadas cercanas a los campamentos del ejército birmano—, los mochileros de los Free Burma Rangers operaban verdaderamente tras las líneas enemigas. El Padre de la Mona Blanca, al igual que mi otro contacto, era una forma muy evolucionada de agente de operaciones especiales: del tipo que la burocracia estadounidense difícilmente puede aceptar, pues estaba posicionándose constantemente y, en cierta medida, estaba adoptando la cultura nativa. Pero, aun así, estos agentes especiales dominan el nivel de conocimientos especializados que Estados Unidos necesita desesperadamente si lo que busca es tener influencia en lugares remotos del planeta sin mostrarse autoritario. El Padre de la Mona Blanca me habló de los wa, con los que habría tratado relativamente poco en comparación con los años que había vivido en la jungla junto a los kayin y otras tribus:

«Los wa eran el poder efectivo del comunismo birmano. Los chinos les proporcionaron armas. En 1989, en la época de las revueltas de la plaza de Tian'anmen, declararon la independencia y echaron a los chinos a patadas. Estaban dispuestos a abandonar la producción de opio a cambio de un programa de sustitución de cultivos y de armas con las que combatir contra el gobierno militar birmano. Pero no encontraron a nadie en Occidente interesado en su oferta. Los Free Burma Rangers tienen un programa a pequeña escala de asistencia médica para los wa, que ahora se acuestan con Than Shwe [el líder de la Junta birmana] solo porque no tenían a nadie más a quien acudir.»

Uno podría sospechar que los Free Burma Rangers reciben algún sueldo del gobierno de Washington, pero la realidad es más triste: «Nos financiamos a través de iglesias por todo el mundo. Nuestro presupuesto anual es de 600 000 dólares. Una vez nos quedamos con 150 dólares, rezamos, y al día siguiente conseguimos una subvención de 70 000. Trabajamos con lo mínimo para ir tirando». En alguna de sus misiones en el interior de Birmania, el Padre de la Mona Blanca se había llevado con él a su mujer y a sus tres hijos pequeños. Como en el caso de mi otro contacto, Birmania no era un trabajo para él, era la obsesión de su vida.

«Birmania no es la Camboya de los Jemeres Rojos», me dijo, «no es un genocidio. No es un accidente de coche. Es un cáncer, lento y sigiloso, en el que el régimen está trabajando para dominar, controlar y deglutir por completo los pueblos étnicos del país». Me acordé de lo que Jack Dunford, el director ejecutivo del Consorcio Fronterizo Tailandia-Birmania me había dicho en Bangkok: que el régimen militar birmano es «implacable como un mecanismo de relojería; construyendo presas, carreteras, enormes proyectos agrícolas, haciéndose cargo de las minas, tendiendo conductos energéticos», succionando billetes de las potencias vecinas y las compañías extranjeras, saldando sus recursos naturales por debajo del precio del mercado, todo con el fin de atrincherarse aún más en el poder. Birmania es una tierra de violaciones en masa, niños soldado, tráfico de narcóticos a gran escala y ejércitos de wa produciendo anfetaminas en cantidades inmensas.

Una vez, no hace mucho, el Padre de la Mona Blanca estaba sentado en una ladera en Birmania, por la noche, en un emplazamiento desprotegido entre el ejército birmano y un apiñamiento de refugiados nacionales a los que los militares habían obligado a huir de sus hogares. Los soldados kayin con los que estaba habían disparado sus lanzagranadas contra las posiciones del ejército, y los soldados birmanos, en respuesta, empezaron a dispararles

ráfagas de mortero. Justo en ese momento, recibió en su equipo de comunicaciones un mensaje de un amigo del Pentágono en el que le preguntaba por qué Estados Unidos debería interesarse por Birmania.

Tecléo un tropel de razones que iban desde el totalitarismo hasta la devastación de los bosques de maderas nobles, desde la persecución religiosa de los monjes budistas hasta el uso de prisioneros como rastreadores de minas, y muchas más. Pero no entró demasiado en asuntos estratégicos o de seguridad regional. Como he dicho, el Padre de la Mona Blanca es a todas luces un misionero. Cuando le pregunté su confesión me respondió: «Soy cristiano». Como tal, estaba realizando la obra de Dios, implicado en primer lugar moralmente, en especial con los kayin, entre los que hay muchos cristianos que fueron convertidos por misioneros como sus padres.

El coronel retirado del ejército Timothy Heinemann, de Laguna Beach, California, sí que pensaba estratégicamente. También era un veterano de las Fuerzas Especiales, y yo lo había conocido en 2002 en la Escuela Superior de Comando y Estado Mayor de Fort Leavenworth, Kansas, donde era el decano de Asuntos Académicos. Ahora dirigía una ONG, Worldwide Impact, que prestaba ayuda a los grupos étnicos, principalmente a los kayin, así como a diversos proyectos transfronterizos, con un énfasis especial en el envío de equipos de medios de comunicación a Birmania para que dejaran constancia del sufrimiento que había allí. Heinemann, otra forma evolucionada de agente especial, con sus chanclas y sus cautivadoras maneras, encarna ese enfoque indirecto del conflicto que fue recalado en el «Informe Cuatrienal de Defensa» de 2006, uno de los documentos de planificación primordiales del Pentágono. Heinemann me dijo que él se dedicaba a «privatizar la implantación de las condiciones». Se explicó: «Creamos redes de contactos a ambos lados de la frontera. Intentamos alcanzar unas circunstancias que permitan a las ONG colaborar mejor a la hora de responder a las necesidades de los grupos étnicos. Yo pongo mi granito de arena para establecer unas condiciones en las que Estados Unidos pueda proteger los intereses nacionales, internacionales y humanitarios con un verdadero conocimiento especializado. Nuestro trabajo es bien conocido por varias ramas del gobierno de Estados Unidos. La oposición a la dictadura militar birmana no tiene una planificación estratégica y operacional como la que tiene Hezbolá. Aung San Suu Kyi es poco más que un símbolo del planteamiento equivocado: ¡La democracia primero! Los derechos étnicos y el equilibrio del poder de las

etnias son prerequisites para la democracia en Birmania. Primero hay que encarar estos asuntos, o habremos aprendido muy poco de Afganistán e Irak». Heinemann, como el Padre de la Mona Blanca, vive al día, pescando subvenciones y donaciones allí donde pueda, y algunas veces se ve obligado a financiar él mismo los viajes. Para él, Birmania es «exótica, embriagadora».

Pero Birmania es también una Corea del Norte en potencia, añadió, así como un perfecto blanco psicológico para el ejército de Estados Unidos y otras agencias. Él y otros me explicaron que los rusos estaban ayudando al gobierno birmano en la extracción de uranio en las regiones kachin y chin del norte y el oeste del país, mientras los coreanos esperaban entre bambalinas para ayudarlo con la tecnología nuclear. La Junta birmana se muere por tener algún tipo de capacitación en el campo de las armas de destrucción masiva que la dote de ascendiente internacional y le permita así perpetuarse en el poder. «Pero es un régimen paranoico», señaló Heinemann, «es supersticioso. Hacen rodar huesos de pollo por el suelo para ver qué hacer a continuación».

«Birmania tiene un ejército de 400 000 hombres [la dotación activa de Estados Unidos es de 500 000] propenso a amotinarse», continuó Heinemann, «solo los que están en la misma cúspide son leales. Uno puede propagar rumores, llevar a cabo una guerra de informaciones. No costaría mucho descomponerlo». De hecho, se decía que los soldados birmanos estaban recibiendo solo una parte de su salario, y que en las bases principales las armas se guardaban bajo llave por la noche. Por otro lado, el ejército constituía el sistema de bienestar social más seguro del país, con hospitales y escuelas incluidos, y eso servía para comprar algo de lealtad por parte de las tropas.^[4] Aun así «no existe confianza de los altos rangos hacia los más bajos», me dijo una fuente de la resistencia kayin. Se sabía que el líder de la junta, Than Shwe, un antiguo empleado de correos que no ha estado nunca en Occidente, había consultado a un astrólogo acompañado de su mujer. «Gobierna desde el miedo, no es alguien valiente», señaló Aung Zaw, editor de *The Irrawaddy*, una revista dirigida por exiliados birmanos en la ciudad de Chiang Mai, en el noroeste de Tailandia. «Y Than Shwe rara vez habla en público, tiene aún menos carisma que Ne Win», dictador entre 1962 y 1988.

Ambos, tanto Heinemann como Aung Zaw, me relataron cómo un día, en 2005, el régimen había desertado repentinamente de Rangún y había trasladado la capital al norte, a Naypyidaw («la morada de los reyes»), a medio camino de Rangún y Mandalay, que fue construida de la nada con fondos procedentes de la venta de gas natural. La nueva capital está perdida en el bosque y cercada por búnkeres subterráneos con vistas a una invasión

estadounidense, temida por el régimen. La fecha del traslado se decidió por medios astrológicos. Heinemann veía a China, la India y otras naciones asiáticas compitiendo por posicionarse en relación con uno de los regímenes más nefastos, excéntricos, ricos, estratégicamente posicionados y deshonestos del mundo, un régimen en riesgo permanente de sufrir un golpe de estado o incluso de desintegrarse, si tan solo Estados Unidos adoptara ese acercamiento paciente, de baja intensidad y bajo coste por el que abogaban él y mis otros dos enlaces.

El último trabajo de Heinemann en el ejército había sido como planificador de la fase de ocupación de la guerra de Irak, y había sido testigo de los errores de una maquinaria militar colosal que no tenía en cuenta la realidad local. Veía Birmania como la otra cara de Irak, un lugar donde Estados Unidos podía hacerse un gran bien a sí mismo, y en general, si luchaba con inteligencia.

Otro de los estadounidenses absorbidos por Birmania que conocí me recibió en uno de los hoteles más caros de Bangkok. Había sido sargento de segunda de las Fuerzas Especiales en los setenta, y ahora residía en Singapur, donde trabajaba en el negocio de la seguridad, y prefería ser identificado por su mote birmano: Ta Doe Tee («el Toro que Nada»). Su traje negro, caro y hecho a medida apenas disimulaba un físico musculoso e intimidante. Se puso unas gafas de lectura y abrió un cuaderno de hojas sueltas, negro y brillante, con un mapa del océano Índico. Había una línea dibujada sobre el mapa que salía de Etiopía y Somalia, cruzaba el mar hasta la India, subía al norte por la bahía de Bengala, pasaba por el corazón de Birmania y terminaba en la provincia china de Yunnan. «Este mapa es solo un ejemplo de cómo ve el mundo la CNOOC [Corporación Nacional de Petróleo Submarino de China]», me explicó el Toro.

Me mostró otro mapa, centrado en Etiopía y Somalia, con marcas cuadrículadas sobre las principales reservas de petróleo y de gas natural de la depresión de Ogaden, en la frontera entre los dos países. Había un círculo dibujado en torno a Hobyo, un puerto somalí que había visitado en el siglo XV el almirante chino Zheng He, cuya Flota del Tesoro surcó el océano Índico de un lado al otro siguiendo las mismas vías marítimas que las actuales rutas energéticas. «En este escenario», me dijo el Toro, «el petróleo y el gas natural se enviarían directamente de Hobyo a Birmania occidental», donde los chinos están construyendo un nuevo puerto en Kyaukpyu, en la isla de

Ramree del estado de Arakán, capaz de albergar los portacontenedores más grandes del mundo. Según el Toro, el mapa mostraba lo fácil que será para China operar por todo el océano Índico, «conectando con Irán y el resto de proveedores energéticos del golfo Pérsico». Su mayor problema, no obstante, será atajar vía Birmania: «Los chinos necesitan hacerse con Birmania y mantenerla estabilizada», afirmó.

El empuje de China hacia el sur y el empuje de India a este y oeste —para no quedar estratégicamente cercada por la armada china—, hace que ambas potencias colisionen en Birmania. Dado que una y otra compiten por el poder y la influencia, Birmania se ha convertido en un silencioso y estratégico campo de batalla.

Hasta 2001, la India, la democracia más grande del mundo, había antepuesto la ética en su trato con Birmania, condenándola por la represión y dando apoyo moral a la causa de la líder de la oposición Aung San Suu Kyi, que había estudiado en Nueva Delhi. Pero como me habían explicado los líderes veteranos indios en una visita a Nueva Delhi, la India no podía quedarse parada y ver cómo la influencia china se expandía incólume. Las junglas birmanas sirven de base de retaguardia para los insurgentes del batiburrillo de grupos étnicos beligerantes del este de la propia India. Además, como indica Greg Sheridan, editor de internacional de *The Australian*, la India estaba «horrorizada» por proyectos chinos como el establecimiento de puestos de escucha de inteligencia de señales a lo largo de la frontera entre Birmania y la India.^[5] De modo que en 2001 decidió ganarse a Birmania por completo y empezó a proporcionarle entrenamiento y apoyo militar, incluyendo la venta de tanques, helicópteros, lanzamisiles portátiles tierra-aire y lanzacohetes.

La India ha decidido también construir su propia red de conductos energéticos a través de Birmania. De hecho, mientras se producía la represión de 2007 contra los monjes birmanos, el ministro de Petróleo indio firmaba un acuerdo para la exploración de aguas profundas. Frente a la costa del estado occidental de Arakán, que linda con Bangladés, se encuentran los yacimientos de gas de Shwe, una de las mayores reservas del mundo, de los cuales surgirán probablemente dos sistemas de gasoductos. Uno será de China, en el puerto cercano de Kyaukpyu, que en el futuro podría recibir suministros de gas y petróleo desde tan lejos como el golfo Pérsico y el Cuerno de África, así como del propio Shwe. Su esperanza es que no todos los petroleros con rumbo a China tengan que viajar desde Oriente Medio por el océano Índico, y luego cruzar el estrecho de Malaca y el archipiélago indonesio para llegar

finalmente a los centros de población de clase media de China, peligrosamente cercanos al estrecho de Taiwán y a la Marina de Estados Unidos. El otro sistema de gasoductos es de la India, que está invirtiendo 100 millones de dólares en él para transformar el puerto arakanés de Sittwe en un portal de comercio con el que liberar un noreste aislado y sacudido por las insurgencias. Este gasoducto iría hacia el norte a través de las provincias de Arakán y Chin, y luego se dividiría en dos ramas: una recorriendo Bangladés en dirección a Kolkata y la otra, también en dirección a Kolkata, pero rodeando Bangladés por territorio indio.

No hay nada oscuro en todo esto; es perfectamente legítimo, y consecuencia de la tremenda necesidad de cientos de millones de personas en la India y en China, que consumirán mayores volúmenes de energía a medida que mejore su nivel de vida.

Pero el diablo está en los detalles. La ruta más directa al corazón de China es cruzando Birmania, no Pakistán ni Bangladés; y la actitud de China con relación a Birmania resulta ser similar a la que tiene hacia Corea del Norte. Pekín es consciente, y le incomoda, de la naturaleza demente de Than Shwe y Kim Jong-il. A buen seguro, preferiría contar con gobernantes menos repulsivos como aliados. Pero al igual que hemos visto en Sri Lanka, China no es como Estados Unidos, cuyos líderes, ya sean demócratas o republicanos, aspiran al progreso moral del mundo como fundamento de su política exterior. El interés de China en Birmania y Corea del Norte es a largo plazo, y tal vez incluso contemple una democracia en estos estados en un mañana lejano. Es por ello que, en el caso de Birmania, los chinos también han iniciado contactos con las tribus étnicas de las colinas y con la oposición democrática. Pekín no quiere que la vuelvan a pillar desprevenida, como ocurrió, según se dice, durante las revueltas de los monjes en septiembre de 2007. Mientras tanto, a corto plazo se las arregla reforzando de forma sustancial a uno de los regímenes más represivos del mundo.

El conflicto moral, no obstante, va más allá de China o la India. Por ejemplo, Chevron y su socio francés, Total, están involucrados en el proyecto de gasoducto de Yadana, que lleva el gas natural de Birmania hasta Tailandia. El problema es que —al menos de acuerdo con algunos grupos pro derechos humanos— el ejército birmano, responsable de la seguridad del gasoducto, habría confiscado las tierras de los aldeanos a lo largo del recorrido, habría reclutado a estos como mano de obra forzosa para el cultivo de arroz y el transporte de suministros militares y habría cometido violaciones y torturas. A medida que las políticas energéticas del océano Índico se vayan consolidando

a lo largo del siglo XXI, los casi 50 millones de habitantes de Birmania pueden convertirse en los perdedores del proceso, las víctimas de la maligna confluencia del totalitarismo, la *realpolitik* y los beneficios de las corporaciones. En el este de Birmania se están destruyendo bosques, y caravanas de camiones cargados de madera ruedan sin descanso a través de la frontera china. En el oeste, ecosistemas completos y núcleos culturales sufrirán la embestida de los nuevos conductos energéticos, según afirman las fuentes de la resistencia arakanesa con las que hablé.

Como se ha indicado en el capítulo 8, Arakán cuenta con una importante población musulmana compuesta por rohingyas, de los cuales más de 200 000 se han refugiado en Bangladés huyendo de la represión militar birmana. Cada uno de los numerosos pueblos indígenas de Birmania, todos con una historia propia a menudo caracterizada por siglos de independencia, ha sufrido a su manera, igual que los rohingyas, la presión de la Junta y tiene sus respectivas reivindicaciones. Así pues, incluso si el régimen militar se viniese abajo mañana, Birmania podría ser un caos político durante años.

Eso me hace volver al Toro que Nada, que pensaba mucho, como me dijo, en la Birmania que seguiría al régimen de Than Shwe. Me explico que las grandes líneas trazadas en los mapas y los planes de los maestros de la estrategia sobre amplias regiones del planeta a menudo se van al traste debido a menudencias como las diferencias étnicas o tribales en un lugar específico. Basta mirar a la antigua Yugoslavia o a Irak. Esto le llevó a hablar de la lucha de los kayin, los shan, los arakaneses y otras minorías, y de cómo estas constituirían el «teatro de actividades» durante el resto de su vida. Birmania es el lugar en el que Estados Unidos debe desarrollar su «capacidad para la guerra no convencional», me dijo, pues los problemas de China en Birmania no han hecho más que empezar.

La conversación discurrió por vías similares a las que tuve con los otros tres estadounidenses. El Toro me habló de la necesidad de establecer y manejar redes entre las tribus étnicas de las colinas a través de la construcción de escuelas, clínicas y sistemas de riego. Esa sería la cara no oficial de la competencia estadounidense con China, la cual con el tiempo se vería obligada a aceptar una Birmania democrática, fuertemente federalizada y con sólidos vínculos con Occidente.

Pero el problema es que, mientras que los antiguos Boinas Verdes y otros veteranos de Asia a los que entrevisté veían Birmania crucial para la estrategia estadounidense, no ocurría lo mismo con la comunidad en servicio activo de las Fuerzas Especiales, que había recibido las órdenes de centrarse

en AI Qaeda. Y salvo en lo tocante a los musulmanes rohingyas, cuyo potencial terrorista se mantiene en un plano teórico, Birmania carece de interés en cuanto al terrorismo islámico. El Comando de Operaciones Especiales de Estados Unidos se concentraba principalmente en la mitad occidental arabo-persa del océano Índico, y mucho menos en la mitad oriental. Esto era, afirmaban mis enlaces, un ejemplo del punto hasta el cual la obsesión abrumadora por AI Qaeda había deformado el resto de la visión estratégica de Estados Unidos, que debería estar dominada por el océano Índico en su totalidad, desde África hasta el Pacífico.

A continuación, el Toro me habló de los shan, la tribu étnica más numerosa de las colinas, que constituye un 9 % de la población de Birmania pero que ocupa un 20 % de su territorio. Podría alcanzarse una relación estrecha entre el gobierno de Estados Unidos y los shan —la cual incluiría cantidades sustanciales de ayuda humanitaria a través de la frontera— mediante una cooperación con el ejército y la familia real tailandeses, que apuntalarían el apoyo estadounidense con el suyo propio en el noroeste de Birmania. Una alianza con los shan, afirmaba, proporcionaría a Estados Unidos el mecanismo para reducir la circulación de droga en la región y para crear una fuerza de contrapeso frente a China en su misma frontera. En cualquiera de los escenarios posibles de una Birmania democrática, los shan controlarían una parte considerable de los escaños del parlamento. Se podía conseguir más mediante una ayuda no letal a una tribu birmana en concreto, señaló el Toro, que con muchos de los programas de defensa, más ambiciosos, en lo que Estados Unidos estaba gastando el dinero. La misma estrategia podría aplicarse a los chin, en Birmania occidental, con el respaldo de la India. No solo en Irak, sino también en Birmania, lo fundamental en los próximos años serían las relaciones informales con las tribus, recalcó.

El Toro era un apasionado de Birmania y del sudeste asiático, y del papel que tenían allí personas como él. Pertenecía a esa generación de las Fuerzas Especiales del ejército que se sentía frustrada por no haber llegado a tiempo para servir en Vietnam y que tuvo muy poco que hacer en ultramar durante la presidencia de Jimmy Carter. *Outpost of Freedom*, publicado en 1965 por Roger Donlon, había sido el libro inspirador de su juventud y trataba de las experiencias de Donlon, el primero en recibir una medalla de honor en Vietnam. Mientras estuvo apostado en Fort Devens, Massachusetts, a mediados de los setenta, el Toro tuvo como mentores, mandos y guías a algunos de los mismísimos participantes en el rescate de Son Tay: «Dick Meadows, Greg McGuire, Jack Joplin, Joe Lupyak» eran nombres que

recitaba con reverencia: los de los Boinas Verdes que irrumpieron en 1970 en el campamento de Son Tay, cerca de Hanoi, en un intento fallido de rescatar a prisioneros de guerra estadounidenses. «No hablaban de otra cosa más que de Vietnam y el sudeste asiático», me dijo.

Pero en 1978, el director de la CIA durante el mandato de Carter, el almirante Stansfield Turner, despidió o jubiló a casi 200 oficiales destinados en el extranjero que estaban al cargo de agentes y que habían estado reclutando personal de inteligencia. Muchos de ellos estaban en el sudeste asiático. El servicio de operaciones clandestinas de la CIA quedó devastado. Según el relato del Toro, muchos de los oficiales despedidos no se conformaban con «ser desconectados» y decidieron seguir manteniendo sus redes autónomas de contactos, «reclutando a muchachos» como él mismo por el camino, recién salido de las Fuerzas Especiales. Lo enviaron a aprender a navegar y a volar, y obtuvo el título de capitán de la marina mercante y el certificado de piloto de la Administración Federal de Aviación de Estados Unidos. En los ochenta empezó a participar en operaciones en el sudeste asiático, como por ejemplo llevando equipamiento a los Jemeres Rojos en Camboya. Pero el Toro borró los límites entre operaciones gubernamentales como esta, controvertidas y oscuras, y los medios a menudo ilegales que se utilizaban para llevarlas a cabo. En 1988, mientras trataba de hacer llegar setenta toneladas de marihuana a la costa oeste de Estados Unidos con una tripulación del sudeste asiático bajo su mando, fue abordado por la Guardia Costera. Pasó cinco años en una cárcel estadounidense y luego regresó al sudeste asiático, donde ha vivido desde entonces. Ahora es más viejo, me dijo, lleva toda una vida en la región apoyando las fuerzas indígenas. En su tarjeta de visita se presenta como un «compradora», un factótum multiusos con una larga historia en la cultura de la región; una figura procuradora que era crucial para el funcionamiento de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Creía que la futura competencia entre Estados Unidos y China estaría más caracterizada por la ambigüedad que por una hostilidad abierta. Hombres como él serían más necesarios que las fuerzas uniformadas. Mientras que los héroes de su juventud se habían centrado en Vietnam, él pensaba que Birmania y sus tribus podían proporcionar las circunstancias en las que poner en juego sus considerables talentos, que, en el caso de los shan, pondrían el énfasis en la prudencia y en un enfoque humanitario.

Yo me sentía un poco inquieto respecto a él y a ciertas partes de su pasado. Por muy sutil y responsable que pudiera ser su visión, uno no podía descartar fácilmente los peligros que había en lo que él y todos esos

estadounidenses recomendaban. Es probable que la relación más importante del siglo XXI sea la que establezcan Estados Unidos y China, y hay que tener cuidado para no desestabilizarla de forma incidental. Estados Unidos vio el precio que conllevaba aplicar al revés la doctrina del Gran Garrote —grandes palabras, garrote pequeño— en la invasión rusa de Georgia en 2008. Así pues, si queremos redoblar el apoyo a las etnias birmanas, toda insistencia será poca para que se lleve a cabo de un modo que empuje silenciosamente a China a mejorar su comportamiento con relación a Birmania, en lugar de uno que la lleve silenciosamente a enfurecerse. El resultado no debería ser una acción destructiva que Estados Unidos no tenga el poder de impedir.

Digo todo esto mientras Birmania se prepara para unas elecciones nacionales que se anunciaron en enero de 2010. Es imposible saber en este momento cuál será el resultado de estos comicios y, aún más importante, cómo transcurrirán y cuáles serán las fuerzas políticas contenidas que se desatarán con ellas. Pero el mismo hecho de que se convoquen tal vez indique que un compromiso constructivo entre Occidente y el régimen birmano puede conseguir más cosas que cualquier aventurerismo estadounidense entre las tribus del país. Las etnias son importantes, sin duda, y han sido relativamente ignoradas en los análisis de los medios de comunicación sobre los problemas birmanos, de ahí mi interés por centrarme en ellas. Aun así, la democracia podría ser incluso más crucial, y la propia decisión de convocar elecciones parece ser, en parte, fruto del acercamiento a la Junta que ha llevado a cabo el gobierno de Obama.

Si Estados Unidos, como creen estos cuatro individuos, está destinado de algún modo a enredarse en la política birmana —como lo hizo con las tribus afganas en los ochenta, con los grupos étnicos yugoslavos en los noventa, y, en esta década, con las facciones sunitas y chiitas de Irak, y de nuevo con las tribus afganas—, entonces sería apropiado algo de contexto histórico, pues «el aspecto más chocante del debate actual en torno a Birmania es [...] su naturaleza singularmente ahistórica», escribe el historiador Thant Myint-U, que continúa así:

La dictadura y las perspectivas de una democracia son vistas a través del prisma de los últimos diez o veinte años, como si las tres guerras anglo-birmanas, el siglo de dominio colonial, la invasión y la ocupación infinitamente destructivas por parte de los japoneses y las cinco décadas

de guerra civil, intervención extranjera e insurgencia comunista nunca hubieran tenido lugar.^[6]

Consideremos lo que sigue, por tanto, un breve manual básico para los posibles titulares de los próximos años.

La historia de Birmania estaba condicionada por la movilidad geográfica, por un lado, y un aislamiento religioso y cultural por el otro. Mientras que las rutas comerciales pusieron a Birmania en contacto con China y el subcontinente indio, el budismo theravada del país lo aislaba tanto de la India hindú como de la China confuciana.^[7] El resultado es una historia genuina que estuvo, no obstante, influenciada por extranjeros.

En la Edad Media había tres reinos principales en las planicies y las junglas entre la India y Siam (Tailandia): los de Arakán, Mon y Myanmar; este último, el nombre bamar que recibe el valle central del río Irawadi y su entorno. Myanmar conquistó los otros dos reinos a finales del siglo XIX. En lo sucesivo, la capital mon de Dagon fue rebautizada como Yangon —en bamar, «el fin de la contienda»—, deformada por los extranjeros para convertirse en «Rangún». Además de estos, estaban los reinos de las colinas: Chin, Kachin, Shan, Kayin y Karenni, que permanecieron independientes, si bien recibían los ataques de los maleantes de Myanmar. Estos reinos de las colinas tenían también divisiones internas; por ejemplo, los estados shan, desgarrados por las disputas, eran también el hogar de los pueblos tribales hostiles de los wa, los lao, los pa-o, los kayan y demás. Más extenso que Inglaterra y Francia unidas, este desquiciado *collage* de estados vagamente demarcados estaba seccionado por una herradura de montañas selváticas, así como por los valles de los ríos Irawadi, Chindwin, Salween y Mekong. Esta considerable diversidad étnica queda evidenciada por el hecho de que los diversos pueblos birmanos sitúan el origen de sus migraciones históricas en el Tibet, China, la India, Bangladés, Tailandia y Camboya; y de este modo, los chin de Birmania occidental, por ejemplo, no tienen prácticamente nada en común con los kayin de Birmania oriental.^[8] Tampoco hay una lengua o una cultura compartida entre los shan y los bamar a excepción del budismo. De hecho, los shan, que han migrado a menudo a lo largo de su historia, tienen mucho más en común con los tailandeses del otro lado de la frontera.^[t2] En cuanto a los arakaneses, herederos de una civilización litoral y cosmopolita con influencias, particularmente, de la Bengala hindú, se han sentido siempre tan desconectados del resto de Birmania que comparan su difícil situación con la de las naciones privadas de sus derechos en Oriente Medio y África.^[9] Solo

los kayin están desperdigados, en lugar de confinados a un territorio étnico-nacional específico, con concentraciones importantes en las colinas orientales y en el delta del Irawadi.

En 1886 los británicos derrocaron la monarquía birmana y anexionaron la región completa a su imperio indio. Aunque el dominio colonial solo duró 62 años, como escribe Martin Smith en su exhaustiva *Burma: Insurgency and the Politics of Ethnicity*, al trasladar el centro de poder desde las cortes reales de Ava y Mandalay —en el corazón de Birmania— a Rangún y el delta del Irawadi —a cientos de kilómetros hacia el sur, en la bahía de Bengala—, los británicos le arrebataron al país cualquier tipo de lógica geográfica que jamás hubiese poseído. Lo que es más, los británicos incorporaron a su territorio «miles de kilómetros cuadrados de escarpados trechos de colinas y miniestados con una independencia bastante laxa» que constituían el hogar de diferentes minorías.^[10]

La destrucción de la monarquía desposeyó al país de siglos de una tradición que había provisto de solidez a la sociedad del valle del Irawadi desde antes de la Edad Media. «La nueva Birmania, la Birmania británica, iba a la deriva», escribe Thant Myint-U, «empujada repentinamente al mundo moderno sin amarre alguno en el pasado», era terreno abonado para un nacionalismo y un extremismo enconados.^[11] Fue como si en 1886 los británicos hubieran lanzado a Birmania por un precipicio por el que aún hoy está cayendo, 124 años después.^[12] La estrategia británica fue la clásica de «divide y vencerás». Obsequiaron a las tribus de las colinas con una autonomía local y reclutaron a los kayin, shan, kachin y otras etnias para el ejército y la policía locales; al tiempo que ejercían un control directo y opresivo sobre los bamar del valle, dominantes en número.^[13] Si el líder *tory* Winston Churchill hubiese ganado las elecciones británicas de 1945, los pueblos de las colinas se habrían convertido en principados independientes, en recompensa por defender al Imperio británico frente a los bamar, los cuales, exasperados por el dominio británico, se convirtieron en simpatizantes de los japoneses. Pero Clement Attlee, el candidato del Partido Laborista, ganó las elecciones, y decidió otorgar la independencia a toda Birmania como una entidad única, sin una hoja de ruta definida para la reconciliación nacional.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el líder birmano, el general Aung San, y treinta de sus camaradas habían viajado a Japón y puesto en marcha un ejército nacionalista que recibiría con los brazos abiertos a los japoneses en Birmania. Pero cuando Aung San regresó a su país en mitad de la guerra,

pronto se dio cuenta de que los japoneses eran aún peores ocupantes de lo que lo habían sido los británicos y realizó un inteligente cambio de bando. Después de la guerra entró en negociaciones con Attlee, pero las etnias alegaron que Aung San, como bamar étnico que era, no podía representarlos. A sus ojos, solo podía negociar en nombre de Birmania propiamente dicha —esto es, los estados históricos de Mon, Arakán y Myanmar—, pero no en el de los chin, los shan, los kayin y el resto de las colinas. De modo que Aung San se echó atrás y, en un gesto sabio y amplio de miras, accedió a llevar a cabo negociaciones independientes con las etnias. Aung San miraba a la vecina India y veía cómo la matanza entre comunidades posterior a la independencia había generado millones de refugiados y decenas de miles de muertos en Bengala y Punyab. Mientras la India se dirigía hacia una partición sangrienta, él estaba determinado a que Birmania evitara una contienda como la de la India.

El resultado de ello fue el acuerdo al que llegó en febrero de 1947, en el pequeño pueblo shan de Panglong, con los *sabwas* locales (los líderes feudales), que ayudó a configurar la Unión de Birmania. Se basaba en tres principios: un estado con una estructura federal descentralizada, el reconocimiento de las jefaturas étnicas de las colinas, y su derecho a la secesión después de varios años.

Pero el mes de julio siguiente Aung San fue asesinado, y los intentos por alcanzar una reconciliación étnica se paralizaron tan pronto como los británicos se marcharon, en enero de 1948. Se promulgó una nueva constitución, que incluía un mayor control central, y, en consecuencia, los kayin y otras etnias se sublevaron. Como explica el escritor indio Pankaj Mishra:

Imponer un modelo europeo de estado-nación lingüística y étnicamente homogéneo en un país tan diverso como Birmania habría sido complicado cualesquiera que fuesen las circunstancias. Lo hacían todavía más difícil la prolongada ocupación de los japoneses y sus feroces batallas contra los británicos, que dispersaron la autoridad del antiguo estado colonial; lo cual dejó al país inundado de grupos políticos y étnicos con pretensiones poscoloniales —y armas— propias.^[13]

De hecho, el cenagal étnico de Birmania empeoró al convertirse en un torbellino de enfrentamientos en la jungla entre los británicos y los japoneses. Birmania fue el teatro de operaciones de las célebres y atípicas campañas de guerra lanzadas por los británicos desde el pueblo fronterizo de Imfal, en el

noroeste de la India, donde tenían su base de retaguardia. Estas campañas contaron con un guerrero poco convencional, el mayor general Orde Wingate, hijo de misioneros cristianos, que capitaneó unas unidades de penetración de largo alcance conocidas como Chindits (la deformación inglesa del nombre de un león birmano mitológico) y se adentró con ellas en las junglas birmanas, abastecido por planeadores, para colocarse tras las líneas japonesas. Antes de las atrevidas misiones de Wingate, los japoneses se encontraban a las puertas de la India británica, a punto de invadirla. Wingate ayudó a darle la vuelta al tablero, operando en la misma zona que tendrían que pacificar hoy día los chinos por el bien de sus conductos energéticos si la Junta se viniera abajo. (El Padre de la Mona Blanca, una especie de Wingate a título propio, me había entregado una primera edición de 1946 de las memorias de guerra de uno de los oficiales de Wingate en Birmania, con una dedicatoria tomada del profeta Isaías.)^[14]

La Guerra Fría introdujo nuevos actores en el caos birmano, a pesar de que el cordial y carismático primer ministro civil U Nu intentó, finalmente en vano, unir el país tras la muerte de Aung San. En 1950 más de 10 000 soldados del ejército nacionalista chino (las fuerzas del Kuomintang) de Chiang Kai-shek se batieron en retirada, expulsados de China por las victoriosas tropas comunistas de Mao Zedong, y se refugiaron en los estados de Shan. Y en la década siguiente, la China de Mao armó a una guerrilla comunista opuesta al gobierno birmano que operaba desde las colinas. Como resultado de estos desafíos, el poder civil en Rangún empezó a trastabillar al tiempo que el ejército birmano, ahora dominado por bamar étnicos (y en el que las minorías solo podían alcanzar el rango de mayor), crecía hasta los 100 000 hombres. En 1961, bajo el mando del general Ne Win, este ejército logró expulsar de Birmania al del Kuomintang, que se trasladó a las vecinas Laos y Tailandia.

El mismo año, en Taunggyi, la capital del estado de Shan, los grupos étnicos no bamar se unieron y exigieron que se enmendara la constitución siguiendo el espíritu del acuerdo de Panglong de 1947. El asunto fue debatido en el parlamento, y U Nu se mostró particularmente comprensivo ante la difícil situación de los shan. Sin embargo, la respuesta a todo esto, así como a una situación generalizada de inseguridad en el país, fue un golpe militar que llevó al general Ne Win al poder en 1962. El golpe supuso una muerte piadosa para una administración civil cada vez menos efectiva a pesar de sus buenas intenciones, pero marcó el comienzo de cuatro décadas y media de gobierno catastrófico, que no muestra hasta la fecha signos de decaimiento.

La economía fue nacionalizada y mal administrada, y el aparato completo del estado, militarizado y controlado por los bamar, al tiempo que el conflicto étnico se encarnizaba.

El conflicto civil explotó en las calles de Rangún en 1988 tan pronto como Ne Win renunció. Casualmente, la hija del fallecido general Aung San, Aung San Suu Kyi, había viajado a Rangún desde Inglaterra para cuidar de su madre enferma, y acabó conduciendo un alzamiento espontáneo de cientos de miles de birmanos, principalmente estudiantes de la etnia bamar, a un movimiento de liberación. Pero la nueva junta militar, el SLORC (Consejo Estatal para el Restablecimiento de la Ley y el Orden) reemplazó rápidamente a Ne Win, y en 1989 cambió el nombre del país por el de Myanmar, el término bamar que recibía el valle del centro del país; un nombre que las tribus étnicas de las colinas, así como muchos bamar liberales, nunca aceptaron. Cuando el movimiento de liberación fue aplastado, muchos de los estudiantes bamar huyeron a las regiones étnicas, y aunque les resultó difícil adaptarse a las duras condiciones físicas que había allí, marcaron un precedente en la cooperación entre los bamar y las minorías.

En 1990, el ejército permitió que se celebraran unas elecciones en las que la Liga Nacional para la Democracia, el partido de Aung San Suu Kyi, consiguió una mayoría aplastante, aun cuando ella estaba en arresto domiciliario. El ejército invalidó los resultados. Peor aún, el fin de la Guerra Fría puso término al apoyo encubierto que el ejército tailandés prestaba a las tribus de las colinas opuestas al SLORC, vagamente socialista. Esto llevó a las empresas tailandesas a firmar con la Junta contratos por concesiones madereras e hidroeléctricas en las fronteras. Al mismo tiempo, China empezó a inyectar miles de millones de dólares en ayudas a la Junta, que contaba además con los negocios del opio en el Triángulo de Oro. Pronto, Singapur, Indonesia y la India abrazaron el régimen, atraídos por los recursos naturales del país. Así, mientras que los regímenes militares se desplomaban en todo el mundo, Birmania siguió asfixiándose bajo una tiranía militar. En 1992, Than Shwe, el actual dictador, subió al poder.

Es muy significativo que la Revolución Azafrán de 2007, que dio lugar a grandes manifestaciones y a una brutal represión sobre miles de monjes en Rangún, Mandalay y la cercana Pakokku, no recibiera respaldo alguno de las colinas. Aunque el alzamiento despertó el interés de Occidente, las propias etnias de Birmania permanecieron impasibles. El país no solo sigue siendo uno de los más tiranizados del mundo, junto a Corea del Norte y Zimbabue, sino también uno de los más divididos. Todo aquel que estuvo envuelto de

forma sustancial en la Revolución Azafrán está en estos momentos encarcelado, exiliado o escondido.

Birmania es hoy día un país cuyo gobierno invierte 1,10 dólares per cápita en sanidad y 40 céntimos en educación, al tiempo que sostiene a uno de los ejércitos permanentes más numerosos del mundo. Las tropas birmanas han atravesado su propio territorio como las de Alejandro Magno en Oriente Próximo, saqueando al pueblo llano al tiempo que firmaban efímeros acuerdos de paz con los wa y con las facciones escindidas de otras tribus. Los soldados rompían con sus bayonetas las ollas de los campesinos de las regiones étnicas para que no pudieran cocinar y pasaran hambre.^[15] Cientos de miles de soldados birmanos están desplegados por todas las colinas fronterizas, donde millares de aldeas han sido destruidas y sembradas de minas terrestres, mientras cientos de miles de personas están desplazadas dentro del país y otras tantas se encuentran en los campamentos de refugiados de Tailandia. El riesgo de infección por VIH, la malaria y la tuberculosis «está entre los más altos del mundo».^[16] A pesar de los conductos energéticos y los proyectos hidroeléctricos, los cortes de electricidad y la escasez de gasolina atormentan sin cesar a las ciudades birmanas. Es posible que Birmania sea hoy un lugar más miserable de lo que lo era en mitad de las luchas más intensas de la Segunda Guerra Mundial. El régimen, si bien carece de la malignidad burocrática y escalofriante de Stalin o de Sadam Husein, está no obstante caracterizado por una indiferencia ignorante y negligente hacia sus habitantes, a los que trata como súbditos en lugar de ciudadanos.^[17]

A todo esto, la política de Estados Unidos en relación con el régimen birmano se ha mantenido más o menos inalterada a lo largo de varios mandatos. Barack Obama, George H. W. Bush, Bill Clinton y George W. Bush han abrazado todos la causa de la democracia en Birmania, si bien no han mostrado un gran afán por apoyar de forma enérgica las insurgencias étnicas, siquiera de forma encubierta. Esto sustenta el argumento de que la política estadounidense hacia Birmania está más preocupada por el moralismo que por la moral, y que el presidente George W. Bush en particular, a pesar del profundo interés por Birmania de la por entonces primera dama Laura Bush, era propenso al mismo sermoneo fútil del que a menudo se acusaba al expresidente Jimmy Carter en relación con otros asuntos. Según esta postura, Estados Unidos debería, bien iniciar conversaciones con la Junta (como ha hecho recientemente el Departamento de Estado de Obama) para no

arriesgarse a ser expulsados de toda la bahía de Bengala por la India y China y no dejar abandonada Birmania a manos de una explotación masiva; bien respaldar a las etnias de un modo efectivo pero discreto, como recomendaban mis contactos en la región. «Ahora mismo, Estados Unidos nos envía calderilla», me dijo Lian Sakhong, el secretario general del Consejo de Nacionalidades Étnicas de Birmania.

Los funcionarios estadounidenses replican que sus pronunciamientos tienen auténtica garra. Desde 1997 existe una prohibición de las inversiones en Birmania (aunque no es retroactiva, por lo que permite a Chevron, que se hizo con la concesión a través de Unocal, participar libremente en la construcción del gasoducto). Se añadieron nuevas sanciones en 2003 y 2007, y se proporciona ayuda humanitaria a través de ciertas ONG que operan desde Tailandia. De todos modos, desde el punto de vista de la *realpolitik*, Estados Unidos preferiría no implicarse a un nivel demasiado profundo en Birmania y, por lo tanto, está encantado de ver cómo sus aliados, la India y Singapur, defienden indirectamente sus intereses frente a China. En lo tocante a cualquier tipo de operación transfronteriza de apoyo a los combatientes shan o kayin, los funcionarios señalaron que tan pronto como corriera el rumor de una política semejante, la presencia diplomática en Birmania sería desmantelada.

En cualquier caso, según afirmaba Jack Dunford, del Consorcio Fronterizo Tailandia-Birmania, Estados Unidos es la única gran potencia que envía a la Junta «un mensaje firme y moral, que previene convenientemente al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial de hacer tratos con Birmania», y que permite, por tanto, que se sigan construyendo más y más presas e infraestructuras para expoliar el paisaje. La política estadounidense, añadió Dunford, «cohesiona una presión occidental e internacional que ha abierto grietas en el ejército birmano». El régimen se vendrá abajo algún día, de acuerdo con esta línea de pensamiento, tal vez más pronto que tarde, y eso dejará a Estados Unidos en una posición excelente ante el pueblo birmano.

El régimen podría irse a pique de muchas maneras. Y aunque el espectro de otro alzamiento masivo excita la imaginación de Occidente, tal vez es más probable un nuevo golpe de estado o algo más sutil, como un sencillo cambio de liderazgo que permitiría hacer a un lado al septuagenario Than Shwe, en mal estado de salud. Entonces, los nuevos generales iniciarían conversaciones con Aung San Suu Kyi y levantarían su arresto domiciliario. Por descontado, esto, incluso junto con unas elecciones, no resolvería por sí mismo los problemas fundamentales de Birmania. Aung San Suu Kyi, como premio

Nobel y estrella mediática internacional, podría proporcionar un punto de encuentro moral con el que incluso las tribus de las colinas estarían de acuerdo; pero el país seguiría desprovisto de infraestructuras e instituciones, contando solo con una sociedad civil y una comunidad de ONG crecientes pero todavía precarias, y con un abanico de grupos étnicos esperando su oportunidad y que desconfían por naturaleza de los bamar dominantes. La Liga Nacional para la Democracia, según observadores extranjeros, carece de dotes directivas, y los grupos étnicos son débiles y están divididos. En este aspecto, Birmania recuerda a Irak y a Rumania después de que colapsaran sus regímenes estalinistas. Irak estuvo sumido en el caos durante años; Rumania, solo dos semanas, porque otra rama del Partido Comunista, más liberal, arrebató el poder a los manifestantes y gobernó el país durante cinco años de transición antes de retirarse del poder. Como me dijo un negociador internacional, la lección aquí es que «no habrá más remedio que mantener a los militares en el liderazgo durante un tiempo, porque sin ellos no queda nada en Birmania». Después de tanto tiempo en el poder, por muy mal que haya gobernado, el ejército se ha hecho indispensable para cualquier solución.

«Esto es mucho más complejo que ese escenario a lo “Bella y la Bestia” planteado por algunos en Occidente: Aung San Suu Kyi versus los generales», afirmaba Lian Sakhong, «después de todo, tenemos que cerrar sesenta años de guerra civil».

En resumen, Birmania tiene que encontrar un camino que la lleve de vuelta al espíritu del acuerdo de Panglong de 1947, que estipulaba una Unión de Birmania descentralizada. Desgraciadamente, el acuerdo nunca se implementó, y ese ha sido el origen de todos los problemas desde entonces.

Incluso en el valle central de Irawadi y en su delta, muy lejos de las colinas, unas numerosas minorías kayin y mon reclaman la igualdad con los bamar que Aung San les prometió antes de ser asesinado. Mientras el mundo exigía auxilio humanitario para los habitantes del delta más perjudicados por el ciclón Nargis de mayo de 2008, los generales, que de todos modos no tenían gran aprecio por los kayin de la región, estaban más preocupados por preservar el orden público en la cercana Rangún. Para la comunidad internacional, el ciclón fue una crisis humanitaria; para los generales, tan solo una potencial crisis de seguridad.

En la capital selvática de Naypyidaw, la Junta podría convertirse en el último régimen verdaderamente centralizado de la historia poscolonial de Birmania.

Ya sea mediante una transición pacífica y bien dirigida o mediante una tumultuosa e incluso anárquica, los kayin y los shan del este y los chin y arakaneses del oeste presumiblemente verán su poder aumentado en una Birmania posjunta y democrática. Esto supone que los diferentes acuerdos para la construcción de conductos energéticos tendrían que ser negociados o renegociados, al menos hasta cierto punto, puesto que los pueblos étnicos habitan en los territorios por los que pasarían estos conductos. La lucha en torno al océano Índico —o al menos a la parte oriental de este, en lo alto de la bahía de Bengala— podría quedar reducida a quién trata de un modo más diestro con las tribus de las colinas birmanas.

El islam tropical de Indonesia



A principios de 2005, me encontraba como corresponsal «empotrado» en un destructor de la Marina estadounidense que estaba llevando a cabo labores de socorro tras el *tsunami* Índico del 26 de diciembre de 2004; cuando las aguas frente a la costa de Banda Aceh —en el cabo norte de Sumatra, asomando a la bahía de Bengala— eran, en palabras de un oficial, como un «cementerio flotante». En el mar había zapatos, ropa y pedazos de casas; «era como un desfile de vidas enteras». El *tsunami* fue la primera ocasión en las que estos oficiales y marineros vieron cadáveres. En la primavera de 2003, algunos de ellos habían lanzado misiles Tomahawk hacia Irak desde otro destructor, y luego corrían a la televisión para enterarse por la CNN de dónde habían impactado. Para ellos, Irak había sido una abstracción. Pero mientras desembarcaban en helicóptero en Banda Aceh habían visto árboles, puentes, casas, todo tumbado en dirección al interior de la isla, como por efecto de unas mangueras de incendios de alta presión. Fue un desastre natural, y no

una guerra, lo que había hecho madurar a estos jóvenes hombres y mujeres de uniforme.^[1]

Mientras que los oficiales de las Fuerzas Especiales que había conocido en la frontera entre Tailandia y Birmania representaban la cara no convencional de la proyección de poder y la ayuda humanitaria estadounidenses en la bahía de Bengala, estos oficiales y marineros eran el extremo convencional del espectro. Sin embargo, como veremos, la influencia de Estados Unidos queda limitada cuando se enfrenta a la vasta, profunda y compleja disposición de fuerzas medioambientales, religiosas y sociales que sacuden esta región.

El terremoto, que alcanzó una intensidad de 9,3 en la escala Richter, provocó un *tsunami* de veinte metros de altura que se desplazó a más de 300 kilómetros por hora. Mató a cerca de 250 000 personas en los países litorales del océano Índico: tal vez comparable al número de gente que ha muerto de forma violenta en Irak desde la invasión por parte de Estados Unidos. El *tsunami*, que destruyó 126 000 hogares solo en el norte de Sumatra, provocó daños en un radio de miles de kilómetros, incluyendo Indonesia, Malasia, Tailandia, Birmania, Bangladés, Sri Lanka, la India, las Maldivas, las Seychelles, Madagascar, Somalia, Kenia, Tanzania, Sudáfrica y otras naciones. Su impacto supuso una demostración de la fragilidad de nuestro planeta y de las fuerzas naturales que podrían estar prestas a redefinir la historia.

Cuatro años después volví al epicentro de esta destrucción, al paisaje irreal de Banda Aceh: fosas comunes que albergaban decenas de miles de cuerpos bajo campos silenciosos y desiertos; mezquitas, carreteras asfaltadas y pequeñas comunidades de viviendas con los tejados de hierro, todo recién construido; y barcos perfectamente intactos encallados tierra adentro, donde la gran ola los había depositado. A casi cinco kilómetros de la playa, en mitad de un prado, con los gallos correteando por entre la hierba crecida, se yergue contra toda lógica el *Ltd. Bapung*, un barco de 2600 toneladas que en su día se usó para generar 10,5 megavatios de electricidad. Mide unos sesenta metros de largo, y su oxidado casco rojizo se eleva hasta una altura de veinte metros; sobre él están la superestructura, todavía más alta, y la sucia chimenea, como una enorme fábrica de la era industrial. Cerca de allí, como si fuese una ocurrencia de último momento, un bote pesquero de veinte metros de eslora reposa sobre los tejados de dos casas, en el mismo lugar al que fue a parar.

Vi una mezquita con los pilares combados —como si un poderoso Sansón se hubiera plantado entre ellos y los hubiera empujado hacia fuera— que de

algún modo había sobrevivido. Milagrosamente, las aguas llegaron barriendo hasta los mismos escalones de la majestuosa Gran Mezquita para luego retroceder. Esto es más que una leyenda local, hay fotos que demuestran la veracidad de los hechos. El *tsunami*, como las grandes calamidades naturales de la Biblia, ha tenido una profunda relevancia religiosa —y, por tanto, política— en la región. Ha depurado la singular y contenciosa relación histórica entre el norte de Sumatra y el gobierno central indonesio, situado en la isla principal de Java; al tiempo que, de modo aún más significativo, ha incidido en la lucha, extraordinariamente compleja, por el alma del propio islam en Indonesia, el país musulmán más populoso del mundo y el cuarto país más poblado del planeta.

El futuro del islam estará poderosamente determinado por lo que ocurra en Indonesia, donde desde las fuerzas puritanas de los grupos saudíes wahabitas de Oriente Medio hasta una Al Jazeera global y a la última compiten contra los dioses locales de los bosques y los vestigios politeístas por los corazones y las mentes de sus habitantes. Nada tiene un impacto mayor sobre las religiones que las incomprensibles y devastadoras catástrofes naturales. De hecho, la religión surgió como una reacción frente al mundo natural. Los 240 millones de habitantes de Indonesia viven, todos ellos, dentro de un cinturón de fuego: entre fallas continentales, placas tectónicas en movimiento, desforestaciones masivas y volcanes activos. La mitad de la población mundial que vive a menos de diez kilómetros de un volcán activo se encuentra en Indonesia. «Después del *tsunami*, el islam se volvió aquí más introspectivo, más consciente de sí mismo, casi», había observado Ria Fitri, activista por los derechos de las mujeres y profesora de Derecho.

El *tsunami* no fue la primera ocasión en la historia moderna de Indonesia en la que un suceso medioambiental cambiaba el curso de la religión y la política. Como nos muestra el autor Simón Winchester, la erupción en 1883 del Krakatoa —en el estrecho de la Sonda, entre Java y Sumatra—, que fue seguida de un *tsunami*, mató a varias decenas de miles de personas, y sus devastadoras secuelas sociales trajeron unos brotes de militancia musulmana antioccidental en Java que marcaron la pauta del siglo posterior.^[2] El peligro no es, simplemente, el fundamentalismo en sí mismo, sino, como ocurre en el caso de Bangladés, el modo en que el fundamentalismo va a interactuar con el entorno medioambiental y las tensiones demográficas.

A lo largo de gran parte de su historia, la región de Aceh, en el norte de Sumatra, fue un sultanato independiente con vínculos más estrechos con Malasia y —debido a la fiabilidad y constancia de los vientos monzónicos— Oriente Medio que con el resto del archipiélago indonesio. Las numerosas mezquitas de Aceh y su relación orgánica con la península Arábiga —gracias al comercio de la pimienta y a los peregrinos religiosos— le valió a la región el sobrenombre de «el puerto a La Meca». Aceh es la única zona de Indonesia sometida a la *sharia*, si bien se sirve cerveza en los hoteles y los castigos corporales se limitan a ligeros azotes; no hay amputaciones como ocurre en Arabia Saudí. Los niños y niñas juegan juntos en el patio del colegio, y las mujeres, de sonrisa hechizante, llevan la cabeza cubierta con velo (*jilbab*), pero también visten vaqueros ceñidos y tacones altos y conducen motocicletas. En todo el resto de Indonesia es habitual ver a las mujeres, con el pelo completamente cubierto, llevando blusas ajustadas y *shorts* pegados a la piel, luciendo ropa de marca a la última moda. De hecho, aunque no pude confirmarlo, se dice que hay mujeres en Yakarta que llevan a la vez el *jilbab* y tops ajustados que enseñan el ombligo. En Indonesia, el recato termina en el cuello.

No obstante, el *jilbab* es un signo de modernidad, pues indica que una mujer ha recibido conocimientos de religión mediante la enseñanza. Llevarlo le permite, parapetada ahora tras un pudor simbólico, entrar en el mundo profesional de los hombres. «Hay pocas normas tajantes en cuanto a los códigos de vestimenta femenina, siempre y cuando el cuerpo esté cubierto. Hay mucho espacio para la interpretación personal», me explicó Ría Fitri; «los códigos más estrictos que se aplican en Oriente Medio, aquí simplemente no son prácticos». En un sentido más amplio, los códigos de vestimenta femenina en Indonesia no son tanto un signo de hipocresía como de una formidable diversidad religiosa, puesto que el islam, incluso en la sumamente devota Aceh, está inmerso en una pugna pacífica pero trascendental con las subcapas hinduistas y budistas que persisten hoy.

Con más de 200 millones de musulmanes entre sus 240 millones de habitantes, Indonesia constituye uno de los mayores logros del proselitismo islámico.^[3] Esto es especialmente destacable si consideramos que el islam no llegó a Indonesia mediante la conquista militar, como ocurrió prácticamente en todas partes desde Iberia al subcontinente indio, sino mediante el comercio a través del Índico iniciado en Aceh en la Edad Media. En muchos casos, los portadores del Islam fueron mercaderes: personas, por tanto, con una visión cosmopolita que no perseguían la homogeneidad ni la destrucción de otras

culturas y religiones. Los primeros misioneros musulmanes que llegaron a Java se conocen como los Nueve Santos (Wali Sanga). Un mito similar al de los doce santos sufíes (*auliyas*) que llevaron el islam a Chittagong, en Bangladés. Es bastante posible que estos santos en los márgenes no árabes y orientales del océano Índico fueran mercaderes.

Los lugares en los que el islam arraigó antes y más hondo fueron aquellos más próximos a las rutas del comercio internacional, como la península malaya y aquí, en las orillas sumatranas del estrecho de Malaca.^[4] Cuanto más nos alejamos del mar, adentrándonos entre montañas de un oscuro color malva rebosantes de vegetación, más idiosincrático se vuelve el islam. En lugar de ser impuesto de forma expeditiva por las fuerzas imperiales de la espada, el islam penetró gradualmente en Indonesia, en el curso de cientos de años de intercambios comerciales y culturales plagados de paganas influencias sufíes. Muchos de los musulmanes llegados aquí desde el Gran Oriente Medio —de Persia, de Guyarat, de Hadhramaut— eran ellos mismos víctimas de la opresión y, en consecuencia, muy liberales en términos doctrinales, me explicó Yusni Saby, rector del Instituto Estatal de Estudios Islámicos de Banda Aceh.

«En Indonesia», escribió el desaparecido y apreciado antropólogo Clifford Geertz, «el islam no erigió una civilización, se apropió de una». Esto es, el islam se convirtió meramente en la capa visible de una cultura suntuosa y compleja. Mientras que en el momento de arrollar Arabia y el norte de África, el islam, como explicaba Geertz, se movía en un «área virgen en esencia, por lo que respecta a una alta cultura», cuando llegó por primera vez a Indonesia en el siglo XIII se encontró con «una de las mayores creaciones políticas, estéticas, religiosas y sociales de Asia: el estado hindú-budista de Java». Incluso después de que el Islam se propagara por toda Indonesia, desde el cabo norte de Sumatra en Aceh hasta las más orientales islas de las Especies —a casi 5000 kilómetros de distancia—, el «espíritu inmanente» de la tradición índica, si bien «despojado [...] del grueso de sus manifestaciones rituales», permanecía intacto. Salvo contadas excepciones, añadía Geertz, el «sustrato» indico-malayo compuesto de «espíritus locales, rituales propios y fetiches familiares» continuó dominando en las vidas del conjunto del campesinado. Aunque el islam, entendido como fe, se había extendido por toda Indonesia para finales del siglo XIX, no ocurría lo mismo con el islam entendido como «un cuerpo de [...] doctrina canónica a observar». Por este motivo, Geertz describía el islam indonesio como «maleable, tentativo, sincrético [...], pluralista» y «fabianista en espíritu».^[5] Hoy día, apenas un

tercio de los indonesios musulmanes son ortodoxos (*santri*); el resto son sincréticos (*abangan*).^[6] Por consiguiente, el islam indonesio es el resultado de la respuesta matizada del sur y el sudeste de Asia ante la identidad islámica, un ideal que ha resultado inaccesible para gran parte del mundo árabe.^[1]

De hecho, vi a un tropel de escolares indonesios musulmanes —las niñas cubiertas con *jilbabs*— desfilando hacia Borobudur, un monumental complejo piramidal de templos del centro de Java cuya estructura está inspirada en la de Angkor Wat, en Camboya: sus bloques de piedra gris de 1200 años de antigüedad manchados de negro y ocre por el tiempo; su propia simetría, profundamente mística. Los intrincados relieves de Borobudur atestiguan la riqueza de una cultura mucho más antigua que el islam y con la que este lo tiene muy complicado para competir. Vi la misma situación repetida con escolares indonesios musulmanes acudiendo a los templos hindúes de Prambanan, cerca de Borobudur. La historia religiosa de la Java imperial no puede ser destruida, solo acrecentada.

Así pues, Aceh, aunque es la más árabe de las regiones indonesias, carece por completo del ambiente rígido de Oriente Medio. A esto contribuye el hecho de que, a pesar de los centenares de años bajo el gobierno a menudo débil de los holandeses, apenas hay un sentimiento de rencor colectivo hacia Occidente, de haber sido histórica y culturalmente asolados por la intrusión extranjera. Desde tiempos ancestrales, la hegemonía sobre esta cadena de islas ha sido más javanesa que europea; el propio imperialismo de Java era una armadura protectora frente a la cepa llegada de Europa.

Y sin embargo, «este podría ser el principio del fin de nuestra libertad», se inquietaba Aguswandi, un intelectual de 31 años, intenso y dinámico, que trabajaba como coordinador de programas en una ONG indonesia de Banda Aceh y que, como muchos indonesios, solo tiene nombre de pila. «La *sharia* se está intensificando y haciéndose con el Aceh *postsunami*», me explicó, «¿Por qué tuvo lugar el *tsunami*? Los líderes religiosos se han hecho esta pregunta. Sucedió, han concluido, porque el pueblo de Aceh no era lo bastante devoto. Las mujeres no iban lo bastante tapadas, y los extranjeros bebían cerveza. De modo que el *tsunami* ha tenido un efecto reaccionario, a pesar de que trajo aquí las influencias cosmopolitas de las ONG occidentales».

Aguswandi continuó: «Al principio pensé que las influencias globales acabarían triunfando. A fin de cuentas, la imagen de Aceh justo después del *tsunami* era la antítesis de la de Irak. ¿Cómo iba a haber un choque de

civilizaciones si teníamos dinero judío en manos de organizaciones benéficas cristianas que estaban construyendo escuelas en un pueblo musulmán? Esto es el futuro, pensé, un islam compatible: un islam tropical, en un lugar donde hace demasiado calor y hay demasiada humedad como para ir tapados».

Siguiendo en la misma línea, Aguswandi me explicó que, para empeorar las cosas, estaba la propia naturaleza del conflicto histórico entre Aceh y la capital javanesa de Yakarta: «El conflicto no tiene nada que ver con el islam. Todo gira en torno a “el centro versus la periferia” en un panorama poscolonial, así que el conflicto, por sí mismo, juega en contra del islamismo radical». La posición geográfica de Aceh en el cabo norte de la isla de Sumatra —asomando a la bahía de Bengala junto a la entrada del estrecho de Malaca, orientada hacia la India y Sri Lanka, y constreñida entre el mar y las escarpadas montañas— la convierte en una región fácilmente distinguible, aparte del resto de Indonesia, que se orienta en dirección opuesta, hacia el sudeste asiático y los mares del Sur. Durante gran parte de su historia Aceh fue un rico sultanato inmerso en el sistema de comercio del océano Índico. La lucha de su guerrilla contra la hegemonía centralizadora de la javanesa Yakarta, primero bajo Sukarno y después bajo Suharto, era muy similar a la que había llevado antes a cabo contra la holandesa Batavia (el antiguo nombre de la capital).

Pero el *tsunami* trajo consigo un abrupto fin a esta lucha aparentemente secular, y con una seguridad recién hallada, se redujo de forma espectacular la piratería en el estrecho de Malaca. El *tsunami* «mató a muchos de los malos», me comentó un observador internacional. O, como me lo explicó Yusni Saby, con tanta gente muerta y la dinámica entera de Aceh transformada por la llegada de las organizaciones internacionales de ayuda humanitaria, no quedaba, de momento, nada por lo que luchar. Fue como la historia bíblica del diluvio y el arca de Noé: borró por completo el mundo anterior.

Las guerrillas de Aceh habían combatido contra el gobierno de Yakarta a lo largo de tres décadas, pero se firmó un acuerdo de paz en Helsinki apenas ocho meses después del *tsunami*. Ahora las antiguas guerrillas, conocidas como Gerakan Aceh Merdeka (GAM), Movimiento de Liberación de Aceh, han salido elegidas en muchos distritos de la región mediante un proceso democrático desarrollado bajo la autoridad central indonesia. Esto resulta tanto más extraordinario si tenemos en cuenta que en 1998, cuando Suharto fue retirado del poder tras la crisis financiera asiática del año anterior, muchos analistas dieron por sentado que el estado indonesio sufriría una ruptura encabezada por Aceh. Pero, contra todo pronóstico, el extenso archipiélago se

mantuvo unido, y más tarde el *tsunami* dio un nuevo impulso a la centralización trayendo el fin de la guerra.

«Indonesia no es un estado artificial o fallido como Irak o Pakistán», me dijo Aguswandi, sino más bien «un imperio desordenado» de 17 000 islas en el que los partidos islámicos están insertos en un débil sistema democrático, de modo similar a lo que ocurre en Turquía, al tiempo que el propio sistema, por su parte, anda a tientas en busca del camino hacia una descentralización organizada. A su manera, regiones como la Aceh musulmana en el oeste y la Papúa cristiana y animista a miles de kilómetros al este son autonomías bajo el dominio esencialmente imperial de Yakarta. «Durante siglos todo giró en torno a Java, donde vive la mitad del pueblo indonesio», me explicó Aguswandi, «pero ahora lo hace en torno a Aceh, Papúa, Kalimantan [la Borneo indonesia]» y otras más.

Mientras que hace una década Indonesia avanzaba en la dirección de un estado fallido, el *tsunami* fue el suceso catalizador que impulsó al acuerdo de paz de Aceh a cruzar la línea de meta. En Banda Aceh ahora apenas hay tensión en el ambiente. No hay pistolas en las casas de la gente. Pero Aguswandi se puso grave y pesimista de pronto mientras me decía: «La burbuja económica de las ONG está a punto de explotar y se va a crear un peligroso vacío que podrían llenar el radicalismo islamista y el caos».

Tras el *tsunami*, la ONU, el Banco Mundial y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional llegaron en tropel, lo que produjo una inflación de los precios y condujo a un *boom* de la construcción en Banda Aceh, un pueblo de cerca de 300 000 habitantes que constituye una enorme expansión urbana descontrolada de casas toscas y escaparates. En 2008 la inflación fue de un 42 %. «Las ONG proporcionaron ayudas humanitarias y construyeron casas para la gente», me explicó Wiratmadinata, del Foro de ONG de Aceh, «pero no se hizo lo suficiente en cuanto al desarrollo de infraestructuras. Se proveyó una ayuda de emergencia, pero siguen faltando los pilares para construir una economía local». El turismo no es una vía debido a la *sharia*. Mientras, las ONG se han reducido dramáticamente en 2009 y 2010, y la región, donde la mayoría son pescadores o granjeros, podría quedar desamparada.

En Pidie, a tres horas al sur de Banda Aceh, una región de cultivos de banana y de cayena a la sombra de los volcanes, conocí a un antiguo guerrillero del GAM: Suadi Sulaiman, de treinta años, que se parecía asombrosamente a Barack Obama. Me llevó a su humilde casa, detrás de un escaparate, y, antes de que le hiciera ninguna pregunta, me dijo que estaba en

contra del terrorismo y que pensaba que los atentados suicidas en Irak eran *haram* (algo prohibido por el islam). Cuando le pregunté por qué había dejado la escuela y se había unido al GAM en 1999, me habló de los gloriosos sultanatos independientes de la Aceh de antaño y de las guerras contra los portugueses y holandeses. Continuó con la escasez de capital que había a pesar de la presencia de yacimientos de petróleo y minerales y de la injusticia del gobierno de Yakarta. Pero como fui averiguando más tarde, resultó que su rabia por la falta de libertad y desarrollo quedaba explicada por la dificultad de encontrar un trabajo en aquel periodo crucial en el que se alistó como un guerrero por la libertad de Aceh. Ahora la economía había mejorado, y él era candidato para la asamblea local en las próximas elecciones. Defendía «el autogobierno, pero no la independencia», y le preocupaba que la marcha de las ONG devolviera a la región al estado en el que estaba cuando él era incapaz de encontrar trabajo.

Según sostenía Aguswandi, el brote inicial de cosmopolitismo que llegó inmediatamente después del *tsunami* se irá con las ONG, al tiempo que los islamistas radicales sacan partido al proceso político. Ese mismo temor fue repetido por Fuad Jabalí, director adjunto de Asuntos Académicos de la Universidad Islámica Estatal de Yakarta: «La pobreza provee de una vía de entrada al radicalismo», me dijo, especialmente en un lugar como Aceh, que ha experimentado el crecimiento y el pinchazo de la burbuja económica. Los radicales utilizan la democracia, pero la ven básicamente como una herramienta de la hegemonía occidental. «Para los radicales, las consultas no deberían ser para todo el mundo, puesto que no puedes tener a los corruptos decidiendo el rumbo del estado; y dado que la sociedad está llena de gente moralmente corrupta, a ojos de los radicales, solo los puros deberían tener derecho a escoger, o a votar.»

Pero Jabali se preocupó de resaltar que esta visión tan exclusivista es un producto de la experiencia de Oriente Medio, mucho más que de la del sudeste asiático. De nuevo, volvemos sobre esa marcada diferencia que señalaba el antropólogo Geertz: entre un islam que, en los desiertos marrones de Oriente Medio, engulle toda una cultura; y un islam en un entorno tropical, verde y exuberante, que se superpone y se intercala entre las capas de varios siglos de cultura hindú y budista. Pero a pesar de que Oriente Medio goza de protagonismo tanto en los medios de comunicación occidentales como por el hecho sumamente relevante de haber sido la tierra del Profeta y de la lengua árabe que este hablaba, en términos demográficos, no obstante, el corazón de la religión está en el subcontinente indio y particularmente en los

archipiélagos del sudeste asiático. Y mientras que la democracia occidental es un tema muy polémico en Oriente Medio, asociado como está con Irak y con la visión del anterior presidente George W. Bush, en lugares como la India e Indonesia, en el sur y el sudeste de Asia, donde viven en efecto 500 millones de musulmanes —en comparación a los 300 del mundo árabe— la democracia occidental está, simplemente, más allá de toda crítica. «En Indonesia», continuó Jabalí, que se graduó en una madrasa, «todo aquel que abogue por un estado islamista frente a la democracia no será respaldado en las encuestas. Aquí tal vez un 5 % de los votantes apoyen a grupos radicales como el Majelis Muiyuhidín [la asamblea indonesia de muiyahidines] o el Hizbut Tahrir [Partido de Liberación], que propugnan un califato, y solo el 10 % están a favor de amputarles las manos a los ladrones». La democracia que Bush trató de implantar violentamente en Irak está evolucionando sin su ayuda de un modo pacífico en Indonesia.

Lo que resulta tan chocante de Indonesia —y de Aceh en particular, precisamente porque se trata de la región menos sincretista y, por tanto, más islámica del archipiélago— es como, sin ningún tipo de indicación previa, los estudiosos musulmanes defienden una visión liberal. «Aquí nos sentimos satisfechos», me dijo Saby, «esto no es Oriente Medio, donde uno lucha por el puro placer de luchar en el nombre de Dios. La religión no debería estar centrada en los enemigos. Tenemos buenas relaciones con los hindúes, los budistas, los cristianos y demás. El refuerzo de la educación y la economía —y no de la ideología— mejorará la religión». Se lamenta de los *pesantren* (madrasas)^[t2] que se centran únicamente en lo que separa a los musulmanes de otros pueblos. Estos eran los estudiosos de los que V. S. Naipaul, mientras viajaba por Indonesia una generación atrás, dijo que hacían «poco más» que enseñar «a los pobres a ser pobres». En 1981, tomando la perspectiva de Indonesia, señalaba que el islam

tenía un defecto de origen, un defecto que recorría por entero la historia del islam: a los problemas políticos que ponía sobre la mesa no ofrecía ninguna solución, ni política ni práctica. Solo ofrecía la fe. Solo ofrecía al Profeta, que lo arreglaría todo, pero que ya no existía. Este islam político era rabia, anarquía.^[7]

El planteamiento de Naipaul es ciertamente relevante para el islamismo político en zonas de Oriente Medio, pero en Indonesia la batalla ha virado en otra dirección desde su visita. Los *pesantren* que visitó aún existen, pero hay muchos más a lo largo de todo el país en los que se enseña una interpretación

más amplia de la fe. «Aquí en Indonesia», me dijo Saby, «la religión no es blanca o negra, sino que tiene muchos grises». Alyasa Abubakar, otro estudioso islámico, y colega de Saby en el mismo instituto, me informó de que, a pesar del Corán y de los Hadices, «la geografía ha dado a Indonesia una interpretación diferente de la religión. Los musulmanes de Oriente Medio están obsesionados con su pasado glorioso, que no tiene mucho significado para nosotros. No llevamos ninguna carga como esa». A continuación, hizo una lista de las mujeres que fueron figuras poderosas en el sultanato de Aceh en los siglos XVII y XVIII: «Safiatuddin, Kamalatsyah, Inayatsyah» y muchas más.

Además, ahí está el antiguo presidente de Indonesia Abdurrahman Wahid, también conocido como Gus Dur, el gran hombre del pluralismo islámico, nacido en 1940. «Gus» es un tratamiento honorífico musulmán, y «Dur», una abreviatura afectuosa de su nombre. Me reuní con él en sus oficinas de Yakarta, una serie de habitaciones oscuras y cavernosas llenas de hombres fumando y encorvados en sus sillas. Me indicaron con señas el camino hacia el santuario central. Gus Dur era prácticamente ciego. Estaba sentado a oscuras, con los ojos cerrados, vestido con una falda tradicional de *batik* y tamborileando fuertemente el escritorio vacío con las puntas de los dedos, de lado a lado. En entornos tan lúgubres como este en Oriente Medio, llenos de hombres que se encendían un cigarrillo con la colilla del anterior, había escuchado muchos discursos que despotricaban contra Israel y Occidente a lo largo de los años. Pero Indonesia es diferente.

«Aquí los grupos radicales son débiles», me dijo Gus Dur. «Este es el último aliento del radicalismo antes de ser liquidado», continuó, alzando un poco los párpados para añadir énfasis; «No hay ninguna demanda de un islamismo oficial, como en Oriente Medio. La religión solo se ha politizado en Oriente Medio. Con Hamás todo son gritos. Las iniciativas están en manos de los judíos, que están trabajando de forma sistemática para crear un futuro. Nosotros somos como Turquía, no como los árabes, o como Pakistán. En Pakistán, el islam juega en contra del nacionalismo. Aquí, el islam es una confirmación del nacionalismo [laico]», el cual, a su vez, engloba un pasado budista e hindú. «Ya no hay amenazas de desintegración. Aunque somos muchas islas, somos fundamentalmente una nación. El islam es dinámico en Indonesia.» Y, a pesar de la absolutidad del Corán, «el islam aún no está cerrado, todavía está dialogando consigo mismo y con otras religiones», añadió, y continuó hablando con su peculiar talante divagador, progresista, aleccionador y visionario.^[t3]

Sus comentarios no eran pura palabrería. Me pareció sorprendente, durante mi visita de un mes al país, cómo la gente seguía sacando a colación espontáneamente la necesidad de tener unas buenas relaciones con los judíos y otros grupos religiosos. Además, Indonesia capturó, juzgó y ejecutó a los terroristas que habían colocado las bombas de la discoteca de Bali en 2002, en la que murieron más de doscientas personas, a la vez que continuaba estabilizando su sistema democrático; no hubo ninguna reacción social negativa ante la ejecución de los tres terroristas. Si el primer mandato del presidente George W. Bush giró en torno a la guerra contra el terrorismo, y el segundo, a difundir la libertad y la democracia, entonces Indonesia es el mejor ejemplo del mundo de lo que Bush defendía, y en la misma secuencia, a pesar de que su administración estaba a menudo demasiado preocupada para reparar en ello.

Pero la densa historia del islam indonesio —tan enrevesada como los estampados del *batik* javanés— no termina con el humanismo de Gus Dur. De hecho, la Gran Mezquita de Banda Aceh (la Mesjid Raya Baiturrahman) nos da una pista de las múltiples contradicciones del islam aquí. Sus seis extraordinarias cúpulas, negras como el carbón, y su fachada de un blanco reluciente, de una ostentación deliciosa, evocan tanto al sudeste asiático como a Oriente Medio. Me recordó a las mezquitas majestuosas del norte de la India, llenas de una mezcla alegre, floral y voluptuosa de diferentes tradiciones geográficas. La masculinidad severa, como de fortaleza, propia particularmente de las mezquitas de Egipto y el norte de África estaba ausente por completo. El salón de oraciones estaba lleno de niños jugando ruidosamente, combinándose con los sonidos de los pájaros tropicales. Mujeres vestidas con *jilbabs* y vaporosas *mukenas* blancas rezaban de rodillas en el suelo. En la mezquita había tantas mujeres como hombres. Era el lugar de congregación de una verdadera comunidad. Una fotografía mostraba el mar de escombros que había llegado hasta los escalones de la mezquita con el *tsunami*. Los jardines, que incluían un espejo de agua, se rehabilitaron con dinero de Arabia Saudí. Las tendencias conservadoras e incluso radicalizantes de Oriente Medio están ejerciendo una influencia cada vez mayor, si bien el peculiar carácter de la fe en el sudeste asiático persiste tozudamente.

Además del poder y el dinero saudí, encontramos también la dinámica influencia de las cadenas de televisión globales radicadas en Oriente Medio como Al Jazeera, las cuales, al margen de un incuestionable nivel de

profesionalidad y entretenimiento, incorporan a los indonesios a la corriente dominante de pensamiento político de centroizquierda y de sensibilidad tanto de Arabia como de Europa. Al Jazeera ayudó a que cristalizara el rechazo, intenso y persistente, hacia Bush y, a principios de 2009, hacia la ofensiva aérea israelí contra Gaza. «En Indonesia, Israel ha perdido la guerra de palabras frente a Gaza», me dijo Aguswandi, debido al modo en que fue mostrado por televisión. Este es un nuevo fenómeno, ya que Indonesia nunca ha sufrido en sus carnes la humillación de Israel a la manera en que lo han hecho países vecinos como Egipto o Siria.

Comparemos esto con el desinterés generalizado en torno a la apremiante situación de los musulmanes rohingyas, brutalmente oprimidos por el régimen militar birmano y con decenas de miles de ellos viviendo al otro lado de la frontera, en Bangladés, en uno de los campamentos de refugiados más miserables del mundo. En febrero de 2009, cuando unos miembros detestables del ejército tailandés abandonaron en el mar botes cargados de refugiados rohingyas, sin apenas agua ni comida, y los rohingyas desembarcaron en Aceh, no hubo una gran protesta popular; a pesar de que sería fácilmente argumentable que los musulmanes rohingya de la provincia birmana de Arakán están más oprimidos que los palestinos. En gran medida, esta contradicción se explica por el efecto de los medios de comunicación globales del golfo Pérsico, que llegan ahora hasta la más pequeña de las aldeas; y su importancia no va a hacer más que crecer, ayudando así a sellar la brecha de posturas con Oriente Medio.

Existe también el efecto de los vuelos comerciales, que permiten cada año a 200 000 indonesios hacer el peregrinaje *hach* a Arabia Saudí, el contingente más numeroso entre los 1,7 millones de peregrinos procedentes de todo el mundo musulmán. Además, Yemeni Airways vuela a Indonesia cuatro veces por semana, reforzando los lazos índicos históricos entre Hadhramaut, en el Yemen, y la indonesia Java. Las antiguas generaciones de comerciantes de Hadhramaut y el Hiyaz, en Arabia Saudí, trajeron sus influencias sufíes, liberales y heterodoxas, a Indonesia. Pero hoy día, sostenida por dinero wahabita —que sirvió para, entre otras cosas, traducir el *Mein Kampf* de Hitler a la lengua oficial del país, el bahasa indonesio—, la influencia que llega de la península Arábiga está considerablemente cargada de odio. La globalización también es esto, la homogeneización de las diversas líneas de pensamiento por los medios de comunicación, influidos a su vez por empecinados grupos de interés, hasta quedar convertidas en un modo de pensar monocromo e ideológico.

Como ocurre con los nacionalistas hindúes en la India, los que sienten una mayor atracción por el radicalismo en Indonesia no son los estudiosos islámicos, cuyo propio conocimiento de la religión los hace menos vulnerables a los medios de comunicación, sino esa primera generación de profesionales, recién liberados de sus aldeas, que tienen amplio acceso a los libros, los periódicos y la televisión, y que son todavía un tanto ingenuos. En Indonesia, es más probable que un joven ingeniero químico sea un radical islamista que lo sea un viejo erudito del islam. Un examen de las organizaciones musulmanas del país solo acrecienta el aura de apabullante complejidad que posee el islam en el país.

Puede que Indonesia sea la sociedad musulmana más numerosa del mundo, pero también es el hogar de unas relevantes minorías chinas, cristianas e hindúes. Es, por tanto, un estado laico en términos funcionales, lo que ha hecho surgir unas organizaciones musulmanas ciudadanas que son las más grandes del mundo, porque estados islámicos como los de Oriente Medio sencillamente no las necesitan. «De este modo», me explicó Anies Baswedan, rector de la Universitas Paramadina de Yakarta, «el estado laico da cabida a una vibrante vida religiosa, al mismo tiempo que los grupos musulmanes dan legitimidad a las autoridades laicas. La religiosidad personal prospera por tanto de un modo que no sería posible en un estado islamista, donde la religión está politizada necesariamente».

Las dos organizaciones más importantes son Nahdlatul Ulema (Renacimiento de los Mulás) y Muhammadiyah (Seguidores de Mahoma). Debido al mero tamaño de estos grupos, con millones de miembros, sus políticas son a menudo ambiguas y difíciles de precisar. Sin embargo, las líneas generales son identificables.^[t4]

Nahdlatul Ulema (NU), de la que Gus Dur fue presidente largo tiempo, nació en 1926 de la preocupación ante la severidad y el fundamentalismo de las influencias wahabitas que habían empezado a filtrarse en Indonesia desde el establecimiento del reino de Ibn Saud en Arabia Saudí aquel mismo año. Es una organización tradicional y conservadora, leal a los santos sufíes, y, por consiguiente, en contra de lo que pudiera esperarse, es inclusiva, sincrética y un apoyo de la sociedad civil. Esto se debe a que el marcado énfasis en la tradición musulmana la protege de la ideología islamista contemporánea, que quiere defender el islam de las influencias de otras religiones como, por ejemplo, el hinduismo y el budismo. Gracias a esa base de generaciones de

pensamiento islámico, NU es un sólido sistema de creencias que no se siente amenazado por otras líneas de pensamiento y que, por tanto, no se define a sí mismo a través de sus enemigos; se siente cómoda con las contradicciones del mundo moderno. Así, mientras por un lado promueve el uso del *jilbab* entre las mujeres, por otro manifiesta una actitud comprensiva hacia los derechos de los homosexuales. Sin embargo, el historial de la organización no está impoluto. Por ejemplo, NU se vio envuelta en la histeria de los últimos años del gobierno de Sukarno cuando, en el otoño de 1965, sus movimientos juveniles se lanzaron a una matanza de comunistas en Java.^[8]

Muhammadiyah es la más moderna de las dos organizaciones y, en consecuencia, de nuevo en contra de lo que cabría esperar, la menos liberal; aunque es importante no exagerar la importancia de este punto: se trata más de una sensibilidad imprecisa que de un plan de acción claramente definido. Muhammadiyah insiste en el literalismo —en un retorno a las palabras escritas del Corán y de los Hadices, que han sido corrompidas por los paganos— y, por consiguiente, en los componentes reaccionarios de la tradición acumulada en esta parte del mundo. Muhammadiyah propicia el radicalismo, si bien su mera existencia y su estructura organizativa hacen que muchos radicales en potencia no den el paso siguiente hacia el terrorismo.

La popularidad de Muhammadiyah entre los jóvenes profesionales indica que la mezcla del islam con otras tradiciones culturales y religiosas tiene un límite. Durante siglos, las corrientes religiosas llegadas directamente del mundo árabe han seguido influyendo sobre el islam indonesio, rechazando integrarse con el entorno local. Y por eso el advenimiento de Al Jazeera y de las aerolíneas comerciales son, en último término, la intensificación de una vieja historia, y no tanto el inicio de algo nuevo. Para explicar mejor este punto, es necesaria una divagación histórica y filosófica:

El choque con el colonialismo holandés no hizo más que reforzar el sentimiento indonesio de una identidad islámica, pues ahora eran, en palabras de Geertz, «musulmanes *oposicionales*».^[9] El clamor de la yihad tuvo un enorme papel en la guerra de Aceh contra los holandeses, que treparon lentamente por la costa de Sumatra en las décadas de 1850 y 1860 antes de toparse con la potente resistencia guerrillera impuesta por los musulmanes del cabo norte de la isla. La guerra, que empezó en 1873 y no terminó hasta la rendición del sultán de Aceh en 1903, no solo sirvió para ver una insurgencia musulmana con todas las letras frente a los holandeses, sino también la llegada de ideas panislámicas desde Oriente Medio para inyectar ánimos a los muyahidines.

No obstante, también es cierto que este contacto directo y radicalizante con el Oriente Medio musulmán fue estimulado precisamente por el hecho de que Indonesia, al ser una colonia holandesa, tenía limitadas las conexiones con los musulmanes de las colonias británicas cercanas en el sur y el sudeste de Asia, cuyos habitantes estaban bajo el dominio de una potencia europea rival. De ahí que los musulmanes indonesios a veces hayan sido más influenciados por las ideas, más puras, de Arabia que por las, digamos, más sincréticas de las regiones musulmanas de la India.

A buen seguro, con la mejora de las comunicaciones transoceánicas que trajo la era del vapor, olas de inmigrantes —en particular de Hadhramaut, en el este del Yemen— invadieron Aceh y otras zonas de Indonesia, trayendo con ellos no solo la heterodoxia sufí, sino también ideas rigurosas y ortodoxas, fraguadas por su relativa cercanía a La Meca.^[10]

Cuando hablamos de la ortodoxia islámica que empezó a llegar de manera notable a Indonesia en el siglo XIX, debemos ser cuidadosos y puntualizar que ese islam purificado —esto es, en comparación con la variedad del sudeste asiático— estaba influido a su vez por las nuevas corrientes de pensamiento de Oriente Medio. La más significativa y apasionante era el modernismo del estudioso y reformista de finales del siglo XIX Muhammad Abduh.

Abduh es crucial en el relato de Indonesia. El desaparecido arabista estadounidense Malcolm H. Kerr explica que su «rol histórico fue sencillamente el de abrir las puertas de par en par y exponer una tradición rancia a las corrientes de aire fresco».^[11] Abduh deploraba la aceptación ciega de los dogmas religiosos tradicionales, cargados de superstición, que se habían ido acumulando con los siglos, y buscó respuestas para las dificultades modernas de Egipto en la fe prístina de los primeros años del islam. Aportando razones y explicaciones a lo que en su día fue meramente una fe sencilla, Abduh hizo mucho para introducir el islam en los debates del siglo XX. El suyo era más bien un modo de pensar que un programa específico, afirmaba el estudioso Yusni Saby, y así, sin buscarlo, Abduh inspiró tanto a la moderación laica como al radicalismo fundamentalista, pues ambos forman parte del modernismo.^[12] Los esfuerzos de Abduh por mejorar la educación religiosa y adaptarla a las necesidades contemporáneas fueron de particular ayuda para convertir el islam de Oriente Medio en una religión global estandarizada. Esto le dio el poder para combatir el sincretismo de las subcapas hindú-budistas de Indonesia, así como los significativos reductos de cristiandad y los no menos significativos de nacionalismo laico.^[13]

En Indonesia, a Abduh no solo se lo lee generalizadamente: constituye asimismo el espíritu filosófico fundacional de Muhammadiyah. Desde el punto de vista organizativo, Indonesia ha hecho más por difundir el pensamiento de Abduh —y sus asociaciones tanto con el radicalismo como con el liberalismo— que ningún otro lugar de Oriente Medio. Muhammadiyah ha ayudado a engendrar movimientos que, como ocurre con los Ikhwan al-Muslimin (los Hermanos Musulmanes) egipcios, están centrados al mismo tiempo en el radicalismo y en las redes de autoayuda social.

Así que la batalla continúa en Indonesia, o mejor dicho, el proceso. La última de las fases es una tentativa fundamentalista por enredarse en asuntos que a nadie le interesan y convertirlos en controversias parlamentarias: como la pornografía, el comportamiento provocador en las calles entre chicos y chicas, y quien puede certificar la comida *halal* (la comida que cumple con las leyes de la dieta musulmana). En este vasto archipiélago, parece, estamos viendo un (así llamado) choque y una fusión de civilizaciones. El sudeste asiático islámico es hospitalario, sensual y culturalmente complejo de una forma que no encontramos en el tórrido y desértico Oriente Medio; aun cuando se produzcan pogromos periódicos contra los cristianos chinos o incidentes como el de los atentados de Bali de 2002 o la bomba en el Hotel Marriott de Yakarta al año siguiente. Como estos actos violentos indican, el radicalismo islámico se enfrenta en Indonesia a otro enemigo aparte del sincretismo: la propia occidentalización, el mundo moderno contra el que el relativo puñado de fundamentalistas indonesios no tiene más remedio que reaccionar. En palabras del estudioso israelí del islam indonesio Giora Eliraz: «Los fundamentalistas radicales necesitan adversarios dignos».^[14]

De acuerdo con Geertz, que pone como ejemplo a Indonesia y Marruecos —los dos extremos geográficos del espectro islámico—, la transformación de la religión en ideología radical no se produce porque la gente desconfíe de Dios, sino porque han llegado a desconfiar de ellos mismos, lo que, a su vez, es algo originado por su mismo temor a la modernización.^[15] Son esta desconfianza y la respuesta extrema que genera las que influyen inevitablemente en el destino de Indonesia.

En todo caso, hay sólidos motivos para el optimismo. Aunque casi el 85 % del país es musulmán, el 85 % de los indonesios rechazan la idea de un estado formalmente basado en el islam, y en su lugar se inclinan por los principios de afirmación del pluralismo y la democracia del Pancasila, la ideología nacionalista moderada consagrada en la constitución de 1945, con

sus cinco preceptos de la creencia en Dios, el nacionalismo, el humanismo, la democracia y la justicia social.

La geografía insular y accidentada de Indonesia, desplegada sobre un paisaje marítimo tan ancho como el Estados Unidos continental —en un lugar donde se fusionan el mundo sónico y el Índico—, ha conducido finalmente a una democracia con una dispersión creciente del poder, después de décadas de dictadura bajo Sukarno y su sucesor Suharto.^[16] A pesar de todas las estratagemas pomposas y melodramáticas del teatral estado izquierdista de Sukarno, que elaboró un práctico mito para la nueva nación indonesia, y del poscolonialismo contraholandés y contrajaponés del estado militar derechista de Suharto, que reforzó el mito con nuevas instituciones, la geografía ha ido aplastando con el tiempo estos dos intentos de centralización extrema. De hecho, fueron los grupos islámicos de tendencia reformista y fieles a los propósitos progresistas de Muhammad Abduh, con Muhammadiyah a la cabeza, y no tanto los nacionalistas laicos quienes lideraron la lucha prodemocrática contra Suharto a finales de los noventa. Como dicen que dijo en una ocasión un intelectual iraquí: «Cuando viajo a Siria o a Irak tengo la sensación de estar viendo el pasado del islam, pero cuando viajo a Indonesia, tengo la sensación de estar viendo su futuro».^[17]

Semejante vivacidad religiosa, tan intelectualmente rica que ha impedido una ideologización de la fe, solo podría haber surgido en un estado multiconfesional que ha probado ser más sólido de lo que nadie confiaba en aquellos días tumultuosos de 1998, tras la caída de Suharto. Ahora, Indonesia puede presumir de unos medios de comunicación que cuentan con once cadenas de televisión nacionales y una prensa que es la más libre de todo el sudeste asiático. Dado que aquí, en los ochenta y los noventa salió más gente de la pobreza que en cualquier otro lugar del mundo, con la excepción, quizá, de China, Indonesia está preparada para convertirse en un gigante económico en el siglo XXI. El país está posicionado para resistir las inclemencias de la descentralización y, a pesar de su naturaleza de archipiélago, mantenerse cohesionado, porque está unido por una lengua malaya común: el bahasa indonesia, el cual, dado que es una lengua de mercaderes sin ninguna asociación con un grupo o isla en particular, es abrazado con entusiasmo por todos. Y con la descentralización viene el potencial de aplicar las leyes religiosas de modo diferente en cada lugar, de acuerdo con las tradiciones locales, lo que desactiva aún más la religión como asunto político.

A causa del éxito un tanto imprevisto que han tenido los progresistas religiosos frente a los radicales en el entorno democrático de los últimos años, los intelectuales indonesios, aun a regañadientes, están empezando a otorgarle algún mérito a Suharto por establecer las bases de un sólido estado moderno promoviendo una clase media instruida, sin la cual Indonesia no podría haber permanecido unida de ningún modo tras su marcha. Los estudiantes cuyas manifestaciones condujeron a la salida inmediata de Suharto son los mismos que, cuando eran más jóvenes, se beneficiaron de una educación primaria y secundaria producto de sus iniciativas. Incluso he oído comparaciones entre Suharto y Mustafa Kemal Atatürk, el fundador de la Turquía moderna, y Park Chung-hee, que construyó los cimientos de la pujanza industrial de Corea del Sur en los sesenta y los setenta. Suharto, y también Sukarno, ayudaron a dotar a Indonesia de un nacionalismo secular que ha resultado crucial en la batalla contra el extremismo religioso. Los grupos afiliados a Al Qaeda, como la Jemaah Islamiya, con un fuerte componente yemení, todavía reptan por los intersticios de organizaciones islámicas más moderadas, pero se los considera débiles, y eso se debe, en parte, a que el legado de Suharto no es enteramente negativo.

Mientras que el islam arribó a estas islas en Aceh, la persistente lucha en torno al lugar de la religión en la vida moderna de la Indonesia post Suharto se llevará a cabo en los barrios pobres y los rascacielos de ciudades como Yakarta. La Gran Yakarta, según algunas estimaciones, tiene 23 millones de habitantes. Con sus contornos recortando el cielo en todas direcciones, rezuma la inmensidad de São Paulo; y en la indolencia de sus *kampongs* (casas) de tejados rojos y la suciedad de sus escaparates, la desasosegante miseria de Manila. Los coches y las motocicletas avanzan haciendo eses a través de unos embotellamientos tan graves como los de Kolkata, y peores que en ningún otro lugar de Asia. Durante la época de lluvias, llega a inundarse hasta una cuarta parte de la ciudad.

Sin embargo, los lugares más interesantes para contemplar a los indonesios son los fabulosos nuevos centros comerciales, a menudo contruidos con dinero de las etnias chinas. Aunque solo representan en torno a un 4 % de la población indonesia, los chinos están detrás de bastante más de la mitad de sus tratos comerciales. Los nuevos centros comerciales, plagados de tiendas de Louis Vuitton, Versace y otras marcas de moda, son el mejor lugar para contemplar a las mujeres con los más modernos *jilbabs* de seda y la ropa más sofisticada y atrevida. Ahora que los extremistas están arrinconados, aun contando con espectaculares incidentes terroristas de forma ocasional, el

auténtico choque de valores no se da entre una rama del islam y otra, sino entre un islam en apariencia árabe y el materialismo galopante de China. El hecho de que esta siga siendo, nominalmente, un país comunista es irrelevante. China, y particularmente sus comunidades étnicas en Indonesia, encarnan ese capitalismo global que constituye la verdadera amenaza contra el islam indonesio. No obstante, los propios islamistas le desean toda la suerte a China en sus choques con Estados Unidos.

El factor sorpresa en estas tensiones es el medio ambiente. Recordemos que Indonesia reposa sobre un cinturón de fuego sísmico. Alyasa Abubakar, el estudioso islámico que había conocido en Banda Aceh, me había dicho que dado que «la gente aceptó el *tsunami* como la voluntad de Dios, no hubo caos posterior. Gracias al islam, la gente no se volvió loca de dolor, a pesar de haber perdido a muchos miembros de sus familias. La gente aquí tenía fe, a diferencia de la gente en Nueva Orleans después del Katrina. Las reacciones a las dos catástrofes no podrían haber sido más radicalmente diferentes».

Así, una era de catástrofes naturales reforzará inevitablemente el islam. Y esto no hará más que acentuar la necesidad de una evolución sostenida de la fe, que genera aquí un debate más vibrante que en casi cualquier otro lugar, precisamente porque Indonesia es un estado no árabe y, a efectos prácticos, laico. La lengua del profeta no es la que se habla aquí. El conflicto palestino-israelí queda lejos en términos geográficos, a pesar de la presencia generalizada de Al Jazeera en los hogares de la gente y de la consiguiente victoria de los palestinos de Gaza en el plano de las relaciones públicas. La ley islámica se aplica en pequeñas dosis y no siempre se observa. Y, lo más importante de todo, Indonesia es una democracia en la que la gente no tiene miedo de expresar sus opiniones en torno a la religión en letra impresa, ya sea miedo a una venganza por parte del gobierno o de los grupos radicales. Así pues, Indonesia proporciona las reglas de juego ideales e imprescindibles para establecer una visión auténtica y un tejido filosófico del islam en el siglo XXI. Junto con la India, Indonesia se está alzando como un centro neurálgico palpitante y democrático. El Asia monzónica estará verdaderamente en el corazón del mundo.

El corazón del Asia marítima



Indonesia —en particular, la isla de Sumatra— y la Malasia peninsular, en la orilla opuesta del estrecho de Malaca, conforman el corazón del Asia marítima. El estrecho de Malaca es la Brecha de Fulda del mundo multipolarizado del siglo XXI, el lugar donde casi todas las rutas navales entre el mar Rojo y el mar de Japón convergen en el cuello de botella más decisivo para el comercio mundial; donde se encuentran las esferas de influencia marítima de la India y China; donde el océano Índico se une al Pacífico occidental. El volumen de tráfico relacionado con el transporte energético en el estrecho crecerá al menos un 50 % para 2020, lo que aumentará aún más su importancia.

Además de ser una de las principales productoras de petróleo, Indonesia seguirá siendo una de las suministradoras primordiales de gas natural en Asia oriental durante décadas. La vasta configuración de archipiélago del país, sus reservas energéticas, su diversidad étnica, la predominancia de la religión

musulmana, la debilidad institucional y su localización ultraestratégica la convertirán en un centro neurálgico crucial en la política mundial.^[1] La historia es muy instructiva: la consolidación de poder que llevó a cabo Suharto a mediados y finales de los sesenta —conduciendo el país hacia la derecha— aseguró las rutas marítimas para Estados Unidos, lo cual, si al menos este hubiera reparado en ello, hacía innecesaria la guerra de Vietnam.

Me encontraba de nuevo en Banda Aceh, en la entrada del estrecho de Malaca, que mide unos 800 kilómetros de largo y más de 300 kilómetros de ancho aquí, en su extremo norte. Pero apenas alcanza los 20 kilómetros de ancho en su congestionadísima entrada sur, cerca de Singapur, un paso que se hace todavía más angosto debido a los traicioneros bancos de arena y al propio volumen del tráfico naval, desde superpetroleros hasta pequeños remolcadores y botes pesqueros, todos ellos compitiendo por el espacio.^[2] Aquí la geografía manda. Todos los avances tecnológicos desde la antigüedad han servido de muy poco para reducir la dependencia comercial respecto a este canal. De las catorce naciones que conforman el este y el sudeste asiático, doce son altamente dependientes del petróleo de Oriente Medio, que pasa en su mayor parte por aquí.^[3] El estrecho de Malaca es la muestra más evidente de que, mientras que el Atlántico y el Pacífico son océanos abiertos, el Índico es un océano «semicerrado», que es lo que lo hace tan vulnerable y, en consecuencia, una nueva razón por la que es tan importante.^[4] De hecho, tiempo atrás, los mismos términos «océano Índico» y «mar de China meridional» no se utilizaban, sino que, en la mente de los comerciantes locales, las aguas que gestionaban constituían una serie de mares independientes que se extendían desde África oriental hasta las islas de las Especies de Indonesia, cerca de Nueva Guinea.^[5]

A tres cuartos del camino a través del estrecho, no muy lejos de Singapur, está el antiguo emporio de Malaca en sí, en el punto de equidistancia entre las redes comerciales indias y chinas, las cuales estaban definidas por la reversibilidad de los vientos monzónicos: los barcos podían esperar pacientemente a que llegara un monzón y luego sacar partido del siguiente. En la Alta Edad Media, Malaca era una ciudad-estado islámica, un floreciente pueblo mercantil malayo que dependía de comerciantes guyaratíes y de la protección de los chinos, con los que había cimentado relaciones tras la visita del almirante eunuco Zheng He. Los portugueses invadieron Malaca en 1511, y durante los siguientes 130 años la usaron como cuartel general de su monopolio comercial imperial. Los impuestos que los portugueses imponían a los mercaderes eran tan exorbitantes que muchos de ellos simplemente

redirigieron sus barcos a otros puertos, socavando así los intentos de dominación de Portugal.^[6] Expulsados de Malaca por el trío de portugueses, chinos y tamiles hindúes, los guyaratíes musulmanes de la India trasladaron más o menos en masa sus negocios a Aceh, al otro lado del estrecho, a donde exportaban tejidos indios a cambio de pimienta.

La pimienta, «la baya acre de una enredadera tropical», que florece en la alternancia de estaciones secas y húmedas del clima tropical monzónico, era el tesoro comercial de la región, del mismo modo que lo era el olíbano en la otra punta del océano, y el petróleo hoy día. Laboriosa, difícil de producir y codiciada por todos desde la antigua Roma hasta China, la pimienta negra (*piper nigrum*; la auténtica pimienta) era conocida, igual que el olíbano, por sus propiedades medicinales como estimuladora del corazón y los riñones. Imposible exagerar su importancia. Y el norte de Sumatra —Aceh— estaba lleno de ella.^[7] De hecho, la razón principal por la que los portugueses fracasaron en su intento de apoderarse del comercio de pimienta en Sumatra, a pesar de disponer de un puntal en Malaca, fue que los guyaratíes colaboraron con sus correligionarios musulmanes de Aceh para desarrollar una red alternativa de suministro que conectaba con el mar Rojo vía la costa india de Coromandel e Irán.^[8] Mientras que a finales del siglo XVI los portugueses estaban transportando anualmente cerca de media tonelada de pimienta al otro lado del cabo de Buena Esperanza, al mar Rojo eran transportadas casi dos toneladas. Este fue el punto álgido del reinado marítimo de Aceh. Bajo el sultán Ala-al-Din Riayat Shah al-Kahar (1537-71), Aceh fue el reino más poderoso del mundo malayo, con conexiones internacionales que llegaban tan al oeste como la Turquía otomana.^[9] Mientras se encontraba bajo un sultán posterior, Ala-ud-Din, arribó a Aceh la primera flota de la Compañía Británica de las Indias Orientales, en 1602.

Aproximadamente en el mismo periodo, a principios del siglo XVII, los portugueses fueron básicamente desterrados de las Indias Orientales por los holandeses, fulminados a base de asedios y bloqueos navales y por la propia cerrazón de sus prácticas comerciales. Los holandeses, que al principio fueron recibidos como liberadores, procedieron a implantar un sistema de comercio tan autoritario como el de los portugueses pero más exhaustivo. Se convirtieron en los dueños, no solo de las rutas comerciales, sino también de la «agricultura comercial» de gran parte del interior de Indonesia.^[10] Dado que los holandeses y portugueses entraron en guerra por el estrecho de Malaca, y que los británicos establecieron en 1786 un punto de apoyo en la pequeña isla de Penang, en la península malaya —ayudados por un sistema

comercial mucho más liberal que el de sus competidores europeos— a principios de la era moderna el estrecho yacía en el corazón de las batallas de las grandes potencias. No obstante, la evidencia de que un antagonismo violento entre Gran Bretaña y Holanda era insostenible llevó a ambos países a un entendimiento en el Tratado de Londres de 1824, que estipulaba que los británicos se mantendrían dentro de los límites de la península Malaya, y los holandeses, del archipiélago indonesio.^[11] Así, el mapa político de nuestra propia era empezó a tomar forma.

Pero volvamos a los holandeses, pues fueron ellos los que crearon la Indonesia actual. De hecho, tanto Sukarno como Suharto gobernaron al estilo señorial y centralizador de los holandeses, al tiempo que edificaban y refortalecían el caótico imperio que estos habían forjado.

Los holandeses eran los más utilitaristas de los colonizadores, un rasgo de carácter que emergió a causa de su propia lucha contra la naturaleza en los Países Bajos, donde el paisaje es un laberinto de canales, pólderes, molinos y estaciones de bombeo. Por todas partes, «la voz de las aguas, hablando de un desastre sin fin, era oída y temida». A lo largo y ancho de los Países Bajos eran necesarias «una coordinación y cooperación precisas: la mentalidad del ingeniero», el «impulso hacia el orden». Se desarrolló también la correspondiente necesidad de la puntualidad, pues llegar tarde estaba asociado con el fracaso y la irresponsabilidad. La disciplina lo era todo. En esta cultura, a fin de cuentas, no había espacio para la «pompa y circunstancia católica» y la «frivolidad de Roma». La vida se vivía de acuerdo con un estricto código calvinista.^[12]

Uno puede «dirigir» las aguas, pero no «forzarlas», de modo que se desarrolló una necesidad suprema de tolerancia dentro de la comunidad, de la cual pudieron surgir tal coordinación y cooperación. Era una cultura del «consenso».

Pero, si la geografía había determinado el carácter nacional, ¿por qué esa sociedad mecanicista, tecnológica y cooperativa no se desarrolló en ese otro gigantesco delta estuarial: Bengala? Allí, como en los Países Bajos, la naturaleza hidrológica andaba siempre desbocada, por lo que parecería también necesaria la cooperativa mano del hombre para domeñarla. Pero resultaba que el carácter bengalí era diferente del de los holandeses porque, de nuevo, las decisiones tomadas por los individuos son tan importantes como la geografía. En Bengala había «señores locales a los que los granjeros [...]

pagaban tributos e impuestos». Si el Ganges cambiaba su curso y el mar invadía las tierras, los granjeros, que no eran propietarios de los terrenos que labraban, sencillamente se trasladaban al pedazo de tierra seca más cercano y se ponían de nuevo a labrar. No fue hasta que los colonialistas ingleses introdujeron la titularidad de las tierras en Bengala, cuando los señores locales empezaron a proteger sus nuevas propiedades con diques y otras construcciones con el fin de controlar las aguas.^[13]

Del mismo modo que la disciplina nacional se materializó a raíz de la profunda inseguridad que las intrusivas aguas imponían sobre una tierra llana y al nivel del mar en el noroeste de Europa, la disciplina imperial se materializó a raíz del «precario control» sobre los puestos coloniales; de hecho, los holandeses «perdieron su posición en Formosa» y «los echaron de Brasil de una patada», y los británicos los expulsaron de Nueva York. Todo el comercio oceánico era en sí mismo «una ventura».^[14] Sin embargo, el Imperio holandés de los mares creció y prosperó, en particular en el océano Índico y las Indias Orientales. El escritor holandés Geert Mak nos hace saber que en su cénit a mediados del siglo XVII, el imperio tenía más de 700 barcos en el mar, «una flota más grande que la inglesa, la escocesa, y la francesa sumadas».^[15] Entre 1600 y 1800 un total de 9641 barcos navegaron de Europa a Asia, casi la mitad de ellos holandeses. «Para 1648 los holandeses eran de manera incuestionable la mayor nación comercial del mundo», escribe C. R. Boxer, «con puestos de comercio y factorías fortificadas repartidas desde Arkángel hasta Recife, desde Nueva Amsterdam hasta Nagasaki», con el océano Índico como centro del tablero.^[16] Lo más extraordinario del poder de este pequeño y compacto país era que sus barcos y puestos no estaban respaldados por un ejército potente.^[17] Mientras que los portugueses habían llegado al Índico como cruzados, los holandeses lo hicieron ante todo como comerciantes. El comercio era para ellos una religión.^[18] La Holanda del siglo XVII presagiaba de este modo los imperios comerciales y económicos de las grandes corporaciones, los estados asiáticos de tamaño modesto como Singapur y Corea del Sur y la inmensa Unión Europea de un mundo multipolarizado postestadounidense, en el que el poder militar, si bien contribuye al poder nacional, no es necesariamente un factor determinante.

El desaparecido historiador británico J. H. Plumb escribió que los rostros que nos observan desde los lienzos de maestros holandeses como Rembrandt y Hals son «precavidos, prudentes, autocomplacientes, sin pretensiones [...] delatan muy poco de sus impulsos inconscientes, pero muestran de modo elocuente la sobriedad y dedicación de sus vidas».^[19] En verdad, es una

determinación férrea muy moderna —de hecho, muy corporativa— la que exhiben estos holandeses del Alto Imperio. Y no es casual. Además de un carácter nacional basado en la propiedad privada de la tierra y la necesidad constante de prevenir la inundación de sus costas, los holandeses, como los británicos, establecieron un imperialismo dirigido en gran medida por una compañía. En 1602, se otorgó a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (Vereenigde Oostindische Compagnie, o VOC) el monopolio comercial y marítimo de todo el océano Índico al este del cabo de Buena Esperanza y de todo el Pacífico al oeste del estrecho de Magallanes.

La Compañía era un estado dentro del estado, capaz de ultimar tratados, sellar alianzas y emprender guerras en el nombre de las Provincias Unidas, precursoras de los actuales Países Bajos. Las conquistas orientales de los holandeses no eran conquistas de la nación sino de los comerciantes privados, autorizados para vender estas plazas fuertes a quien estuviera interesado. «Al abogar por la libertad del comercio internacional y, en particular, por la libertad de los mares, los oligarcas comerciales de Holanda y Zelanda se movían primordialmente [...] empujados por el interés propio», indica el historiador Boxer.^[20]

El Imperio holandés surgió y expandió su influencia de un modo vagamente similar al de la Unión Europea de nuestros días. Siete estados o provincias rebeldes de la Gran Llanura europea, entre las cuales Holanda era de lejos la más importante, acordaron en la Unión de Utrecht de 1579 hacer frente común ante el resto del mundo y, por consiguiente, pusieron la política exterior en manos de los Estados Generales de La Haya, un parlamento con autoridad administrativa. Gradualmente, a pesar de sus muchas diferencias, los siete estados fueron cohesionándose en torno a políticas económicas y comerciales, lo que condujo a la creación de la Compañía de las Indias Orientales como una nueva culminación a lo largo del proceso. Amsterdam se convirtió de forma progresiva en el núcleo floreciente de una red marítima internacional, la cual, a su vez, estaba construida sobre las redes de ultramar que con tanto empeño tendían holandeses, zelandeses, flamencos, valones y sefardíes, cuyas comunidades comerciales estaban a punto de dar la vuelta al mundo.

El océano Índico proveyó a los holandeses de una zona de expansión natural de su comercio en el Mediterráneo y el Levante, una corriente alentada por los holandeses que habían navegado con los portugueses y conocían muy bien las Indias Orientales. Y también estaba el reclamo de la solicitadísima porcelana, el té, la pimienta y otras especias de Oriente, por no

mencionar la demanda europea de tejidos indios, en particular el algodón de Guyarat; las sedas persas, bengalíes y chinas, y el café y el azúcar de Java. Existía además una demanda fuera y dentro de Asia de índigo y salitre de la India, elefantes de Ceilán y esclavos de Arakán y Bali. De ahí que las primeras décadas del siglo XVII contemplaran a los holandeses compitiendo, asediando y finalmente desalojando a los portugueses de sus asentamientos en las Molucas, Malasia, Ceilán y la India, entre otros lugares.^[11]

¿Cómo era realmente la «Compañía» en las Indias? ¿Cómo era el comportamiento de los holandeses? La respuesta es: abominable. El historiador Holden Furber escribe: «Con un único propósito en mente, con una ambición de riqueza personal, con una indiferencia despiadada por el sufrimiento humano», no hubo peor conquistador que el del pequeño puerto javanés de Yakarta, Jan Pieterszoon Coen. Coen estaba cortado por el mismo patrón que los imperialistas que llegarían a África dos siglos después. Deseaba convertir Yakarta —rebautizada como Batavia por los holandeses— en el centro neurálgico del comercio marítimo asiático entre el golfo Pérsico y el mar de Japón. Sus principios eran los de una expansión territorial a lo largo de gran parte del archipiélago, un implacable monopolio de las tres especias principales —clavo, nuez moscada y macis— y la importación de colonos holandeses apoyados en mano de obra esclava.^[21] Entre los logros de Coen estuvo el exterminio casi total de la población indígena de las islas de Banda en las Molucas. Y no estaba solo en esta crueldad. La brecha entre los civilizados rostros pintados por los maestros holandeses y los bárbaros criminales que tripulaban los barcos holandeses era verdaderamente abismal. Aunque Holanda estaba mucho más avanzada que Portugal en el camino hacia la modernidad, esto no influía demasiado en lo tocante a su comportamiento con los nativos de las tierras tropicales con los que se topaban. El estudioso del siglo XIX Snouck Hurgronje recalca:

Los actores principales merecen nuestra admiración por su energía indómita, pero el objetivo por el que trabajaban, y los medios que emplearon para alcanzarlo, eran de tal naturaleza que, incluso aplicando por completo la regla de que debemos juzgar sus actos y sus obras de acuerdo con las pautas de su época, tenemos dificultades para contener nuestra repugnancia.^[22]

Y continúa explicando que, según resultó, los habitantes de Asia entraron en contacto con la mismísima «escoria de la nación holandesa, que los trataba con un desprecio casi insufrible, y cuya tarea consistía en destinar todos sus

esfuerzos al enriquecimiento de un grupo de accionistas en la madre patria». [23] La Compañía solo pagaba un sueldo decente a una pequeña parte de sus empleados, lo que los forzaba a recurrir a medios poco honrados para ganarse la vida. Había que tener en cuenta, además, las penurias de entre seis y ocho meses en el mar, y los peligros de vivir en un entorno tropical donde apenas se sabía nada de prevención de enfermedades. A causa de la indisposición de los holandeses de a pie para soportar tales privaciones, los soldados rasos de la Compañía a menudo eran de lo malo lo peor, y los comerciantes que elegían zarpar hacia Oriente, los más faltos de escrúpulos. Las tripulaciones, aficionadas a la prostitución, el robo y el asesinato, debían ser gobernadas con una «vara de hierro, como bestias sin domesticar». [24] Las palizas y los latigazos eran habituales, y el castigo por la homosexualidad consistía en lanzar a los dos inculpados, atados el uno al otro, al mar.

El reclutamiento de hombres para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, escribe el autor Geert Mak, lo llevaban a cabo los denominados *zielverkopers* (los mercaderes de almas), que arrancaban a hombres sin hogar de las calles y les daban comida y cobijo hasta que, «entre tambores y trompetas», les hacían saber que se necesitaban manos a bordo. Entonces arrastraban a los hombres hasta los barcos, donde morían en manada: cayendo de un mástil, o por la borda, asesinados por piratas, a causa del escorbuto, la malaria o la disentería, «o hundiéndose con el barco». Uno de cada diez grumetes moría en el viaje; de los 671 000 hombres que dejaron Amsterdam, 266 000 nunca regresaron. [25] Docenas de cadáveres eran lanzados al mar cada semana de demora en las calmas ecuatoriales, de camino o de vuelta del cabo de Buena Esperanza. [26]

Una vez cruzado, muchos capitanes —que disfrutaban de carne y vino a bordo— reducían las raciones de la tripulación y se embolsaban los beneficios en Batavia. Los barcos en los que viajaban hacia Oriente, llamados indiamanes, si bien tenían un aspecto pintoresco, por dentro eran oscuros, fríos, húmedos y mal ventilados, con poco espacio para moverse, caóticos, pues iban cargados de baúles, cántaros de agua y demás provisiones. En consecuencia, tampoco había espacio para separar a los enfermos de los sanos. Una horda de enfermedades se propagaba con rapidez, en particular porque algunos hombres no se molestaban en usar las letrinas y se aliviaban en los rincones. La suciedad y la inmundicia abundaban. La comida estaba podrida, llena de insectos, de los peores cortes de carne. Muchos se mareaban tanto en los viajes oceánicos que ni siquiera podían llegar a las letrinas para aliviarse.

El trayecto hacia el sur desde Amsterdam, rodeando el cabo de Buena Esperanza, y continuando hacia el este a lo largo de los «cuarenta rugientes» —entre las latitudes sur 36 y 50— hasta llegar al estrecho de la Sonda, en Indonesia, a menudo duraba siete meses. Desde 1652, cuando Jan van Riebeeck plantó la bandera holandesa allí, hasta la apertura del canal de Suez más de dos siglos después, «el cabo era la posada en mitad del camino entre Europa y Asia», la «“Fonda del océano Índico”, en la que los marineros hacían acopio de provisiones, se emborrachaban y descansaban antes de otra larga temporada en ese infierno enclaustrado en alta mar.»^[27]

Al igual que entre los portugueses, estas privaciones generaban hombres crueles que, una vez en tierra, estaban borrachos la mayor parte del tiempo y maltrataban a los nativos al tiempo que proclamaban su superioridad racial. Todas las culturas tienen su gentuza, y los holandeses y portugueses enviaron a la de peor calaña a sus colonias y puestos. Así, los nativos conocieron el más bajo estrato social de los que esas naciones occidentales tenían que ofrecer.^[t2] Las fortalezas y debilidades de los diversos imperialismos vienen determinadas por quién le presta verdaderamente un rostro frente a los habitantes indígenas. En el caso de los británicos en la India, en términos generales, no fue tanto a su gentuza como a sus medianías a quienes envió a las colonias. Dado que Estados Unidos nunca ha tenido unas auténticas colonias, sino, mayoritariamente, puestos de avanzada militares, ha sido una tropa de clase media altamente entrenada y, en la mayoría de los casos, disciplinada, la que ha puesto cara a la proyección de su gran poder en los años recientes. (No puede negarse que la invasión de Irak dio lugar a una crueldad enorme, pero esta era el resultado de las políticas grandilocuentes emanadas de Washington más que del comportamiento de soldados individuales, al margen de excepciones como la de Abu Ghraib.) En consecuencia, el imperialismo británico y el estadounidense (tal y como lo conocemos) han sido por lo general más benignos que las variedades portuguesa y holandesa. Las excepciones a esta regla incluyen el comportamiento obsequioso con el que los holandeses trataron a los habitantes de Japón, Formosa y Persia, con cuyos poderosos líderes, ya fuera un sogún o un shah, deseaban congraciarse.

En conjunto, los holandeses no dejaron una huella cultural tan importante en sus colonias como la de los portugueses. Los portugueses se hicieron nativos hasta un punto que los holandeses no alcanzaron, y se asentaron durante el resto de sus vidas en lugares que los holandeses no veían el momento de perder de vista en cuanto terminaran sus años de servicio.

Además, el catolicismo romano de los portugueses era un espectáculo llamativo que penetró en los habitantes de las remotas tierras del Índico y, en algunos aspectos —con el delicioso uso de los rosarios, el culto a los santos, y demás—, similar a la religión de los hindúes y quizá los budistas. El calvinismo holandés, con su fría lógica y sus ceremonias austeras, sencillamente no podía competir con eso. Además, mientras que los curas portugueses eran célibes que permanecían en un mismo sitio durante muchos años y, por lo tanto, desarrollaban fuertes vínculos con la comunidad local, los pastores holandeses estaban casados, tenían familias de las que ocuparse y eran trasladados con frecuencia. Por otra parte, los calvinistas enviaron a pocos misioneros en comparación con los católicos, preocupados como estaban por las disputas religiosas en Europa. El calvinismo, en resumen, apenas dejó marca en los pueblos de Oriente una vez retirado el respaldo de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Todos estos factores contribuyeron a que el portugués fuese la *lingua franca* del litoral asiático durante siglos, mientras que el único lugar en el que arraigó el holandés, o al menos una forma de este, fue Sudáfrica.

Pero esto no fue lo que, en última instancia, derrotó al Imperio holandés. Como ocurre con otros muchos imperios, su extinción fue gradual y de ella hay que culpar al sobrestiramiento imperial, en palabras del historiador de Yale Paul Kennedy.^[28] No se trataba exactamente de que los holandeses tuvieran demasiadas colonias y puestos en el océano Índico y sus aguas tributarias, como en las Indias occidentales. Era que el mantenimiento de todos esos lugares, *junto* con los esfuerzos y los costes de las aventuras militares en Flandes y en la península Ibérica, en las que los holandeses también estaban empeñados, demostraron ser demasiado. La armada holandesa, simplemente, no podía hacer frente a la demanda de tanta vigilancia global. De todas las Provincias Unidas, solo el almirantazgo de Amsterdam logró reunir el dinero para construir un número suficiente de barcos de guerra, 33 entre 1723 y 1741, en comparación con los 7 de Rotterdam, los 4 de Zelanda, uno de Frisia y ninguno de las provincias interiores.

Aquí encontramos un parecido superficial entre las misiones militares estadounidenses en todo el mundo, sumadas a los costes de su participación, con una enorme base terrestre, en Irak y Afganistán, y el descenso en la construcción de barcos de guerra, de 600 a principios de los noventa a menos de 300 a finales de la primera década del siglo XXI. El Estados Unidos de este principio de siglo, al igual que las Provincias Unidas del siglo XVIII, se

puede permitir puestos por todo el mundo, pero no necesariamente combinados con una fuerte implicación de fuerzas terrestres en unos pocos lugares.

Un conocimiento de lo que fue el Imperio holandés es el punto de partida para desentrañar el amasijo urbano de Yakarta. La ciudad se extiende en torno al viejo puerto, Sunda Kelapa, en el mar de Java. Aquí están los largos almacenes de especias del siglo XVII de la VOC, con sus enormes vigas de madera de teca y sus tejados de tejas rojas ennegrecidas por el tiempo, ornados con cocoteros alineados a lo largo de sus muros. Cerca podemos ver las casuchas de tejado de hierro y los canales llenos de basura esparcida, los cuales, gracias a la ausencia de edificios de altura en esta parte de la ciudad, nos permiten imaginar cómo era la Batavia de antaño. Aquí es donde hacían dinero algunos de los clientes de Rembrandt. Tres siglos y medio atrás, el mar estaba más cerca de lo que lo está ahora, debido a los terrenos que se han ganado al mar durante este tiempo. Aun así, subí a una torre y contemplé los ferris y los botes pesqueros en segundo plano, apiñados uno tras otro rozando la línea de flotación. Desde aquí, la ciudad se había ido extendiendo hacia el sur y se había hecho tan grande que, ahora, la ciudad de Yakarta es más bien una ciudad-estado.

Desde que los holandeses llegaron aquí, ha habido siempre una gran concentración de chinos. Estos se ocupaban de todo el comercio intermedio generado por los negocios del azúcar y las especias, y hasta cierto punto ocupaban la misma posición en la sociedad que los judíos en la Europa del Este. Como tales, eran denigrados: esenciales para la economía, pero culpados de todas las desgracias. Miles de chinos fueron asesinados en las revueltas de 1740, y en adelante fueron obligados a vivir fuera de las murallas de la ciudad. Los pogromos antichinos fueron una característica periódica de la historia local hasta tan recientemente como 1998, si bien existe un vibrante barrio chino en Suda Kelapa.

El día después de la última celebración del Año Nuevo chino, el año del Buey, visité el templo chino de la vieja Yakarta, construido en 1650. Era un universo de rojo y oro y fuego y humo. Los hombres quemaban billetes falsos para asistir simbólicamente a sus ancestros en el cielo. Había un bosque de velas enormes y dragones de piedra, en torno a los cuales la gente sostenía un sinnúmero de palitos de incienso y los alzaba hacia el cielo.

Todavía hoy, en Indonesia los chinos están excluidos del ejército, el poder judicial y otras profesiones, así que dominan el mundo comercial. A pesar de esto, y a pesar de las revueltas, las calles que conducen al templo estaban bordeadas de indonesios participando en las festividades del Año Nuevo. De hecho, la actitud local hacia los chinos está mucho más atenuada de lo que podría sugerir la terrible historia entre las comunidades, y a esto contribuye sin duda el modo en que se percibe a la propia China.

Desde 1998 no ha habido violencia contra los chinos, y están floreciendo en Indonesia nuevos medios de comunicación en su lengua. Ni los chinos de Yakarta ni los de Pekín constituyen un enemigo para Indonesia. Más bien encarnan un creciente poder estratégico y económico que esta debe asimilar de forma pacífica, al tiempo que se esfuerza por encontrar un modo de contenerlo. En 2005, China e Indonesia firmaron una estrategia de cooperación seguida por un acuerdo, en 2007, para colaborar en cuestiones de defensa. Paralelamente, Indonesia se cubre frente a China ayudando en la inclusión de Australia y Nueva Zelanda en las conferencias dentro del marco del este asiático.^[29] China surge en la mente de todos cada vez que el debate deriva hacia el rol de Estados Unidos y la India en el sudeste asiático. Cuanto más se implican Washington y Nueva Delhi, en su papel de potencias navales, alrededor del estrecho de Malaca, más independiente se mantiene Indonesia. Así pues, el país más populoso del mundo musulmán saluda en secreto el poder militar estadounidense, mientras al mismo tiempo considera a la India de mayoría hindú una democracia amiga y altamente nacionalista en el corazón de Asia. Altos funcionarios indonesios me dijeron que esperaban que el Comando del Pacífico de Estados Unidos pudiera involucrar a China en una alianza del Pacífico, lo cual, en la práctica, supondría su neutralización.

De hecho, oponer resistencia a China se ha probado imposible para Indonesia. La Corporación Nacional de Petróleo Submarino de China es la mayor productora de petróleo submarino de Indonesia, y compra además caucho y carbón a Kalimantan, en Borneo. Indonesia depende de China para la expansión de su tendido eléctrico; y los barcos de guerra chinos atracan en sus puertos.

A causa precisamente del progreso de su democracia, que ha traído una reducción del papel interno de sus fuerzas armadas, Indonesia es ahora más vulnerable que nunca a una gran intrusión de poder de China, afirmaba Connie Rahakundini Bakrie, directora ejecutiva del Instituto de Estudios de Defensa y Seguridad de Yakarta. Como me explicaron ella y otros, debido al apoyo que había prestado el ejército a Suharto y a su sucio historial en

relación con los derechos humanos, el ejército, y las fuerzas armadas en conjunto, están algo desacreditadas en Indonesia, y por consiguiente son castigadas con unos presupuestos reducidos. Indonesia, con 240 millones de habitantes y una geografía tan vasta como la de Estados Unidos, tiene un presupuesto de defensa más bajo que el de la pequeña ciudad-estado de Singapur, y similar al de Malasia, que tiene una población diez veces inferior. Singapur tiene cuatro submarinos, Indonesia tiene dos fuera de servicio.

Viendo que la democratización acaba llevando a una descentralización, y con la mayoría de los codiciados recursos naturales del país concentrados en los extremos geográficos de Aceh y Papúa, Rahakundini teme que, a menos que Indonesia desarrolle algo parecido a unas fuerzas armadas de clase media y centradas en el aspecto naval, «podrían irnos dividiendo, calladamente, poco a poco, en sutiles esferas de influencia extranjera». Lo irónico es que, mientras que las fuerzas armadas indonesias han sido desacreditadas por su implicación en la política interna, ahora es absolutamente necesario que esas mismas fuerzas armadas se centren en los potenciales adversarios exteriores. A medida que Indonesia, en la confluencia del océano Índico y el Pacífico, adquiere más y más importancia estratégica, a la vez que se va convirtiendo en un hito democrático y musulmán, podría empezar a perder gradualmente su apariencia de soberanía frente al auge de las armadas regionales y las flotas pesqueras de China, la India y Japón.

La estrategia de las fuerzas armadas indonesias, según me explicó el ministro de Defensa Juwono Sudarsono, es la de la «paciencia»: quedarse en pausa mientras se desarrolla una clase media cuyos impuestos permitan ampliar las fuerzas armadas, en particular la armada; y, mientras tanto, seguir participando en las operaciones de la ONU para el mantenimiento de la paz, para alcanzar así una envergadura global que le reporte la protección moral de la comunidad internacional.

Por su parte, el sudeste asiático en conjunto, a medida que sus diversos sistemas políticos van mostrando signos de tensión, parece estar cayendo cada vez más bajo el influjo del dominio comercial de China. Tailandia, en su día un bastión regional, tiene un electorado cada vez más polarizado entre una clase obrera rural y en ascenso social, y una clase media concentrada en Bangkok, todo esto mientras su reverenciado rey va envejeciendo y su hijo y aparente heredero no goza de popularidad. A medida que la democracia se torna más tumultuosa, el estado tailandés parece a punto de hacer aguas. En cuanto a Malasia y Singapur, ambos se encaminan hacia desafiantes transiciones democráticas, al tiempo que sus hombres fuertes, expertos

constructores de la nación —Mahathir bin Mohamad y Lee Kuan Yew— desaparecen de escena.^[30]

Verdaderamente, Malasia es la antítesis de Indonesia. Mientras que en torno a un 85 % de la población indonesia es musulmana, solo lo es un 60 % de la de Malasia, aun cuando esta es un «estado islámico» de un modo más rotundo y declarado. Dado que todos los malayos étnicos son musulmanes, el islam en Malasia tiene un carácter racial, lo que resulta en profundas divisiones entre las comunidades malaya, china e india. La progresiva islamización ha llevado a setenta mil chinos a abandonar Malasia en las últimas dos décadas, y los que han permanecido allí envían a sus hijos a escuelas chinas. Los resentimientos políticos en el conjunto de Malasia van en aumento, y a finales de 2007 diez mil indios protestaron en contra del dominio político malayo-islámico. Como era de esperar, Malasia, al igual que Indonesia, considera la presencia marítima de Estados Unidos en el sudeste asiático una conveniente protección frente a China, aunque Kuala Lumpur está tratando de agasajar a Pekín con la propuesta de construir un oleoducto que cruzaría el norte de Malasia y permitiría a los chinos reducir su dependencia del estrecho de Malaca para sus suministros de petróleo. De hecho, Malasia está cayendo progresivamente bajo la sombra de China, aunque los gobernantes musulmanes de etnia malaya son vistos como cada vez más chovinistas entre sus súbditos chinos.^[31] Traducción: el rechazo hacia los chinos étnicos en gran parte del sudeste asiático no se extiende necesariamente al ámbito de la política exterior. Pekín se está haciendo demasiado poderoso como para tratarlo con algo que no sea el más alto grado de respeto. Todos estos países esperan que una presencia naval estadounidense sostenida, junto con el desarrollo de la armada de la India y de otros países como Japón y Corea del Sur, sirvan para equilibrar el poder chino.

Este callado miedo a China queda evidenciado a todas luces en los movimientos de Singapur, una ciudad-estado estratégicamente emplazada en el punto más angosto del estrecho de Malaca. En Singapur, los chinos étnicos dominan sobre los malayos étnicos con un margen del 77 frente al 14 %. Sin embargo, Singapur teme quedar convertida en un estado vasallo de China y, en consecuencia, ha desarrollado una duradera relación de entrenamiento militar con Taiwán. El ministro mentor Lee Kuan Yew ha instado públicamente a Estados Unidos a que siga involucrado en la región, militar y diplomáticamente.^[32] La capacidad de Singapur para mantener su combativa independencia será un indicador de la influencia regional de Pekín.

Esto ocurre en un momento en el que la versión atenuada de autoritarismo de Singapur está empezando a cuestionarse. La legitimidad del partido gobernante, el Partido de Acción Popular, había residido siempre en su desempeño en el ámbito económico; pero ahora que la recesión global afecta a la región, puede que el partido no tenga más remedio que desbloquear el sistema.^[33] Si bien la democratización beneficia tanto a Malasia como a Singapur a largo plazo, a corto plazo los rigores de la política electoral pueden evidenciar debilidades internas que podrían favorecer la presión desde Pekín. A diferencia de los holandeses y de otras potencias occidentales en el sudeste asiático, que operan a mucha distancia de sus puertos de origen, China está a unos pasos y domina geográficamente la región, lo que le permitiría alcanzar un nivel de control que será más sutil y al mismo tiempo más integral que nada que hayamos visto en el pasado.

TERCERA PARTE

¿Una estrategia bioceánica de China?



El océano Índico ha constituido un decorado para la conquista occidental desde hace más de quinientos años. El historiador de la Universidad de Chicago William H. McNeill relaciona el «advenimiento de la era moderna» con el dominio portugués de las rutas marítimas africano-euroasiáticas que se inició con Enrique el Navegante y Vasco de Gama.^[1] Tras los portugueses, hemos visto a los españoles, holandeses, franceses, ingleses y estadounidenses dejar su huella en los principales sectores del océano Índico y de sus mares colindantes. Estos conquistadores occidentales llegaron en buena medida por motivos comerciales; los estadounidenses, particularmente concentrados en custodiar las líneas marítimas de comunicación e importar de forma segura el petróleo de Oriente Medio, procedente del sector occidental del océano, al tiempo que han vigilado también el sector central desde el atolón de coral de Diego García, y han utilizado este territorio británico como

base desde la que lanzar sus ataques aéreos sobre Irak, en 1991, y Afganistán, en 2001.

Las décadas de la Guerra Fría tuvieron a Estados Unidos como la gran potencia marítima global, y a la Unión Soviética como la potencia terrestre dominante en Eurasia. Pero a medida que la Guerra Fría va quedando en el pasado y China se alza económica y políticamente, aprovechando, en efecto, que Estados Unidos se ha metido en sendos lodazales en Irak y Afganistán, está surgiendo gradualmente un nuevo orden más complejo en el extremo marítimo de Eurasia, que incluye tanto el océano Índico como el Pacífico occidental. Lo que sigue es un análisis de una marina de Estados Unidos que ya ha alcanzado el cénit de su dominio y que se enfrenta con una pujante presencia marítima china que, junto con la eclosión de la India, podría preludiar, con el tiempo, el fin del control occidental sobre estas aguas.

En retrospectiva, es posible que veamos las operaciones humanitarias de diciembre de 2004 y enero de 2005, organizadas por las fuerzas armadas estadounidenses frente a la costa de Sumatra en auxilio de las víctimas del *tsunami*, como uno de los clímax de poder naval de Estados Unidos en Asia. La visión del grupo de combate del portaaviones y de la flota de asalto anfibio, rodeados de sus cruceros, destructores y fragatas —los helicópteros despegando de las cubiertas y efectuando vuelos entre el barco y la costa, ayudados por soldados de salvamento marítimo y personal médico— creó un aura conmovedora de poder y virtud, dos atributos que rara vez coinciden. Aunque el objetivo de la Operación de Ayuda Unificada era humanitario, las habilidades desplegadas —trasladando una imponente formación de barcos de guerra y aviones desde cientos de kilómetros de distancia, «a toda máquina» y de forma inmediata— eran las esenciales para la guerra. El auténtico mensaje de las labores de rescate: «¡He aquí el poder de la Marina de Estados Unidos!».

Sin embargo, el secreto a voces en este momento es la pérdida gradual del Índico y el Pacífico occidental como lagos militares de Estados Unidos tras más de sesenta años de un dominio casi total tras la Segunda Guerra Mundial. Dentro de unos pocos años, de acuerdo con los analistas de seguridad del comité político privado Strategic Forecasting, los estadounidenses dejarán de ser los suministradores primordiales de auxilio en caso de catástrofe tanto en los mares del sur de Asia como, en la misma medida, en los del sudeste asiático. En la próxima emergencia nuestros barcos compartirán las aguas (y

la gloria) con los nuevos portaaviones australianos, japoneses, surcoreanos, indios y, tal vez, chinos. Esto sucede al mismo tiempo que la producción y adquisición de submarinos por parte de China es varias veces la de Estados Unidos. De hecho, China está en plena fiebre de construcción y adquisición de barcos que hará que, en algún momento de la próxima década, la armada del Ejército Popular de Liberación posea más naves que la Marina de Estados Unidos. Por supuesto, como veremos, los números son solo una parte de la historia, pero importan de todos modos.

Innegablemente, la marina estadounidense ha ido reduciéndose con el paso de las décadas. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos contaba con aproximadamente 6700 barcos. A lo largo de la Guerra Fría, alrededor de 600. En los noventa, tras la caída del Muro de Berlín, más de 350. Ahora está por debajo de 280. Aunque la marina tiene planes para un incremento de esta cifra hasta más de 310, según la Oficina de Presupuestos del Congreso y el Servicio de Investigación del Congreso, un sobrecoste del 34 %, además de otros factores, indica que tales planes podrían ser excesivamente optimistas. Durante la próxima década y en adelante, si la marina continúa construyendo solo siete barcos al año, y con una flota que tiene una esperanza de vida de treinta años, es concebible que el número total de barcos decrezca por debajo de los doscientos. Dado que Estados Unidos está en recesión económica, es posible que el presupuesto del Pentágono se vea todavía más reducido, y el desarrollo naval, que es un bien de inversión muy costoso, lo pagará caro.

Esto no significa que la marina de Estados Unidos vaya a ceder su posición preeminente en el océano Índico y el Pacífico occidental en el futuro cercano: las cifras mencionadas señalan tendencias progresivas que pueden ser revertidas. Pero sí significa que, casi setenta años después de la Segunda Guerra Mundial, otras potencias navales autóctonas, así como otros actores no estatales como los piratas, están empezando por fin a poblar el lienzo. El momento unipolar de Estados Unidos en los océanos del globo está empezando a desvanecerse, y, como hemos visto, esto ocurre mientras China —el contrincante más probable de EE.UU. en una competición de igual a igual— traduce cada vez más su peso económico en poder marítimo.

Merece la pena repetir que no hay nada de ilegítimo en el progreso del ejército chino. La ascendencia de China puede ser justamente comparada con la de Estados Unidos tras su propia consolidación como potencia terrestre a raíz de la guerra de secesión y la colonización del Oeste norteamericano, una consolidación que culminó a principios del siglo XX con la construcción del

canal de Panamá. Bajo la administración de algunos de sus presidentes más olvidables —Hayes, Garfield, Arthur, Harrison y demás— la economía estadounidense traqueteaba con calma y con altos porcentajes de crecimiento anual. En consecuencia, cuando empezó a comerciar más con el mundo exterior, empezó también a desarrollar complejos intereses económicos y estratégicos en lugares remotos, lo que provocó el desembarco de la armada y los marines en América del Sur y el Pacífico, entre otras acciones militares. ¿Por qué deberíamos esperar que China siguiera un camino radicalmente diferente, si la sociedad china es ahora, en todos los aspectos, igual de dinámica que lo era la de Estados Unidos un siglo atrás?

En 1890, el teórico militar estadounidense Alfred Thayer Mahan publicó *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*, en el que sostiene que el poder de un estado para proteger su flota mercante ha sido el factor determinante de la historia universal. Mahan ha sido siempre uno de los autores predilectos de aquellos que quieren conseguir el dominio naval, y los estrategias chinos e indios lo leen ávidamente en la actualidad. Pero es demasiado simplista sugerir que China está adquiriendo poder naval estrictamente como un medio para alcanzar el fin de una hegemonía regional o quizás global. A menudo, los imperios no se persiguen conscientemente, sino que, a medida que el estado se fortalece desarrolla necesidades y —paradójicamente— una nueva colección completa de inseguridades que lo conducen a expandirse por los mares de un modo orgánico.

China no es como Irán bajo el presidente Mahmud Ahmadineyad. No amenaza con destruir ningún país, y ha desarrollado unas intensas relaciones diplomáticas y económicas con Estados Unidos. La recesión global ha hecho todavía más inseparables los intereses chinos y estadounidenses, pues estos últimos dependen de China para conseguir mercancías asequibles y apuntalar su moneda con billones de dólares de depósitos chinos, y China depende de Estados Unidos como su principal mercado. Que estas sólidas relaciones bilaterales progresen no solo es plausible, sino que podría ser el mejor escenario para el sistema global del siglo XXI y permitir que un auténtico gobierno mundial tome forma.

Puede que China no sea una democracia en el sentido formal, pero su sistema admite debates intensos y vibrantes en torno a la política y el rumbo de la sociedad. Existe incluso la posibilidad de que el país afronte algún tipo de convulsión interna que dé lugar a una fractura en el liderazgo, lo que retrasaría durante años, o más, el avance de China hacia el estatus de gran potencia. Del mismo modo que los kremlinólogos de los setenta juzgaron

erróneamente a la Unión Soviética al predecir que la Guerra Fría duraría varias décadas más, yo entre otros puedo estar juzgando erróneamente a China simplemente por dar por sentado, para empezar, un crecimiento continuado de su economía. Aun así, a la vista de las tendencias actuales, tal crecimiento continuado debe ser tomado como una firme posibilidad.

Por consiguiente, el panorama más probable que concibo para las relaciones con China es uno bastante matizado: Estados Unidos competirá y a la vez cooperará con China. La rivalidad sino-estadounidense del futuro podría darle un nuevo significado al término «sutileza», en especial en lo tocante a sus acuerdos económicos y diplomáticos. No obstante, si esta relación tiene algunas espinas, preveo que una de ellas estará allí donde las armadas de ambos países interactúan: el Gran Océano Índico y el Pacífico occidental.

Mientras que el proceso de obtención de barcos en Estados Unidos ha sido descrito como ruinoso, y este se esfuerza por mantener el tamaño actual de la armada frente a una reducción del crecimiento del PIB —en mitad de la peor coyuntura económica desde la Gran Depresión—, el presupuesto de defensa de China se ha ido incrementando con porcentajes de dos dígitos en los últimos veinte años, y su economía, a pesar de los perniciosos efectos de la crisis global, crecerá aproximadamente entre un 8 y un 10 % anual en los próximos años. El arsenal subacuático de China incluye 12 submarinos de combate de clase Kilo, con propulsión diesel eléctrica, misiles dirigidos y torpedos guiados por seguimiento de estela; 13 submarinos de clase Song similares a los Kilo; dos submarinos nucleares de clase Shang, y un submarino nuclear de clase Jin con misiles balísticos, al que se unirán tres más.

Evidentemente, esta formación no tiene ni punto de comparación con los 74 submarinos nucleares con misiles balísticos actualmente en servicio de la Marina de Estados Unidos. Esta cuenta con 24 de los 34 portaaviones que existen en el mundo; los chinos no tienen ninguno (pero están preparando uno o quizá dos). Las estadísticas continúan por esta línea. Pero, repito, los números no nos cuentan la historia completa, que consiste en tendencias subyacentes, capacidades asimétricas y una combinación creativa de poder naval, económico y territorial que puede generar una esfera de influencia que abarque toda Asia.

China se está poniendo al día lentamente, pero lo bastante rápido como para alertar a los estadounidenses de que su periodo de dominio no es eterno. Mientras que Irak le mostró a Estados Unidos el extremo burdo y

tecnológicamente primitivo de la asimetría con sus bombas al borde de la carretera, China, con su desarrollo de programas espaciales y de misiles, le mostrará el extremo sutil y tecnológicamente sofisticado de la asimetría mediante el arte de la disuasión y la denegación de accesos: haciendo que en el futuro resulte más arriesgado para la marina estadounidense acercar sus portaaviones con grupos de combate al continente asiático, cuando y donde quiera. En definitiva, es la propia centralidad geográfica de China en Asia, junto con su armada en expansión y su floreciente poder económico, la que hará que Estados Unidos siga perdiendo influencia aquí.

Por lo tanto, es crucial hacer un bosquejo de cuál puede ser la evolución de la estrategia marítima de China en el océano Índico y en el Pacífico. Pero antes de entrar en ello, es necesario añadir algo más sobre qué es lo que lleva a China a salir al mar. ¿Cuáles son exactamente esos complejos intereses económicos y estratégicos que está desarrollando, vagamente comparables a los de Estados Unidos hace más de un siglo?^[1]

Desde la antigüedad, China ha vivido preocupada por las invasiones terrestres de uno u otro tipo. La Gran Muralla se empezó a construir en el siglo III a. C. para mantener alejados a los invasores túrquicos; a mediados del siglo XX, China estaba angustiada ante una invasión desde el norte tras la ruptura sino-soviética. Por este motivo, la China de Mao Zedong concentró su presupuesto de defensa en el ejército, descuidando deliberadamente los mares. Pero con el desmoronamiento de la Unión Soviética, esos temores se disiparon. Además, en los últimos años los diplomáticos chinos han estado ocupados resolviendo los conflictos pendientes en torno a las fronteras con las repúblicas centroasiáticas y con otros de sus vecinos. De hecho, está en marcha una invasión en sentido contrario, pues los emigrantes chinos están tomando lentamente posesión demográfica de algunas zonas de Siberia. Así pues, que China persiga un poder marítimo es, ante todo, un indicador de que sus fronteras terrestres no están bajo ninguna amenaza por primera vez en bastante tiempo. Las ciudades-estado costeras y las naciones isleñas, pequeñas y grandes, buscan el poder marítimo de forma natural, pero una nación como China, continental y tradicionalmente aislada, lo hace en parte como un lujo: la marca de una gran potencia en ciernes. Por el simple hecho de lanzarse al mar con esa actitud de largo alcance, China ya demuestra su dominio terrestre en el corazón de Asia. Sin duda alguna, China no está tan segura en su vecindario como lo estaba Estados Unidos a finales del siglo XIX, debido a la auténtica naturaleza insular de estos. Pero, en cualquier caso,

China está ahora mismo más segura en tierra de lo que lo ha estado a lo largo de la mayor parte de su historia.

Otro factor que orienta a China en dirección al mar es el despegue radical de su economía, que ha llevado a una explosión del comercio y, por tanto, a la explosión simultánea del comercio en el litoral del país. En 2007, el puerto de Shanghái sustituyó al de Hong Kong como el más grande del mundo en términos de carga transportada. Y para 2015, China se habrá convertido en el más prolífico constructor de barcos, superando a Japón y a Corea del Sur. El poder marítimo está parcialmente determinado por la flota mercante, y China liderará el mundo en este terreno.

Pero, por encima de todo, es la demanda energética de China la que motiva tanto su política exterior como su política de seguridad nacional: la necesidad de un flujo de energía creciente e ininterrumpido con el que sostener su radical eclosión económica. A pesar del énfasis cada vez mayor en el carbón, la biomasa, la energía nuclear y otras alternativas, China necesita aún más petróleo y gas natural, y es el segundo consumidor de petróleo del mundo por detrás de Estados Unidos. Paralelamente, los funcionarios chinos ven esta misma necesidad de productos petroleros importados como un punto débil que un futuro adversario podría explotar. (La necesidad de diversificar sus fuentes de energía ayuda a explicar por qué China trata abiertamente con un régimen tan odioso como el de Sudán.) El uso de hidrocarburos se ha más que doblado en los últimos diez o veinte años, mientras que la producción doméstica ha permanecido estancada desde 1993, cuando China pasó a ser un importador neto de petróleo. Ese petróleo y ese gas natural llegan, de forma apabullante —hasta un 85 %— del océano Índico atravesando el estrecho de Malaca con rumbo a los puertos chinos en el Pacífico. Importar petróleo de Asia central mediante conductos energéticos no será suficiente; tampoco lo será una mayor utilización de carbón nacional. En particular, con el paso de los años, China podría ser más dependiente del petróleo de Arabia Saudí y el gas licuado de Irán. En consecuencia, las líneas marítimas de comunicación (las SLOC) esenciales en el sur del rimland eurasiático deben ser protegidas. Teniendo en cuenta la tradición de China como gran potencia civilizadora desde la antigüedad, y su relativamente reciente historia como víctima del colonialismo occidental, ¿por qué querrían los líderes chinos confiar un destacamento de defensa tan crucial a la Marina de Estados Unidos, la autoproclamada protectora de los bienes marítimos comunes del mundo entero? Si nosotros gobernásemos China, con la responsabilidad de impulsar a cientos de millones de habitantes a un estilo de vida de clase media, sedienta

de energía, también querríamos una armada fiable que protegiera nuestra flota mercante en todo el océano Índico y el Pacífico occidental.

El problema es que a los líderes chinos les quedan todavía unos años para tener una armada semejante. Así que, por el momento, según el analista James Mulvenon, podrían contentarse con «colarse gratis» en el «bien público» que provee la Marina de Estados Unidos.^[2] No obstante, la armada china está aumentando progresivamente su capacidad para asumir más y más responsabilidades, por lo que esa entrada gratis resultará menos necesaria, y la era de la competición naval sino-estadounidense podría empezar en serio, en especial si la flota de Estados Unidos se reduce y las dos armadas se equiparan en términos de capacidad.

Tengamos en cuenta que, cada vez más, el mundo marítimo desde África oriental hasta Indonesia, y de ahí, hacia el norte, hasta la península de Corea y Japón, se convertirá en un extenso *continuum* debido a los diversos canales y puentes terrestres que en el futuro servirán de enlace entre los dos océanos, que ahora solo cuentan con el estrecho de Malaca, el de Lombok y el de Sonda (todos ellos en aguas indonesias, los dos últimos de poca importancia en comparación con Malaca). En otras palabras, la geografía de la Eurasia marítima está destinada a convertirse en cierto momento en un todo condensado.

Pero aunque pueda convertirse en un solo mundo, por el momento aún son dos, pues el estrecho de Malaca sigue siendo el final de una gran civilización oceánica y el principio de otra. Y mientras que China se aproxima al océano Índico en calidad de potencia cercada de tierras e intenta conseguir accesos al mar a través de países litorales como Pakistán, Sri Lanka, Bangladés y Birmania —lo que la lleva a un conflicto potencial con la India—, también tiene una extensa costa que se asoma al Pacífico occidental, lo que la lleva a un conflicto potencial con Estados Unidos.

Así que volvámonos más allá del Índico, hacia el Pacífico occidental. Aquí la armada china encuentra poco más que inquietud y frustración en lo que los estrategas del país denominan la Primera Cadena de Islas. Esta comprende, de norte a sur, Japón y las islas Ryukyu, la «pseudoisla» de la península de Corea, Taiwán, las Filipinas, Indonesia y Australia.^[3] Todos estos lugares, excepto Australia, son polvorines en potencia. Las posibilidades incluyen el colapso de Corea del Norte o de una guerra intercoreana, un conflicto con Estados Unidos en torno a Taiwán, y actos de piratería o

terrorismo que podrían impedir a la flota mercante china el acceso a Malaca y a otros estrechos indonesios. Y están también las disputas territoriales por los lechos marinos, con presumibles reservas energéticas, de los mares de China meridional y oriental: en el oriental, China y Japón tienen reivindicaciones enfrentadas de soberanía por las islas Senkaku/Diaoyutai; en el meridional, China se enfrenta a las reivindicaciones de soberanía de Filipinas y Vietnam por algunas o todas las islas Spratly. En el caso de las islas Senkaku/Diaoyutai, particularmente, la disputa tiene la ventaja de proporcionar a Pekín una palanca con la que avivar el nacionalismo siempre que lo necesite, pero por lo demás es un desabrido enclave marítimo para los estrategas navales chinos. Contemplando esta Primera Cadena de Islas desde la costa china del Pacífico, lo que ven es una especie de «Gran Muralla a la inversa», en palabras de los profesores de la Escuela de Guerra Naval James Holden y Toshi Yoshihara: un frente bien organizado de aliados de Estados Unidos en el que el equivalente de las torres de vigilancia serían Japón, las Ryukyu, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas y Australia, todas ellas bloqueando potencialmente el acceso de China a la extensión oceánica. Los estrategas chinos contemplan este mapa y se exasperan al ver a su armada tan encajonada.

Tomemos a la dos Coreas, cuya unificación sería, por no decir más, geopolíticamente inconveniente para China. Despuntando mar adentro a una gran distancia del continente asiático, la península de Corea domina todo el tráfico marítimo en el nordeste de China y, más en concreto, tiene cercado el mar de Bohai, fuente de las mayores reservas submarinas de petróleo de China. Además, una Corea unificada sería probablemente una Corea nacionalista, con sentimientos encontrados hacia sus grandes vecinos, China y Japón, que a lo largo de la historia han tratado de controlarla e incluso ocuparla. Un Corea dividida es por el momento útil para China, pues Corea del Norte —pese a los quebraderos de cabeza que le provoca su régimen hermético— constituye un tapón entre China y la vibrante y exitosa democracia de Corea del Sur.

En cuanto a Taiwán, ilustra algo básico en la política mundial: que, a menudo, las cuestiones morales solo son, por debajo de la manta, cuestiones de poder. Todas las discusiones en torno a Taiwán son puramente morales, aun cuando su soberanía, o la falta de ella, conlleva unas consecuencias geopolíticas trascendentales. China habla de Taiwán en términos de consolidación del patrimonio nacional y de unificación con China por el bien de todos los chinos étnicos. Estados Unidos habla de Taiwán en términos de

preservación de una democracia modelo. Pero Taiwán es algo más: en palabras del desaparecido general del ejército Douglas MacArthur, es un «portaaviones imposible de hundir» que domina el punto central de la costa convexa de China, desde donde una potencia extranjera como Estados Unidos puede «irradiar» su poder por toda la periferia costera de China.^[4] Como tal, nada irrita más a los planificadores navales chinos que la independencia *de facto* taiwanesa. De todas las torres de vigilancia situadas a lo largo de la Gran Muralla invertida, Taiwán es, en sentido metafórico, la más alta y céntrica. Si la isla regresara al seno continental de China, esa Gran Muralla y la camisa de fuerza marítima que representa se verían repentinamente desmembradas.

China anhela una auténtica armada de alta mar, u oceánica, como la anhelaba en su día Estados Unidos. Para crearla, Washington tuvo primero que consolidar la zona templada del continente norteamericano a través de la expansión y la colonización del Oeste. Si China logra, en efecto, consolidar a Taiwán, no solo su armada pasará de pronto a estar en una ventajosa posición estratégica cara a cara con la Primera Cadena de Islas, sino que también, de modo igualmente radical, sus energías nacionales serían liberadas hacia el exterior hasta unos extremos, en términos de proyección de poder, hasta ahora inalcanzables. Con una resolución de Taiwán a favor de China, esta —como postulan Holmes y Yoshihara— tendría más libertad para emprender una magna estrategia naval tanto en el Índico como en el Pacífico. (Y si China pudiera consolidar de manera más efectiva el control de la etnia han sobre la de los uigures túrquico-musulmanes de su provincia más occidental, Sinkiang, eso añadiría también un impulso adicional a sus esfuerzos navales panoceánicos.)

Pensemos que una resolución del desafío taiwanés podría tener sobre China un impacto similar, al menos simbólicamente, al que tuvo la última gran batalla de las Guerras Indias, la masacre de Wounded Knee de 1890. Después de aquel atroz suceso el «Salvaje Oeste» quedó consolidado, las fuerzas armadas estadounidenses empezaron a centrarse seriamente en el mar y apenas una década más tarde llegó la construcción del canal de Panamá. Aunque el adjetivo «multipolarizado» está en boca de todos para describir la situación global, será la fusión de Taiwán con el continente la que marcará el verdadero surgimiento de ese mundo multipolarizado.

China está trabajando diligentemente en muchos frentes, principalmente el económico, para cambiar la dinámica de una Primera Cadena de Islas bajo dominio estadounidense. Países como Filipinas y Australia tendrán en China a

su primer socio comercial. En el caso de Filipinas —un legado estadounidense que se remonta más de un siglo y que incluye guerra, ocupación, décadas de intromisión política y enormes ayudas económicas—, China está haciendo todo lo que puede por fomentar los vínculos bilaterales, e incluso ofreció a Filipinas, años atrás, un pacto de defensa que incluía un acuerdo para el intercambio de inteligencia. Por consiguiente, no podemos evitar considerar un futuro con un Japón rearmado, una Gran Corea nacionalista, un Taiwán unido funcionalmente al continente, y unas Filipinas y una Australia que, si bien proestadounidenses a efectos nominales, habrían sido neutralizadas mediante el comercio y otros factores asociados al continuado ascenso económico y militar de China. El resultado sería un Pacífico bastante menos estable, en paralelo con una disminución del poder de Estados Unidos y la irrupción de China en todos los frentes navales.

En el panorama actual, más al este, China empieza a hacer planes en relación con lo que sus estrategias denominan la Segunda Cadena de Islas, dominada por territorios estadounidenses como Guam y las islas Marianas. De hecho, Oceanía en su totalidad es una región en la que China está desarrollando intereses con rapidez, al tiempo que refuerza ampliamente los lazos diplomáticos y económicos con muchas de sus pequeñas y recónditas naciones isleñas.

Pero es hacia el sur —donde se unen el océano Índico y el Pacífico—, en la compleja región marítima formada por el mar de China meridional y el de Java y dominada por Singapur, la Malasia peninsular y los muchos miles de islas del sur de Filipinas y, en especial, las del archipiélago indonesio, donde los intereses navales de China son más pronunciados; y también donde sus líneas marítimas de comunicación hacia el petróleo de Oriente Medio y África corren mayor riesgo. Aquí tenemos el radicalismo islamista, la piratería y el auge naval de la India, todo ello combinado con los congestionadísimos cuellos de botella geográficos de los diversos estrechos indonesios, que deben atravesar una gran parte de los petroleros y los buques mercantes chinos. Existen también reservas sustanciales de petróleo que China espera poder explotar, convirtiendo así el mar de China meridional en un «segundo golfo Pérsico», según algunas estimaciones.^[5] La confluencia de todos estos factores, y las oportunidades, problemas y pesadillas que suponen para los planificadores chinos, colocan a esta región, en su puerta oriental de acceso al Índico, entre los enclaves marítimos más decisivos de las décadas venideras. Del mismo modo que la Marina de Estados Unidos se puso en movimiento hace un siglo para controlar la cuenca caribeña, la armada china debe ponerse

en movimiento, si no para controlar, al menos para volverse tan poderosa como la de Estados Unidos en estas aguas, pues el estrecho de Malaca puede considerarse comparable al canal de Panamá: una vía de conexión con el resto del mundo.^[6]

El experto en geopolítica holandés-americano de mediados del siglo XX Nicholas J. Spykman señala que, a lo largo de la historia, los estados han llevado a cabo una «expansión circunferencial y ultramarina» para ganar control sobre los mares colindantes: Grecia persiguió el control del Egeo; Roma, del Mediterráneo; Estados Unidos, del Caribe, y ahora, siguiendo esa lógica, China, el del mar de China meridional.^[7]

Imaginemos cómo debe de ser para los chinos ver los portaaviones rodeados de sus grupos de combate y de las flotas de asalto anfibio navegando a sus anchas por ese patio vital de su casa. Las operaciones de socorro humanitario tras el *tsunami* que llevó a cabo Estados Unidos en Indonesia fueron para los chinos una demostración de su propia impotencia en la esfera marítima, pues no tenían portaaviones que enviar. Esto, además, enfervorizó el debate que tenía lugar en los círculos de poder chinos acerca de si se debían adquirir o no uno o dos portaaviones, en lugar de seguir concentrándose en elementos puramente bélicos como los submarinos, que no resultan de demasiada utilidad en las labores de ayuda humanitaria. El futuro dominio sobre estas aguas es, a ojos de los chinos, un derecho natural. La ayuda desplegada tras el *tsunami* no hizo más que intensificar su determinación a este respecto.

Al considerar el sudeste asiático marítimo, lo que nos asalta de inmediato es el peligro de radicalismo islamista que existe en el archipiélago sur de Filipinas, hasta cierto punto ingobernable, y en Malasia e Indonesia. Para los chinos, el radicalismo islamista es negativo porque atrae al ejército de Estados Unidos cerca de sus costas en su persecución de terroristas. Fui testigo de primera mano de ello en Filipinas, mientras cubría la Operación Libertad Duradera en 2003 y de nuevo en 2006. Mientras iban tras el grupo terrorista Abu Sayyaf, afiliado a Al Qaeda y a la Jemaah Islamiya, las fuerzas especiales estadounidenses establecieron una base en Mindanao para ayudar a los soldados filipinos y a los marines a llevar a cabo operaciones antiterroristas en el conflictivo archipiélago de Joló, al sur. El resultado fue que la presencia militar estadounidense regresó a Filipinas por primera vez desde el cierre de la base aérea de Clark y de la estación naval de la bahía de Súbic en 1992, y desplegó sus fuerzas hacia el sur desde la principal isla filipina, Luzón, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial. Estas

noticias fueron absolutamente descorazonadoras para los estrategas chinos. Algunos de los estadounidenses que entrevisté fueron muy francos acerca de las implicaciones geopolíticas de su presencia allí: me dijeron que el problema hoy era el radicalismo islamista, pero que despliegues como ese posicionaban mejor a su ejército de cara a una futura competición con China.

Luego está la piratería, que preocupa a China por motivos obvios. Es una amenaza potencial contra el cable de salvamento que permite a China llegar al continente desde estas aguas concurridas y angostas del archipiélago. En los últimos años, la cooperación entre las armadas de Singapur, Malasia e Indonesia ha reducido la piratería de forma importante, así que ha dejado de ser el azote que es en el golfo de Adén, en el extremo opuesto del océano Índico. De todos modos, teniendo en cuenta las consecuencias de un retorno de la piratería en el sudeste asiático, donde ha sido un elemento habitual de los conflictos marítimos durante siglos, los almirantes chinos no pueden permitirse darse por satisfechos.

Como he mencionado, algunas cábalas indican que en un futuro cercano los chinos ayudarán a financiar un canal a través del istmo de Kra, en Tailandia, que proporcionará una nueva conexión entre el Índico y el Pacífico: un proyecto de ingeniería a la altura del canal de Panamá y que se calcula que costará 20 000 millones de dólares. En la antigüedad, los chinos transportaban mercancías hacia y desde el Índico a través del istmo de Kra.^[8] Para China, este canal podría ser tan decisivo como el Gran Canal que, en la antigüedad, conectaba Hangzhóu, en el centro del país, con Pekín, en el norte. Proveería a China de nuevas instalaciones portuarias y refinerías, almacenes para los transbordos de carga y, en general, de una plataforma desde la que expandir la influencia de Pekín en el sudeste asiático. No muy lejos del istmo de Kra se encuentra la isla de Hainan, en el mar de China meridional, donde China tiene una base militar que incluye atracaderos subterráneos para sus submarinos y desde la que es cada vez más capaz de proyectar su poder aéreo y marítimo.^[9]

Mientras tanto, como tal vez recuerden, Dubai Ports World está llevando a cabo un estudio de viabilidad para la construcción de un puente terrestre cercano, con puertos a ambos lados del istmo de Kra, y con conexiones de vías ferroviarias y autopistas. Y el gobierno malayo está interesado en una red de conductos energéticos este-oeste que uniría los puertos de la bahía de Bengala y los del mar de China meridional. De un tiempo a esta parte, el corazón estratégico del mundo marítimo ya no es el Atlántico norte sino el Pacífico occidental y la región del Gran Océano Índico. No obstante, esta

tendencia podría acelerarse si finalmente se construyen al menos uno o dos, si no los tres, de estos proyectos, lo que tendría a su vez un efecto igualmente radical sobre las pautas de despliegue naval. Las tendencias paralelas de un Asia en auge económico y un Oriente Medio en colapso político conducirán a una acentuación de los conflictos navales en el océano Índico y los mares adyacentes, cuyos cuellos de botella son cada vez más susceptibles al terrorismo y la piratería.

China obtendrá un beneficio inconmensurable de estos proyectos. Las amenazas potenciales de la piratería y del auge de la armada india se disiparán una vez que las aguas del sudeste asiático dejen de estar tan constreñidas y tan concentradas en un solo estrecho. Existen también preocupaciones en torno a la congestión, la contaminación y las cargas peligrosas que también serán aliviadas. Y, aún más importante, la armada china preferiría, evidentemente, ser una potencia bioceánica en lugar de monoceánica, con múltiples rutas de acceso entre el Índico y el Pacífico con las que paliar el denominado dilema de Malaca. Una armada monoceánica en el Pacífico occidental convierte a China en una potencia regional; una armada bioceánica a *la vez* en el Pacífico occidental y en el Índico convierte a China en una gran potencia, capaz de proyectar su fuerza en todo el rimland navegable eurasiático.

El desafío de Malaca tiene para China dos soluciones de largo alcance. La primera es simplemente buscar rutas marítimas alternativas entre uno y otro océano. La segunda es aumentar el suministro energético de China por tierra desde Oriente Medio y Asia central, de modo que menos hidrocarburos tengan que ser transportados del Índico al Pacífico, directamente. Como hemos visto, esto podría incluir el uso de puertos en el océano Índico para después transportar el petróleo y otros productos energéticos por carreteras y conductos energéticos hacia el norte, hacia el corazón de China. De hecho, resultó sorprendente cómo China saltó a la primera oportunidad de desplegar dos destructores y un barco auxiliar en el golfo de Adén para proteger a los navíos chinos de los piratas. Además de proporcionar a sus marineros una ocupación y la experiencia de una navegación larga lejos de su región, favoreció las demandas de China de convertir el Índico en un emplazamiento legítimo para sus operaciones navales.

En este punto, merece la pena revisar la era del gran poder marítimo chino en el océano Índico durante la dinastía Song y los inicios de la dinastía Ming, desde finales del siglo X hasta principios del XV, que tuvo su culminación en los célebres viajes del almirante eunuco Zheng He. Estas expediciones hicieron que la influencia comercial y política de China se extendiera hasta

tan lejos como África oriental, e incluyó el desembarco chino en lugares como Bengala, Ceilán, Ormuz y Mogadiscio. En particular los viajes de Zheng He entre 1405 y 1433, que implicaron cientos de barcos y decenas de miles de hombres, no eran meramente una extravagancia diseñada para exhibir la bandera china en los puertos del sudeste asiático y Oriente Medio. También estaban diseñados para salvaguardar el flujo de mercancías esenciales frente a los piratas, y eran en otros aspectos, también, una demostración de poder blando y benevolente. Curiosamente, la armada china de las eras Song y Ming no buscaba el establecimiento de bases o el mantenimiento de una presencia permanente en los puertos índicos, como harían más tarde las potencias europeas, sino el acceso mediante la construcción de alianzas en forma de tributos.^[10] Esta exhibición de poder, más sutil, parece ser exactamente lo que los chinos tienen pensado para el futuro. Tomemos Pakistán como ejemplo: los chinos han mantenido una relación de seguridad y de comercio con Pakistán, y han construido la autopista del Karakórum, que conecta Pakistán con China, así como un puerto de aguas profundas en Gwadar, en el mar Arábigo. Esto ayuda a conseguir el acceso que China desea, aunque serán singapurenses los que dirigirán el puerto de Gwadar. De hecho, instalar bases chinas propiamente dichas en lugares como Gwadar o Hambantota sería tan provocativo para los indios que, francamente, es difícil contemplar tal posibilidad. «Acceso» es la palabra clave, no «base».

Los emperadores Ming abandonaron finalmente sus expediciones en el océano Índico, pero solo después de que los mongoles los presionaran en tierra y los obligaran, en consecuencia, a volver su atención a la frontera norte de China. Ninguna dificultad similar amenaza hoy a China. Por el contrario, el país está haciendo progresos significativos en la estabilización de sus fronteras terrestres y ha tomado posesión, demográficamente, con los emigrantes chinos de algunas zonas de Siberia. Así pues, el camino está despejado para que China centre su atención en el mar.

No obstante, cabe tener en cuenta que estamos hablando de un futuro que es solo probable. Por el momento, los funcionarios chinos están centrados en Taiwán y en la Primera Cadena de Islas, y el océano Índico es en comparación un asunto secundario. De modo que en los años y décadas por venir, el océano Índico, junto con todo lo demás, registrará hasta qué grado China se convierte en una gran potencia militar, tras los pasos de los portugueses, los holandeses y demás. ¿Cuál es la gran estrategia de China? El océano Índico ayudará a mostrárnosla.

Imaginemos por tanto una flota mercante y una armada chinas presentes de alguna forma por todo el camino en los dos océanos, desde la costa de África hasta la península de Corea; cubriendo verdaderamente todas las aguas asiáticas de la zona templada y la tropical, y protegiendo así los intereses económicos chinos y el sistema marítimo en el que esos intereses operan. Imaginemos también a la India, Corea del Sur y Japón sumando submarinos y otros barcos de guerra para patrullar esta región afro-indo-pacífica. Y, finalmente, imaginemos un Estados Unidos todavía con una especie de hegemonía, poseyendo aún la marina y la guardia de costas más grandes del mundo, pero con una diferencia más reducida respecto a otras armadas de talla mundial. Este es el mundo al que probablemente nos encaminamos.

Sin duda, Estados Unidos se recuperará de la mayor crisis del capitalismo desde la Gran Depresión, pero su ventaja respecto a los gigantes asiáticos de China y la India se irá acortando de forma gradual, y eso afectará al tamaño de las flotas. Por supuesto, el declive económico y militar de Estados Unidos no es un *sino* fatalista. Nadie puede conocer el futuro, y el declive, como concepto, está sobrevalorado. La Real Armada Británica entró en un declive relativo en la década de 1890, y aun así Gran Bretaña salvó a Occidente en dos guerras mundiales en los cincuenta años siguientes.^[11]

Sin embargo, ha surgido una cierta pauta. Estados Unidos dominó la economía mundial durante los años de la Guerra Fría. A fin de cuentas, mientras que las otras grandes potencias habían sufrido daños importantes en las infraestructuras de sus países de origen a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos salió de ella indemne y, por lo tanto, con una gran ventaja para el desarrollo. (China, Japón y Europa fueron diezmados en los años treinta y cuarenta, mientras que la India estaba aún bajo dominio colonial.) Pero ese mundo hace mucho que quedó atrás, las otras naciones se han puesto al día, y la cuestión pendiente es ver cómo Estados Unidos responde de forma responsable a una multipolarización que probablemente será un rasgo cada vez más característico del sistema mundial en los años por venir.

El poderío naval será un indicador tan preciso como los demás de un equilibrio de poderes mundiales más y más complejo. De hecho, el auge naval de China puede traer grandes oportunidades para Estados Unidos. De nuevo: es una suerte que la armada china esté creciendo de forma legítima, para proteger lícitamente su seguridad y sus intereses económicos, como lo hizo la de Estados Unidos, en lugar de forjar una fuerza marítima suicida y sediciosa,

como parece determinado a hacer Irán en el golfo Pérsico con la armada de sus Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica.^[12] Esto provee a China y a Estados Unidos de vahos puntos de intersección en los que cooperar. La piratería, el terrorismo y las catástrofes naturales son áreas problemáticas en las que ambas armadas pueden trabajar codo con codo, puesto que en estos ámbitos los intereses de China no difieren de los de Estados Unidos. Además, China podría estar cautelosamente abierta a cooperar con Estados Unidos en los aspectos navales relacionados con cuestiones energéticas: esto es, patrullando de forma conjunta las rutas marítimas de comunicación. Tanto China como Estados Unidos continuarán dependiendo de los hidrocarburos del Gran Oriente Medio —en los próximos años, particularmente China— así que los intereses de ambas naciones en esta esfera parecen converger. Por consiguiente, no es inevitable que dos grandes potencias que no tienen disputas territoriales, que requieren grandes cantidades de importaciones energéticas, que habitan en extremos opuestos del globo, y cuyos sistemas filosóficos de gobierno, si bien distantes, no están tan alejados como lo estaban en el caso de Estados Unidos y la Unión Soviética, se conviertan en adversarias.

Así pues, respaldar a aliados como la India o Japón para hacer frente a China es responsable únicamente en un sentido: el de proporcionar a Estados Unidos un mecanismo con el que ir cediendo, de modo gradual y elegante, las responsabilidades propias de una gran potencia a países afines a medida que las capacidades de estos aumentan, como parte de una estudiada retirada del mundo unipolar. Pero seguir una estrategia como esa aisladamente implica un riesgo excesivo e innecesario de granjearse la hostilidad de China. Por ello, el respaldo a los aliados debe formar parte de una estrategia militar más amplia que busque la integración de China en un sistema asiocéntrico de alianzas en el que los ejércitos colaboren en multitud de asuntos.

Verdaderamente, como dijo en 2006 (cuando era jefe de Operaciones Navales) el almirante Michael Mullen, presidente del Estado Mayor Conjunto: «Donde la antigua “estrategia marítima” se centraba en el control de las aguas, la nueva debe comprender que la marea económica de todas las naciones sube, no cuando las aguas están bajo el control de una [nación], sino cuando estas son seguras y libres para todos». Y añadió: «Yo aspiro a esa proverbial armada de mil barcos, una flota en potencia, si prefieren, comprendida por todas las naciones amantes de la libertad, que vigilarían los mares, que se vigilarían la una a la otra».

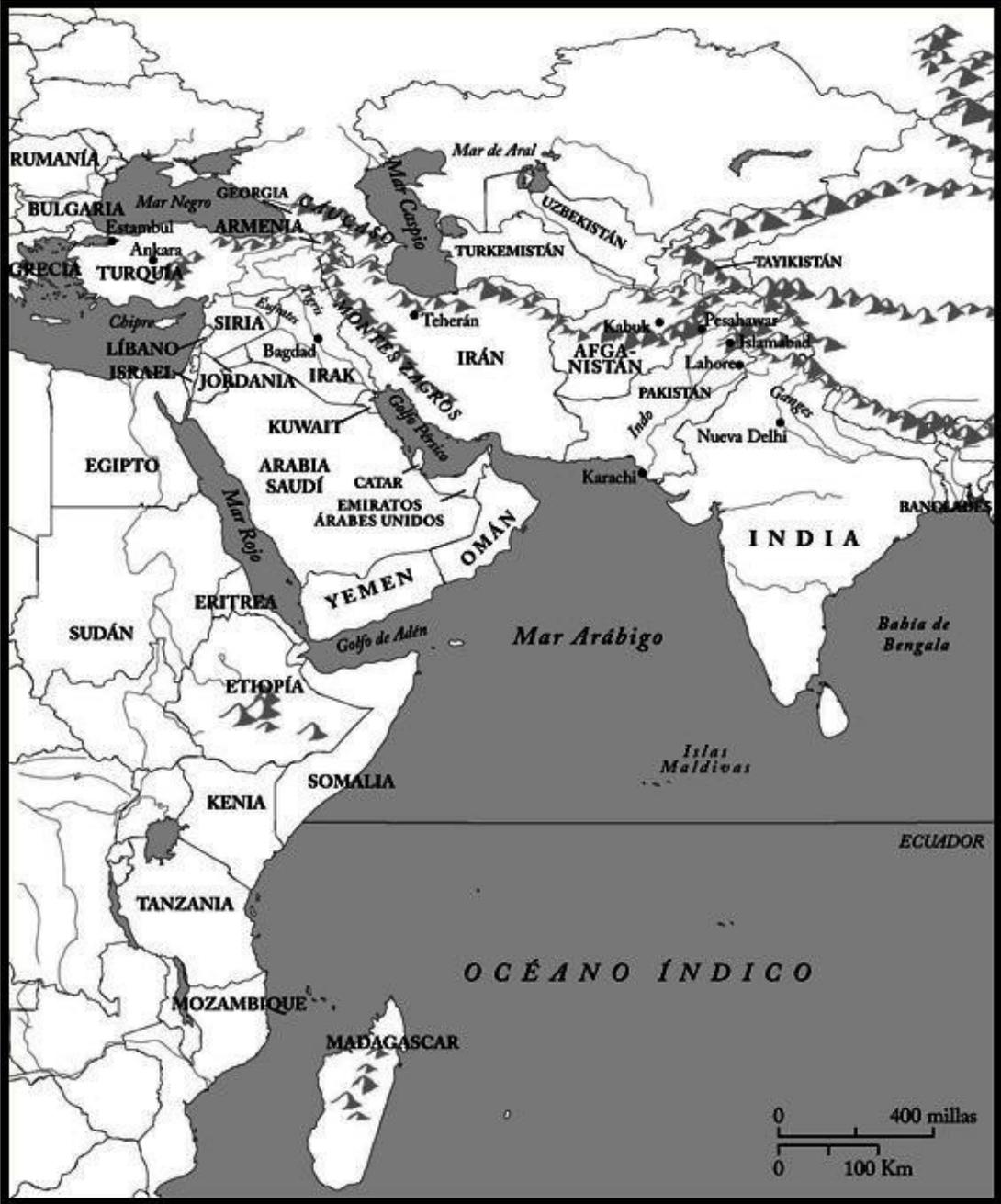
Por grandilocuentes y perogrullescas que puedan sonar las palabras del almirante Mullen, constituyen, de hecho, una respuesta realista ante los menguados recursos estadounidenses. A Estados Unidos le será cada vez más y más difícil ir por su cuenta, por lo que se apoyará de manera creciente en coaliciones, puesto que las armadas nacionales tienden a cooperar mejor que los ejércitos, en parte debido a que los marineros están unidos por una especie de camaradería nacida de su experiencia común haciendo frente a las fuerzas violentas de la naturaleza. Del mismo modo que es posible una sutil Guerra Fría de los mares entre la armada china y la estadounidense, también es posible, a la inversa, que la misma tendencia de las armadas a cooperar mejor que los ejércitos haga que ambas estén a la vanguardia de la cooperación entre las dos potencias, trabajando por el establecimiento de un sólido y próspero sistema multipolarizado. Teniendo en cuenta la tensión entre Estados Unidos y el radicalismo islamista y la relación, a menudo recelosa, con Europa, así como con una Rusia resentida y contenciosa, Estados Unidos debe hacer todo lo que pueda para alcanzar una comunidad con China. No puede enfrentarse solo al mundo entero.

Con el tiempo, Estados Unidos debe ver a su ejército, no principalmente como un metomentodo terrestre, atrapado en un conflicto interno islamista, sino como un equilibrador aéreo y naval, vigilando de cerca, preparado para intervenir en emergencias humanitarias como la del *tsunami* o la de Bangladés, y trabajando de forma concertada con la marina china y la india como integrante de un sistema marítimo eurasiático. Esto mejorará su imagen en el antiguo Tercer Mundo. Aunque Estados Unidos tiene que estar siempre listo para la guerra, debe trabajar diariamente para mantener la paz: ser indispensable, y no dominante, ese debería ser el objetivo. Una estrategia así mitigaría los posibles peligros del auge chino. Aun en elegante declive, este es un momento de oportunidades inauditas para Washington, que debe ser visto en el Asia monzónica como un benevolente poder extranjero.

La penetración occidental en el Índico y el Pacífico occidental tuvo un inicio sangriento con los portugueses a finales del siglo XV. La suplantación de los portugueses por los holandeses, y de los holandeses por los ingleses, vino también con su buena dosis de sangre.^[t2] Luego llegó la suplantación de los ingleses por los estadounidenses en el alta mar asiática vía el derramamiento de sangre de la Segunda Guerra Mundial. Por consiguiente, una transición pacífica, de la unipolaridad estadounidense del mar a una

especie de condominio estadounidense-indio-chino, sería la primera de su especie. Tal transición no sería una abdicación de responsabilidades, sino que dejaría al océano Índico en las manos libres y responsables de las naciones asiáticas indígenas por primera vez en quinientos años. Las costas de la masa de agua más importante del siglo XXI carecen de una superpotencia, y ese es, en última instancia, el factor central de su geografía. La estrategia bioceánica de China, si alguna vez se lleva a efecto, no lo hará en un vacío, sino que estará constreñida por las armadas de otras naciones, y eso marcará totalmente la diferencia.

16
Unidad y anarquía



China está renovando sus vínculos históricos con las civilizaciones árabe y persa, y dado que la India nunca llegó a cortarlos realmente, el mundo Índico —el punto de juntura universal del hemisferio oriental— se precipita hacia la unidad. «El despegue de la economía china es un acelerador para el mundo árabe», escribe Ben Simpfendorfer, principal experto en economía china del Banco Real de Escocia. «Su demanda de petróleo ha ayudado a inyectar energía en las economías árabes. Sus fábricas producen mercancías en masa para llenar los centros comerciales con aire acondicionado de Dubái y Riad»^[1] La pujanza china ofrece a los árabes un socio estratégico alternativo a Occidente. Antes de que la corriente se volviera del lado de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, a los estrategas como Nicholas Spykman les preocupaba que África y Eurasia alcanzaran la unidad mediante el dominio de los poderes fascistas.^[2] Esta unidad se nos puede echar encima en los próximos años y décadas, no mediante la dominación militar, sino a través de la resurrección de un sistema de comercio como el que establecieron los musulmanes medievales y perpetuaron los portugueses.

Y de esta red cada vez más tensa de actividad económica, África, en el extremo occidental del Índico, no quedará fuera. La renovación africana, si bien lenta y a trompicones, está siendo impulsada en gran medida por las inversiones de Oriente Medio y Asia. El Tercer Mundo, como se lo solía llamar, está desapareciendo gradualmente, pues las partes de él que se han desarrollado concentran ahora sus energías en fortalecer a aquellas que no lo han hecho.

La globalización no es meramente un fenómeno que tiene lugar entre el denominado Occidente y el resto del mundo, sino dentro de ese propio resto del mundo. Así pues, África se está convirtiendo en la beneficiaria de una China resurgida y también de una India cada vez más dinámica a medida que se alza sobre los límites del nacionalismo hindú y el extremismo islamista.

La atención de China sobre África se debe a unas necesidades energéticas en constante aumento. Con el fin de no depender en exceso de las reservas de petróleo más allá del estrecho de Ormuz, China está persiguiendo el petróleo africano. Actualmente obtiene más de una tercera parte de sus importaciones en África, y el presidente Hu Jintao ha hecho tres viajes al continente en tres años. A cambio de las participaciones en las explotaciones petroleras de África, China ha garantizado 19 000 millones de dólares en ayudas y una financiación ventajosa para los gobiernos africanos.^[3] Además ha proporcionado asistencia técnica a África para la plantación de té, análisis de suelos, sistemas de riego y cultivo de arroz. En pago por los beneficios

provenientes de los recursos naturales de las naciones africanas —el chocolate de Costa de Marfil, el cobre de Zambia, el hierro y el acero de Zimbabue— China ayudará a modernizar las carreteras africanas y a construir autopistas, centrales eléctricas y embalses.^[4]

La competencia con China está empujando a la India a intensificar su compromiso con el continente africano, con el que se intenta congraciar mediante préstamos ventajosos, ayudas para el desarrollo y respaldo político para conseguir lucrativos proyectos petroleros. La primera cumbre indo-africana, entre la India y catorce naciones de África, se celebró en Nueva Delhi en abril de 2008. La India ha concedido créditos por valor de 2000 millones de dólares a los países africanos. El petróleo nigeriano representa un 10 % de las importaciones totales de la India, que ahora recibe de África una quinta parte de sus suministros energéticos. El comercio entre África y la India ha crecido desde los 3390 millones de dólares del año 2000 hasta los 30 000 millones en 2007. Y entre India y Sudáfrica, en particular, ha estado aumentando a un ritmo del 30 % anual. Sudáfrica exporta oro, y la India talla los diamantes sudafricanos. Por poner otro ejemplo, la India es el mayor inversor individual extranjero en Mauricio.^[5] Cifras como estas puede que no resulten espectaculares consideradas en un marco más amplio, pero señalan una tendencia.

Por otra parte, los petrodólares del golfo Pérsico han estado afluyendo a África oriental: de 11 000 millones de dólares en el año 2000 a más de 50 000 millones en los últimos años. Los emiratos del golfo han invertido en las telecomunicaciones, el turismo, la minería, el mercado inmobiliario y las finanzas de África. La mitad de su ayuda al desarrollo va destinada a la región subsahariana.

Hay poco altruismo en todo ello. Estas dinamos eurasiáticas persiguen los recursos africanos. Su interés por la democracia es prácticamente nulo, y algunos de los tratos que están haciendo tienen más pinta de colonialismo trasnochado que de ayuda extranjera occidental post Guerra Fría. Mientras el acceso a tierras cultivables se convierte en una fuente de tensiones cada vez más importante en un mundo donde el crecimiento neto de la población sigue aumentando significativamente, África, que aún espera su revolución verde, se dibuja como el campo de batalla definitivo por los recursos alimenticios. En particular, existen acuerdos para que Corea del Sur cultive cereales y aceite de palma en Madagascar; Arabia Saudí, arroz y cebada en Etiopía; China, palma para biocombustibles en el Congo, y Corea del Sur, Egipto y los Emiratos Árabes Unidos, trigo en Sudán. Lejos de los planes tradicionales de

inversión agrícola, estos se centran menos en cultivos comerciales que en alimentos básicos que, aunque puedan escasear en el propio país de origen, los países inversores pretenden importar de vuelta enteramente.^[6] A medida que África se vea arrastrada por la corriente comercial del Gran Océano Índico, la línea entre la inversión productiva y la explotación será muy fina.

Toda esta actividad con centro en el Índico tiene lugar en un contexto en el que África ha venido mostrando un crecimiento económico sostenido e impresionante a lo largo de la primera década del siglo XXI: un 6,5 % anual desde 2003. Esto supone un cambio trascendental respecto a principios de los noventa, cuando un crecimiento económico por debajo del 1 % indicaba que las economías subsaharianas estaban decreciendo sustancialmente en relación con sus poblaciones. Y con estos avances económicos han llegado los avances políticos. Según Freedom House, un grupo con sede en Estados Unidos, el número de países africanos con un gobierno pluripartidista, derechos civiles y libertad de prensa ha subido hasta los once, desde los tres que había en 1977, mientras que el número de países considerados la antítesis de una nación libre ha caído de veinticinco a catorce. Otro factor en la apertura de estas sociedades ha sido la tecnología: por ejemplo, el desarrollo de las redes de telefonía móvil ha permitido a África sortear la carencia de una infraestructura de tendido de comunicaciones.^[7]

La tecnología, junto con los flujos monetarios procedentes de los países del antiguo Tercer Mundo de Oriente Medio y Asia, está permitiendo por fin que África escape de su aislamiento geográfico, que ha sido siempre el principal culpable de su pobreza. Aunque África es el segundo continente más grande, con un área que es cinco veces la de Europa, la longitud de su costa al sur del Sáhara es poco más que una cuarta parte. Además, su litoral carece de suficientes puertos naturales, y los puertos de África oriental que comerciaban intensamente con Arabia y la India constituyen la excepción. Pocos de los ríos tropicales africanos son navegables desde el mar, pues caen desde las mesetas interiores a las planicies costeras formando cascadas y rápidos. El desierto del Sáhara obstaculizó el contacto humano con el norte a lo largo de demasiados siglos, por lo que África apenas estuvo expuesta a las grandes civilizaciones mediterráneas de la antigüedad y de épocas posteriores.^[8]

En 1993, cuando viajé a través de África occidental, no vi más que problemas en el camino, específicamente en países como Sierra Leona, Liberia, Nigeria y Costa de Marfil.^[9] De hecho, a finales de los noventa, los problemas llegaron realmente a esos lugares en forma de guerras sangrientas y rebeliones separatistas, al tiempo que el continente vivió en aquellos años

una década funesta en términos de desarrollo. Pero un nuevo ciclo económico y político ha emergido espontáneamente. El desaparecido antropólogo francés Germaine Tillion escribió: «Los acontecimientos deben seguir su propio curso antes de convertirse en historia, de modo que *toda* historia auténtica existe solo en virtud de su desenlace».^[10] Tras varias décadas de violencia y caos, el desenlace de la epopeya poscolonial del África subsahariana podría ser su integración en un sistema global y específicamente Índico.

Sin embargo, esta tendencia en general positiva trae, y traerá, unos desafíos de dimensiones sobrecogedoras. Consideremos tan solo: en Kenia, la economía más rica de África oriental, las mujeres tienen una media de cinco hijos; en los países ricos la media es de 1,6. En la cercana Etiopía, el 70 % de los jóvenes no tiene trabajo.^[11] Y cerniéndose amenazador en el centro del dilema continental está el fallido estado de Somalia, bordeando Kenia y Etiopía en el Cuerno de África, y adentrándose en el océano Índico con el litoral más largo de África. Este inmenso espacio ingobernable ha contribuido con uno de los principales problemas del océano Índico en nuestra era, el de la piratería radicada en África.

En el océano Índico, escribe Alan Villiers, «el ejercicio de la piratería es tan antiguo como el de la propia marinería. Probablemente, el primer hombre que se subió jamás sobre un tronco a la deriva derribó del suyo al segundo que lo hizo». El estrecho de Malaca y el golfo de Adén, el golfo Pérsico, la costa de Makrán, el golfo de Kutch —todo el mar Arábigo, de hecho— ha estado plagado de piratas desde tiempos inmemoriales.^[12] Ibn Battuta, que fue víctima de los piratas frente a la costa occidental de la India, nos da a conocer que los barcos, en el océano Índico del siglo XIV, viajaban en convoyes armados como defensa.^[13] La retirada de la China Ming del océano Índico y el Pacífico en la segunda mitad del siglo XV, tras el último viaje de Zheng He, hizo que los mares se llenasen de varios miles de piratas de diversas nacionalidades.^[14] En un marco ligeramente anterior en el tiempo, Marco Polo reporta varias docenas de buques piratas frente a las costas de Guyarat, donde estos pasaron todo el verano en el mar junto a sus mujeres e hijos mientras desvalijaban buques mercantes. Formaban cordones de veinte o treinta barcos separados por intervalos de ocho o nueve kilómetros, comunicándose entre ellos por señales de fuego o humo. «En mitad de todos estos conflictos», escribe el historiador George Hourani, «los marineros y mercaderes se encomendaban inmediatamente a Dios en busca de ayuda, y los

relatos del mar abundan en Su nombre». Y es que, como se lamentaba cierto árabe medieval: «El hombre en el mar es un insecto subido a una astilla».^[15]

Fernand Braudel llama a la piratería «una forma secundaria de guerra», que tiende a estallar en los interregnos de los conflictos entre grandes estados. Esta forma de guerra era «instigada normalmente por una ciudad con autoridad propia o, en todo caso, solo marginalmente ligada a un gran estado».^[16] El estudioso Richard J. Norton denomina tales bases piratas «ciudades fieras»: sin duda, la Somalia de nuestros días.^[17]

Como puede verse, la piratería ha sido históricamente endémica al océano Índico, de Adén a Malaca, en particular tras la intrusión occidental en estas aguas que se inició con los portugueses a principios del siglo XVI. Los grupos piratas, a menudo conocidos como gitanos del mar, tendieron a crecer en número y en audacia con el florecimiento del comercio, por lo que la piratería en sí es vista a menudo como un síntoma de prosperidad.^[18] «Como los parásitos», los piratas «se desarrollan mejor cuando el comercio prospera y hay una disponibilidad inmediata de huéspedes», escribe el estudioso australiano Michael Pearson.^[19] En el punto álgido de la expansión comercial romana, el emperador Trajano lanzó una expedición de represalia contra los piratas que infestaban el golfo Pérsico.^[20] Desde la perspectiva europea, la piratería era un componente central del mundo islámico del siglo XVIII del sultanato de Joló, en el sudeste asiático, escribe Sugata Bose, pero desde la propia perspectiva del sultanato era una respuesta legítima a las prácticas comerciales monopolistas de Europa. El área en torno a Bahrein y a los Emiratos Árabes Unidos fue en su día tan insegura que se la conocía como la costa de los piratas.^[21] Hasta la llegada de los británicos, la costa de África oriental, desde Somalia hasta Mozambique, era un «país pirata» donde los *dhow*s árabes cometían asaltos, secuestros, pillajes y capturaban esclavos.^[22] La piratería desafiaba las nociones convencionales y altamente formales de soberanía, proclamadas por los europeos, que se extendían a alta mar: el pirata de un hombre era el patriota de otro. Negándose a aceptarlo, en los tiempos del Alto Imperio los holandeses, los ingleses y los franceses crearon patrullas antipiratería exactamente ahí donde los piratas somalíes amenazan hoy día la navegación.^[23] Así, las aguas piráticas del presente confirman que el océano Índico refleja un mundo anterior, uno de cuyos rasgos era el caos de pequeñas jefaturas centradas en torno a los puertos naturales: en lugares donde el estado era débil o inexistente, o suscribía la postura de que los barcos que ondeaban las banderas de naciones establecidas entraban en las reglas del juego.

El geógrafo británico Donald B. Freeman explica que «la concentración espacial de barcos comerciales» en las angostas aguas del estrecho de Malaca —donde la Sumatra indonesia y la península malaya se aproximan la una a la otra, lo que obliga a los barcos cargados de preciosas mercancías a moverse con lentitud sobre fondos traicioneros— ha hecho de estas aguas una guarida para los piratas a lo largo de los siglos. Las armadas piratas malayas de principios del siglo XIX estaban compuestas por cientos de praos, naves ligeras con esclavos a los remos y tripuladas por guerreros piratas con «corazas chillonas» y armados con lanzas y kris para el combate a corta distancia. Las flotillas piratas de Mindanao y el archipiélago de Joló, en el sur de Filipinas, realizaban circuitos anuales a través del estrecho de Malaca. Los clíperes del opio eran un objetivo particularmente codiciado.^[24] Era un problema con el que incluso los británicos, a pesar de su gran fuerza naval, eran periódicamente incapaces de lidiar; hasta la llegada de la propulsión a vapor en la década de 1830, que les dio a ellos y a los holandeses una ventaja sobre los piratas de entonces.^[25]

El resurgimiento de la piratería en nuestra era lo dice todo, tanto de la robustez del comercio como de la incapacidad de los estados para protegerlo por completo. Actualmente, la piratería es un enorme fastidio que ha afectado negativamente a las rutas de comercio y ha llevado a la creación de nuevas coaliciones internacionales que involucran tanto a indios como a pakistaníes, chinos y estadounidenses. De este modo, la piratería, podría tener indirectamente un lado positivo, ya que proporciona un enemigo común —el mismísimo símbolo de la anarquía, de hecho— contra el que las potencias rivales pueden acordar unirse. Así se refuerza el gobierno mundial y se ayuda a estabilizar el sistema de equilibrio de poderes de la región índica. El tratado entre ingleses y holandeses de 1824 se alcanzó, en parte, para reducir la piratería en el estrecho de Malaca.

En cuanto a la imagen romántica de los piratas, proviene principalmente de la Edad de Oro de la piratería en el Caribe del siglo XVII: esa de los barcos ondeando la Jolly Roger —la calavera y los huesos— y tripulada por piratas despiadados con un parche en el ojo y un pañuelo atado en torno a la frente que asediaban las ciudades y barcos españoles. El pirata índico de principios del siglo XXI es diferente en algunos aspectos pero bastante similar en otros. Solo desde la distancia en el tiempo es posible encontrar algo cautivador o romántico en los piratas del Caribe, que eran unos asesinos sanguinarios, como lo son sus homólogos del océano Índico de nuestros días. Preguntémosle si no a Rory Berke, teniente comandante de la Marina de

Estados Unidos, que tuvo un encuentro con los piratas frente a las costas somalíes en enero de 2006.

Berke fue el oficial de inteligencia naval en el grupo de asalto anfibio *USS Nassau* durante un despliegue de seis meses en el océano Índico, cuyo mero itinerario constituía una magnífica lección de geografía. El barco de asalto anfibio de clase Tarawa, los dos destructores que lo acompañaban y otros barcos partieron de Norfolk, Virginia, en noviembre de 2005, con 2300 marines rumbo a Irak. Tras cruzar el océano Atlántico y todo el Mediterráneo, el grupo de asalto navegó a través de la «acequia»; esto es, el canal de Suez. «Ahí es donde empieza la emoción, donde uno siente de verdad que está desplegado», empezó a contarme el teniente comandante Berke. «Uno se pasa semanas en mar abierto en el Atlántico y el Mediterráneo, donde es invulnerable. Entonces, de repente, estás entre árabes, con lo que parecen tres metros de agua a cada lado, y un convoy de vehículos blindados egipcios siguiéndonos por tierra para prevenir ataques contra los barcos de guerra.»

«La emoción va creciendo a medida que bajas por el mar Rojo, cuando pasas por el estrecho de Bab el-Mandeb y a lo largo de la costa sur de la península Arábiga. Una vez cruzas el estrecho de Ormuz, con Irán a estribor, sabes que has entrado en el juego.» El grupo de asalto *Nassau* surcó el golfo Pérsico hasta Kuwait, donde dejó a los marines. Por el camino, los estadounidenses se cruzaron con corbetas iraníes cuyos marineros los saludaban amigablemente con las manos. Estas corbetas pertenecían a la Armada de la República Islámica de Irán, con la que la Marina de Estados Unidos no había tenido ningún problema, no como en el caso de la armada de los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica, que tiene una ideología más cercana al régimen de Teherán.

Desde Kuwait, el *Nassau* viró de nuevo hacia el sur en dirección a Bahrein, a medio camino en el golfo Pérsico, cuartel general de la Quinta Flota de Estados Unidos, donde recibió órdenes de unirse a un destacamento naval internacional en el noroeste del océano Índico, frente a las costas de Arabia y el Cuerno de África. Los estadounidenses se encontraron patrullando la costa sin ley de Somalia en aguas internacionales, en una franja entre los 20 y los 800 kilómetros de distancia desde la costa. Aquí los piratas se lanzaban sobre cualquier tipo de barco, desde pequeños *dhows* hasta cruceros comerciales y cargueros de gas natural licuado. Apenas unas semanas antes el crucero *Seabourn Spirit* había sido atacado sin éxito por los piratas en esa región. La mayoría del tiempo, sin embargo, las víctimas eran botes pesqueros asiáticos.

No era casual que Somalia fuese un estado africano fallido y estas, las aguas más peligrosas del mundo. La piratería es el resultado marítimo del efecto dominó de la anarquía en tierra. La misión del destacamento internacional, que en aquel momento incluía barcos de los Países Bajos, Gran Bretaña, Francia, Pakistán, Australia y Estados Unidos, era simplemente «suprimir mediante presencia».

La mañana del 21 de enero de 2006, el barco de Berke, el *USS Nassau*, a 240 kilómetros de la costa somalí, recibió una llamada de socorro desde el carguero de bandera bahameña *Delta Ranger*, que había aumentado la velocidad para evitar ser capturado por los piratas. El *Delta Ranger* tenía un francobordo de 7,5 metros, lo que suponía que los piratas habrían tenido que trepar 7,5 metros para alcanzar la cubierta del carguero mientras recibían el fuego de la tripulación del barco. La determinación de atacar a pesar de la altura del francobordo indicaba lo descarados y temerarios que podían ser estos piratas somalíes.

La Marina de Estados Unidos envió un avión de vigilancia P-3 a la zona alrededor del *Delta Ranger* para capturar a los piratas. Pronto, el P-3 localizó exactamente lo que andaba buscando: varios esquifes remolcando un *dhow* pesquero. Las federaciones piratas somalíes se dividen en células de diez hombres, cada una de ellas distribuida en tres esquifes. Estos son viejos, están desastados e infestados de cucarachas, rara vez pintados, hechos de madera podrida y fibra de vidrio y no ofrecen ninguna sombra. Los piratas navegan guiándose por las estrellas. El oeste es el hogar, Somalia; el este, es el océano. Una célula pirata típica navega a mar abierto durante tres semanas cada vez, equipada con agua potable, gasolina para su único motor fueraborda, navajas, arpeos, escaleras de mano, fusiles de asalto AK-47 y lanzagranadas. Los piratas también llevan consigo mijo, droga (qat de mascar) y redes e hilo de pescar con los que atrapar peces que comen crudos. En un esquife capturado se encontró un pedazo de carne de tiburón lleno de marcas de mordiscos.

La idea es abordar un *dhow* más grande, normalmente un barco pesquero tripulado por indios, taiwaneses o surcoreanos, y quedarse a vivir en él, con los esquifes amarrados. Una vez en posesión del *dhow*, los piratas están en posición de abordar y apoderarse de un barco aún más grande. A medida que saltan barcos cada vez más grandes, liberan a los barcos más pequeños que han saqueado antes.

El mar es enorme. Solo después de que un barco grande enviara una llamada de socorro, el *Nassau* supo dónde buscar a los piratas. Si estos se dedicaran únicamente a capturar barcos pequeños, ninguno de los buques de

guerra de la coalición internacional, con toda su parafernalia electrónica, habría llegado a saberlo.

Una vez el P-3 tuvo localizados el *dhow* y los tres esquifes, alertó al barco de guerra más próximo a la zona, el destructor *USS Winston S. Churchill*. El *Churchill* se interpuso inmediatamente entre los piratas y el límite de veinte kilómetros de distancia hasta la costa que marca la entrada en las aguas territoriales somalíes. Si los piratas lograban volver dentro de esos veinte kilómetros, no podrían ser capturados de forma legal más que por el gobierno somalí, que es prácticamente inexistente. Cuando llegó a la altura de los piratas, el destructor lanzó disparos de advertencia, estruendosos y reverberantes, desde su cañón de 127 milímetros, y envió helicópteros que rodearon el *dhow* capturado y los esquifes amarrados a este. Los diez piratas somalíes se rindieron, y los dieciséis hombres de la tripulación india del *dhow*, el *Bahkti Sagar*, fueron rescatados a 85 kilómetros de la costa somalí. Todos ellos fueron trasladados al *Nassau*, donde el teniente comandante Berke los interrogó con la ayuda de sus intérpretes.^[t1]

Durante los seis días previos, los piratas habían golpeado e intimidado a la tripulación india y casi la habían dejado morir de hambre; y también habían lanzado por la borda a un mono vivo que la tripulación transportaba a Dubái.

¿Cómo vestían los piratas? ¿Cómo eran?, le pregunté a Berke.

«Camisetas de tirantes, chaquetas ligeras, chanclas y pantalones cortos ochenteros. Eran arrogantes y estaban aterrados al mismo tiempo. Daban por sentado que, dado que los habíamos capturado, pronto los mataríamos, y que, como éramos americanos, nos los comeríamos después.» El más joven no dejaba de suplicar: «Por favor, no me disparen». Estaban gravemente desnutridos, deshidratados y necesitaban tratamiento dental, que les fue proporcionado por la Marina de Estados Unidos.

Las referencias de Berke a un «proceso justo» y a «la policía» obtuvieron miradas inexpresivas por parte de los piratas. «Su idea de policía eran unos tipos vestidos con pedazos de uniformes que te robaban en los pueblos somalíes», me explicó Berke. Los piratas parecían tener entre quince y treinta años. Solo uno de los diez tenía familiares con los que contactar. Y solo dos conocían su fecha de nacimiento. Los otros únicamente sabían que habían nacido durante «la lucha» y no tenían familia. En la cultura somalí eran intocables, sin clan y sin afiliación. Aunque la guerra civil de Somalia empezó en los noventa, el país estaba en efecto roto desde una década antes. Más o menos la mitad de los piratas tenían cicatrices de viejas heridas de bala y arma blanca.

Desde su punto de vista, me dijo Berke, no habían hecho nada malo. «Eran unos tipos que andaban por los muelles y que habían sido enviados por un señor de la guerra local para que le proporcionaran beneficios y defendieran las aguas locales. Se veían a sí mismos como una guardia costera rudimentaria, tratando de ganarse la vida y demandando el pago de una especie de tributo a los barcos extranjeros a su brutal manera.»

El auditor judicial del grupo de asalto, el teniente Michael Bahar, les preguntó por las armas que tenían. Un pirata respondió: «Soy somalí. En Somalia, la pistola es nuestro gobierno».

¿Por qué eligen hacerse piratas?, les preguntó también el teniente Bahar. Su respuesta: porque en Somalia las probabilidades de ser asesinados en tierra eran aún mayores, por eso desafiaban el mar abierto. La piratería es crimen organizado. Como bandas errantes, cada célula patrulla una zona específica del mar. «Olvídese del encanto de Johnny Depp», me dijo Bahar, «la suya es una brutalidad salvaje que no nace ni de la malicia ni de la maldad; como la de un león matando a un antílope. Hay casi una inocencia natural en ella».

La crisis de la piratería somalí no hace sino confirmar un rasgo fundamental de la era post Guerra Fría: el surgimiento de actores subestatales. Por ejemplo, el estado pirata de Puntlandia, en el nordeste de Somalia, que, al igual que Hezbolá y Al Qaeda, desconcierta a la comunidad internacional.

La comunidad internacional ha hecho un diagnóstico muy erróneo del asunto de Somalia debido a la insistencia en verla como un solo, si bien fallido, estado inmóvil. En realidad, Somalia la forman tres entidades diferenciadas y, por lo tanto, con diferentes niveles de gobierno: la Somalilandia independiente del noroeste, la región autónoma de Puntlandia en el nordeste y la caótica región del sur, donde un gobierno somalí extremadamente débil sigue combatiendo contra el poder creciente de los extremistas islámicos de Al-Shabab «La juventud». Es en gran parte en Puntlandia donde se ha originado la piratería, y es en gran parte a través de Puntlandia como se puede tratar el asunto.

Llamada así por el antiguo país de Punt que se menciona en los jeroglíficos egipcios, Puntlandia declaró la autonomía limitada respecto del resto de Somalia en 1998, desestimando la opción de la independencia total debido a las obligaciones de algunos miembros del clan Majeerteen al otro lado de la frontera, en la ciudad somalí de Kismaayo. A lo largo de la historia somalí, los clanes han funcionado como la forma preeminente de

representación política, legal y social; una realidad que se refleja en la organización del gobierno de Puntlandia, que otorga una influencia significativa a los ancianos locales y se apoya enormemente en las milicias del clan, en lugar de hacerlo en fuerzas de seguridad más oficiales como las que se encuentran en la vecina Somalilandia. Así, el gobierno de Puntlandia, si bien no tan operativo como el de Somalilandia, tiene de todos modos una presencia significativamente mayor que nada que uno pueda encontrar en el sur del país. Puntlandia tiene un parlamento organizado, y en 2009 se eligió un nuevo presidente, Abdirahman Mohamed Faroole. Dado que es aquí donde tienen sus bases los piratas, el botín es aquí evidente de manera abrumadora en comparación con el resto del país.

Por ejemplo, en la ciudad de Eyl —ampliamente considerada el centro neurálgico de la piratería en la región del golfo de Adén— esta es una auténtica industria, y la afluencia de grandes cantidades de dinero en efectivo procedentes de los rescates está alimentando un *boom* en el crecimiento de la ciudad. Aunque la naturaleza de la política de clanes en Puntlandia hace inconcebible que el gobierno no esté implicado tácitamente de algún modo, de puertas afuera el gobierno de Puntlandia ha seguido una política dura contra la piratería, afirmando que no tiene el poder suficiente para erradicarla y, en algunas circunstancias, dictando encarcelamientos. De hecho desde el publicitado incidente de abril de 2009 que implicó al *Maersk Alabama*, un barco con bandera estadounidense atacado por los piratas —que fueron luego abatidos por los SEAL de la Marina— el gobierno de Puntlandia ha solicitado ayuda internacional para formar un destacamento antipiratería.

En Puntlandia, la piratería es vista popularmente como una práctica lucrativa y legítima: lucrativa por cuanto los rescates aquí, en una de las zonas más pobres de la Tierra, son comparables al presupuesto total del gobierno de Puntlandia; legítima por cuanto la piratería es vista como una forma de erradicar la galopante pesca ilegal y el vertido de desechos tóxicos en las aguas territoriales de Somalia. De este modo, una entidad subestatal débil en extremo pero sin embargo viable ha generado las condiciones de maduración para una empresa criminal que ahora amenaza con subsumir el aparato gubernamental al completo.

Aunque el surgimiento de un estado pirata *de facto* es altamente problemático para la comunidad internacional, el hecho de que exista algún tipo de autoridad central organizada en la región también ofrece la posibilidad de atacar el problema de raíz. En otras palabras, la comunidad internacional necesitará enseñar en tierra la zanahoria de las ayudas y la vara de las

represalias para centrar la atención del gobierno de clanes. Al fin y al cabo, la piratería somalí no puede tratarse como un asunto estrictamente marítimo. Y, a menos que Estados Unidos esté dispuesto a destinar un gran número de soldados para implicarse en la construcción nacional (altamente improbable), debe aceptar la necesidad de trabajar codo con codo con el gobierno de Puntlandia para combatir la piratería en el golfo de Adén y el océano Índico, sin importar que este carezca de legitimidad internacional. Dado que el gobierno de Puntlandia ha tenido conflictos con los extremistas de Al-Shabab, apuntalar la capacidad institucional de Puntlandia podría señalar el camino, no solo para detener la piratería, sino también para combatir el radicalismo islamista en el Cuerno de África. Puntlandia es importante porque demuestra que la denominada anarquía de Somalia y de cualquier otro lugar es a menudo otra cosa: la lenta descomposición de los estados demarcados por Europa y la restauración de formas de identidad más robustas construidas sobre el clan, la tribu y la región.

De hecho, como hemos visto, los estados piratas como Puntlandia y las confederaciones de piratas han sido parte importante de la realidad del océano Índico desde la antigüedad, y una consecuencia directa de las lucrativas rutas comerciales. Pese a que la Guerra Fría, al proveer de cierto orden al Tercer Mundo, nubló esta verdad histórica, los piratas han vuelto porque, en cierto modo, nunca se fueron. Los romanos, los chinos de la dinastía Ming y la Song, y los imperialistas portugueses, holandeses, franceses e ingleses se enfrentaron a la piratería en estas aguas, y ahora ha llegado el turno de Estados Unidos y sus aliados. Especialmente a medida que la India y China se alcen, el azote de la piratería dispondrá oportunidades de cooperación con estas nuevas potencias de la región. Pero, por el momento, el poder estadounidense sigue siendo esencial. La experiencia del teniente comandante Berke es emblemática en este sentido.

Zanzíbar: la última frontera



Desde Somalia hasta Sudáfrica, el flanco occidental del océano Índico está bordeado por 6500 kilómetros de litoral africano, buena parte de él musulmán y de lengua suajili. Si Puntlandia y sus alrededores centraban totalmente nuestra atención en el caos africano, Zanzíbar, al sur, podría sugerirnos argumentos igualmente convincentes respecto a las posibilidades de África. Durante siglos, la isla de Zanzíbar —la «costa de los negros», en persa—, que reposa frente a la costa de Tanzania, ha sido un nodo de primer orden en el comercio y la cultura del océano Índico, un crisol de las civilizaciones islámica e hindú. Verdaderamente, en la Alta Edad Media, un estudioso del islam procedente de Hadhramaut, en el Yemen, se habría sentido igual de cómodo en Zanzíbar que en Indonesia. A principios del siglo XIX, cientos de *dhow*s colapsaban este puerto, cargados de peregrinos del *hach*, drogas, café, pescado, marfil, pieles, cayena, ámbar gris, cera de abejas, clavo, maíz, sorgo y especias. Para los sultanes omaníes que lo gobernaban, Zanzíbar no era un puerto Índico más, sino, en palabras del historiador Richard Hall, «el núcleo de un vasto imperio comercial que hundía sus tentáculos en lo profundo de África», alcanzando las mesetas keniatas, los Grandes Lagos y el Congo oriental.^[1] Y este núcleo continuó siéndolo hasta bien entrado el siglo XX. Un día de marzo de 1937, Alan Villiers contó más de cincuenta *dhow*s en el ancladero: 34 de ellos árabes, y el resto de las islas Comoras, la India y la cercana Somalia.^[2]

Mi primera noche en la isla, me desperté antes de que amaneciera con la lluvia golpeando en los tejados de acero ondulado, oxidados y repiqueteantes, de Stone Town, el corazón del viejo Zanzíbar. Le había alquilado dos habitaciones a un amigo encima del zoco de la yuca. Desde mi balcón de madera y hierro forjado, con sus sencillos motivos florales, casi podía tocar la pared encalada al lado opuesto de la serpenteante callejuela. Mis habitaciones disponían de las habituales alfombras orientales, una cama con dosel y mosquitera, ventanas con vidrios coloreados, y un mobiliario hecho de madera, latón y cobre: una combinación natural de estética árabe, persa, india y africana. Por la mañana subí a la «tetería» de la azotea, una plataforma abierta y elevada abrazada por las buganvillas y los alborotados vientos marinos desde la que se veía el intrincado paisaje de techumbres de Stone Town. Bajo los tejados inclinados, estaban los materiales de construcción que le habían valido su nombre a este enorme laberinto urbano: piedras mezcladas con barro y arena y cubiertas con cal. La vista estaba salpicada aquí y allá por los minaretes de estilo mogol, con sus trípticos de arcos, y los desconchados campanarios castigados por la intemperie de una catedral francesa del siglo

XIX. Se veían también los finísimos pilares de hierro fundido de la Casa de las Maravillas, un palacio construido en 1883 para el sultán omaní Barghash bin Said en un tropical estilo Victoriano. La abundancia de hierro y óxido hacía que la vista, lejos de ser meramente pintoresca, pareciera rebosar un vigoroso espíritu. Mis ojos se toparon en el horizonte con cargueros, batangas, canoas y *dhow*s entarimados, todos ellos zambullidos en el turquesa lechoso de las aguas del Índico, una tonalidad tan irreal que recordaba más a una acuarela que al propio mar.

Mientras señalaba los tejados de un extremo al otro del zoco de la yuca, mi anfitrión, Emerson Skeens, un estadounidense que llevaba 22 años viviendo en Stone Town, me hizo un listado de sus vecinos: hindúes indios, pambanos (de la isla contigua), musulmanes indios, yemeníes, chiitas persas, imamíes (o duodecimanos) pakistaníes, bohras (otra rama de chiitas) guyaratíes, omaníes, goenses, más bohras, africanos, shirazíes, más africanos y comorenses. «Zanzíbar es africana pero, sin embargo, es diferente de África. Es árabe y persa, pero diferente de Arabia y Persia. Y es india, pero diferente de la India», afirmaba Ismail Jussa, un amigo zanzibareño procedente del golfo de Kutch, en Guyarat. Llegaron desde diferentes puntos del océano, unidos por el islam y, más tarde, también por la lengua suajili, que con sus guturales arábicas, sus préstamos léxicos y su gramática bantú, es pura y vehemente expresividad.^[1]

Después de los africanos indígenas, los shirazíes llegaron aquí con sus *dhow*s desde la costa de Irán hace aproximadamente mil años, cuando Zanzíbar, gracias sobre todo a los vientos del monzón del noreste, era ya visitada por mercaderes de lugares tan lejanos como China. Los shirazíes no eran simplemente persas de la ciudad de Shiraz, sino también una minoría árabe, por lo que podrían haber llegado como refugiados de la opresión étnica. Los portugueses fueron los primeros occidentales en Zanzíbar: surcaron las aguas de África oriental desde los tiempos de De Gama, a finales del siglo XV, e introdujeron la yuca y el maíz. Construyeron una capilla que los omaníes, que importaban sedas de China, destruyeron a principios del siglo XVIII para luego usar su piedra en la construcción de un fuerte. La Stone Town que un visitante ve hoy día es fruto, principalmente, de la arquitectura omaní, con poderosas influencias indias.

Sin embargo, por encima de todo, Zanzíbar —y en particular, Stone Town— era bien entrado el siglo XIX una «estrella oscura y triste, una dirección funesta» del comercio de esclavos, en palabras del desaparecido escritor polaco Ryszard Kapusciński.^[3] Cientos e incluso miles de esclavos

amansados por años de cautividad —hombres, mujeres y niños— deambulaban por todas las calles, acompañados de los esclavos recién llegados del interior, medio desquiciados y medio muertos a causa de los maltratos. La escena era como «contemplar otra época y otro mundo», así describe sombríamente el periodista e historiador Alan Moorehead el Zanzíbar de mediados del siglo XIX; una isla que sirvió de punto de partida para la expedición de Richard Burton y John Hanning Speke en busca de las fuentes del Nilo.^[4] Así que, por cautivador que me pareciera Zanzíbar, debo decir de entrada que esta isla no está libre de fantasmas; por encima de todo, el de la esclavitud, el pecado original y la savia esencial del imperio omaní del océano Índico. De hecho, Stone Town no es como una bonita villa de una isla griega, sino un monumento desastrado, curtido, crudo, agotador y cubierto de salitre dedicado al mismo proceso histórico, algo intimidante y en el que era fácil perderse, especialmente de noche. Callejeando aquella primera mañana, mientras las mujeres dispersaban el agua de las lluvias nocturnas con veloces escobazos, reparé por primera vez en las puertas. John Baptist da Silva, un artista de la Goa portuguesa, en la India occidental, que ha vivido toda la vida en Stone Town, me leyó las puertas como si fueses libros, con mensajes entre líneas. Estaba la sencilla puerta cuadrada omaní de madera de mango, con grandes remaches de hierro fundido. En el borde de los marcos había motivos de escamas de pescado simbolizando la fertilidad, y flores de loto que evocaban el poder y la riqueza. Los diseños geométricos referían a las matemáticas y, por tanto, a la navegación. Y los dibujos de cuerdas y cabos aludían al comercio con *dhows*, así que este había sido el hogar de un rico mercader omaní con muchos hijos.

Están las puertas guyaratíes, hechas de madera de teca, con enormes remaches y diseños cuadrados bajo marcos semicirculares tallados con flores y girasoles, puertas que cada secta pinta de un color diferente. Mientras que las puertas indias son principalmente geométricas y florales, las puertas arábicas, hechas con madera de caoba, de árbol de pan y de árbol de yaca, lucen inscripciones del Corán. Los marcos de las puertas persas y baluchis están esculpidos en forma de pilares, evidenciando una tendencia neoclásica. Las puertas suajilis no son tan altas como las demás y están pintadas con colores llamativos.

El aliento de la mañana traía consigo los aromas de la albahaca, la hierba limón y el jazmín..., del clavo, la nuez moscada, la canela y el cardamomo. Los boniatos y yucas tendidos sobre los *barazas* (bancos de piedra) parecían piedras fosilizadas. Los *barazas* se construían como lugar de chismorreo y

reunión, avivados por sorbos de café omaní, y ya se estaban comenzando a llenar de gente. Todo el mundo tenía su *baraza* predilecto, que no tenía por qué quedarles cerca de casa. Los hombres llevaban sombreros tejidos (*kofias*) y las túnicas blancas tradicionales de Omán, que en Zanzíbar se llaman *kanzus*. Las mujeres vestían *kangas*, vestidos de algodón estampado de estilo africano. Había una intimidad translúcida en la mañana, cada cosa y cada persona transmitía un aura icónica que la hacía memorable.

Aquí y allá, el viento hacía silbar las hojas de palma y tamarindo. Vi un templo jaina y un baño persa construido al estilo romano, encajados en medio de 53 mezquitas. Una mujer suajili con un *Ranga* chillón estaba preparando una chapata india (pan sin levadura) y un falafel de Oriente Medio al tiempo que freía yuca. Zanzíbar es la aldea global en versión reducida. Hace que la globalización parezca una función por completo normal de la naturaleza humana, que no necesita más que la tecnología para manifestarse.

Sin embargo, la tecnología genera también sus propias tensiones, resultado de la misma proximidad en la que se encuentran ahora las diferentes culturas y civilizaciones, porque no todo iba bien en Zanzíbar. La mezcla fulgurante de razas y costumbres que yo había observado era en realidad el vestigio de lo que había sido en su día. De hecho, cualquiera que hubiese conocido Zanzíbar antes de la emancipación de Gran Bretaña en 1963 se habría entristecido al ver la insipidez monocroma del entorno urbano. Yo había quedado impresionado por su vitalidad solo porque era mi primera visita al lugar.

En el corazón de Stone Town, entré en una casa árabe, reformada con un estilo lujoso, pero algo insulso, como fabricado en serie. Varios hombres, vestidos con *kanzus* inmaculados y *kofias*, bebían café especiado con cardamomo y engullían dátiles importados de Omán. Me invitaron a unirme a ellos. El dueño de la casa era un hombre encantador y cordial, orondo, con una barba blanca perfectamente recortada. Me contó que esta había sido la casa de su padre y la de su abuelo. Un retrato en blanco y negro de este último, con barba y turbante, adornaba el salón, reminiscente de los tiempos del imperio omaní. Señalando la foto, mi anfitrión me dijo: «Y esta casa había sido la casa de *su* abuelo». Aunque ahora vivía entre Omán y Zanzíbar, consideraba este último su verdadero hogar, si bien se sentía un omaní puro. Me dijo que, en parte, había reformado la casa como un acto de afirmación. Con una pulcra dicción inglesa, me explicó que lo que yo veía no eran más que los restos de un mundo mucho más cosmopolita: el de los sultanes omaníes gobernando bajo la tutela británica, antes de que la navegación a

vapor relativizara las ventajas de los vientos monzónicos, y antes de que la construcción del canal de Suez acabara con la necesidad de hacer escala en Zanzíbar en la ruta entre Europa y la India.

Pero ahora había una historia poscolonial que tener en cuenta, me dijo: el periodo desde 1963, en el que Zanzíbar no solo estaba agitado, sino que sufrió algunos de los peores estragos, en especial conflictos interraciales, que el África subsahariana podía ofrecer. «El continente [africano] ha corrompido esta isla», afirmó con contundencia mi anfitrión omaní. «Deben pedir disculpas por la revolución.» De la «revolución» en adelante, al menos en su opinión, parecía que Zanzíbar no era tanto un ejemplo de globalización temprana como de un choque de civilizaciones contemporáneo.

A un lado de la línea divisoria cultural estaban los británicos y sus delegados omaníes, respaldados por la comunidad árabe local así como por las minorías del subcontinente indio. Al otro, los africanos indígenas, mucho más pobres, resentidos en un excesivo número de casos por el pasado esclavista y por la desposesión de sus tierras a manos de los omaníes. Junto a ellos estaban los shirazíes, que, puesto que habían llegado a Zanzíbar al principio de la era medieval, antes que otros inmigrantes, y a menudo como refugiados, habían acabado confundándose totalmente con los africanos a través de matrimonios mixtos. Las elecciones locales justo antes de la retirada de los británicos terminaron con una división equitativa del voto entre los dos bandos. Estas consecuencias inconcluyentes no hicieron más que incrementar las tensiones raciales y étnicas.

«La raza y la etnia nunca fueron un problema antes de la llegada de la política», me explicó Ismail Jussa, el guyaratí que ejerce de portavoz de Asuntos Exteriores para el Frente Cívico Unido de la oposición, compuesto principalmente por indios y árabes étnicos. En otras palabras, los imperios soterran la política comunitaria porque una única soberanía absoluta acapara todo el poder. Pero cuando la ley imperial se viene abajo, y su legado de «divide y vencerás» queda expuesto, la política comunitaria arrasa con todo. Fue así en Chipre, en Palestina, en el subcontinente indio y en muchos otros lugares de Afroasia, y así era en Zanzíbar. Esta es la auténtica herencia de algunas, si no todas las formas de colonialismo.

Los británicos se fueron en diciembre de 1963, dejando al sultán omaní protegiendo el fuerte literalmente solo. Hizo falta apenas un mes, hasta enero de 1964, para que el sultán se marchara con viento fresco en su yate, pues un pogromo antiárabe estalló en las calles de Stone Town: muchos africanos estaban convencidos de que, ahora que los británicos se habían ido, los

omaníes restaurarían la esclavitud o, como mínimo, les dispensarían un trato injusto. «La política de raza que propugnaban los nacionalistas africanos de Zanzíbar», escribe el académico estadounidense G. Thomas Burgess, «se basaba en la premisa de que el cosmopolitismo no había generado riqueza y armonía, sino una fachada exótica y engañosa para ocultar el chovinismo y la injusticia racial».^[5] El resultado fue, de acuerdo con un diplomático occidental y experto en África que conocí, nada menos que una «mini Ruanda» que se llevó las vidas de hombres, mujeres y niños a partes iguales, pues las turbas afroshirazíes, enarbolando la bandera de la revolución, el nacionalismo continental africano y la unidad, lanzaron una embestida de carácter racial. El historiador zanzibareño Abdul Sheriff, que dirige el Instituto de Investigación del Océano Índico de Zanzíbar, describe la violencia como de «proporciones genocidas».^[6] Burgess señala que un tercio de los árabes de la isla fueron asesinados o forzados a un exilio inmediato.

El novelista zanzibareño Abdulrazak Gurnah rememora:

Nos gusta considerarnos un pueblo moderado y apacible. Árabe, africano, indio, comorense: vivíamos unos al lado de los otros, nos peleábamos y a veces nos casábamos entre nosotros [...] En realidad, no estábamos ni por asomo cerca de un *nosotros*, sino en nuestras parcelas separadas, encerrados en nuestros guetos históricos, autoindulgentes y rebosando de intolerancia, racismo y resentimiento.^[7]

La anarquía, y no una nueva estabilidad posrevolucionaria, fue el resultado. Los afroshirazíes que tomaron el poder estaban ellos mismos divididos, con comunistas doctrinarios en contra de simples asesinos dementes. Julius Nyerere, el líder de Tanganica, pese a ser socialista, tenía miedo de que los cubanos de Fidel Castro sacaran partido del caos y establecieran un gobierno títere justo enfrente de sus costas. Ali Sultan Issa, uno de los cabecillas revolucionarios de aquel periodo, hoy día un anciano enfermo de cáncer, me reconoció abiertamente su amor por Castro y el Che Guevara, con los que se había reunido con frecuencia y cuyos retratos adornaban su habitación. Sin embargo, Issa no era afroshirazí sino descendiente de yemeníes y omaníes, del mismo modo que otros revolucionarios de aquellos días tenían ascendencia árabe o india, como mostraban algunas fotografías que me enseñó. Asimismo, Issa insistía en que la revolución fue una lucha de clases y no una lucha racial: «Fue una revolución marxista, y la ideología está por encima del color de la piel», afirmaba con un cigarrillo colgándole de los labios. «Por ejemplo, los

africanos pembanos estaban en contra de la revolución, mientras que algunos árabes estaban a favor. Ningún indio en Pemba fue herido. Definir la revolución como racial es no haber entendido lo importante. Aun así, la revolución no es una reunión para tomar el té.»

No, ciertamente no lo era. Con el fin de evitar una nueva Cuba, al tiempo que para contener el caos político, Nyerere negoció un acuerdo en abril de 1964 para que Zanzíbar se uniera a Tanganica, dando lugar a Tanzania. Nyerere puso al nuevo presidente zanzibareño, Abeid Karume, bajo la protección de policías y soldados del continente para defenderlo de los miembros más radicales de su propia coalición. No obstante, emergió un régimen socialista de línea dura que expropió a los omaníes y a otras minorías de Stone Town y restableció a los africanos en la ciudad. Como los nuevos habitantes eran pobres, no podían permitirse la reparación de las casas, y eso creó el marco para el deterioro de Stone Town. Hoy, si se la mira detenidamente, la ciudad es una ratonera, más allá de la ráfaga de tiendas y baratijas y artesanía para los turistas. Por desgracia, es realmente representativa del conjunto de Zanzíbar: con una apabullante mayoría africana y unos pocos árabes, indios y otros grupos étnicos constituyendo la población del zoco de la yuca; unas minorías amplias en variedad pero reducidas en números absolutos (a pesar de que Stone Town, con una demografía más multicultural que la del resto de la isla, es un bastión de la oposición política).

El estudioso Abdul Sheriff coloca la revolución de 1964 en perspectiva: «Se trataba de la clase y de la raza, solo que el aspecto racial era más visible. Ciertamente, no todos los omaníes eran ricos ni todos los africanos eran pobres. Sin embargo, incluso los árabes pobres estaban cómodos en el régimen del sultán, mientras que muchos africanos que nunca habían sido esclavizados se sentían cómodos de todas formas con las nuevas autoridades revolucionarias». Las nacionalizaciones y otras represalias que siguieron a finales de los sesenta hicieron que muchos árabes huyeran de vuelta a Omán, añadió.

En 1972, Karume fue asesinado por la facción de línea dura, y Ali Sultan Issa y otros que habían sido los faros ideológicos de la revolución fueron encarcelados y torturados, pues la sospecha reinaba sobre todo. El régimen revolucionario resistió, apoyándose en la política de la raza, pues su manejo de la economía, en general, ha ido dando tumbos a lo largo de todas las décadas recientes. «Llegamos al poder con el machete, no abandonaremos por los votos», se sabe que han afirmado miembros del régimen.

Nassor Mohammed, un abogado estrechamente vinculado a la oposición, me dijo que Zanzíbar tenía algo más parecido a un sistema pluripartidista en

la última etapa del dominio británico y omaní que ahora. En 1992, se establecieron finalmente los partidos de la oposición debido a la presión de los donantes occidentales tras las revoluciones democráticas de Europa del Este. Pero el «gobierno revolucionario», como todavía se autodenomina, mantiene el poder mediante la intimidación y las compensaciones en forma de empleos públicos y subsidios. Las elecciones que se celebran cada cinco años no sirven más que para exacerbar las tensiones —pues los partidos políticos siguen estando identificados con los grupos raciales—, y han dado ocasión para que las tropas continentales ocupen la isla temporalmente. Las inversiones en Zanzíbar tienden a evaporarse antes de las elecciones y se reanudan tras ellas, cuando todo el mundo exhala un suspiro de alivio por haber sorteado el caos una vez más. De hecho, lo que ha mantenido a Zanzíbar en paz, según Mohammed, es el propio cosmopolitismo, que lucha por sobrevivir a pesar de la funesta experiencia post 1964.

«Zanzíbar es una vergüenza para el continente», me dijo un diplomático extranjero. Y, verdaderamente, mientras que la Tanzania continental y la vecina Mozambique realizan modestos progresos económicos y políticos, incluso mientras Kenia sigue frágil tras la violencia intertribal y Somalia prácticamente ha desaparecido, Zanzíbar, a pesar de todo su cosmopolitismo, sigue anclada en el pasado poscolonial de los sesenta y los setenta, con un sistema esencialmente unipartidista y un régimen que no ha hecho ni de lejos lo suficiente para atraer el capital extranjero necesario con el que frenar la avalancha de jóvenes desempleados, que es la auténtica clave para la estabilidad en el mundo en vías de desarrollo, en particular en África. Zanzíbar ejemplifica los motivos por los que el litoral de África oriental continúa siendo la última frontera del océano Índico. Y esa frontera no depende de la celebración de elecciones, sino de la construcción de instituciones sólidas e impersonales que no hagan discriminaciones en función de la raza, el grupo étnico, la tribu o los contactos personales.

«Si nos liberáramos del continente, creceríamos en cuestión de días, y los hijos de Zanzíbar regresarían de lugares de todo el océano Índico, pues nuestra historia está escrita en los vientos del monzón», me dijo Sheikh Salah Idriss Mohammed. Sheikh Idriss, historiador, ha convertido su pequeño apartamento en un museo, lleno hasta el techo de fotos de los antiguos sultanes y diagramas del linaje de las familias reales omaníes. Por todas partes hay libros y mapas y manuscritos en torno a los tiempos de antes de 1964, amarillentos y deshechos. Sirviéndome una taza tras otra de café aromatizado con clavo y jengibre, se lamentaba: «Aquí no tenemos ninguna democracia.

Ustedes en América han elegido a Obama, un hombre negro, ¡eso es democracia!».

Traté de ser optimista. En comparación con el principio de la era poscolonial, en los sesenta y los setenta, las ideas de la raza y la doctrina revolucionaria parecían estar en retirada. El dinamismo existente favorecía a una oposición cada vez más vital, así como los contactos con el mundo exterior a través del comercio y el turismo. Me negaba a creer que los estados del golfo, la India, China e Indonesia pudieran seguir desarrollándose con fuerza sin que el África oriental y meridional en conjunto se viera finalmente afectada de un modo positivo. Había un goteo de árabes que regresaban, y una nueva ola de globalización todavía podría devolverle a Zanzíbar todo lo que había perdido, sin la opresión que había conducido a la revolución.

En cualquier caso, dado que África oriental seguía siendo una frontera, su situación era crucial, pues su incorporación completa y definitiva al sistema de comercio del Gran Océano Índico convertiría a ese sistema —que también debería incluir al Asia oriental— en el auténtico y palpitante núcleo del mundo del siglo XXI. Ninguna potencia, ni siquiera China, conquistaría el cinturón marítimo de Oriente, pero un sistema de comercio lo haría. Este sería un poder en sí mismo, capaz de competir con la Unión Europea y Estados Unidos. Y Zanzíbar, con su tradición cosmopolita de antaño, es un lugar tan bueno como cualquier otro para estar atento a su llegada.

Nada ni nadie resumen tan bien, para mí, la *idea* de África y el océano Índico como las novelas de Abdulrazak Gurnah, nacido en Zanzíbar en 1948 y hoy día profesor de literatura en Inglaterra. El Zanzíbar de Gurnah es «una balsa volcada flotando en los límites del océano Índico», decrepito y modesto, internacional pero provinciano.^[8] Es un lugar poblado por africanos nativos, somalíes, omaníes, baluchis, guyaratíes, árabes y persas, todos viendo las mismas calles y la misma costa a través de diferentes experiencias históricas —personales, familiares y colectivas—, si bien el islam es un bien común, como el aire que respiran. De un modo u otro, el comercio y los vientos monzónicos los han traído a estas costas. «Eso es para lo que estamos en esta tierra», dice uno de los personajes de Gurnah, «para comerciar». Para adentrarse en tierra firme en busca de mercancías que llevar de vuelta a la costa, para cruzar los desiertos más desoladores y los bosques más impenetrables con el fin de hacer negocios con «un rey o un salvaje [...], nos da exactamente lo mismo».^[9] El comercio trae paz y prosperidad. El

comercio es el gran equilibrador entre el pueblo y las naciones; más útil, tal vez, que cualquier otra actividad para prevenir la guerra.

Sin embargo, en la visión elegíaca del novelista la cosmopolita población de Zanzíbar se ha ido transformando en un mundo de separaciones y abandonos, de las pérdidas personales más duras. El comercio implica oportunidad y movimiento y, por tanto, el desgarramiento de los lazos familiares para siempre. Como dice un personaje: «Ese dolor nunca termina [...] nada que signifique tanto termina nunca».^[10] Otro de ellos, un chico separado de su familia para pagar una deuda de su padre y encontrar su sustento junto a un comerciante, «se pregunta», años después «si sus padres seguirán pensando en él, si seguirán vivos, y supo que prefería no averiguarlo», al mismo tiempo que está «entumecido por la culpa de no haber sido capaz de mantener vivo el recuerdo de sus padres».^[11]

Una pérdida personal tan profunda se ve en parte apaciguada por el impacto de los nuevos paisajes y experiencias que los protagonistas encuentran en los viajes sin retorno que los alejan de sus seres queridos. Este mundo triste y hermoso de despedidas definitivas y viajes en *dhow* —capturado de formas totalmente diferentes por Camões y Gurnah— se torna aún más trágico con la experiencia del colonialismo. Uno de los personajes típicos de Gurnah es un joven de África oriental al que envían a estudiar y a llevar una vida marginal en Inglaterra, que no vuelve a ver jamás a su familia y que, por tanto, no encuentra su hogar en ninguna parte. Refiriéndose a la gente que conoce en Inglaterra, un personaje como este comenta «cuán gélidos y despreciativos pueden ser los ojos azules».^[12] Verdaderamente, aun cuando el poder imperial se esfuerza por mantener las más altas tradiciones de justicia y libertad, la propia relación entre el colonizador y sus súbditos lleva a malentendidos crueles y a un sentimiento de inferioridad y servidumbre en los habitantes indígenas.

Pero Gurnah es todavía más despiadado respecto al fracaso poscolonial de su país de origen, que no hace más que empeorar la humillación experimentada por sus personajes. La barbarie, encarnada en la revolución de 1964, sigue rápidamente a la independencia. «Apenas hubo tiempo de acostumbrarse a la nueva [bandera]» antes de los «asesinatos, expulsiones, detenciones, violaciones, lo que quieras». Las bandas deambulaban por las calles. Hay un dictador local para el que «ninguna ruindad era demasiado mezquina», si bien él mismo es liquidado por unos «cabrones miserables» con ametralladoras, una clara referencia a Karume.^[13] Y luego están las pequeñas «privaciones y penurias» del autogobierno: inodoros atascados, agua corriente

y electricidad solo unas pocas horas al día... Los edificios históricos mantenidos por los ingleses quedan «convertidos en cuchitriles». Una fealdad tras otra.

Como escribe Gurnah: «No sabemos hacer nada por nosotros mismos, nada que utilicemos o deseemos, ni siquiera una pastilla de jabón o un paquete de cuchillas de afeitar».^[14]

Tras la marcha de los británicos, en lugar de forjar un mundo mejor, esta civilización índica supuestamente cosmopolita y unida por los matrimonios mixtos, formada por árabes, persas, indios y africanos, se desmorona por el «hervidero» de intolerancia y «racismos» que salen a la superficie con la política posterior a la independencia. El colonialismo, después de romper en jirones el tejido de la cultura tradicional de la isla, los deja expuestos a todo ultraje, autoinfligido o no, después de la independencia. Es como un organismo complejo al que se le han acabado todas las defensas. Dar un paseo, «sin dirigirse a ningún lugar en particular» es, según el novelista, «la condición poscolonial».^[15]

Y no obstante, en algún momento un rumbo debe surgir para el caminante, pues el periodo poscolonial debe entrar en una nueva era: la era, de hecho, que yo experimenté en mis viajes.

Observando la miríada de rostros y tonos de piel a mi alrededor, sabía que cada uno de ellos había cargado con una experiencia familiar distinta y única de partidas y adioses, de luchas y abandonos. ¿Y todo con qué propósito? «Para comerciar.»

Gurnah tiene mucho que enseñarnos. «La imaginación es un tipo de verdad», escribe, pues imaginar consiste en ser capaz de ponernos en el lugar del otro. Y cuanto más imaginamos, más conscientes somos de lo poco que sabemos, pues «estar demasiado seguro de cualquier cosa es el comienzo de la intolerancia».^[16]

Desde Stone Town, viajé una hora y media en dirección al cabo sur de Zanzíbar, al pueblo costero de Makunduchi. Estábamos a finales de julio, y se acercaba el festival shirazí de Mwaka Kog-wa, una celebración del año nuevo zoroástrico, asimilada mucho tiempo atrás en la cultura de los habitantes suajilis. La tradición afirma que, a través de la catarsis del combate ritual, los autóctonos pueden depurarse de todos los rencores y demás sentimientos negativos que se hayan instalado entre ellos en el curso del año.

En cualquier campo abierto de roja laterita, aparecían trotando largas filas de luchadores desde todas las direcciones, cantando a voz en grito canciones de combate. Estos africanos iban vestidos con ropa barata y usada de las maneras más estafalarias, incluyendo abrigos de pieles de imitación, viejos cascos de moto y de construcción y gorros de lana desechos. Algunos de los hombres incluso iban vestidos como mujeres, con pequeños cocos haciendo de pechos, atados con una cinta en torno al torso. Cada hombre llevaba un tallo de banano para usarlo como arma. Los niños los seguían. El ambiente era amenazador, como si fuera a tener lugar auténtica violencia. Entonces se desataban los combates individuales. De inmediato se montó un barullo enorme, con combates enardecidos en todos los frentes, y una multitud de espectadores apartándose apresurados del camino en una y otra dirección para evitar ser arrollados por los luchadores. El polvo volaba. Tras una hora de combate agotador, las mujeres del pueblo, con sus *Rangas* chillones, llegaron cantando desde todas partes. Pronto el combate se extinguió, se encendió un fuego, y el festival persa celebrado por africanos llegó a su fin.

Más tarde, la gente se reunió en la playa para hacer un picnic. Los *dhow*s, como ideogramas del viento dibujados con rápidos trazos de tinta, surgieron de los bajíos. Unas olas bajas rompían en la playa, y era como si todo el universo reverberara. Más allá de un arrecife de coral, a varios kilómetros, yacía en toda su extensión el océano Índico, prolongándose hasta Indonesia. Pensé en Omán y en la India, y en otros lugares intermedios en los que había estado. En concreto, con el festival shirazí llenando mi mente, pensé en un viejo comerciante persa al que había conocido unos meses antes en Kolkata.

Sus amigos lo conocían como Habib Khalili. Para los indios de Kolkata, su nombre era Habib Khalili al-Shirazi; esto es, Habib Khalili de Shiraz, en Persia. Pero en Persia se llamaba Habib Khalili al-Shirazi al-Hindi; es decir, Habib Khalili de Shiraz y, más recientemente, de la India. Habib Khalili era comerciante de té. Afirmaba que tenía cuarenta parientes en Singapur, y más en Malasia y Abu Dabi. «Mi auténtico país es el océano Índico», me dijo, mientras sus dedos se agitaban en el ruidoso aire nocturno, como si anhelaran sus cuentas de rezo.

Estábamos en la casa de Kolkata en la que había nacido en 1928, llena de macetas con plantas, pilas de periódicos viejos y el quejido del tráfico llegando a través de las columnas neoclásicas y las puertas del patio, abiertas para que entraran las brisas del monzón. Al final de nuestra conversación,

estaba tan oscuro que ya no podía ver su cara. Había quedado reducido a una voz alborotada, que daba saltos arriba y abajo como sus dedos, un vestigio en carne y hueso del poderoso magnetismo de la cultura y la lengua iraníes, cuyas venas todavía llegan hasta Bengala, en la frontera con el sudeste asiático, y al sur hasta Sofala, en el norte de Mozambique.

«En el Decán hay más tumbas persas que árboles», me dijo, refiriéndose a la meseta del sur de la India. «El cincuenta por ciento del bengalí solían ser préstamos léxicos del persa. Después de cercenar la Bengala Oriental musulmana en 1947, ahora es un treinta por ciento. Irán es un país», continuó, «que nunca ha sido conquistado, y que sin embargo nunca ha sido libre». Su conversación era así, saltaba sin transiciones de un tema a otro. Yo no podía mantenerlo quieto.

No me molesté en contrastar sus cifras. La influencia persa en el subcontinente indio ha sido siempre sustancial. El farsi fue la *lingua franca* oficial de la India hasta 1835, cuando fue reemplazada finalmente por el inglés, y hasta la era moderna todo el mundo en Bengala la comprendía. La novela de Sunil Gangopadhyay sobre la Calcuta del siglo XIX, *Those Days*, da a entender de qué modo el persa era una segunda lengua.^[17] En el siglo XVII, muchos de los artistas, poetas, generales y administradores de Dacca eran chiitas llegados de Irán.^[18] El dominio mogol, entre los siglos XVI y XVIII, portaba una fuerte influencia persa. El subcontinente, no menos que Mesopotamia, ejemplificaba la importancia de Irán. E Irán, como sugería aquel comerciante, aunque nunca había sido conquistado, sufría la intrusión constante de las potencias europeas en sus asuntos. Incapaz de denunciar una opresión formal, Irán desarrolló unos sentimientos de opresión que fueron empeorando.

«Las raíces de mi familia se hunden en Hebrón, en Tierra Santa, cuyo nombre en árabe es Khalil, “amigo querido de Dios”. Mi tatarabuelo comerciaba con chales de cachemira. Hace trescientos años, hizo el largo viaje entre Cachemira y Shiraz, la ciudad de Hafiz, ah...», dijo el comerciante, en referencia al poeta del siglo XIV, un místico sufí cuyos versos sensuales sobre el vino y el fuego pagano preludiaban los romances de caballerías de la Europa de finales de la Edad Media. «La familia de la mujer de mi tatarabuelo era de Madrás. Su hermano, que había hecho una fortuna con el comercio, necesitaba un marido para su hija. Así que mi bisabuelo recorrió el largo camino entre Shiraz y Madrás para casarse con su prima. Él también hizo una fortuna. Los persas venían a la India por el mismo motivo que los europeos fueron a América, buscando oportunidades. Una parte de la

familia acabó viniendo a Calcuta desde Madrás, traída por el comercio del índigo y el opio. Y después del opio, nos convertimos en corredores de té.»

«Mi padre era exportador de té. Este se cargaba en cofres de madera con una funda cosida de cuero de vaca. Las cajas de té cruzaban la India, desde Bengala hasta Rajastán, y luego en camello hasta Baluchistán y hasta Zahedán, en Irán. Y al norte, a Mashhad y Asjabad (en el actual Turkmenistán), donde teníamos almacenes. Los kajares perdieron Asjabad frente a Rusia. El cuero de vaca se tensaba con el calor seco, y se ceñía mejor a las cajas, sellándolas. Eso aumentaba la calidad y el precio del té.»

Empezó a hablar del té rojo de cereza hecho con agua del Nilo que bebían en Sudán, y del *darjeeling*, que en su opinión era de mayor calidad que algunos de los tés de Sri Lanka.

«Me gustaría que todo el subcontinente indio volviera a unirse. Mírenos a nosotros y a Bangladés: la misma escritura, la misma lengua, el mismo acento, la misma comida», aseguraba, al tiempo que admitía que la propia India no era pura. Interrumpiéndose una vez más, me explicó que el *shalwar kameez*, a diferencia del sari, no era de origen indio, sino persa. «Somos todos gitanos», me dijo, «¿Dónde vas a trazar fronteras?». Parecía un hombre senil, cuyos pensamientos y recuerdos giraban en un torbellino en torno a un tema al que luchaba por aferrarse.

«¿Ha estado en la Mezquita de los Omeyas de Damasco?», me preguntó.

«Sí», le respondí.

«Entonces sabe que es un templo de fuego pagano, una belleza helenística, una sinagoga, una iglesia y una mezquita. Considerarla solo una cosa diferenciada de todas las otras es no haber entendido nada.»

Este mundo denso, fluido e interconectado que comprende África y la costa meridional eurasiático es, como sugería el comerciante persa, difícil de desagregar en términos geográficos y culturales, gracias en parte a los vientos monzónicos. La civilización del Gran Océano Índico habla en una plétora de voces, si bien conserva el carácter de un conjunto integrado. El estudioso Vali Nasr añade otro componente en su libro de 2009 titulado *Forces of Fortune: The Rise of the New Muslim Middle Class and What It Will Mean for Our World*. La tesis de Nasr afirma, en efecto, que al concentrarnos de modo tan unidimensional en Al Qaeda y el radicalismo, no hemos reparado en el verdadero avance de esta época: el surgimiento de una burguesía en el Gran Oriente Medio y más allá de él. En demasiados lugares, podría añadirse, esto

tiene lugar paralelamente a los efectos desestabilizadores de la pobreza extrema, la devastación medioambiental y los gobiernos apáticos. De ahí que los retos a los que se enfrenta la mayoría de la gente en la región índica están relacionados a lo sumo solo indirectamente con el terrorismo islamista y el despegue militar de China. Precisamente porque tantos de los retos —y sueños y esperanzas— de esta nueva clase media son personales y materialistas, habrá cada vez más llamamientos a un gobierno mejor y, sí, a la democracia. El régimen de Irán se convertirá en cosa del pasado, e incluso en Omán tendrá que haber algún cambio, pues su gobierno unipersonal, por impresionante y relativamente liberal que haya sido, no será en última instancia sostenible. La democracia moderadora de Indonesia podría convertirse en la Estrella del Norte del mundo musulmán.

No hay ejemplo más iluminador de este fenómeno de clase media que el enfoque de la cadena de televisión árabe con sede en Catar Al Jazeera, cuya versión en inglés constituye un festín de cobertura, vivida y pionera, de las tribulaciones de los débiles y los oprimidos en toda la región índica y, más ampliamente, del antiguo Tercer Mundo. Dado que muchas noches veía Al Jazeera en mis viajes, se convirtió en un equivalente sustitutivo de las conversaciones que estaba teniendo, de Omán a Zanzíbar, la más emblemática de las cuales fue la que tuve con el comerciante persa. El hecho de que Doha, la capital de Catar, no sea el cuartel general de una gran potencia —a pesar de que se encuentra geográficamente en el centro del océano Índico— permite a Al Jazeera centrarse por igual en las cuatro esquinas del globo, en lugar de hacerlo únicamente en los puntos candentes para cualquier interés imperial o posimperial. Alguna gente en Estados Unidos considera que Al Jazeera es tendenciosa, pero eso solo refleja su propia parcialidad. Los reporteros de Al Jazeera demandan *justicia*, al tiempo que son representantes genuinos del punto de vista de clase media y moderado que está emergiendo en las naciones en vías de desarrollo. Es decir, está surgiendo una nueva burguesía, por vacilantes que sean sus miembros, que ve bajo una nueva luz la injusticia que la rodea por todas partes. Al margen de las vicisitudes del extremismo, se está reconstruyendo una réplica de la cosmópolis comercial indo-musulmana y preportuguesa, apoyada en las inversiones chinas. En este nuevo mundo Índico, se espera que Sri Lanka alcance una nueva estabilidad, dejando sus diferencias étnicas a un lado mientras su gobierno se ve gradualmente forzado a adaptarse a los rigores de la paz. Mientras tanto, se abrirán nuevas rutas comerciales entre la India, Bangladés, Birmania y China, con unos vínculos entre las grandes y las pequeñas potencias tan dinámicos como las tensiones.

De hecho, en último término, el desafío para Estados Unidos no es tanto el ascenso de China como comunicarse a un nivel fundamental con estas civilizaciones globales emergentes de africanos y asiáticos. En cuanto a China, ya he señalado que está alzándose militarmente de un modo responsable. Tendrá sus propios problemas al expandir su influencia marítima por el océano Índico. Y, en cualquier caso, China no es necesariamente la adversaria de Estados Unidos. Pero a no ser que Estados Unidos se reconcilie con esos miles de millones de personas simbolizados por el mapa del Gran Océano Índico, muchas de las cuales son musulmanas, su poder no será considerado plenamente legítimo. Y recordemos, la legitimidad, es para empezar un elemento primordial del poder. En un capítulo anterior afirmé que el avance de unas sólidas relaciones bilaterales entre Estados Unidos y China no solo es plausible sino que podría constituir el mejor de los escenarios para el sistema global del siglo XXI y permitiría que tomara forma un auténtico gobierno mundial. Pero eso solo se aplica en relación al mundo bilateral de naciones-estado; a medida que el antiguo Tercer Mundo forja un nuevo tipo de unidad —impulsado por medios de comunicación de masas como Al Jazeera, que alimentan una síntesis cultural subyacente— las multitudes afroasiáticas estarán en una posición cada vez más crucial desde la que prestigiar o condenar a Estados Unidos, China y otros estados poderosos, en función de los méritos de cada crisis particular. Ellos, además de participantes, serán la audiencia suprema de las políticas de poder del siglo XXI.

La política de los grandes poderes seguirá como hasta ahora, con las armadas estadounidense y china compitiendo silenciosamente y disputándose la posición en la Primera Cadena de Islas, y la India y China compitiendo por las rutas marítimas y la influencia. Pero estas acciones estarán más y más enmarcadas dentro de una civilización global, producto de una nueva burguesía que constituye en sí misma una fuerza moral a tener en cuenta.

Cientos de millones de musulmanes y otros que han sido promovidos apaciblemente a la clase media quieren una vida pacífica y productiva, otorgando legitimidad a la potencia, o potencias, cuyas acciones les ayuden para eso que tanto mi amigo persa como el novelista Abdulrazak Gurnah afirman que es para lo que el hombre está en la tierra: «Para comerciar». Comerciar es lo que hizo Zheng He, y mientras China celebra sus proezas índicas, Estados Unidos también podría aprender mucho de este explorador de la dinastía Ming, que consideraba la actividad militar una expresión no solo de poder duro, sino también de poder blando con el que ayudar a proteger los

bienes comunes globales y el sistema de comercio para beneficio de todos. El poder estadounidense solo podrá ser finalmente preservado si no deja pasar nunca la oportunidad de identificar sus esfuerzos con los de mundo del océano Índico.

Epílogo a la edición de bolsillo:^[t1]

El orden posimperial y el Océano Índico

Terrorismo. Conflictos militares. Regímenes deshonestos en busca de armas nucleares. Estados derrumbándose aquí y allá. Derrocamiento de autocracias fosilizadas en Oriente Medio. Un estado unipartidista en China nervioso ante los signos de malestar. Filtraciones masivas de documentos secretos estadounidenses. Podemos detectar —eso sí, solo un poco— el crujido recóndito de estructuras desgastadas tras esta turbulencia. Eso que es cada vez más débil ha proporcionado a lo largo de la historia una apariencia de estabilidad a los asuntos mundiales, aun cuando su propia noción ha sido odiada: estoy hablando de los imperios.

¿Recuerdan la Guerra Fría, en la cual el mundo en vías de desarrollo estaba dividido entre dos sistemas imperiales, el de la Unión Soviética y el de Estados Unidos? El imperio soviético —heredero de la Rus de Kiev, la Moscovia medieval y la dinastía Romanov— cubría las regiones colindantes de la Europa del Este, el Cáucaso y Asia central, y apuntalaba regímenes en África, Oriente Medio y Latinoamérica. El imperio liberal estadounidense —un heredero en espíritu de la Venecia y la Gran Bretaña marítimas— también respaldaba aliados en todo el mundo, particularmente en Europa occidental y Asia oriental. Fiel a la tradición de guarniciones militares de la Roma imperial, Estados Unidos tenía bases importantes en Alemania occidental, Turquía, Corea del Sur y Japón, rodeando prácticamente la Unión Soviética.

No pretendo idealizar la Guerra Fría, que trajo sus propios tumultos a lugares como Vietnam, Etiopía y Afganistán. Pero la desintegración del Imperio soviético, pese a que generó euforia en Occidente y condujo a la liberación de la Europa central, condujo también a conflictos étnicos en los Balcanes y el Cáucaso que provocaron cientos de miles de muertes y millones de refugiados. Solo en Tayikistán, en Asia central, más de cincuenta mil

personas fueron asesinadas en una guerra civil de la que apenas se informó en los medios de comunicación estadounidenses de los noventa. Y luego estaba el caos económico y social que se desató en la propia Rusia, y el consiguiente desamarre de Oriente Medio. No fue casual que el presidente iraquí Sadam Husein invadiera Kuwait menos de un año después de la caída del Muro de Berlín, del mismo modo que es inconcebible que Estados Unidos hubiese invadido Irak de haber seguido existiendo en 2003 la Unión Soviética, benefactora incondicional de Bagdad. Si la Unión Soviética no se hubiese desintegrado o retirado ignominiosamente de Afganistán, Osama bin Laden jamás se habría refugiado allí en los noventa y el 11-S no habría tenido lugar. Cosas como estas son la retribución del colapso imperial.

Ahora el otro pilar de la paz *relativa* de la Guerra Fría, Estados Unidos, está declinando, y las nuevas potencias como China y la India aún no están listas para llenar el vacío. No habrá ningún desmoronamiento por lo que respecta a Estados Unidos, pues este, a diferencia de la Unión Soviética, está sólidamente sostenido por la libertad económica y política. Lo que es más, el Imperio estadounidense existe en un sentido estructural, y no espiritual. Es decir, su red de alianzas y aliados ciertamente se parece a la de los imperios pasados, y los desafíos que enfrentan sus soldados en el extranjero son comparables a los de las fuerzas policiales imperiales de antaño, aunque Estados Unidos, especialmente tras las debacles en Irak y Afganistán, no está con ánimos para el tipo de aventuras terrestres que habían sido la esencia del imperialismo desde la antigüedad.

La habilidad de Estados Unidos para traer un mínimo de orden al globo está sencillamente desvaneciéndose a cámara lenta. Los regímenes militares del mundo árabe con los que había contado durante décadas se han venido abajo, si bien en estos lugares una democracia estable de estilo occidental será probablemente un proceso en ciernes. Los días del dólar estadounidense como moneda de reserva mundial pueden estar contados, al tiempo que la diplomacia estadounidense pasa dificultades a causa de las filtraciones de amplio alcance, específicas de una era de las comunicaciones electrónicas en sí misma hostil al dominio imperial. Y luego está el poder duro propiamente. Los ejércitos ganan guerras, pero en una época en la que el escenario de conflictos es global —debido al acortamiento de distancias traído por los avances tecnológicos— las armadas y las fuerzas aéreas son indicadores más precisos del poder nacional. La Marina de Estados Unidos, como explico en *Monzón*, se ha debilitado de forma radical desde los tiempos de Reagan en términos del número de barcos de guerra que tiene en el mar, mientras que las

armadas de China y la India han crecido a buen paso. Estas tendencias podrían acelerarse, dado que los barcos de guerra y los cazas son bienes de inversión caros y sin duda habrá recortes en defensa con el fin de rescatar a Estados Unidos de su crisis fiscal. Estados Unidos todavía domina los mares y el cielo, y seguirá haciéndolo en los próximos años, pero la distancia que le separa de otras naciones se está recortando lentamente.

Nuestro mundo es cada vez más un mundo sin superpotencias. La mejor imagen cartográfica de ello es un mapa del Gran Océano Índico: esto es, de un antiguo Tercer Mundo que emerge desde el mar Rojo hasta el mar de China meridional, un mundo liberado de las divisiones artificiales impuestas por los estudios de área de la época de la Guerra Fría. Esto no quiere decir que el Atlántico, el Mediterráneo u otras partes del Pacífico carezcan de importancia o que no generen titulares propios. Solo pretende sugerir que el área que comprende tanto la península Arábiga como China —con el subcontinente indio entre ellas— superará con una ligera ventaja a esas otras regiones como centro de comercio y de conflicto. Es el océano Índico el que une el abundante petróleo de Oriente Medio con los florecientes vergeles consumistas de Asia oriental, en un momento de la historia en el que el 90 % de todas las mercancías comerciales viajan de un continente a otro por mar.

Los actos terroristas, el ansia de terrible armamento, las atrocidades étnicas, la represión violenta de alzamientos por la democracia, son todo ello obra de individuos que no pueden huir de sus propias responsabilidades morales. Pero los titulares de nuestra era se escriben en un contexto específico: el de un imperio extinto que fue la potencia terrestre más importante del mundo, y el de otro, la potencia marítima preeminente, que tiene menos capacidad que nunca para influir en los acontecimientos.

El orden posimperial en que habitamos ahora permite mayores turbaciones estructurales que las que permitió jamás la Guerra Fría, y el océano Índico, como mar primordial del antiguo Tercer Mundo, seguirá siendo un indicador de tal turbulencia. Porque el ascenso del mundo en vías de desarrollo, rompiendo los grilletes de su opresión política y económica, es la tendencia crucial de nuestro tiempo, una forma de progreso que al igualar parcialmente las reglas del juego geopolítico contribuye de modo esencial a erosionar todavía más las estructuras imperiales.

Del mismo modo, Estados Unidos debe buscar la manera de economizar sus recursos y frenar su declive en un mundo post Irak y post Afganistán. Eso

supone evitar los debilitantes embrollos en tierra y, en su lugar, concentrarse en ser más bien un equilibrador externo: es decir, acechar el horizonte con sus fuerzas aéreas y navales e intervenir únicamente cuando se cometan afrentas en escenarios vitales que amenacen y acucien de forma incuestionable a sus aliados, y por tanto al orden mundial. No obstante, aunque esta línea de actuación pueda ser beneficiosa para Estados Unidos a largo plazo, la mera insinuación de este propósito de distanciamiento no haría más, quizá, que envalentonar a matones regionales como Irán y Corea del Norte, dado que estos regímenes corruptos (así como los necios regímenes de Pakistán y Birmania) son los principios organizativos de zonas vitales del mundo.

Corea del Norte sigue avanzando laboriosamente con su programa nuclear, al tiempo que lanza proyectiles de artillería sobre una isla surcoreana. Esto constata los límites tanto del poder chino como del estadounidense. Las acciones norcoreanas atraen los barcos de guerra estadounidenses hasta el mar Amarillo, lo que pone en evidencia la debilidad de China, si bien las provocaciones de Pyongyang son un desafío a Estados Unidos frente al que este puede hacer básicamente muy poco. Durante la Guerra Fría, la Unión Soviética mantuvo a Corea del Norte metida en la caja al mismo tiempo que la Marina de Estados Unidos dominaba el Pacífico como si fuera un lago doméstico. Ahora, la propia preeminencia económica de China, aliada con las desorientadoras guerras terrestres de Estados Unidos en Oriente Medio han hecho que el Pacífico occidental pase de ser un entorno unipolarizado, benigno y estable, a un entorno multipolarizado más inestable.

Refugiarse en el hecho de que la armada china está a décadas de distancia de la de Estados Unidos es desatender por completo lo importante de la cuestión. Una nación como Estados Unidos, que acaba de experimentar los efectos negativos de una guerra asimétrica en tierra frente a Irak y Afganistán, debería prever ahora la llegada de una era de desafíos asimétricos en el mar. China, con la mejora progresiva de las minas marinas, las redes de sonar en el lecho marino, y sus aptitudes para emprender una guerra informática al servicio de sus misiles antibuque, por no mencionar sus submarinos diesel-eléctricos y los nucleares, hará con los años que las operaciones de la Marina estadounidense sean mucho más arriesgadas. En cuanto a Taiwán, China tiene 1500 misiles balísticos de corto alcance apuntando hacia la isla, mientras cientos de vuelos semanales siguen uniendo Taiwán con el continente en un pacífico comercio. Si China incorpora efectivamente a Taiwán, eso marcará la llegada de un entorno militar auténticamente multipolarizado en el Pacífico occidental y el océano Índico. Respecto al futuro de Corea del Norte,

tengamos en mente que los países divididos del siglo XX —Vietnam, Alemania, el Yemen— se reunificaron de una forma rápida, turbulenta e impredecible que no respetó la equidad de todos los terceros implicados. En otras palabras, el *statu quo* en Asia oriental no se puede dar por sentado, ni tampoco puede darse por sentado en el mar Arábigo y la bahía de Bengala, donde los estados semifallidos de Pakistán y Birmania podrían alterar en cualquier momento la región con su propia inestabilidad inherente.

En Oriente Medio vemos el colapso genuino del orden imperial de la Guerra Fría. La perfecta dicotomía arabo-israelí, reflejo de la que había entre Estados Unidos y la Unión Soviética, ha sido reemplazada por un arreglo de poderes menos estable que podría conducir a un armamento nuclear, con una zona no convencional de influencia iraní extendiéndose entre el Líbano y el oeste de Afganistán y enfrentada tanto a Israel como a Arabia Saudí, y con una Turquía nuevamente islámica que ha dejado de ser prooccidental y que se erige como un poder equilibrador en sí misma. El derrocamiento de regímenes estériles y favorables a la seguridad nacional estadounidense en países como Túnez o Egipto es otra señal más de las dimensiones del debilitamiento de Estados Unidos. En Oriente Medio, un mundo de jóvenes democracias podría tomar las democracias islámicas de Turquía e Indonesia como modelo, y no la de Estados Unidos. (En *Monzón*, menciono específicamente la llegada inminente de unas sociedades más libres en Oriente Medio y en todo el océano Índico, producto, como escribí en 2010, de poblaciones jóvenes y de las tecnologías de comunicaciones. Pero fui demasiado complaciente con las dictaduras árabes. Incluso Omán, a cuyo sultán le prodigué merecidos elogios, ha vivido manifestaciones por la democracia.)

Los imperios, como he argumentado, imponen orden, pero ese orden no es, por descontado, necesariamente benevolente: veamos sino el dominio imperial en ciernes del régimen clerical iraní. Las amenazas de Estados Unidos contra Irán carecen de credibilidad a causa precisamente de su fatiga imperial, resultado de Irak y Afganistán. Por su propio interés, no es probable que Estados Unidos se involucre de nuevo en una guerra unilateral en Oriente Medio, si bien esa misma contención puede encomendar la región a un punto muerto inestable y nuclearizado que podría fusionar los problemas de Oriente Medio con los de Asia meridional. A saber, en respuesta a un armamento nuclear de Irán, ¿qué pasaría si Pakistán estacionara sus armas nucleares en Arabia Saudí? ¿Y cómo reaccionaría la India ante esto? Como el Asia oriental, estas regiones prometen tornarse más desestabilizadoras en el futuro.

De hecho, a pesar de las revueltas que han tenido lugar hasta el momento en el mundo árabe, el verdadero acto transcendental en Oriente Medio probablemente no tendrá lugar hasta que haya un cambio de inspiración democrática en Irán y/o una evolución en el régimen de Arabia Saudí. Los estados del rimland Índico como el Yemen y Omán son esenciales a este respecto, pues constituyen el entorno inmediato de Arabia Saudí.

En una versión del relato, Estados Unidos retrocede y China emerge y ayuda a llenar el vacío de seguridad como integrante de un benigno mundo *postestadounidense*. Ese es un tema que exploro en *Monzón*. Sin embargo, esto presupone que todas las potencias imperiales son iguales y, como la historia demuestra, claramente no es así, ni tampoco una puede llenar secuencialmente el vacío dejado por la otra. Mientras que la Unión Soviética y Estados Unidos eran ambas potencias misioneras motivadas por ideales (los del comunismo y los de la democracia liberal) mediante los cuales podrían ordenar el mundo, China no tiene aún una magna concepción similar. Lo que impulsa principalmente a China a salir al exterior es la urgencia de recursos naturales —hidrocarburos, metales y minerales—, que necesita para promover a cientos de millones de chinos a la clase media. Ciertamente, esto podría alimentar el desarrollo de un dinámico sistema de comercio en el océano Índico, África y Asia Central que podría mantener la paz con una implicación estadounidense mínima, pero ¿quién va a llenar el vacío moral? ¿Le preocupó realmente a China que Irán desarrolle armas nucleares, siempre y cuando tenga acceso a su gas natural? ¿Le preocupa a China que el régimen libio de Gaddafi masacrara civiles en Bengasi? Además, es posible que China no se sienta cómoda con el régimen norcoreano, que mantiene a su población en un estado de fotograma congelado de semi inanición, pero lo respalda de todos modos. Podría argumentarse que el poder trae consigo una responsabilidad moral, pero probablemente pasarán décadas antes de que China tenga el tipo de armada y de fuerzas aéreas que la llevarían a convertirse en un socio fiable de un sistema de seguridad internacional con el objetivo de imponer el *statu quo*. Por el momento, China entra gratis en la protección de las rutas marítimas mundiales que la Marina estadounidense ayuda a proporcionar y contempla los esfuerzos de Estados Unidos por estabilizar Afganistán y Pakistán de modo que algún día pueda extraerles sus recursos naturales.

Pero no deberíamos dar por sentado el orden político chino. Las revueltas democráticas en Oriente Medio indican que, en un mundo tecnológicamente interconectado, el estado unipartidista de China podría haber alcanzado ya el cénit de su estabilidad. Es más, la economía del país, que ha estado creciendo

velozmente durante treinta años, podría experimentar serias malas rachas, y eso favorecería las opciones de un levantamiento político. ¿Podría una revuelta política generalizada socavar la tentativa de China de convertirse en una hegemonía regional; o con el tiempo, en realidad, acabaría reforzándola? Tengamos en mente que una China democrática podría ser una China más nacionalista, y más dinámica económicamente, y que, por tanto, tendría más dinero disponible para sus fuerzas armadas.

Verdaderamente, la Guerra Fría fue una época de relativa estabilidad, garantizada por un entendimiento tácito entre imperios, mientras que ahora nos embarcamos en una época de relativa inestabilidad, con un imperio desvaneciéndose junto a potencias emergentes, benignas y no benignas.

Gravitando sobre todo esto hay un mapa densamente poblado a tener en cuenta. Por toda Eurasia, desde El Cairo hasta Yakarta, ya no estamos tratando con poblaciones rurales, sino con la gente joven de las megaciudades, propensa a las incitaciones de los medios de comunicación y a la devastación provocada por las catástrofes medioambientales. Ya no estamos tratando con ejércitos desmañados y difíciles de desplegar, sino con alcances superpuestos de misiles balísticos que demuestran la capacidad de acción de las armas de destrucción masiva. A causa de la tecnología, todo tiene un efecto sobre todo lo demás con unos índices más rápidos y letales que nunca antes. El mismo flujo de información y la miniaturización del armamento juegan en contra del surgimiento y el sostenimiento de órdenes imperiales.

Los estadounidenses carecen acertadamente de una mentalidad imperial. Pero si su compromiso con el mundo quedara menguado de manera sustancial, esto tendría consecuencias devastadoras para la humanidad, en particular en el ámbito del auxilio humanitario, así como en la conservación de un equilibrio de poderes entre China y potencias emergentes como la India, Indonesia y Japón. Además, el apoyo estadounidense es necesario para ayudar a salvaguardar las transiciones democráticas en Oriente Medio. Porque las turbaciones de las que somos testigos hoy no son más que una muestra de lo que está por venir si Estados Unidos rehúye su responsabilidad internacional, una responsabilidad que, al menos así lo muestra la historia, es incómodamente imperial de forma deliberada.

Abril de 2011

Agradecimientos

Quizás el placer más inesperado de este proyecto fue que me llevó a conocer diversas obras académicas que constituyeron una inspiración a lo largo de mi investigación periodística. Se trata de libros cuyos estándares de excelencia y nivel de detalle yo no aspiro a alcanzar. Déjenme nombrar solo unos pocos; el resto están en las notas al pie diseminadas a lo largo del texto: *Before European Hegemony: The World System A. D. 1250-1350*, de Janet L. Abu-Lughod (1989); *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825*, de C. R. Boxer (1969); *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, de Richard M. Eaton (1993); *Asia and Western Dominance*, de K. M. Panikkar (1959); *The Mughal Empire*, de John F. Richards (1995), y *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World (vol. I)*, de André Wink (1990).

Mi asistente, Elizabeth Lockyer, es única, y tomó la iniciativa para preparar los mapas de este libro. Mis editores en Random House, Kate Medina y Millicent Bennett, tuvieron un papel fundamental a la hora de hacer posible esta exploración y de darle forma al manuscrito. Gracias también a Frankie Jones y Lindsey Schwoeri. *The Atlantic Monthly* publicó varios capítulos de este libro en versión resumida, y a este respecto estoy agradecido por la ayuda editorial y el contraste de datos de James Bennet, Justine Isola, Scott Stossel y, en especial, la de James Gibney. También publiqué un ensayo sobre el océano Índico en *Foreign Affairs*, y agradezco a sus editores —James F. Hoge Jr., Gideon Rose y Stephanie Giry— su ayuda experta y el lugar prominente que le reservaron al texto. Una vez más, les doy las gracias a mis agentes, Carl D. Brandt y Marianne Merola, por velar por mi carrera y mis intereses del modo en que lo han hecho.

El Centro por una Nueva Seguridad Americana (CNAS) de Washington me proveyó de una sede institucional mientras investigaba y escribía este libro. No puedo agradecerles lo bastante

toda la ayuda y el ánimo que me hicieron llegar de tantas maneras. Nombrando solo a unas pocas de las personas del CNAS podrá parecer que desairo a las muchas otras que me ayudaron, sin embargo, déjenme mencionar al anterior equipo directivo, formado por Kurt Campbell, Michèle Flournoy y James N. Miller Jr., todos ellos miembros de la administración de Obama en la actualidad; al nuevo equipo de Nathaniel Fick y John Nagl, así como la asistencia en la investigación de Seth Myers. La Fundación Smith Richardson me proveyó de ayuda económica para este proyecto, y doy las gracias en particular a Nadia Schadlow por ayudarme a atravesar el proceso de subvención. También estoy agradecido al Grupo de Estrategia de Aspen por permitirme participar en el Diálogo Estratégico Estados Unidos-India.

En Kolkata, Gautam Chakraborti organizó para mí un viaje memorable por el río Hugli. En Islamabad y Yakarta, Kathy Gannon y Henk y Emmeline Mulder me proveyeron con la calidez, la amistad y el acomodo de sus respectivos hogares. En Zanzíbar, Emerson Skeens me alquiló un pequeño apartamento encantador, y me proporcionó mucha ayuda además de eso. El teniente coronel Larry Smith me sacó literalmente de la cárcel en Sri Lanka. Brannon Wheeler, colega mío en la Academia Naval de Estados Unidos, y Abdulrahman Al-Salimi, del Ministerio de Bienes Habices, trabajaron codo con codo para organizar una serie de conferencias a mi cargo en Omán, lo que me permitió visitar el país.

Otras ayudas cruciales me las prestaron Jeffrey Anderson, Michael H. Anderson, Robert Arbuckle, Claude Berube, Gary Thomas Burgess, Robin Bush, Jon Cebra, Kingshuk Chatterjee, Eugene Galbraith, Kiki Skagen Harris, Timothy Heinemann, Fauzan Ijazah, Dilshika Jayamaha, Tissa Jayatilaka, Shahzad Shah Jillani, Douglas Kelly, Joanna Lokhande, Edward Luce, Mohan Malik, Harsh Mander, Scott Merrillees, C. Raja Mohan, Kiran Pasricha, Ralph Peters, Indi Samarajiva, Nick Schmidle, el profesor Stuart Schwartz, Mubashar Shah, Arun Shourie, SinhaRaja Tammita-Delgoda, Shashi Tharoor y Paul Wolfowitz.

Una vez más, quiero dar las gracias a mi amante esposa desde hace veintisiete años, Maria Cabral, sin la cual gran parte de esto habría sido imposible.

Glosario

abangan: sector de la población indonesia que practica una versión sincrética del islam.

Abu Sayyaf: grupo separatista islámico con base en Filipinas meridional.

Akhand Bharat: la Gran India (en hindi).

amurado a babor: navegar con el viento que llega por la izquierda del barco.

ánfora: antigua vasija o tinaja con asas.

ASEAN: Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

astrolabio: instrumento astronómico que se usó hasta el siglo XVII para calcular la posición de los cuerpos celestes y medir, triangular y determinar la hora local y la latitud.

auliya: protector, santo (en árabe).

baraza: banco de piedra, zona de descanso, lugar de encuentro (en suajili).

barloventear: navegar en contra del viento con el ángulo más pequeño posible y rumbo de ceñida.

base de avanzada: base establecida en territorio amigo para extender el dominio y el control de las comunicaciones, o para servir de apoyo en la operaciones tácticas o de entrenamiento.

bhangra: música y baile folclóricos originarios de Punjab.

BJP: Bharatiya Janata Party (Partido Popular Indio), partido nacionalista hindú.

BNP: Partido Nacionalista de Bangladés, partido político de centroderecha.

BRAC: Comité para el Desarrollo Rural de Bangladés, organización no gubernamental.

bunkering: repostaje de un barco en alta mar (en inglés).

burka: vestimenta holgada que cubre todo el cuerpo, con una redecilla a altura de los ojos, que llevan en público las mujeres pertenecientes a algunos grupos tradicionales musulmanes.

bustee: barrio de chabolas (en hindi).

C-130: aeronave de cuatro motores para el transporte de tropas y cargamento de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos que puede realizar lanzamientos en zonas de combate.

calado: medida vertical de la parte sumergida de un barco.

califa: sucesor de Mahoma y líder espiritual del Islam.

calmas ecuatoriales: término náutico para referirse a las zonas próximas al ecuador donde los vientos son generalmente suaves.

cantón: territorio o sección de un país.

carraca: buque portugués utilizado en los siglos XV y XVI.

chapata: pan sin levadura originario de Italia.

char: isla temporal formada por el cieno acumulado en el delta.

charpoy: cama con una base de cuerdas entrelazadas que se encuentra principalmente en la India.

Chindits: unidad militar de la India británica que operó en el propio país y en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial. La palabra proviene de la deformación anglificada del nombre de un león mitológico birmano.

cipayo: soldado indio nativo al servicio británico.

Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo: organización política y económica de países árabes en el golfo Pérsico.

Consejo de Nacionalidades Étnicas: coalición birmana formada por organizaciones políticas étnicas.

Consortio Fronterizo Tailandia-Birmania: consorcio que reúne a una docena de organizaciones no gubernamentales que prestan ayuda a los refugiados birmanos, corbeta: pequeño barco de guerra fácil de maniobrar.

corsario: pirata.

dacoit: bandido.

desconexión de carga: sistema rotativo de apagones con el que se previene un colapso total del suministro energético.

devala: centro de oraciones, santuario (en Sri Lanka).

dhow: bote tradicional árabe con velamen triangular.

dishdasha: túnica blanca tradicional que llevan los hombres en Oriente Medio.

ecúmene: término para referirse antiguamente a la (porción conocida) del mundo habitado.

entrepôt, centro de comercio.

estrategia del collar de perlas: intento de China por aumentar sus líneas marítimas de comunicación a lo largo de océano Índico mediante el establecimiento o la modernización de puestos en, entre otros, los puertos pakistaníes de Gwadar y Pasni; el puerto de Hambantota, en Sri Lanka; el puerto bangladesí de Chittagong; bases navales y comerciales en Birmania, e instalaciones de vigilancia en las islas Coco.

estupa: santuario budista abovedado.

falaj: sistema de túneles, pequeños diques y tanques de almacenaje para proveer de riego eficaz en los climas áridos.

fayenza: material cerámico cubierto con esmalte estannífero.

Free Burma Rangers: grupo humanitario que trabaja en Birmania.

Frente Cívico Unido: partido político liberal de Tanzania compuesto mayoritariamente por indios y árabes.

fusta: pequeña galera.

galeón: navío grande y pesado, mayoritariamente europeo, con múltiples cubiertas y armado con cañones.

galera: barco propulsado a remo.

GAM: Gerakan Aceh Merdeka (Movimiento de Liberación de Aceh), grupo separatista indonesio.

ghat: peldaño (en bengalí), escalinata que sirve para acceder a la ribera del río y en la que se llevan a cabo rituales sagrados y también actividades cotidianas.

GIFT: Ciudad Financiero Tecnológica Internacional de Gujarat, proyecto de ciudad equipada con tecnología punta que estará situada a ocho kilómetros de Gandhinagar, en el estado indio de Gujarat.

grúa pórtico: la carga izada por este tipo de grúa cuelga de una viga que se desplaza sobre raíles de rodadura y que la traslada así del barco al muelle.

hach: el peregrinaje anual a la Meca, en Arabia Saudí, considerado un deber religioso en el islam.

halal: comida que cumple con las leyes musulmanas (en árabe).

halwa: dulce denso hecho a base de sémola o mantequilla de frutos secos (en árabe).

haram: prohibido por el islam (en árabe).

Hégira: la emigración del profeta Mahoma y sus seguidores hacia Medina en el año 622 d. C.

Hindutva: Hinduidad, también usada para referirse a los movimientos nacionalistas hindúes.

Hizbut Tahrir Indonesia: Partido de Liberación, rama indonesia de una organización islámica internacional que aboga por un califato unido.

Huey: helicóptero de combate utilizado por el Ejército de Estados Unidos y los Marines.

imán: líder de una mezquita o líder musulmán que alega ser descendiente de Mahoma.

indiamanes: grandes barcos que se usaron entre los siglos XVI y XIX para el comercio entre Europa y las Indias Orientales.

indo-sarraceno: estilo arquitectónico que combina elementos islámicos e hindúes.

ISI: Dirección de los Servicios de Interinteligencia, la organización de inteligencia más importante de Pakistán.

jahazi: un *dhow* grande para el transporte de carga y pasajeros (en persa).

Jama'atul Muyahidín: organización de militantes islámicos que opera en Bangladés.

janyar: daga curvada tradicional que llevan los hombres en Omán (en árabe).

Jemaah Islamiya: organización de militantes islámicos dedicada al establecimiento de un estado islámico en el sudeste asiático.

jilbab: en Indonesia, velo con el que las mujeres musulmanas se cubren la cabeza (en árabe).

junco: procedente del término del sudeste asiático *jong*, un tipo avanzado de navios que fueron desarrollados por la dinastía Song en el siglo X.

kampung: en Indonesia, una casa (en javanés).

kanga: vestimenta estampada y colorida que llevan las mujeres, y también algunos hombres, en el África oriental (en suajili).

kanzu: túnica blanca o de color claro que llevan los hombres en el África oriental (en suajili).

katchi abadi: asentamiento ilegal en Karachi, Pakistán.

kharif: término con el que se denominan el monzón del sudeste en el Yemen y Omán (en árabe).

kofia: sombrero tejido cilíndrico y sin alas que llevan los hombres de África oriental (en suajili).

Liga Awami: partido político bangladesí de centroizquierda.

LTTE: Tigres de Liberación de Tamil Eelam, organización separatista que busca establecer un estado independiente en el nordeste de Sri Lanka.

lubán: olíbano, incienso puro (en árabe).

lungui: falda tradicional que llevan los hombres en Birmania (en birmano).

madrasa: escuela (en árabe).

Majelis Muyahidín Indonesia: asamblea indonesia de muyahidines, combatientes de la guerra santa islámica.

masala: mezcla de especias que se usa en la cocina de Asia meridional.

mashua: pequeño *dhow* usado en la pesca (en suajili).

matbor: cabecilla o jefe de una aldea musulmana de Bengala.

mausim: estación del año (en árabe).

mohajir: inmigrante o emigrante (en árabe). En Pakistán, se refiere a los refugiados musulmanes llegados tras la independencia de la India.

Muhammadiyah: los Seguidores de Mahoma, organización cívica musulmana de Indonesia.

mustan: en Bangladés, un cabecilla a la manera de la Mafia.

nabab: virrey del Imperio mogol.

naxalitas: grupo militante comunista maoísta de la India.

Nizam: término aplicado a los soberanos del estado indio de Hyderabad desde el siglo XVII hasta la independencia de la India.

NU: Nahdlatul Ulema (Renacimiento de los Mulás), organización cívica musulmana de Indonesia.

ONG: Organización no gubernamental.

Operación de Ayuda Unificada: respuesta militar de Estados Unidos al terremoto y el *tsunami* que tuvieron lugar en el Índico en 2004.

Operación Libertad Duradera: respuesta militar de Estados Unidos, en especial en Afganistán, a los atentados del 11 de septiembre.

Pancasila: conjunto de fundamentos filosóficos, pluralistas y prodemocráticos, en los que está basada la constitución indonesia: la fe en dios, el nacionalismo, el humanismo, la democracia y la justicia social.

pesantren: madrasas o internados musulmanes de Indonesia; la palabra proviene de *santri*, que significa «ortodoxo» (en javanés).

pracharak: activista a tiempo completo de la Rashtriya Swayamsevak Sangh (en hindú); véase RSS.

prao: barco ligero de doble casco usado principalmente en el archipiélago malayo y el Pacífico sur.

Proyección de Mercator: disposición cartográfica en la que las longitudes aparecen en forma de líneas paralelas y las latitudes, también paralelas, están más distanciadas entre sí a medida que se alejan del ecuador, lo que distorsiona el tamaño y la forma de los objetos.

qasr: fortaleza (en árabe).

Raj: periodo del gobierno británico en la India (1858-1947); también el Imperio mogol (1526-1857).

RAW: Ala de investigación y análisis de la Oficina de Inteligencia India.

Revolución Azafrán (2007): movimiento de protesta antigubernamental en Birmania, llamado así por los ropajes de color azafrán que llevaban los monjes budistas.

rohingya: musulmanes del estado de Arakán, en el sudoeste de Birmania.

rompepatas: pequeña mina antipersonal de plástico.

RSS: Rashtriya Swayamsevak Sangh (Organización de Voluntarios Nacionales), grupo que aglutina el movimiento nacionalista hindú.

salacot: procedente de la India, es un sombrero en forma de casco, ligero y aislante, hecho de médula o de corcho, que se usaba para protegerse del sol.

sampán: barco chino de madera y quilla plana.

Sangh: la comunidad de organizaciones hindúes.

santri: sector de la población indonesia que practica una versión ortodoxa del islam.

sari: velo con el que envuelven su cuerpo de diferentes maneras las mujeres del sudeste asiático.

satí: práctica hindú en la que una viuda es inmolada en la pira funeraria de su marido.

saudade: nostalgia, morriña (en portugués).

SEAL: comando de la Marina estadounidense, acrónimo de «sea, air, land» (mar, aire, tierra).

shalwar kameez: vestimenta formada por unos pantalones holgados (*shalwar*) que se ciñen a la cintura y los tobillos y una larga túnica por encima de estos (*kameez*).

shikhara: en la arquitectura de los templos hindúes, una torre (en sánscrito).

SLOC: acrónimo de «Sea Lines of Communication», las principales rutas marítimas entre puertos.

SLORC: Consejo Estatal para el Restablecimiento de la Ley y el Orden, Junta Militar birmana entre 1988 y 1997.

SPDC: Consejo Estatal para la Paz y el Desarrollo, Junta Militar birmana que reemplazó al SLORC en 1997.

suelo aluvial: tierra depositada por un río u otra corriente de agua.

Telón de Bambú: eufemismo que refiere a la divisoria que separa a China y otros países comunistas del este asiático de sus vecinos no comunistas.

Thakur: tratamiento honorífico indio que significa «señor» (en hindi).

Tigres de Tami: véase LTTE.

transbordo: transporte de carga de un barco a otro.

Triángulo de Oro: área que comprende territorios de Birmania, Laos, Tailandia y Vietnam, donde se produce opio en grandes cantidades.

vela cuadra: velamen en el que las velas principales están montadas entre vergas unidas al mástil en perpendicular.

vela latina: vela triangular que se extiende de forma longitudinal por medio de una larga entena (verga) unida en ángulo al mástil.

VHP: Vishvá Hindú Parishad (Consejo Mundial Hindú), partido nacionalista hindú.

vientos alisios: vientos tropicales constantes que soplan desde el nordeste en el hemisferio norte y desde el sudeste en el hemisferio sur.

vientos del oeste: vientos constantes que soplan de oeste a este en las latitudes medias.

iyotir linga: santuario dedicado al dios hindú Shivá.

zoco: mercado o puesto de mercado en el norte de África y Oriente Medio.



ROBERT D. KAPLAN (Nueva York, 1952) es periodista, analista geopolítico, viajero y escritor. Redactor y colaborador habitual en prensa especializada y otros medios, ha trabajado como corresponsal en diversos países durante más de dos décadas, ha sido profesor de Seguridad Nacional en la Academia Naval de Annapolis y miembro del consejo asesor del Departamento de Defensa estadounidense. Gracias a sus ensayos sobre relaciones internacionales y el poder en Estados Unidos, la revista *Foreign Policy* lo ha incluido en la lista de los «Top 100 Global Thinkers» en dos ocasiones. Entre sus obras destacan *Fantasma balcánico*, *La anarquía que viene* y *El retorno de la antigüedad*, así como su fundamental *La venganza de la geografía*.

Notas

[1] Boxer, C. R., *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, Hutchinson, Londres, 1969, pág. 65. <<

[2] Luís Vaz de Camões, *The Lusíads*, trad. Landeg White, 1572; reimp., Oxford University Press, Nueva York, 1997, Canto VI 93. (Para la traducción al español, Luís Vaz de Camões, *Los Lusíadas*, trad. Conde de Cheste, Madrid, Imprenta de D. Antonio Pérez Dubruli, 1872.) <<

[3] Verlinden, Charles, «The Indian Ocean: The Ancient Period and the Middle Ages», en Satish Chandra, *The Indian Ocean: Explorations in History, Commerce and Politics*, Safe, Nueva Delhi, 1987, pág. 27. <<

[1] Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, págs. 10, 34. <<

[2] *Ibid.* Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, págs. 10, 34. TEXTO_ADICIONAL: págs. 12-13. <<

[3] Pearson, Michael, *The Indian Ocean*, Routledge, Nueva York, 2003, pág. 12. <<

[4] Zakaria, Fareed, *The Post-American World*, Norton, Nueva York, 2008. <<

[5] Fernández-Armesto, Felipe, *Pathfinders: A Global History of Exploration*, Norton, Nueva York, 2006, pág. 31. <<

[6] Abu-Lughod, Janet L., *Before European Hegemony: The World System A. D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, pág. 291, citando a Tomé Pires. <<

[7] Keay, John, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, pág. 104. <<

[8] Timmons, Heather y Somini Sengupta, «Building a Modern Arsenal in India», *New York Times*, 31 de agosto de 2007. Citando a Sitanshu Kar, portavoz del Ministerio de Defensa de la India. <<

[9] International Energy Agency, «World Energy Outlook 2007», Paris, 2007.
<<

[10] Danyluk, Bethany, Juli A. MacDonald y Ryan Tuggle, «Energy Futures in Asia: Perspectives on India's Energy Security Strategy and Policies», Booz Allen Hamilton, 2007. <<

[11] Erickson, Andrew y Gabe Collins, «Beijing's Energy Security Strategy: The Significance of a Chinese State-Owned Tanker Fleet», *Orbis*, otoño 2007. <<

[12] Walker, Martin, «CHIMEA: The Emerging Hub of the Global Economy», informe de la A. T. Kearney, Washington, D. C., 2008. Diez barcos pasan cada hora por el estrecho de Malaca, 24 horas al día, siete días a la semana.
<<

[13] P. M. Barnett, Thomas, «India's 12 Steps to a World-Class Navy», *Proceedings*, Annapolis, MD, julio de 2001. <<

[14] Holmes, James R. y Toshi Yoshihara, «China and the United States in the Indian Ocean: An Emerging Strategic Triangle?» *Naval War College Review*, verano 2008. <<

[15] MacDonald, Juli A., Amy Donahue y Bethany Danyluk, «Energy Futures in Asia: Final Report», Booz Allen Hamilton, noviembre de 2004. La cita fue reproducida originalmente por el especialista en China Ross Munro. <<

[16] Holmes y Yoshihara, «China and the United States in the Indian Ocean».
<<

[17] China está construyendo instalaciones similares en Camboya junto al golfo de Tailandia y el mar de China meridional. MacDonald, Donahue y Danyluk, «Energy Futures in Asia»; Malik, «Energy Flows and Maritime Rivalries in the Indian Ocean Region». <<

[18] Erickson, Andrew, y Lyle Goldstein, «Gunboats for China's New "Grand Canals"», *Naval War College Review*, primavera 2009. <<

[19] Levathes, Louise, *When China Ruled the Seas: The Treasury Fleet of the Dragon Throne*, Oxford University Press, Nueva York, 1994; Thant Myint-U, *The River of Lost Footsteps: A Personal History of Burma*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2006, pág. 66; Richard Hall, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, pág. 79. <<

[20] M. Shamsur Rabb Khan, «Time to Revive India-Iran Relations», *IndiaPost.com*, 27 de enero de 2008. <<

[21] Kemp, «East Moves West». <<

[22] Maitra, Ramtanu, «India-US Security: All at Sea in the Indian Ocean», *Asia Times*, 6 de diciembre de 2007. <<

[23] MacDonald, Donahue y Danyluk, «Energy Futures in Asia». <<

[24] Sheridan, Greg, «East Meets West», *National Interest*, noviembre/diciembre de 2006. <<

[25] *Ibid.* Sheridan, Greg, «East Meets West», *National Interest*, noviembre/diciembre de 2006. <<

[26] Walker, «CHIMEA». <<

[1] El golfo Pérsico alberga el 57 % de las reservas mundiales de crudo. <<

[t2] En enero de 2004, la Corporación Petroquímica de China (Sinopec) firmó un contrato con Arabia Saudí para la exploración y explotación de gas natural en un área de casi 40 000 km² situada en el Cuarto Vacío, en el sur del país. La polución atmosférica se está convirtiendo en un problema cada vez más serio en China a causa de los combustibles de origen fósil, por lo que se recurrirá al gas natural, más limpio. Geoffrey Kemp, «The East Moves West», *National Interest*, verano 2006. En cualquier caso, el consumo de petróleo en China está creciendo a un ritmo siete veces superior al de Estados Unidos. Mohan Malik, «Energy Flows and Maritime Rivalries in the Indian Ocean Region», Asia-Pacific Center for Security Studies, Honolulu, 2008. <<

[1] Fernández-Armesto, Felipe, *Pathfinders: A Global History of Exploration*, Norton, Nueva York, 2006, pág. 36. <<

[2] Villiers, Alan, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, pág. 55. <<

[3] Hight, Juliet, *Frankincense: Oman's Gift to the World*, Prestel, Nueva York, 2006. <<

[4] Ministry of National Heritage and Culture, *Oman: A Seafaring Nation*, Sultanato de Omán, Mascate, 2005. <<

[5] *Los viajes de Marco Polo*, cap. 37. <<

[6] Abu-Lughod, Janet L., *Before European Hegemony: The World System A. D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, pág. 203; Richard Hall, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, pág. 8. <<

[7] Keay, *Honourable Company*, págs. 16-17. <<

[8] Wink, André, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World, vol. 1, Early Medieval India and the Expansion of Islam, 7th-11th Centuries*, Brill, Boston y Leiden, Países Bajos, 1990, 2002, pág. 4. <<

[9] Mackinder, Halford, «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal*, Londres, abril de 1904. <<

[10] Fernández-Armesto, *Pathfinders*, pág. 33. <<

[11] Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, págs. 198-99. Véase también Hourani, págs. 47, 62; Wink, *Al-Hind*, pág. 50. <<

[12] Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, págs. 200, 208, 261. <<

[13] Fernández-Armesto, *Pathfinders*, pág. 64. <<

[14] Risso, Patricia, *Merchants & Faith: Muslim Commerce and Culture in the Indian Ocean*, Westview, Boulder, CO, 1995, pág. 46; Philip D. Curtin, *Cross-Cultural Trade in World History*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984, pág. 121. <<

[15] Hourani, George F., *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1951, págs. 4, 23. <<

[16] Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, pág. 242. <<

[17] Hodgson, Marshall G. S., *The Venture of Islam, vol. 2, The Expansion of Islam in the Middle Periods*, University of Chicago Press, Chicago, 1961, págs. 542-43. <<

[18] Risso, *Merchants & Faith*, pág. 53. <<

[19] *Ibid.* Risso, *Merchants & Faith*, pág. 53. TEXTO_ADICIONAL: págs. 5-6, 54, 71-72. <<

[20] *Ibid.* Risso, *Merchants & Faith*, pág.53. TEXTO_ADICIONAL:
págs. 23-24. <<

[21] Boxhall, Peter, «Portuguese Seafarers in the Indian Ocean», *Asian Affairs*, vol. 23, núm. 3 (1992). <<

[22] Chandra, Nayan, «When Asia Was One», *GlobalAsia: A Journal of the East Asia Foundation*, septiembre de 2006. <<

[23] Hall, *Empires of the Monsoon*, págs. 24-25, 63. <<

[24] Chanda, «When Asia Was One». <<

[25] Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, pág. 253. <<

[t1] El sistema monzónico se comporta de un modo tan fiable que cuando no lo hace ello constituye un suceso histórico. A saber, en 1630 la ausencia de lluvias en ciertas regiones de la India —Guyarat, el Decán, la costa de Coromandel— provocó un millón de muertes a causa de la sequía. John Keay, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, págs. 115-16. <<

[t2] El dhow más pequeño, usado en la pesca, se llama *mashua*, un nombre procedente de la India; el tipo más largo, usado para el transporte de carga y pasajeros, es el *jahazi*, un nombre de origen persa. <<

[t3] Alan Villiers, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, págs. 3, 6, 56-57. La situación del viento era todavía más complicada en la bahía de Bengala, cuya costa oriental quedaba parcialmente bloqueada por el monzón del nordeste. Véase Sinnappah Arasaratnam, *Maritime India in the Seventeenth Century*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1994, pág. 4. <<

[4] La Flota del Tesoro estaba formada por barcos de guerra armados con cañones de pequeño calibre, bombas y cohetes. <<

[t5] La propia aridez del yermo Cuarto Vacío fue otra de las razones que empujaron a los omaníes al mar. <<

[t6] Aunque muchos estudiosos lo confirman, aún hay cierta confusión en torno a la identidad del piloto de De Gama; un experto sitúa su origen en Guyarat. Satish Chandra, *The Indian Ocean: Explorations in History, Commerce and Politics*, Sage, Nueva Delhi, 1987, pág. 18. <<

[t7] En unas excavaciones en Kenia se ha desenterrado cerámica iraní de la era sasánida, finales de la Edad Antigua, así como cerámica china de Yue, lo que corrobora las grandes distancias que se cubrieron por mar. Charles Verlinden, «The Indian Ocean: The Ancient Period and the Middle Ages», en Satish Chandra, *The Indian Ocean: Explorations in History, Commerce and Politics*, Sage, Nueva Delhi, 1987, pág. 50. <<

[1] Curzon, George N., *Frontiers: The Romanes Lecture 1907*, 1907; reimp., Elibron Classics, Boston, 2006. <<

[2] *Ibid.* Curzon, George N., *Frontiers: The Romanes Lecture 1907*, 1907; reimp., Elibron Classics, Boston, 2006. TEXTO_ADICIONAL: págs. 13-16.
<<

[3] Mansfield, Peter, *The Arabs*, Penguin, Harmondsworth, Ing., 1976, pág. 371 de Penguin; Curzon, *Frontiers*, pág. 42. <<

[4] Lewis, Bernard, *The Middle East: A Brief History of the Last 2000 Years*, Simon & Schuster, Nueva York, 1995, pág. 66. Véase también Ayesha Jalal, *Partisans of Allah*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2008. <<

[5] Allen Jr., Calvin H., «Oman: A Separate Place», *Wilson Quarterly*, Año Nuevo de 1987. <<

[6] *Ibid.* Allen Jr., Calvin H., «Oman: A Separate Place», *Wilson Quarterly*, Año Nuevo de 1987. <<

[7] Hall, Richard, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, pág. 355. <<

[8] *Ibid.* Hall, Richard, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, pág. 355. <<

[9] Huntington, Samuel P., *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, CT, 1968, págs. 5-6. <<

[10] Engsens Ho, profesor de Antropología de la Universidad de Harvard, presentación para un simposio acerca de las ciudades-estado portuarias del océano Índico, «Port City States of the Indian Ocean», Harvard University y la Dubai Initiative, 9-10 de febrero de 2008. <<

[1] Sin embargo, debemos ser cuidadosos, dado que la interrelación entre geografía y política nunca es tan automática y está llena de contradicciones. En realidad, puede darse una dinámica muy fluida, en particular cuando sucede un gran cataclismo. Al igual que las condiciones del mar pueden afectar ocasionalmente al interior desértico, también ocurre en sentido inverso. Por ejemplo, había una ruta naval en el siglo XIII que unía Cantón, en China, con la ciudad iraquí de Basora, desde donde las mercancías se trasladaban a Bagdad, y de ahí, por tierra, hasta el Mediterráneo. En realidad, Basora funcionaba como el puerto de Bagdad, y conectaba la gran ciudad medieval de los califas abasíes con el golfo Pérsico y el océano Índico, y en consecuencia con todo Oriente. Pero en 1258 los mongoles surgieron del desierto, saquearon el Bagdad abasí y la seguridad se fue a pique en todo Irak. El resultado fue que la ruta naval hacia el golfo Pérsico se hizo adversa, y las rutas comerciales con el Índico se trasladaron del golfo Pérsico vía Omán al mar Rojo vía el Yemen. Engseng Ho, catedrático de Antropología de la Universidad de Harvard, en la presentación del Congreso sobre las «Ciudades-Estado portuarias del océano Índico», Universidad de Harvard y la Dubai Initiative, 9-10 de febrero de 2008. <<

[t2] El nizam de Hyderabad, en el centro-sur de la India, reclutaba a sus guardaespaldas exclusivamente entre los hombres de las tribus de Hadhramaut. He escrito más extensamente sobre el Yemen en otras ocasiones: véase Robert D. Kaplan, *Imperial Grunts: The American Military on the Ground*, Random House, Nueva York, 2005, cap. 1 y Robert D. Kaplan, «A Tale of Two Colonies», *The Atlantic*, abril de 2003. <<

[t3] De hecho, la influencia persa sobre Omán se remonta a la antigüedad. El sistema de riego *falaj* —formado por túneles, pequeños diques y tanques de almacenaje— llegó a Omán de la mano de colonos persas en el siglo VII a. C. , en el marco de la expansión del Imperio aqueménida. <<

[^{t4}] Habría que decir que, en general, los esclavistas omaníes no eran ni mucho menos tan crueles como sus homólogos europeos. Lejos de imponer una muerte en vida a los pobres africanos que capturaban, a menudo los integraban en sus familias, los vestían y les daban esposas, de acuerdo con las leyes del Corán. <<

[t5] Este hecho fue especialmente mortificante, ya que en los umbrales del siglo XIX Omán era una potencia marítima en el norte del mar Árabe, solo superada por Gran Bretaña. Richard Hall, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, pág. 355.
<<

[t6] En general, parece que Omán carece de libertad política pero respeta enormemente los derechos humanos. El informe del Departamento de Estado de Estados Unidos sobre los derechos humanos en Omán del año 2008 indica que, pese a que el gobierno está centralizado en la autoridad del sultán, «en octubre de 2007 aproximadamente 245 000 votantes registrados participaron en unas elecciones por lo general libres y justas» para el Majlis al-Shura. De manera similar, la libertad de prensa, expresión, reunión y credo están restringidas. No obstante, los derechos humanos básicos son ampliamente respetados. No había noticia de crímenes arbitrarios o ilegales por parte del gobierno, ni tampoco de desapariciones debidas a motivos políticos, y el gobierno «observa generalmente» las prohibiciones en cuanto a arrestos y detenciones arbitrarias. <<

[7] Más comúnmente conocida como Maersk Sealand, una compañía danesa.

<<

[1] Boxer, C. R., *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, con una introducción de J. H. Plumb, Hutchinson, Londres, 1969, pág. 354. <<

[2] Landeg White, introducción a Luís Vaz de Camões, *The Lusíads*, Oxford University Press, Nueva York, 1997. <<

[3] Hourani, George F., *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1951, pág. 35. <<

[4] Gibbon, Edward, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, 1776; reimp., Knopf, Nueva York, 1993, cap. 2. Véase también Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A. D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, pág. 265. <<

[5] Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, pág. 265. <<

[6] Burton Stein, *A History of India*, Ing., Blackwell, Oxford, 1998, págs. 100-104, 127-28. <<

[7] Hall, Richard, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, pág. 323. <<

[8] Para más detalles, véase Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 2, 1949; HarperS Row, Nueva York, 1973, págs. 1174-76. <<

[9] Russell-Wood, A. J. R., *The Portuguese Empire, 1415-1808: A World on the Move*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, pág. 22. <<

[10] Pannikar, K. M., *Asia and Western Dominance*, Allen & Unwin, Londres, 1959, pág. 17. <<

[11] *Ibid.* Pannikar, K. M., *Asia and Western Dominance*, Allen & Unwin, Londres, 1959, pág. 17. TEXTO_ADICIONAL: pág. 24. <<

[12] Hall, *Empires of the Monsoon*, pág. 190. <<

[13] Panikkar, *Asia and Western Dominance*, págs. 17, 24, 313. <<

[14] *Ibid.* Panikkar, *Asia and Western Dominance*, págs. 17, 24, 313.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 25. <<

[15] Russell, Peter, *Prince Henry «the Navigator»: A Life*, Yale University Press, New Haven, CT, 2000. <<

[16] *Saudi Aramco World*, junio/julio de 1962. <<

[17] Risso, Patricia, *Merchants & Faith: Muslim Commerce and Culture in the Indian Ocean*, Westview, Boulder, CO, 1995, pág. 36; Jakub J. Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006, págs. 41-42. <<

[18] Esta sección se basa ampliamente en Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*. <<

[19] Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, pág. 43. <<

[20] Dalrymple, William, *The Age of Kali: Indian Travels and Encounters*, HarperCollins, Londres, 1998, pág. 238. <<

[21] Villiers, Alan, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, págs. 161-65. <<

[22] Fernández-Armesto, *Pathfinders*, pág. 181. <<

[23] Sergeant, R. B., *The Portuguese Off the South Arabian Coast*, Clarendon, Oxford, Ing., 1963, pág. 15. <<

[24] Pearson, Michael, *The Indian Ocean*, Routledge, Nueva York, 2003, pág. 125. <<

[25] Plumb en Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, pág. xxiii. <<

[26] Hall, *Empires of the Monsoon*, págs. 172, 198. Véase también Gaspar Correa, *The Three Voyages of Vasco da Gama*, 1869; reimp., University Microfilms, Ann Arbor, MI, 1964; y Nick Robins, *The Corporation That Changed the World: How the East India Company Shaped the Modern Multinational*, Hyderabad, Orient Longman, India, 2006, págs. 41-42. <<

[27] Lawrence, T. E., *Seven Pillars of Wisdom: A Triumph*, Jonathan Cape, Londres, 1926, 1935, cap. 3. <<

[28] Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, págs. 377-78. <<

[29] *Ibid.* Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, págs. 377-78.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 296. <<

[30] *Ibid.* Boxer, *Portuguese Seaborne Empire*, págs. 377-78.
TEXTO_ADICIONAL: págs. 39-43. <<

[31] Risso, *Merchants & Faith*, pág. 52. <<

[32] Russell-Wood, *Portuguese Empire*, págs. 15, 18-20. <<

[33] *Ibid.* Russell-Wood, *Portuguese Empire*, págs. 15, 18-20.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 21. <<

[³⁴] Pessoa, Fernando, *The Book of Disquiet*, trad. Margaret Juli Costa, 1982; reimp., Serpent's Tail, Nueva York, 1991, pág. 52. <<

[35] Russell-Wood, *The Portuguese Empire*, págs. 23, 198. <<

[36] Bowra, C. M., «Camões and the Epic of Portugal», en su obra *From Virgil to Milton*, 1945; reimp., Macmillan, Londres, 1967, págs. 99-100; Luís Vaz de Camões, *The Lusiads*, trad. Landeg White, Oxford University Press, Nueva York, 1997, Canto V 81. <<

[37] Camões, Lusiads, Canto VIII 86. <<

[38] *Ibid.* Camões, *Lusiads*, Canto VIII 86. TEXTO_ADICIONAL: Canto IV 87; VI 80-84. <<

[39] White, Introducción a *The Lusiads*. Véase también Sanjay Subrahmanyam, *The Career and Legend of Vasco da Gama*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997, págs. 154-159. <<

[40] Camões, *Lusiads*, Canto V 86. <<

[41] Bowra, *From Virgil to Milton*, pág. 86. <<

[42] Camões, Canto I 27. <<

[43] Camões, Canto V 16. <<

[44] Bowra, *From Virgil to Milton*, pág. 97; Camões, Canto I 64, y X 102, 122.

<<

[45] *Encyclopaedia Britannica*, 11a ed., Nueva York, 1910. <<

[46] Camões, Canto I 3. <<

[47] *Ibid.* Camões, Canto I 3. TEXTO_ADICIONAL: Canto I 99. <<

[48] *Ibid.* Camões, Canto I 3. TEXTO_ADICIONAL: Canto IX 1. <<

[49] Bowra, *From Virgil to Milton*, págs. 133, 136. <<

[50] Camões, Canto IV 99. <<

[t1] Hípalo pudo haber sido greco-egipcio, aunque existe cierta confusión acerca de si realmente existió. La fecha exacta de su descubrimiento no se conoce con seguridad. El funcionamiento del monzón podría conocerse desde que Nearco, un oficial del ejército de Alejandro Magno, volvió navegando desde la India en el 326 a. C. Hourani, *Arab Seafaring*, pág. 25; Donald B. Freeman, *The Straits of Malacca: Gateway or Gauntlet?*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 2003, pág. 12; Charles Verlinden, «The Indian Ocean: The Ancient Period and the Middle Ages», en Satish Chandra, *The Indian Ocean: Explorations in History, Commerce and Politics*, Sage, Nueva Delhi, 1987, pág. 32. <<

[t2] Los juncos, del término procedente del sudeste asiático *jong*, eran un tipo avanzado de navíos chinos que desarrolló la dinastía Song en el siglo X. <<

[t3] Llegar de Lisboa a Goa (la India) suponía habitualmente entre 6 y 8 meses de viaje ininterrumpido. A. J. R. Russell-Wood, *The Portuguese Empire, 1415-1808: A World on the Move*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, págs. 37, 58, 59, 73, 119, 219. <<

[t4] Pero como señala Fernand Braudel, la ocupación turca de Egipto y Siria no tuvo lugar hasta después del viaje de Vasco de Gama, con lo que acorralar a los turcos era solo un factor en el espíritu portugués de las cruzadas contra el mundo islámico. Braudel, *The Mediterranean Sea and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 2, págs. 667-68. <<

[t5] No solo los árabes, sino también los indios habían explorado mucho tiempo antes el Gran Océano Índico desde África oriental hasta Borneo, más allá del estrecho de Malaca. <<

[t6] Arribaron el 20 de mayo. El viaje de vuelta duró cuatro meses porque los vientos circulaban en la dirección contraria. Perdieron a la mitad de la tripulación y los supervivientes estaban imposibilitados por el escorbuto. Felipe Fernández-Armesto, *Pathfinders: A Global History of Exploration*, Norton, Nueva York, 2006, pág. 180. <<

[t7] El astrolabio era una gruesa placa de bronce con un brazo que se movía en torno a un eje. Se usaba para medir la elevación de las estrellas conocidas y calcular así la latitud y la hora. Apareció en la segunda mitad del siglo VIII en Bagdad, construido por Muhammad al-Fazari, y fue utilizado por Ahmed ibn Majid. <<

[t8] La crítica postura de Boxer hacia los portugueses, expuesta en su obra maestra, *The Portuguese Seaborne Empire*, ;ha sido cuestionada en algunos aspectos por el estudioso Holden Furber, que observaba una estrecha cooperación entre asiáticos y europeos durante la era de la navegación. Ashin Das Gupta y M. N. Pearson, ed., *India and the Indian Ocean, 1500-1800* , Oxford University Press, Calcuta, 1987, pág. 131. <<

[t9] Algunos estudiosos afirman que el comportamiento de los portugueses no era mucho peor que el de holandeses e ingleses, y que la arrogancia anglo-estadounidense es la responsable de la imagen negativa que se tiene del colonialismo portugués. Kenneth McPherson, *The Indian Ocean: A History of People and the Sea*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1993, pág. 267. <<

[1] Wink, André, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World, vol. 1, Early Medieval India and the Expansion of Islam, 7th-11th Centuries*, Brill, Boston y Leiden, Países Bajos, 1990, 2002, pág. 129. <<

[2] Keay, John, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, pág. 103. <<

[3] Raman, B., «Hambantota and Gwadar —an Update», Institute for Tropical Studies, Chennai, India, 2009. <<

[4] Wirsing, Robert G., «Baloch Nationalism and the Geopolitics of Energy Resources: The Changing Context of Separatism in Pakistan», Strategic Studies Institute, U. S. Army War College, Carlisle, PA, 17 de abril de 2008.
<<

[5] Thesiger, Wilfred, *Arabian Sands*, Dutton, Nueva York, 1959, pág. 276.

<<

[6] «The Great Land Robbery, Gwadar», *The Herald*, Karachi, Pakistan, junio de 2008. <<

[7] Harrison, Selig S., «Ethnic Tensions and the Future of Pakistan», borrador de trabajo preparado para el Center for International Policy, 2008. <<

[8] Harrison, «Pakistan's Baluch Insurgency», *Le Monde Diplomatique*, octubre de 2006. <<

[9] International Crisis Group, «Pakistan: The Forgotten Conflict in Balochistan», Islamabad/Bruselas, 22 de octubre de 2007. <<

[10] *Ibid.* International Crisis Group, «Pakistan: The Forgotten Conflict in Balochistan», Islamabad/Bruselas, 22 de octubre de 2007. <<

[11] *Ibid.* International Crisis Group, «Pakistan: The Forgotten Conflict in Balochistan», Islamabad/Bruselas, 22 de octubre de 2007. <<

[12] *Ibid.* International Crisis Group, «Pakistan: The Forgotten Conflict in Balochistan», Islamabad/Bruselas, 22 de octubre de 2007. <<

[13] Wirsing, «Baloch Nationalism and the Geopolitics of Energy Resources».
<<

[14] *Ibid.* Wirsing, «Baloch Nationalism and the Geopolitics of Energy Resources». <<

[15] Wink, *Al-Hind*, págs. 173, 175. <<

[16] Baker, Aryn, «Karachi Dreams Big», *Time (Asia)*, 8 de febrero de 2008.
<<

[17] Kaplan, Robert D., *Imperial Grunts: The American Military on the Ground*, Random House, Nueva York, 2005, pág. 37. <<

[18] *Ibid.* Kaplan, Robert D., *Imperial Grunts: The American Military on the Ground*, Random House, Nueva York, 2005, pág. 37. <<

[19] Stark, Freya, *East Is West*, John Murray, Londres, 1945, pág. 198. <<

[20] Richards, John F., *Mughal Empire*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995, pág. 51. <<

[21] Dalrymple, William, «Pakistan in Peril», *New York Review of Books*, 12 de febrero de 2009. <<

[22] Wink, *Al-Hind*, pág. 213. <<

[23] Tainter, Joseph A., *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press, Nueva York, 1988, pág. 6. <<

[24] Stein, Burton, *A History of India*, Blackwell, Oxford, Eng., 1998, pág. 22.

<<

[25] Gordon East, W., *The Geography Behind History*, Norton, Nueva York, 1965, pág. 142. <<

[26] Raza Morio, Asif, *Moen Jo Daro, Mysterious City of [the] Indus Valley Civilization*, Editions, Larkana, Pakistan, 2007. <<

[27] Weaver, Mary Anne, *Pakistan: In the Shadow of Jihad and Afghanistan*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2002, pág. 181. <<

[28] Tainter, *Collapse of Complex Societies*, pág. 1. <<

[29] Burton, Richard F., *Sindh: and the Races That Inhabit the Valley of the Indus; with Notices of the Topography and History of the Province*, Allen, Londres, 1851, págs. 3, 362. <<

[1] Pantalones holgados (*shalwar*) ;que se ciñen a la cintura y los tobillos y una larga túnica por encima de estos (*kameez*). <<

[t2] En noviembre de 2007, las fuerzas de seguridad pakistaníes asesinaron a Nawabzada Balach Marri, el más joven de los seis hijos de Marri. <<

[t3] *Punjab* significa «cinco ríos» —el Beas, el Ravi, el Jhelum, el Shatlush y el Chenab— en un urdu con una poderosa influencia del persa. Todos nacen en los lagos del Himalaya. <<

[t4] Aquí tuvo lugar otra devastación a manos de los portugueses, que navegaron río arriba el Indo hasta Thatta, saquearon la ciudad y mataron a miles de personas, simplemente por no pagar el tributo. <<

[1] Luce, Edward, *In Spite of the Gods: The Strange Rise of Modern India*, Doubleday, Nueva York, 2007, págs. 158-62. <<

[2] Citizens for Justice and Peace, «Summary of the CJP's Activities Between April 2002 and October 2003», Mumbai. <<

[3] Wink, André, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World*, vol. 2, *The Slave Kings and the Islamic Conquest, 11th-13th Centuries*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1997, pág. 269. <<

[4] Luís Vaz de Camões, *The Lusiads*, trad. Landeg White, 1572; reimp., Oxford University Press, Nueva York, 1997, Canto X 106. <<

[5] Hodgson, Marshall G. S., *The Venture of Islam, vol. 2, The Expansion of Islam in the Middle Periods*, University of Chicago Press, Chicago, 1961, pág. 546; Alan Villiers, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, pág. 109. <<

[6] Gunawardana, R. A.L. H., «Changing Patterns of Navigation in the Indian Ocean and Their Impact on Pre-Colonial Sri Lanka», en Satish Chandra, *The Indian Ocean: Explorations in History, Commerce and Politics*, Sage, Nueva Delhi, 1987), pág. 81. <<

[7] Arasaratnam, S., «India and the Indian Ocean in the Seventeenth Century», en As hin Das Gupta y M. N. Pearson, eds., *India and the Indian Ocean, 1500-1800*, Oxford University Press, Kolkata, 1987. <<

[8] Engseong Ho, «Port City States of the Indian Ocean», Harvard University y la Dubai Initiative, 9-10 de febrero de 2008. <<

[9] Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, pág. 75. Charles Verlinden, «The Indian Ocean: The Ancient Period and the Middle Ages», en Chandra, *Indian Ocean*, pág. 49. <<

[10] Tripathi, Dwijendra, «Crisis of Indian Polity and the Historian», Indian History Congress, Amritsar, 2002. <<

[11] Véase en este contexto Susanne Hoerber Rudolph y Lloyd I. Rudolph, «Modern Hate: How Ancient Animosities Get Invented», *New Republic*, 22 de marzo de 1993. <<

[12] Walter Laqueur, ed., *Fascism: A Reader's Guide; Analyses, Interpretations, Bibliography*, Wildwood, Londres, 1976. <<

[13] Juan J. Linz, «Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective». Véase también Zeev Sternhell, «Fascist Ideology». Ambos en Laqueur, *Fascism*. <<

[14] Pynchon, Thomas, Prólogo a George Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, Penguin, Nueva York, 2003. <<

[15] Véase Achyut Yagnik y Suchitra Sheth, *The Shaping of Modern Gujarat: Plurality, Hindutva and Beyond*, Penguin India, Nueva Delhi, 2005. <<

[16] Camões, *The Lusiads*, Canto X 60, 64. <<

[17] Sen, Amartya, «Why Democratization Is Not the Same as Westernization, Democracy and Its Global Roots», *New Republic*, 6 de octubre de 2003. <<

[18] Canetti, Elias, *Crowds and Power*, Viking, Nueva York, 1960. <<

[1] Richards, John E, *The Mughal Empire*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995, pág. 122. <<

[2] *Ibid.* Richards, John E, *The Mughal Empire*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995, pág. 122. TEXTO_ADICIONAL: pág. 35. <<

[3] Eaton, Richard M., *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, University of California Press, Berkeley, 1993, págs. 159-60. <<

[4] Richards, *Mughal Empire*, págs. 239, 242. <<

[5] Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, pág. 56. <<

[6] Dalrymple, William, *City of Djinnns: A Year in Delhi*, HarperCollins, Londres, 1993, págs. 82-83. <<

[7] Curzon, George N., *Frontiers: The Romanes Lecture 1907*, 1907; reimp., Elibron Classics, Boston, 2006, págs. 57-58. <<

[8] Lord Curzon of Kedleston, *The Place of India in the Empire*, John Murray, Londres, 1909, pág. 12. <<

[9] Khanna, Parag y C. Raja Mohan, «Getting India Right», *Policy Review*, febrero/marzo de 2006. <<

[10] Cohen, Stephen P., *India: Emerging Power*, Brookings, Washington, DC, 2001, pág. 55. <<

[11] R. Holmes, James, Andrew C. Winner y Toshi Yoshihara, *Indian Naval Strategy in the 21st Century*, Routledge, Londres, 2009, pág. 131. <<

[12] Holmes y Yoshihara, «China and the United States in the Indian Ocean, An Emerging Strategic Triangle?», *Naval War College Review*, verano de 2008. De los artículos de Ming: «The Indian Navy Energetically Steps Toward the High Seas» y «The Malacca Dilemma and the Chinese Navy's Strategic Choices». <<

[13] Holmes y Yoshihara, «China and the United States in the Indian Ocean».
<<

[14] Kemp, Geoffrey, «The East Moves West», *National Interest*, verano de 2006. <<

[15] Timmons Heather, y Somini Sengupta, «Building a Modern Arsenal in India», *New York Times*, 31 de agosto de 2007. <<

[16] Twining, Daniel, «The New Great Game», *Weekly Standard*, 25 de diciembre de 2006. <<

[17] Sheridan, Greg, «East Meets West», *National Interest*, noviembre/diciembre de 2006. <<

[18] Holmes, Winner y Toshihara, *Indian Naval Strategy in the 21st Century*,
pág. 142. <<

[19] *Defense Industry Daily*, 6 de junio de 2005. <<

[20] Malik, Mohan, «Energy Flows and Maritime Rivalries in the Indian Ocean Region», Asia-Pacific Center for Security Studies, Honolulu, 2008. <<

[21] Wolfe, Adam, Yevgeny Bendersky y Federico Bordonaro, *Power and Interest News Report*, 20 de julio de 2005. <<

[22] Khanna y Mohan, «Getting India Right». <<

[23] Luce, Edward, *In Spite of the Gods: The Strange Rise of Modern India*, Doubleday, Nueva York, 2007, pág. 287. <<

[24] *Ibid.* Luce, Edward, *In Spite of the Gods: The Strange Rise of Modern India*, Doubleday, Nueva York, 2007, pág. 287. TEXTO_ADICIONAL: pág. 275. <<

[25] Twining, «New Great Game». <<

[26] Stanley Weiss, «India: The Incredible and the Vulnerable», *International Herald Tribune*, 23 de abril de 2008. <<

[27] Khanna y Mohan, «Getting India Right.» <<

[28] Sunil Khilnani, «India as a Bridging Power», The Foreign Policy Centre, 2005. <<

[29] Harsh V. Pant, «A Rising India's Search for a Foreign Policy», *Orbis*, primavera 2009. <<

[1] Desde finales del siglo XII hasta la invasión mogola, la propia Bengala había estado bajo el sultanato de Delhi, más desorganizado. <<

[t2] Se esperaba que la India superara a China hacia 2032 como el país con mayor población del mundo. <<

[t3] La partida del presupuesto de defensa destinada a la armada se ha duplicado desde principios de los noventa. Walter C. Ladwig III, «Delhi's Pacific Ambition: Naval Power, "Look East" and India's Emerging Influence in the Asia Pacific», *Asia Security*, vol. 5, núm. 2, mayo 2009. <<

[^{t4}] Daniel Twining, «The New Great Game», *Weekly Standard*, 25 de diciembre de 2006. La India no reconoció la soberanía china sobre el Tíbet hasta 2005; a cambio, China reconoció la soberanía india sobre el estado himalayo de Sikkim. <<

[t5] A algunos indios les gustaba señalar que China se había opuesto a la venta de uranio a la India por parte de Australia, que se usaría en su programa nuclear, lo que sugería que China se oponía al propio desarrollo del poder indio. <<

[t6] Pakistán acusa periódicamente a la India de utilizar sus nuevos consulados en Afganistán para prestar apoyo al movimiento separatista baluchi. <<

[7] Enfrentada, según creía, a la amenaza de China y Pakistán, la India era también una aliada de Estados Unidos en materia de defensa antimisiles. <<

[1] Villiers, Alan, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, pág. 5. <<

[2] Entrevista con Jay Gullede, científico sénior, Pew Center on Global Climate Change, 2009. <<

[3] Eaton, Richard M., *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, University of California Press, Berkeley, 1993, pág. 306. <<

[4] Huntington, Samuel R, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, CT, 1968, págs. 1,9, 47. <<

[5] Eaton, *Rise of Islam and the Bengal Frontier*, pág. 235. <<

[6] Luís Vaz de Camões, *The Lusiads*, trad. Landeg White, Oxford University Press, Nueva York, 1997, CantoX 121. <<

[7] Qanungo, Suniti Bhushan, *A History of Chittagong*, Signet, Chittagong, Bangladés, 1988, pág. 468. Me he apoyado en los materiales de esta obra para gran parte del contexto histórico. <<

[8] Thant Myint-U, *The River of Lost Footsteps: A Personal History of Burma*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2006, pág. 72. <<

[9] *Ibid.* Thant Myint-U, *The River of Lost Footsteps: A Personal History of Burma*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2006, pág. 72.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 110. <<

[t1] El agua retorna a la atmósfera por la transpiración que se produce en las hojas, por lo que los bosques son cruciales para el proceso. Puesto que el desarrollo humano está acabando con la cubierta forestal, amenaza con debilitar el monzón, imprescindible para la agricultura. Este es un tipo de cambio climático menos conocido. Alexander Frater, *Chasing the Monsoon*, Holt, Nueva York, 1990, págs. 31-32, 65, 70, 159; Michael Pearson, *The Indian Ocean*, Routledge, Nueva York, 2003, págs. 19-20. <<

[1] Keay, John, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, págs. 220, 272. <<

[2] Luís Vaz de Camões, *The Lusiads*, trad. Landeg White, Oxford University Press, Nueva York, 1997, Canto VII 20. <<

[3] Eaton, Richard M., *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, University of California Press, Berkeley, 1993, págs. 12-13, 19-20, 61-62, 313. <<

[4] Moorhouse, Geoffrey, *Calcutta: The City Revealed*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971, pág. 93. <<

[5] *Ibid.* Moorhouse, Geoffrey, *Calcutta: The City Revealed*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971, pág. 93. TEXTO_ADICIONAL: pág. 18. <<

[6] Gilmour, David, *Curzon: Imperial Statesman*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1994, pág. 145. <<

[7] Lapierre, Dominique, *The City of Joy*, Doubleday, Nueva York, 1985. <<

[8] Vollmann, William T, *Poor People*, Ecco, Nueva York, 2007, págs. xiv, 111, 123-24, 239. <<

[9] Biardeau, Madeleine, *India*, trad. F. Carter, Vista, Londres, 1960, págs. 65, 73. <<

[10] Moorhouse, *Calcutta*, pág. 128. <<

[11] Gangopadhyay, Sunil, *Those Days*, trad. Aruna Chakravarti, Penguin, 1981, Nueva York, 1997, pág. 581. <<

[12] Lubbock, Basil, *The Opium Clippers*, Lauriat, Boston, 1933, págs. 13-14, 16-17, 28. Como ejemplo de los beneficios, el opio comprado por 70 rupias en Bengala podía venderse por 225 en Batavia, en las Indias orientales holandesas. Véase C. R. Boxer, *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*, Hutchinson, Londres, 1965, pág. 228. <<

[13] Winchester, Simon y Rupert, *Calcutta*, Lonely Planet, Oakland, CA, 2004, pág. 32. <<

[14] Keay, *Honourable Company*, pág. 193. <<

[15] La expresión «vastas fuerzas impersonales» fue utilizada por T. S. Eliot. Véase el ensayo de Isaiah Berlín «Historical Inevitability», originalmente una conferencia, 1953) y publicado en su libro *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, Londres, 1969. <<

[16] Macaulay, Thomas Babington, *Essay on Lord Clive*, con introducción y notas de Preston C. Farrar, 1840; reimp., Longmans, Green, Nueva York, 1910, págs. xxx, 3, 16-17. <<

[17] Keay, *Honourable Company*, pág. 289. <<

[18] *Ibid.* Keay, *Honourable Company*, pág. 289. TEXTO_ADICIONAL: pág. 281. <<

[19] Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 22. <<

[20] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 22. TEXTO_ADICIONAL:
págs. 24-25. <<

[21] Keay, *Honourable Company*, pág. 290. <<

[22] *Ibid.* Keay, *Honourable Company*, pág. 290. TEXTO_ADICIONAL:
págs. 36-37. <<

[23] Moorhouse, *Calcutta*, págs. 25-26. <<

[24] Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 39. <<

[25] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 39. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 40. <<

[26] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 39. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 41. <<

[27] Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 43. <<

[28] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 43. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 44. <<

[29] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 43. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 45. <<

[30] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 43. TEXTO_ADICIONAL:
págs. 45-46. <<

[31] Keay, *Honourable Company*, pág. 315. <<

[32] *Ibid.* Keay, *Honourable Company*, pág. 315. TEXTO_ADICIONAL: pág. 51. <<

[33] Macaulay, *Essay on Lord Clive*, págs. 59-60. <<

[34] *Ibid.* Macaulay, *Essay on Lord Clive*, págs. 59-60.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 61. <<

[35] Macaulay, *Essay on Lord Clive*, pág. 97. <<

[36] Harvey, *Clive*, págs. 375-76. <<

[37] Robins, Nick, *The Corporation That Changed the World: How the East India Company Shaped the Modern Multinational*, Hyderabad, Orient Longman, India, 2006, pág. 168. <<

[38] *Ibid.* Robins, Nick, *The Corporation That Changed the World: How the East India Company Shaped the Modern Multinational*, Hyderabad, Orient Longman, India, 2006, pág. 168. TEXTO_ADICIONAL: pág. 103. <<

[t1] El *Essay on Lord Clive de Macaulay*, editado con introducción y notas de Preston C. Farrar, 1840; reimp., Longmans, Nueva York, Green, 1910. En muchos aspectos, Macaulay mostraba una visión condescendiente de la India. Ver el resumen de las actitudes de Macaulay recogido por Salman Rushdie en *The Moor's Last Sigh*, Pantheon, Nueva York, 1995, pág. 376. Para una biografía más detallada de Clive, ver *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, St. Martin's, Nueva York, 1998. <<

[t2] Fue un proceso gradual, no obstante. Tras la subyugación de Bengala a manos de Clive, el control de los británicos sobre el subcontinente se limitaba principalmente al norte de la India, Bombay y la llanura de la costa de Carnatic. Durante algún tiempo, el resto del sur estaría repartido entre señores feudales y la confederación maratha. <<

[t3] De acuerdo con una explicación, el término podría venir de las palabras locales dravídicas *kar* (negro) y *nadu*(país), en referencia al suelo negro de la región. <<

[t4] Geoffrey Moorhouse, *Calcutta: The City Revealed*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971, págs. 44-45. Uno de los supervivientes fue John Zephaniah Holwell, un brillante periodista, cuyo relato del incidente ayudó a difundir el horror. Ver Keay, *Honourable Company*, pág. 304. <<

[t5] Ver particularmente la obra de Nick Robins *The Corporation That Changed the World: How the East India Company Shaped the Modern Multinational*, Orient Longman, Hyderabad, India, 2006. Sin embargo, John Keay discrepa, señalando que «en el contexto de una revolución, y en comparación con las intrigas que otros llevaron a cabo (tanto británicos como indios), esta pequeña muestra de doblez apenas es digna de mención». Harvey coincide. Keay, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, pág. 317; Robert Harvey, *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, St. Martin's, Nueva York, 1998. <<

[t6] John Keay, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, págs. 52-53. Poniendo estas palabras en boca de Clive, Mark Twain añadía: «Con tres mil fustigué a sesenta mil y fundé un Imperio». Mark Twain, *Following the Equator*, Oxford University Press, Nueva York, 1966, cap. 54. Algunos escritores defienden que más que una batalla, Palashi fue una «transacción», mediante la cual los enemigos internos del nabab negociaron con la Compañía de las Indias Orientales para amañar su derrota. K. M. Panikkar, *Asia and Western Dominance*, Allen & Unwin, Londres, 1959, págs. 78-79. Pero Robert Harvey desdeña esa visión; *Clive: The Life and Death of a British Emperor*, St. Martin's, Nueva York, 1998. <<

[7] Aunque Clive defendía un acercamiento más liberal y menos hostil a los colonos americanos. Harvey, *Clive*,pág. 349. <<

[1] Gilmour, David, *Curzon: Imperial Statesman*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1994, pág. 181. <<

[2] Mohan, C. Raja, *Crossing the Rubicon: The Shaping of India's New Foreign Policy*, Penguin, Nueva York, 2003, pág. 204. <<

[3] *Ibid.* Mohan, C. Raja, *Crossing the Rubicon: The Shaping of India's New Foreign Policy*, Penguin, Nueva York, 2003, pág. 204. <<

[4] Friedman, George, «The Geopolitics of India: A Shifting, Self-Contained World», Stratfor, diciembre de 2008. <<

[5] Tharoor, Shashi, *Nehru: The Invention of India*, Arcade, Nueva York, 2003, pág. 185. <<

[6] Winchester, Simon y Rupert, *Calcutta*, Lonely Planet, Oakland, CA, 2004, pág. 78. <<

[7] Sen, Amartya, «Tagore and His India», *New York Review of Books*, 26 de junio de 1997. <<

[8] Tagore, Rabindranath, «Passing Time in the Rain», en sus *Selected Short Stories*, trad. William Radice, Penguin, Nueva Delhi, 1991, apéndice. <<

[9] *Ibid.* Tagore, Rabindranath, «Passing Time in the Rain», en sus *Selected Short Stories*, trad. William Radice, Penguin, Nueva Delhi, 1991, apéndice.
TEXTO_ADICIONAL: Véase el relato «Little <<

[10] Huntington, Samuel, «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, verano 1993. <<

[11] Citado en Sen, «Tagore and His India». <<

[12] Véase las cartas, Apéndice B, en: Tagore, *Selected Stories*. <<

[13] Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, pág. 235.
<<

[14] *Ibid.* Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, pág. 235.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 261. <<

[15] Reimpreso de Rabindranath Tagore, *Particles, Jottings, Sparks: The Collected Brief Poems*, trad. William Radice, Angel Books, Londres, 2001. Véase también la nota al pie de Bose, pág. 312, y el capítulo 7, sobre Tagore, hacia el final de *A Hundred Horizons*. <<

[t1] Tagore es la forma inglesa de Thakur, un tratamiento honorífico que significa «Señor» y que se usa para dirigirse a un brahmán indio o a una deidad masculina. <<

[1] Raman, B., «Hambantota and Gwadar —an Update», Institute for Tropical Studies, Chennai, India, 2009. <<

[2] Para un informe sobre el poder blando de China, véase, Joshua Kurlantzick, *Charm Offensive: How China's Soft Power Is Transforming the World*, Yale University Press, New Haven, CT, 2007. <<

[3] Hourani, George E, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1951, pág. 40. <<

[4] Hall, Richard, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, págs. 80 y 92. <<

[5] Ramachandran, Sudha, «China Moves into India's Backyard», *Asia Times*, 13 de marzo de 2007; Bethany Danyluk, Juli A. MacDonald y Ryan Tuggle, «Energy Futures in Asia: Perspectives on India's Energy Security Strategy and Policies», Booz Allen Hamilton, 2007. <<

[6] Pant, Harsh V, «End Game in Sri Lanka», *Jakarta Post*, 25 de febrero de 2009. <<

[7] Page, Jeremy, «Chinese Billions in Sri Lanka Fund Battle Against Tamil Tigers», *The Times* (Londres), 2 de mayo de 2009. <<

[8] Medios no estadounidenses como la BBC y Al Jazeera han cubierto Sri Lanka con mayor profundidad. <<

[9] de Silva, K. M., *Reaping the Whirlwind: Ethnic Conflict, Ethnic Politics in Sri Lanka*, Penguin, Nueva Delhi, 1998, pág. 8. <<

[10] *Ibid.* de Silva, K. M., *Reaping the Whirlwind: Ethnic Conflict, Ethnic Politics in Sri Lanka*, Penguin, Nueva Delhi, 1998, pág. 8.
TEXTO_ADICIONAL: págs. 19, 82. <<

[11] Richardson, John, *Paradise Poisoned: Learning About Conflict, Terrorism and Development from Sri Lanka's Civil Wars*, International Centre for Ethnic Studies, Kandy, Sri Lanka, 2005, págs. 24-27; Kingsley M. de Silva, *Managing Ethnic Tensions in Multi-Ethnic Societies*, University Press of America, Lanham, MD, 1986, págs. 361-68; Tom Lowenstein, *Treasures of the Buddha: The Glories of Sacred Asia*, Duncan Baird, Londres, 2006, págs. 62-66. <<

[12] Gran parte de los precedentes del conflicto entre cingaleses y tamiles proceden de la obra exhaustiva y neutral de Richardson, así como del igualmente exhaustivo *Reaping the Whirlwind* de De Silva. <<

[13] Swamy, Narayan, *Tigers of Lanka: From Boys to Guerrillas*, Konark, Nueva Delhi, 1994, págs. 40-92; Mary Anne Weaver, «The Gods and the Stars», *New Yorker*, 21 de marzo de 1988; Richardson, *Paradise Poisoned*, págs. 351-52, 479-80. <<

[14] Radu, Michael, «How to Kill Civilians in the Name of “Human Rights”: Lessons from Sri Lanka», artículo *online*, Foreign Policy Research Institute, fpri.org, febrero de 2009. <<

[15] *Ibid.* Radu, Michael, «How to Kill Civilians in the Name of “Human Rights”: Lessons from Sri Lanka», artículo *online*, Foreign Policy Research Institute, fpri.org, febrero de 2009. <<

[16] Grygiel, Jakub J., «The Power of Statelessness», *Policy Review*, abril/mayo de 2009. <<

[17] Al Jazeera, 20 de mayo de 2009. <<

[18] Wax, Emily, «Editor's Killing Underscores Perils of Reporting in Sri Lanka», *Washington Post*, 15 de enero de 2009. <<

[19] Huntington, Samuel P, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, CT, 1968, pág. 7. <<

[20] Entrevista con Pat Garrett, socio sénior, Booz Allen Hamilton. <<

[t1] Durante todo el tiempo en que estuve detenido fui tratado correctamente, lo que atestigua la profesionalidad de la policía local, al menos en mi caso, y la intercesión de la embajada de Estados Unidos en Colombo. <<

[t2] Hambantota significa «puerto de sampán», en referencia a los botes planos de madera que se utilizaban aquí en tiempos antiguos y aún se utilizan en Malasia, Indonesia y Vietnam; donde *hamban* es una deformación de *sampán*. Ramya Chamalie Jirasinghe, *Rhythm of the Sea*, Hambantota District Chamber of Commerce, Hambantota, Sri Lanka, 2007, pág. 23. <<

[t3] La India también mantiene unas relaciones muy cercanas con las Maldivas y Bután, pero estos pertenecen a una categoría propia de microestados. <<

[4] El principal mercado de exportaciones de Sri Lanka es el de Estados Unidos, al que suministra confecciones textiles como lencería. <<

[1] *Washington Post*, editorial, 30 de agosto de 2007. <<

[2] Lewis, Norman, *Golden Earth: Travels in Burma*, 1952; reimp., Eland, Londres, 2003, págs. 137-38, 151,205. <<

[3] Dillon, Dana, y John J. Tkacik Jr., «China's Quest for Asia», *Policy Review*, diciembre de 2005/enero de 2006. <<

[4] Kurlantzik, Joshua, «The Survivalists: How Burma's Junta Hangs On», *New Republic*, 11 de junio de 2008. <<

[5] Sheridan, Greg, «East Meets West», *National Interest*, noviembre/diciembre de 2006. <<

[6] Thant Myint-U, *The River of Lost Footsteps: A Personal History of Burma*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2006, pág. 41. <<

[7] *Ibid.* Thant Myint-U, *The River of Lost Footsteps: A Personal History of Burma*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2006, pág. 41.
TEXTO_ADICIONAL: págs. 47, 59. <<

[8] Mishra, Pankaj, «The Revolt of the Monks», *New York Review of Books*, 14 de febrero de 2008. <<

[9] Smith, Martin, *Burma: Insurgency and the Politics of Ethnicity*, Zed, Londres, 1991, cap. 2. <<

[10] *Ibid.* Smith, Martin, *Burma: Insurgency and the Politics of Ethnicity*, Zed, Londres, 1991, cap. 2. <<

[11] Thant Myint-U, *River of Lost Footsteps*, pág. 162. <<

[12] En *The Glass Palace*, Random House, Nueva York, 2000) Amitav Ghosh nos ofrece un rico estudio novelístico sobre esta ruptura histórica. <<

[13] Mishra, «Revolt of the Monks». <<

[14] Brigadier Bernard Fergusson, *The Wild Green Earth*, Collins, Londres, 1946. <<

[15] *Washington Post*, 30 de agosto de 2007. <<

[16] Mishra, «Revolt of the Monks». <<

[17] James Fallows, «Evil in Burma», *TheAtlantic.com*, 11 de mayo de 2008.
<<

[t1] Tras nombrar enviados especiales para Israel-Palestina, Afganistán-Pakistán y Corea del Norte, la Secretaria de estado Hillary Clinton ha dispuesto de más tiempo para concentrarse en el océano Índico y las regiones del Asia-Pacífico. En términos estructurales, el Departamento de Estado está mejor preparado que nunca en las últimas décadas para adaptarse a una China y una India en ascenso. <<

[t2] Los ahoms, un pueblo shan, por ejemplo, emigraron al sur siguiendo el Brahmaputra y chocaron con los mogoles a principios del siglo XVII. <<

[t3] En las memorias de la Segunda Guerra Mundial en Birmania del brigadier Bernard Fergusson, *The Wild Green Earth*, Collins, Londres, 1946, escribe (pág. 133): «No puedo hacer más que alabar a esa raza gallarda [los kachin] ante mis compatriotas, que en su mayoría nada saben de su guerra heroica y sin ayudas contra los japoneses. Para seguir adelante con su propio e independiente modo de vida, van a necesitar nuestra protección [...], igual que esa otra espléndida raza de los kayin». Este es un ejemplo típico de la actitud favorable de los británicos hacia las tribus de las colinas. <<

[1] Kaplan, Robert D., *Hog Pilots, Blue Water Grunts: The American Military in the Air, at Sea, and on the Ground*, Random House, Nueva York, 2007, cap. 3. <<

[2] Winchester, Simon, *Krakatoa: The Day the World Exploded; August 27, 1883*, HarperCollins, Nueva York, 2003, págs. 40-41,320-21. <<

[3] *Ibid.* Winchester, Simon, *Krakatoa: The Day the World Exploded; August 27, 1883*, HarperCollins, Nueva York, 2003, págs. 40-41, 320-21.
TEXTO_ADICIONAL: pág. 326. <<

[4] Ricklefs, M. C., *A History of Modern Indonesia Since C. 1200*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1981, pág. 10. <<

[5] Geertz, Clifford, *Islam Observed: Religious Development in Morocco and Indonesia*, University of Chicago Press, Chicago, 1968, págs. 11-12, 16, 66. «Fabianismo» es una referencia al movimiento británico de hace un siglo que perseguía la reforma social y democrática a través de un acercamiento gradual y no revolucionario. <<

[6] Eliraz, Giora, *Islam in Indonesia: Modernism, Radicalism, and the Middle East Dimension*, Sussex, Brighton, Eng., 2004, pág. 74. <<

[7] Naipaul, V. S., *Among the Believers: An Islamic Journey*, Penguin, Nueva York, 1981, págs. 304, 331. <<

[8] Hughes, John, *The End of Sukarno: A Coup That Misfired; a Purge That Ran Wild*, Archipelago, Singapur, 1967, 2002, págs. 166-69. <<

[9] Geertz, *Islam Observed*, pág. 65. <<

[10] Eliraz, *Islam in Indonesia*, págs. 42-43; Winchester, *Krakatoa*, págs. 333-34. <<

[11] Kerr, Malcolm H., *Islamic Reform: The Political and Legal Theories of Muhammad Abduh and Rashid Rida*, University of California Press, Berkeley, 1966), pág. 15. <<

[12] Geertz, *Islam Observed*, pág. 17. <<

[13] Eliraz, *Islam in Indonesia*, págs. 6-8, 14, 20. <<

[14] *Ibid.* Eliraz, *Islam in Indonesia*, págs. 6-8, 14, 20. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 31. <<

[15] Geertz, *Islam Observed*, págs. 61-62. <<

[16] MacIntyre, Andrew, y Douglas E. Ramage, «Seeing Indonesia as a Normal Country», Australian Strategic Policy Institute, Barton, 2008. <<

[17] Comentario al estudioso Robert W. Hefner en, Eliraz, *Islam in Indonesia*, pág. 67. <<

[t1] Irán también posee una identidad religiosa más matizada de lo que habitualmente se cree. A pesar de que en las últimas décadas ha sido reclutado para la causa de la ideología antioccidental, el islam reposa aquí sobre unas identidades persa y zoroástrica anteriores. <<

[t2] El término *pesantren* proviene de *santri* (ortodoxo). <<

[t3] Gus Dur murió a finales de 2009. Una vez le contó al antiguo embajador de Estados Unidos en Indonesia Paul Wolfowitz que había llorado en el transcurso de una visita a una mezquita marroquí al ver que tenían expuesta una traducción al árabe de la *Ética nicomáquea* de Aristóteles. «Si en mi juventud no hubiese leído la *Ética nicomáquea*, ;tal vez me habría unido a los Hermanos Musulmanes», le dijo Gus Dur, añadiendo que Aristóteles pudo alcanzar verdades morales profundas sin la ayuda de la religión. Paul Wolfowitz, «Wahid and the Voice of Moderate Islam», *Wall Street Journal*, 7 de enero de 2010. <<

[4] Los dos grupos también tienen bases geográficas de apoyo: el este de Java en el caso de Nahdlatul Ulema, y Java central y el oeste de Sumatra en el de Muhammadiyah. <<

[1] MacDonald, Juli A., Amy Donahue y Bethany Danyluk, «Energy Futures in Asia: Final Report», Booz Allen Hamilton, noviembre de 2004. <<

[2] He hecho un retrato de Singapur en mi anterior libro *Hog Pilots, Blue Water Grunts: The American Military in the Air, at Sea, and on the Ground*, Random House, Nueva York, 2007. <<

[3] Malik, Mohan, «Energy Flows and Maritime Rivalries in the Indian Ocean Region», Asia-Pacific Center for Security Studies, Honolulu, 2008. <<

[4] Porter, Ian W., «The Indian Ocean Rim», *African Security Review*, vol. 6, núm. 6 (1997). Mencionado por Malik. <<

[5] Souza, G. B., «Maritime Trade and Politics in China and the South China Sea», incluido en Ashin Das Gupta y M. N. Pearson, eds., *India and the Indian Ocean, 1500-1800*, Oxford University Press, Kolkata, 1987. <<

[6] Van Duyne, Dorothy, «The Straits of Malacca: Strategic Considerations», United States Naval Academy, 2007. <<

[7] Freeman, Donald B., *The Straits of Malacca: Gateway or Gauntlet?*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 2003, pág. 55. <<

[8] Risso, Patricia, *Merchants & Faith: Muslim Commerce and Culture in the Indian Ocean*, Westview, Boulder, CO, 1995, pág. 90. <<

[9] Gupta, Arun Das, «The Maritime Trade of Indonesia, 1500-1800», en Ashin Das Gupta y Pearson, *India and the Indian Ocean*, Nueva Delhi, Sage, 1987); Satish Chandra, *The Indian Ocean: Explorations in History Commerce and Politics*, Sage, Nueva Delhi, 1987, págs. 181-82. <<

[10] Leifer, Michael, *Malacca, Singapore, and Indonesia*, Sijthoff & Noordhoff, Alphen aan den Rijn, Países Bajos, 1978, pág. 9. Véase también Van Duyne, «Straits of Malacca.» <<

[11] Van Duyne, «Straits of Malacca.» <<

[12] Han van der Horst, *The Low Sky: Understanding the Dutch*, trad. Andy Brown, La Haya, Scriptum, 1996), págs. 29, 85, 127; Geert Mak, *Amsterdam: A Brief Life of the City*, trad. Philipp Blom, Londres, Harvill, 1995, 2001), pág. 1. <<

[13] der Horst, Van, *Low Sky*, págs. 90-91. <<

[14] Plumb, J. H., introducción a C. R. Boxer, *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*, Hutchinson, Londres, 1965. <<

[15] Mak, *Amsterdam*, pág. 120. <<

[16] Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, pág. 29. Gran parte del material de esta sección sobre el Imperio holandés está basado en esta obra clásica. <<

[17] Mak, *Amsterdam*, págs. 120-21. <<

[18] Villiers, Alan, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, págs. 166-67. <<

[19] Plumb, introducción a Boxer, *Dutch Seaborne Empire*. <<

[20] Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, págs. 50, 102. <<

[21] Holden Furber, *Rival Empires of Trade in the Orient, 1600-1800*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2004), pág. 36. <<

[22] du Perron, Apud E., *De Muze van Jan Compagnie*, Bandung, Indonesia, 1948, pág. 13; véase también Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, pág. 56. <<

[23] *Ibid.* du Perron, Apud E., *De Muze van Jan Compagnie*, Bandung, Indonesia, 1948, pág. 13; véase también Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, pág. 56. <<

[24] Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, pág. 78. <<

[25] Mak, *Amsterdam*, págs. 160-61. <<

[26] Villiers, *Monsoon Seas*, pág. 177. <<

[27] Boxer, *Dutch Seaborne Empire*, pág. 273. <<

[28] Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, Nueva York, 1987.
<<

[29] MacIntyre, Andrew, y Douglas E. Ramage, «Seeing Indonesia as a Normal Country», Australian Strategic Policy Institute, Barton, 2008. <<

[30] Para un retrato de Lee Kuan Yew, véase mi obra *Hog Pilots, Blue Water Grunts*, cap. 3. <<

[31] Gatsiounis, Ioannis, «Year of the Rat: A Letter from Kuala Lumpur», *American Interest*, mayo/junio de 2008. <<

[32] Dillon, Dana y John J. Tkacik Jr, «China's Quest for Asia», *Policy Review*, diciembre de 2005/enero de 2006. <<

[33] Restall, Hugo, «Pressure Builds on Singapore's System», *Far Eastern Economic Review*, 5 de septiembre de 2008. <<

[t1] De hecho, la ascendencia holandesa sobre los portugueses fue inexorable. Al tiempo que los ingleses los acosaban en el golfo Pérsico, y los mogoles en Bengala, los portugueses perdieron las siguientes bases a manos de Holanda: las islas de las Especias en 1605, Malaca en 1641, Colombo en 1656, el resto de Ceilán en 1658 y Cochín en 1662. A. J. R. Russell-Wood, *The Portuguese Empire, 1415-1808: A World on the Move*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, p. 24. <<

[t2] No todos aquellos enviados por Portugal y Holanda eran portugueses y holandeses. En el caso de Holanda, había mercenarios alemanes y valones entre ellos; pero estos también eran de una baja extracción social. <<

[1] McNeill, William H., *The Rise of the West: A History of the Human Community*, University of Chicago Press, Chicago, 1963, pág. 565. <<

[2] Collins, Gabriel B. et al., eds., *China's Energy Strategy: The Impact on Bering's Maritime Policies*, Naval Institute Press, Annapolis, MD, 2008. <<

[3] Yoshihara, Toshi y James Holmes, «Command of the Sea with Chinese Characteristics», *Orbis*, otoño 2005. <<

[4] *Ibid.* Yoshihara, Toshi y James Holmes, «Command of the Sea with Chinese Characteristics», *Orbis*, otoño 2005. <<

[5] Erickson, Andrew y Lyle Goldstein, «Gunboats for China's New "Grand Canals"?» *Naval War College Review*, primavera 2009. <<

[6] Holmes, James R. y Toshi Yoshihara, *Chinese Naval Strategy in the 21st Century: The Turn to Mahan*, Routledge, Nueva York, 2008, págs. 52-53. <<

[7] Spykman, Nicholas J., *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*, con introducción de Francis P. Sempa, 1942; Transaction, New Brunswick, NJ, 2007, pág. xvi. La frase apareció por primera vez en Spykman y Abbie A. Rollins, «Geographic Objectives in Foreign Policy II», *American Political Science Review*, agosto de 1939. <<

[8] Freeman, Donald B., *The Straits of Malacca: Gateway or Gauntlet?*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 2003, pág. 77. <<

[9] MacDonald, Juli A., Amy Donahue y Bethany Danyluk, «Energy Futures in Asia: Final Report», Booz Allen Hamilton, 2004. <<

[10] Grygiel, Jakub J., *Great Powers and Geopolitical Change*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006, págs. 142-48. <<

[11] Friedberg, Aaron L., *The Weary Titan: Britain and the Experience of Relative Decline, 1895-1905*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1988.
<<

[12] Haghshenass, Fariborz, «Iran's Asymmetric Naval Warfare», Washington Institute for Near East Policy, septiembre de 2008. <<

[t1] Mis ideas en torno a este mundo marítimo están determinadas sustancialmente por un grupo de estudiosos de la Escuela de Guerra Naval de Estados Unidos, cuyo trabajo sobre la estrategia marítima de China ha sido exhaustivo, creativo y de tono muy moderado. Son Gabriel B. Collins, Andrew S. Erickson, Lyle J. Goldstein, James R. Holmes, William S. Murray y Toshi Yoshihara. Estoy particularmente en deuda con cuatro publicaciones por las estadísticas y las claves de comprensión: James R. Holmes y Toshi Yoshihara, *Chinese Naval Strategy in the 21st Century: The Turn to Mahan*, Routledge, Nueva York, 2008; Toshi Yoshihara y James Holmes, «Command of the Sea with Chinese Characteristics», *Orbis*, otoño de 2005; Gabriel B. Collins et al., eds., *China's Energy Strategy: The Impact on Beijing's Maritime Policies*, Naval Institute Press, Annapolis, MD, 2008; y Andrew Erickson y Gabe Collins, «Beijing's Energy Security Strategy: The Significance of a Chinese State-Owned Tanker Fleet», *Orbis*, otoño de 2007.

<<

[t2] Cabría no olvidar a los franceses, cuyo papel, en especial en las islas del sudoeste del océano Índico, está expertamente documentado por Richard Hall en *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996. <<

[1] Simpfendorfer, Ben, *The New Silk Road: How a Rising Arab World Is Turning Away from the West and Rediscovering China*, Palgrave Macmillan, Londres, 2009, pág. 1. <<

[2] Spykman, Nicholas J., *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*, 1942; reimp., Transaction, New Brunswick, NJ, 2008. <<

[3] Simpfendorfer, *New Silk Road*, pág. 40; Ulrich Jacoby, «Getting Together», *Finance and Development*, International Monetary Fund, junio de 2007. <<

[4] Droddy, Andrew, «The Silent Scramble for Africa», United States Naval Academy, 2006. <<

[5] Vines, Alex y Elizabeth Sidiropolous, «India and Africa», *TheWorldToday.org*, 2008; Vibhuti Hate, *South Asia Monitor*, Center for Strategic and International Studies, 10 de junio de 2008. <<

[6] Burke, Sharon, «Natural Security», borrador de trabajo, Center for a New American Security, junio de 2009. <<

[7] Malik, Mohan, «Energy Flows and Maritime Rivalries in the Indian Ocean Region», Asia-Pacific Center for Security Studies, Honolulu, 2008; «Opportunity Knocks: Africa's Prospects» y «Everything to Play For: Middle East and Africa», *Economist*, 9 de octubre y 19 de noviembre de 2008; Sarah Childress, «In Africa, Democracy Gains Amid Turmoil», *Wall Street Journal*, 18 de junio de 2008; Tony Elumelu, «Africa Stands Out», *TheWorldToday.org*, mayo de 2009. <<

[8] Kaplan, Robert D., *The Ends of the Earth*, Random House, Nueva York, 1996, pág. 7; Spykman, *America's Strategy in World Politics*, pág. 92. <<

[9] Kaplan, Robert D., «The Coming Anarchy», *Atlantic Monthly*, febrero de 1994. <<

[10] Abu-Lughod, Janet L., *Before European Hegemony: The World System A. D. 1250-1350*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, pág. 12. <<

[11] «Opportunity Knocks», *Economist*. <<

[12] Villiers, Alan, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, págs. 208, 210. <<

[13] Dunn, Ross E., *The Adventures of Ibn Battuta: A Muslim Traveler of the 14th Century*, Croom Helm, Londres, 1986, pág. 219; Simon Digby, «The Maritime Trade of India», en Tapan Ray Chaudhuri y Irfan Habib, eds., *The Cambridge Economic History of India, vol. I*, Cambridge University Press, Cambridge, Eng., 1982, pág. 152. Véase también Patricia Risso, *Merchants & Faith: Muslim Commerce and Culture in the Indian Ocean*, Westview, Boulder, CO, 1995, pág. 53. <<

[14] Grygiel, Jakub J., *Great Powers and Geopolitical Change*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006, pág. 153. <<

[15] Hourani, George F., *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1951, págs. 55, 113-14. <<

[16] Braudel, Fernand, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 2, Braudel, Berkeley, Braudel, 1996, págs. 865, 869.
<<

[17] Norton, Richard J., «Feral Cities», *Naval War College Review*, otoño 2003. Véase también Matthew M. Frick, «Feral Cities, Pirate Havens», *Proceedings*, Annapolis, MD, December 2008. <<

[18] Freeman, Donald B., *The Straits of Malacca: Gateway or Gauntlet?*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 2003, pág. 175. <<

[19] Pearson, Michael, *Trie Indian Ocean*, Routledge, Nueva York, 2003, pág. 127. <<

[20] Freeman, *Straits of Malacca*, pág. 175. <<

[21] Bose, Sugata, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Golden Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2006, págs. 45-47. <<

[22] Gurnah, Abdulrazak, *Desertion*, Anchor, Nueva York, 2005, pág. 83. <<

[23] Keay, John, *The Honourable Company: A History of the English East India Company*, HarperCollins, Londres, 1991, págs. 255-56. <<

[24] Basil Lubbock, *The Opium Clippers*, Lauriat, Boston, 1933, págs. 8, 181.
<<

[25] Freeman, *Straits of Malacca*, págs. 174-79, 181-83. <<

[t1] Berke fue asistido en sus interrogatorios, tanto de los piratas como de sus rehenes, por un lingüista somalí —proporcionado por un contratista privado— que el *Nassau* había llevado consigo en el despliegue, y por un marinero estadounidense alistado de ascendencia india que hablaba hindi. La tripulación del *Bahkti Sagar* estaba formada por guyaratíes que también hablaban hindi. <<

[1] Hall, Richard, *Empires of the Monsoon: A History of the Indian Ocean and Its Invaders*, HarperCollins, Londres, 1996, págs. 397, 415, 446. <<

[2] Villiers, Alan, *Monsoon Seas: The Story of the Indian Ocean*, McGraw-Hill, Nueva York, 1952, pág. 87. <<

[3] Kapuscinski, Ryszard, *The Shadow of the Sun*, trad. Klara Glowczewska, Vintage, Nueva York, 2001, pág. 83. <<

[4] Moorehead, Alan, *The White Nile*, Hamish Hamilton, Londres, 1960, cap. 1. <<

[5] Burgess, G. Thomas, «Cosmopolitanism and Its Discontents», in *Race, Revolution, and the Struggle for Human Rights in Zanzibar*, Ohio University Press, Athens, 2009. <<

[6] Sheriff, Abdul, «Race and Class in the Politics of Zanzibar», *Afrika Spectrum*, vol. 36, núm. 3, 2001. <<

[7] Gurnah, Abdulrazak, *Admiring Silence*, The New Press, Nueva York, 1996) págs. 66-67. <<

[8] *Ibid.* Gurnah, Abdulrazak, *Admiring Silence*, The New Press, Nueva York, 1996) págs. 66-67. TEXTO_ADICIONAL: Gurnah, Abdulrazak, *Admiring Silence*, The New Press, Nueva York, 1996) págs. 66-67. TEXTO_ADICIONAL: pág. 151. <<

[9] Gurnah, Abdulrazak, *Paradise*, The New Press, Nueva York, 1994, pág. 119. <<

[10] Gurnah, *Admiring Silence*, pág. 131. <<

[11] Gurnah, *Paradise*, pág. 174. <<

[12] Gurnah, Abdulrazak, *Desertion*, Anchor, Nueva York, 2005, pág. 212. <<

[13] Gurnah, *Admiring Silence*, págs. 69, 144, 121, 150. <<

[14] Gurnah, *Desertion*, pág. 256. <<

[15] Gurnah, *Admiring Silence*, págs. 67, 134. <<

[16] Gurnah, *Desertion*, págs. 110, 225. <<

[17] Gangopadhyay, Sunil, *Those Days*, trad. Aruna Chakravarti, Penguin, Nueva York, 1981, 1997, pág. 7. <<

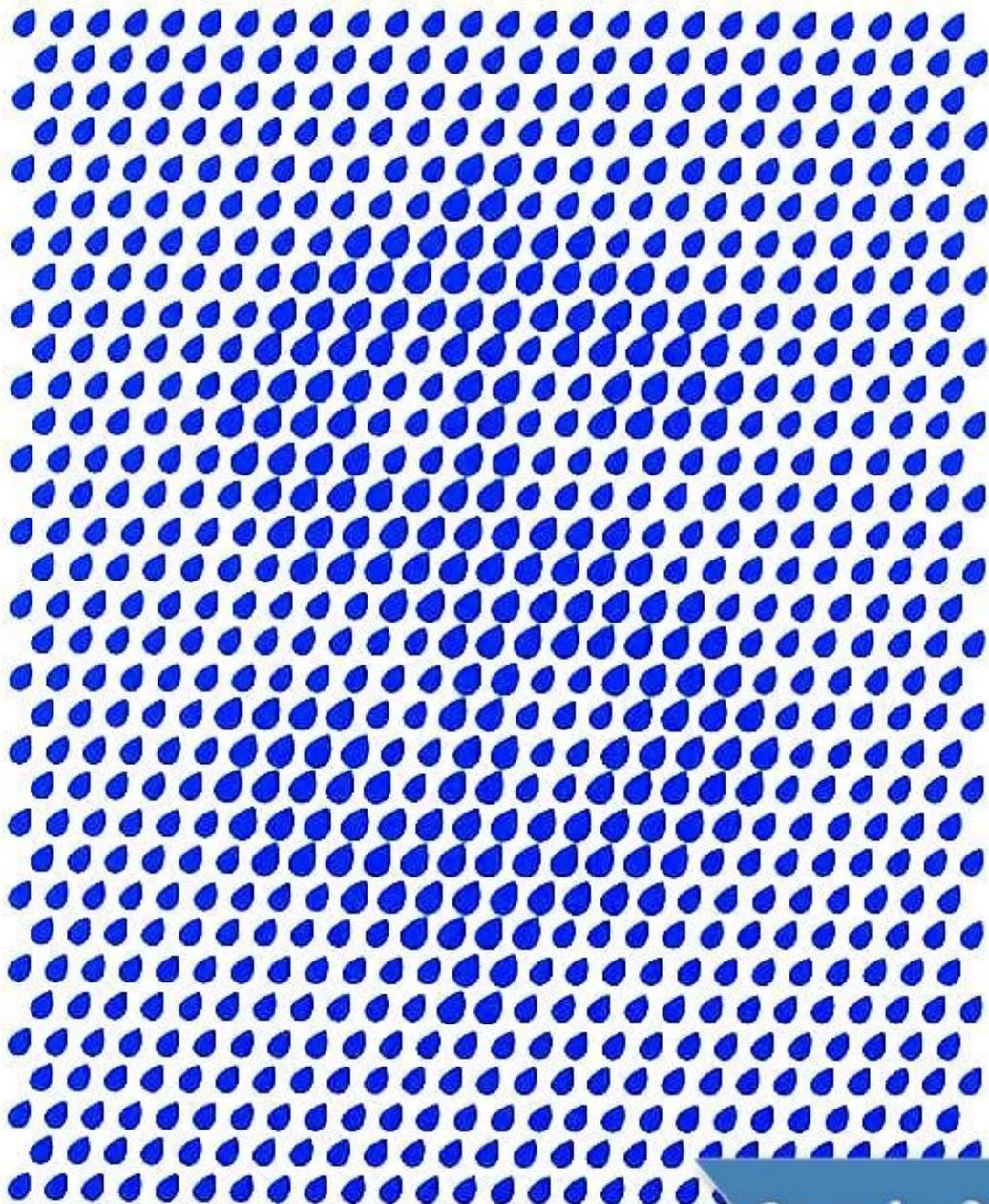
[18] Eaton, Richard M., *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, University of California Press, Berkeley, 1993, págs. 60, 167-68 <<

[t1] El 25 % de la lengua suajili está compuesta de palabras árabes, con pinceladas de persa (farsi), cusita e indostánico. <<

[t1] Este epílogo es una versión adaptada y actualizada de un artículo publicado por el *Washington Post* en la sección *Outlook* el 3 de diciembre de 2010. <<

Monzón
Un viaje por
el futuro del
océano Índico

Robert
D. Kaplan



Lectulandia